CARL VON CLAUSEWITZ

DE LA GUERRA

VERSIÓN ÍNTEGRA

ÍNDICE

Estudio preliminar, por *Gabriel Cardona*
Portada 1832
Portada 1853
Prólogo a la primera edición, por *Marie von Clausewitz*
Nota
Prefacio del autor

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO
SOBRE LA NATURALEZA DE LA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO. ¿QUÉ ES LA GUERRA?
CAPÍTULO SEGUNDO. FIN Y MEDIOS EN LA GUERRA
CAPÍTULO TERCERO. EL GENIO BÉLICO
CAPÍTULO CUARTO. DEL PELIGRO EN LA GUERRA
CAPÍTULO QUINTO. DEL ESFUERZO FÍSICO EN LA GUERRA
CAPÍTULO SEXTO. LA INFORMACIÓN EN LA GUERRA
CAPÍTULO SÉPTIMO. LA FRICCIÓN EN LA GUERRA
CAPÍTULO OCTAVO. OBSERVACIONES FINALES AL PRIMER LIBRO

LIBRO SEGUNDO
SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO. CLASIFICACIÓN DEL ARTE DE LA GUERRA
CAPÍTULO SEGUNDO. SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA
CAPÍTULO TERCERO. ARTE O CIENCIA DE LA GUERRA
CAPÍTULO CUARTO. METODISMO
CAPÍTULO QUINTO. CRÍTICA
CAPÍTULO SEXTO. SOBRE LOS EJEMPLOS

LIBRO TERCERO
DE LA ESTRATEGIA EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO. ESTRATEGIA

CAPÍTULO SEGUNDO. ELEMENTOS DE LA ESTRATEGIA
CAPÍTULO TERCERO. MAGNITUDES MORALES
CAPÍTULO CUARTO. LAS PRINCIPALES POTENCIAS MORALES
CAPÍTULO QUINTO. VIRTUD MILITAR DEL EJÉRCITO
CAPÍTULO SEXTO. LA AUDACIA
CAPÍTULO SÉPTIMO. PERSEVERANCIA
CAPÍTULO PRIMERO. ¿QUÉ ES LA GUERRA?
CAPÍTULO NOVENO. LA SORPRESA
CAPÍTULO DÉCIMO. LA ASTUCIA
CAPÍTULO UNDÉCIMO. CONCENTRACIÓN DE LAS FUERZAS EN EL ESPACIO
CAPÍTULO DUODÉCIMO. REUNIÓN DE LAS FUERZAS EN EL TIEMPO
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. RESERVA ESTRATÉGICA
CAPÍTULO DECIMOCUARTO. ECONOMÍA DE FUERZAS
CAPÍTULO PRIMERO. ¿QUÉ ES LA GUERRA?
CAPÍTULO DECIMOSEXTO. SOBRE LA DETENCIÓN EN EL ACTO BÉLICO
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO. SOBRE EL CARÁCTER DE LA GUERRA ACTUAL
CAPÍTULO DECIMOCTAVO. TENSIÓN Y CALMA

LIBRO CUARTO
EL COMBATE

CAPÍTULO PRIMERO. SINOPSIS
CAPÍTULO SEGUNDO. CARÁCTER DE LA BATALLA ACTUAL
CAPÍTULO TERCERO. EL COMBATE EN GENERAL
CAPÍTULO CUARTO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO QUINTO. SOBRE LA IMPORTANCIA DEL COMBATE
CAPÍTULO SEXTO. DURACIÓN DEL COMBATE
CAPÍTULO SÉPTIMO. DECISIÓN DEL COMBATE
CAPÍTULO OCTAVO. CONSENTIMIENTO DE AMBAS PARTES PARA EL COMBATE
CAPÍTULO NOVENO. LA BATALLA PRINCIPAL
CAPÍTULO DÉCIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO UNDÉCIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DUODÉCIMO. MEDIOS ESTRATÉGICOS PARA APROVECHAR LA VICTORIA
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. RETIRADA DESPUÉS DE UNA BATALLA PERDIDA
CAPÍTULO DECIMOCUARTO. EL COMBATE NOCTURNO

SEGUNDA PARTE

LIBRO QUINTO
LAS FUERZAS ARMADAS

CAPÍTULO PRIMERO. SINOPSIS
CAPÍTULO SEGUNDO. EJÉRCITO, TEATRO BÉLICO, CAMPAÑA
CAPÍTULO TERCERO. RELACIÓN DE PODER
CAPÍTULO CUARTO. RELACIÓN DE ARMAS
CAPÍTULO QUINTO. ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO
CAPÍTULO SEXTO. DISPOSICIÓN GENERAL DEL EJÉRCITO
CAPÍTULO SÉPTIMO. VANGUARDIA Y AVANZADILLAS
CAPÍTULO OCTAVO. EFECTO DE LOS CUERPOS AVANZADOS
CAPÍTULO NOVENO. CAMPAMENTO
CAPÍTULO DÉCIMO. MARCHAS
CAPÍTULO UNDÉCIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DUODÉCIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. ALOJAMIENTO
CAPÍTULO DECIMOCUARTO. LA MANUTENCIÓN
CAPÍTULO DECIMOQUINTO. BASE DE OPERACIONES
CAPÍTULO DECIMOSEXTO. LÍNEAS DE COMUNICACIÓN
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO. REGIÓN Y SUELO
CAPÍTULO DECIMOCTAVO. CUMBRES

LIBRO SEXTO
DEFENSA

CAPÍTULO PRIMERO. ATAQUE Y DEFENSA
CAPÍTULO SEGUNDO. CÓMO SE COMPORTAN ENTRE SÍ EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA TÁCTICA
CAPÍTULO TERCERO. CÓMO SE COMPORTAN ENTRE SÍ EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA ESTRATEGIA
CAPÍTULO CUARTO. CONCENTRICIDAD DEL ATAQUE Y EXCENTRICIDAD DE LA DEFENSA
CAPÍTULO QUINTO. CARÁCTER DE LA DEFENSA ESTRATÉGICA
CAPÍTULO SEXTO. ALCANCE DE LOS MEDIOS DEFENSIVOS
CAPÍTULO SÉPTIMO. INTERACCIÓN DEL ATAQUE Y LA DEFENSA
CAPÍTULO OCTAVO. FORMAS DE RESISTENCIA
CAPÍTULO NOVENO. LA BATALLA DEFENSIVA
CAPÍTULO DÉCIMO. FORTALEZAS
CAPÍTULO UNDÉCIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DUODÉCIMO. POSICIÓN DEFENSIVA
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. POSICIONES FUERTES Y CAMPOS ATRINCHERADOS

CAPÍTULO DECIMOCUARTO. POSICIONES DE FLANCO
CAPÍTULO DECIMOQUINTO. DEFENSA DE MONTAÑA
CAPÍTULO DECIMOSEXTO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO DECIMOCTAVO. DEFENSA DE RÍOS Y GRANDES RÍOS
CAPÍTULO DECIMONOVENO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO VIGÉSIMO. A. DEFENSA DE PANTANOS
CAPÍTULO VIGÉSIMO. B. ZONAS INUNDADAS
CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO. DEFENSA DE BOSQUES
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO. EL CORDÓN
CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO. LLAVE DE UN PAÍS
CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO. ACCIÓN DE FLANCO
CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO. RETIRADA AL INTERIOR DEL PAÍS
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO. LEVANTAMIENTO POPULAR
CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO. DEFENSA DE UN TEATRO BÉLICO
CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO. CONTINUACIÓN
CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO. CONTINUACIÓN. RESISTENCIA SUCESIVA
CAPÍTULO TRIGÉSIMO. CONTINUACIÓN. DEFENSA DE UN TEATRO BÉLICO CUANDO NO SE BUSCA UNA DECISIÓN

TERCERA PARTE

APUNTES PARA EL LIBRO SÉPTIMO

EL ATAQUE

CAPÍTULO PRIMERO. EL ATAQUE EN RELACIÓN A LA DEFENSA
CAPÍTULO SEGUNDO. NATURALEZA DEL ATAQUE ESTRATÉGICO
CAPÍTULO TERCERO. DEL OBJETO DEL ATAQUE ESTRATÉGICO
CAPÍTULO CUARTO. FUERZA DECRECIENTE DEL ATAQUE
CAPÍTULO QUINTO. PUNTO CULMINANTE DEL ATAQUE
CAPÍTULO SEXTO. ANIQUILACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS ENEMIGAS
CAPÍTULO SÉPTIMO. LA BATALLA OFENSIVA
CAPÍTULO OCTAVO. PASOS DE RÍOS
CAPÍTULO NOVENO. ATAQUE DE POSICIONES DEFENSIVAS
CAPÍTULO DÉCIMO. ATAQUE A CAMPOS ATRINCHERADOS
CAPÍTULO UNDÉCIMO. ATAQUE A UNA MONTAÑA
CAPÍTULO DUODÉCIMO. ATAQUE CONTRA LÍNEAS DE CORDÓN
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. MANIOBRAS
CAPÍTULO DECIMOCUARTO. ATAQUE A PANTANOS, ZONAS INUNDADAS, BOSQUES
CAPÍTULO DECIMOQUINTO. ATAQUE A UN TEATRO BÉLICO CON DECISIÓN
CAPÍTULO DECIMOSEXTO. ATAQUE A UN TEATRO BÉLICO SIN DECISIÓN

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO. ATAQUE A FORTALEZAS
CAPÍTULO DECIMOCTAVO. ATAQUE A CONVOYES
CAPÍTULO DECIMONOVENO. ATAQUE A UN EJÉRCITO ENEMIGO EN SUS CUARTELES
CAPÍTULO VIGÉSIMO. DIVERSIÓN
CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO. INVASIÓN

LIBRO OCTAVO
PLAN DE GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO. INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO SEGUNDO. GUERRA ABSOLUTA Y REAL
CAPÍTULO TERCERO. A. COHESIÓN INTERNA DE LA GUERRA
CAPÍTULO TERCERO. B. DE LA MAGNITUD DE LA FINALIDAD Y DEL ESFUERZO BÉLICOS
CAPÍTULO CUARTO. DETERMINACIÓN CONCRETA DEL OBJETIVO BÉLICO. SOMETIMIENTO DEL ENEMIGO
CAPÍTULO QUINTO. CONTINUACIÓN. OBJETIVO LIMITADO
CAPÍTULO SEXTO. A. INFLUENCIA DE LA FINALIDAD POLÍTICA SOBRE EL OBJETIVO BÉLICO
CAPÍTULO SEXTO. B. LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA
CAPÍTULO SÉPTIMO. OBJETIVO LIMITADO. GUERRA OFENSIVA
CAPÍTULO OCTAVO. OBJETIVO LIMITADO. DEFENSA
CAPÍTULO NOVENO. PLAN DE GUERRA CUANDO EL OBJETIVO ES EL SOMETIMIENTO DEL ENEMIGO

APÉNDICES

Cronología
Principales batallas citadas en este Libro
Mapa de Europa en 1789
Mapa de Europa en 1806
Mapa de Europa en 1812
Mapa de Europa en 1815
Notas
Créditos

ESTUDIO PRELIMINAR

Kant publicó en 1788 su *Crítica de la razón práctica* y en 1795 el *Proyecto para la paz perpetua*. En este último demostraba su confianza en el progreso para terminar con el antagonismo y la oposición que eran los motores de la historia. Su propuesta mejoraba las ideas expuestas por Saint-Pierre y consideraba que la paz era un futuro inevitable, porque el desarrollo del derecho de gentes permitiría superar la continua situación de hostilidad que relacionaba a los estados. Sin embargo, la clarividencia kantiana no pudo evitar que, pocos años después, Europa se desangrara en una sucesión de grandes guerras.

La técnica y planteamientos de los conflictos armados del siglo XVIII se vieron transformados por la irrupción de Napoleón Bonaparte que, con ejércitos pequeños, mal equipados y escasamente adiestrados, derrotó a las grandes monarquías europeas. Había logrado sus victorias gracias al desarrollo de un nuevo tipo de batallas, basado en la velocidad y en el dominio de las comunicaciones. Hasta que el éxito le hizo modificar sus procedimientos. A partir de 1806 la realidad militar francesa se vio transformada profundamente porque Napoleón contaba con los enormes recursos humanos y materiales del imperio. La vida de los soldados dejó de ser un valor que era preciso administrar con avaricia y el emperador, sin abandonar sus habilidades anteriores, modificó su forma de dirigir la guerra y se apoyó en la masa como principio resolutivo en los campos de batalla.

Había ganado sus primeros encuentros armados utilizando los principios de la sorpresa y la movilidad de las tropas. En esta segunda época, se basó en la capacidad destructiva de grandes formaciones de artillería que concentraban su fuego en el punto decisivo para, cierto tiempo después, lanzar sobre éste un potente ataque con enormes masas de soldados. El empleo de estas grandes concentraciones de infantería y caballería lograba destrucciones tan

espectaculares sobre los ejércitos enemigos, que Napoleón comenzó a despreciar sus antiguas habilidades y se abandonó a la potencia destructiva de los ataques colosales.

Este sistema convirtió las batallas en grandes mataderos, hizo que sus victorias resultaran cada vez más costosas y que, a la larga, desgastaran el potencial humano de sus ejércitos y diezmaran la juventud francesa. Los aparatosos éxitos logrados por estos nuevos procedimientos fueron victorias cada vez más pírricas, cuya voracidad exigió un reclutamiento exhaustivo que desangró Francia y dejó exhausto al Imperio.

La contundencia y grandiosidad de estas batallas impresionaron a las escuelas militares posnapoleónicas. Los estudiosos se entusiasmaron con ellas más que con las libradas durante la primera época, sin advertir que, desde 1806, Napoleón había despreciado un fundamental principio estratégico: la economía de medios.

Entre los pensadores militares posnapoleónicos destacaron principalmente el suizo Antoine Jomini, que hizo su carrera en el Ejército francés y luego sirvió en el zarista, y el prusiano Carl von Clausewitz, que alcanzó mayor fama e influyó profundamente en la dirección de la guerra y la política. Mientras Jomini era un genial técnico, Clausewitz fue un filósofo de la guerra, sólo comparable con el chino Sun Tzu.

Este último fue conocido tardíamente en Europa porque su obra apareció en París en 1772, traducida por el padre Amiot, un misionero jesuita de Pekín. Fue reeditada en 1782 cuando Napoleón era un joven oficial devorador de libros y se cree que tuvo acceso a la obra. Sin embargo, el libro de Sun Tzu se divulgó mucho más tarde y con escaso éxito, porque el pensamiento militar europeo ya estaba dominado por las ideas de Clausewitz. Éstas se incorporaban al bagaje intelectual de muchos militares y estadistas porque más que un técnico, era un teórico de la guerra con un valor más permanente, y con frecuencia sus pensamientos eran intemporales.

Al comenzar el siglo XIX, la toma de conciencia nacional alemana provocó una intensa actividad intelectual. El mundo germánico estaba fraccionado en un heterogéneo mosaico político, muchas de cuyas piezas se encontraban sometidas a Austria, a Prusia o constituían estados autónomos. Sin embargo, aunque no existía una nación-estado común, se desarrollaba el sentimiento de que los alemanes constituían una *Kulturnation*, una nación-cultura.

La filosofía de Kant influyó notablemente en una serie de pensadores militares germanos encabezados por Berenhorst, que publicó en 1802 *Betrachtungen Über die Kriegskunst,* la primera obra estratégica importante fruto de la nueva filosofía. El autor creyó que la guerra tiene razones que la razón ignora. Aunque admiraba a Federico II, se opuso a sus ideas militares y fue partidario de la movilización nacional. En el campo técnico apreció la importancia del fuego, considerando que añadía un elemento de razón a la batalla moderna y que acabaría por eliminar los choques al arma blanca que, hasta entonces, habían decidido las batallas; sin embargo, creyó imposible evaluar a priori la importancia de los efectos de las armas de fuego empleadas masivamente. Consideró que el segundo elemento estratégico era la personalidad del jefe, que también escapaba a las evaluaciones previas.

En el otoño de 1806, los anticuados ejércitos prusiano-sajones fueron aplastados por Napoleón en las batallas de Jena y Auerstadt. Prusia se hundió militarmente, el rey huyó a Könibsberg y Napoleón ocupó Berlín. Los restos del Ejército fueron desbandados en Prenzlau y Ratkau y sólo fueron capaces de resistir las guarniciones de un par de grandes fortalezas. En julio de 1807, la paz de Tilsit estableció la alianza entre Napoleón y el zar, mientras Prusia seguía ocupada por las tropas francesas, pagaba una fuerte indemnización y su ejército quedaba reducido a 42.000 hombres

Las ideas francesas y la sensación de peligro estimularon la toma de conciencia nacional alemana que, sumada al racionalismo, produciría el Idealismo, salpicado de connotaciones nacionalistas. La reacción de esta Prusia derrotada fue iluminada por Fichte en sus *Discursos a la nación alemana*, entre 1807 y 1808, que eran una mezcla de canto a Alemania y arenga militar.

En este clima se desarrolló la acción de Gerhard von Scharnhorst que, después de la paz de Tilsit, dirigió la reforma militar prusiana. Burlando las limitaciones militares impuestas por Napoleón, impulsó la creación de sociedades de reservistas que utilizaban sistemas de adiestramiento rápido, los ascensos por méritos, la abolición del castigo corporal a la tropa y fundó en Potsdam la Escuela General de Guerra, destinada a formar cuadros militares con criterios más técnicos y modernos. En 1811 Napoleón exigió su destitución, pero él continuó estudiando en secreto e incitó al rey a la guerra, que

comenzó en febrero de 1813. Entonces ocupó el puesto de jefe de Estado Mayor de Blücher y fue herido de muerte en Lützen.

Scharnhorst era un soldado cultivado, influido por Kant y, sobre todo, por Herder. Educador, más que profesor dogmático, estuvo impregnado de la mística patriótica de su tiempo, exaltó la nación como entidad superior y fue uno de los padres de la unidad alemana. Sus estudios históricos y su experiencia militar le hicieron ver la interdependencia entre la guerra y la política, considerando al ejército como un instrumento al servicio de la nación.

Su intensa vida militar no le permitió escribir una gran obra sino numerosos artículos y manuales de instrucción. La doctrina racionalista francesa había pretendido encontrar «la verdad» eterna de la guerra, en cambio, la teoría alemana sostenía que la guerra era un fenómeno en evolución, que podía conocerse estudiando la historia militar. Él se interesó por los aspectos psicológicos de la guerra y se opuso a ambas escuelas, convencido de que la historia militar es una sucesión de casos aislados, cuyo estudio resulta fundamental para formar a los jefes militares.

Éstas fueron las ideas seguidas en la Escuela de Guerra fundada bajo su dirección. Su enseñanza destacaba el carácter único de cada situación militar e incitaba a los alumnos a desarrollar la propia capacidad, en lugar de aplicar reglas militares estrictas como si fueran silogismos. Como la principal finalidad de la Escuela era formar la personalidad de los alumnos, sus profesores debían limitarse a aconsejarles, sin imponerles sus pensamientos. La asignatura básica era la Historia Militar con apoyos de Psicología, Filosofía, Derecho Público, mientras que las Matemáticas ocupaban el segundo lugar.

En el estudio técnico de las batallas, Scharnhorst fue uno de los primeros en advertir la importancia decisiva del fuego y elaboró los principios básicos sobre la ofensiva y la defensiva, definiendo también un conjunto de reglas estratégicas.

Uno de sus colaboradores fue Von Lossau, que le ayudó en la reforma del ejército, reflexionó sobre la organización militar prusiana y sostuvo la teoría de la defensa ciudadana de la nación, porque existe identidad entre la nación y su defensa. En 1815 publicó un libro titulado *De la guerra* donde aseguraba que ésta es la última razón de los estados y, en consecuencia, la prolongación de la política. Concluyó que la política fija los objetivos y la guerra pone los

medios. Sentó también las bases de la «economía de guerra», al defender que el jefe militar puede exigir los medios materiales necesarios para hacerla.

La guerra no es una ciencia exacta y se rige por la personalidad del jefe. El genio militar se logra por la suma de fuerzas psicológicas, morales e intelectuales y reconoció que Napoleón, aunque era enemigo, concentraba el genio militar de su tiempo y personificaba el arte de la guerra, que es combinatorio y no se rige por un conjunto de reglas lógicas.

Demostró ser un hombre pragmático al afirmar que, por muy científico que sea el planeamiento y desarrollo de una guerra, resulta inútil si no se cuenta con la suficiente capacidad de acción. En cuanto a los procedimientos, consideró que la decisión de una batalla se logra mediante el ataque, que es la acción fundamental de la técnica militar. Concluyó, por último, que la intervención armada no culmina el proceso bélico, porque la guerra no termina al derrotar militarmente al enemigo sino al asegurar las condiciones de la paz.

En el mundo intelectual prusiano, agitado por el sentimiento nacional, surgió una nueva teoría de la guerra que superaba a las antiguas ideas estratégicas. Su pensador más importante sería el prusiano Carl von Clausewitz, que había recibido las notables influencias de Berenhorst, Scharnhorst y Lossau

Nacido en 1780, sentó plaza en el ejército a los doce años y, en 1801 ingresó en la Academia de Oficiales de Berlín, donde fue el alumno favorito de Scharnhorst y, por recomendación suya, se convirtió en ayudante del príncipe Augusto de Prusia. Cayó prisionero en la batalla de Jena y estuvo internado en Nancy y Soissons. Liberado en 1809, fue ayudante de Scharnhorst durante la organización del Ejército prusiano y, entre 1810 y 1812, profesor en la Escuela General de Guerra e instructor militar del príncipe heredero Federico Guillermo II.

En 1812, cuando estalló la guerra entre Francia y Rusia, consideró inmoral servir en el ejército de su país mientras fuera aliado forzoso de Napoleón, pidió la baja y se incorporó al ejército ruso. Como oficial al servicio del zar participó en la campaña de 1813, y en la batalla de Waterloo fue jefe del Estado Mayor de Thielmann. El 1815, después de abdicar Bonaparte, regresó al ejército prusiano como coronel.

Nombrado, en 1818, mayor general y director de la Escuela General de Guerra, enseñó allí durante doce años y tuvo tiempo para redactar su obra. En 1830 fue destinado a la artillería y, en octubre, fue nombrado jefe del Estado Mayor del jefe militar de la frontera polaca, el mariscal August von Gneisenau, que, en 1808, había colaborado con Scharnhorst en la reorganización del ejército. Al año siguiente, él y su jefe murieron de cólera.

Había escrito varios libros, en notas que iban de 1816 a 1831, y era preciso ordenarlas. De ello se encargó su viuda, la condesa Brühl, que publicó *De la guerra,* su obra más importante, y otros siete libros sobre campañas.

El pensamiento militar de Clausewitz se había independizado de los postulados clásicos. Para él, la teoría de la guerra de Maquiavelo dependía excesivamente de los escritores antiguos; en cambio, su época superaba las formas artificiales del arte militar antiguo, gracias a la fuerza individual, las armas modernas y las grandes formaciones de soldados. En consecuencia, las masas y el valor individual resultaban decisivos.

Los tratadistas del siglo XVIII estudiaban política y guerra por separado. Se consideraban fenómenos disociados, con la consecuencia de que quienes dirigían las campañas militares no eran los mismos que gobernaban el país en tiempo de paz. Las doctrinas anteriores al siglo XIX habían estudiado la historia militar como una sucesión de hechos independientes, sin considerar la guerra en sí misma. Clausewitz procuró situarla en un marco lógico e histórico, convencido de que la forma más bella de conflicto armado es la que lleva a cabo un pueblo en su propio territorio, para dar testimonio de su libertad e independencia.

Al estudiar los eficaces golpes de Napoleón contra Prusia, creyó que la causa de sus victorias se basaba en el hecho de contar con suficiente poder en Francia para decidir sobre la paz y sobre la guerra. Los éxitos militares franceses le convencieron de que debía establecerse la unidad del mando militar y político, una situación que raramente se había dado en la historia.

Scharnhorst y Lossau ya habían anticipado una de las más originales y conocidas aportaciones de Clausewitz: la guerra y la política están siempre relacionadas, porque es la política la que engendra la guerra y la delimita en cada caso particular. La

imposibilidad de oponerse a Napoleón por medios pacíficos le hizo descubrir también que la guerra forma parte de la política y que es su última razón. En caso de dificultades exteriores insostenibles por otros medios, la guerra aparece como un objeto político y la destrucción de los ejércitos amigos incrementa las propias dificultades políticas.

Estas comprobaciones le permitieron plantearse cuál era el verdadero espíritu de la guerra. Concluyó que ésta nace y recibe su forma de las ideas, sentimientos y relaciones que existen en el momento. Utilizó las categorías clásicas para relacionar al pueblo con el ciego instinto de la hostilidad, al general y su ejército con el valor, al talento como una libre actividad espiritual y al gobierno como la manipulación de la guerra como instrumento político.

Inmerso en las preocupaciones de su tiempo y en el entusiasmo militar despertado en Europa, apuntó también la importancia de una mística de la guerra destinada a servir de nexo entre la guerra y la política. Porque creyó que las victorias napoleónicas se debían al espíritu de la causa francesa y que el entusiasmo francés había derrotado a los prusianos en Jena.

Preocupado por sistematizar las características bélicas, redactó un inventario sobre las formas de guerra de su tiempo. Definió las peculiaridades de cada una de ellas y puso en evidencia sus interferencias sobre la guerra considerada en abstracto, a la que llamó la guerra absoluta.

Todo conflicto armado podía ser defensivo u ofensivo. La defensiva es la forma superior de la guerra, porque explota al máximo las características del terreno, posibilita aprovechar los fallos del adversario, se adapta a los acontecimientos imprevistos y permite mantener suficientes tropas en reserva para emplearlas en el lugar y momento oportunos. Tal suma de ventajas no debe ocultar el valor de la ofensiva que, por sí sola, puede lograr la principal finalidad de la guerra, que es la destrucción del enemigo.

Esta última afirmación rompió la tradición de las guerras dieciochescas que concluían con escasas bajas humanas, incluso en el bando que había sido derrotado. Como era muy frecuente en él, una vez hubo formulado el principio general, se sintió en la obligación de puntualizarlo: la destrucción del ejército enemigo sólo es posible en la guerra absoluta, porque frecuentemente la guerra real hace perder esta visión. En la guerra real sólo la ofensiva puede proporcionar la

victoria y, en consecuencia, aunque la defensiva sea la forma superior de la guerra absoluta, en la guerra real sólo puede pensarse en ella en función de la ofensiva que puede llevarse a cabo.

A pesar de todo, la defensiva nunca puede ser pasiva y debe contener acciones ofensivas. En 1812 matizó sus puntos de vista y escribió que la defensiva permite detener al enemigo a fin de esperar el momento oportuno para reanudar el ataque. Durante éste habrá también momentos en que será imposible avanzar y será preciso detenerse para resistir. De modo que la ofensiva y la defensiva pueden mezclarse y, mientras la ofensiva tiene momentos defensivos, la defensiva puede contener situaciones activas. Tales pensamientos contienen el germen de lo que sería la defensiva elástica de la Segunda Guerra Mundial.

La guerra real nunca es totalmente ofensiva ni defensiva sino una combinación de ambas, hasta el extremo de alejar nuestra noción de guerra absoluta. Porque el carácter absoluto de las guerras suele estar matizado por toda clase de elementos políticos, psicológicos y físicos, como son el peligro o el miedo, entre otros muchos. El conjunto siempre resulta muy difícil de observar y la superación de este problema revela la capacidad del general, en cuya personalidad deben combinarse el poder y el conocimiento. De modo que las cualidades personales y el estudio de las formas de la guerra resultan estrechamente vinculados.

Como la guerra no constituye un fenómeno aislado sino que es una prolongación de la idea política, es preciso afrontar la formación de los futuros jefes, para que sean capaces de entender el problema en su totalidad. Antiguo profesor y luego director de la Escuela de Guerra, consideró que la educación de los oficiales era un elemento esencial en la organización de los ejércitos. La influencia de Scharnhorst le llevó a pensar que el objetivo de esta educación no era proporcionar a los futuros generales un conjunto de reglas destinadas a dirigir sus pensamientos durante la batalla, sino ayudarles a desarrollar una formación autodidacta a la manera de Rousseau. El razonamiento militar debía ser conducido por una cabeza bien formada porque, para el oficial alemán, la moral debía ser más fuerte que la razón. Aunque sin despreciar sentimientos que podían ser tan positivos como lo fueron el amor propio para César, el odio a los romanos para Aníbal o el sentimiento de gloria para Federico II.

La finalidad última de la educación militar debía ser la formación de objetos de sabiduría en una forma subjetiva del poder. Su principal instrumento era el estudio de la historia militar de la que es posible desgranar cierto número de necesidades que permitan aprender un conjunto de leyes y contribuir a formar el juicio. La teoría de la guerra no es directamente aplicable, sino que permite proporcionar la visión de conjunto que distingue a los grandes generales.

Nunca fue partidario de una formación rígida y reglamentista, porque un buen jefe militar no puede guiarse por reglas establecidas, sino contar con claras nociones sobre la guerra absoluta. De estos conocimientos básicos podrá extraer sus conceptos sobre la guerra real, a fin de que el análisis posterior le permita adaptar sus decisiones a las circunstancias.

El pensamiento de Clausewitz sintetizó el esfuerzo intelectual de toda una época. *De la guerra* no era un tratado técnico ni una guía del oficial en campaña sino un hallazgo del pensamiento militar ilustrado y se convirtió en un breviario estratégico utilizado en todos los tiempos. Su mayor contribución a la estrategia fue oponerse a la escuela matemática, considerando que el espíritu es más importante que los ángulos y las líneas que formen las tropas o las fortificaciones.

Se trata de una obra de lectura y comprensión difíciles, un texto salpicado de frases rotundas y brillantes que impresionan a los lectores poco atentos. Éste constituye uno de sus mayores problemas, porque, a menudo, el libro ha sido mal comprendido y peor interpretado. La revolución que provocó en el pensamiento militar hizo creer que Clausewitz era el intérprete de Napoleón porque éste había sido la gran revelación estratégica de la época. Ciertamente, *De la guerra* recogía la teoría imperial sobre los conflictos armados, pero se inspiraba en la segunda época de la estrategia napoleónica. Que era la más contundente y aparatosa, aunque no la más inteligente y meritoria.

Sin embargo, una gran parte de las ideas contenidas en *De la guerra* no eran de Napoleón sino del propio Clausewitz. Suyo era el estudio de las relaciones entre la guerra y la política, que se popularizó con la famosa frase: «La guerra es la continuación de la política.» Pero, a menudo, sus ideas fueron mal interpretadas y acabaron haciendo a la política prisionera de la estrategia.

No sólo él, sino todas las escuelas posnapoleónicas estaban hipnotizadas por las grandes batallas imperiales de Napoleón, considerándolas el perfeccionamiento de los enfrentamientos librados por Bonaparte durante el Directorio y el Consulado. La realidad era precisamente al revés, y las grandes batallas imperiales habían degradado las genialidades del joven general Bonaparte. La inmediatez del tiempo provocaba un error de perspectiva que impedía apreciar este extremo.

Clausewitz había hablado de la guerra absoluta y preconizado el empleo de enormes efectivos en los puntos decisivos de la batalla. Sin embargo, había matizado sus afirmaciones y procurado evitar la desproporción entre los objetivos y los medios. Estas cláusulas moderadoras fueron frecuentemente mal interpretadas, ignoradas o asumidas superficialmente, con funestas consecuencias.

No todos los errores se debieron a las malas interpretaciones posteriores sino también al propio Clausewitz, que utilizó la lógica hasta extremos exagerados. Concluyó que, como la finalidad de la guerra es imponerse a la fuerza militar del enemigo, éste debe ser desarmado. Sin embargo, es previsible que se oponga a nuestros propósitos y, si deseamos doblegar su voluntad y obligarlo a contrariar sus deseos, deberemos colocarlo en una situación donde lo más fácil sea aceptar lo que pedimos.

Hasta aquí, el razonamiento de Clausewitz es correcto. Sin embargo, adopta una postura maximalista cuando concluye que, para lograr nuestras finalidades, el enemigo debe ser completamente derrotado y desarmado. Sus pensamientos siguientes se encadenan según esta lógica implacable. La guerra es un acto de violencia llevado a su límite máximo, en consecuencia es imposible pensar en moderarla. Como su finalidad es la destrucción directa del ejército enemigo, debe evitarse la tentación de entretenerse en operaciones indirectas y en destrucciones parciales. Es imposible ganar la guerra por métodos habilidosos y de poco coste, de modo que debemos invertir en ella todos nuestros recursos para lograr las máximas destrucciones.

Lo cual resulta una contradicción con las propias teorías de Clausewitz. Si la guerra es la continuación de la política, no puede arruinarse la paz posterior con matanzas y destrucciones excesivas. Lossau ya había escrito que la guerra no termina hasta que se han asegurado las condiciones de la paz, pero Clausewitz ignoró este

antecedente, porque sólo pensaba en la guerra y no en la paz que la sigue. Él mismo contradecía su afirmación de que la paz y la política son complementarias.

Así profundizó en la idea de que la única finalidad de la estrategia es la destrucción del ejército enemigo. Se trataba de un razonamiento personal y rupturista, porque la noción de enemigo absoluto no existía en el siglo XVIII ni fue aceptada por Napoleón que, después de cada paz, procuró convertir a sus antiguos enemigos en aliados. La propia biografía de Clausewitz y su continua lucha contra el poder napoleónico reforzaron esta visión radical del enemigo absoluto. Él lo había identificado personalmente como Bonaparte, pero lo integró en su concepción de la guerra absoluta. Su razonamiento abstracto quedaba contaminado por su realidad personal y concreta.

El error de interpretación no sólo afectó a sus discípulos sino al propio Clausewitz. Al establecer la teoría de la guerra absoluta, consagró conceptos excesivamente abstractos y los acompañó con exposiciones demasiado complicadas para sus futuros lectores, la mayor parte de los cuales serían pragmáticos militares. La lógica de sus razonamientos y la contundencia de sus afirmaciones impresionarían a muchos de sus seguidores. Olvidarían la complicada esencia de su pensamiento para concentrarse en las frases y fórmulas brillantes, cuya aplicación directa generalmente contradecía el mismo discurso del autor.

Éste había hecho y observado la guerra en una época donde el armamento no conoció radicales innovaciones técnicas. Sus más próximos antecesores ya habían anotado que la potencia de las armas de fuego podía resultar decisiva en el campo de batalla. Berenhorst llegó a escribir que, en el futuro, los choques cuerpo a cuerpo ya no decidirían la suerte de los combates. Sin embargo, las grandes batallas de Napoleón, aunque se iniciaban con violentos cañoneos, concluían con cargas de caballería y masas de infantería atacando a la bayoneta. Es decir, el choque al arma blanca resultaba resolutivo sobre las armas de fuego. Conclusión que confirmó las suposiciones de Clausewitz contra la opinión de sus antecesores.

Su tendencia a buscar los argumentos esenciales le llevó confiar exageradamente en los extremos. Consideró que la forma más razonable de terminar la guerra es vencer en una gran batalla decisiva. Su desprecio por los efectos de fuego y su convicción en la

necesidad de un gran choque al arma blanca le hicieron creer que el desgaste de las fuerzas propias sería mayor cuanto más se deseara destruir al ejército enemigo, que era la finalidad de toda batalla. De ello dedujo que el número resultaba esencial para vencer, tanto en los pequeños como en los grandes combates. Así llegó a su teoría de la fuerza extrema; la victoria debía obtenerse haciendo que grandes masas atacaran en el punto sensible del enemigo. Con el resultado de que el desgaste de las tropas será mayor cuanto más daños queramos causar al enemigo al que la guerra pretende destruir. Es decir, que una gran victoria implica grandes males en el propio ejército.

Consideró la defensiva como la más fuerte de las situaciones de la guerra, porque exige un gasto menor de fuerzas, encuentra apoyo en el terreno, quebranta al asaltante, modifica la relación inicial de fuerzas y consigue la superioridad para pasar a la ofensiva. En cambio, la ofensiva se debilita por sus mismos éxitos; al retroceder, el enemigo se reúne con las posibilidades del interior de su territorio, mientras el atacante se dispersa y ve alargadas sus líneas de comunicación.

La mejor estrategia consiste en ser más fuerte en general y, sobre todo, en el punto decisivo. Consideraba esencial concentrar contra este punto el mayor número de tropas y mantenerlas unidas para ser superiores al enemigo en el lugar decisivo. Esta voluntad hacía marchar rígidamente la batalla, sin considerar los grandes éxitos de Napoleón que se debieron a su habilidad para dirigir la guerra por procedimientos más elásticos.

Al estudiar las relaciones entre la guerra absoluta y la guerra real, comprendió que el ideal abstracto siempre era limitado por la realidad y matizó el principio de la fuerza extrema. Pero no quiso enturbiar su axioma de que el ideal siempre debe presidir la conducción de la guerra y limitó el principio de la fuerza extrema de forma que no resultaba claramente comprensible.

El resultado fue desastroso: sus discípulos se embarullaron en sus complejos argumentos y, defendiendo la teoría abstracta, olvidaron la razón práctica. Sus razonamientos resultaban tan difíciles y, aparentemente, contradictorios, que muchos de sus lectores sólo lograron retener algunas frases lapidarias. En consecuencia, rebasaron el contenido de la filosofía y su libro fue interpretado como un manual para la dirección de la guerra.

Durante cien años, los militares europeos influidos por sus doctrinas consideraron que la guerra debía concluirse con una gran batalla y ésta se culminaba con masivos combates a la bayoneta. Esta convicción llevó a los generales a buscar cuanto antes una gran batalla, renunciando a aprovechar las oportunidades más ventajosas. En la práctica, la busca sistemática de esta batalla decisiva y la aplicación del mayor número de hombres contra el punto vital, convirtió las batallas en matanzas de magnitud desconocida.

Los pensamientos de Clausewitz influyeron profundamente en Helmuth von Moltke, que lo admiraba profundamente y había sido su alumno en la Escuela de Guerra. También consideraba que la guerra es la continuación de la política, aunque era un hombre mucho más pragmático y de visión más reducida y concreta que su maestro. Su concepto de la ciencia militar era también más limitado y la creía capaz de elaborar recetas prácticas, aplicables a las diversas situaciones de la guerra. Su estrategia se basó en la técnica de conducir las tropas hacia la batalla, reunirlas y atacar al enemigo contra su frente y un flanco. Como general vencedor en las guerras prusianas de 1866 a 1870, consiguió un gran prestigio y autoridad, que consagraron sus ideas en la doctrina militar alemana. Su *Instrucción para el alto mando* estuvo vigente en el ejército alemán hasta 1914.

Clausewitz no sólo influyó en los generales. Marx y Engels reconocieron que la guerra revolucionaria ya no podía hacerse con barricadas, al estilo antiguo. Engels era muy aficionado a la estrategia y escribió mucho sobre la guerra. Conocía muy bien la obra de Clausewitz y recomendó que las fuerzas proletarias leyeran *De la guerra* para aprender cómo aplicar sus principios a la revolución.

La mala utilización de los principios absolutos de Clausewitz se agudizó en Alemania desde la subida al trono de Guillermo II, que supuso la caída de Bismarck y Moltke. El belicismo del nuevo emperador impulsó una estrategia que desde 1902 evolucionó hacia la brutalidad de la guerra total de Ludendorff, que pensaba únicamente en la ofensiva.

Estas equivocadas interpretaciones alcanzaron su máximo en Francia, de la mano de Ferdinand Foch. En 1895 fue nombrado profesor de la Escuela de Guerra francesa y estudió las campañas de Napoleón y leyó a Clausewitz cuando carecía de conocimientos para

comprenderlo. Así cayo en la trampa de adquirir aisladamente algunas de sus ideas y magnificarlas. Sobre todo, centró sus pensamientos en la visión continental de la guerra, que era propia de los generales prusianos. Ignorando las posibilidades de la guerra naval y la económica, hizo gravitar su pensamiento estratégico en uno de los axiomas de Clausewitz: la destrucción del ejército enemigo es el único medio para alcanzar la victoria.

De ello extrajo su regla fundamental, aunque también estudió la campaña de 1870 y los autores militares de comienzos del siglo XX. Creyó que la batalla era el único argumento de la guerra moderna y se equivocó al considerar que la estrategia conduce la táctica, cuando, realmente, la táctica es sólo un instrumento de la estrategia.

Obsesionado por la teoría de las masas, subestimó como Clausewitz la importancia del armamento y los factores materiales, con el agravante de que, en su época, éstos ya habían adquirido una enorme potencia por haber recibido las aportaciones de la Segunda Revolución Industrial. Él conocía este desarrollo, pero lo interpretó equivocadamente; creyó que la mayor potencia del armamento favorecía la ofensiva, sin entender que era lo contrario.

En 1908 fue nombrado director de la Escuela de Guerra, donde defendió una educación militar basada en las ideas de Clausewitz, concediendo gran importancia a la historia militar, porque la teoría de la guerra debe inspirarse en los principios y los ejemplos históricos.

Convenció a sus alumnos de la teoría de las masas: bastaba atacar con bastante impulso para tener asegurada la victoria. La acción fundamental de la guerra es la ofensiva, mientras la defensiva sólo sirve para esperar el momento de emprender aquélla. Su visión equivocada de la guerra absoluta, convertida en ejemplo concreto, quedó expresada en una de sus frases: «Nada deseo más que una gran batalla.» Había también asimilado la idea de que cuanto mayor quebranto se desea causarle al enemigo, más elevadas serán las pérdidas propias. Así llegó a afirmar, sin que le temblara el pulso, que «una victoria es el precio de la sangre».

La teoría se extendió al Ejército británico por la amistad entre Foch y Henry Wilson, director de la Escuela de Estado Mayor británica que posteriormente, en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, fue director de Operaciones Militares y transformó la tradición estratégica inglesa. En Francia, las ideas de Foch

culminaron en un plan de guerra ciegamente ofensivo, destinado a lanzar todas las fuerzas disponibles contra los alemanes. El extremo del despropósito correspondió a uno de sus discípulos, el coronel Grandmaison que, bajo el mando de Joffre, concentró toda la acción francesa en una gran ofensiva, que debía culminar en la carga a la bayoneta para destruir al enemigo a costa del sacrificio propio.

El armamento moderno, cuyo valor había sido despreciado a priori, hizo fracasar la teoría de las masas, destrozó los ejércitos y produjo millones de muertos cuando las masas de soldados fueron insensatamente enfrentadas a las ametralladoras. También los alemanes sucumbieron a la teoría de concentrar todas sus fuerzas para la batalla decisiva. La consecuencia fue el fracaso de la batalla del Marne, que les hizo perder la campaña del Oeste.

Lenin fue un gran conocedor y admirador de Clausewitz. En 1915, mientras se libraba la Gran Guerra, se dedicó a estudiar profundamente *De la guerra*, tomó abundantes notas y aprendió la famosa idea de que la guerra es la continuación de la política. Cuando posteriormente se dedicó a repasar sus apuntes y reflexionó sobre ellos, llegó a la idea de la hostilidad absoluta que determinó los conceptos de la guerra revolucionaria y, más adelante, de la guerra fría cuando ya Lenin había muerto.

Para él sólo la guerra revolucionaria es una guerra verdadera porque procede de la hostilidad absoluta. En cambio, una guerra acotada por el derecho internacional, no es una guerra sino un simulacro de ella, comparable a un duelo entre caballeros medievales. El comunismo se basa en la hostilidad absoluta y cualquier otro tipo de guerra parecía un juego. Su enemigo absoluto era el enemigo de clase, la burguesía, el capitalismo occidental. La guerra revolucionaria está animada por la hostilidad absoluta y no conoce acotamientos.

Esta prolongación leninista de las teorías de Clausewitz desplazó el centro de gravedad de la guerra a la política y fue mucho más allá de sus pensamientos. Porque había teorizado sobre la guerra absoluta contando con la existencia del Estado, al que servía el ejército nacional. No podía imaginar un ejército empleado en servir los intereses de un Estado que era el instrumento de un partido.

A pesar de la carnicería provocada por las malas interpretaciones de Clausewitz durante la Primera Guerra Mundial, muchas de sus ideas siguieron vigentes después de 1918. La Escuela

de Guerra de París se convirtió en la cátedra mundial de todos los ejércitos modernos, excepto para Inglaterra e Italia.

La búsqueda de la batalla definitiva todavía inspiró al Estado Mayor alemán antes de la Segunda Guerra Mundial. Esperaba desencadenar una gran batalla en la llanura de Bélgica en una repetición mejorada de las maniobras de la Gran Guerra. Dio al traste con tales planteamientos la decisión del general Guderian, que logró que Hitler aceptara su plan para atacar por el impensable camino de las Ardenas. Sin embargo, muchas ideas de Clausewitz siguieron vigentes en los lugares más insospechados.

Habían llegado a la Unión Soviética a través de los escritos de Lenin, de los textos franceses y las aplicaciones alemanas, hasta el extremo de que la estrategia y la táctica soviética se basaron en las ideas de Clausewitz, tanto en sus grandes masas de artillería e infantería dedicadas a romper el frente, como en la implacable explotación de los éxitos tácticos.

La escuela de Clausewitz se había extendido a todos los ejércitos del mundo, hasta el extremo de llegar a China a través de los oficiales formados en las escuelas militares de Berlín y Tokio. Las técnicas guerrilleras de Mao rompían radicalmente estos extremos, aunque no todos; durante dos años, el mismo Clausewitz había dado clases sobre las guerrillas en la Escuela de Guerra, en el sentido en que entonces se entendía la lucha guerrillera, que se había actualizado a raíz de la resistencia contra Napoleón en España. Para Mao, la suma de las guerrillas y el terrorismo formaba parte de la guerra revolucionaria, que debía ser culminada por la intervención del Ejército Popular en la última fase. Dos de estos elementos ya se encontraban en el libro de Clausewitz: el concepto del enemigo absoluto y el de la población en armas, también propugnada por los oficiales prusianos que organizaron la guerra contra Napoleón. Aunque el enemigo absoluto y la guerra popular pensados por Clausewitz diferían radicalmente de la interpretación de Lenin y Mao.

Las concepciones maoístas fueron aprendidas por los oficiales coloniales franceses que luchaban en Indochina, donde descubrieron la guerra revolucionaria y buscaron un método para luchar contra ella. A pesar de todo, el Estado Mayor francés buscó el viejo recurso de Clausewitz cuando llevó a sus escurridizos enemigos a empeñarse en Dien Bien Fhu, donde esperaba aplastarlos en la batalla decisiva.

Los vietnamitas aceptaron el reto y vencieron después de intensos bombardeos de artillería y morteros y sangrientos ataques cuerpo a cuerpo. La batalla decisiva funcionó al revés y terminó con la dominación francesa.

Del enfrentamiento con Napoleón, Clausewitz había extraído los conceptos de hostilidad absoluta y enemigo absoluto; ambos fueron recuperados e hicieron fortuna durante la guerra fría. Acabada aquélla y desaparecido el enfrentamiento bipolar, perviven hoy aplicados al terrorismo, en una realidad que nada tiene que ver con las circunstancias en que nacieron.

De la guerra ha conocido cuatro ediciones españolas y, por lo menos, una argentina, todas ellas de muy distinto valor. A pesar de su importancia, el libro no parece haber encontrado en español el eco que merece y, en algún caso, ha entrado en la imprenta fraccionado o en versiones de traducciones inglesas. Ahora, La Esfera de los Libros hace el esfuerzo de publicar una edición íntegra, traducida escrupulosamente del original alemán por Carlos Fortea. En este complejo momento de la política mundial, la lectura del general prusiano puede ayudar a comprender algunos de los difíciles problemas de la paz, de la guerra y de la violencia colectiva.

GABRIEL CARDONA

Universidad de Barcelona, diciembre de 2004

Vom Kriege.

Hinterlaſſenes Werk

des

Generals Carl von Clauſewitz.

Erſter Theil.

Berlin,
bei Ferdinand Dümmler.

1832.

Vom Kriege.

Hinterlaſſenes Werk

des

Generals Carl von Clauſewitz.

Zweite Auflage.

Erſter Theil.

Berlin,
Ferd. Dümmler's Verlagsbuchhandlung.
1853.

PRÓLOGO

[A la primera edición]

Marie von Clausewitz

Extrañará, con razón, que una mano femenina se atreva a acompañar de un prólogo una obra del presente contenido. Para mis amigos, esto no requiere ninguna explicación, pero espero que la simple narración de lo que me ha movido a hacerlo aleje de mí toda sombra de atrevimiento, incluso a los ojos de aquellos que no me conocen.

La obra a la que estas líneas preceden ocupó casi en exclusiva a mi indeciblemente amado esposo, arrebatado demasiado pronto a mí y a la patria, durante los últimos doce años de su vida. Culminarla era su deseo más ardiente, pero no tenía intención de darla a conocer al mundo durante su vida; y cuando yo me esforzaba en disuadirle de ese propósito me daba a menudo, a medias en broma, pero a medias sin duda presintiendo una temprana muerte, la siguiente respuesta: «*Tú* habrás de editarla.» Esas palabras (que en aquellos felices días provocaron muchas veces mis lágrimas, por poco inclinada que estuviera entonces a darles un significado serio) son las que, en opinión de mis amigos, convierten en una obligación anteponer unas pocas líneas a la obra póstuma de mi amado esposo; y aunque se puedan tener distintas opiniones, sin duda no se malinterpretará el sentimiento que me ha movido a superar la timidez, que tanto dificulta a una mujer una aparición pública como ésta, por subordinada que sea.

Se entiende que no puedo tener ni la más remota intención de considerarme la verdadera autora de una obra que está muy por encima de mi horizonte. Sólo quiero ser su acompañante en su entrada al mundo. Bien puedo reclamar ese puesto, dado que fue uno parecido el que se me concedió en su origen y conformación. Quien haya conocido nuestro feliz matrimonio y sepa cómo lo compartíamos *todo*, no sólo las alegrías y las penas, sino también todas las ocupaciones, todos los intereses de la vida diaria, entenderá

que un trabajo de esta clase no podía ocupar a mi amado esposo sin que también me fuera conocido a mí con todo detalle. Así que nadie como yo puede dar testimonio del celo, del amor con el que se dedicó a él, de las esperanzas que en él ponía, así como de la forma y momento de su origen. Su espíritu, tan rico en dotes, había sentido desde su temprana juventud la necesidad de la luz y de la verdad[1], y, por variada que fuera su formación, su reflexión se había dirigido principalmente a las ciencias de la guerra, a las que dedicaba su profesión, y que son de tan gran importancia para el bien de los Estados. Scharnhorst había sido el primero en guiarle hacia el camino correcto, y su empleo como profesor en la Escuela General de Guerra, ocurrido en el año 1810, así como el honor que se le concedió en la misma época de impartir las primeras lecciones militares a Su Alteza Real el Príncipe Heredero[2], fueron para él nuevos motivos para dar esta dirección a sus investigaciones y esfuerzos, así como para plasmarlas por escrito, con lo cual quedaba en paz consigo mismo. Un ensayo con el que puso en fin, en el año 1812, a la instrucción de Su Alteza Real el Príncipe Heredero, contiene ya el germen de sus obras siguientes. Pero sólo en el año 1816, en Coblenza, empezó nuevamente a ocuparse en trabajos científicos y a recoger los frutos que las ricas experiencias de cuatro años de guerra tan importantes habían madurado en él. Al principio escribía sus opiniones en cortos ensayos escasamente vinculados entre sí. El siguiente documento, hallado sin datar entre sus papeles, parece proceder también de aquella temprana etapa:

> «Las frases aquí apuntadas tocan en mi opinión los puntos principales que hacen a lo que recibe el nombre de estrategia. Yo los veía aún como meros materiales, y había llegado lo bastante lejos como para fundirlos en un todo.
>
> Estos materiales surgieron sin un plan preconcebido. Mi intención era al principio plasmar en frases muy cortas, precisas y compactas, lo que pensaba acerca de los puntos más importantes de este objeto, sin atender a sistema ni estricta correlación alguna. Tenía oscuramente presente la forma en que Montesquieu trató su objeto. Pensaba que esos capítulos cortos, ricos en sentencias, que al principio quería llamar granos, atraerían al hombre inteligente tanto por lo que podía

desarrollarse a partir de ellos como por lo que ellos mismos establecían: tenía pues en la cabeza un lector inteligente, ya familiarizado con el asunto. Sólo que mi naturaleza, que me empuja siempre a desarrollar y sistematizar, ha hecho finalmente su trabajo también aquí. Por un tiempo no quise más que sacar los resultados más importantes de los tratados que escribía sobre distintos temas, porque sólo así me quedaban claros y seguros, y concentrar por tanto el espíritu en un pequeño volumen; pero luego mi carácter se desbocó, desarrollé todo lo que pude, y naturalmente pensé entonces en un lector que aún no estuviera familiarizado con el asunto.

Cuanto más avanzaba, cuanto más me entregaba al espíritu de la investigación, tanto más retornaba también al sistema, así que poco a poco fueron insertándose capítulos.

Mi intención última era ahora volver a repasarlo todo, motivar mejor algunas cosas de los primeros ensayos, sintetizar quizá en los posteriores algunos análisis en un resultado y hacer de ello un conjunto aceptable que formase un pequeño volumen en octavo. Pero también entonces quería evitar todo lo usual, lo evidente, lo cien veces dicho, lo generalmente aceptado; porque mi ambición era escribir un libro que no se hubiera olvidado al cabo de dos o tres años, y que aquel que se interesa por el tema pudiera tomar en sus manos más de una vez».

En Coblenza, donde prestó muchos servicios, sólo podía dedicar horas sueltas a sus trabajos privados; sólo con su nombramiento como director de la Escuela General de Guerra de Berlín consiguió el tiempo necesario para dar expansión a su obra y enriquecerla con la historia de las últimas guerras. Ese tiempo libre le reconcilió también con su nueva determinación, que en otro sentido no podía satisfacer del todo, porque conforme a la organización de la escuela de guerra la parte científica del instituto no está bajo la responsabilidad del director, sino de una especial comisión de estudio. Por libre que estuviera de toda vanidad pequeña, de toda ambición inquieta y egoísta, sentía la necesidad de ser verdaderamente útil y no dejar de utilizar las capacidades que Dios le había dado. En la vida activa no se encontraba en un puesto en el que pudiera dar satisfacción a esa

necesidad, y tenía pocas esperanzas de alcanzarlo; así que toda su aspiración se dirigió al reino de la ciencia, y la utilidad que esperaba alcanzar con su obra se convirtió en objeto de su vida. El hecho de que aún así se afirmase en él la decisión de publicar la obra después de su muerte es sin duda la mejor prueba de que ningún vano deseo de elogio y reconocimiento, ni un rastro de ninguna consideración egoísta, se mezclaba a esta noble aspiración de alcanzar un efecto grande y duradero.

Así que siguió trabajando celosamente, hasta que en la primavera de 1830 fue destinado a Artillería y su actividad fue reclamada de un modo completamente distinto, y en tan gran medida que, al menos al principio, tuvo que renunciar a todo trabajo literario. Ordenó sus papeles, selló los distintos paquetes, los rotuló y se despidió con nostalgia de esa ocupación que se le había hecho tan querida. En agosto de ese mismo año fue trasladado a Breslau, donde se le encargó la Segunda Inspección de Artillería, pero ya en diciembre volvió a ser llamado a Berlín y nombrado jefe del Estado Mayor del mariscal de campo conde de Gneisenau (mientras durase la jefatura encomendada a éste). En marzo de 1831 acompañó a su estimado general a Posen. Cuando, tras la más dolorosa derrota en noviembre, regresó a Breslau, le alegraba la esperanza de reemprender su obra y poder terminarla quizá a lo largo del invierno. Dios lo había dispuesto de otro modo: ¡el 7 de noviembre regresó a Breslau, el 16 ya no estaba, y los paquetes sellados por su mano sólo fueron abiertos después de su muerte!

Es este legado el que se da a conocer en los siguientes volúmenes, y del mismo modo en que se encontró, sin añadir ni tachar una sola palabra. Aún así, a la hora de editarlo había mucho que hacer, que ordenar y asesorar, y debo la mayor gratitud a varios fieles amigos por la ayuda que en esto me prestaron. Concretamente al mayor O'Etzel, que se encargó del modo más bondadoso de la corrección de pruebas y de hacer los mapas que debían acompañar a la parte histórica de la obra. También quiero mencionar aquí a mi querido hermano, que fue mi sostén en la hora de la desgracia y que en tantos sentidos se ha hecho digno de este legado. Al releerlo y ordenarlo cuidadosamente, encontró entre otras cosas la iniciada reelaboración que mi amado esposo menciona *en la nota escrita en el año 1827* y que figura a continuación como trabajo que tenía

intención de llevar a cabo, y la ha insertado en los pasajes del Libro Primero (porque a más no alcanzó) a los que estaba destinada.

Quisiera dar las gracias a muchos otros amigos por los consejos que me dieron, por la comprensión y amistad demostradas, pero aunque no pueda nombrarlos a todos sin duda no dudarán de mi más íntima gratitud. Ésta es tanto mayor cuanto más convencida estoy de que todo lo que hicieron por mí no lo hacían sólo por mí, sino por el amigo que Dios les había arrebatado tan tempranamente.

Si durante veintiún años fui feliz de la mano de un hombre *como él*, lo sigo siendo ahora, a pesar de mi pérdida insustituible, gracias al tesoro de mis recuerdos y mis esperanzas, al rico legado de comprensión y amistad que debo al amado fallecido y al sublime sentimiento de ver su singular obra tan general y honrosamente reconocida.

La confianza con la que una noble pareja principesca me llamó a su lado es un nuevo beneficio por el que tengo que dar gracias a Dios, ya que me abre una honrosa profesión a la que dedicarme con alegría. ¡Bendito sea ese trabajo, y ojalá el pequeño y querido príncipe que en este momento está confiado a mi custodia lea un día este libro y le impulse a acciones parecidas a las de sus gloriosos antepasados!

Escrito en el Palacio de Mármol de Potsdam, el 30 de junio de 1832.

Marie von Clausewitz
de soltera condesa Brühl,
preceptora mayor de Su Alteza Real
la princesa Guillermina.[3]

NOTA

«Contemplo los primeros seis libros que ya están pasados a limpio como una masa todavía bastante informe, que ha de ser nuevamente elaborada. En esta reelaboración se tendrán más en cuenta por doquier las dos clases de guerra, y eso dará a todas las ideas un sentido más agudo, una determinada dirección, una aplicación más precisa. Estas dos clases de guerra son aquella en que la finalidad es *la derrota del adversario*, ya sea aniquilándolo políticamente o dejándolo meramente indefenso y forzándolo por tanto a una paz cualquiera, y aquella en la que *se quiere hacer algunas conquistas en las fronteras de su reino,* ya sea para retenerlas o para hacerlas valer como útil medio de intercambio en la paz. Sin duda tiene que seguir habiendo puentes de una a otra, pero la muy distinta naturaleza de ambas aspiraciones tiene que hacerse ver en todas partes y separar lo incompatible.

Aparte de esta diferencia fáctica en las guerras, hay que establecer expresamente y con precisión el punto de vista, igualmente necesario en la práctica, de que la guerra *no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios*. Este punto de vista, que tiene puntos de apoyo por doquier, dará más unidad a la reflexión, y todo será más fácil de desentrañar. Aunque tal punto de vista sólo tendrá eficacia[4] sobre todo en el Libro Octavo, tiene que estar completamente desarrollado ya en el Libro Primero e intervenir en la reelaboración de los seis primeros libros. Con ella se librarán esos seis libros de alguna escoria, se cerrará alguna fisura y hueco, y alguna generalidad pasará a pensamientos y formas más precisos.

El Libro Séptimo, *Del ataque*, para el que ya se han hecho los esquemas de los distintos capítulos, ha de ser contemplado como un reflejo del Libro Sexto, y debe ser redactado ya conforme a los puntos de vista que acabamos de indicar, de forma que no requerirá una nueva elaboración, sino que más bien puede servir de norma en la reelaboración de los seis primeros libros.

Del Libro Octavo, *Del plan de la guerra*, es decir, de la organización de toda una guerra, están esbozados ya varios capítulos, que no obstante no pueden siquiera contemplarse como verdaderos materiales, sino como un mero abrirse paso entre la masa bruta para ver en el propio trabajo dónde se va a parar. Han cumplido esa finalidad, y una vez terminado el Libro Séptimo pienso pasar enseguida a la redacción del octavo, donde se harán valer principalmente los dos puntos de vista indicados arriba y que deben simplificarlo todo, pero darle su espíritu al mismo tiempo. Espero planchar en este libro algunas arrugas en las cabezas de los estrategas y estadistas, y mostrar por lo menos por doquier de qué se trata y qué hay que tener realmente en cuenta en una guerra.

Cuando, mediante la redacción de este Libro Octavo, aclare mis ideas y las grandes líneas de la guerra hayan quedado debidamente establecidas, me resultará tanto más fácil trasladar ese espíritu a los seis primeros libros y que esas líneas brillen por doquier en ellos. Es decir, sólo entonces acometeré la reelaboración de los seis primeros libros.

Si una muerte temprana me interrumpiera en esta tarea, lo que aquí se encuentra sólo podría calificarse de masa informe de pensamientos que, expuesta a incesantes malentendidos, daría pie a multitud de críticas inmaduras; porque en estas cosas todo el mundo cree que lo que se le ocurre al coger la pluma es lo bastante bueno para ser dicho e impreso, y lo considera igual de indudable que dos más dos son cuatro. Si se tomaran, como yo, la molestia de reflexionar durante años sobre el asunto y compararlo siempre con la Historia bélica, serían más cuidadosos con la crítica.

Pero, a pesar de esa forma incompleta, creo que un lector libre de prejuicios, sediento de verdad y de convicción, no desconocerá en los seis primeros libros los frutos de una reflexión y celoso estudio de la guerra durante varios años, y quizá encuentre en ellos las ideas principales de las que podría emanar una revolución en esta teoría.

Berlín, 10 de julio de 1827.»

Aparte de esta nota, se encontró en el legado el siguiente texto incompleto que, según parece, es de fecha muy reciente:

«El manuscrito sobre la dirección de la gran guerra que se encontrará después de mi muerte sólo puede ser considerado, en su

estado actual, como una recopilación de fragmentos a partir de los cuales había de construirse una teoría de la gran guerra. La mayoría aún no me satisface, y el Libro Sexto ha de ser considerado un mero intento; lo habría reescrito por entero y buscado otra salida para él.

Tan sólo las líneas generales que se ve predominar en estos materiales las considero correctas en su visión de la guerra; son el fruto de una múltiple reflexión continuamente orientada a la vida práctica, con el constante recuerdo de lo que la experiencia y el trato con destacados soldados me han enseñado.

El Libro Séptimo debía contener el ataque, del que se apuntan fugazmente los temas; el octavo el plan de la guerra, en el que habría recogido especialmente la cara política y la cara humana de la guerra.

El capítulo primero del Libro Primero es el único que considero completo; hará por lo menos al conjunto el servicio de indicar la dirección que quería mantener en todo el texto.

La teoría de la gran guerra o la llamada estrategia ofrece extraordinarias dificultades, y bien se puede decir que muy pocas personas tienen ideas claras de los distintos temas, es decir, ideas en constante relación con lo necesario. Al actuar, la mayoría sigue un mero juicio discrecional, que acierta más o menos según haya más o menos genio en ellos.

Así han actuado todos los grandes generales, y en eso estaba en parte su grandeza y su genio, en que con ese juicio acertaban siempre. Así seguirá siendo siempre la acción; y ese juicio basta completamente para ello. Pero cuando se trata de no actuar uno mismo, sino de convencer a otros en una deliberación, entonces hacen falta ideas claras, demostrar la cohesión interior; y como la formación ha avanzado tan poco en este aspecto, la mayoría de las deliberaciones son un intercambio sin fundamento en el que cada uno mantiene su opinión o un mero acuerdo entre opiniones contrapuestas lleva a un camino intermedio que en realidad carece de todo valor.

Las ideas claras en estas cosas no son por tanto inútiles, además el espíritu humano posee en general la orientación hacia la claridad y la necesidad de relacionarlo todo.

Las grandes dificultades que tiene semejante estructuración filosófica del arte de la guerra y los muchos intentos muy malos que se han hecho han llevado a la mayoría de la gente a decir: semejante teoría no es posible, porque se habla de cosas que ninguna ley puede

abarcar. Estaríamos de acuerdo con esa opinión y renunciaríamos a todo intento de una teoría si toda una serie de frases no fueran evidentes sin dificultad: que la defensa es la forma más fuerte con una finalidad negativa, y el ataque la más débil con una finalidad positiva; que los grandes éxitos contribuyen a determinar los pequeños; que se pueden atribuir los efectos estratégicos a ciertos puntos esenciales; que una demostración es un empleo de la fuerza más débil que un verdadero ataque, y que por tanto tiene que estar condicionada; que la victoria no consiste sólo en la conquista del campo de batalla, sino en la destrucción de la fuerza física y moral, y que la mayoría de las veces ésta sólo se alcanza en la persecución tras ganar la batalla; que el éxito siempre es mayor allá donde se ha peleado la victoria, y que por tanto pasar de una línea y dirección a otra sólo puede ser considerado un mal necesario; que la justificación de una maniobra envolvente sólo puede estar en la superioridad en general o en la superioridad de las propias líneas de comunicación y retirada sobre las del adversario; que las maniobras de flanco están condicionadas por esas mismas circunstancias; que todo ataque se debilita conforme avanza.»

PREFACIO DEL AUTOR

Hoy en día, está fuera de toda discusión que el concepto de lo científico no consiste sólo o principalmente en el sistema y su edificio teórico acabado. En la presente exposición, el sistema no se encuentra en la superficie, y en vez de un edificio teórico acabado no hay más que fragmentos de obra.

Su forma científica radica en la aspiración de investigar la esencia de las manifestaciones bélicas, de mostrar su conexión con la naturaleza de las cosas de las que están compuestas. En ningún sitio se ha rehuido la consecuencia filosófica, pero allá donde se perdía en un hilo demasiado tenue el autor ha preferido cortar ese hilo y volver a enlazar con las correspondientes manifestaciones de la experiencia; porque, así como algunas plantas sólo dan fruto cuando su tallo no crece demasiado, así en las artes prácticas las hojas y flores teóricas no deben crecer demasiado, sino mantenerse cerca de la experiencia, que es su suelo característico.

Sería indiscutiblemente un error querer indagar la forma de las espigas a partir de los componentes químicos del grano de trigo que las impulsa, cuando no hay más que ir al campo para ver las espigas terminadas. Investigación y observación, filosofía y experiencia nunca pueden despreciarse ni excluirse mutuamente; se otorgan recíproca garantía. De ahí que las frases de este libro se apoyen, con la corta bóveda de su necesidad interior, o bien en la experiencia o en el concepto de la guerra misma como un punto exterior, y no carezcan de contrafuertes.[5]

Quizá no sea imposible escribir una teoría sistemática de la guerra llena de inteligencia y contenido, pero las nuestras están hasta la fecha muy lejos de esto. Sin acordarse de su falta de espíritu científico, en su aspiración a la cohesión y la integridad del sistema, desbordan de obviedades, lugares comunes y tonterías de todo tipo. Si se quiere una imagen certera de esto, leamos este extracto que hace Lichtenberg de un reglamento de extinción de incendios:

«Cuando una casa arde, ante todo hay que tratar de cubrir la pared derecha de la casa que se encuentra a la izquierda y la pared

izquierda de la que se encuentra a la derecha; porque si, por ejemplo, se quisiera cubrir la pared izquierda de la casa que se encuentra a la izquierda, la pared derecha de la casa estará a la derecha de la pared izquierda, y en consecuencia, como el fuego estará también a la derecha de esa pared y de la pared derecha (porque hemos supuesto que la casa está a la izquierda del fuego), la pared derecha estará más cercana al fuego que la izquierda, y la pared derecha de la casa se podría incendiar si no se le cubriera antes de que el fuego llegara a la izquierda que se cubre; en consecuencia, podría quemarse algo que no está cubierto y antes de que se quemara algo aunque no se le cubriera; en consecuencia, hay que dejar esto y cubrir aquello. Para acordarse sólo hay que tomar nota de lo siguiente: si la casa está a la derecha del fuego, es la pared izquierda, y si está a la izquierda, es la pared derecha».

Para no espantar con tales perogrulladas al lector inteligente y quitar el sabor a lo poco de bueno con lo aguado, el autor ha preferido dar en pequeños granos de metal puro lo que en él provocaron y constataron muchos años de reflexión sobre la guerra, el trato con personas inteligentes que le conocieron y alguna experiencia propia. Así han surgido los capítulos de este libro, exteriormente apenas ligados, a los que ojalá no falte cohesión interna. Quizá pronto surja una cabeza mejor, que en vez de estos granos sueltos proporcione el conjunto en un fundido de metal puro sin escoria alguna.

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

SOBRE LA
NATURALEZA
DE LA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

¿QUÉ ES LA GUERRA?

1. *Introducción*

Tenemos la intención de contemplar los distintos *elementos* de nuestro objeto, luego las *distintas partes o miembros* del mismo y por último el *conjunto* en su relación interna, es decir, avanzar de lo simple a lo compuesto. Pero es necesario, aquí más que en ningún otro sitio, empezar por una mirada a la esencia del conjunto, porque aquí más que en ningún otro sitio hay que tener presente siempre el todo junto con las partes.

2. *Definición*

No vamos a entrar aquí en una pesada definición publicística de la guerra, sino a atenernos al elemento básico de la misma, el combate singular. La guerra no es más que un combate singular ampliado. Si queremos pensar en el sinnúmero de combates singulares en los que consiste como en una unidad, haremos mejor en imaginar a dos combatientes. Cada uno trata de forzar al otro, empleando la violencia física, a obedecer su voluntad; su fin *más inmediato* es *derrotar* al contrario y hacerle de ese modo incapaz de cualquier resistencia ulterior.

La guerra es pues un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad.

La violencia se arma con los inventos de las artes y las ciencias para salir al paso de la violencia. La acompañan limitaciones imperceptibles, apenas dignas de mención, que se ponen a sí mismas bajo el nombre de costumbre internacional, sin debilitar sustancialmente su fuerza. La violencia, es decir, la violencia física (porque no hay una violencia moral fuera de los conceptos del Estado y la Ley), es pues *el medio* de imponer nuestra voluntad al enemigo, *el fin*. Para alcanzar ese fin con seguridad, tenemos que dejar al enemigo indefenso, y este es, en su concepto, el verdadero objetivo de la acción bélica. Representa al fin y lo desplaza, en cierto modo, como algo que no pertenece a la guerra misma.

3. *Extrema aplicación de la violencia*

Las almas filantrópicas podrían fácilmente pensar que hay una manera artificial de desarmar o derrotar al adversario sin causar demasiadas heridas, y que esa es la verdadera tendencia del arte de la guerra. Por bien que suene esto, hay que destruir semejante error, porque en cosas tan peligrosas como la guerra *aquellos* errores que surgen de la bondad son justamente los peores. Dado que el uso de la violencia física en todo su alcance no excluye en modo alguno la participación de la inteligencia, aquel que se sirve de esa violencia sin reparar en sangre tendrá que tener ventaja si el adversario no lo hace. Con eso marca la ley para el otro, y así ambos ascienden hasta el extremo sin que haya más barrera que la correlación de fuerzas inherente.

Así es como hay que ver esta cuestión, y es una aspiración inútil, incluso falsa, dejar fuera de consideración la naturaleza de un elemento por repugnancia ante su crudeza.

Si las guerras entre los pueblos civilizados son mucho menos crueles y destructivas que las que se producen entre no civilizados, ello se debe a las circunstancias sociales, tanto a las de los Estados en sí como entre sí. De estas circunstancias y sus relaciones surge la guerra, por ellas se ve condicionadamente limitada, moderada; pero esas cosas no forman parte de ella, sólo le son dadas, y nunca puede insertarse un principio de moderación en la filosofía de la guerra misma sin cometer un absurdo.

La lucha entre los hombres consta en realidad de dos elementos distintos, el *sentimiento de hostilidad* y *la intención hostil.* Hemos elegido el último de estos dos elementos como característico de nuestra definición porque es el más general. No cabe imaginar la más brutal pasión del odio, lindante con el instinto, sin intención hostil, y en cambio hay muchas intenciones hostiles que no están acompañadas por ninguna hostilidad del sentimiento, o al menos por ninguna predominante. En los pueblos incivilizados predominan las intenciones pertenecientes al ánimo, en los civilizados las pertenecientes al entendimiento; pero esta diferencia no está en la esencia de la incivilización y la civilización en sí, sino en las circunstancias, dispositivos, etc., que las acompañan: no es por tanto una diferencia necesaria en cada caso concreto, sino que tan sólo predomina en la mayoría de los casos; en una palabra: hasta los

pueblos más civilizados pueden inflamarse apasionadamente los unos contra los otros.

Se desprende de esto lo falso que sería atribuir la guerra de los civilizados a un mero acto de entendimiento de los Gobiernos y pretender verla cada vez más desprendida de toda pasión, de forma que finalmente ya no utilizaría de verdad las masas físicas de combatientes, sino únicamente sus proporciones, una especie de álgebra de la acción.

La teoría ya empezaba a moverse en esa dirección cuando las manifestaciones de las últimas guerras la corrigieron. Si la guerra es un acto de violencia, pertenece necesariamente al ánimo. Si no parte de él, sí conduce más o menos a él, y ese más o menos no depende del grado de formación, sino de la importancia y duración de los intereses enfrentados.

Si hallamos pues que los pueblos civilizados no dan muerte a los prisioneros, no destruyen las ciudades y los campos, es porque la inteligencia se mezcla más en su dirección de la guerra, y les ha enseñado medios más eficaces de empleo de la fuerza que esas brutales manifestaciones del instinto.

La invención de la pólvora, la creciente extensión del arma de fuego, indican ya suficientemente que la tendencia a la aniquilación del adversario que subyace al concepto de la guerra no ha sido en modo alguno perturbada o desviada de hecho por el aumento de la civilización.

Así pues, repetimos nuestra frase: la guerra es un acto de violencia, y no hay límites en la aplicación de la misma; cada uno marca la ley al otro, surge una relación mutua que, por su concepto, tiene que conducir al extremo. Ésta es *la primera interacción* y el *primer extremo* con el que topamos.

(Primera interacción).

4. El objetivo es dejar indefenso al enemigo

Hemos dicho que dejar al enemigo *indefenso* es el objetivo del acto bélico, y ahora queremos indicar que esto es necesario al menos en la concepción teórica.

Si el adversario ha de hacer nuestra voluntad, tenemos que ponerlo en una situación más desventajosa que la del sacrificio que exigimos de él; pero naturalmente las desventajas de esa situación no deben ser pasajeras, al menos en apariencia, porque de lo contrario

el adversario esperará un momento mejor y no cederá. Cualquier cambio en esa situación producido por la continuada actividad bélica tiene pues que conducir a una *aún más desventajosa,* al menos en teoría. La peor situación a la que puede llegar un beligerante es la total indefensión. Así pues, si hay que obligar al adversario a hacer nuestra voluntad mediante la acción bélica, tenemos o bien que dejarlo indefenso de hecho o ponerlo en un estado tal que se vea amenazado por tal probabilidad. De ello se desprende que el desarme o la derrota del enemigo, se le llame como se le llame, tiene que ser siempre el objetivo de la acción bélica.

Ahora bien, la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa muerta, sino que, como un sufrimiento absoluto no sería una guerra, es siempre el choque entre dos fuerzas vivas, y lo que hemos dicho del objetivo último de la acción bélica ha de ser pensado por ambas partes. Aquí vuelve a haber pues interacción. Mientras no he derrotado al adversario, tengo que temer que me derrote, no soy por tanto dueño de mí mismo[6], sino que él me marca la ley igual que yo se la marco a él. Ésta es *la segunda interacción, que conduce al segundo extremo*.

(Segunda interacción).

5. *Extremo esfuerzo de las energías*

Si queremos derrotar al adversario, tenemos que medir nuestro esfuerzo por su capacidad de resistencia; ésta se expresa por un producto cuyos factores son inseparables, y que es: *el tamaño de los recursos existentes* y *la fuerza de voluntad*.

El tamaño de los recursos existentes se podría determinar, ya que se basa (aunque no del todo) en cifras, pero la fuerza de voluntad es mucho más difícil de precisar, y sólo se puede estimar por la fuerza de las motivaciones. Suponiendo que obtuviéramos de ese modo una probabilidad aceptable de la capacidad de resistencia del adversario, podríamos medir nuestros esfuerzos por ella y, o bien hacerlos tan grandes como para superarla o, en caso de que nuestras capacidades no alcancen para ello, hacerlos tan grandes como nos sea posible. Pero lo mismo hará el adversario; así pues, nueva escalada mutua, que en su mera concepción tiene que tener una vez más la aspiración al extremo. Ésta es *la tercera interacción* y un *tercer extremo* con el que topamos.

(Tercera interacción).

6. *Modificaciones en la realidad*

Así, el entendimiento superior nunca halla descanso en el terreno abstracto del mero concepto hasta que ha llegado al extremo, porque tiene que vérselas con un extremo, con un conflicto de fuerzas que se entregan a sí mismas y que no siguen ninguna otra ley que las inherentes a ellas; por tanto, si quisiéramos deducir del mero concepto de la guerra un punto absoluto para el objetivo que perseguimos y para los medios que hemos de emplear, llegaríamos en las constantes interacciones a extremos que no serían más que un juego intelectual, producido por un hilo de sutileza lógica apenas visible. Si, agarrándose al absoluto, se quieren rehuir de un plumazo todas las dificultades e insistir, con rigor lógico, en que hay que estar preparado en todo momento para lo más extremo y emplear en cada ocasión el esfuerzo supremo, semejante plumazo sería una mera ley de libro, y no una para el mundo real.

Supuesto también que ese supremo esfuerzo fuera un absoluto fácilmente encontrable, hay que confesar que el espíritu humano difícilmente se sometería a esa ensoñación lógica. Se produciría en algunos casos un inútil gasto de energías, que tendría que tener su contrapeso en otros principios del arte de gobernar; sería necesario un esfuerzo de la voluntad que no guardaría proporción con el fin establecido y no se podría provocar, por tanto, porque la voluntad humana nunca extrae su fuerza de sutilezas lógicas.

En cambio, todo toma otro cariz cuando pasamos de la abstracción a la realidad. Allí todo tenía que quedar sometido al optimismo, y teníamos que pensar tanto en una como en otra cosa, no sólo aspirando a la perfección, sino alcanzándola. ¿Será esto así alguna vez en la realidad? Sería así en el caso de que:

1. la guerra fuera un acto completamente aislado, que surgiera de forma repentina y no tuviera que ver con la vida anterior del Estado,
2. consistiera en una sola decisión o en una serie de decisiones simultáneas,
3. contuviera una decisión completa en sí misma, y no repercutiera sobre ella el cálculo de la circunstancia política que le seguirá.

7. *La guerra nunca es un acto aislado*

En lo que concierne al primer punto, cada uno de los dos adversarios no es para el otro una persona abstracta, tampoco para aquel factor del producto de la resistencia que no se basa en cosas externas, la voluntad. Esa voluntad no es un completo desconocido; manifiesta en lo que es hoy lo que será mañana. La guerra no surge de forma repentina; su extensión no es obra de un instante, así que cada uno de los dos adversarios puede juzgar en gran medida al otro por lo que es, por lo que hace, y no por lo que, en sentido estricto, tendría que ser y hacer. Pero el ser humano, con su imperfecta organización, siempre se queda por detrás de la línea de lo absolutamente mejor, y estos defectos que entran en liza por ambas partes se convierten en un principio moderador.

8. No consiste en un único golpe sin duración

El segundo punto nos da motivo para las siguientes consideraciones:

Si en la guerra la decisión fuera única, o una serie de decisiones simultáneas, naturalmente todos los preparativos de la misma tendrían que tender a ser extremos, porque un error sería irreparable; del mundo real, serían como máximo los preparativos del contrario, hasta donde nos sean conocidos, los que podrían ser punto de comparación para nosotros, y todo lo demás volvería a sucumbir a la abstracción. Pero si la decisión consiste en varios actos sucesivos, naturalmente el precedente con todas sus manifestaciones puede ser medida del siguiente, y de este modo el mundo real sustituye al abstracto y modera así la aspiración a lo supremo.

Ahora bien, cada guerra tendría que estar necesariamente contenida en una única decisión o en una serie de decisiones simultáneas si los medios destinados a la lucha se emplearan o se pudieran emplear todos a un tiempo; porque como una decisión *perjudicial* aminora necesariamente los recursos, si *todos* se han empleado en la primera ya no cabe pensar en una segunda. Todos los actos bélicos que pudieran seguir pertenecerían esencialmente a la primera y, en realidad, no constituirían más que su duración.

Sólo que hemos visto que ya al hacer los preparativos de la guerra el mundo real ocupa el lugar del mero concepto, y la verdadera medida el lugar de un supuesto extremo; así que ya sólo por eso ambos adversarios se quedarán en su interacción por debajo

de la línea de un supremo esfuerzo, y no emplearán todas sus fuerzas enseguida.

Sin embargo, está en la naturaleza de esas fuerzas y de su empleo que no todas *puedan* entrar en acción al mismo tiempo. Estas fuerzas son: *los combatientes propiamente dichos, el país*, con su superficie y población, y los *aliados*.

El país con su superficie y población, además de ser fuente de todas las fuerzas combatientes propiamente dichas, constituye por sí una parte integrante de las magnitudes que actúan en la guerra, en la medida en que forma parte del teatro bélico o tiene influencia notable sobre él.

Sin duda se puede hacer intervenir al mismo tiempo a todas las fuerzas móviles, pero no a todas las fortificaciones, ríos, montañas, habitantes, etc., en pocas palabras, no a todo el país, a no ser que sea tan pequeño que sea abarcado por completo por el primer acto de la guerra. Además, la cooperación de los aliados no depende de la voluntad de los beligerantes, y está en la naturaleza de las relaciones estatales que a menudo no se produzca hasta más adelante o se refuerce para restablecer el equilibrio perdido.

En adelante desarrollaremos más en detalle el hecho de que esta parte de las fuerzas de resistencia que no pueden ponerse de inmediato en acción representa en algunos casos una parte mucho mayor del todo de lo que a primera vista se podría creer, y que, incluso allá donde la primera decisión se toma con gran violencia y el equilibrio de fuerzas está ya muy perturbado, puede volver a ser restablecido. Bástenos indicar aquí que a la naturaleza de la guerra se le opone *una total unificación de las fuerzas en el tiempo*. Ahora bien, esto no podría ser en sí mismo motivo para moderar el incremento de los esfuerzos en una primera decisión, porque una decisión errónea siempre es un perjuicio al que no es posible exponerse intencionadamente, y porque la primera decisión, aunque no sea la única, tendrá tanto más influencia sobre las siguientes cuanto mayor haya sido; tan sólo la posibilidad de tomar una ulterior decisión hace que el espíritu humano se refugie en ella, en su temor a hacer esfuerzos demasiado grandes, es decir, que no concentre y agote las energías en la primera decisión, como de lo contrario sería el caso. Lo que cada uno de los dos adversarios deja de hacer por debilidad se convierte para el otro en un auténtico motivo *objetivo*

para la moderación, y así mediante esta interacción la aspiración al extremo vuelve a reducirse a una determinada medida de esfuerzo.

9. *La guerra y su resultado nunca son algo absoluto*

Finalmente, incluso la decisión total de una guerra total no siempre ha de considerarse absoluta, sino que el Estado al que incumbe no suele ver en ella más que un mal pasajero, para el que se podrá encontrar alivio en las circunstancias políticas de tiempos posteriores. Se entiende lo mucho que *esto* tiene que moderar también la violencia de la tensión y la vehemencia del esfuerzo.

10. *Las probabilidades de la vida real sustituyen a lo extremo y absoluto de los conceptos*

De este modo, todo el acto bélico se sustrae a la rigurosa ley de las fuerzas llevadas hasta el extremo. Si lo extremo ya no es ni temido ni buscado, queda en manos del juicio establecer en lugar suyo los límites de los esfuerzos, y esto sólo se puede hacer a partir de los datos que ofrecen las manifestaciones del mundo real, conforme a *leyes de probabilidad*. Si los dos adversarios ya no son meros conceptos, sino Estados y Gobiernos individuales, la guerra ya no es un proceso ideal, sino uno singular, de forma que lo realmente existente aportará los datos de lo desconocido, lo esperable, lo que ha de ser averiguado.

Del carácter, las infraestructuras, el estado, las circunstancias del adversario, cada una de las dos partes deducirá la actuación del otro conforme a leyes de probabilidad y establecerá después la suya.

11. *Reaparece la finalidad política*

En este punto, se abre paso por sí solo hasta nuestra consideración un objeto que (véase nº 2) habíamos alejado de ella: *la finalidad política de la guerra*. Hasta ahora la ley del extremo, la intención de dejar indefenso al adversario, de someterlo, había devorado en cierto modo esta finalidad. En cuanto esta ley reduce su fuerza, esta intención se aparta de su objetivo, la finalidad política de la guerra tiene que reaparecer. Si toda la consideración que nos hacemos es un cálculo de probabilidades que parte de determinadas personas y situaciones, la *finalidad política* como *motivo originario* tiene que ser un factor muy esencial de este producto. Cuanto menor sea el sacrificio que exijamos a nuestro adversario, tanto menores

podemos esperar que sean sus esfuerzos por negárnoslo. Pero cuanto menores sean éstos, tanto menores pueden ser también los nuestros. Además, cuanto menor sea nuestro objetivo político, tanto menor será el valor que le demos, y antes aceptaremos renunciar a él: es decir, *tanto menores serán nuestros esfuerzos, también por ese motivo*. Por tanto, la *finalidad política* como *motivo originario* de la guerra será la medida, tanto del objetivo que hay que alcanzar con el acto bélico como de los esfuerzos necesarios. Pero no podrá serlo *en sí misma,* sino, como tenemos que vérnoslas con cosas reales y no con meros conceptos, lo será *en relación con los Estados involucrados*. Una misma finalidad política puede producir efectos completamente *distintos* en distintos pueblos, o incluso en un mismo pueblo, pero en épocas distintas. Así pues, sólo podemos aceptar la finalidad política como medida en tanto en cuanto *pensemos en sus efectos sobre las masas que debe mover,* de modo que también entra en consideración la naturaleza de esas masas. Es fácil apreciar que el resultado podrá ser enteramente distinto según se hallen en las masas principios de reforzamiento o debilitamiento para la acción. En dos pueblos y Estados podrían darse tales tensiones, una suma tal de elementos hostiles, que un motivo político para la guerra pequeño en sí mismo podría producir un efecto que fuera mucho más allá de su naturaleza, una verdadera explosión.

Esto vale para los esfuerzos que producen la finalidad política en ambos Estados, y para el objetivo que ésta ha de fijar a la acción bélica. A veces ella misma podrá ser el objetivo, por ejemplo, la conquista de una determinada provincia. A veces la finalidad política misma no será adecuada para señalar el objetivo de la acción bélica; entonces habrá que adoptar uno que pueda servirle de equivalente y representarla en la paz. Pero también en esto se presupone siempre que se tendrá en cuenta la singularidad de los Estados involucrados. Hay situaciones en las que la equivalencia tendrá que ser mucho más grande que la finalidad política si ésta ha de ser alcanzada con ella. La finalidad política predominará tanto más como medida y decidirá por sí misma cuanto más indiferente sea la conducta de las masas, cuanto menores sean las tensiones que se hallen además en ambos Estados y sus condiciones, y así, hay casos en los que decide casi por sí sola.

Si el objetivo del acto bélico es equivalente a su finalidad política, desaparecerá en general con ella, y ello tanto más cuanto

más predomine esa finalidad; así se explica cómo sin contradicción interna alguna puede haber guerras de todos los grados de importancia y energía, desde la guerra de aniquilación hasta la mera observación armada. Pero esto nos conduce a una cuestión de otro tipo, que aún tendremos que desarrollar y responder.

12. Una detención del acto bélico todavía no se explica de este modo

Por insignificantes que puedan ser las exigencias políticas de ambos adversarios, por débiles que sean los recursos empleados, por pequeño que sea el objetivo que fijan al acto bélico, ¿puede este acto detenerse aunque sea por un instante? Ésta es una cuestión que penetra profundamente en la esencia del asunto.

Toda acción necesita para ser ejecutada un cierto tiempo, que llamamos duración. Ésta puede ser mayor o menor, según el actuante ponga en ella más o menos prisa.

No vamos a preocuparnos aquí de ese más o menos. Cada uno hace las cosas a su manera; pero el lento no las hace más despacio porque quiera emplear más tiempo en ellas, sino porque conforme a su naturaleza necesita más tiempo y, de hacerlas con más prisa, las haría peor. Ese tiempo depende pues de motivos internos y forma parte de la *duración* de la acción propiamente dicha.

Si en la guerra damos su duración a cada acción, tendremos que considerar que todo gasto de tiempo al margen de esa duración, es decir, toda detención en el acto bélico, parece absurda. Al hacerlo, no podemos olvidar nunca que no hablamos del progreso de uno u otro de los dos adversarios, sino del progreso de todo el acto bélico.

13. Sólo hay una razón que pueda detener la acción, y ésta parece estar siempre en una sola de las partes

Si ambas partes se han armado para la lucha, tiene que haberlas movido a ello un principio hostil; en tanto sigan armadas, es decir, no acuerden la paz, ese principio tiene que estar presente, y sólo puede cesar en uno de los dos adversarios con una única condición, y es: *querer esperar un momento más favorable para la acción*. Parece a primera vista que esa condición sólo puede darse en una parte, porque se convierte *eo ipso* en contraria de la otra. Si el interés de una es actuar, el interés de la otra tiene que ser esperar.

Un completo equilibrio de fuerzas no puede provocar una detención, porque en ella el que tiene la finalidad positiva (el atacante) sigue siendo el que avanza.

Sin embargo, si queremos imaginar el equilibrio de tal modo que aquel que tiene la finalidad positiva, es decir, el motivo más fuerte, manda además las fuerzas más pequeñas, de tal modo que la ecuación resulte del producto de motivos y fuerzas, aún así habría que decir: si no se prevé ningún cambio en este estado de equilibrio, ambas partes tendrán que hacer la paz; si es previsible, sólo será favorable a uno, y por tanto tendrá que mover al otro a actuar. Vemos que el concepto de equilibrio no puede explicar la detención, sino que desemboca una vez más en la espera de un momento más favorable. Supongamos que de dos Estados uno de ellos tiene una finalidad positiva: quiere conquistar una provincia del adversario para reclamarla al hacer la paz. Después de esta conquista se ha cumplido su finalidad política, la necesidad de acción cesa, y para él se produce la calma. Si el adversario quiere conformarse con ese éxito, tendrá que hacer la paz; si no quiere, tendrá que actuar; ahora bien, cabe imaginar que dentro de cuatro semanas estará más organizado para hacerlo, y que por tanto tiene una razón suficiente para aplazar la acción.

Desde ese momento, *parece ser*, la obligación lógica de actuar incumbe al adversario, para que al vencido no le quede tiempo de equiparse para la acción. Se entiende que esto presupone una total comprensión del caso por ambas partes.

14. Esto produciría una continuidad en la acción bélica que volvería a intensificarlo todo

Si realmente se diera esa continuidad del acto bélico, todo volvería a ser impulsado hacia el extremo, porque aparte de que semejante actividad incansable inflamaría más los ánimos y daría al conjunto un mayor grado de pasión, una mayor fuerza elemental, la continuidad de la acción también tendría una consecuencia más severa: surgiría una conexión causal menos perturbada y por tanto cada acción sería más importante, y como tal más peligrosa.

Pero sabemos que la acción bélica raras veces o nunca tiene esa continuidad, y que hay un montón de guerras en las que la acción ocupa con mucho la parte más pequeña del tiempo empleado y la detención ocupa todo el resto. Es imposible que esto sea siempre una

anomalía, y por tanto la detención en el acto bélico tiene que ser posible, es decir, ninguna contradicción en sí. Vamos a demostrar ahora que es así, y cómo.

15. Aquí se necesita por tanto un principio de polaridad

En tanto que siempre hemos pensado en el interés de un general en magnitud opuesta al del otro, hemos asumido una verdadera *polaridad*. Nos reservamos dedicar en lo sucesivo un capítulo propio a este principio, pero aquí tenemos que decir lo siguiente.

El principio de polaridad sólo es válido cuando se piensa para uno y el mismo objeto, cuando la magnitud positiva y su oposición, la negativa, se anulan de manera exacta. En una batalla, cada una de las dos partes quiere ganar; esto es verdadera polaridad, porque la victoria de uno anula la del otro. Pero cuando se habla de dos cosas distintas que tienen una relación en común fuera de sí mismas, entonces no son *estas cosas*, sino sus relaciones, las que tienen la polaridad.

16. El ataque y la defensa son cosas de distinto tipo y desigual fuerza, y por tanto no se puede aplicar la polaridad a ellas

Si sólo hubiera una forma de guerra, el ataque del adversario, y no hubiera por tanto ninguna defensa, o en otras palabras, si el ataque sólo se distinguiera de la defensa en el motivo positivo, que aquél tiene y del que ésta carece, la lucha siempre sería la misma: en esa lucha, cada ventaja del uno sería siempre una desventaja de igual magnitud para el otro, y se daría la polaridad.

Sólo que la actividad bélica se descompone en dos formas, ataque y defensa, que, como expondremos objetivamente a continuación, son muy diferentes y de distinta fuerza. La polaridad se halla pues en aquello a lo que ambas se refieren, en la decisión, pero no en el ataque y la defensa mismos. Si un general quiere la decisión después, el otro tiene que quererla antes, pero por supuesto sólo en la misma forma de lucha. Si A tiene interés en atacar a su contrario no ahora, sino dentro de cuatro semanas, B tiene interés en ser atacado por él no dentro de cuatro semanas, sino ahora. Esa es la oposición directa: pero de esto no se desprende que B tenga interés en atacar a A ahora mismo, cosa que a todas luces es muy distinta.

17. El efecto de la polaridad es anulado a menudo por la superioridad de la defensa sobre el ataque, y así se explica la detención del acto bélico

Si la forma de la defensa es más fuerte que la del ataque, como demostraremos a continuación, cabe preguntarse si la ventaja de la *decisión posterior* en la una es tan grande como la ventaja *de la defensa* en la otra; si no lo es, tampoco puede compensarse por su opuesto y tener así efecto sobre la prosecución del acto bélico. Vemos pues que la fuerza motriz que tiene la polaridad del interés puede perderse en la diferencia de fuerzas entre ataque y defensa y quedar anulada.

Si, por tanto, alguien a quien la situación actual favorece es demasiado débil como para poder prescindir de la ventaja de la defensa, tendrá que aceptar avanzar hacia un futuro más desfavorable; porque siempre podrá ser mejor golpear defendiéndose en ese futuro desfavorable que hacerlo ahora atacando, o concluir la paz. Pero como según nuestra convicción la superioridad de la defensa (bien entendida) es muy grande, y mucho mayor de lo que se imagina a primera vista, ello explica una parte muy grande de los períodos de detención que se producen en la guerra, sin que ello fuerce a deducir una contradicción interna. Cuanto más débiles sean los motivos para actuar, tanto más serán engullidos y neutralizados por esa diferencia entre ataque y defensa, y con tanto más frecuencia se detendrá el acto bélico, como la experiencia enseña.

18. Un segundo motivo está en la incompleta percepción del caso

Pero aún hay otra razón por la que puede detenerse el acto bélico, y es la incompleta percepción del caso. Todo general considera exactamente tan sólo su propia situación, la del contrario sólo la conoce por noticias inciertas; así que puede equivocarse en su juicio y, a consecuencia de ese error, creer que la actuación corresponde al contrario, cuando le corresponde a él. Esa falta de percepción podría motivar con igual frecuencia tanto una acción a destiempo como una inacción a destiempo, y por tanto ya no contribuiría tanto en sí al retraso como a la aceleración del acto bélico; pero siempre habrá que considerarla como una de las causas naturales que *pueden llevar a detenerse sin contradicción interna* al acto bélico. Si se piensa, no obstante, que siempre se tiende a estimar

como demasiado elevada, más que como demasiado escasa, la fuerza del contrario, porque así es la naturaleza humana, habrá que admitir que la incompleta percepción del caso tendrá en general que contribuir mucho a detener la acción bélica y a moderar el principio de la misma.

La posibilidad de una detención produce una nueva moderación del acto bélico, en tanto que lo diluye en cierto modo en el tiempo, frena el riesgo que conllevan sus pasos y aumenta los medios de restablecer el perdido equilibrio. Cuanto mayores son las tensiones de las que surge la guerra, cuanto mayor es por tanto su energía, tanto más cortos serán estos períodos de parada; cuanto más débil sea el principio bélico, tanto mayores; porque los motivos más fuertes incrementan la fuerza de voluntad, y ésta es, como sabemos, siempre un factor, un producto de las fuerzas.

19. La frecuente detención en el acto bélico aleja aún más la guerra del absoluto, la vuelve aún más cálculo de probabilidades

Cuánto más lentamente discurra el acto bélico, cuanto más frecuentes y largas sean sus detenciones, tanto más posible será subsanar un error, tanto más osado será el que actúa en sus presupuestos, tanto más quedará por detrás de la línea de lo extremo y construirá sobre probabilidades y presunciones. Así pues, lo que la naturaleza del caso concreto en sí ya exige, un *cálculo de probabilidades* según las circunstancias dadas, es algo a lo que el curso más o menos lento del acto bélico deja más o menos tiempo.

20. Sólo falta pues el azar para convertirlo en juego, y es de lo que menos carece

Vemos pues lo mucho que la naturaleza objetiva de la guerra la convierte en un cálculo de probabilidades; solamente hace falta un elemento para convertirla en *juego*, y sin duda no carece de ese elemento: es el *azar*. No hay ninguna actividad humana que esté tan constante y generalmente en contacto con el azar como la guerra. Pero con el azar, ocupa gran espacio en ella la incertidumbre, y con ella la suerte.

21. Igual que por su naturaleza objetiva, también por su naturaleza subjetiva la guerra se convierte en juego

Echemos ahora un vistazo a la *naturaleza subjetiva* de la guerra, es decir, a aquellas fuerzas con las que ha de llevarse si ha de parecernos más que un juego. El elemento en el que se mueve la actividad bélica es el peligro; pero, ¿cuál es la más distinguida de las fuerzas del espíritu en medio del peligro? *El valor*. Sin duda el valor puede llevarse bien con el cálculo inteligente, pero son cosas de distinto tipo, pertenecen a distintas fuerzas del espíritu; en cambio, *la osadía, la confianza en la suerte, la audacia, la temeridad*, sólo son manifestaciones del valor, y todas estas orientaciones del alma buscan la incertidumbre, porque es su elemento.

Vemos pues cómo desde el principio el absoluto, lo que se llama lo matemático, no tiene nunca un espacio seguro en los cálculos del arte de la guerra, y que de antemano tiene cabida en ellos un juego de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia, que se prolonga en todos los hilos grandes y pequeños de su tejido y hace que, de todas las ramas del actuar humano, la guerra se parezca sobre todo al juego de naipes.

22. *Cómo esto es lo que más complace en general al espíritu humano*

Igual que nuestro entendimiento siempre se siente empujado hacia la claridad y la certeza, nuestro espíritu se siente a menudo atraído por la incertidumbre. En vez de moverse con el entendimiento por la estrecha senda del análisis filosófico y las conclusiones lógicas para, apenas consciente de sí mismo, entrar a espacios donde se siente extranjero y donde todos los objetos conocidos parecen abandonarlo, prefiere detenerse con la imaginación en los reinos del azar y de la suerte. En vez de en esa mísera necesidad, se complace aquí en la riqueza de las posibilidades; entusiasmado por ellas, el valor cobra alas, y así el riesgo y el peligro se convierten en el elemento al que se arroja como el valeroso nadador a la corriente.

¿Ha de abandonarle aquí la teoría, seguir moviéndose complaciente entre las conclusiones y reglas absolutas? Entonces será inútil para la vida. La teoría debe tener en cuenta lo humano, también debe conceder su espacio al valor, la osadía, incluso a la temeridad. El arte de la guerra tiene que ver con fuerzas vivas y con fuerzas morales, de donde se desprende que nunca puede alcanzar lo absoluto y cierto; así que por doquier queda un margen para la

incertidumbre, un margen igual para lo más grande que para lo más pequeño. Cuando esa incertidumbre está de un lado, el valor y la confianza en uno mismo tienen que estar del otro y llenar el hueco. Tan grandes como éstos sean podrá ser el margen de aquella. El valor y la confianza en uno mismo son principios esenciales de la guerra; en consecuencia, la teoría sólo debe plantear aquellas leyes en las que esas virtudes necesarias, las más nobles de las virtudes castrenses, puedan moverse libremente en todos sus grados y variantes. También en la audacia hay una inteligencia y, por qué no, una cautela, sólo que se calculan en otra moneda.

23. No obstante, la guerra sigue siendo siempre un medio grave para un fin grave. Concreciones del mismo

Así es la guerra, así el general que la dirige, así la teoría que la regula. Pero la guerra no es ningún pasatiempo, ningún mero gusto por la audacia y el logro, ninguna obra de un entusiasmo libre; es un medio grave para un fin grave. Todo el juego de matices de la suerte que lleva consigo, todas las oscilaciones de la pasión, del ánimo, de la imaginación, del entusiasmo que absorbe, son tan sólo peculiaridades de ese medio.

La guerra de una comunidad —pueblos enteros—, y concretamente de pueblos *instruidos,* emana siempre de una situación política y sólo es provocada por un motivo político. Es pues un acto político. Si sólo fuera una manifestación perfecta, inalterada, una manifestación absoluta de violencia, como tendríamos que deducir de su mero concepto, desde el momento en que es provocada por la política ocuparía su lugar como algo completamente independiente de ella, la desplazaría y sólo seguiría sus propias leyes, lo mismo que una mina, una vez descargada, ya no sigue más orientación y dirección que la que le dieron los dispositivos preparatorios. Hasta ahora, así se imaginaba esta cuestión, siempre que una falta de armonía entre la política y la dirección de la guerra ha conducido a distinciones teóricas de este tipo. Sólo que no es así, y esta idea es radicalmente falsa. La guerra del mundo real no es, como hemos visto, ninguno de estos extremos que liberan su tensión en una única descarga, sino que es el efecto de fuerzas que no evolucionan de manera completamente homogénea y uniforme, sino que ahora crecen lo bastante como para superar la resistencia que la pesadez y la fricción les oponen, y luego son demasiado débiles como

para producir un efecto; así que en cierto modo es un pulsar de violencia, más o menos fuerte, que en consecuencia libera las tensiones y agota las energías con mayor o menor rapidez; en otras palabras: que conduce más o menos deprisa a su objetivo, pero siempre dura lo bastante como para permitir influir en su desarrollo, para poder darle esta o aquella dirección, en resumen: para estar sometida a la voluntad de una inteligencia rectora. Pensemos tan sólo que, si la guerra emana de un objetivo político, es natural que este primer motivo que le ha dado vida sea también la primera y máxima consideración a la hora de alcanzar sus logros. Pero no por eso el objetivo político es un legislador despótico, tiene que someterse a la naturaleza del medio empleado y a menudo este lo cambia por completo, pero siempre es lo primero que ha de ser tenido en consideración. La política pues recorrerá todo el acto bélico y ejercerá una influencia constante sobre él, mientras lo permita la naturaleza de las fuerzas que explotan en él.

24. La guerra es una mera continuación de la política por otros medios

Vemos pues que la guerra no es sólo un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación del tráfico político, una ejecución del mismo por otros medios. Lo que sigue siendo peculiar de la guerra se refiere tan sólo a la naturaleza singular de sus medios. El arte militar en su conjunto, y el general al mando en cada caso concreto, pueden exigir que las direcciones e intenciones de la política no entren en contradicción con esos medios, y probablemente esa pretensión no sea pequeña; pero, por mucho que influya en algún caso sobre las intenciones políticas, siempre habrá de pensarse tan sólo como una modificación de las mismas, porque la intención política es el fin, la guerra el medio, y nunca puede pensarse el medio sin el fin.

25. Diferencias entre las guerras

Cuanto más grandiosos y fuertes sean los motivos de la guerra, cuanto más abarquen a la existencia entera de los pueblos, cuanto más violenta sea la tensión que precede a la guerra, tanto más se acercará la guerra a su idea abstracta, tanto más se tratará del aplastamiento del enemigo, tanto más coincidirán el objetivo bélico y el político, tanto más puramente bélica y menos política parecerá la

guerra. En cambio, cuanto más débiles sean los motivos y las tensiones, tanto menos incidirá la orientación natural del elemento bélico, es decir, la violencia, en la línea indicada por la política, tanto más se desviará pues la guerra de su orientación natural, y tanto más distinta será la finalidad política del objetivo de una guerra ideal; tanto más parecerá la guerra convertirse en *política*.

Sin embargo, para que el lector no sucumba a falsas interpretaciones, tenemos que observar aquí que con esa *tendencia natural* de la guerra sólo nos referimos a la filosófica, la verdaderamente *lógica,* y en modo alguno a la tendencia de las fuerzas realmente enfrentadas, de manera que, por ejemplo, se podrían imaginar entre ellas todas las fuerzas del ánimo y pasiones de los contrincantes. Sin duda en algunos casos también se pueden agitar estas en tal medida que cueste trabajo devolverlas a la vía política, pero en la mayoría de los casos no se producirá tal contradicción, porque la existencia de tan grandes esfuerzos estará condicionada por un plan grandioso coincidente con ellos. Allá donde ese plan sólo esté orientado a lo pequeño, la tendencia de las fuerzas del ánimo en la masa será tan pequeña que esa masa siempre necesitará más bien un impulso que contención.

26. Pueden considerarse todas ellas como acciones políticas

Si por tanto, por volver al asunto principal, también es cierto que en una de esas clases de guerra la política parece desaparecer por entero, mientras en la otra emerge con mucha determinación, sin embargo se puede afirmar que la una es tan política como la otra; porque si se considera la política como la inteligencia del Estado personificado, entre todas las constelaciones que tiene que abarcar su cálculo tienen que poder estar comprendidas también aquellas en las que la naturaleza de todas las circunstancias condiciona una guerra del primer tipo. Sólo cuando por política no se entiende una intención general, sino el concepto *convencional* de una inteligencia apartada de la violencia, cautelosa, taimada, incluso deshonesta, podría la última clase de guerra pertenecerle más que la primera.

27. Consecuencias de esta opinión para la comprensión de la Historia bélica y para los fundamentos de su teoría

Vemos pues, *primero:* que no tenemos que pensar la guerra en todo caso como una *cosa autónoma,* sino como un instrumento

político; y sólo con esa forma de pensar es posible no entrar en contradicción con toda la Historia bélica. Sólo ella abre el gran libro de la comprensión. *Segundo:* esa misma comprensión nos muestra cuán distintas tienen que ser las guerras, según sean la naturaleza de sus motivos y las circunstancias de las que emanen.

El primer, el más grandioso, el más decisivo acto de juicio que practica el estadista y general es el de situar correctamente la guerra que emprende en este contexto, no tomarla por algo o querer convertirla en algo que no puede ser, dada la naturaleza de las circunstancias. Esta es pues la primera, la más amplia de todas las cuestiones estratégicas; en adelante, la examinaremos más en detalle al hablar del plan de la guerra.

Aquí, nos conformaremos con haber llevado el objeto hasta este punto y, con ello, haber establecido el principal punto de vista desde el que habrá que contemplar la guerra y su teoría.

28. Resultado para la teoría

Así que la guerra no sólo es un auténtico camaleón, porque en cada caso concreto modifica en algo su naturaleza, sino que además, en lo que respecta a sus manifestaciones globales, en relación con las tendencias que en ella predominan, es una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad —que han de considerarse un *ciego instinto elemental—,* del juego de las probabilidades y del azar —que la convierten en una *libre actividad del espíritu—* y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que la hace caer dentro del *mero entendimiento*.

La primera de esas tres caras está más vuelta hacia el pueblo, la segunda más hacia el general y la tercera más hacia el Gobierno. Las pasiones que han de inflamarse en la guerra tienen que estar presentes ya en los pueblos; el alcance que el juego del valor y el talento tendrán en el reino de las probabilidades del azar depende de las peculiaridades del general y del ejército, pero las finalidades políticas incumben únicamente al Gobierno.

Esas tres tendencias, que aparecen como otras tantas legislaciones, están profundamente fundadas en la naturaleza del objeto, y son al mismo tiempo de magnitud variable. Una teoría que no tuviera en consideración una de las mismas o quisiera establecer una relación arbitraria entre ellas entraría inmediatamente en tal

contradicción con la realidad que sólo por eso tendría que considerarse eliminada.

La tarea es pues que la teoría se mantenga en equilibrio entre estas tres tendencias como entre tres puntos de atracción.

El camino por el que mejor se puede dar respuesta a esta difícil tarea lo analizaremos en el libro de la teoría de la guerra. En cualquier caso, la constatación del concepto de guerra que hemos hecho aquí será el primer rayo de luz que nos alumbre en el edificio fundamental de la teoría, que separará primero las grandes masas y nos permitirá distinguir entre ellas.

CAPÍTULO SEGUNDO

FIN Y MEDIOS EN LA GUERRA

Después de haber visto en el capítulo anterior la naturaleza compuesta y mudable de la guerra, vamos a ocuparnos en examinar qué influencia tiene en los fines y medios de la misma.

Si preguntamos primero por el objetivo hacia el que ha de orientarse la guerra entera para ser el medio adecuado para su finalidad política, hallaremos que el mismo es tan mudable como el objetivo político y las circunstancias singulares de la guerra.

Si volvemos a atenernos en primer término al concepto puro de la guerra, tenemos que decir que el objetivo político de la misma está en realidad fuera de su ámbito; porque si la guerra es un acto de violencia para forzar al adversario a hacer nuestra voluntad, tendría que tratarse *siempre y exclusivamente* de someter al adversario, es decir, dejarlo indefenso. Vamos a contemplar primero *esta* finalidad desarrollada a partir del concepto, al que en realidad se aproximan un montón de casos.

En lo sucesivo analizaremos con más detalle, al trazar el plan de guerra, qué significa dejar *indefenso* a un Estado, pero enseguida tenemos que distinguir tres cosas que, como tres objetos generales, encierran en sí todas las demás. Son *las fuerzas armadas, el país* y *la voluntad del enemigo*.

Las fuerzas armadas tienen que ser *aniquiladas, es decir, puestas en tal estado que no puedan proseguir la lucha*. Declaramos a este respecto que, en lo sucesivo, al emplear la expresión «aniquilación de las fuerzas armadas enemigas» sólo entenderemos esto.

El país tiene que ser conquistado, porque con los recursos del país podrían formarse nuevas fuerzas armadas.

Sin embargo, aunque hayan sucedido ambas cosas, la guerra, es decir, la tensión y efecto hostil de fuerzas enfrentadas, no puede considerarse terminada mientras la *voluntad* del enemigo no haya sido también doblegada, es decir, mientras su Gobierno y sus aliados

no hayan sido movidos a firmar la paz o el pueblo a someterse; porque mientras estamos en plena posesión del país la lucha puede inflamarse de nuevo en su interior o por la asistencia de sus aliados. Naturalmente, esto también puede ocurrir *después* de la guerra, pero esto no demuestra nada más que no toda guerra encierra en sí una total decisión y liquidación. Pero incluso si este es el caso, al concluir la paz se extinguen en cada ocasión un montón de chispas que habrían seguido ardiendo en silencio, y las tensiones ceden, porque todos los ánimos orientados a la paz, de los que siempre hay gran número en todos los pueblos y en todas las circunstancias, se apartan por completo de la orientación a la resistencia. Sea como fuere, con la paz siempre hay que considerar alcanzado el objetivo y terminado el asunto de la guerra.

Dado que, de los tres objetos, las fuerzas armadas están destinadas a proteger el país, entra dentro del orden natural que éstas sean aniquiladas en primer lugar, luego el país conquistado, y con esos dos éxitos y la circunstancia en la que entonces nos encontraremos se pueda mover al adversario a hacer la paz. Normalmente, la aniquilación de las fuerzas armadas enemigas es gradual, y en la misma medida le pisa los talones la conquista del país. Ambas suelen estar relacionadas, por cuanto la pérdida de las provincias repercute en el debilitamiento de las fuerzas armadas. Pero este orden no es en absoluto un orden necesario, y por eso no siempre tiene lugar. La fuerza armada enemiga puede retirarse a la frontera opuesta del país, o incluso al extranjero, antes de haber sido notablemente debilitada. En este caso se conquista la mayor parte del país, o todo él.

Sin embargo, este objetivo de la *guerra abstracta,* este último recurso para la consecución del fin político hacia el que deben confluir todos los demás, la *indefensión del adversario,* no se da en realidad de forma general, no es condición necesaria para la paz y no puede por tanto ser establecido en modo alguno como ley por la teoría. Hay innumerables acuerdos de paz que han sido acordados antes de que una de las partes pudiera ser considerada indefensa, incluso antes de que el equilibrio se hubiera alterado perceptiblemente. Más aún, si vemos los casos concretos, tenemos que decirnos que en toda una clase de ellos el *sometimiento del enemigo* sería un inútil juego intelectual, concretamente cuando el enemigo es mucho más poderoso.

La causa por la que el objetivo desarrollado a partir del concepto de guerra no se adapta en general a la verdadera guerra reside en la diferencia entre ambas, de la que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Si fuera como dice su mero concepto, una guerra entre Estados de fuerzas claramente desiguales sería un absurdo, y por tanto imposible; la desigualdad entre las fuerzas físicas podría ser como máximo tan grande como para poder ser compensada por las morales, y en nuestra actual situación social eso no iría muy lejos en Europa. Si hemos visto que tienen lugar guerras entre Estados *de muy desigual poder*, es *porque a menudo la guerra real se aleja mucho de su concepto originario*.

Hay dos cosas que en la realidad podrían ser motivo para la paz en lugar de la incapacidad de seguir oponiendo resistencia. La primera es la improbabilidad del éxito, la segunda que su precio sea demasiado alto.

Dado que, como hemos visto en el capítulo anterior, la guerra entera tiene que liberarse de la estricta ley de la necesidad interior y entregarse al cálculo de probabilidades, y dado que esto es así tanto más cuanto más se presten a ello las circunstancias, cuanto menores sean los motivos y las tensiones, es comprensible que de este cálculo de probabilidades pueda surgir el motivo para la paz misma. Así pues, la guerra no necesita librarse hasta el sometimiento de una de las partes, y cabe imaginar que en caso de motivos y tensiones muy débiles baste con una leve probabilidad, apenas apuntada, de volverse contra una, para moverla a ceder. Si la otra estuviera convencida de ello de antemano, es natural que aspire sólo a esa *probabilidad,* y que no busque ni dé el rodeo del total sometimiento del enemigo.

Aún es más general el efecto de la consideración del gasto de energía que ha sido y aún será necesario para acordar la paz. Como la guerra no es un acto de ciega pasión, sino que en ella predomina el fin político, el valor de éste determinará la magnitud de los sacrificios para alcanzarlo. Esto no sólo será así en cuanto a su *extensión,* sino también en cuanto a su *duración*. Por tanto, en cuanto el gasto de energía sea tan grande que el valor de la finalidad política no guarde equilibrio con él, habrá que renunciar, y la consecuencia de ello será la paz.

Se ve pues que, en las guerras en las que el uno no puede dejar completamente indefenso al otro, los motivos para la paz

aumentarán y decrecerán en ambas partes conforme a la probabilidad de los éxitos subsiguientes y el gasto de energía necesario. Si estos motivos fueran igual de fuertes en ambas partes, se encontrarían en el centro de su diferencia política; lo que en una creciera en fuerza, crecería en la otra en debilidad; si la suma de ellos alcanza se producirá la paz, naturalmente más en beneficio de aquel que tenga los motivos más débiles.

Dejamos aquí a un lado, de forma intencionada, la diferencia que necesariamente tiene que causar en la acción la naturaleza *positiva y negativa* de la finalidad política; porque aunque tenga la máxima importancia, como demostraremos en lo sucesivo, aquí tenemos que atenernos a un punto de vista aún más general, porque las intenciones políticas originarias pueden cambiar mucho a lo largo de la guerra y terminar por ser del todo distintas, *precisamente porque vienen determinadas por los éxitos y por los probables resultados.*

Se plantea, ahora, la cuestión de cómo influir en la probabilidad de los éxitos. En primer lugar, naturalmente, a través de los mismos objetos que conducen al sometimiento del adversario: *la aniquilación de sus fuerzas armadas y la conquista de sus provincias;* pero no son exactamente los mismos que serían en aquel objetivo. Cuando atacamos a las fuerzas enemigas, es completamente distinto que queramos que al primer golpe le siga una serie de ellos, hasta que todo esté reducido a ruinas, o que queramos conformarnos con una victoria para quebrar la sensación de seguridad del adversario, darle la impresión de nuestra superioridad e insuflarle por tanto preocupación para el futuro. Si eso es lo que queremos, sólo insistiremos en la aniquilación de sus fuerzas armadas hasta donde sea suficiente para ello. Del mismo modo, la conquista de provincias es una medida diferente cuando no persigue el sometimiento del adversario. En aquel caso, la aniquilación de sus fuerzas sería la verdadera acción eficaz, y la toma de las provincias la mera consecuencia de ella; tomarlas antes de que las fuerzas hayan sido acumuladas sería siempre un mal necesario. En cambio, cuando no perseguimos el sometimiento de la fuerza enemiga y estamos convencidos de que el propio enemigo no busca el camino de la decisión sangrienta, sino que *teme* la toma de una provincia débil, o incluso indefensa, es ya *una ventaja en sí;* y si esa ventaja es lo bastante grande como para inquietar al adversario en lo referente al

éxito general, habrá de considerarse un camino más directo hacia la paz.

Pero ahora vamos a pasar a un medio peculiar: influir sobre la probabilidad del éxito sin someter a la fuerza armada enemiga, es decir, a aquellas empresas que tienen *una consecuencia política directa*. Hay empresas muy adecuadas para romper o neutralizar alianzas de nuestro adversario, conseguir nuevos aliados, excitar funciones políticas en nuestro beneficio, etc., y es fácilmente comprensible que esto podrá aumentar mucho la probabilidad del éxito y ser un camino hacia la meta mucho más corto que el sometimiento de las fuerzas armadas enemigas.

La segunda cuestión es cuáles son los medios para influir en el gasto de energía enemigo, es decir, en el aumento del precio que ha de pagar.

El gasto de energía del enemigo consiste en el *desgaste de sus fuerzas armadas,* es decir, en la *destrucción* de las mismas por nuestra parte; en la *pérdida de provincias,* es decir, en la *conquista* de las mismas por nuestra parte.

Que estos dos objetos, debido a su distinta importancia, no coinciden siempre con los de igual nombre y otro objetivo, se verá por sí solo cuando los examinemos con más detalle. Que las diferencias sean en la mayor parte de los casos pequeñas no debe confundirnos, porque en la realidad, cuando los motivos son débiles, son a menudo los más finos matices los que deciden a favor de una u otra modalidad de empleo de la fuerza. Lo único que nos importa aquí es mostrar que, presupuestas ciertas condiciones, son *posibles* otros caminos, y no son ninguna *contradicción interna, ningún absurdo,* ni siquiera *errores*.

Aparte de estos dos objetos, hay otras *tres* vías singulares directamente orientadas a incrementar el gasto de energía del enemigo. La primera es la *invasión, es decir, la toma de las provincias enemigas, no con intención de conservarlas,* sino para imponerles contribuciones de guerra o incluso devastarlas. El objetivo directo no es aquí ni la conquista del territorio enemigo ni el sometimiento de sus fuerzas, sino tan sólo, *de forma completamente general, el daño al enemigo*. La segunda vía es dirigir nuestros esfuerzos *preferentemente* a aquellos objetos que incrementen el daño causado al enemigo. Nada más fácil que idear dos direcciones distintas para nuestras fuerzas, de las que una tiene preferencia

cuando se trata de someter al enemigo, pero la otra, cuando no se trata ni puede tratarse de someter, es más ventajosa. Se podría considerar la primera más militar, como se suele decir, y la otra más política. Pero si uno se sitúa en la perspectiva más elevada, la una es tan militar como la otra, y cada una de ellas sólo es útil cuando es la adecuada a las condiciones dadas. La tercera vía, la más importante con mucho por el alcance de los casos en que se da, es *el agotamiento* del adversario. No elegimos esta expresión meramente para designar el objeto con una palabra, sino porque expresa por entero la cosa y no es tan gráfica como parece a primera vista. En el concepto de agotamiento en una lucha está incluido *un agotamiento de las fuerzas físicas y de la voluntad producido poco a poco por la duración de la acción.*

Si queremos superar al adversario en una lucha larga, tenemos que conformarnos con objetivos lo más pequeños posible, porque está en la naturaleza del caso que un gran objetivo exija más gasto de energía que uno pequeño; pero el más pequeño de los objetivos que podamos fijarnos es *la pura resistencia,* es decir, la lucha sin una intención positiva. En ésta es donde nuestros recursos serán relativamente mayores y el resultado estará por tanto más asegurado. ¿Hasta dónde puede llegar esa negatividad? Está claro que no hasta la absoluta pasividad, porque un mero sufrimiento ya no sería lucha; la resistencia es una actividad, y a través de ella deben destruirse tantas fuerzas del enemigo como para que tenga que renunciar a su intención. Pero eso lo queremos en cada uno de nuestros actos, y en eso consiste la naturaleza negativa de nuestra intención.

Indiscutiblemente, esa intención negativa no es tan eficaz en su acto concreto como lo sería una positiva en la misma dirección, suponiendo que saliera bien; pero ahí está precisamente la diferencia, en que aquella sale bien con más facilidad, es decir, da más seguridad. La eficacia que pierde en el acto concreto la recupera a la larga, es decir, con la duración de la lucha; y así, esa intención negativa que representa el principio de la pura resistencia es también el medio natural de superar al adversario en la duración de la lucha, es decir, de agotarle.

Aquí está el origen de la diferencia entre *ataque* y *defensa*, que domina todo el ámbito de la guerra. No podemos seguir este camino aquí, sino que nos conformaremos con decir que de esta intención

negativa pueden deducirse todas las ventajas y por tanto las formas más fuertes de lucha que le secundan, y que en ella se hace realidad la ley filosófico-dinámica que hay entre magnitud y seguridad del éxito. Consideraremos todo esto en lo sucesivo.

Por tanto, si la intención negativa —es decir, la reunión de todos los recursos en la mera defensa— confiere una superioridad en la lucha, si ésta es tan grande como para *compensar* la eventual supremacía del adversario, la mera *duración* de la lucha bastaría para llevar poco a poco el gasto de energías del adversario al punto en el que el objetivo político del mismo ya no guarda equilibrio, y en el que por tanto tiene que renunciar a él. Se aprecia pues que este camino, el del agotamiento del adversario, comprende el gran número de casos en el que el débil quiere resistirse al poderoso.

En la Guerra de los Siete Años, Federico el Grande jamás habría estado en condiciones de derrotar a la monarquía austriaca, y si lo hubiera intentado como Carlos XII habría sucumbido de manera infalible. Pero después de que la talentosa aplicación de una sabia economía de fuerzas mostrara durante siete años a las potencias aliadas contra él que el gasto de energía iba a ser mucho mayor de lo que habían supuesto en un principio, acordaron la paz.

Vemos pues que en la guerra hay muchos caminos hacia la meta, que no todos los casos están ligados a la derrota del enemigo, que *la aniquilación de las fuerzas enemigas, la conquista de sus provincias, la mera ocupación de las mismas, la mera invasión de las mismas, empresas orientadas directamente a finalidades políticas, y por fin una espera pasiva de los golpes enemigos, son todos ellos medios* que, cada uno por sí, pueden ser empleados para superar la voluntad enemiga, según la peculiaridad del caso permita esperar más de uno o de otro. Podemos añadir aún una clase entera de finalidades como vías más cortas hacia la meta, que podríamos llamar argumentos *ad hominem*. En qué ámbito del tráfico humano no se darían estas chispas de las relaciones personales que superan todas las circunstancias objetivas, y en la guerra, donde la personalidad de los combatientes, en el gabinete y en el campo de batalla, representa un papel tan grande, es donde menos podrían faltar. Nos conformamos con apuntarlas, porque sería una pedantería querer clasificarlas. Con ellas, bien puede decirse que el número de posibles caminos hacia la meta crece hasta el infinito.

Con el fin de no subestimar estos distintos caminos más cortos hacia la meta, hacerlos pasar por raras excepciones o considerar insignificante la diferencia que condicionan en la dirección de la guerra, hay que ser consciente de la multiplicidad de finalidades políticas que una guerra puede producir, o medir de un vistazo la distancia entre una guerra de aniquilación por la existencia política misma y una guerra que una alianza forzada o caduca convierte en incómoda obligación. Entre ambas hay innumerables gradaciones que se dan en la realidad. Con el mismo derecho con el que la teoría querría desechar estas gradaciones se las podría desechar a todas, es decir, perder completamente de vista el mundo real.

Esto es lo que puede decirse respecto al fin que hay que perseguir en la guerra; volvamos ahora hacia los medios.

Sólo hay un medio, y es la *lucha*. Por variada que sea su forma, por mucho que se aparte del tosco dirimir el odio y la enemistad en la lucha a puñetazos, por muchas cosas que puedan insertarse en ella y que no sean lucha en sí mismas, siempre está implícito en el concepto de la guerra que todos los efectos que en ella aparecen tendrán que emanar *originariamente de la lucha*.

Hay una prueba muy sencilla de que esto siempre es así, sea cual sea la variedad y composición de la realidad. Todo lo que ocurre en la guerra ocurre por medio de fuerzas armadas; *pero donde se emplean fuerzas armadas hay hombres armados,* y necesariamente tiene que subyacer a ello la idea de lucha.

Por tanto, forma parte de la actividad bélica todo lo que se refiere a fuerzas armadas, es decir, todo lo que se refiere a su producción, mantenimiento y empleo.

Está claro que producción y mantenimiento no son más que los medios, pero su empleo es la finalidad.

La lucha en la guerra no es una lucha del individuo contra el individuo, sino un todo articulado de muchas maneras. En ese gran conjunto podemos distinguir unidades de distinto tipo: unas determinadas por el sujeto, otras por el objeto. En un ejército, el número de combatientes se alinea siempre en nuevas unidades, que son los eslabones de un orden superior. Por tanto, la lucha de cada uno de estos eslabones forma también una unidad más o menos destacada. Además, el objetivo de la lucha, es decir su *objeto*, constituye una unidad de la misma.

A cada una de estas unidades que se distinguen en la lucha se les da el nombre de *combates*.

Si todo el empleo de fuerzas armadas se basa en la idea de la lucha, la utilización de las mismas no es más que la determinación y ordenación de cierto número de combates.

Así pues, toda actividad bélica se refiere necesariamente al combate, ya sea de manera directa o indirecta. El soldado es reclutado, vestido, armado, sometido a instrucción, duerme, come, bebe y marcha, *sólo para combatir en el lugar adecuado y en el momento oportuno*.

Si, por tanto, todos los hilos de la actividad bélica terminan en el combate, los recogeremos todos al establecer la disposición de los combates: sólo de esta ordenación y su cumplimiento emanan los resultados, nunca directamente de las condiciones que les preceden. En el combate, toda la actividad está orientada a la aniquilación del adversario, o más bien de sus *fuerzas armadas*[7], porque está dentro de su concepto mismo; la aniquilación de las fuerzas enemigas es por tanto siempre el medio para alcanzar el fin del combate.

Este fin puede ser asimismo la mera aniquilación de las fuerzas enemigas, pero esto no es en modo alguno necesario, sino que puede ser otro fin completamente distinto. Desde el momento en que, como hemos demostrado, el sometimiento del adversario no es el único medio para alcanzar la finalidad política, sino que hay otros objetos que se pueden seguir como objetivo en las guerras, se deduce por sí mismo que esos objetos pueden convertirse en finalidad de actos bélicos concretos y por tanto en finalidad de combates.

Pero incluso aquellos combates que están enteramente dedicados al sometimiento de las fuerzas armadas enemigas como eslabones subordinados no tienen por qué tener la aniquilación de las mismas como su fin más inmediato.

Si pensamos en las múltiples divisiones de un gran ejército, en la cantidad de circunstancias que inciden en su empleo, es comprensible que también la lucha de un gran ejército tenga que tener una coordinación, subordinación y composición múltiples. Como, naturalmente, para los distintos eslabones pueden y tienen que entrar en consideración multitud de fines que no son en sí mismos la aniquilación del enemigo y la causan sin duda en mayor medida, pero sólo de forma indirecta. Si un batallón recibe la orden de expulsar al enemigo de una montaña, un puente, etc., por regla

general la posesión de esos objetos es el fin propiamente dicho, y la aniquilación de las fuerzas enemigas mero medio o accesorio. Si el enemigo puede ser expulsado por medio de una mera demostración de fuerza, el objetivo también queda alcanzado; pero esa montaña, ese puente, solamente se toman por regla general para provocar con ello una mayor aniquilación de las fuerzas enemigas. Si esto ocurre así en el campo de batalla, tanto más ocurrirá en todo el teatro de la guerra, donde no sólo se oponen un ejército a otro, sino un Estado, un pueblo, un país a otro. Aquí se multiplica el número de posibles relaciones y en consecuencia de combinaciones, aumenta la multitud de disposiciones y, mediante la graduación subordinada de los fines, se siguen alejando los primeros medios de los fines últimos.

Es pues posible por muchas razones que el objetivo de un combate no sea la aniquilación de la fuerza armada enemiga, la que tenemos enfrente, sino que sea un simple medio. En todos estos casos ya no se trata de llevar a cabo esa aniquilación porque el combate no sirve aquí más que para *medir* fuerzas, y no tiene ningún valor en sí; sólo tiene valor su resultado, es decir, la forma en que se decida.

Sin embargo, en casos en que las fuerzas son muy desiguales la medición de las mismas puede hacerse por mera estimación. En tales casos el combate no tendrá lugar, sino que el más débil cederá de inmediato.

Si la finalidad del combate no siempre es la aniquilación de las fuerzas comprendidas en él, y su objetivo puede incluso alcanzarse sin que el combate llegue a tener lugar, con su mera constatación y la relación de fuerzas resultante, resulta explicable que se puedan llevar adelante campañas enteras con gran actividad sin que el combate de facto llegue a representar un papel digno de mención.

Que puede ser así lo demuestra la Historia bélica en cien ejemplos. Dejaremos a un lado cuántos de esos casos han tenido una solución incruenta con razón, es decir, *sin contradicción interna,* y si algunas celebridades surgidas de ellos resistirían la crítica, porque lo único que nos interesa es mostrar la *posibilidad* de semejante desarrollo bélico.

Tan sólo tenemos *un* medio en la guerra, *el combate,* pero la multiplicidad de su aplicación nos lleva a todas las distintas vías que permite la multiplicidad de fines, de manera que no parecemos haber ganado nada; sin embargo no es así, porque de esa unidad de medios

parte un hilo que se extiende por todo el tejido de la actividad bélica y le da cohesión.

Hemos contemplado la aniquilación de las fuerzas enemigas como uno de los fines que se puede perseguir en la guerra, y dejaremos a un lado qué importancia hay que darle entre los demás fines. En cada caso concreto dependerá de las circunstancias, y para el general hemos dejado indeterminado su valor; ahora volvemos a ello, y aprenderemos a apreciar qué valor hay que concederle necesariamente.

El combate es la única actividad en la guerra; en el combate, la aniquilación de la fuerza que se nos opone es el medio para el fin, es el fin en sí mismo allá donde el combate no llega a producirse de hecho, porque la decisión del mismo se basa en el supuesto de que esa aniquilación ha de considerarse indudable. Por tanto la aniquilación de la fuerza armada enemiga es la base de todas las acciones bélicas, el último punto de apoyo de todas las combinaciones, que descansan en ella como el arco en sus contrafuertes. Toda acción se produce por tanto bajo el presupuesto de que, si la decisión por las armas ha de producirse realmente, sea *favorable*. La decisión por las armas es, para todas las operaciones grandes y pequeñas de la guerra, lo que el pago en efectivo es para el comercio; por alejada que pueda ser su relación, por raras que sean las realizaciones conseguidas, del todo no pueden faltar nunca.

Si la decisión por las armas es la base de todas las combinaciones, se deduce que el adversario sólo puede *volverla ineficaz mediante una feliz decisión del combate,* no sólo cuando es la que descansa inmediatamente en nuestra combinación, sino también por medio de cualquier otra, con tal de que sea lo bastante significativa; porque toda decisión por las armas significativa, es decir, toda aniquilación de fuerzas armadas enemigas, repercute en todas las demás, porque se nivelan igual que un elemento líquido.

Así pues, la aniquilación de la fuerza armada enemiga aparece siempre como el medio superior y más eficaz ante el que todos los demás retroceden.

Pero, desde luego, sólo podríamos atribuir una eficacia superior a la aniquilación de la fuerza armada enemiga en caso de igualdad de todas las demás condiciones. Sería un gran malentendido querer sacar la conclusión de que un ciego lanzarse tendría siempre que alcanzar la victoria, por encima de la cautelosa destreza. Un torpe

lanzarse conduciría a la aniquilación de las fuerzas propias, no de las enemigas, y no podemos pues estar refiriéndonos a eso. La superior eficacia no corresponde a las *vías,* sino a los *fines*, y sólo comparamos la eficacia de un fin alcanzado con la de otro.

Cuando hablamos de aniquilación de la fuerza enemiga tenemos que señalar expresamente que nada nos fuerza a limitar este concepto a las meras fuerzas físicas, sino que más bien hay necesariamente que entender incluida aquí la fuerza moral, porque ambas se penetran hasta en sus partes más pequeñas y son por tanto inseparables. Precisamente cuando nos referimos a la inevitable incidencia que un gran acto de aniquilación (una gran victoria) tiene sobre todas las demás decisiones estamos hablando del elemento moral, el más fluido, si se nos permite expresarlo así, y por tanto el que más fácilmente se reparte por todos los eslabones de la cadena. Al valor preponderante que la aniquilación de la fuerza armada enemiga tiene sobre todos los demás medios se le opone el valor y peligro de este medio, y es sólo para evitarlo por lo que hay que tomar otras vías.

Que este medio tiene que ser valioso se entiende por sí solo, porque el gasto de fuerzas propias siempre es mayor, siendo las demás circunstancias iguales cuanto más se oriente nuestra intención a la aniquilación del enemigo.

Sin embargo, el peligro de este medio reside en que precisamente la mayor eficacia que buscamos vuelve a caer sobre nosotros en caso de fracaso, es decir, tiene como consecuencia mayores perjuicios.

Las otras vías son menos costosas en cuanto a su éxito y menos peligrosas en cuanto a su fracaso, pero se da necesariamente la condición de que sólo tengan que enfrentarse a sus iguales, es decir, que el enemigo escoja las mismas vías; porque si el enemigo elige la vía de la gran decisión por las armas la nuestra *se transformaría precisamente por ello en esa misma, en contra de nuestra voluntad.* Lo que importa pues es el resultado del acto de aniquilación; pero está claro que nosotros, a igualdad de todas las demás circunstancias, tendremos que estar en este acto en desventaja porque nuestras intenciones y nuestros medios estaban en parte dirigidos a otras cosas que el enemigo no ha hecho. Dos fines distintos de los que uno no es parte del otro se excluyen mutuamente, y la fuerza que se emplea en uno no puede servir al

mismo tiempo al otro. Así que si uno de los dos contendientes está decidido a seguir el camino de las grandes decisiones armadas, tendrá una elevada probabilidad de éxito mientras esté seguro de que el otro no va a seguirlo, sino que persigue otro objetivo; y todo el que se proponga ese otro objetivo sólo podrá hacerlo razonablemente mientras presuponga de su adversario que tampoco busca las grandes decisiones armadas.

Pero lo que aquí hemos dicho de otra dirección de las intenciones y fuerzas se refiere sólo a los *fines positivos* que se pueden presuponer en la guerra aparte de la aniquilación de las fuerzas enemigas, *no a la pura resistencia,* que se elige con intención de agotar las fuerzas enemigas. La mera resistencia carece de intención *positiva,* y por tanto en la misma nuestras fuerzas no pueden guiarse hacia otros objetos sino tan sólo estar destinadas a aniquilar las intenciones del adversario.

Aquí es donde tenemos que tener en cuenta el lado negativo de la aniquilación de la fuerza armada enemiga, que es la conservación de la propia. Estas dos aspiraciones siempre van juntas porque guardan una relación inversa; son parte integrante de una misma intención, y tan sólo tenemos que analizar qué efecto se produce cuando la una o la otra predominan. La aspiración a aniquilar la fuerza enemiga tiene una finalidad positiva y conduce a éxitos positivos, cuyo objetivo último sería el sometimiento del adversario. La conservación de las fuerzas propias tiene una finalidad negativa, y conduce por tanto a la aniquilación de la intención enemiga, es decir, a la pura resistencia, cuyo objetivo último no puede ser más que prolongar de tal modo la duración de la acción que el adversario se agote en ella.

La aspiración con finalidad positiva crea el acto de aniquilación, la aspiración con la negativa se mantiene expectante.

Hasta dónde debe y puede ir esta espera lo indicaremos más en detalle al hablar de la doctrina del ataque y la defensa, en cuyo origen nos encontramos. Aquí tenemos que conformarnos con decir que la espera no puede convertirse en una absoluta pasividad y que en la acción a ella vinculada la aniquilación de la fuerza enemiga implicada en el conflicto puede ser el objetivo tan bien como cualquier otro. Sería pues un gran error creer en la idea básica de que la aspiración negativa tendría que conducir a no elegir como objetivo la aniquilación de la fuerza enemiga, sino preferir una decisión

incruenta. El mayor peso de la aspiración negativa puede ser en todo caso el motivo, pero luego siempre se corre el riesgo de que ese camino sea el adecuado, lo cual depende de condiciones muy distintas que no están en nosotros, sino en el adversario. Esa otra vía incruenta no puede ser por tanto considerada el medio natural para dar satisfacción a la preocupación por conservar nuestras fuerzas; más bien, en casos en que esa vía no se correspondiera con las circunstancias, las haríamos sucumbir por completo. Muchos generales han cometido ese error y sucumbido a causa de él. El único efecto necesario que tiene el mayor peso de la aspiración negativa es que retarda la decisión, de forma que el que actúa huye en cierto modo, a la expectativa del momento decisivo. La consecuencia suele ser el *aplazamiento de la acción* en el tiempo y, en tanto que el espacio esté en relación con él, también en el espacio, hasta donde las circunstancias lo permitan. Cuando llega el momento en que esto ya no se puede hacer sin gran perjuicio, la ventaja de lo negativo tiene que considerarse agotada, y la aspiración a aniquilar la fuerza enemiga, que había sido retardada por un contrapeso, pero no eliminada, vuelve sin cambio alguno a primer plano.

Hemos visto pues en las consideraciones hechas hasta el momento que en la guerra hay muchos caminos que conducen a la meta, es decir, a la consecución de la finalidad política, pero que el combate es el único medio, y que por eso todo está sometido a una ley suprema: la *decisión de las armas;* que, cuando de hecho se aborda al adversario, ese recurso nunca puede fracasar, y que por tanto el que hace la guerra, cuando quiera seguir otro camino, tendrá que estar seguro de que el adversario no adopta ese recurso o perderá el proceso ante ese supremo tribunal; de que por tanto, en una palabra, la aniquilación de la fuerza enemiga siempre sea, entre todos los fines que se pueden perseguir en la guerra, el dominante.

En lo sucesivo, y desde luego de forma gradual, veremos qué combinaciones de otro tipo puede haber en la guerra. Nos conformamos con reconocer aquí *su posibilidad* con carácter general, como algo orientado a apartar la realidad del concepto, algo orientado a las circunstancias individuales. Pero no podemos dejar de hacer valer aquí la *descarga sangrienta de la crisis,* la aspiración a la aniquilación de la fuerza enemiga, como hijo primogénito de la guerra. Cuando los fines políticos son pequeños, los motivos débiles, las tensiones escasas, un general prudente puede ensayar hábilmente

todas las vías para encaminarse hacia la paz sin grandes crisis y sangrientas soluciones, aprovechando las debilidades propias de su adversario, en el campo de batalla y en el gabinete; no tenemos derecho a reprochárselo si sus presupuestos están debidamente motivados y justifican el éxito; pero siempre tenemos que exigir de él que sea consciente de que está recorriendo caminos enrevesados, en los que el dios de la guerra puede sorprenderle; que no pierda de vista al adversario, para que, si le ataca con una afilada espada, no tenga que responder con una daga de ceremonia.

Tenemos que tener presentes estos resultados de lo que es la guerra, cómo actúan en ella fines y medios, cómo se alejan ora más ora menos de su estricto concepto originario en las desviaciones impuestas por la realidad, cómo va y viene, pero siempre está sometida a aquel severo concepto como a una ley suprema, y tendremos que volver a acordarnos de ellos en cada uno de los siguientes objetos, si queremos entender correctamente sus verdaderas relaciones, su peculiar significado, y no incurrir incesantemente en la más estridente contradicción con la realidad, y finalmente con nosotros mismos.

CAPÍTULO TERCERO

EL GENIO BÉLICO

Toda actividad singular exige, si ha de ser practicada con cierto virtuosismo, dotes singulares del entendimiento y del ánimo. Allá donde se distinguen en un grado elevado y representan extraordinarias prestaciones, se denomina al espíritu al que pertenecen con el nombre de genio.

Sabemos que esa palabra aparece con significados muy distintos en extensión y dirección, y que en algunos de esos significados es una tarea muy difícil designar la esencia del genio; pero como no pretendemos ser ni un filósofo ni un gramático, se nos permitirá atenernos al significado usual en el lenguaje y entender por genio la fuerza intelectual muy desarrollada para ciertas actividades.

Vamos a detenernos unos instantes en esta facultad y dignidad del espíritu para demostrar más en detalle su justificación y conocer más en detalle el contenido del concepto. Pero no podemos quedarnos en el genio graduado por un talento muy elevado, en el verdadero *genio*, porque ese concepto no tiene límites medidos, sino que tenemos que tomar en consideración toda orientación común de las fuerzas del espíritu hacia la actividad bélica que podamos considerar *como la esencia del genio bélico*. Decimos *común* porque precisamente en eso consiste el genio bélico, en que no es una sola fuerza, como por ejemplo el valor, mientras otras fuerzas del entendimiento y el ánimo faltan o tienen una orientación inútil para la guerra, sino *una reunión armónica de fuerzas*, en la que predomina la una o la otra, pero ninguna puede oponerse.

Si todo combatiente tuviera que estar más o menos animado por el genio bélico, nuestros ejércitos serían muy débiles; pues precisamente porque se entiende por tal una orientación *singular* de las fuerzas del espíritu, sólo puede darse raras veces cuando en un pueblo las fuerzas del espíritu son requeridas y formadas en tantas direcciones. Pero cuanto menos actividades distintas tenga un pueblo, cuanto más predomine la bélica entre ellas, tanto más

extendido tendrá que encontrarse en él el genio bélico. No obstante, esto determina tan sólo su extensión, y en absoluto su altura, porque ésta depende *del desarrollo intelectual general* de ese pueblo. Si contemplamos un pueblo tosco y belicoso, el espíritu bélico será mucho más habitual entre los individuos que en los pueblos instruidos, porque en aquel lo poseerá casi cada guerrero, mientras en los instruidos una masa entera sólo se verá arrastrada a la guerra por la necesidad, y en modo alguno por instinto interior. Pero entre los pueblos toscos nunca se encuentra un general verdaderamente grande, y es extremadamente raro lo que se puede llamar un genio militar, porque para eso se necesita un desarrollo de las fuerzas del entendimiento que un pueblo tosco no puede tener. Se entiende que también los pueblos instruidos pueden tener una orientación y desarrollo más o menos belicoso, y cuanto más sea ése el caso con tanta mayor frecuencia se hallará en sus ejércitos el espíritu bélico en el individuo. Como esto coincide con el mayor grado del mismo, de tales pueblos salen siempre las más esplendorosas manifestaciones bélicas, como han demostrado romanos y franceses. Los nombres más grandes de estos y de todos los pueblos antaño famosos en la guerra coinciden siempre con los tiempos de mayor instrucción.

Esto ya nos permite adivinar lo grande que es la parte que las fuerzas del entendimiento tienen en el genio bélico superior. Ahora vamos a dedicarle una mirada más atenta.

La guerra es el ámbito del peligro, por lo que el *valor* es ante todas las cosas la primera cualidad del guerrero.

El valor es de una doble especie: en primer lugar, valor ante el peligro personal, y luego valor ante la responsabilidad, ya sea ante el juicio de cualquier poder exterior o ante el interior, el de la conciencia. Aquí sólo hablaremos del primero.

El valor ante el peligro personal es a su vez de una doble especie: en primer lugar, puede ser indiferencia ante el peligro, ya provenga del organismo del individuo, de la subestimación de la vida o de la costumbre, pero en cualquier caso ha de contemplarse como un *estado* permanente.

En segundo lugar, el valor puede proceder de motivos positivos como la ambición, el amor a la patria, el entusiasmo de todo tipo. En este caso el valor no es tanto un estado como un movimiento del ánimo, un sentimiento.

Es comprensible que ambas especies tengan un efecto distinto. La primera especie es más segura porque, convertida en segunda naturaleza, nunca abandona a la persona; la segunda lleva a menudo más lejos; de la primera es más propia la perseverancia, de la segunda la audacia; la primera vuelve más sobrio el entendimiento, la segunda lo incrementa a veces, pero también lo ciega a menudo. *Ambas unidas* arrojan la forma *más perfecta* del valor.

La guerra es el ámbito de los esfuerzos y sufrimientos físicos; para no sucumbir en ella se necesita cierta fortaleza de cuerpo y de espíritu que, ya sea innata o aprendida, vuelva indiferente a ellos. Con estas cualidades, bajo la mera dirección del sano entendimiento, el hombre es una herramienta capaz para la guerra, y son estas cualidades las que están tan generalmente difundidas en los pueblos toscos y semicultivados. Si avanzamos en las exigencias que la guerra plantea a los que intervienen en ella, encontramos el *predominio de las fuerzas del entendimiento*. La guerra es el ámbito de la incertidumbre; tres cuartas partes de aquellas cosas sobre las que se construye la actuación en ella están sumidas en la niebla de una incertidumbre más o menos grande. Aquí es donde se requiere un fino y penetrante entendimiento que perciba la verdad con el tacto de su juicio.

Puede que un entendimiento común acierte una vez con esta verdad por azar, puede que un valor inusual compense en otra ocasión su falta, pero en la mayoría de los casos, la media de éxitos siempre pondrá de manifiesto la falta de entendimiento.

La guerra es el ámbito del azar. En ninguna actividad humana debe dejarse tanto margen a este intruso, porque ninguna está en tan permanente contacto con él por todas partes. Él multiplica la incertidumbre de todas las circunstancias y perturba la marcha de los acontecimientos.

Aquella incertidumbre de todas las noticias y supuestos, esas constantes injerencias del azar, hacen que el que actúa en la guerra encuentre sin cesar las cosas distintas a como las había esperado, y no puede dejar de ocurrir que esto tenga influencia sobre su plan o por lo menos sobre las ideas que de él forman parte. Si esa influencia es lo bastante grande como para hacerle revocar los propósitos que tenía, por regla general su lugar tendrá que ser ocupado por otros para los que a menudo faltarán datos en ese momento, porque en el curso de la acción las circunstancias suelen apremiar la decisión y no

dejan tiempo para mirar atrás, a menudo ni siquiera para hacerse maduras consideraciones. Es mucho más usual que la corrección de nuestras ideas y el conocimiento de los azares producidos no baste para revocar del todo nuestro propósito, sino tan sólo para hacerlo vacilar. El conocimiento de las circunstancias ha aumentado en nosotros, pero eso no ha reducido la incertidumbre, sino que la ha incrementado. La causa es que esas experiencias no se tienen todas a la vez, sino poco a poco, porque nuestras decisiones no dejan de ser asaltadas por ellas, y el espíritu, si podemos decirlo así, tiene siempre que estar levantado en armas.

Si quiere superar felizmente esta pugna constante con lo inesperado, habrá dos cualidades que le resultarán imprescindibles: *un entendimiento que incluso en esa incrementada oscuridad no carezca de rastros de luz interior que le lleven a la verdad, y valor para seguir esas débiles luces.* La primera ha quedado gráficamente denominada con la expresión francesa *coup d'oeil,* la otra es la *decisión.*

Como, en la guerra, son los combates lo que primero y lo que más atrae la atención, como en los combates el tiempo y el espacio son elementos importantes, y aún lo eran más en aquel período en el que la caballería, con sus rápidas decisiones, era lo principal, el concepto de una *resolución rápida y acertada* ha surgido en primer término de la estimación de esas dos cosas, y ha recibido por tanto una denominación que sólo remite a la valoración correcta. Por eso, muchos maestros del arte de la guerra la han definido con ese significado limitado. Pero no se puede ignorar que pronto se entenderán comprendidas en ella todas las decisiones acertadas tomadas en el momento de su ejecución, por ejemplo el reconocimiento del verdadero punto de ataque, etc. No es pues sólo el ojo físico, sino con frecuencia el espiritual, aquel al que se hace referencia con el *coup d'oeil.* Naturalmente, tanto la expresión como la cosa se han aclimatado cada vez más en el campo de la táctica, pero tampoco pueden faltar en el de la estrategia, en tanto también en ella se requiere a menudo tomar decisiones rápidas. Si se despoja este concepto de aquello que le ha dado la expresión demasiado gráfica y limitada, no es más que el rápido acertar con una verdad que no es visible a una mirada habitual del espíritu o que sólo lo es tras largo contemplar y considerar.

La decisión es un acto de valor en el caso concreto y, cuando se convierte en rasgo del carácter, un hábito del espíritu. Pero aquí no hablamos del valor ante el peligro físico, sino ante la responsabilidad, es decir, en cierto modo ante el peligro espiritual. A menudo se ha llamado a éste *courage d'esprit* porque surge del entendimiento, pero no por ello es un acto del entendimiento, sino del ánimo. El mero entendimiento no es valor porque a menudo vemos carecer de decisión a las gentes más inteligentes. El entendimiento tiene pues que empezar por despertar el sentimiento del valor para ser sostenido y llevado por él, porque en los afanes del momento los sentimientos dominan más a los hombres que los pensamientos.

Hemos señalado aquí a la decisión aquel lugar en el que, sin motivos suficientes, debe anular los tormentos de la duda, los peligros del titubeo. El uso lingüístico no muy concienzudo da también ese nombre, por supuesto, a la mera inclinación a la osadía, el atrevimiento, la audacia, la temeridad. Pero allá donde un ser humano tiene motivos suficientes, ya sean subjetivos u objetivos, válidos o erróneos, no hay razón para hablar de decisión porque al hacerlo nos ponemos en su lugar y ponemos en la balanza una duda que él no ha tenido.

En este caso sólo se puede hablar de fuerza o debilidad. No somos tan pedantes como para disputar con el uso lingüístico acerca de este pequeño abuso, sino que nuestra observación pretende servir tan sólo para despejar objeciones erróneas.

Esta decisión pues, que vence a un estado de duda, sólo puede ser causada por el entendimiento, y por una dirección muy singular del mismo. Afirmamos que la mera convivencia de los conocimientos superiores y los sentimientos necesarios no basta para la decisión. Hay personas que poseen la más hermosa mirada espiritual para la más difícil de las tareas, a las que tampoco falta el valor de cargar con responsabilidades, y que sin embargo en los casos difíciles no resultan capaces de tomar una decisión. Su valor y su conocimiento están separados, no se dan la mano, y no causan por tanto la decisión como tercer producto. Ésta sólo se produce debido a un *acto* del entendimiento, que hace consciente de la necesidad de la audacia y determina, a través de ella, la voluntad. Esta peculiar orientación del entendimiento, que abate cualquier otro temor del hombre con el temor a la *vacilación y el titubeo*, es la que conforma la decisión en

los ánimos recios; por eso las personas con poco entendimiento no pueden ser decididas, en el sentido en que aquí lo decimos. Pueden actuar sin titubeos en casos difíciles, pero entonces lo hacen *sin reflexionar,* y naturalmente a quien actúa de forma irreflexiva ninguna duda puede enemistarle consigo mismo. Una acción así puede acertar de vez en cuando, pero decimos aquí lo mismo que antes: es la *media de éxitos* la que señala la existencia del genio bélico. A quien de todos modos nuestra afirmación le parezca extravagante porque conoce a algún decidido oficial de húsares que no es un profundo pensador, tenemos que recordarle que estamos hablando aquí de una orientación singular del entendimiento, no de una gran capacidad de meditación.

Creemos pues que la decisión debe su existencia a una orientación singular del entendimiento, y una que pertenece más a las cabezas recias que a las brillantes; podemos atestiguar aún esta genealogía de la decisión en que hay gran número de ejemplos en que hombres que habían mostrado la mayor decisión en las regiones bajas la han perdido en las superiores. Aunque tienen la necesidad de decidirse, ven los riesgos de una decisión *errónea* y, como no están familiarizados con las cosas que tienen delante, su entendimiento pierde su fuerza originaria y se vuelven tanto más titubeantes cuanto más conocen el riesgo de la indecisión en que están atrapados y cuanto más acostumbrados estaban a actuar directamente.

En los casos del *coup d'oeil* y la decisión, no nos cuesta trabajo hablar de la *presencia de espíritu,* emparentada con ellos, que en un ámbito de lo inesperado como es la guerra tiene que representar un gran papel; porque no es más que un incrementado sobreponerse a lo inesperado. Se admira la presencia de espíritu de dar una respuesta adecuada a una inesperada interpelación, como se admira en quien halla rápido remedio a un repentino peligro. Ambos, esa respuesta y ese remedio, no tienen por qué ser inusuales, con tal de que sean acertados; porque lo que después de una madura y tranquila consideración no sería nada inusual, es decir, resultaría indiferente en su impresión sobre nosotros, puede causar placer cuando es un rápido acto del entendimiento. La expresión *presencia de espíritu* designa sin duda muy acertadamente la cercanía y rapidez de la ayuda prestada por el entendimiento.

Dependerá de la naturaleza del caso si esta espléndida cualidad de un ser humano ha de ser atribuida más a la singularidad de su

entendimiento o más al equilibrio de su ánimo, aunque no puede faltar del todo ninguno de ambos. Una respuesta acertada es más la obra de una cabeza ingeniosa; un remedio adecuado a un repentino peligro presupone ante todo un ánimo equilibrado.

Si echamos ahora un vistazo a los cuatro elementos que componen la atmósfera en la que se mueve la guerra, *el peligro, el esfuerzo físico, la incertidumbre y el azar,* será fácil comprender que hace falta una gran fuerza del ánimo y del entendimiento para avanzar con seguridad y éxito en este dificultoso elemento, una fuerza que, según las diferentes modificaciones que le marquen las circunstancias, encontramos en boca de los narradores e historiadores de los acontecimientos bélicos con los nombres de *energía, firmeza, perseverancia, fortaleza de ánimo y fortaleza de carácter*. Se podrían considerar todas estas manifestaciones de la naturaleza heroica como una y la misma fuerza de la voluntad, que se modifica según las circunstancias; pero, por emparentadas que estén estas cosas, no son una y la misma, y nos interesa distinguir por lo menos un poco más el juego de las fuerzas espirituales.

En primer lugar, contribuye esencialmente a la claridad de ideas decir que el peso, la carga, la resistencia, como se le quiera llamar, que exige aquella fuerza del espíritu en el actor sólo es en una mínima parte *directamente* la *actividad enemiga,* la *resistencia enemiga,* la *actuación enemiga*. La actividad enemiga sólo tiene influencia directa sobre el actor, en primer término, para su propia persona, sin afectar a su actividad como jefe. Si el enemigo resiste cuatro horas en vez de dos, el jefe se encuentra en peligro cuatro horas en vez de dos; esta es evidentemente una magnitud cuya importancia disminuye cuanto más alto está el jefe; lo que quiere decir que en el papel del general... ¡equivale a nada!

En segundo lugar, la resistencia enemiga influye *directamente* sobre el jefe debido a la pérdida de recursos que le produce en caso de duración, y a la responsabilidad ligada a ella. Aquí, en estas preocupadas consideraciones, es donde primero se pone a prueba y reta su fuerza de voluntad. Pero afirmamos que ésta no es ni con mucho la carga más pesada que tiene que soportar porque sólo tiene que arreglárselas consigo mismo. En cambio, todos los demás efectos de la resistencia enemiga están dirigidos a los combatientes que él encabeza, y *repercuten en él a través de ellos*.

Mientras una tropa lucha llena de buen ánimo, con gusto y ligereza, raras veces hay motivos para mostrar gran fuerza de voluntad en la persecución de sus fines; pero en cuanto las circunstancias se vuelven difíciles —y esto nunca puede dejar de ocurrir allá donde se hacen cosas extraordinarias—, la cosa ya no funciona por sí sola como una máquina bien engrasada, sino que la propia máquina empieza a oponer resistencia, y para superarla es necesaria la gran fuerza de voluntad del líder. No hay que entender por *esta clase de resistencia* desobediencia y réplica, aunque se dan a menudo en individuos concretos, sino que es la impresión general de la extinción de todas las fuerzas físicas y morales, es la visión desgarradora de las víctimas ensangrentadas, la que el líder tiene que combatir en sí mismo y después en todos los demás que le trasladan directa o indirectamente sus impresiones, sus sentimientos, preocupaciones y aspiraciones. En cuanto se agotan las fuerzas del individuo, en cuanto ya no son excitadas y sostenidas por la propia voluntad, toda la inercia de la masa pasa a cargarse poco a poco sobre la voluntad del general; en el ascua de su pecho, en la luz de su espíritu debe prender de nuevo el ascua del propósito, la luz de la esperanza de todos los demás; sólo si puede hacerlo impera sobre la masa y sigue siendo dueño de la misma; en cuanto esto deja de ocurrir, en cuanto su propio valor ya no es lo bastante fuerte como para reanimar el valor de todos los demás, la masa tira de él hacia la baja región de la naturaleza animal, que retrocede ante el peligro y no conoce la vergüenza. Estos son los pesos que el valor y la presencia de espíritu del general tienen que superar en el combate si quiere llevar a cabo acciones destacadas. Crecen con las masas, así que también las fuerzas tienen que crecer con la altura de los puestos, si han de ser adecuadas a las cargas.

La *energía* de la acción expresa la fuerza del motivo que la provoca, y ese motivo puede residir en una convicción del entendimiento o en un movimiento del ánimo. Este último difícilmente puede faltar allá donde ha de mostrarse gran fuerza.

De todos los grandiosos sentimientos que llenan el pecho humano en la ardiente pulsión de la batalla, hemos de confesar que ninguno es tan poderoso y constante como la sed espiritual de fama y honores, que la lengua alemana trata de manera tan injusta al rebajarla con expresiones tales como *ansia* de fama y *avidez* de honores, por medio de indignos sinónimos. Sin duda el abuso de este

orgulloso anhelo tiene que ser causa, precisamente en la guerra, de las más indignantes injusticias contra el género humano; pero en su origen estas sensaciones se cuentan desde luego entre las más nobles de la naturaleza humana, y en la guerra son el verdadero aliento vital que dota de un alma a un cuerpo inmenso. Todos los demás sentimientos, por más generales que puedan ser o más elevados que parezcan, amor a la patria, fanatismo de las ideas, venganza, entusiasmo de todo tipo, no vuelven prescindibles la ambición y el deseo de fama. Aquellos sentimientos pueden excitar y elevar al grupo en general, pero no dan a su jefe el deseo de querer llegar a más que sus compañeros, lo cual es una necesidad esencial de su puesto si quiere hacer en él algo destacado; no vuelven, como vuelve la ambición, cada acto bélico una propiedad del general que aspira a utilizarlo del mejor modo, que lo cultiva con esfuerzo, lo siembra con cuidado, para obtener abundante cosecha. Son estas aspiraciones de todos los jefes, desde el supremo hasta los más bajos, esa clase de industria, esa rivalidad, ese acicate, los que animan la eficacia de un ejército y lo hacen exitoso. Y en lo que concierne muy especialmente al supremo, preguntamos: ¿Ha habido alguna vez un gran general sin ambición, es imaginable siquiera un personaje así?

La *firmeza* designa la resistencia de la voluntad en relación con la fuerza de un impulso concreto, la *constancia* en relación con la duración.

Por cercanas que estén ambas, y por mucha que sea la frecuencia con que se emplea una expresión por otra, no se puede ignorar una notable diferencia en su esencia, en tanto la firmeza contra una sola y fuerte impresión puede basarse en la mera fuerza de un sentir, pero la constancia quiere ser apoyada por el entendimiento; porque con la duración de una actividad aumenta lo planificado de la misma, y de esa planificación saca en parte su fuerza la constancia.

Si nos volvemos hacia la *fortaleza de ánimo o de espíritu,* la primera cuestión es qué debemos entender por ella.

Está claro que no la vehemencia de manifestaciones del ánimo, el apasionamiento, porque eso iría contra todo uso del lenguaje, sino la capacidad de obedecer al entendimiento incluso en medio de las emociones más fuertes, entre la tempestad de la pasión más vehemente. ¿Debe derivar esta capacidad meramente de la fuerza del entendimiento? Lo dudamos. Sin duda, la realidad de que hay personas de extraordinario entendimiento que no se controlan no

demuestra por sí sola lo contrario, porque se podría decir que hace falta una naturaleza singular del entendimiento, más fuerte quizá que integral. Pero creemos estar más cerca de la verdad si suponemos que la capacidad de someterse al entendimiento, incluso en los momentos de más violenta agitación del ánimo, que llamamos *autodominio,* tiene su asiento en el ánimo mismo. Es otro sentimiento que en los ánimos fuertes mantiene en equilibrio la pasión excitada sin anularla, y con ese equilibrio el entendimiento se asegura el control. Ese contrapeso no es otra cosa que el sentimiento de la dignidad humana, ese el más noble de los orgullos, esa la más íntima necesidad del alma de *ser considerado en todas partes un ser dotado de comprensión y entendimiento*. Por eso diríamos que un ánimo fuerte es aquel que *no pierde el equilibrio ni en medio de las más violentas pasiones*.

Si echamos un vistazo a la variedad de los seres humanos en relación al ánimo, encontramos en primer lugar aquellos que poseen muy poca movilidad del mismo, y a los que llamamos flemáticos o indolentes.

En segundo lugar a los muy agitados, pero cuyos sentimientos nunca superan cierta fuerza, y a los que conocemos como hombres sentimentales, pero tranquilos.

En tercer lugar, a los muy excitables, cuyos sentimientos se inflaman con rapidez y fuerza como la pólvora, pero no son duraderos; por fin, en cuarto lugar, aquellos a los que tales cosas no ponen en movimiento y que no se agitan con rapidez, sino poco a poco, pero cuyos sentimientos alcanzan gran violencia y son mucho más duraderos. Éstas son las personas con pasiones enérgicas, profundas y ocultas.

Esa diferencia en la constitución del ánimo linda probablemente con el límite *de las fuerzas físicas* que se agitan en el organismo humano, y pertenece a esa naturaleza anfibia que llamamos sistema nervioso, que parece vuelta por una parte a la materia y por la otra al espíritu. A nosotros, con nuestra débil filosofía, no se nos ha perdido nada en ese campo oscuro. Pero es importante para nosotros demorarnos un instante en el efecto que esas diferentes naturalezas tienen en la actividad bélica, y en hasta qué punto cabe esperar de ellas una gran fortaleza de ánimo.

No es fácil hacer perder el equilibrio a las personas indolentes, pero naturalmente no se puede llamar a eso fortaleza de ánimo,

porque le falta toda manifestación de fuerza. Sin embargo, no cabe ignorar que tales personas tienen cierta capacidad unilateral en la guerra, debido a su constante equilibrio. A menudo les falta el motivo positivo para la acción, el impulso, y como consecuencia de ello la actividad, pero no es fácil que echen a perder algo.

La peculiaridad de la segunda clase es que se ve fácilmente excitada a actuar por pequeños objetos, pero la asfixian con facilidad los grandes. Las personas de este tipo muestran una viva actividad a la hora de ayudar a un solo infeliz, pero la desgracia de todo un pueblo tan sólo las entristece, no las mueve a la acción.

En la guerra, a tales hombres no les faltará ni actividad ni equilibrio, pero no llevarán a cabo algo grande, a no ser que en un *entendimiento muy fuerte* se dieran los motivos para ello. Sin embargo, es raro que entre tales ánimos se dé un entendimiento muy fuerte e independiente.

Los ánimos burbujeantes e inflamables no son en sí mismos muy adecuados para la vida práctica y por tanto tampoco para la guerra. Sin duda tienen el mérito de tener fuertes impulsos, pero no se sostienen. Sin embargo, si se controla en esas personas la orientación de su ánimo y de su ambición, a menudo son muy útiles en la guerra en puestos bajos, por la sencilla razón de que el acto bélico que un general ordena a escalones inferiores es de mucho menor duración. Para esto basta a menudo con una sola decisión valerosa, una concentración de las fuerzas del espíritu. Un osado ataque, un vigoroso hurra es obra de pocos minutos, una audaz batalla es obra de un día entero y una campaña la obra de un año.

Dada la arrebatadora rapidez de sus sentimientos, a tales personas les resulta doblemente difícil afirmar el equilibrio del ánimo, y por eso pierden con frecuencia la cabeza, y esa es la peor de sus facetas en lo que se refiere a dirección de la guerra. Pero iría en contra de la experiencia afirmar que los ánimos muy excitables nunca *podrían ser* fuertes, es decir, en equilibrio incluso en medio de sus más fuertes pasiones. ¡Por qué no iba a estar presente en ellos el sentimiento de la propia dignidad, al que escuchan por regla general las naturalezas más nobles! Este sentimiento raras veces les falta, pero no tiene tiempo de ser eficaz. La mayoría de las veces, después están penetrados de vergüenza. Cuando la educación, la observación y la experiencia de la vida les han enseñado antes o después los medios para precaverse de sí mismos, para ser conscientes a tiempo

del contrapeso que hay en su propio pecho en momentos de viva agitación, también pueden ser capaces de una gran fortaleza de espíritu.

Finalmente, están las personas menos agitables, pero por eso presa de profundas emociones, que se comportan respecto a los anteriores como el ascua respecto a la llama, y son los más adecuados para sacudirse con su fuerza titánica las masas inmensas bajo las que podemos imaginar gráficamente las dificultades de la acción bélica. El efecto de sus sentimientos es como el movimiento de grandes masas, que, aunque más lento, es más abrumador.

Aunque tales personas no se ven tan asaltadas y arrastradas por sus sentimientos, para su propia vergüenza, como las anteriores, iría en contra de la experiencia creer que no pueden perder el equilibrio y verse sometidos a la ciega pasión; más bien les ocurrirá siempre que les falte el noble orgullo de la autocontención o en cuanto no sea lo bastante fuerte. Vemos esta experiencia del modo más frecuente entre los grandes hombres de los pueblos incultos, donde la escasa formación del intelecto favorece siempre un predominio de la pasión. Pero también entre los pueblos civilizados y en sus estamentos más cultos la vida está llena de manifestaciones tales que los hombres se ven arrastrados por violentas pasiones, igual que en la Edad Media los furtivos enganchados a ciervos a través del bosque.

Lo diremos una vez más: un ánimo fuerte no es aquel que es capaz meramente de fuertes pasiones, sino aquel que mantiene su equilibrio en medio de ellas, de forma que a pesar de las tempestades en su pecho su comprensión y convicción siguen siendo capaces del juego más sutil, lo mismo que la brújula en el barco agitado por la tempestad.

Con el nombre de fuerza de carácter, o incluso de carácter, se designa el firme atenerse a una convicción, que puede ser resultado de opinión propia o ajena, y a la que pueden pertenecer principios, opiniones, inspiraciones momentáneas o cualesquiera otros resultados del entendimiento. Pero esa *firmeza* no puede, por supuesto, ponerse de manifiesto cuando las opiniones mismas están sometidas a frecuente cambio. Ese cambio frecuente no tiene por qué ser consecuencia de influencia ajena, sino que puede desprenderse de la propia y constante actividad del entendimiento, pero indica desde luego una singular inseguridad del mismo. Está claro que no se puede decir de una persona que modifica su opinión a cada instante,

por mucho que pueda emanar de ella misma, que *tiene carácter*. Así pues, sólo se designa por tal cualidad a personas cuya convicción es *muy constante*, ya sea porque esté profundamente fundada y clara, sea en sí misma poco adecuada para un cambio, o porque, como ocurre en las personas indolentes, falte actividad del entendimiento y por tanto motivo para el cambio, o, en fin, porque un acto expreso de la voluntad, surgido de un principio constitutivo del entendimiento, rechace hasta cierto grado el cambio de las opiniones.

Ahora bien, en la guerra, en las numerosas y fuertes impresiones que el ánimo recibe, y en la inseguridad de todo conocimiento y toda comprensión, hay más motivos para apartar al hombre del camino emprendido, para confundirle y confundir a otros, que en cualquier otra actividad humana.

La desgarradora visión de los peligros y padecimientos permite fácilmente ganar al sentimiento la primacía sobre la convicción del entendimiento, y a la luz crepuscular de todas esas manifestaciones es tan difícil obtener una visión profunda y clara que el cambio de la misma se hace más comprensible y disculpable. Hay que actuar siempre conforme a una intuición y percepción de la realidad. Por eso, en ningún sitio es tan grande la diferencia de opinión como en la guerra y la corriente de impresiones que van contra la propia convicción nunca cesa. Ni la mayor flema del entendimiento puede proteger contra esto porque las impresiones son demasiado fuertes y vivaces y siempre dirigidas al mismo tiempo contra el ánimo.

Sólo los principios y opiniones generales que derivan la acción de un punto de partida *superior* pueden ser fruto de una comprensión clara y profunda, y a ellos puede anclarse en cierto modo la opinión sobre el presente caso individual. Pero la dificultad estriba en atenerse a los resultados de una anterior reflexión en contra de la corriente de opiniones y manifestaciones que el presente trae consigo. Entre el caso individual y el principio suele haber un amplio espacio, que no siempre se puede recorrer siguiendo una cadena visible de conclusiones, y en el que es necesaria cierta fe en uno mismo y un cierto escepticismo hace mucho bien. A menudo aquí no sirve otra cosa que un principio constitutivo que, situado fuera del pensamiento mismo, lo domina; es el principio de, en todos los casos dudosos, *perseverar en la primera opinión y no ceder hasta que una clara convicción obligue a ello*. Hay que ser fuerte en la fe en los principios bien probados con la mejor verdad y *durante la*

vivacidad de las manifestaciones momentáneas, no olvidar que su verdad es de un cuño inferior. Por medio de esta preferencia que damos en casos dudosos a nuestra primera convicción, por medio de esa persistencia en la misma, gana la acción aquella constancia y consecuencia a la que se da el nombre de carácter.

Es fácil ver cuánto promueve el equilibrio del ánimo la fortaleza de carácter, y por eso también los hombres de gran fortaleza de espíritu suelen tener mucho carácter.

La fortaleza de carácter nos lleva a una variedad anormal de la misma, la *testarudez.*

A menudo, es muy difícil decir en un caso concreto dónde termina la una y empieza la otra; en cambio, no parece difícil establecer la diferencia conceptual.

La testarudez *no es un defecto del entendimiento*, designamos con ella la oposición contra todo criterio, y esto no puede situarse sin contradicción en el entendimiento como patrimonio de la comprensión. La testarudez es *un defecto del ánimo.* La inflexibilidad de la voluntad, esa irritabilidad contra la objeción ajena, sólo tienen su razón en una forma especial de *egoísmo* que sitúa por encima de todo lo demás *el placer de imperar sobre sí mismo y sobre otros tan sólo con la propia actividad intelectual.* Lo llamaríamos una forma de vanidad si no fuera en todo caso algo mejor; a la vanidad le basta con la apariencia, pero la testarudez se basa en el placer por la cosa.

Decimos pues que la fortaleza de carácter se convierte en testarudez cuando la oposición a la opinión ajena no surge de una mejor convicción, ni de la confianza en un principio superior, sino de un *sentimiento de contradicción*. Si esta definición nos sirve de poco en la práctica, como ya hemos confesado, sí que impedirá considerar la testarudez una *mera exacerbación* de la fortaleza de carácter, cuando es algo esencialmente distinto de ella; sin duda va en paralelo a ella y limita con ella, pero a tal punto no es su exacerbación, que incluso hay personas muy testarudas que, por falta de entendimiento, tienen poco carácter.

Después de haber aprendido en estos virtuosismos de un destacado general en tiempo de guerra aquellas cualidades en las que el ánimo y el entendimiento actúan juntos, pasamos ahora a una peculiaridad de la actividad bélica que quizá pueda ser considerada como la más fuerte, aunque no es la más importante, y que, sin

relación con las fuerzas del ánimo, reclama meramente la capacidad intelectual. Es la relación que la guerra mantiene con la región y el suelo.

Esta relación es en primer lugar *incesante*, de manera que no podemos imaginar un acto bélico de nuestros ejércitos más que ocurriendo en un determinado espacio; en segundo lugar, es de una *importancia decisiva,* porque modifica los efectos de todas las fuerzas, a veces los cambia totalmente; en tercer lugar, conduce por una parte a *los más pequeños rasgos de localismo,* mientras por otra *abarca los espacios más amplios*.

Es de este modo como la relación que la guerra mantiene con la región y el suelo da a su actividad un alto grado de singularidad. Si pensamos en las otras actividades humanas que tienen relación con ese objeto, en la jardinería, la agricultura, la construcción de casas y acueductos, la minería, la caza y la explotación forestal, todas están limitadas a espacios muy moderados, que pronto pueden explorar con la suficiente precisión. Pero el jefe de guerra tiene que entregar la obra de su actividad a un espacio que participa en ella, que sus ojos no pueden abarcar, que el más vivo celo no siempre puede explorar, y con el que, dado su constante cambio, raras veces traba verdadero conocimiento. Sin duda el adversario está en general en el mismo caso; pero, en primer lugar, la dificultad común no deja de ser una dificultad, y quien por su talento y práctica la supere tendrá de su parte una gran ventaja; en segundo lugar, esta igualdad de dificultad sólo tiene lugar en general, pero en absoluto en el caso concreto, donde normalmente uno de los dos combatientes (el defensor) conoce el lugar mucho más que el otro.

Esta dificultad altamente peculiar tiene que vencerla una singular disposición del ánimo que se llama, con una expresión demasiado limitada, *sentido del espacio*. Es la capacidad de *hacerse con rapidez una idea geométricamente correcta del terreno*, y como consecuencia de ello de orientarse con facilidad en él en todo momento. Está claro que esto es un acto de la imaginación. Sin duda este registro se lleva a cabo en parte a través del ojo físico, en parte a través del entendimiento, que complementa lo que falta con sus opiniones extraídas de los datos y de la experiencia y hace un todo a partir de los fragmentos de la visión física; pero que ese todo se aparezca vivo ante la mente, que se convierta en una imagen, un mapa interior, *sólo puede lograrlo la fuerza espiritual a la que*

llamamos imaginación. Si un poeta genial o un pintor se siente ofendido porque nos atrevamos a asignar a su diosa tal efecto, si se encoge de hombros con desdén ante la idea de que un ingenioso cazador haya de tener por eso una destacada imaginación, concedemos gustosos que sólo estamos hablando de una aplicación muy limitada, de un verdadero trabajo esclavo de la misma. Pero por poco que sea, tiene que proceder de esa fuerza de la Naturaleza, porque si falta por completo será difícil imaginar las cosas hasta verlas con claridad en su contexto de formas. Concedemos gustosos que una buena memoria ayuda mucho en esto; pero si hay que aceptar que la memoria es una fuerza espiritual propia o si más bien se debe a la capacidad de la imaginación el que la memoria pueda fijarse mejor en estas cosas, tenemos que considerarlo tanto menos claro cuanto que en general en algunos contextos parece difícil imaginar separadas estas dos fuerzas del espíritu.

No cabe negar que la práctica y la inteligencia hacen mucho. Puységur, el famoso general de Estado Mayor del famoso Luxemburgo, dice que en principio confiaba poco en esto, porque había observado que cada vez que quería ir más lejos erraba el camino.

Es natural que también las aplicaciones de este talento se amplíen cuanto más alto se sube. Si el húsar y el cazador tienen que orientarse fácilmente a la hora de guiar una patrulla, y si para eso hacen falta pocos signos de una limitada capacidad de comprensión y representación, el general tiene que elevarse hasta los objetos geográficos generales de una provincia y de un país, tener siempre vivamente presente el curso de las carreteras, ríos y montañas, sin por eso poder prescindir del sentido del espacio limitado. Sin duda para los objetos generales le son de gran ayuda las noticias de todo tipo, mapas, libros, memorias, y para los detalles la asistencia de su entorno, pero aún así es seguro que un gran talento en la rápida y clara comprensión del objeto confiere a toda su actuación un paso más ligero y más firme, le protege de cierto desvalimiento interior y le hace menos dependiente de otros.

Si esta capacidad es atribuible a la imaginación, ese es también casi el único servicio que esta alegre diosa presta a la actividad bélica, para la que por lo demás es más funesta que útil...

Creemos con esto haber tenido en consideración aquellas manifestaciones de las fuerzas intelectuales y del espíritu que la

actividad bélica exige a la naturaleza humana. Por doquier aparece el entendimiento como fuerza esencial, y así es comprensible que la acción bélica, tan sencilla y poco compleja en sus manifestaciones, no pueda ser llevada a cabo de forma destacada por gentes que no dispongan de un excelente entendimiento.

Una vez obtenida esta conclusión, ya no se necesita considerar el envolver una posición enemiga —una cosa en sí misma tan natural y mil veces presente—, y otras cien cosas por el estilo, obra de un gran esfuerzo intelectual.

Desde luego, estamos acostumbrados a imaginar al simple y capaz soldado en contraposición a las cabezas meditativas o ingeniosas y llenas de ideas, revestidas del adorno de los espíritus brillantes; esa contraposición no carece en modo alguno de realidad, pero sólo demuestra que la eficacia del soldado reside meramente en su valor, y que no hace falta cierta actividad y capacidad de la cabeza para ser tan sólo lo que se llama un buen cuchillo. Tendremos que volver una y otra vez sobre el hecho de que nada hay más usual que el ejemplo de hombres que pierden su actividad en cuanto alcanzan puestos superiores a cuya altura ya no se encuentran; pero también tendremos que recordar una y otra vez que hablamos de logros excelentes, de aquellos que dan fama en la actividad a la que pertenecen. De ahí que cada escalón de mando en la guerra tenga su propio estrato de fuerzas intelectuales exigibles, de fama y honores.

Hay un abismo muy grande entre un jefe, es decir, un general a la cabeza o de una guerra entera o de un escenario bélico, y el siguiente escalón de mando por debajo de él, por la sencilla razón de que éste está sometido a una dirección e inspección mucho más cercana, y en consecuencia su propia actividad alcanza a un círculo mucho más pequeño. Esto ha motivado que la opinión habitual sólo vea una destacada actividad intelectual en ese puesto supremo, y crea que hasta ahí basta con el entendimiento habitual; incluso no se desdeña ver cierto embotamiento en un subordinado envejecido al servicio de las armas, al que su monocorde actividad ha llevado a una indiscutible pobreza de espíritu, y a sonreír ante su simplicidad, por mucho que se honre su valor. No es nuestra intención pelear aquí por un mejor destino para estas bravas gentes; esto no contribuiría en nada a su eficacia y poco a su suerte; lo único que queremos es mostrar las cosas como son, y advertir del error de que en la guerra un mero valiente sin cerebro puede conseguir cosas espléndidas.

Si exigimos destacadas fuerzas intelectuales para el que ha de ser distinguido ya con los más bajos escalones de mando y las incrementamos a cada peldaño, se desprende por sí solo que tenemos una visión completamente distinta de las gentes que ostentan *con fama* los segundos puestos en un ejército, y su aparente simplicidad al lado del hombre de múltiples conocimientos, del dirigente empresarial, del hombre de Estado, no debe inducirnos a error sobre la destacada naturaleza de su entendimiento activo. Desde luego que a veces ocurre que hombres que han adquirido fama en puestos inferiores la lleven consigo a los superiores sin merecerla realmente en ellos; si no son muy empleados en ellos, si no se ven en peligro de quedar al descubierto, el juicio no distingue con demasiada exactitud qué clase de fama les corresponde, así que tales hombres contribuyen a menudo a tener un concepto bajo de la personalidad que aún puede brillar en ciertos puestos.

Así pues, desde abajo, los logros destacados en la guerra requieren un genio singular. Pero la Historia y el juicio de la posteridad sólo suele dar el nombre del genio propiamente dicho a aquellos espíritus que han brillado en los primeros puestos, es decir, en los puestos dirigentes. La causa es que aquí en todo caso se incrementan mucho de repente[8] las exigencias de entendimiento y espíritu.

Para conducir una guerra entera o sus actos más grandes, que llamamos campañas, a un fin brillante, hace falta una gran comprensión de las circunstancias superiores del Estado. Coinciden aquí la dirección de la guerra y la política, y el general se convierte al tiempo en estadista.

No se da a Carlos XII el nombre de gran genio porque no supo someter la eficacia de sus armas a un superior criterio y sabiduría, porque no pudo alcanzar así una meta brillante; no se le da a Enrique IV por no haber vivido lo bastante para afectar con su actividad bélica las circunstancias de varios estados y probar suerte en esa región superior en la que un noble sentimiento y espíritu caballeresco no pueden tanto sobre el adversario como la victoria sobre un espíritu interior.[9]

Para hacer sentir lo que queremos abarcar y alcanzar aquí de un solo vistazo, remitimos a nuestro capítulo primero. Decimos: el general se convierte en estadista, pero no puede dejar de ser lo primero; abarca con su mirada por un lado las circunstancias del

Estado, por otro es consciente con exactitud de qué puede hacer con los medios que tiene en sus manos.

Como la multiplicidad y el límite impreciso de todas estas circunstancias implican gran cantidad de magnitudes, como la mayoría de esas magnitudes sólo pueden ser estimadas conforme a leyes de probabilidad, si el que actúa no hiciera todo esto con la mirada de un espíritu que intuye la verdad en todas partes se produciría una maraña de consideraciones y reflexiones que ya no permitirían alcanzar un juicio. En este sentido Bonaparte dijo con toda razón que muchas decisiones de las que se presentan ante el general serían propias de un cálculo matemático que no sería indigno de las fuerzas de un *Newton* o un *Euler*.

Lo que aquí se reclama a las fuerzas superiores del espíritu es unidad y juicio, ascendidas hasta una fantástica visión que en su vuelo afecta y supera mil ideas en penumbra que un entendimiento habitual sólo saca a la luz con mucho esfuerzo, y que le agotarían. Pero esa actividad superior del espíritu, esa mirada del genio no se convertiría en manifestación histórica si no le apoyaran las cualidades del carácter y el ánimo de las que hemos tratado.

El mero motivo de la verdad es extremadamente débil en los seres humanos, y por eso hay siempre una gran diferencia entre entender y querer, entre saber y poder. El motivo más fuerte para la acción lo obtiene siempre el ser humano de los sentimientos, y su más fuerte apoyo lo recibe, si se nos permite la expresión, de aquella aleación de ánimo y entendimiento que hemos conocido en la decisión, firmeza, constancia y fortaleza de carácter.

Si, por lo demás, esa elevada actividad del espíritu y el ánimo del general no se manifestara en el éxito total de su actuación y sólo se aceptara de buena fe, raras veces se convertiría en manifestación histórica.

Lo que sabemos de la marcha de los acontecimientos bélicos es normalmente muy sencillo, se parece mucho entre sí, y nadie que se atenga a la mera narración ve las dificultades que fueron superadas. Sólo de vez en cuando, en las memorias de los generales o sus hombres de confianza, o con ocasión de una especial investigación histórica que se ha ensañado con un acontecimiento, sale a la luz del día una parte de los muchos hilos que forman el tejido. La mayoría de las consideraciones y luchas interiores que preceden a una acción significativa se ocultan de forma intencionada porque afectan a

intereses políticos, o caen casualmente en el olvido porque se consideran meros andamiajes que hay que retirar una vez concluida la obra.

Si queremos por fin, sin arriesgar una determinación más precisa de las fuerzas superiores del espíritu, hacer una distinción en el entendimiento mismo conforme a las concepciones habituales que se han grabado en el lenguaje, y nos preguntamos qué clase de entendimiento se acerca más al genio bélico, tanto la visión del objeto como la experiencia nos dirán que son más las cabezas analíticas que las creadoras, más las integradoras que las que persiguen un objeto unilateral, más las frías que las calientes, aquellas a las que en la guerra podemos confiar la salvación de nuestros hermanos e hijos, el honor y la seguridad de nuestra patria.

CAPÍTULO CUARTO

DEL PELIGRO EN LA GUERRA

Normalmente, antes de conocerlo, uno se hace una idea de él que es más atractiva que intimidatoria. Lanzarse contra el enemigo a paso de carga, en medio de la embriaguez del entusiasmo —quién cuenta las balas y los caídos—, cerrar los ojos por unos instantes, lanzarse hacia la fría muerte, sin saber si nosotros u otros escaparemos de ella... y todo ello cerca de la dorada meta de la victoria... cerca del fruto deleitoso del que la ambición está sediento... ¿puede ser difícil? No será difícil, y aún menos lo parecerá. Pero de tales momentos, que aún así no son obra de un instante, como se imagina, sino que, como las mezclas medicinales, han de ser diluidos con tiempo y probados cuando amargan... de tales momentos, decimos, hay pocos.

Acompañemos al neófito al campo de batalla. Cuando nos acercamos a él, el trueno cada vez más claro del cañón se mezcla al fin con el silbido de las balas, que atrae la atención del inexperto. Las balas empiezan a golpear cerca, delante y detrás de nosotros. Corremos a la colina en la que se encuentra el general en jefe con su numeroso séquito. Aquí el cercano impacto de los cañones, el reventar de las granadas es ya tan frecuente que la seriedad de la vida se abre paso por entre la imagen de la imaginación juvenil. De pronto un conocido se derrumba —una granada golpea en el montón y produce unos cuantos movimientos involuntarios—, se empieza a sentir que ya no se está completamente tranquilo y concentrado; hasta el más valeroso se siente por lo menos algo disperso. Ahora, un paso hacia la batalla que ruge delante de nosotros, casi aún como un espectáculo, hasta el próximo general de división; aquí la bala sigue a la bala, y el ruido de la fusilería propia aumenta la dispersión. Del general de división al de brigada —este, de reconocida bravura, se mantiene cauteloso detrás de una colina, una casa o unos árboles, un seguro exponente de que el peligro aumenta—, los cartuchos zumban por los tejados y campos, las balas de cañón sisean en todas

direcciones a nuestro lado y por encima de nosotros, y ya empieza un frecuente silbido de balas de fusil; un paso más hacia las tropas, hacia la infantería, que sostiene el tiroteo durante horas con indescriptible firmeza; aquí el aire está lleno de balas siseantes, que pronto anuncian su proximidad con el sonido corto y agudo con el que pasan a una pulgada de la oreja, la cabeza y el alma. Para colmo, la compasión al ver a los mutilados y caídos golpea nuestro corazón.

Un neófito no se acercará a ninguno de esos distintos estratos de proximidad al peligro sin sentir que la luz de los pensamientos se mueve aquí a través de otros medios y se refracta en otros rayos que en la actividad especulativa; haría falta ser un hombre muy extraordinario para no perder la capacidad de decidir al instante ante estas primeras impresiones. Es cierto que la costumbre amortigua muy pronto estas impresiones; después de media hora empezamos a volvernos indiferentes ante todo lo que nos rodea, unos más, otros menos; pero un hombre normal nunca alcanza la total apatía y la elasticidad natural del espíritu... así que habrá que reconocer que lo habitual no basta aquí, cosa tanto más cierta cuanto mayor sea el círculo de actuación que haya que atender. Bravura entusiasta, estoica, innata, imperativa ambición o largo conocimiento con el peligro, tiene que haber mucho de todo esto si no queremos que toda eficacia en este medio dificultoso quede por debajo de la medida que en nuestra habitación puede parecer habitual.

El peligro en la guerra forma parte de la fricción de la misma, una cierta idea de él es necesaria para la verdad del conocimiento, y por eso hemos hecho mención de él aquí.

CAPÍTULO QUINTO

DEL ESFUERZO FÍSICO EN LA GUERRA

Si nadie pudiera formarse un juicio de los acontecimientos bélicos más que en el momento en que está rígido de frío o languideciente de sed y calor, aplastado por las carencias y el cansancio, tendríamos pocos juicios objetivos, pero por lo menos serían subjetivos, es decir, contendrían en sí con exactitud la relación entre los que juzgan y sus circunstancias. Esto se aprecia ya al ver lo devaluatorio, blando y mezquino que es el juicio que de los resultados de los peores casos hacen aquellos que fueron testigos oculares de los mismos, especialmente mientras se encuentran en mitad de ellos. Ésta es, en nuestra opinión, una medida de la influencia que ejerce el esfuerzo físico y de la cautela que merece el juicio resultante.

Entre las muchas cosas en la guerra por cuyo uso ninguna tasa policial puede establecer medida se halla principalmente el esfuerzo físico. Suponiendo que no se derroche, es un coeficiente de todas las fuerzas, y nadie puede decir con exactitud hasta dónde se puede impulsar. Pero lo curioso es que, así como sólo un fuerte brazo del arquero puede tensar con más fuerza el arco, así también sólo de un fuerte espíritu cabe esperar que en la guerra tense más las fuerzas de su ejército. Porque no es lo mismo que a causa de grandes desgracias un ejército, rodeado de peligros, se derrumbe en ruinas como un muro y sólo pueda hallar su salvación en el supremo esfuerzo de sus energías físicas, que el que un ejército victorioso, arrastrado tan sólo por orgullosas sensaciones, sea guiado libremente por su general. Ese mismo esfuerzo, que en el primer caso podría suscitar como mucho compasión, tendría que inspirarnos admiración en el segundo, por ser mucho más difícil de mantener.

Por tanto, para el ojo despierto sale a la luz uno de los objetos que encadenan por así decirlo en la oscuridad los movimientos del alma y consumen en secreto las energías del espíritu.

Aunque en realidad sólo hablamos aquí del esfuerzo que el general exige al ejército, el jefe a sus subordinados, es decir, del valor de exigirlo, del arte de mantenerlo, no se puede pasar por alto el esfuerzo físico del jefe y el general mismo; después de haber llevado honestamente hasta este punto el análisis de la guerra, tenemos que tomar en consideración también el peso de estas restantes escorias.

Hablamos aquí principalmente del esfuerzo físico porque, como el peligro, se halla entre las causas de fricción más distinguidas[10], y porque su medida indeterminada la hace similar a los cuerpos elásticos de la Naturaleza, cuya fricción, como es sabido, resulta difícil calcular.

La naturaleza de nuestro juicio ha dado a un dirigente, en nuestra forma de sentir, el que no se haga abuso alguno de estas consideraciones, de este medir las condiciones que agravan la guerra. Así como un individuo no puede invocar con ventaja su personal imperfección cuando se le insulta y maltrata, pero sí cuando rechaza felizmente el insulto o se venga de forma brillante, así ningún general y ningún ejército mejorarán la impresión de una vergonzosa derrota alegando el mismo peligro, angustia y necesidad que aumentarían hasta el infinito el brillo de una victoria. De este modo la aparente equidad a la que nuestro juicio se inclinaría nos la prohíbe *nuestro sentimiento*, que no obstante sólo es un juicio superior.

CAPÍTULO SEXTO

LA INFORMACIÓN EN LA GUERRA

Designamos con la palabra información todo el conocimiento que se tiene del enemigo y su país, es decir, el fundamento de todas las ideas y acciones propias. Considérese la naturaleza de ese fundamento, su falta de fiabilidad y mutabilidad, y pronto se tendrá la sensación de lo peligroso que es el edificio de la guerra, de lo fácil que puede derrumbarse y enterrarnos bajo sus ruinas. Porque sin duda en todos los libros se dice que sólo se debe confiar en la información segura, que nunca hay que abandonar la desconfianza, pero es un triste consuelo libresco y forma parte de esa sabiduría en la que se refugian, a falta de cosa mejor, los escritores de sistemas y compendios.

Una gran parte de la información que se recibe en la guerra es contradictoria, una parte aún mayor es falsa y con mucho la mayor está sometida a bastante incertidumbre. Lo que se puede exigir del oficial en este punto es un cierto discernimiento, que sólo el conocimiento de los hombres y las cosas y el juicio pueden dar. La ley de probabilidades tendrá que guiarle. Esta dificultad no es insignificante en los primeros diseños que se hacen a puerta cerrada y todavía fuera de la esfera de la guerra propiamente dicha, pero es infinitamente mayor allá donde en el tumulto de la guerra misma una noticia desplaza a la otra; hay suerte cuando, contradiciéndose entre sí, engendran cierto equilibrio y promueven la crítica. Mucho peor para el oficial no probado cuando el azar no le haga ese servicio, sino que una noticia apoye la otra, la confirme, la incremente, pinte la imagen con nuevos colores, hasta que la necesidad nos fuerce con urgencia a la decisión, que pronto se revela necia, igual que todas esas informaciones se revelan mentiras, exageraciones, errores, etc. En pocas palabras: la mayoría de las informaciones son erróneas, y el temor de la gente se convierte en nueva fuente de mentira y falta de veracidad. Por regla general, todo el mundo se inclina a creer en lo

malo antes que en lo bueno; todo el mundo se inclina a agrandar un poco lo malo, y los peligros que de esta forma se informan, aunque se desplomen como las olas del mar, regresan una y otra vez sin motivo aparente. Firme en la confianza en su mejor saber interior, el jefe tiene que ser como la roca contra la que la ola se estrella. Su papel no es fácil: para quien no esté dotado por la Naturaleza con una sangre ligera o no esté probado y fortalecido en su juicio por la experiencia bélica, puede ser una regla inclinarse violentamente, es decir, contra el interior nivel de su propia convicción, desde el lado de los temores al de las esperanzas; sólo así podrá mantener el verdadero equilibrio. *Ver correctamente* esa dificultad, que representa una de las mayores fricciones en caso de guerra, hace que las cosas se presenten completamente distintas a como se han pensado. La impresión de los sentidos es más fuerte que las ideas del cálculo reflexivo, y esto llega tan lejos que probablemente nunca se ha llevado a cabo una empresa en alguna medida importante sin que el que da las órdenes no haya tenido que vencer en los primeros momentos de su ejecución nuevas dudas dentro de sí mismo. Por eso las personas normales, que siguen las inspiraciones ajenas, se quedan indecisas en el sitio; creen haber hallado las circunstancias distintas a como las esperaban, y ello tanto más cuanto que vuelven a entregarse una vez más a inspiraciones ajenas. Pero incluso aquel que las diseñó y ahora las ve con sus propios ojos se equivoca fácilmente respecto a su opinión anterior. La confianza en sí mismo tiene que ser su arma contra la aparente presión del momento; su anterior convicción tiene que acreditarse durante el desarrollo, cuando las bambalinas que el destino pone en los escenarios bélicos se retiran con sus toscas imágenes de peligro y el horizonte queda despejado. Ese es uno de los grandes abismos entre el *diseño* y la *ejecución*.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA FRICCIÓN EN LA GUERRA

Mientras no se conoce la guerra por uno mismo no se entiende dónde están las dificultades del asunto, de las que siempre se habla, y qué tienen que ver el genio y las extraordinarias energías intelectuales que se exigen al general. Todo parece tan sencillo, los conocimientos necesarios parecen tan planos, todas las combinaciones tan insignificantes, que comparada con ellas la más sencilla tarea de la matemática superior impone con una cierta dignidad científica. Pero cuando se ha visto la guerra todo se vuelve comprensible, y sin embargo es extremadamente difícil describir lo que produce ese cambio, denominar ese factor invisible y que actúa por doquier.

Todo en la guerra es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Esas dificultades se acumulan y producen una fricción que no se imagina del todo nadie que no haya visto la guerra. Imagínese un viajero que al final de su jornada de viaje, al atardecer, cree que habrá cubierto dos estaciones, de cuatro a cinco horas con caballos de posta; no es nada. Entonces llega a la penúltima estación, no encuentra caballos o los encuentra malos, luego viene una región montañosa, caminos arruinados, se hace noche cerrada, y se alegra de haber alcanzado la siguiente estación después de muchos trabajos y de encontrar allí un pobre alojamiento. Así en la guerra, debido a la influencia de innumerables pequeñas circunstancias que nunca pueden ser debidamente tomadas en consideración sobre el papel, toda expectativa se rebaja, y uno queda muy por detrás del objetivo. Una poderosa voluntad de hierro supera esa fricción, tritura los obstáculos, pero desde luego también la máquina. Llegaremos con frecuencia a ese resultado. Como un obelisco hacia el que conducen las calles principales de un lugar, en medio del arte de la guerra se alza imperativa la firme voluntad de un orgulloso espíritu.

La fricción es el único concepto que responde al bastante general que distingue la verdadera guerra de la que se hace sobre papel. La

maquinaria militar, el ejército y todo lo que implica, es en el fondo muy sencilla y parece por ello fácil de manejar. Pero hay que tener en cuenta que ninguna parte de él está hecha de una pieza, que todo está compuesto de individuos, de los que cada uno de ellos conserva su propia fricción en todas direcciones. En teoría suena muy bien: el jefe del batallón es responsable de la ejecución de la orden dada, y como el batallón está unido en un bloque por la disciplina, y su jefe tiene que ser un hombre de reconocido celo, la viga gira en torno al perno de hierro con poca fricción. Pero no ocurre así en la realidad, y todo lo que la idea tiene de exagerado e incierto se demuestra *in situ* en la guerra. El batallón sigue estando compuesto por un número de hombres de los que, si el azar lo quiere, el más insignificante está en condiciones de provocar una detención o cualquier otra irregularidad. Los peligros que la guerra lleva consigo, los esfuerzos físicos que requiere, incrementan tanto el mal que tienen que ser considerados las causas más notables del mismo.

Esta terrible fricción, que no se puede concentrar, como en la mecánica, en unos pocos puntos, está por eso mismo en contacto por doquier con el azar y provoca manifestaciones que no se pueden calcular, precisamente porque corresponden en gran parte al azar. Un azar así es por ejemplo el clima. Aquí la niebla impide que el enemigo sea descubierto a su debido tiempo, que un cañón dispare en el momento oportuno, que una orden llegue al oficial al mando; allá la lluvia, que un batallón llegue, que otro aparezca en el momento exacto, porque en vez de tres horas ha tenido que marchar durante ocho, que la caballería pueda golpear con eficacia porque se queda clavada en un suelo blando, etc.

Estos pocos detalles son sólo para aportar claridad, y para que el autor y el lector no divaguen, porque de tales dificultades se podrían escribir volúmenes enteros. Para evitar esto y, no obstante, producir un concepto claro de las pequeñas dificultades del ejército con las que se lucha en la guerra, podríamos agotarnos en las imágenes, si no temiéramos cansar. Sin embargo, nos permitirán un par de ellas incluso aquellos que nos han entendido hace mucho.

La acción en la guerra es un movimiento en un medio dificultoso. Lo mismo que en el agua no se está en condiciones de hacer el movimiento más sencillo y más natural, de caminar simplemente con ligereza y precisión, tampoco en la guerra es posible mantener con las fuerzas usuales ni siquiera la línea de lo

mediano. De ahí que el auténtico teórico parezca como el maestro de natación, que hace practicar en seco los movimientos que son necesarios para el agua, resultando grotescos y exagerados para aquellos que no piensan en el agua; de ahí también que los teóricos que jamás se han sumergido o no saben abstraer generalidades de sus experiencias sean poco prácticos y hasta insípidos, porque sólo enseñan lo que todo el mundo sabe: a andar.

Además, toda guerra es rica en manifestaciones individuales, con lo que cada una es un mar sin explorar, lleno de escollos que el espíritu del general puede intuir, pero su ojo nunca ha visto, y que debe sortear en medio de la oscura noche. Si se levanta un viento desfavorable, es decir, si cualquier gran azar se declara en su contra, el arte supremo es la presencia de espíritu, y se necesita esfuerzo allá donde desde lejos todo parece funcionar por sí solo. El conocimiento de esa fricción es una parte principal de la tan a menudo ensalzada experiencia de la guerra que se exige a un buen general. Desde luego el mejor no es el que tiene la mejor idea de ella, el que más la impone (esto produce esa clase de generales temerosos que tan frecuentes son entre los experimentados), sino que el general tiene que conocerla para superarla cuando sea posible, y para no esperar una precisión en sus efectos que, precisamente por esa fricción, no es posible. Por otra parte, nunca se conocerán del todo en teoría, y si se pudiera, seguiría faltando ese ejercicio del juicio que se llama tacto, y que en un campo lleno de objetos infinitamente pequeños y variados es más necesario que en los casos grandes y decisivos, donde se celebra consejo consigo mismo y con otros. Así como al hombre de mundo sólo el tacto de su juicio, convertido casi en costumbre, le hace hablar, actuar y moverse siempre de forma adecuada, así sólo el oficial experimentado decidirá y determinará siempre de forma adecuada en los aconteceres grandes y pequeños, casi se podría decir que en cada latido de la guerra. Mediante esa experiencia y práctica, la idea acude a él por sí misma: lo uno sirve, lo otro no. Así que no caerá fácilmente en la trampa de descubrir su punto débil, lo que en la guerra, si ocurre a menudo, conmueve los cimientos de la confianza y es extremadamente peligroso.

La fricción, o lo que aquí llamamos así, es pues la que hace difícil lo que en apariencia es fácil. En lo sucesivo volveremos a menudo sobre este objeto, y también entonces se pondrá de manifiesto que

aparte de experiencia y una voluntad fuerte hacen falta algunas otras raras cualidades del espíritu para llegar a ser un general destacado.

CAPÍTULO OCTAVO

OBSERVACIONES FINALES AL PRIMER LIBRO

Con el peligro, los esfuerzos físicos, la información y la fricción, hemos mencionado aquellos objetos que se reúnen como elementos de la atmósfera de la guerra y la convierten en un medio dificultoso para toda actividad. Así que se pueden reunir, en sus efectos obstructivos, bajo el concepto global de una fricción general. ¿No existe ningún lubricante para esa fricción? Sólo uno, y no está arbitrariamente a disposición del general y del ejército: es la costumbre de la guerra de ese ejército.

La costumbre fortalece el cuerpo en los grandes esfuerzos, el alma en los grandes peligros, el juicio contra la primera impresión. Por doquier se obtiene mediante ella una valiosa circunspección, que va desde los húsares y cazadores hasta el general de división y facilita la acción al general en jefe.

Igual que el ojo humano dilata sus pupilas en una habitación oscura, absorbe la poca luz disponible, distingue poco a poco y a duras penas las cosas y finalmente sabe muy bien las cosas, así el soldado experto en la guerra, mientras al neófito sólo le sale al paso la noche más oscura.

Ningún general puede dar a su ejército costumbre de la guerra, y el sucedáneo que ofrecen los ejercicios en tiempo de paz es débil; débil en comparación con la verdadera experiencia de la guerra, pero no en comparación con un ejército en el que incluso esos ejercicios sólo se orientan a lograr habilidades mecánicas. Organizar los ejercicios en tiempo de paz de tal modo que en ellos aparezca una parte de aquellos objetos de fricción, que se practique el juicio, la circunspección, incluso la decisión de los distintos mandos, es de mucho mayor valor de lo que creen aquellos que no conocen el objeto por experiencia. Es infinitamente importante que el soldado, sea alto o bajo el escalón en el que se encuentre, no vea por vez primera en la guerra aquellas manifestaciones que la primera vez le sumen en el

asombro y la confusión; si las ha visto antes aunque sólo sea una vez, ya está medio familiarizado con ellas. Esto se refiere incluso a los esfuerzos físicos. Han de ser practicados, no tanto para que se acostumbre a ellos la naturaleza como el entendimiento. En la guerra, el nuevo soldado se inclina mucho a considerar los esfuerzos inusuales consecuencias de grandes faltas, errores y confusiones del mando, y a verse doblemente agobiado por ellos. Esto no ocurrirá si se le prepara en los ejercicios en tiempo de paz.

Otro medio, menos amplio, pero en extremo importante, de obtener costumbre de la guerra en la paz, es llamar a oficiales expertos de otros ejércitos. Raras veces hay paz en todos los lugares de Europa, y nunca se extingue la guerra en los otros continentes. Así que un Estado que lleva mucho tiempo en paz debería tratar siempre de procurarse oficiales de esos escenarios bélicos, pero naturalmente sólo aquellos que hayan servido bien, o enviar allí algunos de los suyos para que conozcan la guerra.

Por pequeño que pueda parecer el número de esos oficiales en relación con la masa de un ejército, su influencia es muy sensible. Sus experiencias, la orientación de su espíritu, la formación de su carácter, influyen sobre sus subordinados y compañeros, y además, aunque no pueda ponérseles al frente de un círculo de influencia, han de ser considerados hombres expertos en el terreno, a los que se puede preguntar en muchos casos concretos.

LIBRO SEGUNDO

SOBRE LA
TEORÍA
DE LA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

CLASIFICACIÓN DEL ARTE DE LA GUERRA

La guerra, en su verdadero sentido, es lucha; porque la lucha es el único principio activo de la múltiple actividad que se llama guerra en el sentido más amplio. Pero la lucha es una medición de las fuerzas intelectuales y físicas por medio de estas últimas. Que no puede excluirse a las intelectuales es evidente, porque el estado de la mente tiene la influencia más decisiva sobre las fuerzas físicas[11].

La necesidad de la lucha ha llevado tempranamente al hombre a inventos propios para proporcionarse ventaja en la misma; esto ha cambiado mucho el combate; pero sea cual sea su condición, su concepto no cambia por ello, y es él el que distingue a la guerra.

Los inventos han sido en primer término armas y equipos de los distintos combatientes. Éstos tienen que ser creados y ensayados antes de que comience la lucha; se organizan conforme a la naturaleza del combate, y reciben por tanto de él su ley; pero es evidente que la actividad que se ocupa de ello es distinta de la de la lucha misma; no es más que la preparación de la lucha, no su ejecución. Está claro que el armamento y el equipo no pertenecen esencialmente al concepto de lucha, porque la mera pelea también es lucha.

La lucha ha determinado la creación de armas y equipos, y éstos la modifican; hay pues una relación recíproca entre ellas.

Sin embargo, la lucha misma sigue siendo una actividad enteramente propia, y ello tanto más cuanto que se mueve en un elemento enteramente propio, el elemento del peligro.

Por tanto, si en algún sitio es necesaria una separación de actividades distintas es aquí; y para poder ver la importancia práctica de esta idea sólo tenemos que recordar ligeramente con cuánta frecuencia la personalidad[12] más capaz en un campo resulta de la más inútil pedantería en el otro.

Tampoco es en absoluto difícil separar a la hora de la consideración una actividad de la otra si se considera la fuerza armada y equipada como un medio *dado*, del que, para emplearlo oportunamente, no hace falta conocer más que sus resultados principales.

El arte de la guerra en sentido estricto será pues el arte de servirse de los medios dados en la lucha, y no podríamos denominarlo mejor que con el término *dirección de la guerra*. En cambio, al arte de la guerra en sentido amplio pertenecerán también todas las actividades debidas a ella[13], y por tanto toda la creación, es decir, reclutamiento, armamento, equipamiento e instrucción de las fuerzas.

Para el realismo de una teoría es sobremanera esencial separar estas dos actividades, porque es fácil advertir que, si todo arte de la guerra empieza con la creación de las fuerzas armadas y quiere emplearlas para la guerra tal como les ha indicado, sería aplicable sólo a los pocos casos en los que las fuerzas existentes correspondieran a ello con exactitud. En cambio, si se quiere tener una teoría que sea adecuada para la gran mayoría de los casos, y no sea del todo inútil en ninguno, tendrá que estar construida sobre la gran mayoría de las fuerzas combatientes habituales y los resultados más esenciales de éstas.

La dirección de la guerra es pues la ordenación y dirección de la lucha. Si esta lucha fuera un acto aislado, no habría motivo para una ulterior clasificación; pero la lucha consiste en un número más o menos grande de *actos individuales y completos en sí mismos*, que llamamos combates, como hemos mostrado en el capítulo primero del Libro Primero, y que constituyen nuevas unidades. De ahí surge la actividad, completamente distinta, de *ordenar en sí y dirigir* esos combates y *vincularlos* entre sí para los fines de la guerra. Lo uno es lo que se llama *táctica,* lo otro la *estrategia*.

La división en táctica y estrategia es ahora de uso casi general, y todo el mundo sabe con bastante precisión dónde situar un hecho concreto, sin ser claramente consciente del motivo de su clasificación. Pero aunque esas clasificaciones sean oscuramente seguidas por el uso, tienen que tener una razón profunda. Hemos buscado esa razón, y podemos decir que es precisamente el uso de la mayoría el que nos ha llevado a ella. En cambio, no hemos tomado las constataciones del concepto, arbitrarias y no derivadas de la

naturaleza de la cosa, que han intentado algunos escritores, precisamente porque no las consideramos presentes en la práctica.[14]

Así pues, conforme a nuestra clasificación la táctica es *la doctrina del uso de las fuerzas armadas en el combate,* la estrategia *la doctrina del uso de los combates para los fines de la guerra*.

Sólo podremos aclarar por completo cómo se determina con más precisión el concepto de combate aislado o autónomo, y a qué condiciones está vinculada esa unidad, cuando consideremos más en detalle el combate; ahora tenemos que conformarnos con decir que en relación con el espacio, es decir, entre combates simultáneos, la unidad alcanza hasta donde llega *la orden personal,* pero en relación al tiempo, es decir, entre combates que se suceden, la unidad alcanza hasta donde la crisis que cada combate supone ha pasado por entero.

El hecho de que puedan producirse casos dudosos, es decir, aquellos en los que varios combates podrían ser considerados en todo caso como uno solo, no basta como reproche a nuestro fundamento de clasificación, porque es algo común a todos los fundamentos de clasificación de las cosas reales, cuyas diferencias siempre vienen dadas por transiciones escalonadas. Así que puede haber en todo caso actos de actividad concretos que puedan incluirse tanto en la estrategia como en la táctica sin modificar el punto de vista, por ejemplo la ocupación de posiciones muy extensas, que se asemejan a la instalación de puestos, la disposición de algunos pasos sobre ríos, etc.

Nuestra clasificación afecta y se agota *únicamente en el uso de las fuerzas armadas*. Pero en la guerra hay multitud de actividades que le sirven pero son distintas a él, ora más emparentadas, ora más ajenas. Todas estas actividades se refieren *al mantenimiento de las fuerzas armadas*. Igual que la creación e instrucción preceden al uso, el mantenimiento lo acompaña y es una condición necesaria. Sin embargo, si lo consideramos con exactitud, todas las actividades que se refieren a él han de ser vistas siempre como preparativos para la lucha, sólo que por supuesto como aquellos muy próximos a la acción, de forma que están entreverados con el acto bélico y aparecen alternativamente al *uso*. Cabe pues el derecho a excluirlas, como las otras actividades preparatorias del arte de la guerra en sentido estricto, de la dirección de la guerra propiamente dicha, y uno se ve forzado a ello si quiere cumplir con la tarea principal de toda teoría, *la separación de lo distinto*. ¡Quién va a querer incluir toda la letanía

del mantenimiento y administración dentro de la *dirección de la guerra propiamente dicha,* cuando sin duda está en constante relación con el uso de las tropas, pero es algo esencialmente distinto a él!

En nuestro capítulo segundo del Libro Primero, hemos dicho que en tanto la lucha o el combate *se define* como la única actividad directamente efectiva, los hilos de todas las otras van a parar a él porque en él terminan. Con eso hemos querido expresar que a todas las demás se les fija la finalidad que tratan de alcanzar conforme a sus leyes propias. Aquí tenemos que extendernos más en detalle acerca de este objeto.

Los objetos de las actividades existentes al margen del combate son de muy distinta naturaleza.

Una parte de ellos sigue perteneciendo en un sentido a la lucha, es idéntica a la misma, mientras en otro sirve a la conservación de las fuerzas armadas. La otra parte pertenece meramente al mantenimiento y sólo por la interrelación con sus resultados tiene una influencia condicionante sobre la lucha.

Aquellos objetos que están en relación con la lucha misma son las *marchas, acampadas y acuartelamientos,* porque comprenden muchos estados distintos de las tropas, y allá donde se piensa en tropas tiene que estar presente siempre la idea del combate.

Los otros, que forman parte sólo de la conservación, son *el alimento, el cuidado de los enfermos, los repuestos de armas y los de equipos*.

Las marchas son completamente idénticas al uso de las tropas. La *marcha en combate,* normalmente llamada evolución, no es sin duda uso de las armas en sentido estricto, pero está tan íntima y necesariamente vinculada a él que es parte integrante de lo que llamamos combate. En cambio, la marcha al margen del combate no es más que la ejecución de la *disposición estratégica*. Por medio de ésta se dice *cuándo, dónde* y *con qué fuerzas* hay que librar un combate, y la marcha es el único medio para poner esto en ejecución.

La marcha al margen del combate es pues también un instrumento estratégico, pero no por eso es mero objeto de la estrategia, sino que, como la fuerza armada que la ejecuta constituye en todo momento objeto de un posible combate, también su ejecución está sometida a leyes tácticas y estratégicas. Si ordenamos a una columna marchar por este lado del río o brazo montañoso, es

una disposición estratégica, porque tiene la intención, si durante la marcha fuera necesario entablar un combate, de ofrecerlo al enemigo preferiblemente a este lado que al otro.

Pero si una columna, en vez de seguir la carretera por el valle, prosigue la marcha por las alturas que la acompañan o se divide en varias columnas pequeñas en aras de la comodidad, se trata de disposiciones tácticas, porque se refieren a *la forma en la que* queremos emplear nuestras fuerzas armadas en la batalla.

El orden interno de la marcha tiene una relación constante con la disponibilidad al combate, es pues de naturaleza táctica, porque no es otra cosa que la primera disposición provisional para el combate que podría ocurrir.

Como la marcha es el instrumento mediante el cual la estrategia distribuye sus principios activos, los combates, pero a menudo éstos se presentan sólo con su resultado y no con su desarrollo fáctico, no ha podido dejar de ocurrir que en la consideración se haya puesto a menudo el instrumento en lugar del principio activo. Así, se habla de marchas decisivas, de sabias marchas, y con ello se hace referencia a aquellas combinaciones de batallas a las que condujeron. Esa sustitución de ideas es muy natural, y la brevedad de la expresión es demasiado deseable como para reprimirla, pero siempre se trata tan sólo de una serie de ideas concatenadas en la que no se tiene que dejar de pensar lo que es debido si no se quiere ir a parar a caminos extraviados.

Uno de esos caminos extraviados es atribuir a las combinaciones estratégicas una fuerza independiente de los éxitos tácticos. Se combinan marchas y maniobras, se alcanza la finalidad, y no se habla de combate alguno, de donde se deduce que hay medios de superar al enemigo también sin combatir. En lo sucesivo podremos mostrar toda la inmensa magnitud de este error.

Pero aunque la marcha pueda ser contemplada enteramente como parte integrante de la lucha, también en ella hay ciertas circunstancias que no forman parte de esto, es decir, que no son ni tácticas ni estratégicas. Esto incluye todos los dispositivos que sirven exclusivamente a la comodidad de las tropas, como la construcción de puentes y caminos, etc. Estas son meras condiciones, en ciertas circunstancias pueden acercarse mucho al uso de las tropas y casi identificarse con él, como la construcción de un puente bajo la mirada del enemigo; pero en sí mismas siempre son actividades

ajenas, cuyas teorías no forman parte de la teoría de la dirección de la guerra.

Los campamentos, con lo que entendemos toda disposición concentrada, es decir, lista para actuar, de las tropas, al contrario que los cuarteles, son un estado de reposo, es decir, de recuperación, pero son al mismo tiempo la determinación estratégica de un combate en el momento en que son asaltados; pero en la forma en que son asaltados contienen ya la línea básica del combate, una condición de la que parte todo combate defensivo; así que son partes esenciales de la estrategia y de la táctica.

Los cuarteles ocupan el lugar de los campamentos para el mejor refresco de las tropas; así que, como aquéllos, son por su situación y extensión objetos estratégicos, y por su disposición interior, orientada a la disponibilidad al combate, objetos tácticos.

Naturalmente, junto al descanso de las tropas los campamentos y cuarteles tienen también otra finalidad, por ejemplo la cobertura de una región, el sostenimiento de una posición; pero bien pueden tener sólo la primera. Recordamos que los fines que persigue la estrategia pueden tener gran variedad, porque todo lo que parece ventajoso puede ser objeto de un combate, y la conservación del instrumento con el que se hace la guerra tiene que ser necesariamente, con mucha frecuencia, objeto de su combinación concreta.

Por tanto, si en un caso así la estrategia sirve a la mera conservación de las tropas, no por ello nos encontramos en un terreno ajeno, sino que seguimos hablando del uso de la fuerza armada, porque toda disposición de la misma en cualquier punto del teatro bélico lo es. Pero si la conservación de las tropas en campamentos y cuarteles lleva consigo actividades que no son uso alguno de las fuerzas, como la construcción de los barracones, el tendido de las tiendas, el servicio de manutención y limpieza del campamento y el cuartel, ellas no forman parte ni de la estrategia ni de la táctica.

Incluso las trincheras, cuya ubicación y disposición son evidentemente parte de la disposición de combate, y por tanto objetos tácticos, no pertenecen *en la ejecución de su obra* a la teoría de la dirección de la guerra, sino que la fuerza instruida tiene que poseer los necesarios conocimientos y habilidades para ella; la doctrina del combate los presupone.

De los objetos que forman parte del mero mantenimiento de la fuerza, porque ninguna de sus partes se identifica con el combate, el más próximo a las tropas es la alimentación de las mismas, porque tiene que hacerse casi diariamente y para cada individuo. Así ocurre que atraviese el acto bélico en sus componentes estratégicas. Decimos en sus componentes estratégicas porque dentro de cada combate la alimentación de las tropas tendrá muy raras veces una influencia capaz de modificar el plan, aunque tal caso sea imaginable. La mayor interrelación se dará, por tanto, entre la estrategia y el cuidado del mantenimiento de las fuerzas, y nada es más usual que el cuidado de ese mantenimiento codetermine las principales líneas estratégicas de una campaña y una guerra.

Por decisivo y frecuente que pueda ser ese cuidado, la intendencia de las tropas sigue siendo una actividad esencialmente distinta del uso de las mismas, y sólo influye en él con sus resultados.

Mucho más alejados del uso de las tropas están los otros objetos de actividad administrativa que hemos mencionado. La atención a los enfermos, por importantísima que sea para el bienestar de un ejército, sólo afecta al mismo en una pequeña parte de sus individuos, y por eso sólo tiene una influencia muy débil e indirecta en el uso de los demás; el complemento representado por la impedimenta sólo tiene importancia periódicamente, cuando no tiene una actividad constante inherente al organismo de las fuerzas, y por tanto raras veces es mencionado en los planes estratégicos.

Pero tenemos que guardarnos aquí de un malentendido. En un caso concreto, de hecho, estos objetos pueden tener una importancia decisiva. La distancia de los hospitales y las reservas de munición pueden ser con razón el único motivo para decisiones estratégicas muy importantes; no queremos ni negar ni ocultar esto. Pero no hablamos de la relación fáctica del caso concreto, sino de las abstractas de la teoría, y nuestra afirmación es, por tanto, que tal influencia es demasiado infrecuente como para dar a la teoría del cuidado de los enfermos y del abastecimiento de municiones y armas una importancia para la teoría de la dirección de la guerra, como para que merezca la pena incluir las diferentes vías y sistemas que tales teorías puedan indicar junto con sus resultados en la teoría de la dirección de la guerra, como ocurre en todo caso con la alimentación de las tropas.

Así pues, si repasamos el resultado de nuestras consideraciones, las actividades que forman parte de la guerra se dividen en dos partes principales: aquellas *que no son más que preparativos de la guerra, y la guerra misma*. Esta división tiene que afectar también a la teoría.

Los conocimientos y habilidades referentes a los preparativos se ocupan de la formación, instrucción y mantenimiento de todas las fuerzas. Dejaremos a un lado el nombre general que se les quiera dar, pero se ve que la artillería, las fortificaciones, la llamada táctica elemental, la entera organización y administración de las fuerzas armadas y todas las cosas parecidas forman parte de ellos. En cambio, la teoría de la guerra misma se ocupa del uso de estos medios para la finalidad de la guerra. De los primeros sólo necesita los resultados, es decir: el conocimiento de los medios adoptados por ella, divididos por sus cualidades principales.

A esto llamamos Arte de la Guerra en sentido estricto, o teoría de la dirección de la guerra o teoría del uso de las fuerzas armadas, lo que para nosotros denomina lo mismo.

Esa teoría tratará pues el combate como la lucha propiamente dicha, y las marchas, campamentos y cuarteles como circunstancias más o menos idénticas a ella. Pero no considerará la manutención de las tropas como una actividad propia, sino que tendrá en cuenta sus resultados como *otras circunstancias dadas*.

Este Arte de la Guerra en sentido estricto se divide una vez más en táctica y estrategia. Aquella se ocupa de la forma de cada combate, esta de su uso. A ambas les afectan las circunstancias de marchas, campamentos y cuarteles tan sólo a través de la lucha, y estos objetos se convierten en tácticos o estratégicos según se refieran a la forma o al significado del combate.

Sin duda habrá muchos lectores que consideren muy superflua esta minuciosa distinción entre dos cosas tan próximas como la táctica y la estrategia, porque no tiene influencia directa sobre la dirección misma de la guerra. Desde luego, habría que ser un gran pedante para buscar las repercusiones directas de una clasificación teórica en el campo de batalla.

La primera ocupación de cualquier teoría es despejar los conceptos e ideas enmarañados y, bien puede decirse, muy enredados[15] entre sí; y sólo cuando se ha llegado a un acuerdo sobre nombres y conceptos se puede esperar avanzar con claridad y

facilidad en la contemplación de las cosas, se puede estar seguro de encontrarse siempre en el mismo punto de partida que el lector. Táctica y estrategia son dos actividades que se interpenetran en el tiempo y el espacio, pero esencialmente distintas, cuyas leyes y relación mutua no se puede en modo alguno pensar con claridad sin establecer con precisión su concepto.

Aquel para quien nada signifique todo esto, o bien no puede permitirse consideración teórica alguna, o no harán daño alguno a su entendimiento las ideas confusas y borrosas, no apoyadas en nada sólido, que no llegan a ningún resultado reposado, ideas ora planas, ora fantásticas, ora perdidas en la vacua generalidad, que con tanta frecuencia tenemos que escuchar y leer acerca de la dirección de la guerra, porque raras veces se ha detenido sobre este objeto una mente dotada de análisis científico.

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

Al principio sólo se entendía por Arte de la Guerra
la preparación de las fuerzas armadas

Antes siempre se entendía bajo el nombre de Arte de la Guerra o Ciencias Castrenses el conjunto de conocimientos y habilidades que se ocupaban de cosas materiales. La organización y preparación y el uso de las armas, la construcción de fortificaciones y trincheras, la organización del ejército y el mecanismo de sus movimientos eran el objeto de estos conocimientos y habilidades, y todas ellas conducían a la presentación de una fuerza armada utilizable en la guerra. Aquí había que vérselas con un material, con una actividad unilateral, no era en el fondo más que una actividad que se elevaba poco a poco de oficio a refinado arte mecánico. Todo esto no tenía una relación muy distinta con el combate mismo de la que tiene el arte de forjar espadas con el de la esgrima. Todavía no se hablaba del uso en el momento del peligro y bajo la constante interacción, de los verdaderos movimientos del espíritu y el ánimo en la dirección que se les imprime.

En el arte del asedio es donde primero aparece la guerra misma

En el arte del asedio es donde primero fue visible algo de la dirección del combate mismo, del movimiento del espíritu al que se confían estos materiales, pero en la mayoría de los casos sólo en la medida en que se encarnaba con rapidez en nuevos objetos materiales, como aproches, minas, contraaproches, baterías, etc., y denominaba cada uno de sus pasos con uno de esos productos; no era más que el hilo del que se servían para alinear esas creaciones materiales. Como en este tipo de guerra el espíritu se expresa casi tan sólo en esas cosas, con ellas se daba suficiente respuesta al asunto.

Luego se deslizó la táctica

Más adelante, la táctica intentó dar al mecanismo de sus ensamblajes el carácter de una disposición general, a la medida de

las peculiaridades del instrumento, que naturalmente conducía ya al campo de batalla, pero no a la libre actividad del espíritu, sino a un ejército, convertido en autómata por la formación y el orden de batalla que, impulsado por la mera orden del mando, debía desarrollar su actividad igual que un reloj.

La verdadera dirección de la guerra sólo aparecía ocasionalmente de incógnito

Se creía que la verdadera dirección de la guerra, es decir, el uso de los medios aportados adaptado a las necesidades más individuales, no podía ser objeto de la teoría, sino que había que dejarla tan sólo a las dotes naturales. Poco a poco, conforme la guerra pasó de la lucha cuerpo a cuerpo de la Edad Media a una forma más regular y más estructurada, hubo consideraciones aisladas que se impusieron también sobre este objeto al espíritu humano, pero la mayoría de las veces sólo aparecían de pasada en memorias y narraciones, y en cierto modo de incógnito.

Las consideraciones referentes a los acontecimientos bélicos trajeron consigo la necesidad de una teoría

Cuando esas consideraciones empezaron a acumularse cada vez más, cuando la Historia adoptó un creciente carácter crítico, surgió la viva necesidad del punto de apoyo de unos principios y reglas, para que la controversia, tan natural en la Historia bélica, pudiera llevar el enfrentamiento de opiniones a alguna meta. Ese torbellino de opiniones, que no giraba en torno a ningún punto fijo y conforme a ninguna ley sensible, tenía que resultar una manifestación repugnante al espíritu humano.

Aspiración a establecer una doctrina positiva

Surgió pues la aspiración de indicar principios, reglas o incluso sistemas para la dirección de la guerra. Con esto se establecía una finalidad positiva, sin haber tenido suficientemente en cuenta las infinitas dificultades que la guerra ofrece a este respecto. La guerra discurre, como hemos demostrado, dentro de unos límites indefinidos casi hacia todos lados; pero todo sistema, todo edificio doctrinal tiene la naturaleza limitativa de una síntesis, y con ello se da una insuperable contradicción entre tal teoría y la praxis.

Limitación a objetos materiales

Sin embargo, los teóricos percibieron muy pronto la dificultad del objeto y se creyeron justificados para rehuirla volviendo a orientar sus principios y sistemas únicamente hacia cosas materiales y hacia una actividad unilateral. Se quería, como en las ciencias de la *preparación de la guerra,* llegar a resultados ciertos y positivos, y por tanto tomar en consideración sólo aquello que pudiera ser sometido a un cálculo.

Superioridad numérica

La superioridad numérica era un objeto material, entre todos los factores del producto de una victoria se escogía este, porque combinando el tiempo y el espacio se le podía dar una legislación matemática. Se creía poder hacer abstracción de todas las demás circunstancias, pensándolas equiparadas en ambos lados y por tanto neutralizadas. Esto habría estado bien si se hubiera querido hacer temporalmente, para tener en cuenta este factor según sus circunstancias; pero hacerlo para siempre, considerar la superioridad numérica la única ley y ver en la fórmula *tener superioridad en un determinado momento en determinados puntos* todo el secreto del arte de la guerra, era una restricción enteramente insostenible ante el poder de la vida real.

Manutención de las tropas

Se trató de sistematizar en un tratamiento teórico otro elemento material al convertir la manutención de las tropas —apoyada en un cierto organismo del que se suponía dotado al ejército— en legislador principal de la gran dirección de la guerra. Desde luego, de este modo volvía a llegarse a determinadas cifras, pero a cifras que se basaban en un montón de presupuestos enteramente arbitrarios y por tanto no podían someterse al contraste con la experiencia.

Base

Una mente ingeniosa trató de resumir toda una serie de circunstancias, entre las que se colaban incluso algunas condiciones intelectuales —*la alimentación del ejército, la forma de completarlo y su equipamiento, la seguridad de sus comunicaciones de noticias*[16] *con la patria, y por último la seguridad de su retirada* en caso necesario—, en un único concepto, el de *base*, y sustituir primero con ese concepto todas esas circunstancias diversas, luego la magnitud (extensión) de la base misma y por último el ángulo que la

fuerza armada forma con esa base, por la magnitud de la base; y todo eso tan sólo para llegar a un resultado puramente geométrico que carece por entero de valor. De hecho, esto último no puede sorprender[17] si tenemos en cuenta que ninguna de esas sustituciones podía llevarse a cabo sin violar la verdad y dejar al margen una parte de las cosas que estaban contenidas en el concepto anterior. El concepto de base es una verdadera necesidad para la estrategia, y es un mérito haber llegado a él; pero un uso del mismo como el que acabamos de reseñar es totalmente inadmisible y tiene que llevar a resultados del todo unilaterales, que han llevado a esos teóricos incluso en una dirección completamente absurda, como es la idea del efecto superior de la forma integral.

Líneas interiores

Como reacción contra esa errónea orientación, fue elevado al trono otro principio geométrico, el de las llamadas líneas interiores. Aunque el principio se asienta en un buen fundamento, en la realidad de que el combate es el único medio eficaz en la guerra, precisamente debido a su naturaleza meramente geométrica no es más que una nueva unilateralidad, que jamás podría llegar a dominar la vida real.

Todos estos intentos son desechables

Todos estos intentos teóricos sólo pueden considerarse progresos en el campo de la verdad en su parte analítica, pero en la sintética, en sus preceptos y reglas, son completamente inútiles.

Aspiran a manejar magnitudes determinadas, mientras en la guerra todo es indefinido y hay que hacer el cálculo con magnitudes muy variables.

Dirigen su consideración únicamente a magnitudes materiales, mientras todo el acto bélico está surcado por fuerzas e interacciones espirituales.

Contemplan tan sólo la actividad unilateral, mientras la guerra es una constante interacción de los opuestos.

Excluyen al genio de la regla

Todo lo que no podía alcanzar una consideración unilateral de tan escasa sabiduría quedaba fuera de la delimitación científica, era el campo del genio, *que se eleva por encima de la regla.*

¡Ay del guerrero que tuviera que arrastrarse entre esta pobreza de reglas, que son demasiado malas para el genio, que se eleva distinguido sobre ellas, de las que en todo caso puede reírse! Lo que hace el genio tiene que ser precisamente la más hermosa de las reglas, y la teoría no puede hacer nada mejor que mostrar cómo y por qué es así.

Ay de la teoría que está en oposición al espíritu[18]; no puede enmendar esta contradicción mediante humillación alguna, y cuanto más humilde es, tanto más la expulsarán de la vida real la burla y el desprecio.

Dificultad de la teoría en cuanto entran en consideración magnitudes espirituales

Toda teoría se vuelve infinitamente más difícil en el momento en que afecta al ámbito de las magnitudes espirituales. La arquitectura y la pintura saben exactamente a qué se dedican, mientras tiene que ver con la materia; sobre construcciones mecánicas y ópticas no hay disputa. Pero en cuanto empiezan las repercusiones espirituales de sus creaciones, en cuanto hay que producir impresiones espirituales o sentimientos, la normativa entera se difumina en ideas indeterminadas.

El arte de la medicina sólo se ocupa en la mayoría de los casos de manifestaciones físicas, tiene que ver con el organismo animal, que, sometido a eternos cambios, nunca es exactamente el mismo en dos momentos; esto hace su tarea muy difícil y pone el juicio del médico por encima de sus conocimientos; pero ¡cuánto más difícil es el caso cuando se le añade una repercusión espiritual, y cuánto más alto se pone entonces al psiquiatra!

Las magnitudes espirituales no se pueden excluir en la guerra

La actividad bélica nunca se dirige contra la mera materia, sino siempre y al mismo tiempo contra la fuerza espiritual que anima esa materia, y es completamente imposible separarlas a ambas.

Pero las magnitudes espirituales sólo se ven con el ojo interior, y este es diferente en cada persona y a menudo distinto en distintos instantes. Como el peligro es el elemento general en el que se mueve todo en la guerra, así también es preferentemente el valor, el sentimiento de la propia fuerza, lo que hace cambiar el juicio. Es en cierto modo la lente de cristal por la que pasan las ideas antes de alcanzar el entendimiento. Y sin embargo, no se puede dudar de que estas cosas tienen que alcanzar un cierto valor objetivo por la mera

experiencia. Todo el mundo conoce los efectos morales del asalto, del ataque de flanco y por la espalda, todo el mundo tiene en menos el valor del adversario en cuanto éste ha vuelto la espalda, y su atrevimiento es muy distinto en la persecución que cuando es perseguido. Todo el mundo valora al adversario por la reputación de sus talentos, por sus años y su experiencia, y se rige por eso. Todo el mundo dirige una mirada inquisitiva hacia el espíritu y el ánimo de sus tropas y de las enemigas. Todas estas y similares repercusiones en el ámbito de la naturaleza espiritual han quedado probadas en la experiencia, han vuelto a presentarse una y otra vez, y autorizan por tanto a considerarlas verdaderas magnitudes en su especie. Y, ¿qué sería de una teoría que no las tuviera en cuenta?

Pero, por supuesto, la experiencia es la certificación necesaria de estas verdades. Ninguna teoría debería ocuparse de elucubraciones psicológicas y filosóficas, y ningún general probar suerte[19] con ellas.

Principales dificultades[20] *de la teoría de la guerra*

Para poner claramente de manifiesto la dificultad de la tarea contenida en una teoría de la guerra y poder deducir de ella el carácter que una teoría así tiene que tener, tenemos que echar un vistazo más preciso a las principales peculiaridades que constituyen la naturaleza de la actividad bélica.

Primera peculiaridad: fuerzas y efectos espirituales (el sentimiento hostil)

La primera de estas peculiaridades reside en las fuerzas y efectos espirituales.

La lucha es originariamente la manifestación de *sentimientos hostiles*; pero en nuestras grandes luchas, a las que damos el nombre de guerra, sólo suele quedar del sentimiento hostil una *intención* hostil, y el individuo al menos no suele albergar sentimiento hostil contra el individuo. Sin perjuicio de lo cual, nunca se produce sin una actividad semejante del ánimo. El odio nacional, que raras veces falta en nuestras guerras, representa con más o menos fuerza la enemistad individual en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero donde también falta y al principio no hay exasperación alguna, el sentimiento hostil se inflama en la lucha misma, porque la violencia que alguien ejerza sobre nosotros siguiendo instrucciones superiores nos inflamará en deseo de revancha y venganza contra él, antes aún que contra la fuerza superior que le obliga a actuar así. Esto es

humano, o animal si se quiere, pero es así. En las teorías se está muy acostumbrado a considerar la lucha como una medición abstracta de las fuerzas sin participación alguna del ánimo, y ese es uno de los mil errores que las teorías cometen de manera completamente intencionada porque no ven sus consecuencias.

Aparte del estímulo a las fuerzas del ánimo fundado en la naturaleza de la lucha misma, hay otros que no pertenecen sustancialmente a ella, pero son fáciles de unir por su parentesco, como la ambición, el ansia de poder, el entusiasmo de todo tipo, etc.

Las impresiones del peligro (el valor)

Finalmente, la lucha produce el elemento del peligro, en el que todas las actividades guerreras tienen que mantenerse y moverse como el pájaro en el aire y el pez en el agua. Pero todos los efectos del peligro inciden sobre el ánimo o bien directamente, es decir, de forma instintiva, o a través del entendimiento.[21] El primer efecto sería la aspiración de sustraerse a él y, dado que esto no es posible, el temor y el miedo. Si ese efecto no se produce, es el *valor* el que aporta el equilibrio a ese instinto. Pero el valor no es en modo alguno un acto del entendimiento, sino asimismo un sentimiento, como el temor; éste se orienta a la conservación física, el valor a la moral. El valor es un instinto más noble. Pero como lo es, no se puede emplear como un instrumento carente de vida, que manifiesta sus efectos de manera prescrita con exactitud. El valor no es pues un mero contrapeso del peligro para neutralizarlo en sus efectos, sino una magnitud singular.

Alcance de la influencia que ejerce el peligro

Pero para estimar correctamente la influencia del peligro sobre los que actúan en la guerra no hay que limitar su ámbito al peligro físico del momento. No sólo domina a los que actúan en tanto que les amenaza, sino también por la amenaza que ejerce sobre todos los a ellos confiados; no sólo en el momento en que está realmente presente, sino a través de la imaginación también en todos los demás que tienen una relación con ese momento; por fin, no sólo directamente por sí mismo, sino también indirectamente a través de la responsabilidad, que le hace pesar diez veces más sobre el espíritu del que actúa. Quién podría aconsejar o decidir una gran batalla sin sentir el espíritu más o menos tenso y afectado por el peligro y la responsabilidad que tan gran acto de decisión lleva consigo. Se puede

decir que la actuación en la guerra, en tanto que es una verdadera acción, y no una mera presencia, nunca sale por entero del ámbito del peligro.

Otras fuerzas del ánimo

Si consideramos esas fuerzas del ánimo estimuladas por la enemistad y el peligro como propias de la guerra, no por ello excluimos todas las demás que acompañan al hombre en el camino de su vida; también hallarán suficiente espacio aquí. Sin duda se puede decir que algún pequeño juego de las pasiones se ve silenciado en este grave servicio de la vida, pero esto sólo vale para los actores de los niveles más bajos, que, arrastrados de un peligro y esfuerzo a otro, pierden de vista las demás cosas de la vida, pierden la costumbre de la falsedad, porque la Muerte la elimina, y alcanzan así esa sencillez de carácter del soldado que siempre ha sido el mejor representante del estamento guerrero. En los niveles superiores es distinto porque cuanto más alto está alguien tanto más tiene que mirar a su alrededor; surgen entonces intereses en todas direcciones y un múltiple juego de pasiones, de las buenas y de las malas. La envidia y la nobleza, la arrogancia y la modestia, la ira y la compasión, todas pueden comparecer como fuerzas activas en el gran drama.

Peculiaridades del espíritu

Las peculiaridades del espíritu del que actúa tienen también, junto a las del ánimo, una gran influencia. Se pueden esperar cosas distintas de una cabeza fantasiosa, exaltada e inmadura que de un entendimiento frío y enérgico.

De la variedad de la individualidad humana surge la variedad de los caminos que conducen al objetivo

Esta gran variedad en la individualidad espiritual, cuya influencia hay que imaginar sobre todo en los puestos superiores, porque crece conforme asciende, es ante todo la que produce la variedad de caminos hacia la meta que ya hemos tratado en el primer libro, y la que asigna al juego de la probabilidad y la suerte tan desigual porcentaje en los acontecimientos.

Segunda singularidad: la reacción viva

La segunda peculiaridad en la acción bélica es la reacción viva y la interacción que surge de ella. No hablamos aquí de la dificultad

para prever semejante reacción, porque ésta reside en la ya mencionada dificultad para tratar las fuerzas espirituales como magnitudes, sino porque, por su naturaleza misma, la interacción se opone a toda planificación. El efecto que cualquier medida produce en el adversario es el más individual que hay entre todos los datos de la acción; pero toda teoría tiene que atenerse a clases de manifestaciones, y nunca puede acoger en sí el verdadero caso individual; éste se mantiene siempre confiado al juicio y el talento. Por eso es natural que una acción como la bélica, tan frecuentemente perturbada en su plan construido sobre circunstancias generales por las inesperadas manifestaciones individuales, tenga que dejar más al talento y hacer menos uso de una *instrucción* teórica que cualquier otra.

Tercera singularidad: incertidumbre de todos los datos

Por fin, la gran incertidumbre de todos los datos en la guerra es una singular dificultad, porque toda acción se lleva a cabo en cierto modo bajo una luz crepuscular, lo que no pocas veces da a las cosas, como entre la niebla o a la luz de la luna, un volumen exagerado, un aspecto grotesco. Lo que esta débil iluminación resta a la comprensión total tiene que adivinarlo el talento o hay que dejarlo en manos de la suerte. Es pues en el talento o incluso en el favor del azar en el que hay que confiar a falta de una sabiduría objetiva.

Una teoría positiva es imposible

Dada esta naturaleza del objeto, tenemos que decirnos que sería una pura imposibilidad querer dotar al arte de la guerra de un andamiaje teórico positivo, como de una estructura que pudiera otorgar al que actúa un apoyo externo en todo momento. El que actúa se encontraría, en todos aquellos casos en los que se le deje confiado a su talento, fuera de ese edificio teórico y en contradicción con él, y se produciría, en cualquiera de las formas en que apareciera, la misma consecuencia de la que ya hemos hablado: *que el talento y el genio actúan al margen de la ley y la teoría se opone a la realidad.*

Escapatorias para la posibilidad de una teoría (las dificultades no son igual de grandes en todos los casos)

A partir de esta dificultad, se nos ofrecen dos escapatorias.

Primero, lo que hemos dicho en general de la naturaleza de la actividad bélica no se puede entender del mismo modo de la actividad de cada instancia. Hacia abajo, se reclama más el valor del sacrificio personal, pero las dificultades para el entendimiento y el juicio son infinitamente más pequeñas. El campo de las manifestaciones es mucho más cerrado. Fines y medios son más limitados en número, los datos más determinados, la mayoría de las veces contenidos incluso en concepciones reales. Pero cuanto más subimos tanto más aumentan las dificultades, hasta alcanzar su grado supremo en el comandante en jefe, de forma que en su caso casi todo tiene que quedar confiado al genio.

Pero incluso después de proceder a una división *material* del objeto las dificultades no son las mismas en todas partes, sino que disminuyen cuanto más se manifiestan sus efectos en el mundo material y aumentan cuanto más pasan a lo espiritual y se convierten en motivos que determinan la voluntad. Por eso es más fácil establecer el orden interno, la disposición y la dirección de una batalla mediante una legislación teórica que el uso de la misma. Allí combaten las armas psíquicas, y si el espíritu no puede faltar, hay que conceder sus derechos a la materia. Pero en el *efecto* de los combates, donde los éxitos materiales se convierten en motivos, sólo hay que vérselas con la naturaleza espiritual. En una palabra: la *táctica* dará muchas menos dificultades a una teoría que la *estrategia*.

La teoría debe ser una consideración y no una doctrina

La segunda salida para la posibilidad de una teoría es el punto de vista de que no necesariamente tiene que ser una doctrina positiva, *es decir, una instrucción* para actuar. Allá donde una actividad tiene que ver en su mayor parte y siempre con las mismas cosas, con las mismas finalidades y recursos, aunque con pequeños cambios y aunque en una variedad de combinación que puede ser muy grande, esas cosas tienen que poder convertirse en objeto de consideración razonable. Pero tal consideración es precisamente la parte esencial de cualquier *teoría*, y es la que tiene verdadero derecho a ese nombre. Es un examen analítico del objeto, conduce a un *conocimiento* exacto del mismo y, cuando se aplica a la experiencia, es decir, en nuestro caso, a la Historia bélica, a la *familiaridad* con el mismo. Cuanto más alcanza este último objetivo,

tanto más pasa de la figura objetiva de un conocimiento a la subjetiva de una capacidad, y tanto más eficaz se mostrará allá donde la naturaleza de la cosa no admita otra decisión que la del talento; será eficaz incluso en él mismo.

Si la teoría examina los objetos que constituyen la guerra, los distingue con más nitidez de lo que parece a primera vista, indica plenamente las propiedades de los recursos, muestra los probables efectos de los mismos, determina con claridad la naturaleza de los fines, lleva por doquier la luz de una consideración crítica detenida al campo de la guerra, entonces ha cumplido el principal objeto de su tarea. En ese caso, será una guía para aquel que quiera familiarizarse con la guerra a partir de los libros; le alumbrará el camino, aliviará sus pasos, educará su juicio y le guardará de los extravíos.

Si un experto emplea la mitad de su vida en alumbrar por todas partes un objeto oscuro, seguramente irá más lejos que aquel que quiere familiarizarse con él en breve plazo. La teoría está para que no todo el mundo tenga que empezar de nuevo y abrirse camino, sino que encuentre la cosa ordenada y despejada. Debe educar el espíritu del futuro general o más bien guiarle en su propia educación, pero no acompañarle al campo de batalla; lo mismo que un sabio educador dirige la evolución intelectual de un adolescente y la facilita sin llevarle por eso de las riendas durante toda su vida.

Si a partir de las consideraciones que la teoría plantea se forman por sí mismos principios y reglas, si la verdad se precipita por sí misma en esa forma de cristal, la teoría no contradirá esa ley natural del espíritu, más bien la resaltará allá donde el arco termine en una de esas claves. Pero sólo lo hará para bastar a la ley filosófica del pensamiento, para poner de manifiesto el punto hacia el que corren todas las líneas, no para sacar de ello una fórmula algebraica para el campo de batalla; porque también esos principios y reglas deben más determinar en la mente pensante las líneas principales de sus movimientos que marcarle la ejecución del camino como varas de medir.

Desde ese punto de vista la teoría se vuelve posible, y su contradicción con la práctica cesa

Desde ese punto de vista se da la posibilidad de una teoría de la guerra satisfactoria, es decir, útil y que nunca entre en contradicción con la realidad, y sólo dependerá del tratamiento experto de la

misma amistarla de tal modo con la acción que desaparezca por entero la absurda diferencia entre teoría y práctica provocada por una teoría irracional, que la ha separado del sano entendimiento humano, pero que, con la misma frecuencia, ha empleado la limitación del espíritu y la ignorancia como pretexto para dejarse ir hacia la innata torpeza.

La teoría contempla pues la naturaleza de los fines y medios. Fines y medios en la táctica

La teoría tiene pues que tomar en consideración la naturaleza de los medios y fines.

En la táctica, los medios son las fuerzas a instruir que han de sostener la lucha. El fin es la victoria. En adelante, al considerar el combate, podremos decir mejor cómo puede determinarse con más detalle este concepto. Aquí nos conformamos con señalar la retirada del adversario del campo de batalla como signo de victoria. Por medio de esta victoria la estrategia alcanza la finalidad que ha dado al combate, y que representa su verdadero *significado*. Este significado tiene alguna influencia sobre la naturaleza de la victoria. Una victoria orientada a debilitar la fuerza enemiga es algo distinto que una que sólo pretende poner en nuestro poder una posición. Así pues, el significado de un combate podrá tener una notable influencia sobre la disposición y dirección del mismo.[22] Por tanto, estos significados serán también objeto de consideración para la táctica.

Circunstancias que siempre acompañan al empleo de los medios

Dado que hay ciertas circunstancias que siempre acompañan al combate y tienen más o menos influencia sobre él, han de ser tenidas en consideración al emplear las fuerzas.

Estas circunstancias son la geografía (el terreno), la hora del día y el clima.

Geografía

La geografía, que preferimos descomponer en la idea de región y suelo, podría, en sentido estricto, carecer de importancia si el combate se librase en un terreno completamente llano y enteramente sin edificar. En regiones esteparias se da realmente el caso, en las regiones de la instruida[23] Europa es una idea casi imaginaria. No

cabe imaginar pues entre los pueblos instruidos un combate sin influencia de la región y el suelo.

Hora del día

La hora del día influye en el combate por la diferencia entre día y noche, pero naturalmente las relaciones van más allá del límite de ambos, porque todo combate tiene cierta duración, y los grandes incluso una duración de muchas horas. Para la disposición de una gran batalla, representa una diferencia esencial si empieza por la mañana o después del mediodía. Sin embargo, habrá muchos combates en los que la circunstancia de la hora del día resulte enteramente indiferente, y en la generalidad de los casos su influencia es escasa.

Clima

El clima tiene una influencia determinante en menos ocasiones aún, y en la mayoría de los casos tan sólo la niebla representa un papel.

Fines y medios en la estrategia

La estrategia sólo tiene originariamente la victoria, es decir, el éxito táctico como medio, y, en última instancia, los objetos que deben conducir directamente a la paz como fin. El empleo de sus medios para este fin está acompañado asimismo de circunstancias que tienen más o menos influencia en ellos.

Circunstancias que acompañan el empleo de los medios

Estas circunstancias son la región y el suelo, pero la primera ampliada al mismo tiempo al país y el pueblo de todo el teatro bélico; la hora del día, pero también la estación del año; por fin, el clima, y ello por la inusual manifestación del mismo, como grandes heladas, etc.

Constituyen nuevos medios

En tanto la estrategia conecta estas cosas con el éxito de un combate, da a este éxito y por tanto al combate una significación especial, *le asigna un especial fin*. Pero en tanto este fin no es el que debe conducir directamente a la paz, sino tan sólo uno subordinado, ha de ser contemplado también como medio, y por tanto podemos contemplar el medio en la estrategia, los éxitos o victorias, en todas sus distintas significaciones. La conquista de una posición es uno de

esos éxitos en el combate aplicados al terreno. Pero no sólo los distintos combates con especiales fines han de ser contemplados como medios, sino que también la unidad superior que podría formar la combinación de combates al orientarlos a un fin común ha de ser contemplada como *un medio*. Una campaña de invierno es una de esas combinaciones, aplicada a la estación del año.

Así pues, sólo quedan como fines aquellos objetos que estén pensados como *directamente* conducentes a la paz. Todos esos fines y medios los analiza la teoría conforme a la naturaleza de sus efectos y relaciones mutuas.

La estrategia desprende los medios y fines a analizar únicamente de la experiencia

La primera cuestión es cómo llega a una enumeración exhaustiva de estos objetos. Si una investigación filosófica hubiera de llegar a un resultado necesario, se enredaría en todas las dificultades que excluyen la necesidad lógica de la guerra y su teoría. La estrategia se dirige por tanto a la experiencia y rige su contemplación por aquellas combinaciones que la Historia bélica ha registrado ya. De este modo, será desde luego una teoría limitada, que sólo se adapta a las circunstancias tal como la Historia bélica se las ofrece. Pero esa limitación es inevitable porque la teoría abstrae en todo caso lo que dice de las cosas de la Historia bélica, o al menos tiene que haberlo cotejado con ella. Por lo demás, en todo caso tal limitación es más conceptual que material.

Una gran ventaja de esta vía residirá en que la teoría no puede perderse en cavilaciones, sutilezas y elucubraciones, sino que tiene que mantenerse apegada a la práctica.

Hasta dónde tiene que ir el análisis de los medios

Otra cuestión es hasta dónde debe ir la teoría en su análisis de los medios. Al parecer, sólo hasta donde las cualidades deducidas entren en consideración para su uso. El alcance y efecto de las distintas armas es importantísimo para la táctica; su construcción, aunque de ella se desprendan sus efectos, le resulta indiferente en grado sumo; porque a la dirección de la guerra no se le dan carbón, azufre y salitre, cobre y estaño para hacer con ellos pólvora y cañones, sino que lo dado es el arma terminada con su efecto. La estrategia hace uso de mapas sin preocuparse de sus mediciones[24] trigonométricas; no examina cómo hay que disponer un país, educar

a un pueblo y gobernarlo para obtener los mejores éxitos bélicos, sino que coge esas cosas tal como las encuentra en la sociedad de los Estados europeos y se fija en dónde situaciones muy distintas pueden tener una influencia perceptible sobre la guerra.

Gran simplificación del conocimiento

Es fácil apreciar que de este modo el número de objetos se simplifica mucho para la teoría y que el conocimiento necesario para la dirección de la guerra se vuelve muy limitado. La enorme masa de conocimientos y habilidades que sirven a la actividad bélica en general, y que son necesarios antes de que un ejército equipado pueda salir siquiera a campaña, se concentran en unos pocos grandes resultados antes de alcanzar en la guerra la definitiva finalidad de su actividad: lo mismo que las aguas de un país confluyen en ríos antes de ir a parar al mar. El que quiere dirigir la guerra sólo tiene que conocer aquellas actividades que se vierten directamente en el mar de la guerra.

Esto explica la rápida formación de grandes generales, y por qué un general no es un erudito

De hecho, este resultado de nuestra consideración es tan necesario que cualquier otro tendría que hacernos desconfiar de que sea correcto. Sólo así se explica que con tanta frecuencia hayan aparecido con gran éxito en la guerra, y en los puestos superiores, incluso como generales, hombres que antes habían dado a su actividad una orientación completamente distinta; incluso que los generales destacados nunca hayan salido de la clase de los oficiales muy expertos o incluso eruditos, sino que en la mayoría de los casos no dispusieran por su situación de gran cantidad de conocimientos. Por eso han sido con razón objeto de burla, como ridículos pedantes, aquellos que consideraban necesario o siquiera útil para la educación de un futuro general empezar por el conocimiento de todos los detalles. Se puede demostrar sin gran esfuerzo que éste le perjudicaría, porque el espíritu humano solo se ve *educado* por los conocimientos y orientaciones que se le comunican. Sólo lo grande puede hacerle grandioso, y lo pequeño tan sólo pequeño, si no lo aparta por entero de sí como algo ajeno a su persona.

Antigua contradicción

Como no se tiene en cuenta esta sencillez de los conocimientos necesarios para la guerra, sino que se ha mezclado siempre con todo el séquito de conocimientos y habilidades accesorias, no se ha podido resolver la evidente contradicción en la que se incurría con las manifestaciones del mundo real más que atribuyéndolo todo al genio, que no necesita teoría alguna, y para el que no se escribe la teoría.

Por eso se negaba la utilidad de todo el saber y se atribuía todo a las dotes naturales

Aquellos entre los que predominaba la chispa natural sentían la enorme distancia que seguía habiendo entre un genio del más alto vuelo y un pedante erudito, y llegaron a una especie de librepensamiento al rechazar toda fe en la teoría y considerar el hacer la guerra una función natural del ser humano, que hacía más o menos bien según viniera al mundo con más o menos dotes para ella. No se puede negar que éstos estaban más próximos a la verdad que aquellos que daban valor a un falso conocimiento; sin embargo, pronto se ve que tal opinión no es más que una expresión exagerada. Ninguna actividad del entendimiento humano es posible sin una cierta riqueza de concepciones, pero éstas no son innatas, por lo menos la mayor parte de ellas, sino adquiridas, y son las que hacen sus conocimientos. La única pregunta pues es de qué tipo deben ser esas concepciones, y eso creemos haberlo establecido al decir que para el guerrero[25] deben estar orientadas hacia las cosas con las que tendrá que vérselas directamente en la guerra.

El conocimiento tiene que regirse por la posición ocupada

Dentro de este campo de la actividad bélica misma, esas cosas tendrán que ser distintas según la posición que él[26] ocupe; orientadas a objetos menores y más limitados cuando esté más bajo, a otros mayores y más amplios cuando esté más alto. Hay generales que no han brillado a la cabeza de un regimiento de caballería, y viceversa.

El conocimiento en la guerra es muy sencillo, pero no muy fácil

Pero el hecho de que el conocimiento en la guerra *sea tan sencillo*, es decir, dirigido a tan pocos objetos, y que los recoja siempre tan sólo en sus resultados finales, no hace que esa capacidad sea al tiempo muy fácil. Ya hemos hablado en el Libro Primero de las

dificultades a las que está sometida la actuación en la guerra; pasamos aquí a aquellas que sólo pueden ser superadas con valor, y afirmamos que también la actividad del entendimiento propiamente dicha es sencilla y fácil tan sólo en los niveles bajos, pero crece en dificultad conforme se sube en posición y en el puesto más alto, el del general, es una de las más difíciles que hay para el espíritu humano.

De qué condición ha de ser el conocimiento

El general no tiene por qué ser ni un erudito estadista[27] ni historiador ni publicista, pero tiene que estar familiarizado con la vida superior del Estado, las orientaciones implantadas, los intereses suscitados, las cuestiones pendientes, y conocer y valorar correctamente a las personas que actúan en ella; no necesita ser un fino observador del ser humano, ni un sutil disecador del carácter humano, pero tiene que conocer el carácter, la forma de pensar y costumbres, los peculiares defectos y ventajas de aquellos a los que ha de mandar. No necesita saber nada de la forma en que está hecho un carro ni del esfuerzo que soporta un cañón, pero tiene que saber apreciar correctamente la marcha de una columna y su duración en las más variadas circunstancias.

Todos estos conocimientos no se pueden forzar a través de un aparato de fórmulas y mecanismos científicos, sino que se adquieren únicamente cuando en la contemplación de las cosas de la vida actúa un juicio certero, cuando actúa un talento orientado a esa concepción.

El conocimiento necesario para una actividad bélica superior se distingue pues porque en la contemplación, es decir, en el estudio y la reflexión, sólo un talento singular puede adquirir lo que, como la abeja la miel de la flor, el espíritu sabe extraer como un instinto intelectual de las manifestaciones de la vida; y se distingue porque, además de a través de la contemplación y el estudio, se adquiere también de la vida. La vida con sus ricas enseñanzas nunca producirá un *Newton* o un *Euler,* pero sí el cálculo superior de un *Condé* o un *Federico*.

No es pues necesario, para salvar la dignidad intelectual de la actividad bélica, buscar refugio en la falta de veracidad y en la simplona pedantería. Nunca ha habido un[28] general destacado de inteligencia limitada, y son muy numerosos los casos en los que hombres que en puestos más bajos han servido con la máxima

distinción se quedan entre los mediocres en el puesto supremo, porque las capacidades de su intelecto no alcanzaban para él. Es evidente que incluso entre los generales se puede distinguir el grado de la perfección de su poder.

El saber tiene que convertirse en capacidad

Aún tenemos ahora que tener en cuenta una condición que es más apremiante para el conocimiento de la dirección de la guerra que para ningún otro: que tiene que pasar por entero al espíritu y dejar casi de ser algo objetivo. En casi todas las otras artes y actividades de la vida, el que actúa puede hacer uso de las verdades que ha aprendido, en cuyo espíritu y sentido ya no vive, y que vuelve a sacar de libros polvorientos. Incluso las verdades que tiene entre manos y utiliza todos los días pueden seguir siendo algo localizable completamente al margen de él. Cuando el arquitecto echa mano a la pluma para determinar la fuerza de un contrafuerte por medio de un enrevesado cálculo, la verdad hallada como resultado no es ninguna manifestación de su propio espíritu. Ha tenido que averiguar los datos con esfuerzo y ponerlos luego en manos de una operación del entendimiento cuyas leyes no ha inventado, y de cuya necesidad ni siquiera es consciente en parte en ese momento, sino que aplica en su mayor parte como una manipulación mecánica. Nunca es así en la guerra. La reacción intelectual, la forma eternamente cambiante de las cosas, hace que el que actúa lleve en sí todo el aparato intelectual de su saber, que tenga que ser capaz de tomar por sí mismo en todo momento y lugar la necesaria decisión. Mediante esta total asimilación con el propio intelecto y la propia vida, el conocimiento tiene que transformarse en verdadera capacidad. Esa es la razón por la que a los hombres distinguidos en la guerra todo les resulta tan fácil y todo se atribuye al talento natural; decimos *el talento natural* para distinguirlo del educado y formado mediante la contemplación y el estudio.

Creemos haber dejado clara con esta consideración la tarea de una teoría de la guerra y haber apuntado la forma de solucionarla.

De los dos campos en los que hemos dividido la guerra, la táctica y la estrategia, la teoría de esta última ofrece indiscutiblemente las mayores dificultades, como ya hemos observado, porque la primera tiene casi un campo cerrado de objetos, mientras la segunda se abre, por el lado de los objetivos que conducen directamente a la guerra,

hacia un campo indefinido de posibilidades. Sin embargo, como principalmente sólo es *el general* el que tiene que tener presente esos fines, también es sobre todo aquella parte de la estrategia en la que se mueve la que está sometida a esa dificultad. Así que la teoría se detendrá en la estrategia, y especialmente allá donde esta abarca las supremas determinaciones, mucho más que en la táctica en la mera contemplación y análisis[29] de las cosas, y se conformará con ayudar al que actúa a alcanzar aquella visión de las cosas que, fundida con todo su pensamiento, haga su paso más fácil y seguro y no le obligue nunca a apartarse de sí mismo para obedecer a una verdad objetiva.

CAPÍTULO TERCERO

ARTE O CIENCIA DE LA GUERRA

El uso lingüístico sigue discrepando (capacidad y conocimiento. Ciencia o mero saber; arte, donde la finalidad es la capacidad)

La elección aún parece indecisa, y no parece saberse bien por qué motivos ha de decidirse, por sencilla que sea la cosa. Ya hemos dicho en otro sitio que el *saber* puede ser distinto a la *capacidad*. Ambas cosas son tan distintas que no deberían confundirse fácilmente. La *capacidad* no puede hallarse en libro alguno, y así la palabra *arte* tampoco debería formar parte nunca de título de un libro. Pero como se ha adquirido la costumbre de reunir los conocimientos necesarios para la práctica de un arte (que por separado podrían ser ciencias enteras) bajo el nombre de Teoría del Arte o simplemente Arte, es consecuente emplear esa clasificación y llamar arte a todo aquello cuya finalidad sea una capacidad productiva, por ejemplo el arte de la construcción o Arquitectura; ciencia a todo aquello cuya finalidad es el mero saber: Matemática, Astronomía. Así que es evidente que en toda teoría del arte pueden aparecer ciencias aisladas y completas, y es algo que no debe confundirnos. Pero es notable que tampoco haya ningún conocimiento enteramente sin arte, en la Matemática por ejemplo el cálculo y el uso del álgebra es un arte, pero ello no alcanza en modo alguno sus límites. La causa es que por burda y palpable que sea la diferencia entre saber y capacidad en los productos acabados del conocimiento humano, es difícil seguirla en las personas hasta su total separación.

Dificultad para separar el conocimiento del juicio (arte de la guerra)

Todo pensamiento es arte. Donde el lógico traza la raya, donde terminan los preliminares, que son un resultado del *conocimiento*, donde empieza el juicio, empieza el arte. Pero no basta con eso: incluso el reconocimiento del espíritu es a su vez juicio y en consecuencia arte, y al final puede que también el reconocimiento a

través de los sentidos. En una palabra: igual que un ser humano con mera capacidad de reconocimiento y sin juicio es tan inimaginable como lo contrario, así también el arte y el conocimiento nunca pueden separarse puramente el uno del otro. Cuando más se encarnen estos finos elementos luminosos en las *formas externas* del mundo, tanto más *separado* se hace su reino; y una vez más: allá donde el objetivo es crear y producir está el terreno del arte; la ciencia reina allá donde el objetivo es la indagación y el saber. Después de todo esto, se desprende por sí mismo que es más adecuado decir arte de la guerra que ciencia de la guerra.

Hablamos tanto de esto porque no se puede prescindir de estos conceptos. Pero afirmamos que la guerra no es ni un arte ni una ciencia propiamente dichos, y que precisamente este punto inicial en sus concepciones del que se ha partido ha llevado en una dirección errónea, ha causado una involuntaria equiparación de la guerra con otras artes o ciencias y un montón de analogías incorrectas.

Esto se ha sentido tempranamente, y por eso se afirma que la guerra es un oficio; pero con esto se pierde más de lo que se gana, porque un oficio no es más que un arte *menor*, y como tal también está sometido a leyes más concretas y estrictas. De hecho, durante un tiempo el arte de la guerra se movió dentro del espíritu de un oficio, concretamente en la época de los *condottieri*. Pero no tenía esa orientación por motivos *internos,* sino *externos,* y la Historia bélica demuestra lo poco natural y satisfactorio que fue durante esa época.

La guerra es un acto de comercio humano

Decimos pues que la guerra no entra en el ámbito de las artes y las ciencias, sino en el ámbito de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses que se resuelve de manera sangrienta, y sólo en eso se distingue de otros. Mejor que con cualquier arte se podría comparar con el comercio, que también es un conflicto de intereses y actividades humanas, y le está *mucho* más próxima la política, que a su vez puede ser considerada una especie de comercio a gran escala. Además, es el seno en el que se desarrolla la guerra; en ella se encuentran ya ocultamente apuntadas sus líneas, lo mismo que las cualidades de las criaturas humanas están en sus semillas.

Diferencia

La diferencia esencial estriba en que la guerra no es una actividad de la voluntad que se manifiesta hacia una materia muerta,

como las artes mecánicas, o hacia un objeto vivo, pero paciente y que se entrega, como el espíritu y el sentimiento humanos en las artes ideales, sino hacia un objeto vivo y que *reacciona*. Salta a la vista lo poco que se adapta una actividad así al esquema mental de las artes y las ciencias, y se comprende al mismo tiempo que la constante búsqueda de, y aspiración a, leyes que puedan desarrollarse de forma similar a partir del muerto mundo de los cuerpos, haya tenido que conducir a constantes errores. Y sin embargo, es precisamente a las artes mecánicas a las que el arte de la guerra ha querido imitar. En el caso de las ideales la imitación estaba vetada por sí misma, porque aún se sustraen demasiado ellas mismas a leyes y normas, y las hasta ahora ensayadas, reconocidas una y otra vez como insuficientes y unilaterales, han sido sin cesar socavadas y arrastradas por la corriente de las opiniones, sentimientos y costumbres.

Si semejante conflicto de lo vivo como el que se produce y resuelve en la guerra ha de ser sometido a leyes generales, y si de éstas se puede desprender un hilo conductor útil para la acción, es lo que ha de analizarse en parte en este libro; pero está claro que éste, como cualquier objeto que no supera nuestra capacidad de comprensión, puede ser iluminado y dejado más o menos claro en sus relaciones internas por un espíritu investigador, y ya sólo esto basta para hacer realidad el concepto de teoría.

CAPÍTULO CUARTO

METODISMO

Para explicarnos con claridad acerca del concepto del método y del metodismo, que tan gran papel representan en la guerra, tenemos que permitirnos echar un fugaz vistazo a la jerarquía lógica por la que el mundo de la acción está regido igual que por autoridades constituidas.

Ley, el concepto más general, igual de adecuado para el conocimiento y la acción, tiene en su significado al parecer algo de subjetivo y arbitrario, y sin embargo expresa precisamente aquello de lo que dependemos nosotros y las cosas al margen de nosotros. La ley, como objeto del conocimiento, es la relación de las cosas y sus efectos entre sí; como objeto de la voluntad, es una determinación de la acción, y entonces significa lo mismo que el *mandato* y la *prohibición*.

Principio es asimismo una ley de la acción, pero no en su *sentido definitivo y formal,* sino que es tan sólo el espíritu y el sentido de la ley, para dar al juicio más libertad de aplicación allá donde la variedad del mundo real no se deja aprehender bajo la forma definitiva de una ley. Como el juicio tiene que motivar en sí mismo los casos en los que no se aplica el principio, se convierte en un verdadero *punto de apoyo* o norte para el actuante.

El principio es *objetivo* cuando es el resultado de una verdad objetiva y en consecuencia igual de válido para todos; es *subjetivo*, y entonces se le llama normalmente máxima, cuando en él concurren circunstancias subjetivas y por tanto sólo tiene cierto valor para aquel al que conviene.

Regla se toma con frecuencia en el sentido de ley, y entonces equivale a principio, porque se dice: no hay regla sin excepción, pero no se dice: no hay ley sin excepción; una señal de que a la regla se le reserva una aplicación más libre.

En otro sentido, se utiliza regla como medio de reconocer una verdad más profunda en una sola característica al alcance de alguien

para enlazar con esa sola característica la ley de acción aplicable a toda la verdad. De ese tipo son todas las reglas de juego, todos los procedimientos abreviados de la matemática, etc.

Normas e indicaciones son una determinación de la acción que afecta a un montón de pequeñas circunstancias que señalan con mayor detalle el camino, y que serían demasiado numerosas e insignificantes para ser leyes generales.

Finalmente, *método, procedimiento* es una forma de proceder elegida entre varias posibles, siempre recurrente, y *metodismo es* cuando en vez de por principios generales o normas individuales la acción viene determinada por métodos. Necesariamente, los casos puestos bajo un método así tienen que ser considerados iguales en sus elementos esenciales; como no pueden serlo en todos, se trata de que por lo menos lo sean *en todos los posibles;* en otras palabras: de que el método sea calculable conforme a los casos más probables. El metodismo no se basa pues en determinadas premisas individuales, sino en la *probabilidad media* de los casos transmitidos, y persigue establecer una verdad promedio cuya aplicación constante y uniforme alcance pronto algo de la naturaleza de una habilidad mecánica, que finalmente acaba haciendo lo correcto casi inconscientemente.

Se puede prescindir adecuadamente del concepto de ley en relación con el conocimiento porque las manifestaciones conexas de la guerra no son tan regulares, y las regulares no están tan conexas, como para ir con ese concepto mucho más lejos que con la simple verdad. Pero allá donde la simple concepción y discurso bastan, la concepción *conectada y potenciada* se vuelve preciosista y pedante. La teoría de la guerra no puede utilizar el concepto de ley en relación con la acción, porque no hay en ella determinación alguna, dado el cambio y la variedad de sus manifestaciones, que fuera lo bastante general como para merecer el nombre de ley.

Sin embargo, principios, reglas, normas y métodos son conceptos imprescindibles para la teoría de la guerra, en tanto que ésta conduce a doctrinas positivas, porque en ella la verdad sólo puede unirse a tales formas de cristalización.

Como la táctica es aquella parte de la guerra en que la teoría más puede convertirse en doctrina positiva, aquellos conceptos aparecerán con mayor frecuencia en ella.

La caballería no se usará sin necesidad contra una infantería que aún guarda su orden; las armas de fuego sólo se emplearán cuando empiecen a tener una eficacia cierta; en el combate, se ahorrarán las fuerzas todo lo posible para el final: estos son principios tácticos. Todas estas disposiciones no se pueden aplicar de manera absoluta a cada caso, pero el actuante tiene que tenerlas presentes para no perder la utilidad de la verdad contenida en ellas allá donde pueda tener vigencia.

Cuando del inusual rancho de un cuerpo enemigo se desprende que va a emprender la marcha, cuando la libre disposición de las tropas en el combate apunta a la existencia de un falso ataque: a esa forma de reconocer la verdad se le llama regla, porque de una sola circunstancia visible se desprende la intención que subyace a ella.

Si es una regla atacar con renovada energía al enemigo en cuanto empieza a desplazar sus baterías en un combate, a esta sola manifestación se une una determinación de la acción que está orientada a todo el estado del adversario, adivinado por ese circunstancia, y es que quiere abandonar la batalla, comienza el repliegue, y durante ese repliegue ni es capaz de oponer plena resistencia ni, como en la retirada misma, es capaz de eludir lo bastante el combate.

Las *normas y métodos* aportan a la dirección de la guerra las teorías que sirven para prepararla, porque se inoculan como principios activos a las fuerzas de combate instruidas. Todos los reglamentos de formación, instrucción y servicio en campaña son normas y métodos; en el reglamento de instrucción predominan las primeras, en el de servicio en campaña los últimos. A estas cosas se vincula la dirección de la guerra propiamente dicha, que las asume pues como procedimientos dados, y como tales tienen que aparecer en la teoría de la dirección de la guerra.

Sin embargo, para las actividades libres en el uso de esas fuerzas no se pueden dar normas, es decir, instrucciones determinadas, precisamente porque éstas excluyen el libre uso. En cambio los métodos, como forma general de ejecución de las tareas que se presentan, y que, como hemos dicho, están calculados sobre la probabilidad media, como un dominio de los principios y reglas llevado a la práctica, pueden aparecer en todo caso en la teoría de la guerra, mientras no se presenten como otra cosa que lo que son, no como construcciones absolutas y necesarias de la acción (sistemas),

sino como las mejores formas generales que pueden colocarse en el lugar de la decisión individual como camino más corto y con las que se puede contar.

La frecuente aplicación de los métodos parecerá también altamente esencial e inevitable en la guerra si se tiene en cuenta que muchas acciones se producen basándose en meras suposiciones o en la total ignorancia, bien porque el enemigo impide conocer todas las circunstancias que influyen en nuestras disposiciones o porque no hay tiempo para ello, de forma que, aunque se conocieran tales circunstancias, sería imposible ajustar a ellas las disposiciones, dada su amplitud y excesiva complejidad, y por tanto nuestras medidas siempre tienen que estar pensadas para cierto número de posibilidades. Si se piensa en el sinnúmero de pequeñas circunstancias que forman parte de un caso individual y han de ser tenidas en cuenta, y que no hay otro medio que imaginar las unas trasladadas a las otras y construir tan sólo sobre lo general y probable de sus disposiciones; si se tiene en cuenta, por fin, que dada la acelerada progresión del número de mandos conforme se desciende en la pirámide se puede confiar tanto menos en el buen criterio y el juicio formado de cada uno de ellos, y que allá donde no se pueden aplicar otros criterios que los que dan las normas y la experiencia hay que salir al paso con un metodismo que limite con ellos. Éste será un punto de apoyo para el juicio y a la vez un obstáculo a las ideas disparatadas y falsas, que son de temer en un ámbito en el que la experiencia es tan costosa de adquirir.

Aparte de esta imprescindibilidad del metodismo, también tenemos que reconocerle una ventaja positiva. Mediante la práctica de sus formas siempre recurrentes se alcanza *eficacia, precisión* y *seguridad* en la dirección de las tropas, lo que disminuye la fricción natural y hace que la máquina funcione con mayor facilidad.

Los métodos se necesitan tanto más, se vuelven tanto más imprescindibles, cuanto más desciende la actividad, pero disminuyen hacia arriba, hasta perderse por entero en los escalones supremos. Por eso estará más en su elemento en la táctica que en la estrategia.

La guerra, en sus supremas determinaciones, no consiste en *una cantidad infinita de pequeños acontecimientos* que se superponen en sus diferencias y por tanto pueden ser mejor o peor controlados con un método mejor o peor, sino en *grandes acontecimientos aislados y decisivos* que requieren un tratamiento individual. No es

un campo lleno de espigas que se siega mejor o peor con una hoz mejor o peor, sin fijarse en cada una de ellas, sino que son grandes árboles a los que hay que aplicar el hacha con reflexión, según la condición y orientación de cada tronco.

Naturalmente, hasta dónde llega la admisibilidad del metodismo en la actividad bélica no se decide según los puestos, sino según las cosas, y que los puestos altos se vean menos afectados por él tan sólo se debe a que se dedican a los objetos de actividad más amplios. Un orden de batalla permanente, una disposición permanente de las vanguardias y puestos avanzados, son métodos con los que el general no sólo ata las manos de sus subordinados, sino que se ata también las suyas en ciertos casos. Desde luego pueden ser invención suya y adaptadas a las circunstancias, pero pueden también ser objeto de la teoría cuando se basan en las condiciones generales de las tropas y armas. En cambio, todo método que establece planes de guerra y de campaña y que parece suministrado por una máquina será desechable de antemano.

CAPÍTULO QUINTO

CRÍTICA

La incidencia de las verdades teóricas en la vida práctica siempre se alcanza más por la crítica que por la enseñanza; porque allá donde la crítica es una aplicación de la verdad teórica a los acontecimientos reales no sólo los acerca a la vida, sino que acostumbra al entendimiento a esas verdades por la constante recurrencia de sus aplicaciones. Por eso, consideramos necesario establecer, junto al punto de vista de la teoría, el de la crítica.

De la sencilla narración de un acontecimiento histórico, que se limita a exponer las cosas una tras otra y toca como máximo sus conexiones causales, distinguimos la narración *crítica*.

En ella pueden aparecer tres actividades distintas del entendimiento.

En primer lugar, la averiguación y constatación histórica de los hechos dudosos. Esta es la investigación histórica propiamente dicha, y no tiene nada en común con la teoría.

En segundo lugar, la derivación del efecto de las causas. Ésta es la *investigación crítica propiamente dicha*; es imprescindible para la teoría, porque todo lo que en la teoría ha de ser constatado, apoyado o siquiera explicado por la experiencia sólo puede hacerse por esta vía.

En tercer lugar, el análisis de los medios empleados. Ésta es la verdadera crítica, que contiene elogio y reproche. Aquí es la teoría la que sirve a la Historia, o más bien a la enseñanza que hay que obtener de ella.

En estas dos últimas partes, realmente críticas, de la investigación histórica, todo depende de seguir las cosas hasta sus elementos últimos, es decir, hasta las verdades indudables, y no, como ocurre con tanta frecuencia, hasta medio camino, es decir, quedándose en alguna postura o presupuesto arbitrarios.

En lo que concierne a la derivación de los efectos a partir de las causas, encuentra a menudo una dificultad exterior e insuperable, y

es que no se conocen las verdaderas causas. En ninguna circunstancia de la vida ocurre esto con tanta frecuencia como en la guerra, donde los acontecimientos raras veces se conocen por completo, y menos aún los motivos, que o bien los actuantes ocultan intencionadamente o, si fueron muy pasajeros y casuales, también pueden perderse para la Historia. De ahí que la mayoría de las veces la narración crítica tenga que ir de la mano con la investigación histórica, y que a menudo haya tal desproporción entre causa y efecto que no esté facultada para considerar los efectos consecuencias necesarias de las causas conocidas. Tienen pues que producirse necesariamente lagunas, es decir, tiene que haber éxitos históricos que no puedan ser utilizados como enseñanza. Todo lo que puede exigir la teoría es que la investigación sea llevada decididamente hasta esa laguna y suspenda en ella todas sus conclusiones. Sólo se produce un verdadero mal cuando lo conocido ha de bastar a toda costa para explicar los efectos, es decir, cuando se le atribuye una importancia errónea.

Aparte de esta dificultad, la investigación crítica tiene otra muy grande de orden interno: que los efectos en la guerra raras veces se desprenden de una causa simple, sino de varias comunes, y que por tanto no basta con seguir, con voluntad honesta e imparcial, la serie de los acontecimientos hasta sus comienzos, sino que hay además que asignar su parte a cada una de las causas existentes. Esto conduce a un análisis más preciso de su naturaleza, y de ese modo una investigación crítica puede llevar al verdadero terreno de la teoría.

El *análisis* crítico, es decir, el examen de los medios, conduce a la cuestión de cuáles son los verdaderos efectos de los medios aplicados, y de si esos efectos eran la intención del actuante.

Los verdaderos efectos de los medios conducen al análisis de su naturaleza, es decir, otra vez al campo de la teoría.

Hemos visto que en la crítica todo depende de llegar hasta verdades indudables, es decir, de no detenerse en postulados arbitrarios que no son válidos para otros y a los que luego se contraponen otras afirmaciones quizá igualmente arbitrarias, de forma que el ir y venir de los razonamientos no se acaba y el conjunto de ellos carece de resultado, es decir, de enseñanza.

Hemos visto que tanto el análisis de las causas como el de los medios conduce al campo de la teoría, es decir, al campo de la verdad

general, que no se desprende sólo de los casos individuales. Si hay una teoría utilizable, la consideración se basará en lo que en la misma esté claro y podrá suspender su análisis. Pero allá donde no hay una verdad teórica, el análisis tendrá que proseguir hasta los elementos últimos. Si esta necesidad se da a menudo, naturalmente el escritor tendrá, como suele decirse, que entregarse a ella, entonces tendrá trabajo a manos llenas, y casi no es posible que se detenga en todos los puntos con el celo necesario. La consecuencia es que, para poner límites a su consideración, se detiene en afirmaciones arbitrarias que, aunque no lo fueran realmente para él, seguirán siéndolo para los demás, porque no se entienden ni sustentan por sí mismas.

Una teoría útil es pues un fundamento esencial de la crítica, y es imposible que ésta llegue en general al punto en el que aporta enseñanza, es decir, que llegue a ser una demostración convincente y *sans réplique*, sin el apoyo de una teoría razonable.

Pero sería una ensoñación creer en la posibilidad de una teoría que se cuidara de las verdades abstractas y tan sólo dejara a la crítica la tarea de poner el caso bajo la ley adecuada; sería una pedantería ridícula prescribir a la crítica que diera la vuelta al llegar a las fronteras de la sagrada teoría. El mismo espíritu de investigación analítica que crea la teoría debe guiar el trabajo de la crítica, y puede ocurrir que a menudo penetre en el ámbito de la teoría y se explique aquellos puntos que le afectan especialmente. Viceversa, se puede errar la finalidad de la crítica cuando se convierte en aplicación carente de espíritu de la teoría. Todos los resultados positivos de la investigación teórica, todos los principios, reglas y métodos, carecen tanto más de generalidad y verdad absoluta cuanto más se convierten en doctrina positiva. Están ahí para ofrecerse al uso, y hay que dejar siempre reservado al juicio si son adecuados o no. La crítica nunca puede emplear tales resultados de la teoría como leyes y normas, sino tan sólo como lo que deben ser también para el actuante, *un punto de apoyo para el juicio*. Si en la táctica es cosa sabida que en el orden general de batalla la caballería no puede ir junto a la infantería, sino detrás de ella, sería necio condenar por eso toda desviación a este respecto; la crítica debe analizar los fundamentos de la desviación, y sólo si estos son insuficientes tiene derecho a invocar el fundamento teórico. Si además en la teoría está claro que un ataque dividido reduce la probabilidad del éxito, sería igualmente

irracional, allá donde coinciden un ataque dividido y un fracaso, considerar el último consecuencia del primero sin más análisis de si realmente ha sido así, o allá donde un ataque dividido ha tenido éxito deducir sin más a posteriori el carácter erróneo de aquella afirmación teórica. El espíritu analítico de la crítica no debe permitir ninguna de las dos cosas. La crítica se apoya principalmente en los resultados teóricos de la investigación analítica; lo que ya está decidido en ellos no tiene por qué constatarlo de nuevo, y se decide en ellos para que lo encuentre establecido.

Esa tarea de la crítica de analizar qué efecto se ha desprendido de las causas, y si un medio aplicado ha respondido a su finalidad, será fácil cuando causa y efecto, finalidad y medio, estén próximos.

Cuando un ejército es arrollado y por tanto no llega a hacer un uso ordenado e inteligente de sus facultades, el efecto del ataque no es dudoso. Si la teoría ha constatado que un ataque total conduce en la batalla a un éxito mayor, pero menos asegurado, cabe preguntarse si el que emplea el ataque total se ha fijado preferentemente como objetivo la magnitud del éxito; en ese caso el medio ha sido elegido de manera correcta. Pero si con eso ha querido hacer *seguro* su éxito, y este no se fundaba en las circunstancias individuales, sino en la naturaleza general del ataque total, como ha ocurrido en cien ocasiones, ha ignorado la naturaleza de ese medio y ha cometido un error.

Hasta aquí no es difícil hacer un análisis y examen crítico[30], y será fácil siempre que uno se limite a los efectos y fines más próximos. Esto se puede hacer de forma completamente arbitraria en cuanto se haga abstracción de las relaciones con el todo y sólo se quieran contemplar las cosas en estas condiciones.

Sin embargo, en la guerra, como en general en el mundo, todo lo que pertenece a un todo está relacionado, y en consecuencia toda causa, por pequeña que sea, se extenderá en sus efectos hasta el final del acto bélico y modificará el resultado final, por pequeño que sea. Igualmente tiene todo medio que alcanzar hasta la finalidad última.

Así pues, se pueden seguir los efectos de una causa mientras sus manifestaciones merezcan ser observadas, y del mismo modo se puede analizar un medio no sólo para su finalidad inmediata, sino también como medio para un fin superior, y subir así por la cadena de los fines subordinados hasta llegar a uno que no requiera análisis, porque su necesidad no sea dudosa. En muchos casos, especialmente

cuando se hable de grandes medidas decisivas, la consideración tendrá que alcanzar hasta la *finalidad última*, aquella que debe preparar inmediatamente la paz.

Está claro que a cada nueva estación de ese ascenso se llega a un nuevo punto de partida para el juicio, de manera que el mismo medio que en el anterior punto de partida parece ventajoso tiene que ser desechado al contemplarlo desde uno superior.

La investigación de las causas de las manifestaciones y el análisis de los medios que persiguen los fines tienen que ir siempre de la mano en la consideración crítica de un acto, porque la investigación de la causa sólo lleva a las cosas que merecen ser objeto de análisis.

Este seguir el hilo, hacia arriba y hacia abajo, está unido a importantes dificultades, porque cuanto más alejada esté de un asunto la causa que se busca, tanto más habrá que tener presentes otras causas a un tiempo, y compensarlas y discernir la parte que pueden haber tenido en los acontecimientos, porque cuanto más elevada está una manifestación, tanto más condicionada está por más fuerzas y circunstancias individuales. Cuando hemos averiguado las causas de una batalla perdida, desde luego hemos averiguado también una parte de las causas de las consecuencias que esa batalla perdida tuvo para el conjunto, pero sólo una parte, porque en el resultado final confluirán, según las circunstancias, más o menos efectos de otras causas.

Precisamente esa pluralidad de objetos se produce, al analizar los medios, cuanto más arriba esté el punto de partida; porque cuanto mayores sean los objetivos tanto mayor será el número de medios que se emplearán para alcanzarlos. La finalidad última de la guerra es perseguida por todos los ejércitos a la vez, y por tanto es necesario tomar en consideración todo lo que han hecho o podían hacer.

Bien se ve que a veces esto puede llevar a un vasto campo de consideración, en el que es fácil extraviarse y en el que impera la dificultad, porque hay que hacer multitud de presupuestos sobre aquellas cosas que no han ocurrido realmente, pero eran probables y por eso no podían quedar absolutamente fuera de consideración.

Cuando, en marzo de 1797, Bonaparte marchó con el ejército de Italia contra el archiduque Carlos ante Tagliamento, lo hizo con la intención de obligar a ese general a decidirse antes de que le llegaran los refuerzos que esperaba del Rin. Si se mira tan sólo la decisión

inmediata el medio estuvo bien elegido, y el éxito lo ha demostrado, porque en el archiduque era aún tan débil que sólo hizo un *intento* de resistencia en Tagliamento, y como vio a su adversario demasiado fuerte y decidido le cedió el campo y los accesos a los Alpes Nóricos. ¿Qué podía perseguir Bonaparte con ese *feliz éxito*? Penetrar hasta el corazón de la monarquía austriaca, facilitar la penetración a los dos ejércitos del Rin, mandados por Moreau y Hoche, y establecer contacto con ellos. Así vio Bonaparte la cuestión, y desde ese punto de vista tenía razón. Pero si la crítica se eleva a un punto de partida superior, el del Directorio francés, que podía y tenía que ver que la campaña del Rin no tenía previsto empezar hasta seis semanas después, la penetración de Bonaparte por los Alpes Nóricos sólo puede considerarse una exagerada osadía; porque si los austriacos hubieran tenido en Estiria, a ese lado del Rin, considerables reservas con las que el archiduque pudiera caer sobre el ejército de Italia, no sólo éste habría sido aniquilado, sino que también se habría perdido toda la campaña. Esta consideración, que se apoderó de Bonaparte en la región de Villach, le movió a tender tan de buen grado la mano al armisticio de Leoben.

Si la crítica se eleva un escalón más y sabe que los austriacos no tenían reserva alguna entre el ejército del archiduque Carlos y Viena, resulta que la penetración del ejército de Italia amenazó a Viena.

Suponiendo que Bonaparte hubiera conocido este descubierto de la ciudad y esa decidida superioridad que tenía en Estiria sobre el archiduque, su precipitación contra el corazón del Estado austriaco ya no habría carecido de finalidad, y el valor de la misma sólo habría dependido del valor que los austriacos dieran a la conservación de Viena; porque si éste era lo bastante grande como para preferir las condiciones de paz que Bonaparte tenía que ofrecerles, la amenaza sobre Viena habría de considerarse el objetivo último. Si Bonaparte lo hubiera sabido por cualquier motivo, la crítica puede detenerse aquí; pero si seguía siendo cuestión problemática, la crítica tiene que volver a elevarse a un punto de vista superior y preguntarse qué habría pasado si los austriacos hubieran entregado Viena y se hubieran retirado a la gran masa de sus Estados que aún estaba en sus manos. Pero esa pregunta, por fácil que sea de considerar, ya no puede ser respondida sin tomar en consideración los probables acontecimientos entre los dos ejércitos del Rin. Dada la decidida superioridad de los franceses (130.000 hombres contra 80.000), el

éxito en sí habría sido poco dudoso, pero se plantearía a su vez la cuestión de para qué emplearía ese éxito el Directorio francés, si para perseguir sus ventajas hasta las fronteras opuestas de la monarquía austriaca, es decir, hasta arruinar o someter ese poder, o sólo para conquistar una parte considerable de terreno como prenda de la paz. En ambos casos puede averiguarse el resultado probable para establecer, conforme a éste[31], la probable elección del Directorio francés. Suponiendo que el resultado de esta consideración fuera que las fuerzas francesas eran demasiado débiles para el total sometimiento del Estado austriaco, el intento habría causado por sí mismo un vuelco de los acontecimientos, e incluso la conquista y asentamiento en una parte importante del terreno habría llevado a los franceses a unas circunstancias estratégicas a cuya altura probablemente no estaban sus fuerzas: así que este resultado tiene que influir en la valoración de la situación en la que se encontraba el ejército de Italia, y justificar pocas esperanzas por su parte. Y es indiscutible que Bonaparte, incluso pudiendo apreciar la desvalida situación del archiduque, pudo concluir la Paz de Campoformio sobre condiciones que no imponían a los austriacos mayor sacrificio que la pérdida de provincias que no hubieran reconquistado ni después de la más feliz de las campañas. Pero los franceses no hubieran podido contar ni con esa modesta Paz de Campoformio, y por tanto no hubieran podido hacerla objetivo de su osado avance, si no se hubieran hecho dos consideraciones; la primera reside en la cuestión de qué valor darían los austriacos a cada uno de los dos resultados, si a pesar de la probabilidad de un éxito final que residía en ambos, habrían hecho el sacrificio vinculado a ellos, es decir, la continuación de la guerra, que podían evitar mediante una paz hecha en condiciones no demasiado desventajosas. La segunda consideración se basa en esta otra pregunta: si el Gobierno austriaco hubiera llevado su superioridad tan lejos como para analizar debidamente los últimos éxitos posibles de sus adversarios[32], para no dejarse arrastrar al desánimo por la impresión de la momentánea mala situación.

La consideración que hace al objeto de esta primera pregunta no es una sutileza ociosa, sino de un decidido peso práctico, que se da cuando estamos ante un plan de máximos, y que es la que con más frecuencia impide la ejecución de tales planes.

La segunda consideración también es necesaria porque la guerra no se libra contra un adversario abstracto, sino contra uno real, al que siempre hay que tener presente. Y sin duda al osado Bonaparte no le faltó este punto de vista, es decir, no le faltó la confianza que ponía en el terror que precedía a su espada. La misma confianza le llevó en el año 1812 a Moscú. Aquí le dejó en la estacada; el horror se había desgastado un poco en sus gigantescos combates; en el año 1797 aún era nuevo, y el secreto de la fuerza de una resistencia llevada hasta el extremo aún no se había inventado, pero no por eso su osadía hubiera dejado de llevarle a un resultado negativo también en el año 1797 si, como hemos dicho, no hubiera escogido al presentirlo la escapatoria de la moderada Paz de Campoformio.

Tenemos que interrumpir aquí esta consideración; bastará para atestiguar a modo de ejemplo el amplio alcance, la variedad y la dificultad que puede llegar a tener una consideración crítica cuando se sigue hasta sus últimas consecuencias, es decir, cuando se habla de medidas de corte grande y decisivo, que necesariamente tienen que llegar así de lejos. Se partirá de la base de que aparte del análisis teórico del objeto el talento natural tiene que tener también gran influencia en el valor de una consideración crítica, porque de éste dependerá principalmente llevar luz al conjunto de cosas y distinguir los esenciales de entre los innumerables vínculos que hay entre las circunstancias.

Pero también se necesita un talento de otro tipo. La consideración crítica no es sólo un análisis de los medios realmente empleados, sino *de todos los posibles,* que por tanto han de ser apuntados por primera vez, es decir, inventados, y nunca se podrá rechazar un medio si no se sabe indicar otro mejor. Por pequeño que pueda ser el número de las combinaciones posibles en la mayoría de los casos, no se puede negar que la relación de las no empleadas no es un mero análisis de lo existente, sino una creación autónoma que no se puede prescribir, sino que depende de la fertilidad del espíritu.

Estamos muy lejos de ver el campo de la gran genialidad, donde todo se puede atribuir a muy pocas combinaciones, posibles en la práctica y muy sencillas; consideramos indescriptiblemente ridículo contemplar como un rasgo de gran genialidad el eludir una postura en aras de la invención, como tantas veces ha ocurrido, pero no por ello es menos necesario ese acto de autonomía creativa, y el valor de la consideración crítica se ve sustancialmente codeterminado por él.

Cuando Bonaparte, el 30 de julio de 1796, tomó la decisión de levantar el sitio de Mantua para salir al paso de Wurmser y batir por separado con fuerzas reunidas a sus columnas, separadas por el lago de Garda y el Mincio[33], esto pareció la vía más segura para obtener espléndidas victorias. Tales victorias tuvieron lugar, y en los posteriores intentos de enviar refuerzos se repitieron aún más brillantes con los mismos medios. En estos casos sólo se oye una voz, la de la unánime admiración.

Sin embargo, el 30 de julio Bonaparte no podía tomar ese camino sin abandonar por completo la idea del sitio de Mantua, porque era imposible salvar el tren de sitio, y en esa campaña no se podía conseguir un segundo. De hecho, el sitio se convirtió en mero bloqueo, y la plaza, que de mantenerse el sitio habría caído en los primeros ocho días[34], resistió otros seis meses a pesar de todas las victorias de Bonaparte en campo abierto.

La crítica ha visto tal cosa como un mal enteramente inevitable porque no sabía indicar mejor forma de resistencia. La resistencia contra los repuestos que se aproximan dentro de una línea de circunvalación había caído de tal modo en el descrédito y en el desprecio que era un recurso en el que nadie pensaba. Sin embargo, en tiempos de Luis XIV había cumplido tantas veces su finalidad que sólo cabe calificar de moda que a nadie se le ocurriera que cien años después *tenía al menos que entrar en consideración*. Si se hubiera admitido esa posibilidad, el análisis de las circunstancias habría dado como resultado que 40.000 hombres de la mejor infantería del mundo, que Bonaparte podía situar en una línea de circunvalación delante de Mantua, tenían tan poco que temer, con un fuerte atrincheramiento, a los 50.000 austriacos que Wurmser llevaba como refuerzos, que difícilmente éste hubiera hecho siquiera un intento de atacar sus líneas. No vamos a entregarnos a demostrar aquí esta afirmación, pero creemos haber dicho lo suficiente como para dar a este recurso el derecho a competir. No vamos a decidir aquí si Bonaparte pensó en este medio al actuar; en sus memorias y demás fuentes impresas no hay rastro de ello; toda la crítica posterior no ha pensado en ello porque su visión había quedado completamente alterada por esa medida. El mérito de recordar este recurso no es grande, porque sólo hace falta separarse de la arrogancia de la moda para reparar en él; pero es necesario reparar en él para tomarlo en consideración y compararlo con el medio que

Bonaparte empleó. Sea cual sea el resultado de esa comparación, la crítica no puede dejar de hacerla.

Cuando en febrero de 1814, ante el ejército de Blücher y después de haberle vencido en los combates de Etoges, Champaubert, Montmirail, etc., Bonaparte renunció a perseguirlo para volverse contra Schwarzenberg y batir a su cuerpo de ejército en Montereau y Mormant, todo el mundo se mostró lleno de admiración porque Bonaparte, precisamente en ese ir y venir de su fuerza principal, hizo un brillante uso del error que subyacía al proceder separado de los aliados; si ese brillante golpear en todas direcciones no le salvó, suele creerse, al menos no fue culpa suya. Hasta ahora nadie ha planteado la pregunta de cuál habría sido el éxito si no se hubiera vuelto contra Schwarzenberg, sino que hubiera seguido dirigiendo sus golpes contra Blücher y lo hubiera perseguido hasta el Rin. Nosotros estamos convencidos de que se hubiera producido un vuelco total de la campaña y el gran ejército, en vez de ir a París, hubiera vuelto a cruzar el Rin. No exigimos que se comparta esa convicción con nosotros, pero ningún experto pondrá en duda que la crítica tiene que discutir esta alternativa una vez que ha sido mencionada.

Aquí, el medio de comparación estaba mucho más a mano que en el caso anterior; sin embargo, se ha desperdiciado porque se siguió ciegamente una orientación unilateral y no se tuvo imparcialidad alguna.

De la necesidad de indicar un medio mejor en lugar de uno desechado ha surgido la clase de crítica que se utiliza casi en exclusiva, que se conforma con la mera indicación del procedimiento supuestamente mejor y no aporta la prueba propiamente dicha. La consecuencia es que no todo el mundo se convence, que otros hacen lo mismo, y surge la disputa carente de punto de apoyo para el razonamiento. Toda la literatura bélica rebosa de estas cosas.

La prueba que exigimos es necesaria allá donde la ventaja del medio propuesto no es tan evidente como para no admitir duda alguna, y consiste en analizar las peculiaridades de cada uno de los dos medios y compararlos con el fin. Una vez conducido el asunto a verdades tan simples, la disputa tiene que terminar al fin, o conduce al menos a nuevos *resultados*, mientras en la otra clase el pro y el contra se consumen.

Si, por ejemplo, no quisiéramos conformarnos con esto y, en el último caso propuesto, demostrásemos que la incesante persecución

de Blücher hubiera sido mejor que volverse contra Schwarzenberg, nos apoyaríamos en las siguientes y sencillas verdades:

1. En general, es más ventajoso proseguir los golpes en una dirección que llevar las fuerzas de un lado a otro, porque este ir de un lado para otro conlleva pérdida de tiempo y porque allá donde la moral ya ha quedado debilitada por pérdidas importantes es más fácil obtener nuevos éxitos, y por tanto no se deja sin emplear una parte de la ventaja conseguida.
2. Porque Blücher, aunque más débil que Schwarzenberg, era el más importante por su espíritu emprendedor, y por tanto era el centro de gravedad que arrastra consigo el resto.
3. Porque las pérdidas que Blücher había sufrido eran comparables a una derrota, y ello había producido tal ventaja de Bonaparte sobre él que la retirada hasta el Rin era indudable, porque en esa línea se encontraban importantes refuerzos.
4. Porque ningún otro posible éxito habría causado un efecto tan terrible, se habría mostrado tan gigantesco a la imaginación, cosa muy importante en un mando indeciso y titubeante, como era notorio en el caso de Schwarzenberg. El príncipe de Schwarzenberg tenía que saber con bastante exactitud las pérdidas sufridas por el príncipe heredero de Württemberg en Montereau y por el conde Wittgenstein en Mormant; en cambio, las desgracias sufridas por Blücher en su línea apartada y aislada entre el Marne y el Rin sólo le habría llegado a través de la bola de nieve del rumor. La dirección desesperada que Bonaparte tomó a fines de marzo hacia Vitry para intentar producir un efecto sobre los aliados mediante la amenaza de un giro estratégico estaba evidentemente basada en el principio del terror, pero en circunstancias del todo distintas, después de haber fracasado en Laon y Arcis, y encontrándose Blücher junto a Schwarzenberg con 100.000 hombres.

Desde luego, habrá gente a la que estos motivos no convenzan, pero por lo menos no podrán replicarnos: «Mientras Bonaparte amenazaba la base de Schwarzenberg con su avance hacia el Rin,

Schwarzenberg amenazaba París, es decir, la base de Bonaparte», porque con las razones expuestas arriba hemos querido demostrar que Schwarzenberg no se habría planteado marchar sobre París.

En el ejemplo de la campaña de 1796 que hemos mencionado, diríamos: Bonaparte consideró el camino que tomaba el más seguro para batir a los austriacos; aunque lo fuera, la finalidad alcanzada con él fue una fama vacía, que en el caso de Mantua apenas pudo tener una influencia perceptible. El camino que nosotros proponemos era a nuestros ojos mucho más seguro para impedir el socorro; pero si, pensando como el general francés, no lo consideramos así, sino que queremos ver menos seguridad de éxito, habría que devolver la cuestión a que en un caso se pondría en la balanza un éxito más probable pero menos útil, es decir, mucho menor, y en el otro un éxito no del todo probable, pero mucho mayor. Si se plantea el asunto de esta forma, la audacia habría tenido que declararse a favor de la segunda solución, lo que, considerando superficialmente el asunto, fue justo lo contrario de lo que ocurrió. Sin duda Bonaparte no tenía la intención menos audaz, y no cabe dudar de que no tuvo claro la naturaleza del caso hasta este punto y pasó por alto las consecuencias que la experiencia nos ha enseñado a nosotros.

Es natural que a la hora de considerar los medios la crítica tenga que apoyarse con frecuencia en la Historia bélica, porque en el arte de la guerra la experiencia vale más que cualquier verdad filosófica. Pero esta prueba histórica tiene, desde luego, sus propias condiciones, que mencionaremos en capítulo aparte, y por desgracia esas condiciones se cumplen tan raras veces que en la mayoría de los casos la referencia histórica sólo contribuye a aumentar la confusión de los conceptos.

Ahora tenemos que considerar otro objeto importante, a saber: hasta qué punto le está permitido a la crítica o es incluso su deber hacer uso, a la hora de valorar un caso aislado, de su mejor visión de las cosas y por tanto también de lo que ha demostrado el éxito; o cuándo y dónde está obligada a hacer abstracción de estas cosas para ponerse con toda exactitud en la posición del actuante.

Si la crítica quiere expresar elogio y reproche hacia el actuante, tiene que tratar de ponerse exactamente en su punto de vista, es decir, de reunir todo lo que sabía y motivó su actuación, y prescindir en cambio de todo lo que el actuante no podía saber o no sabía, es

decir, ante todo, del éxito. Sólo que esto es un objetivo al que se puede aspirar, pero que nunca se puede alcanzar del todo, porque nunca el estado de cosas del que parte una circunstancia está con tanta precisión ante los ojos de la crítica como estaba ante los ojos del actuante. Una multitud de pequeñas circunstancias que pudieron tener influencia sobre la decisión se han perdido, y algún motivo subjetivo no se ha expresado nunca. Estos últimos sólo se conocen por las memorias del actuante o personas muy próximas a él, y a menudo las cosas se tratan en esas memorias de manera muy amplia, y puede que intencionadamente insincera. Así que a la crítica siempre tiene que escapársele mucho que el actuante tenía presente.

Por otra parte, es aún más difícil que haga abstracción de lo que sabe de más. Esto sólo es fácil en relación con todas las circunstancias casuales, es decir, no fundadas en la situación misma, que se han inmiscuido, pero es muy difícil y nunca se puede alcanzar del todo en lo que respecta a todas las cosas esenciales.

Hablemos primero del éxito. Si no ha surgido de cosas casuales, es casi imposible que su conocimiento no tenga influencia sobre la valoración de las cosas de las que ha surgido, porque vemos esas cosas a su luz y en parte sólo a través de él las conocemos y apreciamos del todo. La Historia bélica es, con todas sus manifestaciones, una *fuente de enseñanza* para la crítica, y es natural que ilumine las cosas con la luz que ha surgido de su contemplación del todo. Si en algunos casos tuviera la intención de prescindir de ellas, nunca lo lograría por completo.

Pero esto no ocurre sólo con el éxito, es decir, con lo que se produce después, sino también con lo ya existente, es decir, con los datos que determinan la acción. Se podría creer que es fácil prescindir por entero de ellos, y sin embargo no es así. Porque el conocimiento de las circunstancias precedentes y simultáneas no se basa sólo en determinadas noticias, sino en un gran número de conjeturas o presupuestos, no hay casi ninguna noticia sobre cosas no del todo casuales a la que no haya precedido ya un presupuesto o conjetura que represente a cierta noticia cuando no se tiene. Es comprensible que la crítica posterior, que de hecho conoce todas las circunstancias precedentes y simultáneas, se deje sobornar por ellas cuando se pregunta cuál de las circunstancias no conocidas habría considerado probable en el momento de la acción. Afirmamos que

aquí la total abstracción es tan imposible como en el caso del éxito, y por las mismas razones.

Así que, si la crítica quiere expresar elogio o reproche sobre un acto o acción concreta, siempre logrará sólo hasta un cierto punto ponerse en el lugar del actuante. En muchos casos podrá hacerlo hasta un grado suficiente para la necesidad práctica; en algunos casos no, y eso no se puede perder de vista.

Pero no es ni necesario ni deseable que la crítica se identifique por entero con el actuante. En la guerra, como en general en la acción que exige destreza, se necesitan unas dotes naturales formadas a las que se da el nombre de virtuosismo. Éstas pueden ser grandes y pequeñas. En el primer caso, pueden superar fácilmente las del crítico; porque, ¡qué crítico afirmaría poseer el virtuosismo de un Federico o un Bonaparte! Pero si la crítica no ha de abstenerse de toda manifestación acerca de un gran talento tiene que estarle permitido hacer uso de las ventajas de su mayor amplitud de horizontes. Así que la crítica no puede atribuir a un gran general la solución de su tarea con los mismos datos que un ejemplo de cálculo, sino que tiene que reconocer admirativamente lo que estaba fundado en la superior actividad de su genio por su éxito y por el seguro acierto de sus manifestaciones, y conocer tan sólo desde el punto de vista fáctico la relación esencial que intuía la mirada del genio.

Pero para cualquier virtuosismo, por pequeño que sea, es preciso que la crítica se encuentre en un punto de partida superior para que, rica en fundamentos objetivos, sea lo menos subjetiva posible y el limitado espíritu del crítico no se convierta a sí mismo en medida.

Esta superior posición de la crítica, este elogio y reproche después de una completa comprensión del asunto, no tiene en sí nada que ofenda nuestro sentimiento, sino que lo tiene sólo cuando el crítico se inmiscuye personalmente y habla en un tono tal como si toda la sabiduría procedente de la total comprensión del asunto fuera obra de su singular talento. Por burdo que sea este engaño, la vanidad se lo juega fácilmente, y es natural que suscite disgusto en otros. Pero aún sucede con más frecuencia que esa arrogancia personal no esté en la intención del crítico y, si no toma expresas precauciones, sea tomada por tal por el apresurado lector, y surja al punto la acusación de falta de juicio.

Si, por tanto, la crítica señala errores de un Federico o un Bonaparte, no quiere eso decir que el que la ejerce no los hubiera

cometido, podría incluso admitir que en lugar de esos generales hubiera podido cometerlos mucho mayores, sino que reconoce[35] esos errores por el contexto de las cosas y exige de la sagacidad del actuante que hubiera debido verlos.

Es éste, pues, un juicio a través del contexto de las cosas y por tanto también *a través del éxito*. Pero hay una muy distinta impresión del éxito, que es la que se da cuando se emplea sencillamente como prueba a favor o en contra de la corrección de una medida. A esto se puede llamar juicio *por el éxito*. Semejante juicio parece a primera vista completamente injustificado, desechable, y sin embargo tampoco lo es.

Cuando Bonaparte avanzó hacia Moscú en 1812, todo dependía de si con la conquista de esa capital y lo que le había precedido podía mover a la paz al zar Alejandro, como le había movido a ella en 1807 tras la batalla de Friedland y al emperador Francisco de Austria en 1805 y 1809 después de las batallas de Austerlitz y Wagram; porque si no conseguía la paz en Moscú no le quedaba más que dar la vuelta, es decir, nada más que una derrota estratégica. Haremos abstracción de lo que Bonaparte había hecho para llegar hasta Moscú, y de si mucho de lo que podía decidir a la paz al zar Alejandro no estaba ya errado; vamos a prescindir también de las destructivas circunstancias que acompañaron la retirada, y que quizá tenían su causa en la dirección de toda la campaña. Siempre quedará la misma pregunta, porque aunque el resultado de la campaña hasta Moscú hubiera podido ser mucho más brillante, seguiría quedando la duda de si el zar Alejandro se habría visto empujado a la paz, y aunque la retirada no hubiera llevado en sí tales principios de aniquilación nunca hubiera podido ser otra cosa que una gran derrota estratégica. Si el zar Alejandro hubiera aceptado una paz desventajosa, la campaña de 1812 estaría en la misma serie que las de Austerlitz, Friedland y Wagram. Pero, sin la paz, esas campañas habrían llevado probablemente a catástrofes similares. Por mucha que fuera pues la fuerza, habilidad y sabiduría que hubiera empleado el conquistador del mundo, la pregunta última por el destino seguiría siendo la misma en todos los casos. ¿Hay pues que despreciar las campañas de 1805, 1807 y 1809, y afirmar a causa de la de 1812 que fueron obra de la torpeza, que su éxito iba en contra de la naturaleza de las cosas y que en el año 1812 la justicia estratégica se abrió paso al fin contra la suerte ciega? Esa sería una opinión muy forzada, un juicio tiránico

del que habría que aportar al menos la mitad de la prueba, porque ninguna mirada humana está en condiciones de seguir el hilo de la necesaria relación de las cosas hasta llegar a la decisión del príncipe vencido.

Aún se puede decir menos que la campaña de 1812 merecía el éxito como las otras, y que el que no lo alcanzara se debió a algo inconveniente, porque no se puede considerar algo inconveniente la firmeza de Alejandro.

Qué más natural que decir que en los años 1805, 1807 y 1809 Bonaparte juzgó correctamente a sus adversarios, y en 1812 se equivocó; entonces tuvo razón, esta vez no, y en ambos casos *porque el éxito así lo demuestra*.

Toda acción en la guerra está orientada, como ya hemos dicho, sólo hacia éxitos probables, no seguros; lo que falta de certeza hay que dejarlo al destino o a la suerte, como se le quiera llamar. Desde luego, se puede exigir que esto ocurra lo menos posible, pero sólo en relación con el caso concreto; es decir, lo *menos posible en este caso concreto*, pero no que haya que preferir siempre el caso en el que la incertidumbre sea menor; eso sería un monstruoso error, como se desprenderá de todas nuestras consideraciones teóricas. Hay casos en los que la máxima audacia es la máxima sabiduría.

En todo lo que el actuante tiene que dejar en manos del destino, su mérito personal parece cesar por completo, y por tanto también su responsabilidad; sin embargo, no podemos sustraernos a un interior aplauso en cuanto la expectativa se cumple, y sentimos, cuando fracasa, un malestar del entendimiento *y una vez más el juicio de lo correcto y lo incorrecto no debe significar lo que desprendemos del mero éxito, o más bien lo que hallamos en él.*

Sin embargo, no se puede negar que el bienestar que nuestro entendimiento halla en el acierto y el disgusto que encuentra en el error se basan en el oscuro sentimiento de que entre ese éxito atribuido a la suerte y el genio del actuante hay una sutil relación, invisible al ojo del espíritu, que nos causa placer en la suposición. Lo que esta idea demuestra es que nuestro interés crece hasta un sentimiento más determinado cuando el acierto y el error se repiten a menudo en el mismo actuante. De este modo se vuelve comprensible cómo la suerte en la guerra adopta una naturaleza mucho más noble que la suerte en el juego. Cuando un guerrero con

suerte no dañe de algún modo nuestros intereses, le acompañaremos con gusto en su carrera.

Por tanto, después de haber considerado todo lo que forma parte del ámbito del cálculo y la convicción humanas, la crítica dará la palabra al resultado para la parte en la que la profunda relación secreta entre las cosas no se encarna en manifestaciones visibles, y protegerá este sigiloso dictamen de una legislación superior, por una parte, frente al tumulto de toscas opiniones, rechazando al tiempo por la otra los burdos abusos que puedan hacerse de esa suprema instancia.

Esta sentencia del éxito tiene pues que producir lo que no puede averiguar la inteligencia humana, y así, serán principalmente las fuerzas y efectos espirituales aquellas para las que se le reclame, en parte porque son las que menos se pueden valorar de manera fiable, en parte porque están tan próximas a la voluntad que son las que más fácilmente la determinan. Allá donde el temor o el valor arrastren consigo la decisión ya no habrá nada objetivo que acordar, y en consecuencia nada en lo que la inteligencia y el cálculo puedan salir al encuentro del probable éxito.

Ahora tenemos que permitirnos algunas consideraciones acerca del instrumento de la crítica, el lenguaje del que se sirve, ya que éste se mantiene en cierto modo al lado de la actuación en la guerra; porque la crítica analítica no es otra cosa que la reflexión que debe preceder a la acción. Por eso consideramos altamente esencial que el lenguaje de la crítica tenga el mismo carácter que tiene que tener la reflexión en la guerra; de lo contrario, dejaría de ser práctico y no daría a la crítica acceso a la vida.

En nuestra consideración sobre la teoría de la guerra hemos dicho que debe educar el espíritu del líder o más bien debe guiarle en su educación, ya que no está destinada a equiparle de doctrinas y sistemas positivos que él pudiera emplear como instrumentos del espíritu. Pero si en la guerra la construcción de líneas científicas auxiliares nunca es necesaria o tan siquiera admisible para la valoración de un caso, si la verdad no aparece en forma sistemática, si no se halla de forma *indirecta*, sino *directamente* por la mirada natural del espíritu, *también* tiene que ser así en la consideración crítica.

Sin duda hemos visto que en todas partes en que sería demasiado prolijo constatar la naturaleza de las cosas hay que

apoyarse en las verdades derivadas de la teoría. Sólo que, así como en la guerra el actuante presta más oídos a esas verdades teóricas cuando ha acogido su espíritu en el suyo que cuando las contempla como una rígida ley exterior, así también la crítica no debe servirse de ellas como de una ley extraña o una fórmula algebraica, cuya nueva verdad no hay que explorar para su aplicación, sino que siempre debe dejar que brille la verdad misma dejando a la teoría las pruebas más precisas y detalladas. De este modo evitará un lenguaje misterioso y oscuro y se moverá en el discurso sencillo, en una serie de ideas clara, es decir, siempre *visible*.

Desde luego esto no siempre se conseguirá del todo, pero tiene que ser la aspiración de la representación crítica. Tiene que utilizar lo menos posible las formas compuestas del conocimiento y no servirse nunca de la construcción de líneas científicas auxiliares como de un aparato de verdad propio, sino dejarlo todo a la mirada libre y natural del espíritu.

Pero esta pía aspiración, si se nos permite la expresión, ha predominado, desgraciadamente, en una minoría de consideraciones críticas; la mayoría sigue más bien oscilando entre una cierta vanidad y el ornato de las ideas.

El primer mal, con el que topamos a menudo, es una torpe y del todo inadmisible aplicación de ciertos sistemas unilaterales como si fueran una legislación en toda regla. Pero no es difícil demostrar la unilateralidad de un sistema así, y basta hacerlo para desechar de una vez por todas su sentencia. Aquí tenemos que vérnoslas con un objeto determinado, y como al final el número de sistemas posibles sólo puede ser pequeño, son en sí mismo el mal menor.

Mucho mayor es el perjuicio que subyace al séquito de *terminologías, expresiones artísticas y metáforas* que los sistemas arrastran consigo, y que rondan por doquier como chusma suelta, como el séquito de un ejército al separarse de su cuerpo principal. Aquel de entre los críticos que no se eleva a crear todo un sistema, o porque no se le ocurre ninguno o porque no ha llegado tan lejos como para conocer uno por entero, quiere al menos aplicar un trocito de vez en cuando como quien apoya una regla, para demostrar lo erróneo que fue el camino seguido por el general. La mayoría no sabe razonar siquiera sin emplear como punto de apoyo, aquí y allá, un fragmento así de teoría científica de la guerra. Los menores de estos fragmentos, que consisten en meras palabras artísticas y metáforas,

no son a menudo más que adornos del relato crítico. Ahora bien, forma parte de la naturaleza del caso el que todas las terminologías y expresiones artísticas que forman parte de un sistema pierdan su carácter correcto, si es que realmente lo tenían, en cuanto, arrancadas de dicho sistema, se emplean como axiomas generales o como pequeños cristales de verdad, con más fuerza probatoria que el discurso sencillo.

Así, ha ocurrido que nuestros libros teóricos y críticos, en vez de albergar una simple y sencilla reflexión en la que al menos el autor siempre sepa lo que dice y el lector lo que lee, hiervan de esas terminologías, que forman oscuras encrucijadas en las que el lector y el autor se separan. Pero a menudo son algo aún mucho peor; a menudo son cáscaras huecas, sin núcleo. El autor mismo ya no sabe con claridad lo que piensa y se tranquiliza con oscuras ideas que no le bastarían ni en el discurso sencillo.

Un tercer mal de la crítica es el abuso de los ejemplos históricos y del ornato de las lecturas. Ya nos hemos manifestado acerca de lo que es la Historia del arte de la guerra, y desarrollaremos nuestra idea con ejemplos y con la propia Historia en otros capítulos. Un hecho que sólo se toca de pasada puede ser empleado para defender *las posturas más opuestas,* y tres o cuatro, traídos de los más lejanos tiempos o países, de las más desiguales circunstancias, y acumulados, dispersan y confunden el juicio en la mayor parte de los casos sin tener la menor fuerza probatoria; porque, cuando son contemplados a la luz, no suelen ser más que trastos viejos y la intención del autor de adornarse con lecturas.

¿Qué se puede obtener para la vida práctica de esas oscuras, semiciertas, confusas y arbitrarias concepciones? Tan poco que la teoría se convierte, cuando existe, en auténtico opuesto de la práctica y no pocas veces en escarnio de aquellos a los que no se podía negar gran capacidad en el campo de batalla.

Esto no habría ocurrido si la teoría hubiera tratado de establecer aquello que se puede establecer, con un discurso sencillo y una consideración natural de los objetos que hacen la dirección de la guerra; si, sin falsas pretensiones y sin la inadecuada pompa de las formas científicas y las composiciones históricas, se hubiera mantenido apegada a los hechos y hubiera ido de la mano de las gentes que en el campo de batalla deben guiar las cosas debido a la visión natural de su espíritu.

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE LOS EJEMPLOS

Los ejemplos históricos lo aclaran todo y, de paso, tienen la mejor fuerza probatoria en las ciencias experimentales. Este es el caso en el arte de la guerra más que en ningún otro. El general Scharnhorst, que es el que mejor ha escrito sobre la guerra en su manual, declara los ejemplos históricos lo más importante en esta materia, y hace un admirable uso de ellos. Si hubiera sobrevivido a la guerra en la que cayó, la cuarta parte de su reelaborada *Artillería* nos hubiera dado una prueba aún más bella de con qué espíritu de observación y enseñanza penetraba la experiencia.

Pero semejante uso de los ejemplos históricos raras veces lo hacen los escritores teóricos, más bien la forma en que se sirven de ellos es adecuado en la mayoría de los casos no sólo para no satisfacer, sino incluso para herir el entendimiento. Por eso consideramos importante prestar especial atención al uso correcto y al abuso de los ejemplos.

Indiscutiblemente, los conocimientos que subyacen al arte de la guerra forman parte de las ciencias experimentales; porque, aunque en su mayoría se desprendan de la naturaleza de las cosas, en la mayor parte de los casos hay que conocer esa naturaleza a través de la experiencia; además, su empleo se ve modificado por tantas circunstancias que sus efectos nunca pueden ser reconocidos por completo a partir de la mera naturaleza del medio.

El efecto de la pólvora, ese gran agente de nuestra actividad bélica, fue conocido meramente a través de la experiencia, y en esta hora todavía se trabaja sin cesar en experimentos para indagarlo con más exactitud. Que una bala de hierro a la que se ha dado mediante la pólvora una velocidad de 1.000 pies por segundo[36] destroza cualquier ser vivo que se encuentre en su trayectoria es evidente, no requiere experiencia alguna; pero ¡cuántos cientos de circunstancias accesorias que determinan con precisión este efecto sólo pueden ser conocidas a través de la experiencia! Y el efecto físico no es el único

al que tenemos que prestar atención; es el moral el que buscamos, y no hay otro medio para conocerlo y apreciarlo que la *experiencia*. En la Edad Media, cuando las armas de fuego habían sido apenas inventadas, el efecto físico era naturalmente mucho menor que ahora, debido a lo imperfecto del dispositivo, pero su efecto moral era mucho mayor. Hay que haber visto la firmeza de una de esas hordas que Bonaparte formó y acaudilló en sus conquistas, bajo el fuego de fusil más recio y persistente, para hacerse una idea de lo que es capaz de hacer una tropa forjada en la larga práctica del peligro cuando la abundancia de victorias la ha llevado al noble principio de plantearse a sí misma las más elevadas exigencias. Como mera idea, nunca se creería posible. Por otra parte, es una experiencia conocida que todavía hoy hay en los ejércitos europeos tropas como los tártaros, cosacos, croatas[37], cuyas hordas se ven dispersas siempre con un par de cañonazos. Pero ninguna ciencia experimental, y por tanto tampoco la teoría de la guerra, está en condiciones de acompañar siempre sus verdades con pruebas históricas; en parte sería imposible ya por la pura extensión, y en parte sería difícil rastrear la experiencia en sus distintas manifestaciones. Si en la guerra se encuentra que algún recurso se ha mostrado una vez muy eficaz, se repite; uno imita al otro, se convierte en moda, y de esta forma, apoyado en la experiencia, se usa y ocupa su lugar en la teoría, que se detiene en invocar en general la experiencia para indicar su origen en ella, pero no para demostrarla. Muy distinto es cuando hay que emplear la experiencia para rechazar un medio en uso, asentar uno dudoso o implantar uno nuevo; entonces hay que aportar ejemplos concretos de la Historia como prueba.

Cuando se considera más en detalle el uso de un ejemplo histórico, se desprenden cuatro puntos de vista fáciles de distinguir.

En primer lugar, se le puede utilizar como una mera *aclaración* del pensamiento. En toda consideración abstracta es muy fácil ser mal entendido o no entendido en absoluto; cuando el autor teme semejante cosa, un ejemplo histórico sirve para dar al pensamiento la luz que le falta y para asegurar que autor y lector siguen juntos.

En segundo lugar, puede servir como una *aplicación* del pensamiento porque un ejemplo ofrece ocasión de mostrar el tratamiento de aquellas circunstancias menores que no podrían quedar recogidas en la expresión general del pensamiento; porque en esto consiste la diferencia entre teoría y experiencia. Estos dos casos

son los del ejemplo propiamente dicho; los dos siguientes pertenecen a la prueba histórica.

En tercer lugar, se puede hacer referencia a un hecho histórico para atestiguar con él lo que acaba de decirse. Esto es suficiente en todos los casos en los que sólo se quiere demostrar la *posibilidad* de una manifestación o efecto.

Finalmente, en cuarto lugar, de la descripción detallada de un acontecimiento histórico y de la puesta en relación de varios se puede extraer alguna enseñanza que encuentre su prueba en el testimonio mismo.

El primer uso sólo implica la mayoría de las veces la fugaz mención del caso, porque sólo se le utiliza unilateralmente. Incluso la verdad histórica es una cuestión accesoria, un ejemplo inventado también podría servir; pero los históricos siempre tienen la ventaja de ser más prácticos y acercar más a la vida práctica el pensamiento que ilustran.

El segundo uso presupone una descripción más prolija del caso, pero su corrección vuelve a ser secundaria, y en ese sentido hay que decir lo mismo que hemos dicho del primer caso.

En el tercer uso, la mayoría de las veces basta con la mera indicación de un hecho indudable. Si se hace la afirmación de que las posiciones atrincheradas podrían cumplir su finalidad en determinadas condiciones, sólo hace falta mencionar la posición de Bunzelwitz para documentar esa afirmación.

Pero si con la exposición de un caso histórico se quiere demostrar cualquier verdad general, ese caso tiene que ser exacta y minuciosamente desarrollado en todo lo que tiene relación con la afirmación, tiene que ser en cierto modo cuidadosamente levantado ante los ojos del lector. Cuando menos se pueda conseguir esto, tanto más débil será la prueba, y tanto más se hará necesario sustituir la fuerza probatoria que pierde el caso por la cantidad de casos, porque se presupone con razón que las circunstancias concretas que no se está en condiciones de indicar habrán compensado sus efectos en un cierto número de casos.

Si se quiere demostrar a partir de la experiencia que la caballería está mejor tras la infantería que junto a ella, que cuando no se tiene una superioridad decisiva es muy peligroso rodear al enemigo con columnas separadas, tanto en una batalla como en todo el teatro bélico, es decir, tanto desde el punto de vista táctico como

estratégico, en el primer caso no basta con mencionar algunas batallas perdidas donde la caballería estaba en las alas y un par de batallas ganadas donde estaba detrás de la infantería, y en el último caso no basta con recordar las batallas de Rívoli o Wagram, los ataques de los austriacos en el teatro bélico italiano de 1796 o de los franceses en el alemán en esa misma campaña, sino que hay que hacer un seguimiento exacto de todas las circunstancias y de los distintos procesos, sea cual sea el modo en que esas formas de posición y ataque han contribuido esencialmente a un mal resultado. Entonces se verá también *hasta qué punto* son desechables esas formas, lo que necesariamente tiene que ser codeterminado, porque una valoración enteramente general dañaría en todo caso la verdad.

Ya hemos aceptado que, cuando la exposición detallada del hecho no es factible, la falta de fuerza probatoria puede complementarse con el número de ejemplos, pero no se puede negar que esta es una escapatoria peligrosa, de la que a menudo se abusa. En vez de un caso expuesto con detalle, se conforma uno con *tocar* tres o cuatro, y se obtiene así *la apariencia* de una prueba sólida. Pero hay objetos en los que una docena de casos no demuestra nada si se repiten con frecuencia, y es igual de fácil alegar una docena de casos con resultado opuesto. Si se nos menciona una docena de batallas perdidas en las que el vencido atacó en columnas separadas, podemos mencionar una docena de batallas ganadas en las que se empleó precisamente ese orden. Se ve que de ese modo no se podría alcanzar resultado alguno.

Si se tienen en cuenta esas distintas circunstancias, se verá lo fácil que es abusar de los ejemplos.

Un acontecimiento que no está cuidadosamente estructurado en todas sus partes, sino tocado al vuelo, es como un objeto visto desde una gran distancia, en el que ya no se puede distinguir la posición de sus partes, y que tiene el mismo aspecto visto desde todos sus lados. En realidad, tales ejemplos podrían servir de apoyo a las opiniones más contradictorias. Para uno, las campañas de Daun son modelo de sabia cautela, para otro, de timidez e indecisión. El avance de Bonaparte por los Alpes Nóricos en 1797 puede parecer la más espléndida decisión, pero también una verdadera imprudencia; su derrota estratégica en 1812 puede ser presentada como una consecuencia de un exceso de energía, pero también de una falta de ella. Todas esas opiniones han surgido, y se comprende cómo pueden

haber surgido, porque cada cual ha interpretado las cosas de manera distinta. Sin embargo, estas opiniones contrapuestas no pueden convivir, y una de las dos tiene que ser necesariamente incierta.

Por mucho que debamos al excelente Feuquières los numerosos ejemplos de los que ha equipado sus memorias —en parte porque así nos han llegado un montón de noticias históricas que de lo contrario habríamos perdido, en parte porque de este modo ha sido el primero en provocar una aproximación muy útil de las ideas teóricas, es decir, abstractas, a la vida práctica, porque los casos aducidos deben considerarse explicación y concreción de la afirmación teórica—, difícilmente podría alcanzar a los ojos de un lector inocente de nuestra época la finalidad que perseguía en la mayoría de los casos, demostrar con ayuda de la Historia las verdades teóricas. Porque, aunque a veces narra con alguna prolijidad los acontecimientos, falta mucho para que de ellos se desprendan necesariamente las consecuencias extraídas.

Pero el mero tocar los acontecimientos históricos tiene otra desventaja, y es que una parte de los lectores no conoce o recuerda lo bastante esos acontecimientos como para poder pensar ante ellos lo que el autor pensó, de forma que a éste no le queda más remedio que imponerse o quedar sin convicción alguna.

Por otra parte, es muy difícil construir los acontecimientos históricos ante los ojos del lector o hacer que sucedan como es necesario cuando han de ser utilizados como pruebas, porque la mayor parte de las veces al escritor le faltan tanto medios como tiempo y espacio; pero afirmamos que allá donde se trata de establecer una opinión nueva o discutible un solo acontecimiento concienzudamente expuesto es más instructivo que diez tan sólo tocados de pasada. El principal mal de ese contacto superficial no está en que el escritor lo haga con la falsa pretensión de querer demostrar algo con él, sino en que nunca ha conocido adecuadamente esos acontecimientos y en que de ese tratamiento ligero y superficial de la Historia surgen cien falsas ideas y proyectos teóricos, que nunca se habrían manifestado si el escritor tuviera la obligación de hacer surgir de manera indudable de la exacta relación de las cosas todo lo que de nuevo saca al mercado y quiere demostrar a partir de la Historia.

Una vez convencido de estas dificultades a la hora de usar ejemplos históricos y de la necesidad de esta exigencia, se compartirá

la opinión de que la más reciente Historia bélica siempre tiene que ser el campo más natural para la elección de los ejemplos, tan sólo con que sea suficientemente conocida y esté suficientemente elaborada. No es sólo que los períodos más alejados respondan a otras circunstancias, y por tanto también a otra dirección de la guerra, y que por tanto sus acontecimientos sean menos instructivos y prácticos para nosotros, sino que además es natural que la Historia bélica, como cualquier otra, vaya perdiendo poco a poco un montón de pequeños rasgos y circunstancias que al principio aún tenía que recoger, que pierda cada vez más color y vida, como una estampa empalidecida u oscurecida, de forma que al final sólo quedan las grandes masas y algunos rasgos casuales a los que por eso mismo se da un peso exagerado.

Si consideramos el estado de la actual dirección de la guerra, tenemos que decirnos que son principalmente las guerras habidas desde la de sucesión austriaca las que, por lo menos en el armamento, tienen gran similitud con las actuales, y que, aunque han cambiado muchas circunstancias grandes y pequeñas, están lo bastante cerca de las guerras actuales como para sacar muchas enseñanzas de ellas. Muy distinto es el caso de la Guerra de Sucesión Española, en la que el fuego de fusilería aún no estaba tan formado y la caballería todavía era el arma principal. Cuando más se retrocede, tanto más inútil se vuelve la Historia bélica, al tiempo que se hace más pobre y escasa. La más inútil y escasa tiene que ser la Historia de los pueblos antiguos.

Desde luego, esa inutilidad no es absoluta, sino que se refiere tan sólo a objetos que dependen del conocimiento de las circunstancias exactas o de aquellas cosas en las que la dirección de la guerra ha cambiado. Aunque estamos poco informados del devenir de las batallas de los suizos contra los austriacos, borgoñones y franceses, sí hallamos en ellas, en primer término, marcada con los rasgos más fuertes, la superioridad de una buena infantería contra la mejor caballería. Un vistazo general a la época de los *condottieri* nos enseña que toda dirección de la guerra depende del instrumento del que se haga uso, porque en ninguna otra época las fuerzas armadas empleadas en la guerra tuvieron tanto el carácter de instrumento singular y estuvieron tan separadas del resto de la vida del Estado y del pueblo. La curiosa manera con la que Roma combatió a Cartago en la Segunda Guerra Púnica, mediante un ataque en España y África

mientras Aníbal seguía invicto en Italia, puede ser objeto de muy instructiva consideración, porque las circunstancias generales del Estado y ejército sobre los que se apoyó la eficacia de esta resistencia indirecta son suficientemente conocidas.

Pero cuanto más se desciende al detalle y se aleja uno de las circunstancias más generales, tanto menos podemos acudir a modelos y experiencias de tiempos muy lejanos, porque ni estamos en condiciones de valorar como es debido los correspondientes acontecimientos ni de aplicarlos a nuestros medios, enteramente distintos.

Sin embargo, por desgracia, en todas las épocas ha sido muy grande la inclinación del escritor a echar mano de las situaciones de la antigüedad. Vamos a distinguir qué parte pueden tener en esto la vanidad y la charlatanería, pero en la mayoría de los casos echamos de menos la intención honesta, la celosa aspiración de enseñar y convencer, y sólo podemos considerar tales alusiones adornos destinados a tapar las lagunas y errores.

Sería infinito el mérito de enseñar la guerra con puros ejemplos históricos, como Feuquières se había propuesto; pero sería en gran medida la obra de toda una vida humana si se tiene en cuenta que el que la acomete tiene que estar previamente equipado con una larga experiencia bélica propia.

Aquel que, movido por fuerzas interiores, quiera proponerse semejante obra, deberá armarse para la devota empresa con fuerzas parecidas a las de una larga peregrinación. Que sacrifique tiempo y no rehuya esfuerzo alguno, que no tema a ninguna fuerza ni magnitud temporal, que se eleve sobre la propia vanidad y la falsa modestia para decir, conforme a la expresión del código francés, *la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.*

LIBRO TERCERO

DE LA
ESTRATEGIA
EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

ESTRATEGIA

El concepto ha sido establecido en el capítulo segundo del Libro Segundo. Es el uso del combate para los fines de la guerra. En realidad sólo tiene que ver con el combate, pero su teoría tiene que contemplar a quien lleva a cabo esa actividad, la fuerza armada, en sí misma y en sus relaciones principales, porque es ella quien libra el combate y manifiesta sus efectos a su vez sobre ella. Tiene que conocer el combate mismo en relación a sus posibles éxitos, y las fuerzas del espíritu y del ánimo, que son las más importantes en el uso del mismo.

La estrategia es el uso del combate para los fines de la guerra; así pues, tiene que fijar a todo el acto bélico una meta que corresponda al objetivo del mismo, es decir, desarrolla el plan de guerra y enlaza con ese objetivo la serie de acciones que deben conducir al mismo, o sea, hace los diseños de las distintas campañas y dispone en ellas los distintos combates. Como en la mayoría de los casos todas estas cosas sólo se pueden establecer conforme a unos presupuestos que no se cumplen en su integridad, y otro montón de disposiciones que entran más en el detalle no se pueden dar de antemano, se desprende por sí mismo que la estrategia tiene que salir a campaña para disponer los detalles *in situ* y adoptar para el conjunto las modificaciones que constantemente se necesitan. Así pues, no puede apartar las manos de la obra en ningún momento.

Que esto, al menos en lo que concierne al conjunto, no siempre ha sido considerado así, lo demuestra la antigua costumbre de mantener la estrategia en el gabinete y no junto al ejército, lo que sólo se puede admitir si el gabinete se mantiene tan próximo al ejército que pueda ser llevado al gran cuartel general del mismo.

Así pues, la teoría seguirá a la estrategia en esos diseños o, mejor dicho, ilustrará las cosas en sí y en sus circunstancias y resaltará lo poco que se desprende como principio o regla.

Si nos acordamos, por el primer capítulo, de cuántos objetos de la mayor índole afecta la guerra, entenderemos que la toma en consideración de todos presupone una rara visión del espíritu.

Un príncipe o general que sabe adecuar exactamente su guerra a sus fines y medios y no hace ni demasiado ni demasiado poco, da con ello la más grande prueba de su genio. Pero los efectos de esa genialidad no se muestran tanto en nuevas formas de actuación, que enseguida llamarían la atención, como en el feliz resultado final del conjunto. Es el adecuado acierto de los silenciosos supuestos, es la armonía sin ruido de toda la acción, la que deberíamos admirar, y que no se anuncia hasta el éxito general.

Aquel investigador que no sigue las huellas de ese éxito global desde aquella armonía busca fácilmente la genialidad allá donde no está ni puede estar, porque los medios y formas de los que se sirve la estrategia son tan sencillos, tan conocidos por su constante retorno, que al sano entendimiento humano sólo puede resultarle ridículo oír hablar de ellos a la crítica con tanta frecuencia con afectado énfasis. Un rodeo ejecutado mil veces es ensalzado aquí como rasgo de la más brillante genialidad, allá del más profundo entendimiento, incluso de la más extensa sabiduría. ¿Puede haber abuso de menos gusto en el mundo de los libros?

El asunto resulta cada vez más ridículo si añadimos que según la opinión más vulgar esta crítica excluye de la teoría todas las magnitudes morales y sólo quiere vérselas con las materiales, de forma que lo reduce todo a unas cuantas proporciones matemáticas de equilibrio y superioridad, espacio y tiempo, y unos cuantos ángulos y líneas. Si no fuera más que eso, semejante birria no daría trabajo científico más que a un niño de escuela.

Pero confesemos que aquí no se habla en absoluto de formas y tareas científicas; las circunstancias de las cosas materiales son todas muy sencillas; es más difícil aprehender las fuerzas espirituales que están en juego. Pero incluso en estas sólo hay que buscar las complicaciones intelectuales y la gran variedad de magnitudes y circunstancias en las regiones superiores de la estrategia, allá donde ésta linda con la política y el Arte del Estado, o más bien se confunde con ambas, y tienen, como ya hemos dicho, más influencia en el cuánto y el cuán poco que en la forma de ejecución. Donde predomina esta última, como ocurre en las distintas circunstancias

grandes y pequeñas de la guerra, las magnitudes espirituales se reducen a un pequeño número.

Así pues, en la estrategia todo es muy sencillo, pero no por eso muy fácil. Una vez establecido por las circunstancias del Estado qué debe ser y qué puede ser la guerra, el camino es fácil de encontrar; pero recorrerlo con firmeza, ejecutar el plan, no verse apartado mil veces de él por mil motivos, exige, además de una gran fortaleza de carácter, una gran claridad y seguridad de espíritu; y de mil personas que pueden distinguirse, la una por su inteligencia, la otra por su agudeza, la otra por la osadía o la fuerza de voluntad, quizá no haya una que reúna en sí las cualidades que la eleven por encima de la mediocridad en la carrera del generalato.

Suena extraño, pero está claro para todos los que conocen la guerra, que para una importante decisión estratégica hace falta mucha más fuerza de voluntad que en la táctica. En ésta, el instante arrastra, el actuante se siente arrastrado a un torbellino contra el que no puede luchar sin las peores consecuencias, reprime los reparos que se alzan y se aventura valeroso. En la estrategia, donde todo discurre mucho más lentamente, se concede mucho más espacio a los reparos, objeciones e ideas ajenas, y por tanto también al inoportuno arrepentimiento, y como en la estrategia las cosas no se ven, como en la táctica, con los propios ojos, al menos al cincuenta por ciento, sino que uno tiene que adivinarlo y conjeturarlo todo, la convicción no es tan fuerte. La consecuencia es que la mayoría de los generales se atascan en falsos reparos allá donde deberían actuar.

Ahora echemos un vistazo a la Historia; nos detendremos en la campaña de 1760 de Federico el Grande, famosa por sus hermosas marchas y maniobras, una verdadera obra de arte de magisterio estratégico, como nos ensalza la crítica. ¿Debemos desbordar de entusiasmo porque el rey quisiera rodear el flanco derecho de Daun, luego el izquierdo, luego otra vez el derecho, etc.? ¿Debemos ver en ello una profunda sabiduría? No, no podemos, si queremos juzgar de forma natural y sin afectación. Más bien tenemos que admirar en primer término la sabiduría del rey que, persiguiendo con sus limitadas fuerzas un gran objetivo, no hizo nada que no hubiera correspondido a esas fuerzas, e hizo *exactamente lo justo* para conseguir su fin. Esa sabiduría del general no sólo es visible en esta campaña, sino que se extiende por todas las tres guerras del gran rey.

Llevar Silesia al puerto seguro de una paz bien garantizada fue su objetivo.

A la cabeza de un pequeño Estado, similar en la mayoría de las cosas a los demás Estados y distinguiéndose de ellos tan sólo en algunas ramas de la Administración, no podía convertirse en ningún Alejandro, y si hubiera hecho como Carlos XII se hubiera roto la cabeza igual que él. Por eso hallamos en toda su forma de dirigir la guerra aquella energía contenida que siempre se mantiene en equilibrio, a la que nunca falta ahínco, que se eleva a la categoría de asombrosa en los momentos de gran agobio y al instante siguiente vuelve a oscilar tranquilamente para someterse al juego de los menores movimientos políticos. Ni la vanidad, ni la ambición, ni el ansia de venganza pueden apartarle de esa vía, y sólo es esa vía la que le ha conducido a la feliz salida del conflicto.

Qué poco pueden honrar estas pocas palabras aquella vertiente del gran general; sólo cuando se considera cuidadosamente el maravilloso fin de aquella lucha y se rastrean las causas que a él llevaron se siente uno penetrado por la convicción de que sólo la aguda mirada del rey le guió felizmente por entre todos los escollos.

Esa es una vertiente que admiramos de este gran general, en la campaña de 1760 y en todas las demás, pero en esta especialmente porque en ninguna otra mantuvo el equilibrio frente a un poder enemigo superior con tan pocas víctimas.

La otra vertiente afecta a la dificultad de su ejecución. Las marchas para rodear por la derecha y por la izquierda son de fácil diseño; la idea de mantener sus pequeñas fuerzas siempre concentradas para estar siempre a la altura de un enemigo disperso, de multiplicarse con rápidos movimientos, es tan fácil de encontrar como de decir; así pues, el invento no puede despertar nuestra admiración, y de cosas tan sencillas no queda sino admitir que son sencillas.

Pero que algún general intente imitar estas cosas de Federico el Grande. Mucho tiempo después, los escritores que fueron testigos oculares han hablado del peligro, de la imprudencia, que implicaban las acampadas del rey, y no podemos dudar de que en el momento en que las acometió ese peligro parecía tres veces más grande que después.

Lo mismo ocurría con las marchas, bajo la mirada, a menudo bajo los cañones del ejército enemigo. Federico el Grande disponía

esas acampadas y hacía esas marchas porque hallaba en la forma de proceder de Daun, en su formación, su responsabilidad y su carácter, aquella garantía que hacía que sus acampadas y marchas fueran arriesgadas, pero no atolondradas. Pero hacía falta la osadía y decisión del rey y su fuerza de voluntad para ver así las cosas y no dejarse confundir ni intimidar por el peligro, del que aún se puede escribir y hablar 30 años después. Pocos generales habrían creído utilizables en ese lugar esos sencillos medios de la estrategia.

Y otra dificultad más: el ejército del rey está en constante movimiento en esa campaña. Por dos veces, marcha en pos de Daun y seguido por Lacy, por malos caminos, desde el Elba a Silesia (a principios de julio y a principios de agosto). Tiene que estar en todo momento listo para combatir y organizar sus marchas con un arte que necesariamente tiene como consecuencia un esfuerzo igualmente grande. Aunque acompañado y retrasado por miles de carros, su intendencia es altamente precaria. En Silesia está involucrado en constantes marchas nocturnas durante 8 días, hasta la batalla de Liegnitz, siempre avanzando y retrocediendo hacia el frente enemigo; eso cuesta enormes esfuerzos, eso exige grandes privaciones.

¿Se puede creer que todo esto se hiciera sin una gran fricción en la maquinaria? ¿Puede el espíritu del general producir tales movimientos con la misma ligereza con la que la mano del agrimensor causa los movimientos de su astrolabio? ¿No parte mil veces la visión de esos trabajos de sus pobres compañeros de fatigas, hambrientos y sedientos, el corazón de su jefe y jefe supremo? ¿No llegan a sus oídos las quejas y reparos? ¿Tiene un hombre normal valor para desear una cosa así, y no encogerán inevitablemente tales esfuerzos el ánimo del ejército, no disolverán su orden, en pocas palabras: no socavarán su virtud militar, salvo que una gran confianza en la grandeza e infalibilidad del general lo compense todo? A esto es a lo que hay que tener respeto; ese milagro de ejecución es el que tenemos que admirar. Pero todo esto, con todo su peso, sólo se siente cuando la experiencia nos da una muestra de ellos; quien sólo conoce la guerra por los libros y los campos de ejercicios, no dispone en el fondo de todo ese contrapeso de la acción; por eso, debe aceptarnos de buena fe lo que no puede por experiencia propia.

Hemos querido dar con este ejemplo más claridad al curso de nuestras ideas, y nos apresuramos a decir, para terminar este capítulo, que en nuestra exposición de la estrategia caracterizaremos a nuestro modo aquellos objetos individuales de la misma que nos parezcan los más importantes, ya sean de naturaleza material o espiritual, avanzaremos de los simples a los complejos y terminaremos con la composición de todo el acto bélico, es decir, con el plan de guerra y de campaña.

Observación

En el manuscrito de una versión anterior del Libro Segundo se encuentran los siguientes pasajes, señalados de puño y letra del autor con: «*emplear para el primer capítulo del Libro Tercero*». La pretendida reelaboración de este capítulo no se llevó a cabo, por lo que se reproducen íntegros los mencionados pasajes.

La mera formación de fuerzas armadas en un punto hace posible ya un combate, que no siempre tiene lugar en realidad. ¿Debe considerarse ya esa posibilidad como realidad, como una cosa real? En todo caso. Lo es por sus *consecuencias,* y esos *efectos, sean cuales fueren, nunca pueden faltar*.

Los combates posibles han de ser considerados reales por sus consecuencias

Cuando se envía una tropa a cortar la retirada al enemigo en fuga, y él se entrega sin combatir, es el combate que esa tropa ofrecía el que ha producido su decisión.

Cuando una parte de nuestro ejército ocupa una provincia enemiga que estaba sin defensa, y al hacerlo sustrae al enemigo fuerzas importantes para completar su ejército, es el combate que esa parte enviada hace prever al enemigo en caso de querer recobrar la provincia el que hace que sigamos en posesión de la misma.

En ambos casos, la mera posibilidad del combate ha tenido consecuencias y ha entrado por tanto a formar parte de las cosas reales. Suponiendo que en ambos casos el enemigo hubiera enfrentado a nuestro cuerpo a otros a cuya altura no hubiera estado, y le hubiera movido a abandonar su objetivo sin combatir, nuestro objetivo habría sido fallido, pero el combate que ofrecíamos al enemigo en ese punto no por eso habría quedado sin efecto, porque habría atraído a las fuerzas hostiles. Incluso en el caso de que toda la empresa nos causara daños, no se puede decir que esas formaciones,

esos *posibles combates,* carecieran de efecto; esos efectos serían entonces similares a los de un combate perdido.

De esta forma se demuestra que la aniquilación de las fuerzas enemigas y el sometimiento del poder enemigo sólo se produce por los efectos del combate, ya sea porque tenga realmente lugar, ya porque sea meramente ofrecido y no aceptado.

Doble finalidad del combate

Pero estos efectos también son de un tipo doble: directos e indirectos. Los últimos se dan cuando otros objetos se interponen y se convierten en objetivo del combate, objetos que no pueden ser considerados en sí como la aniquilación de fuerzas enemigas, sino que sólo deben conducir a ella, sin duda dando un rodeo, pero con tanta mayor violencia. La posesión de provincias, ciudades, fortalezas, carreteras, fuentes, almacenes, etc., puede ser la finalidad inmediata de un combate, pero nunca la última. Estos objetos siempre tienen que ser contemplados tan sólo como medios para alcanzar una superioridad mayor, para ofrecer finalmente combate al adversario en tal situación que le haga imposible aceptarlo. Todas estas cosas deben ser pues consideradas tan sólo como eslabones intermedios, como introductores por así decirlo del principio activo, nunca como el principio activo mismo.

Ejemplos

Cuando, en el año 1814, la capital de Bonaparte fue tomada, se había alcanzado el objetivo de la guerra. Las divisiones políticas que tenían sus raíces en París entraron en vigor, y una enorme grieta hizo desplomarse el poder del emperador. No por ello estamos menos obligados a considerar todo esto desde el punto de vista de que ello redujo mucho y repentinamente la fuerza y la resistencia de Bonaparte, aumentó en la misma medida la superioridad de los aliados e hizo imposible toda ulterior resistencia. Fue esa imposibilidad la que logró la paz con Francia. Si se considerasen las fuerzas armadas atacantes reducidas en ese momento por circunstancias exteriores en esa misma medida, si desaparece la superioridad, desaparece también todo el efecto e importancia de la toma de París.

Hemos seguido este razonamiento para mostrar que es la visión natural y la única cierta del asunto, de la que se deriva su importancia. Conduce constantemente a la cuestión: ¿cuál será en

cada momento de la guerra y de la campaña el éxito probable de los grandes y pequeños combates que ambas partes tienen que ofrecerse? Sólo esa pregunta decide, a la hora de idear un plan de campaña o de guerra, acerca de las medidas que han de ser tomadas de antemano.

Si no se ve así, se da a otras cosas un valor erróneo

Si uno no se acostumbra a considerar la guerra, y en la guerra cada campaña, como una cadena de combates en la que el uno siempre conduce al otro, si se entrega a la idea de que la toma de ciertos puntos geográficos, la posesión de provincias indefensas, *es algo en sí mismo,* se está próximo a considerarlo como una ventaja que se puede cobrar de pasada, y en tanto que se considera así, y no como un eslabón en toda una cadena de acontecimientos, no se formula la pregunta de si esa posesión no puede conducir después a mayores perjuicios. Hallamos ese error con mucha frecuencia en la Historia bélica. Se podría decir que así como el negociante no puede dejar a un lado y poner a salvo el beneficio de una sola empresa, tampoco en la guerra cada ventaja puede aislarse del éxito del conjunto. Lo mismo que aquel tiene siempre que actuar con toda la masa de su patrimonio, también en la guerra sólo la suma final decidirá sobre la ventaja y desventaja de cada cosa.

Pero, si la mirada del espíritu siempre se dirige a la serie de combates, hasta donde se puede abarcar de antemano, también está siempre dirigida al camino *recto* hacia la meta, y al hacerlo el movimiento de las fuerzas alcanza la velocidad —es decir, el querer y el actuar reciben la energía— que es adecuada al caso y que no está perturbada por influencias ajenas.

CAPÍTULO SEGUNDO

ELEMENTOS DE LA ESTRATEGIA

Se pueden dividir las causas que condicionan en la estrategia el uso del combate en elementos de distinto tipo, concretamente morales, físicos, matemáticos, geográficos y estadísticos.

En la clase de los primeros entraría todo lo que se ve producido por cualidades y efectos espirituales; en la segunda la magnitud de las fuerzas armadas, su composición, la proporción de armas, etc.; en la tercera clase los ángulos de las líneas de operación, los movimientos concéntricos y excéntricos, en tanto su naturaleza geométrica tiene un valor; en la cuarta la influencia de la región, tal como puntos dominantes, montañas, ríos, bosques, carreteras; en la quinta, al fin, los medios de mantenimiento, etc. Pensar esos elementos por separado tiene su lado bueno, para aportar claridad a la imagen y para apreciar de manera inmediata el mayor o menor valor de estas distintas clases. Porque al pensarlas por separado algunas pierden por sí mismas la importancia que se les daba; por ejemplo, enseguida se advierte que el valor de una base de operaciones, si no se quiere considerar en ella nada más que *su situación en la línea de operaciones,* depende en esa forma sencilla mucho menos del elemento geométrico del ángulo que forman que de la condición de los caminos y de la región que atraviesan.

Sin embargo, si se quisiera tratar la estrategia conforme a esos elementos, sería la idea más desdichada que se podría tener porque esos elementos están la mayor parte de las veces múltiple e íntimamente vinculados entre sí en los distintos actos bélicos; uno se perdería en los análisis más carentes de vida, y como en un mal sueño se intentaría eternamente en vano trazar el arco desde estos fundamentos abstractos hasta las manifestaciones del mundo real. Que el cielo guarde a cualquier teórico de un comienzo así. Nosotros vamos a atenernos al mundo de las manifestaciones totales, y no vamos a llevar nuestro análisis más allá de lo necesario en cada caso para hacer comprensible la idea que queremos comunicar, y que no

hemos obtenido de una investigación especulativa, sino de la impresión de las manifestaciones totales de la guerra.

CAPÍTULO TERCERO

MAGNITUDES MORALES

Una vez más tenemos que volver sobre este objeto, que hemos tocado en el capítulo tercero del Libro Segundo, porque las magnitudes morales se encuentran entre los objetos más importantes de la guerra. Son los espíritus los que penetran todo el elemento de la guerra, y los que se unen antes y con mayor afinidad a la voluntad que pone en movimiento y guía toda la masa de las fuerzas, los que confluyen por así decirlo con ella, porque ella misma es una magnitud moral. Por desgracia, tratan de sustraerse a toda sabiduría libresca porque no se dejan meter ni en cifras ni en clases y quieren ser vistas o sentidas.

El espíritu y las demás cualidades morales del ejército, del general, de los gobiernos, el ambiente de las provincias en las que se libra la guerra, el efecto moral de una victoria o de una derrota, son cosas muy distintas en sí mismas y que pueden tener una influencia muy distinta en su posición respecto a nuestro fin y nuestras circunstancias.

Aunque en los libros se dice poco o nada acerca de ellas, estas cosas forman parte de la teoría del arte de la guerra tanto como todo lo demás que hace la guerra. Porque, tengo que volver a decirlo: es una pobre filosofía la que, al estilo antiguo, pone sus reglas y principios a este lado de todas las magnitudes morales, y en cuanto aparecen empieza a contar las excepciones, que así, en cierto modo, constituye científicamente, es decir, convierte en regla; o la que se apoya en apelar al genio que está por encima de todas las reglas, con lo que en el fondo se da a entender que las reglas no sólo se escriben para necios, sino que tienen que ser necias ellas mismas.

Aunque la teoría del arte de la guerra no pudiera realmente hacer más que recordar esos objetos, exponer la necesidad de hacer honor en todo su valor a las magnitudes morales e incluirlas en el cálculo, ya habría expandido sus límites más allá de ese reino de los espíritus y condenado de antemano, al establecer ese punto de vista,

a todo aquel que quisiera justificarse ante ella meramente con la relación física de las fuerzas.

Pero, también en aras de todas las demás reglas, la teoría no puede excluir las magnitudes morales, porque los efectos de las fuerzas físicas están completamente fundidos con los de las morales, y no se pueden separar de ellas como una aleación metálica, mediante un proceso químico. En toda regla que se refiere a las fuerzas físicas, la teoría tiene que tener mentalmente presente el porcentaje que las magnitudes morales pueden tener en ella, si no quiere dejarse extraviar hacia principios categóricos que, ora son demasiado pusilánimes y limitados, ora demasiado arrogantes y extensos. Hasta las teorías más carentes de espíritu han tenido que vagar, inconscientes de sí mismas, por ese reino de fantasmas; porque, por ejemplo, no se puede explicar victoria alguna en sus efectos sin tener en cuenta las impresiones morales. Y así también la mayoría de los objetos que recorremos en este libro están hechos medio de causas y efectos físicos, medio morales, y se podría decir que los físicos aparecen casi tan sólo como el mango de madera, mientras los morales son el metal noble, el arma limpia y pulida propiamente dicha.

La Historia es quien mejor demuestra el valor de las magnitudes morales y su efecto, a menudo increíble; y éste es el más noble y puro alimento que el espíritu del general obtiene de ella. Hay que observar que las demostraciones e investigaciones críticas y los tratados eruditos son menos que las sensaciones, impresiones totales y centelleantes chispas aisladas del espíritu que desprenden los granos de sabiduría que han de fertilizar el alma.

Podríamos hacer un recorrido por las principales manifestaciones morales en la guerra e intentar averiguar, con el cuidado de un celoso docente, lo que de bueno o malo se puede inferir de cada una de ellas. Pero como con este método se cae demasiado en lugares comunes y banalidades, mientras el verdadero espíritu se diluye con rapidez en el análisis, se acaba contando sin advertirlo cosas que todo el mundo sabe. Por eso, preferimos mantenernos aquí, más aún que en el resto, en lo incompleto y rapsódico, llamando la atención en general sobre la importancia del asunto y apuntando el espíritu con el que están concebidas las ideas de este libro.

CAPÍTULO CUARTO

LAS PRINCIPALES POTENCIAS MORALES

Son: *el talento del general, la virtud militar del ejército, el espíritu del mismo*. Cuál de estos objetos tiene más valor nadie puede decirlo en general porque ya es difícil decir algo siquiera de su magnitud, y más difícil aún considerar la magnitud del uno en comparación con la del otro. Lo mejor es no despreciar ninguno, dentro de lo cual el juicio humano, en su algo caprichoso ir y venir, se inclinará ora hacia este lado, ora hacia aquel. Es mejor presentar testimonios históricos suficientes de la innegable eficacia de estos tres objetos.

Sin embargo, es cierto que en los últimos tiempos los ejércitos de los Estados europeos han llegado casi todos al mismo punto de preparación interior y formación, y que la guerra, por emplear una expresión de los filósofos, se ha naturalizado tanto que se ha convertido en una especie de método que todos los ejércitos conocen, y que tampoco por parte del general cabe contar con el empleo de especiales recursos, en sentido estricto (por ejemplo, como el orden de batalla oblicuo de Federico el Grande). No cabe negar pues que, según están las cosas, el espíritu del pueblo y la costumbre bélica del ejército ganan un margen tanto mayor. Una larga paz podría volver a cambiar esto.

Donde más se expresa el espíritu del ejército (entusiasmo, celo fanático, fe, opinión) es en la guerra de montaña, donde cada uno, hasta el último soldado, está abandonado a sus propias fuerzas. Por eso mismo las montañas son los mejores escenarios para armar al pueblo.

La preparación del ejército y el valor forjado que cohesiona a la tropa como si fuera una sola pieza se muestran del modo más eminente en campo abierto.

El talento del general tiene su mayor margen de actuación en una región media, con abundantes ondulaciones. En la montaña, es demasiado poco dueño de las distintas partes, y guiarlas a todas

supera sus fuerzas; en campo abierto, es demasiado fácil, y no agota esas fuerzas.

Conforme a estas innegables afinidades electivas habrán de guiarse los planes.

CAPÍTULO QUINTO

VIRTUD MILITAR DEL EJÉRCITO

Se distingue de la mera bravura, y más aún del entusiasmo por la causa de la guerra. La primera es, naturalmente, un componente necesario de la misma, pero así como en las personas es un don natural, en un guerrero que es parte de un ejército puede surgir también de la costumbre y la práctica, y por tanto en él tiene que tener una orientación distinta que en la persona normal. Tiene que perder el instinto de la actividad y manifestación de fuerza incontrolada, que le es propio como individuo, y someterse a las exigencias de orden superior, la obediencia, el orden, la regla y el método. El entusiasmo por la causa da vida y fuego más fuerte a la virtud militar de un ejército, pero no es un componente necesario de la misma.

La guerra es una determinada actividad (y por general que sea su situación, y aunque todos los hombres capaces de un pueblo la hagan, seguirá siéndolo siempre), distinta y separada de las demás actividades que ocupan la vida humana. Penetradas por el espíritu y esencia de esa actividad, las fuerzas que deben actuar en ella deben practicarla, despertar y acogerla en sí, penetrar por entero esa actividad con su entendimiento, ganar con la práctica seguridad y facilidad en la misma, disolverse por entero en ella, pasar de ser humano al papel que se nos ha asignado: esa es la virtud militar del ejército en el individuo.

Por cuidadosamente formado que queramos ver pues al ciudadano junto al guerrero en un mismo individuo, por mucho que se quiera nacionalizar la guerra y por mucho que se quiera llevar en una dirección contrapuesta a los antiguos condottieros, nunca se podrá abolir la individualidad del proceso, y si no se puede, aquellos que lo impulsan y mientras lo impulsen se considerarán siempre como una especie de gremio, en cuyo ordenamiento, leyes y costumbres se fijan preferentemente los espíritus de la guerra. Y así será también de hecho. Se haría por tanto muy mal, a pesar de la más

decidida inclinación a considerar la guerra desde un punto de partida muy elevado, en contemplar con desdén el espíritu de cuerpo (*esprit de corps*) que más o menos puede y tiene que haber en un ejército. Ese espíritu de cuerpo es en cierto modo, en lo que llamamos virtud militar del ejército, el pegamento natural entre las fuerzas que actúan en ella. Los cristales de la virtud militar se unen con más facilidad al espíritu de cuerpo.

Un ejército que mantiene su orden habitual en medio del más destructor de los fuegos, que nunca se asusta ante un temor imaginario y que disputa paso a paso el espacio al temor fundado, orgulloso del sentimiento de sus victorias, y que incluso en medio de la derrota no pierde la fuerza para obedecer ni el respeto y la confianza en sus jefes, un ejército cuyas energías están reforzadas en el ejercicio de la privación y el esfuerzo como los músculos de un atleta, un ejército que contempla esos esfuerzos como un medio para la victoria, y no como una maldición que pesa sobre sus banderas, y que en todas esas obligaciones y virtudes evoca el breve catecismo de una sola idea: el honor de sus armas, es un ejército penetrado del espíritu castrense.

Es posible batirse magníficamente como los habitantes de la Vendée y hacer grandes cosas como los suizos, los americanos, los españoles, sin desarrollar esa virtud militar; se puede incluso ser feliz a la cabeza de los ejércitos, como el Príncipe Eugenio y Marlborough, sin alegrarse de su asistencia; así que no se debe decir que una guerra feliz no sea imaginable sin ella, y llamamos especialmente la atención sobre esto para individualizar más el concepto que planteamos, para que las ideas no se hagan borrosas en la generalidad y no se crea que la virtud militar es al fin una y la misma. No es así. La virtud militar de un ejército se presenta como una determinada potencia moral, que es posible imaginar, cuya influencia se puede estimar... como una herramienta cuya fuerza se puede calcular.

Después de haberla caracterizado así, vamos a intentar ver qué podemos decir acerca de su influencia y sobre los medios para conseguirla.

La virtud militar es a la parte lo que el genio del general es al todo. Sólo el todo puede guiarlo el general, no cada parte, y allá donde no puede guiar la parte el espíritu bélico tiene que dirigirla. El general es elegido por la fama de sus destacadas cualidades; los más

distinguidos dirigentes de grandes tropas, después de un minucioso examen; pero ese examen disminuye cuanto más se desciende, y en esa misma medida podemos contar menos con las dotes individuales; lo que éstas disminuyen ha de sustituirlo la virtud militar. Precisamente esos papeles los representan las cualidades naturales de un pueblo armado para la guerra: *bravura, destreza, endurecimiento y entusiasmo*. Estas cualidades pueden pues sustituir el espíritu bélico y viceversa, de lo que se desprende lo siguiente:

1. La virtud militar sólo es propia de los ejércitos permanentes, que son también los que más necesitan de ella. En los levantamientos y guerras populares, es sustituida por las cualidades naturales, que se desarrollan con mayor rapidez.
2. Los ejércitos permanentes que se enfrentan a ejércitos permanentes pueden prescindir de ella más que los ejércitos permanentes que se enfrentan a levantamientos populares; porque en este caso las fuerzas están más divididas y las partes más abandonadas a sí mismas. Pero cuando el ejército puede mantenerse cohesionado el genio del general ocupa un lugar mayor y sustituye lo que le falta al espíritu del ejército. Así que en general la virtud militar será tanto más necesaria cuanto más intrincada hagan la guerra y dispersen las fuerzas el escenario bélico y otras circunstancias.

La única enseñanza que se puede sacar de estas verdades es esta: que cuando un ejército pierde esta potencia trata de organizar la guerra de la forma más sencilla posible o duplica su preocupación por otros puntos de la organización bélica, y no espera del mero nombre del ejército permanente lo que sólo la causa puede aportar.

Así pues, la virtud militar del ejército es una de las más importantes potencias morales en la guerra, y allá donde falta vemos que la sustituye una de las otras, como la superior talla del general o el entusiasmo del pueblo, o encontramos efectos que no corresponden a los esfuerzos hechos. La grandeza de lo que este espíritu, esta solidez del ejército, esta purificación del mineral hasta llegar al metal radiante, ha conseguido ya, la vemos en los

macedonios bajo el mando de Alejandro, las legiones romanas bajo el de César, la infantería española bajo el de Alejandro Farnesio, los suecos bajo el de Gustavo Adolfo y Carlos XII, los prusianos bajo el de Federico el Grande y los franceses bajo el de Bonaparte. Habría que cerrar intencionadamente los ojos a todos los ejemplos históricos para no admitir que los maravillosos éxitos de estos generales y su grandeza en las más difíciles situaciones sólo fueron posibles con un ejército así potenciado.

Ese espíritu sólo puede manar de dos fuentes, y esas sólo pueden engendrarlo en común. La primera es una serie de guerras y éxitos felices, la otra una actividad del ejército impulsada a menudo hasta el máximo esfuerzo. Sólo en esta aprende el guerrero a conocer sus fuerzas. Cuanto más habituado esté un general a exigir de sus soldados, tanto más seguro estará de que responderán a su exigencia. El soldado está tan orgulloso de los trabajos culminados como de los peligros superados. Esta semilla sólo germina en el suelo de una constante actividad y esfuerzo; pero también sólo a la luz de la victoria. Una vez convertida en fuerte árbol, resiste las mayores tempestades de desgracia y derrota, e incluso la pesada calma de la paz, al menos por un tiempo. Así pues, sólo puede *brotar* en la guerra y al mando de grandes generales, pero puede durar, por lo menos a lo largo de varias generaciones, incluso entre jefes mediocres y en épocas de paz considerables.

No se debe comparar el espíritu de banda, ensanchado y ennoblecido, de una tropa de guerreros endurecida y llena de cicatrices con la conciencia de sí mismo y la vanidad de los ejércitos permanentes, que sólo se mantienen cohesionados gracias al cemento de un reglamento de servicio y ejercicios. Una cierta seriedad y un reglamento severo pueden mantener por más tiempo la virtud militar de una tropa, pero no la engendran; siempre conservan su valor, pero no se deben sobreestimar. El orden, la destreza, la buena voluntad, incluso un cierto orgullo y un excelente humor, son cualidades de un ejército educado en la paz que hay que apreciar, pero que no tienen autonomía alguna. El todo sustenta al todo y, lo mismo que cuando un cristal se enfría demasiado deprisa, una sola grieta resquebraja la masa entera. Al primer accidente, el mejor humor del mundo se transforma con demasiada facilidad en apocamiento y, se podría decir, en una especie de fanfarronería del miedo: el *sauve qui peut* francés. Un ejército así sólo es capaz de algo

por sus generales, de nada por sí mismo. Hay que dirigirlo con doble cautela, hasta que poco a poco, en la victoria y el esfuerzo, la fuerza crece dentro de la pesada armadura. Hay que guardarse, pues, de no confundir el espíritu del ejército con el humor del mismo.

CAPÍTULO SEXTO

LA AUDACIA

En el capítulo referido a la seguridad del éxito, hemos dicho cuál es el lugar y papel de la audacia en el sistema dinámico de las fuerzas, dónde se contrapone a la cautela y la prudencia, para demostrar con ello que la teoría no tiene derecho a restringirla bajo el pretexto de su legislación.

Pero ese noble impulso, con el que el alma humana se eleva sobre los más amenazadores peligros, ha de ser contemplado en la guerra como un principio activo propio. De hecho, ¿en qué ámbito de la actividad humana debería tener la audacia sus derechos de ciudadanía sino en la guerra?

Es, desde el mozo de cuadra y el tambor hasta el general, la más noble de las virtudes, el auténtico acero que da al arma su agudeza y su brillo.

Confesémonos que en la guerra tiene incluso sus propios *privilegios*. Más allá del éxito del cálculo con el espacio, el tiempo y el tamaño, hay que concederle ciertos porcentajes que, allá donde se muestra superior, saca de la debilidad del otro. Es pues una fuerza en verdad creativa. Esto no es difícil de demostrar, incluso desde el punto de vista filosófico. En cuanto la audacia topa con la timidez, tiene necesariamente de su lado la probabilidad del éxito, porque la timidez es ya un equilibrio perdido. Sólo allá donde topa con la prudente cautela, que es, se podría decir, igual de *audaz*, y en cualquier caso igual de fuerte y recia que ella misma, tiene que estar en desventaja; pero esos son ya los casos más raros. Entre toda la horda de los cautelosos se encuentra una considerable mayoría que lo es por miedo.

En una gran tropa, la audacia es una fuerza cuya superior formación nunca puede redundar en perjuicio de otras fuerzas, porque la gran tropa está unida a una voluntad superior por el marco y estructura del orden de batalla y del servicio, y es guiada por tanto

por una inteligencia ajena. Aquí la audacia sigue siendo tan sólo una fuerza impulsora siempre tensa hasta dispararse.

Cuanto más ascendemos entre los líderes, tanto más necesario se hace que la audacia ceda el paso a un espíritu superior, que no sea carente de objeto, que no sea un ciego golpe de pasión; porque afecta cada vez menos al propio sacrificio, tiene que ver cada vez más con la conservación de otros y el bienestar de un todo. Lo que en la gran tropa regula el reglamento, convertido en segunda naturaleza, tiene que regularlo en el dirigente la reflexión, y aquí la audacia de una sola acción puede fácilmente convertirse en error. Pero sigue siendo un hermoso error, que no tiene que ser considerado igual que cualquier otro. Dichoso el ejército en el que se muestre con frecuencia una audacia inoportuna; es una exuberante excrecencia, pero da testimonio de un suelo robusto. Ni siquiera la loca audacia, es decir, la audacia sin finalidad alguna, debe ser contemplada con menosprecio; en el fondo es la misma fuerza del ánimo, pero sin participación del espíritu, ejercida con una especie de pasión. Sólo allá donde la audacia se subleva contra la obediencia del espíritu[38], donde abandona con menosprecio una voluntad claramente superior, tiene que ser tratada como un mal peligroso, no por sí misma, sino por la desobediencia, porque nada en la guerra es más importante que la obediencia.

Sólo tenemos que decir que, a igualdad de criterio, en la guerra se echan a perder mil veces más cosas por pusilanimidad que por audacia, para estar seguros del aplauso de nuestros lectores.

En el fondo, la adición de un fin razonable debería facilitar la audacia, rebajarla en sí misma; y sin embargo es justo al revés.

La aparición de una idea clara, o incluso el predominio de la inteligencia, quita a todas las fuerzas del ánimo una gran parte de su energía. Por eso la audacia *se hace cada vez más rara conforme ascendemos en los grados;* porque aunque la inteligencia y el entendimiento no aumentaran con esos grados, los dirigentes en sus distintos niveles se ven tan fuertemente apremiados desde el exterior por las *magnitudes, circunstancias y cautelas* objetivas, *que están tanto más agobiados por ellas, precisamente, cuanto menor es su propia inteligencia*. Esta es, en la guerra, la principal razón de la experiencia que demuestra el refrán francés: *tel brille au second qui s'éclipse au premier*. Casi todos los generales que la Historia nos

enseña como jefes mediocres o indecisos se han distinguido por la audacia y la decisión en los grados inferiores.

Hay que hacer una diferencia en el caso de aquellos motivos para una acción audaz que surgen de la presión de la necesidad. Esa necesidad tiene sus grados. Si está clara, si el actuante se ve empujado entre grandes peligros para perseguir su objetivo, para escapar a otros peligros igualmente grandes, sólo se puede valorar la decisión, que también tiene su valor. Si un joven salta sobre un profundo abismo para demostrar su habilidad como jinete, es audaz; si da el mismo salto perseguido por una horda de jenízaros cortadores de cabezas, tan sólo es decidido. Pero cuanto menos clara está la necesidad de la acción, cuanto mayor es el número de circunstancias que el entendimiento tiene que examinar para ser consciente de ellas, tanto más cuenta la audacia. Cuando Federico el Grande, en el año 1756, veía la guerra como inevitable y sólo podía escapar a su ruina adelantándose a sus enemigos, era necesario empezar la guerra, pero sin duda era al mismo tiempo muy audaz, porque pocos hombres en su situación se habrían decidido a hacerlo.

Aunque la estrategia sólo es el terreno de los generales o de los dirigentes de los escalones supremos, la audacia de todos los demás miembros del ejército no es un objeto indiferente, como no lo son las otras virtudes militares del mismo. Con un ejército emanado de un pueblo audaz y en el que el espíritu de la audacia ha sido siempre alimentado se pueden hacer cosas distintas que con uno al que esta virtud militar es ajena; por eso hemos pensado lo mismo para el ejército. Pero la audacia del general es muy singularmente nuestro objeto, y sin embargo no tenemos mucho que decir, después de haber caracterizado en general esta virtud bélica según nuestro mejor saber y entender.

Cuanto más ascendemos en los puestos superiores, cuanto más predominan en la actividad el espíritu, el entendimiento y la inteligencia, tanto más se ve reprimida la audacia, que es una cualidad del ánimo, y por eso en los puestos supremos la encontramos tan raras veces, pero es tanto más admirable. Una audacia guiada por un espíritu predominante es el sello del héroe, y esa audacia no consiste en la osadía contraria a la naturaleza de las cosas, en una burda infracción de las leyes de probabilidad, sino en el fuerte apoyo en aquel cálculo superior que el genio ha hecho, con el ritmo de su juicio a la velocidad del rayo y sólo a medias consciente,

al adoptar su elección. Cuanto más alas dan a la audacia el espíritu y la inteligencia tanto más lejos alcanza su vuelo, tanto más amplia es la mirada, tanto más correcto el resultado; pero, desde luego, sólo en el sentido de que los mayores peligros están unidos a los mayores fines. El hombre normal, por no hablar de los débiles e indecisos, llega a un resultado correcto de una eficacia imaginaria en su habitación, alejado del riesgo y la responsabilidad, en tanto es posible un resultado así sin una contemplación directa de las cosas. Pero cuando le rodean la responsabilidad y el peligro pierde la perspectiva, y si la mantuviera por influencia de otros perdería la *decisión,* porque en eso nadie le puede ayudar.

Así pues, pensamos que sin audacia no cabe imaginar un general destacado, es decir, que nunca puede salir uno así de una persona para quien esa fuerza del ánimo no sea innata, cosa que nosotros consideramos pues la primera condición de tal carrera. La segunda cuestión es cuánta de esa fuerza innata, ampliada y modificada por la educación y el resto de la vida, queda cuando el hombre ha alcanzado el escalón elevado. Cuanto mayor siga siendo esa fuerza, tanto mayor será el aleteo del genio, tanto más elevado su vuelo. La empresa se va haciendo cada vez mayor, pero la meta crece con ella. Ya partan las líneas de una alejada necesidad y reciban de ella su dirección o se prolonguen más allá del remate de un edificio levantado por la ambición, ya se trate de Federico o de Alejandro, para la consideración crítica siempre es lo mismo. Si el último excita más la imaginación porque es aún más audaz, el primero satisface más el entendimiento, porque tiene más necesidad interior.

Pero ahora tenemos que pensar en otra circunstancia importante.

El espíritu de la audacia puede habitar en un ejército, o porque está en el pueblo o porque se ha engendrado en una guerra feliz entre líderes audaces; pero en este caso se carecerá de él al principio.

Ahora bien, en nuestros tiempos apenas hay otro medio de elevar el espíritu del pueblo en este sentido que precisamente la guerra, y la audaz dirección de la misma. Sólo con ella se puede contrarrestar esa blandura del ánimo, esa tendencia a esa confortable sensación a la que se somete un pueblo que goza de un creciente bienestar y de una elevada actividad del comercio.

Sólo cuando el carácter del pueblo y la costumbre de la guerra se sustentan mutuamente en constante interrelación puede un pueblo

esperar tener un puesto asentado en el mundo político.

CAPÍTULO SÉPTIMO

PERSEVERANCIA

El lector espera que se le hable de ángulos y líneas, y en vez de esos ciudadanos del mundo científico sólo encuentra gente de la vida común, como la que se encuentra todos los días en la calle. Y sin embargo, el autor no puede decidirse a ser ni un pelo más matemático de lo que su objeto le parece ser, y no teme la extrañeza que su lector pueda mostrarle.

En la guerra más que en ningún otro asunto del mundo las cosas son distintas de lo que se ha pensado, y de cerca se ven distintas a como se ven de lejos. ¡Con qué calma puede el arquitecto levantar su obra y verla crecer en sus dibujos! El médico, aunque mucho más entregado a efectos y azares insondables que el arquitecto, conoce bien los efectos y formas de sus medios. En la guerra, el jefe de un gran conjunto se encuentra en medio de un constante oleaje de noticias verdaderas y falsas; de errores cometidos por temor, por negligencia, por precipitación; de obstinaciones que se le muestran por verdadera o falsa opinión, por mala voluntad, verdadero o falso sentido del deber, pereza o agotamiento, de azares en los que nadie ha pensado. En pocas palabras, está entregado a cien mil impresiones, de las que la mayoría tiene una tendencia preocupante, las menos una que inspire aliento. La larga experiencia de la guerra enseña a apreciar con rapidez el valor de estas distintas manifestaciones, el alto valor y la fortaleza interior se les resisten como la roca al golpe de las olas. Quien cediera a tales impresiones no llevaría a cabo empresa alguna, y por eso la *perseverancia* en el propósito formado, mientras no se presenten en contra las más decisivas razones, es un contrapeso muy necesario. Además, en la guerra no hay casi ninguna empresa gloriosa que no se lleve a cabo con infinito esfuerzo, trabajo y angustia, y si la debilidad del ser humano, física y espiritual, siempre está dispuesta a ceder, sólo una gran fuerza de voluntad puede llevar a la meta, que se manifiesta en una *persistencia* admirada por el mundo y por la posteridad.

CAPÍTULO OCTAVO

SUPERIORIDAD DEL NÚMERO

Es, tanto en la táctica como en la estrategia, el principio más general de la victoria, y debe ser contemplada por nosotros en esta generalidad, para lo que nos permitimos el siguiente desarrollo.

La estrategia determina el punto *en el* que, el momento *en el* que y las fuerzas *con las* que hay que combatir; tiene pues, a través de esa triple determinación, una influencia muy esencial en el resultado del combate. Si la táctica ha suministrado el combate, si el éxito está ahí, ya sea victoria o derrota, la estrategia hace aquel uso de ello que se puede hacer conforme a la finalidad de la guerra. Este objetivo de la guerra es naturalmente a menudo uno muy lejano, y en los casos más raros uno muy próximo. Una serie de otros fines se le subordinan como medios. Estos fines, que son al mismo tiempo medios para fines superiores, pueden en su aplicación ser de varias clases, incluso el objetivo último, la finalidad de toda la guerra, es distinto en casi cada guerra. Tomaremos conocimiento con estas cosas en la medida en que conozcamos los distintos objetos que se ven afectados, y no puede ser nuestra intención abarcar aquí todo el objeto mediante una enumeración completa de los mismos, aunque fuera posible. Así que daremos prioridad a la utilización del combate.

Tampoco aquellas cosas con las que la estrategia tiene influencia en el resultado del combate, al establecerlo (al decretarlo, en cierto modo), son tan sencillas como para poder abarcarlas con una única consideración. En tanto la estrategia determina tiempo, lugar y fuerzas, puede hacerlo en su aplicación de varias maneras, cada una de las cuales condiciona el combate de distinta forma, tanto en su resultado como en su éxito. Así que iremos conociéndolas poco a poco, concretamente a través de los objetos que concretan la aplicación.

Si desnudamos pues el combate de todas las modificaciones que puede sufrir por su determinación y por las circunstancias de las que emana, si finalmente hacemos abstracción del valor de las tropas,

porque es un valor dado, sólo queda el concepto desnudo del combate, es decir, una lucha amorfa en la que no distinguimos más que el número de los combatientes.

Este número determinará pues la victoria. Ya de la multitud de abstracciones que hemos tenido que hacer para llegar a este punto se desprende que la superioridad numérica en un combate sólo es uno de los factores de los que está formada la victoria, que, por tanto, lejos de haber obtenido todo o aunque sea lo principal con la superioridad numérica, quizá se haya logrado muy poco, según las circunstancias coadyuvantes sean de un modo o de otro.

Pero la superioridad tiene grados, puede ser doble, triple o cuádruple, y todo el mundo entiende que un incremento así tendrá que arrollar todo lo demás.

En este sentido, hay que reconocer que la superioridad numérica es el factor más importante en el resultado de un combate, sólo que tiene que ser lo bastante grande como para guardar el equilibrio con las demás circunstancias que intervienen. La consecuencia inmediata de esto es que hay que poner en combate el mayor número posible de tropas en el punto decisivo.

Sean suficientes esas tropas o no, se ha hecho por este lado todo lo que los medios permitían. Este es el primer principio en la estrategia. Por general que sea su expresión aquí, sería igual de adecuado para griegos y persas que para ingleses y marathas que para franceses y alemanes. Pero vamos a dirigir nuestra mirada a nuestras circunstancias bélicas europeas, para poder pensar de forma un poco más concreta.

Aquí los ejércitos son mucho más similares en armamento, equipos y destrezas de todo tipo, tan sólo existe de vez en cuando una diferencia en la virtud militar del ejército y el talento del general. Si recorremos la Historia bélica de la Europa reciente, no encontramos ejemplo alguno como Maratón.

Federico el Grande batió en Leuthen a 80.000 austriacos con unos 30.000 hombres, en Rossbach a 50.000 aliados con 25.000; pero estos son también los únicos ejemplos de una victoria alcanzada contra un enemigo el doble y más del doble de fuerte. No podemos incluir adecuadamente a Carlos XII en la batalla de Narwa. Por aquel entonces apenas se podía considerar europeos a los rusos, y las circunstancias principales de esa batalla son demasiado poco conocidas. Bonaparte en Dresde contaba con 120.000 contra

220.000, así que no llegaba al doble. En Colonia, Federico el Grande no lo logró con 30.000 hombres contra 50.000 austriacos, y lo mismo Bonaparte en la desesperada batalla de Leipzig, donde contaba con 160.000 hombres contra 280.000, es decir, cuando la superioridad no era ni con mucho del doble.

Bien se desprende de esto que en la actual Europa a los más talentosos generales les resulta muy difícil arrancar la victoria a un poder enemigo que les dobla en fuerzas; si ponemos en la balanza el peso de unas fuerzas duplicadas contra los más grandes generales, no podemos dudar de que en los casos normales, en grandes y pequeñas batallas, una superioridad significativa que no tiene por qué superar el doble bastará para otorgar la victoria, por desventajosas que puedan ser las otras circunstancias. Desde luego, es posible imaginar un paso en el que ni siquiera el décuplo bastase para forzarlo; pero en un caso así ya no cabe hablar de combate. Creemos pues que precisamente en nuestras circunstancias, así como en todas las parecidas, la fuerza en el punto decisivo es una gran cosa, y que en la generalidad de los casos ese objeto es precisamente el más importante de todos. La fuerza en el punto decisivo depende de la fuerza absoluta del ejército y de la habilidad en su empleo.

La primera regla sería, pues: salir al campo con un ejército lo más fuerte posible. Esto suena mucho a lugar común, y sin embargo no lo es.

Para demostrar cómo durante largo tiempo no se ha considerado fundamental la fuerza de los combatientes, podemos limitarnos a observar que en la mayoría de las historias bélicas del siglo XVIII, hasta en las más detalladas, no se indica la fuerza de los ejércitos o se indica sólo de pasada, y nunca se le da un valor especial; Tempelhoff, en su *Historia de la Guerra de los Siete Años,* es el primero de los escritores que la indica regularmente, aunque de forma muy superficial.

Incluso Massenbach, en sus observaciones a veces críticas sobre las campañas prusianas de 1793 y 1794 en Vogesen, habla mucho de montañas, valles, caminos y sendas, pero nunca dice una sílaba de las fuerzas enfrentadas.

Hay otra prueba en una idea fantástica que rondaba la cabeza de algún escritor crítico, según la cual había un cierto tamaño de ejército que era el mejor, un tamaño normal por encima del cual las fuerzas excedentes eran más molestas que útiles.[39]

Por fin, hay un montón de ejemplos en los que todas las fuerzas disponibles para la batalla o la guerra no fueron realmente empleadas, porque no se daba a la superioridad numérica la importancia que le correspondía por la naturaleza del asunto.

Si se está penetrado por la convicción de que con una superioridad considerable se puede conseguir todo, no puede dejar de ocurrir que esa clara convicción repercuta sobre los preparativos de la guerra, con el fin de reunir tantas fuerzas como sea posible y, o bien tener por uno mismo la ventaja, o al menos protegerse de la enemiga. Hasta aquí en lo que concierne al poder absoluto con el que ha de llevarse la guerra.

La medida de ese poder absoluto es determinada por el Gobierno, y aunque con esa determinación empieza ya la actividad bélica propiamente dicha, y es una parte completamente esencial y estratégica de la misma, en la mayoría de los casos el general que ha de guiar estas fuerzas en la guerra tiene que contemplar su fuerza absoluta como algo dado, ya sea por no haber tomado parte en su determinación, o porque las circunstancias impidieran darle la extensión suficiente.

Así pues, no queda sino conseguir la superioridad relativa en el punto decisivo mediante una hábil utilización de las fuerzas, incluso cuando no se podía alcanzar la superioridad absoluta.

Lo más esencial para esto es el cálculo del espacio y el tiempo, y esto ha hecho que en la estrategia se haya considerado ese objeto como uno que abarca todo el uso de las fuerzas. Se ha llegado tan lejos como para adjuntar a los generales grandes en estrategia y táctica un órgano interno expresamente creado al efecto.

Pero esta comparación de espacio y tiempo, aunque en ella se basa todo y es en cierto modo el pan de cada día de la estrategia, no es ni lo más difícil ni lo más decisivo.

Si recorremos la Historia bélica con mirada inocente, encontraremos que los casos en los que realmente el error en tal cálculo ha sido la causa de importantes pérdidas son muy raros, al menos en la estrategia. Pero si el concepto de una hábil combinación de espacio y tiempo ha de representar todos los casos en los que un general decidido y activo ha batido a varios de sus adversarios mediante rápidas marchas con un mismo ejército (Federico el Grande, Bonaparte), nos enredaremos inútilmente en un lenguaje

convencional. Para que las ideas sean claras y fructíferas es necesario llamar siempre a las cosas por su verdadero nombre.

La correcta valoración de su adversario (Daun, Schwarzenberg), la audacia de enfrentarles durante un tiempo escasas fuerzas, la energía de las marchas reforzadas, el atrevimiento de los rápidos ataques, la elevada actividad que las grandes almas desarrollan en el momento del peligro: esas son las razones de tales victorias... ¡y qué tienen que ver con la capacidad de comparar correctamente dos cosas tan sencillas como el espacio y el tiempo!

Pero incluso ese juego indirecto de fuerzas en el que las victorias de Rossbach y Montmirail dan el impulso para las victorias de Leuthen y Montereau, y con el que los grandes generales se han familiarizado más a menudo en la defensa, es, si queremos ser claros y precisos, un raro acontecer en la Historia.

Con mucha más frecuencia la superioridad relativa, es decir, la hábil dirección de unas fuerzas superiores en el punto decisivo, tiene su fundamento en la correcta estimación de ese punto y en la dirección adecuada que las fuerzas reciben desde casa; en la decisión que es necesaria para que lo carente de importancia vaya en beneficio de lo importante, es decir, para mantener unidas sus fuerzas en una medida predominante. Esto es característico, concretamente, de Federico el Grande y Bonaparte.

Con esto creemos haber devuelto a la superioridad numérica la importancia que le corresponde; debe ser considerada como una idea básica, y ser buscada en primer lugar y en la medida de las posibilidades.

Tenerla por eso por una condición necesaria de la victoria sería una completa mala interpretación de nuestro desarrollo; más bien el resultado de la misma no es más que el valor que hay que dar a la fuerza de las tropas en el combate. Si esa fuerza es lo más grande posible, ya se ha hecho justicia al principio, y sólo una mirada a la totalidad de las circunstancias decide si el combate debe ser evitado o no por falta de fuerzas.

CAPÍTULO NOVENO

LA SORPRESA

Ya del objeto mismo del capítulo anterior, la general aspiración a la superioridad relativa, se desprende otra aspiración, que en consecuencia ha de ser igual de general: es *sorprender* al enemigo. Subyace más o menos a todas las empresas porque sin ella la superioridad en el punto decisivo no es realmente imaginable.

La sorpresa se convierte pues en medio para la superioridad, pero además de eso ha de ser contemplada también como un principio autónomo, debido a su efecto espiritual. Donde se consigue en alto grado las consecuencias son confusión, quiebra del valor del adversario, y hay ejemplos grandes y pequeños de cómo éstas multiplican el éxito. No estamos hablando aquí del asalto propiamente dicho que forma parte del ataque, sino de la aspiración a sorprender al adversario, con todas las medidas tomadas, pero especialmente con la distribución de las fuerzas, lo que puede pensarse igualmente para la defensa y es una cuestión principal en la defensa táctica.

Decimos: la sorpresa subyace sin excepción a todas las empresas, sólo que en muy distintos grados, según la naturaleza de la empresa y las demás circunstancias.

Esta diferencia empieza ya al hablar de las propiedades del ejército, del general, incluso del Gobierno del país.

El secreto y la rapidez son los dos factores de este producto, y ambos presuponen una gran energía en el Gobierno y en el general, y una gran seriedad del servicio en el ejército. Con blandura y principios laxos es inútil contar con la sorpresa. Pero, por general, por imprescindible que sea esta aspiración, y por cierto que sea que nunca carecerá de efecto, es igual de cierto que raras veces se logra en un grado *destacado*, y que esto está en la naturaleza de las cosas. Se haría pues una falsa idea quien creyera poder conseguir mucho en la guerra por este medio. Como idea nos atrae mucho, pero en la

mayoría de los casos, en su ejecución, se queda atascada en la fricción de toda la maquinaria.

La sorpresa está mucho más en su elemento en la táctica, por la muy natural razón de que todos los tiempos y espacios son menores. Será pues tanto más hacedera en la estrategia cuanto más próximas estén sus medidas al ámbito de la táctica, y tanto más difícil cuanto más se acerquen al de la política.

Los preparativos para la guerra ocupan normalmente varios meses; la reunión de los ejércitos en sus grandes puntos de concentración exige en la mayoría de los casos la instalación de almacenes y depósitos y marchas considerables, cuya dirección es fácil adivinar tempranamente.

Por eso es extremadamente raro que un Estado sorprenda a otro con una guerra o con la dirección de sus fuerzas en líneas generales. En los siglos diecisiete y dieciocho, cuando la guerra giraba tanto en torno a los asedios, era una aspiración múltiple y un capítulo propio e importante del arte de la guerra rodear de repente una plaza fuerte; y también eso se lograba sólo raras veces.

En cambio, en las cosas que pueden suceder de un día para otro la sorpresa es mucho más imaginable, y así no resulta difícil ganar al enemigo en una marcha y con ella una posición, un punto en la región, un camino, etc. Lo único que está claro es que lo que la sorpresa gana por un lado en facilidad lo pierde por otro en eficacia, así como que ésta siempre aumenta en la otra dirección. Quien crea poder enlazar cosas grandes con tales sorpresas en pequeñas medidas, como ganar una batalla, arrebatar un almacén importante, cree algo sin duda perfectamente pensable, pero que la Historia no prueba, porque hay en general muy pocos ejemplos en los que de tales sorpresas hayan surgido grandes cosas, por lo que es legítimo deducir la dificultad del asunto.

Desde luego, quien interrogue a la Historia acerca de tales cuestiones no tiene que atenerse a ciertos broches de oro de la crítica histórica, a sus sentencias y terminologías autocomplacientes, sino mirar a los ojos al hecho mismo. Cierto día de la campaña de 1761 en Silesia tiene una especie de fama en este sentido. Es el 22 de julio, en el que Federico el Grande ganó al general Laudon la marcha hacia Nossen bei Neisse, lo que, según se dice, hizo imposible la unión de los ejércitos austriaco y ruso en la Alta Silesia y dio por tanto al rey un margen de cuatro semanas. Pero quien lea detalladamente este

acontecimiento en los principales historiadores[40] y reflexione sin prejuicios no hallará jamás esa importancia en la marcha del 22 de julio, y no hallará más que contradicciones en todo el razonamiento, que se ha convertido en moda en torno a este punto, y en cambio verá mucho de inmotivado en los movimientos de Laudon durante ese famoso tiempo de maniobra. Cómo se puede, si se tiene sed de veracidad y clara convicción, hacer valer semejante ejemplo histórico.

En tanto uno se promete grandes efectos del principio de la sorpresa en el curso de una campaña, se piensa en una actividad muy grande, decisiones rápidas, grandes marchas, que deben poner los medios para ella; pero vemos que estas cosas, incluso cuando se dan en alto grado, no siempre producen el efecto perseguido, en el ejemplo de dos generales que bien pueden pasar por haber tenido en esto el mayor virtuosismo, Federico el Grande y Bonaparte. El primero, cuando en julio de 1760 cayó repentinamente sobre Lacy proveniente de Bautzen y se volvió contra Dresde, no consiguió nada en realidad con todo ese *intermezzo,* más bien sus asuntos empeoraron notablemente con la caída de Glatz.

En el año 1813, Bonaparte se volvió repentinamente dos veces desde Dresde contra Blücher, por no hablar de su incursión sobre Bohemia desde la Alta Lusacia, y en ambas ocasiones sin conseguir el efecto perseguido. Fueron palos de ciego que no le costaron más que tiempo y energías, y que en el caso de Dresde habrían podido ser altamente peligrosos.

Así pues, en este terreno una sorpresa con gran éxito no se desprende de la mera actividad, fuerza y decisión del dirigente, tiene que verse favorecida por otras circunstancias. Pero no vamos a negar en absoluto ese éxito, sino tan sólo a unirlo a la necesidad de condiciones favorables, que naturalmente no se dan con tanta frecuencia, y que el actuante raras veces puede provocar.

Precisamente esos generales constituyen cada uno de ellos un llamativo ejemplo de esto, Bonaparte en su famosa empresa sobre el ejército de Blücher en 1814, cuando éste, separado del gran ejército, descendió por el curso del Marne. No es fácil que una marcha sorpresiva de dos días dé mejores resultados. El ejército de Blücher, extendido a lo largo de tres días de marcha, fue batido por separado y sufrió una pérdida equivalente a la de una gran batalla perdida. Fue tan sólo el efecto de la sorpresa, porque si Blücher hubiera creído en

una tan cercana posibilidad de un ataque de Bonaparte habría organizado su marcha de forma completamente distinta. A esos errores de Blücher se unió el éxito. Pero Bonaparte no conocía esas circunstancias, y fue una para él feliz casualidad la que se cruzó.

Lo mismo ocurre con la batalla de Liegnitz, en 1760. Federico el Grande ganó esta hermosa batalla porque durante la noche cambió la posición que acababa de ocupar; esto sorprendió completamente a Laudon, y él éxito fue una pérdida de 70 cañones y 10.000 hombres. Aunque Federico el Grande había adoptado en esta época el principio de moverse de un lado para otro para hacer así imposible una batalla o al menos trastornar los planes del enemigo, el cambio de posición en la noche del 14 al 15 no fue hecho precisamente con esa intención sino, como dice el propio rey, porque no le gustó la posición del 14. Así pues, también aquí el azar representó un gran papel. Sin la coincidencia del ataque con el cambio nocturno y lo inaccesible de la región, el éxito no habría sido el mismo.

También en los ámbitos superior y supremo de la estrategia hay algunos ejemplos de sorpresas exitosas; vamos a recordar tan sólo las brillantes campañas de los grandes príncipes electores contra los suecos, desde Franconia hasta Pomerania y desde la Marca hasta Pregel, la campaña de 1757 y el famoso paso de los Alpes de Bonaparte en 1800. Aquí, un ejército entregó en una capitulación todo su teatro bélico, y en 1757 faltó poco para que otro entregara su teatro bélico y a sí mismo. Finalmente, para el caso de una guerra enteramente inesperada se puede aducir la incursión en Silesia de Federico el Grande. Los éxitos son aquí grandes y fuertes. Pero hay pocas manifestaciones así en la Historia, si no se confunden con ellas los casos en los que un Estado no lleva a cabo sus intenciones por falta de actividad y energía (1756 en Sajonia y 1812 en Rusia).

Queda una observación que concierne al interior del asunto. Y es que sólo puede sorprender aquel que da la ley a otro; da la ley quien tiene la razón. Si queremos sorprender al adversario con una medida errónea, quizá en vez del buen éxito tengamos que soportar una amarga derrota; en cualquier caso, el enemigo no necesita preocuparse mucho por nuestra sorpresa, encuentra en nuestro error los medios para rechazar el mal. Lo mismo que el ataque encierra en sí muchas más acciones positivas que la defensa, así también la sorpresa está más en manos del atacante, pero en modo alguno de forma exclusiva, como veremos a continuación. Podrían encontrarse

las mutuas sorpresas del atacante y del defensor, y entonces tendría que tener la razón aquel que mejor haya dado en el clavo.

Así debería ser; pero la vida práctica no se atiene con tanta exactitud a esta línea, y ello por una sencilla razón: los efectos espirituales que la sorpresa lleva consigo vuelven a menudo la peor cosa buena para aquel que disfruta de su asistencia, y no dejan al otro tomar una decisión correcta; estamos pensando más que en los primeros dirigentes, en cada individuo, porque el efecto de la sorpresa tiene la singularidad de relajar enormemente el lazo de la unidad, de forma que cada individualidad se manifiesta.

Mucho depende aquí de la relación general en la que ambas partes se encuentren. Si la una es capaz, por un sobrepeso moral general, de desanimar y apresurar a la otra, podrá servirse de la sorpresa con más éxito y cosechar buenos frutos incluso allá donde en realidad debería fracasar.

CAPÍTULO DÉCIMO

LA ASTUCIA

La astucia presupone una intención oculta y se opone a la forma de actuar recta y sencilla, es decir, directa, así como la broma se opone a la prueba inmediata. Por eso no tiene nada en común con los medios de la persuasión, del interés, de la fuerza, y mucho en cambio con el engaño, porque éste también oculta su intención. Es incluso un engaño, una vez hecho, pero se distingue de lo que suele recibir ese nombre, en que no implica faltar directamente a la palabra. El astuto deja cometer los errores del entendimiento a aquellos mismos a los que quiere engañar, errores que confluyen por último en *un* solo efecto, cambiando de pronto la esencia de las cosas ante sus ojos. Por eso se puede decir que igual que la broma es un juego de manos con ideas, la astucia es un juego de manos con acciones.

A primera vista no parece injusto que la estrategia reciba su nombre de la astucia, y que en todos los cambios, verdaderos y aparentes, que el gran contexto de la guerra ha experimentado desde los griegos, ese nombre apunte a su esencia más propia.

Si se deja a la táctica la ejecución de los golpes de mano, de los combates mismos, y se contempla la estrategia como el arte de servirse hábilmente de la capacidad de darlos, ninguna dote natural subjetiva —al margen de las fuerzas del ánimo, como son una ardiente ambición que presiona siempre como un resorte, una fuerte voluntad que difícilmente cede, etc.— parece tan adecuada para guiar y animar la actividad estratégica como la astucia. Ya la necesidad general de sorprender de la que hemos hablado en el capítulo anterior señala a ello: porque a toda sorpresa subyace un grado de astucia, por pequeño que sea.

Pero por mucho que se sienta en cierto modo la necesidad de que los actuantes en la guerra se superen en sagaz actividad, destreza y astucia, hay que confesar que esas cualidades se muestran poco en la Historia y raras veces han podido elaborarse a partir de la masa de relaciones y circunstancias.

El motivo de esto es evidente, y coincide bastante con el objeto del capítulo anterior.

La estrategia no conoce otra actividad que la disposición de los combates, con las reglas que a ellos se refieren. No conoce, como el resto de la vida, acciones que consistan en meras palabras, es decir, en manifestaciones, explicaciones, etc. Éstas, que no cuestan mucho, son sin embargo espléndidas para que el astuto lleve a cabo su engaño.

En la guerra ocurre algo parecido: proyectos y órdenes sólo aparentes, noticias falsas hechas llegar intencionadamente al enemigo, etc., son normalmente para el campo estratégico de tan débil efecto que sólo pueden ser empleadas en ocasiones concretas, que se ofrecen por sí mismas, y no pueden ser consideradas una actividad libre que emana del actuante.

Pero llevar a cabo tales acciones, igual que la disposición de los combates, para que causen una impresión al enemigo, requiere ya un gasto considerable de tiempo y energías, tanto más cuanto mayor sea el objeto. Como normalmente no se quiere emplear, las menos de las llamadas demostraciones consiguen el efecto perseguido en la estrategia. De hecho, es peligroso emplear fuerzas importantes durante largo tiempo con fines de mera apariencia porque siempre existe el peligro de que se haga en vano y se prescinda de esas fuerzas en el lugar decisivo.

Esta sobria verdad la siente siempre el actuante en la guerra, y por eso se le quitan las ganas de jugar a la astuta movilidad. La seca seriedad de la necesidad penetra la mayor parte de las veces de tal modo en la acción inmediata que no queda margen para esos juegos. En una palabra: a las piezas del ajedrez estratégico les falta la movilidad que es el elemento de la astucia y la sagacidad.

La consecuencia que sacamos es que una mirada correcta y acertada es una condición más necesaria y útil en el general que la astucia, aunque ésta tampoco echa nada a perder cuando no va a costa de necesarias cualidades del ánimo, como con demasiada frecuencia ocurre.

Cuanto más débiles se vuelvan las fuerzas que están sometidas a la dirección estratégica, tanto más accesible será ésta a la astucia, de forma que la astucia se ofrece como último recurso del que es completamente débil y pequeño, para el que ninguna precaución ni sabiduría alcanza, en el punto en que todo arte parece haberle

abandonado. Cuanto más desesperada es su situación, cuanto más se concentra todo en un único y desesperado golpe, tanto más solícita apoya la astucia a su audacia. Abandonando todo ulterior cálculo, liberadas de toda posterior compensación, audacia y astucia pueden acrecentarse mutuamente y reunir así un imperceptible brillo de esperanza en un único punto, en un único rayo, que en todo caso[41] aún pueda prender.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CONCENTRACIÓN DE LAS FUERZAS EN EL ESPACIO

La mejor estrategia es *ser siempre fuerte,* primero en general, y luego en el punto decisivo. De ahí que, aparte del esfuerzo que crea la fuerza, y que no siempre parte del general, no haya una ley superior y más sencilla para la estrategia que esta: *mantener unidas las fuerzas*. Nada que no esté llamado a atender una *finalidad urgente* debe separarse de la masa principal. A este criterio nos atenemos firmemente, y lo consideramos una guía fiable. Iremos conociendo poco a poco cuáles pueden ser las causas razonables de una división de las fuerzas. Entonces veremos también que este principio no ha podido tener las mismas consecuencias generales en cada guerra, sino que cambia conforme a objetivos y medios.

Suena increíble, y sin embargo ha ocurrido cien veces, que las fuerzas armadas hayan sido divididas y separadas siguiendo tan sólo el oscuro sentimiento de la manera tradicional, sin saber con claridad por qué.

Si se reconoce como la norma la unión de todas las fuerzas y toda división y separación como una desviación de la misma que tiene que estar motivada, no sólo se evita por completo aquella necedad, sino que también se corta el paso a más de un falso motivo de división.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

REUNIÓN DE LAS FUERZAS EN EL TIEMPO

Tenemos que vérnoslas aquí con un concepto que, allá donde termina en la vida activa, difunde cierta engañosa apariencia: de ahí que sea necesaria una clara determinación y puesta en práctica de las ideas, y así esperamos que se nos permita una vez más un pequeño análisis.

La guerra es un choque de fuerzas enfrentadas, de lo que se desprende que la más fuerte no sólo aniquila a la otra, sino que la arrastra en su movimiento. Esto no permite en el fondo ninguna acción constante (sucesiva) de las fuerzas, sino que la simultánea aplicación de todas las fuerzas destinadas a un choque tiene que parecer una ley primaria de la guerra.

Y así es, pero sólo en tanto que la lucha iguala en realidad a los choques mecánicos; allá donde consiste en una constante interacción de fuerzas aniquiladoras sí puede pensarse en un efecto permanente de las fuerzas. Este es el caso en la táctica, principalmente porque el arma de fuego es el fundamento de toda táctica, pero también por otras razones. Si en un combate se emplean 1.000 hombres contra 500, la magnitud de sus pérdidas está compuesta de la magnitud de las fuerzas enemigas y de las propias. Mil disparan el doble que 500; pero contra 1.000 también aciertan más balas que contra 500, porque cabe presumir que están más concentrados. Si pudiéramos suponer que también el número de las balas que les aciertan fuera el doble de grande, la pérdida sería igual por ambas partes. De los 500 quedarían, por ejemplo, 200 fuera de combate, y lo mismo de los 1.000. Si aquellos tuvieran a sus espaldas otros tantos que hasta ahora se hubieran mantenido al margen del fuego, ambas partes tendrían 800 hombres sanos, pero una parte tendría 500 completamente frescos, con toda su munición y todas sus fuerzas, y la otra 800 igual de desbandados, sin munición suficiente y con sus fuerzas debilitadas. El presupuesto de que los 1.000 hombres

perderían, tan sólo por su mayor número, el doble de lo que 500 habrían perdido en su lugar, no es en todo caso correcto, así que en aquel orden originario la mayor pérdida que sufre aquel que ha reservado la mitad de sus fuerzas ha de ser considerada una desventaja; lo mismo hay que aceptar, en la generalidad de los casos, que en el primer momento puede ser una ventaja para los 1.000 hombres expulsar a su adversario de su posición y hacerlo retroceder; si esas dos ventajas guardarán el equilibrio con la desventaja de combatir con 800 hombres desbandados por el combate contra un enemigo que por lo menos no es notablemente más débil y tiene 500 hombres de refresco, es algo que no puede decidir un análisis, sino que aquí hay que basarse en la experiencia; y no habrá ningún oficial que tenga alguna experiencia bélica que no suscriba en la generalidad de los casos la superioridad de aquel que tiene las fuerzas de refresco.

De este modo, queda claro cómo el empleo de fuerzas demasiado grandes en el combate puede resultar desventajoso porque, por muchas ventajas que la superioridad pueda otorgarnos en un primer momento, quizá luego tengamos que pagar por ella.

Pero este peligro sólo alcanza *hasta donde alcance el desorden, el estado de desbandada y debilidad,* en una palabra, la crisis que todo combate trae consigo *incluso en el vencedor*. En el ámbito de este estado de debilidad, la aparición de cierto número de tropas relativamente frescas es decisiva.

Sin embargo, allá donde este efecto disolvente de la victoria cesa, y sólo queda por tanto la superioridad moral que la victoria otorga, las fuerzas de refresco dejan de estar en condiciones de recuperar lo perdido, y son arrastradas. Un ejército vencido no puede ser devuelto a la victoria al día siguiente por una fuerte reserva. *Nos hallamos aquí en la fuente de una esencialísima diferencia entre táctica y estrategia.*

Porque los éxitos tácticos, los éxitos *dentro* del combate y antes de su conclusión, se encuentran *en su mayoría todavía en el ámbito de esa disolución y debilitamiento*; en cambio, los estratégicos, es decir, el éxito total del combate, la victoria final, grande o pequeña, *están ya fuera de ese ámbito*. Sólo cuando los éxitos de los combates parciales se han unido en un todo autónomo se produce el éxito estratégico, pero entonces el estado de crisis cesa, las fuerzas

recuperan su forma originaria y sólo han quedado debilitadas en la parte que realmente ha sido aniquilada.

La consecuencia de esa distinción es que la táctica es capaz de un uso constante de las fuerzas, y la estrategia sólo de uno simultáneo.

Si en la táctica no puedo decidirlo todo con el primer éxito, si tengo que temer al instante siguiente, se desprende por sí mismo que para el éxito del primer momento sólo empleo las fuerzas que parecen necesarias para ello, y mantengo alejado el resto de la esfera de aniquilación, tanto del fuego como del cuerpo a cuerpo, para oponer fuerzas frescas a las frescas o poderlas superar con las debilitadas. Pero no ocurre así en la estrategia. En parte, como acabamos de demostrar, después de haberse producido su éxito no tiene que temer tan fácilmente una réplica, porque con ese éxito termina la crisis, y en parte no necesariamente todas las fuerzas estratégicas están *debilitadas*. Sólo las que están en conflicto *táctico* con la fuerza enemiga, es decir, implicadas en el combate parcial, se ven debilitadas por él, es decir, si la táctica no despilfarra inútilmente, nada más que las imprescindibles, pero en modo alguno todas las que forman parte del conflicto estratégico. Los cuerpos que debido a la superioridad de las fuerzas han combatido poco, o no han combatido y han contribuido a decidir con su mera presencia, vuelven a ser lo que eran una vez decidido el combate y vuelven a ser por tanto utilizables para nuevos fines, como si hubieran estado ociosos. Está claro en sí mismo cuánto ha podido contribuir la superioridad que otorgan esos cuerpos al éxito total; incluso no es difícil apreciar cómo han podido reducir notablemente la pérdida de nuestras fuerzas implicadas en el conflicto táctico.

Si, por tanto, en la estrategia la pérdida no crece con el volumen de fuerzas empleadas, si incluso se ve disminuida por él, y si, como es evidente, la decisión a nuestro favor se asegura más, cae por su peso que nunca se podrán emplear demasiadas fuerzas, y en consecuencia también que las disponibles han de ser empleadas *simultáneamente*.

Pero tenemos que discutir la frase en otro campo. Hasta ahora sólo hemos hablado del combate mismo; es la actividad bélica propiamente dicha, pero hay que tener en cuenta a los hombres, el espacio y el tiempo, que aparecen como soportes de esa actividad, e incluir en la consideración los productos de sus acciones.

Los trabajos, esfuerzos y privaciones son en la guerra un principio de aniquilación propio, no esencialmente perteneciente a la

lucha, pero más o menos inseparable de ella, y un principio que pertenece preferentemente a la estrategia. Sin duda también se dan en la táctica, y quizá en grado máximo, pero como los actos tácticos son de menor duración, los efectos de los esfuerzos y privaciones también cuentan menos en ella. Pero en la estrategia, donde los espacios y tiempos son mayores, el efecto no sólo es perceptible siempre, sino a menudo muy decisivo. No es inusual que un ejército victorioso pierda más por las enfermedades que por los combates.

Si consideramos pues esa esfera de aniquilación dentro de la estrategia, como hemos contemplado las del fuego y el cuerpo a cuerpo en la táctica, podemos imaginar que todo lo que está expuesto a ella se encuentra al final de la campaña, o de otro segmento estratégico, en un estado de debilidad que hace *decisiva* la aparición de fuerzas de refresco. Podríamos vernos movidos, tanto aquí como allá, a buscar el primer éxito con los menos recursos posibles, para conservar esas fuerzas frescas para el final.

Para apreciar con exactitud esas ideas, que en numerosos casos tendrán gran apariencia de verdad, tenemos que dirigir la mirada hacia sus distintas manifestaciones. Primero, no se tiene que confundir el concepto del mero refuerzo con el de una fuerza fresca y no utilizada. Hay pocas campañas a cuyo término tanto el vencedor como el vencido no deseen un nuevo crecimiento de sus fuerzas, incluso les parezca decisivo; pero no estamos hablando de eso, porque ese incremento de las fuerzas no sería necesario si al principio hubieran sido mayores en esa misma medida. En cambio, que un ejército recién salido a campaña tenga que prestar más atención a sus valores morales que el que ya está en campaña, y que haya que cuidar más a una reserva táctica que a una tropa que ya ha sufrido mucho en combate, iría en contra de toda experiencia. Lo mismo que una campaña desdichada resta valor y fuerza moral a las tropas, una afortunada eleva su valor de tal modo que esos efectos se equilibran en la generalidad de los casos, y además queda la costumbre de la guerra como beneficio neto. Tenemos que dirigir más la mirada hacia las campañas felices que hacia las desdichadas, porque allá donde estas últimas se pueden prever faltan las fuerzas de todos modos, y no cabe pensar en dejar una parte de las mismas para usarlas después.

Despejado ese punto, nos preguntamos: ¿crecen las pérdidas que una fuerza sufre por los esfuerzos y privaciones en la misma medida

de su volumen, como ocurre en el combate? Y tenemos que responder «no».

Los esfuerzos surgen en su mayor parte de los peligros que impregnan más o menos cada momento del acto bélico. Salir al paso de esos peligros, avanzar con seguridad en la acción, es el objeto de una gran cantidad de actividades que representan el servicio táctico y estratégico del ejército. Ese servicio se hace más difícil cuanto más débil es el ejército, y más fácil cuanto más aumenta su superioridad frente al enemigo. ¿Quién puede poner en duda esto? Una campaña contra un enemigo mucho más débil costará pues menores esfuerzos que una contra uno igual de fuerte o incluso más fuerte.

Esto en cuanto a los esfuerzos. El caso de las privaciones es un poco distinto. Éstas consisten principalmente en dos objetos: la falta de alimentos y la falta de alojamiento de las tropas, ya sea en cuarteles o en cómodos campamentos. Ambas se vuelven tanto mayores cuanto más numeroso es el ejército concentrado en el mismo lugar. Sólo que, ¿no da precisamente la superioridad los mejores recursos para extenderse y encontrar más espacio, es decir, más medios de manutención y alojamiento?

Cuando en el año 1812, en su avance por Rusia, Bonaparte reúne su ejército de manera insólita en una carretera en grandes masas, y causa una carencia igual de insólita, hay que atribuirlo a su principio de que nunca se puede ser lo bastante fuerte en el punto decisivo. Si ha exagerado ese principio o no es una cuestión que no interesa aquí, pero es cierto que, si hubiera querido evitar la carencia provocada, sólo tenía que proceder en una mayor extensión; no faltaba espacio para eso en Rusia, y faltará en los menos de los casos. No puede desprenderse por tanto motivo alguno para demostrar que el empleo simultáneo de fuerzas muy superiores tenga que provocar un mayor debilitamiento. Pero suponiendo que el viento y el mal tiempo y los inevitables esfuerzos de la guerra también provocaran una disminución en la parte del ejército que se hubiera podido conservar como poder excedente para un uso ulterior, a pesar del alivio que esa parte procuraba al todo, habrá que volver a relacionarlo todo y preguntar: ¿será esa disminución tan grande como la ganancia de fuerzas que podíamos tener con nuestra superioridad en más de un sentido?

Tenemos que tocar otro punto muy importante. En el combate parcial, se puede establecer aproximadamente sin gran dificultad la

fuerza que se necesita para un éxito mayor que uno se ha fijado, y en consecuencia establecer también qué resultará superfluo. En la estrategia esto es prácticamente imposible porque el éxito estratégico no tiene un objeto tan determinado y unos límites tan próximos. Lo que en la táctica puede ser considerado un exceso de fuerzas, tiene que ser considerado en la estrategia un medio para ampliar el éxito si se ofrece oportunidad para ello; pero con el tamaño del éxito crecen los porcentajes del beneficio, y de este modo la superioridad de fuerzas puede llegar rápidamente a un punto que jamás habría dado la más cuidadosa economía de las mismas.

Debido a esa inmensa superioridad, Bonaparte logró en el año 1812 avanzar hasta Moscú y tomar esa capital central; si por medio de esa superioridad también hubiera podido destruir por completo al ejército ruso, probablemente habría concluido en Moscú una paz que de otro modo era menos alcanzable. Este ejemplo sólo debe explicar la idea, no demostrarla, lo que necesitaría un desarrollo minucioso para el que éste no es el lugar.

Todas estas consideraciones están dirigidas meramente a la idea de un empleo sucesivo de la fuerza, y no al concepto de reserva propiamente dicho, que sin duda tocan sin cesar, pero que, como veremos en el capítulo siguiente, depende de otras cuestiones.

Lo que queríamos ver aquí es que, si en la táctica las fuerzas sufren un debilitamiento por la mera *duración* de su uso real, y el tiempo es por tanto un factor del producto, éste no es el caso, de manera esencial, en la estrategia. Los efectos destructores que el tiempo ejerce sobre las fuerzas armadas también en la estrategia se ven en parte reducidos por la masa de las mismas, en parte compensados de otro modo, y por eso la estrategia no puede tener la intención de convertir al tiempo en aliado *por él mismo,* empleando las fuerzas poco a poco.

Decimos *por él mismo* porque el valor que el tiempo puede tener por otras circunstancias que provoca, pero que son distintas a él, es algo completamente diferente, es nada menos que indiferente o carente de importancia, y será objeto de otra consideración.

Así pues, la ley que tratamos de desarrollar es: todas las fuerzas que están destinadas y de las que se dispone para un fin estratégico deben ser empleadas en él *al mismo tiempo*, y ese empleo será tanto más completo cuanto más se concentre todo en un acto y en un momento.

Por eso hay un énfasis y una acción permanente en la estrategia —y tanto menos podemos pasarla por alto cuanto que es uno de los principales medios para el éxito final—, y es el constante desarrollo de nuevas fuerzas. También esto es objeto de otro capítulo, y lo mencionamos tan sólo para prevenir que el lector no esté pensando en algo de lo que no hablamos en absoluto.

Dirigiremos ahora nuestra atención a un objeto muy emparentado con las consideraciones que llevamos hechas, cuya constatación dará al todo su plena luz: nos referimos a la *reserva estratégica*.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

RESERVA ESTRATÉGICA

Una reserva tiene dos destinos muy distintos entre sí, a saber: en primer lugar, la prolongación y renovación de la lucha y, en segundo lugar, su uso contra casos imprevistos. El primer destino presupone el empleo de un uso sucesivo de la fuerza, y por tanto no puede aparecer en la estrategia. Los casos en los que un cuerpo es enviado a un punto que está en trance de ser arrollado han de incluirse evidentemente en la categoría del segundo destino, porque la resistencia que aquí se ha de oponer no está suficientemente prevista. Pero un cuerpo destinado a la mera prolongación de lucha y que se hubiera dejado atrás con ese fin estaría fuera del campo de juego, sometido y asignado a quienes estuvieran al mando del combate, y por tanto sería una reserva táctica y no estratégica.

Sin embargo, la necesidad de tener lista una fuerza para casos imprevistos también puede darse en la estrategia, y en consecuencia también puede haber una reserva estratégica, pero sólo allá donde sean posibles tales imprevistos. En la táctica, donde la mayoría de las veces se averiguan visualmente las medidas tomadas por el enemigo, y donde cada bosque y cada pliegue de un suelo ondulado puede ocultarlo, hay que estar, por supuesto, más o menos preparado para los casos imprevistos, para reforzar a posteriori aquellos puntos de nuestro conjunto que se muestran demasiado débiles y poder disponer nuestras fuerzas a la medida de las enemigas.

También en la estrategia tienen que darse tales casos porque el acto estratégico enlaza directamente con el táctico. También en la estrategia alguna disposición se adopta después de la inspección ocular, de inciertas noticias que llegan de un día para otro, de una hora para otra, y por fin tras los verdaderos éxitos de los combates; es pues una condición esencial de la dirección estratégica que, en la misma medida de la incertidumbre, se conserven fuerzas armadas para su posterior utilización.

En la defensa, especialmente de ciertos parajes, como ríos, montañas, etc., esto ocurre sin cesar, como es sabido.

Pero esta incertidumbre disminuye cuanto más se aleja la actividad estratégica de la táctica, y desaparece casi por entero en aquellas regiones de la misma donde linda con la política.

Sólo la inspección ocular permite saber adónde envía el enemigo sus columnas a la batalla; dónde cruzará un río, a partir de unos pocos indicios que se anuncian poco antes; por qué lado atacará nuestro reino suelen anunciarlo todos los periódicos antes de que se oiga un solo tiro. Cuanto mayores sean las medidas, tanto menos se puede sorprender con ellas. Los espacios y los tiempos son tan grandes, las circunstancias de las que emana la acción tan conocidas y poco modificables, que o bien se sabe el resultado con tiempo suficiente o se puede indagar con certeza.

Por el otro lado, también el uso de una reserva, si realmente se dispone de ella, se vuelve cada vez más ineficaz en este ámbito de la estrategia cuanto más se remonta la medida al conjunto.

Hemos visto que la decisión de un combate parcial no es nada en sí, sino que todos los combates parciales tienen su desenlace en la decisión del combate total.

Sin embargo, también esa decisión del combate final tiene sólo una importancia relativa en sus muchas graduaciones, según la fuerza sobre la que se ha alcanzado la victoria representase una parte más o menos grande y significativa del conjunto. El encuentro perdido por un cuerpo puede ser reparado por la victoria del ejército, e incluso la batalla perdida de un ejército puede ser no sólo compensada por la victoria en otra más importante, sino transformada en un acontecimiento feliz (los dos días de Kulm, 1813). Nadie puede poner en duda esto; pero está igual de claro que el peso de cada victoria (el feliz éxito de cada combate total) se vuelve tanto más autónomo cuanto más importante era la parte vencida, y que por tanto la posibilidad de recuperar lo perdido mediante un acontecimiento posterior se reduce cada vez más. En otro lugar veremos cómo se determina esto; aquí nos basta con haber llamado la atención sobre la indudable existencia de esa progresión.

Añadiremos por fin a estas dos consideraciones una tercera, a saber: que si el uso sucesivo de las fuerzas armadas en la táctica siempre desplaza la decisión principal hacia el final de todo el acto, la ley del uso simultáneo en la estrategia casi siempre sitúa la decisión

principal (que no tiene por qué ser la definitiva) al principio del gran acto, así que en esos tres resultados hallaremos motivos suficientes como para encontrar la reserva estratégica cada vez más prescindible, cada vez más inútil y cada vez más peligrosa, cuanto más *amplia* sea su determinación.

El punto en que la idea de la reserva estratégica empieza a ser contradictoria no es difícil de establecer; está en la *decisión principal*. El empleo de todas las fuerzas tiene que darse dentro de la decisión principal, y cualquier reserva (*fuerza armada lista para combatir*) que deba ser empleada después de esa decisión es absurda.

Si por tanto la táctica tiene en sus reservas el medio, no sólo de salir al paso de las disposiciones imprevistas del enemigo, sino también de reparar el nunca previsible éxito del combate allá donde resulta desdichado, la estrategia tiene que renunciar a ese medio, por lo menos en lo que a la gran decisión se refiere; por regla general, sólo puede compensar los perjuicios causados en un punto mediante las ventajas que obtiene en otro, y en pocos casos, al mover las fuerzas de un punto a otro; pero nunca debe o puede tener la idea de salir de antemano al paso de tal perjuicio manteniendo una fuerza en reserva.

Hemos declarado absurda la idea de una reserva estratégica que no deba colaborar en la decisión principal, y esto es tan indudable que ni siquiera hubiéramos estado tentados de someterlo a un análisis como el que hemos hecho en estos dos capítulos si no fuera porque, disfrazada entre otras ideas, hace mejor efecto y se muestra con frecuencia. El uno ve en ella el premio a la sabiduría estratégica y a la cautela, el otro la desecha, y con ella la idea de toda reserva, en consecuencia también de la táctica. Esta maraña de ideas nos traslada a la vida real, y vemos un espléndido ejemplo de ella, recordemos, en que en 1806 Prusia hizo acantonar en la Marca una reserva de 20.000 hombres al mando del Príncipe Eugenio de Württemberg, que luego no pudo llegar al Saale a tiempo, y en la Prusia Oriental y en la Meridional se quedaron otros 25.000 hombres de esa potencia *a los que se quería poner en campaña posteriormente como reserva*.

Después de estos ejemplos, no se nos acusará de haber luchado contra molinos de viento.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

ECONOMÍA DE FUERZAS

Los principios y opiniones pueden estrechar, como hemos dicho, la senda de la reflexión hasta convertirla en una mera línea. Siempre queda cierto margen de juego. Pero así es en todas las artes prácticas de la vida. Para las líneas de la belleza no hay abscisas ni ordenadas, el círculo y la elipse no se llevan a cabo con sus fórmulas algebraicas. Así que el actuante tiene que entregarse al más sutil ritmo del juicio, que, partiendo de la agudeza natural y formado mediante reflexión, halla casi inconscientemente lo correcto; ora tiene que simplificar la ley hasta las características más destacadas que forman sus reglas, ora el método implantado tiene que convertirse en la vara a la que se atiene.

Como una de esas características simplificadas, como una intervención del espíritu, consideramos el punto de vista de cuidar siempre de la intervención de todas las fuerzas o, en otras palabras, tenerlas siempre presentes de tal modo que ninguna de sus partes esté ociosa. Quien tiene fuerzas allá donde el enemigo no las emplea suficientemente, quien hace marchar a una parte de sus fuerzas, es decir, las deja muertas, mientras las enemigas atacan, gestiona mal sus fuerzas. En este sentido, hay un derroche que es incluso peor que su utilización inadecuada. Cuando hay que actuar, la primera necesidad es que todas las partes actúen porque la más inadecuada de las actividades ocupa y bate al menos a una parte de las fuerzas enemigas, mientras las que están enteramente ociosas quedan neutralizadas por el momento. Esta idea está innegablemente relacionada con los principios de los tres últimos capítulos; es la misma verdad, pero considerada desde un punto de vista algo más amplio y concentrada en una sola idea.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

ELEMENTO GEOMÉTRICO

Lo fuerte[42] que puede llegar a ser el elemento geométrico, o la forma en que la disposición de las fuerzas en la guerra puede convertirse en un principio predominante, lo vemos en el arte de la fortificación, donde la geometría hace casi lo más grande y lo más pequeño. También en la táctica representa un gran papel. Es el fundamento de la táctica en sentido estricto, la teoría del movimiento de las tropas; tanto en la fortificación de campaña como en la teoría de las posiciones y su ataque, sus ángulos y líneas son como legisladores que tienen que dirimir la disputa. Alguna vez se ha aplicado erróneamente, y alguna vez no era más que un juego; pero aún así, precisamente en la táctica actual, donde en cada combate se trata de envolver al contrario, el elemento geométrico ha vuelto a cobrar una gran importancia, sin duda en una aplicación muy sencilla, pero siempre recurrente. Sin embargo, en la táctica, donde todo es más móvil, donde las fuerzas morales, los rasgos individuales y el azar tienen más influencia que en la guerra de fortificaciones, el elemento geométrico no puede predominar como en ella. Pero aún es menor su influencia en la estrategia. Sin duda también aquí la forma de disponer las fuerzas, la forma de los países y Estados tiene gran influencia. Pero el principio geométrico no es *decisivo* como en el arte de la fortificación y ni con mucho tan importante como en la táctica. La forma en que se muestra su influencia sólo se podrá decir poco a poco en aquellos lugares en los que penetra y merece consideración. Aquí vamos a fijarnos más bien en la diferencia que hay en este punto entre táctica y estrategia.

En la táctica, el espacio y el tiempo se retrotraen con rapidez a su mínimo absoluto. Cuando una tropa enemiga es envuelta de flanco y por la espalda, pronto se llega al punto en el que ya no le queda retirada alguna; semejante situación implica la absoluta imposibilidad de seguir combatiendo, y por tanto tiene que liberarse de ella o doblegarse a la misma. Esto da a todas las combinaciones

una gran eficacia, y ésta consiste en su mayor parte en la preocupación que insufla al contrario acerca de las consecuencias. Por eso la disposición geométrica de las fuerzas es un factor tan esencial en el producto.

Debido a sus grandes espacios y tiempos, la estrategia sólo tiene un pálido reflejo de todo esto. No se dispara de un teatro bélico al otro, sino que a menudo pasan semanas y meses antes de que un envolvimiento estratégico se convierta en realidad. Además, los espacios son tan grandes que la probabilidad de llegar al fin al punto adecuado sigue siendo muy escasa incluso tomando las mejores medidas.

Así pues, en la estrategia el efecto de tales combinaciones, es decir, del elemento geométrico, es mucho más escaso, y por eso el efecto de lo que entretanto se ha conseguido de facto en un punto es mucho mayor. Esa ventaja tiene tiempo de manifestar todo su efecto antes de ser perturbada o incluso aniquilada por preocupaciones opuestas. Por eso, no tememos considerar una verdad probada que en la estrategia importa más el número y el alcance de los combates victoriosos que la forma de los grandes alineamientos que guardan entre sí.

Precisamente la idea opuesta ha sido el tema favorito de la teoría más reciente, porque se creía dar así mayor importancia a la estrategia. Pero en la estrategia volvía a verse la función superior del espíritu, y así se creía ennoblecer la guerra y, como se decía debido a una nueva sustitución de los conceptos, hacerla *más científica*. Consideramos uno de los principales beneficios de una teoría completa arrebatar su prestigio a tales excentricidades, y como el elemento geométrico es la idea principal de la que suelen partir, hemos resaltado expresamente ese punto.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

SOBRE LA DETENCIÓN EN EL ACTO BÉLICO

Si se contempla la guerra como un acto de aniquilación mutua, habrá que imaginar necesariamente a ambas partes avanzando en general, pero al mismo tiempo, en lo que concierne a cada momento, habrá que imaginar casi necesariamente a la una esperando y sólo a la otra avanzando, porque las circunstancias nunca serán o se mantendrán enteramente iguales en ambas partes. Con el tiempo surgirá un cambio, de lo que se desprende que el momento actual es más favorable para el uno que para el otro. Si se presupone en ambos generales un total conocimiento de estas circunstancias, de ello se desprende para el uno un motivo para actuar que al mismo tiempo es para el otro un motivo para esperar. Según esto ambos no pueden tener al mismo tiempo interés en avanzar e interés en esperar. Esta mutua exclusión del mismo fin no se deriva del motivo de la polaridad general, y no es por tanto ninguna contradicción respecto a la afirmación del capítulo quinto del Libro Segundo, sino que deriva de que para ambos generales la misma cosa se convierte en motivo de determinación: la probabilidad de una mejora o de un empeoramiento de su situación en el futuro.

Incluso si se admitiera la posibilidad de una completa igualdad de circunstancias, o se tuviera en cuenta que el defectuoso conocimiento de la situación del contrario pudiera hacérsela parecer a ambos generales, la diferencia de fines políticos suprime la posibilidad de una detención. Una de las dos partes tiene que ser, desde el punto de vista político, necesariamente la atacante, porque de la mutua intención defensiva no puede surgir la guerra. Pero el atacante tiene una finalidad positiva, y el defensor una meramente negativa; a aquel le corresponde por tanto la acción positiva porque sólo con ella puede alcanzar la finalidad positiva. Por tanto, en los casos en que ambas partes se encuentren en iguales circunstancias, el atacante se verá incitado a actuar por su finalidad positiva.

Visto así, estrictamente hablando, la detención del acto bélico es una contradicción en sus términos, porque ambos ejércitos tienen que eliminarse mutuamente sin cesar como elementos enemigos que son, lo mismo que el fuego y el agua nunca están en equilibrio, sino que actúan uno sobre el otro hasta que uno de los dos ha desaparecido por completo. ¿Qué se diría de dos luchadores que se mantuvieran abrazados durante horas sin hacer movimiento alguno? El acto bélico debería desarrollarse pues como una maquinaria a la que se ha dado cuerda, en constante movimiento. Pero, por violenta que sea la naturaleza de la guerra, está unida a la cadena de las debilidades humanas, y la contradicción que aquí se muestra de que el ser humano busca y crea el peligro que al mismo tiempo teme no extrañará a nadie.

Si volvemos la vista hacia la Historia bélica en general, hallamos lo contrario de un incesante avance hacia la meta, hallamos que muy evidentemente la *detención* y la *inacción* es el *estado básico* de los ejércitos en mitad de la guerra, y la *acción* la *excepción*. Esto casi debería hacernos dudar de lo correcto de la idea adoptada. Pero cuando la Historia bélica hace esto a lo largo de la gran masa de sus acontecimientos, la última serie de ellos nos devuelve a nuestra opinión. La guerra revolucionaria muestra bien a las claras su realidad y demuestra su necesidad. En ella, y especialmente en las campañas de Bonaparte, la dirección de la guerra ha encontrado el grado incondicional de energía que nosotros hemos considerado como ley natural de este elemento. Ese grado es pues posible y, si es posible, es necesario.

De hecho, ¿cómo justificar a los ojos de la razón el gasto de energías que se hace en la guerra si la acción no fuera su finalidad? El panadero sólo enciende su horno cuando va a meter el pan; solamente se engancha el caballo al coche cuando se quiere viajar en él; ¿por qué entonces hacer los inmensos esfuerzos de una guerra si con eso no se quiere provocar otra cosa que esfuerzos similares en el enemigo?

Hasta aquí la justificación del principio general; ahora hablaremos de sus modificaciones, en tanto son parte de la naturaleza de la cosa y no dependen de casos individuales.

Hay que reseñar aquí tres causas que parecen contrapesos interiores y que impiden que la maquinaria funcione demasiado rápido o de forma incesante.

La primera, que produce una constante tendencia a la estancia, y se convierte por tanto en principio retardatario, es la timidez e indecisión naturales del espíritu humano, una especie de pesadez en el mundo moral, pero que no está causada por fuerzas atractivas sino repelentes, concretamente por el temor al riesgo y la responsabilidad.

En medio del elemento flamígero de la guerra, las naturalezas usuales tienen que parecer más pesadas, los impulsos tienen por tanto que ser más fuertes y repetidos si el movimiento ha de ser permanente. Raras veces la mera idea de la finalidad de armarse sirve para superar esa pesadez, y si no hay a la cabeza un espíritu bélico emprendedor, que se encuentre en la guerra en su elemento como el pez en el agua, o si no presiona una gran responsabilidad desde arriba, la detención se convierte en orden del día y el avance en excepción.

La segunda causa es la imperfección del criterio y juicio humanos, que en la guerra es mayor que en ningún otro caso, porque apenas se conoce con exactitud la propia situación en cada momento, y la del adversario, como está velada, ha de ser adivinada a partir de unos pocos indicios. Esto produce con frecuencia el caso de que ambas partes consideren un mismo objeto como ventajoso, cuando en realidad el interés de una de ellas es predominante. Así, cada una puede creer estar actuando con sabiduría al esperar otro momento, como ya hemos dicho en el capítulo quinto del Libro Segundo.

La tercera causa, que interviene como un bloqueo en la maquinaria y produce de vez en cuando una total detención, es la mayor fuerza de la defensa; A puede sentirse demasiado débil para atacar a B, de lo que no se desprende que B sea lo bastante fuerte como para atacar a A. El suplemento de fuerza que da la defensa no sólo se pierde con el ataque, sino que se entrega al adversario, igual que, dicho gráficamente, la diferencia A+B y A–B es igual a 2B. De ahí que pueda ocurrir que ambas partes no sólo se sientan al mismo tiempo demasiado débiles para atacar, sino que realmente lo sean.

Así, incluso en medio del arte de la guerra la cuidadosa inteligencia, el temor a un peligro demasiado grande, hallan cómodo asiento para hacerse valer y conjurar el ímpetu elemental de la guerra.

Sin embargo, difícilmente podrían estas causas explicar sin forzarlas las largas detenciones que sufrían las antiguas guerras, no

movidas por ningún gran interés, en las que el ocio ocupaba las nueve décimas partes del tiempo que se pasaba en armas. Esta manifestación deriva probablemente de la influencia que el desafío del uno y el estado y humor del otro tienen en la dirección de la guerra, como ya se ha dicho en el capítulo que trataba de la esencia y finalidad de la guerra.

Estas cosas pueden tener una influencia tan predominante como para convertir la guerra en algo impreciso. A menudo las guerras no son mucho más que una neutralidad armada, o una posición amenazante para apoyar las negociaciones, o un moderado intento de alcanzar una pequeña ventaja y después esperar, o una molesta obligación de aliado que se cumple del modo más escueto posible.

En todos estos casos, en los que el impulso de los intereses es escaso y el principio de hostilidad débil, en los que no se quiere hacer mucho al adversario y tampoco se tiene mucho que temer de él, en pocas palabras: donde ningún gran interés apremia ni impulsa, los gobiernos no quieren poner mucho en juego, y de ahí esa mansa dirección, en la que se tasca el freno al espíritu hostil de la verdadera guerra.

Cuanto más se convierte la guerra de este modo en algo impreciso, tanto más carece su teoría de los necesarios puntos de apoyo y contrafuertes para sus razonamientos, cada vez hay menos de los necesarios y más de los casuales.

Sin embargo, incluso en esta dirección de la guerra habrá una inteligencia, quizá su juego sea más variado y extenso que en la otra. El juego de azar con talegos de oro[43] parece convertido en un comercio con céntimos. Y en este campo, en el que la dirección de la guerra llena el tiempo con muchos pequeños arabescos, con combates entre avanzadillas que están entre la seriedad y la broma, con largas disposiciones que no conducen a nada, posiciones y marchas a las que después se califica de eruditas sólo porque su diminuta causa se ha perdido y el entendimiento doméstico es incapaz de pensar nada al respecto, precisamente en ese campo hallan algunos teóricos el verdadero arte de la guerra; en esas fintas, desfiles, medios ataques y cuartos de ataque de la antigua guerra encuentran el objetivo de toda teoría, el predominio del espíritu sobre la materia, y en cambio las últimas guerras les parecen brutales peleas a puñetazos, en las que no hay nada que aprender y que hay que considerar como retrocesos hacia la barbarie. Esta opinión es tan

mezquina como su objeto. Desde luego, allá donde faltan grandes fuerzas, grandes pasiones, una inteligencia diestra tiene más fácil mostrar su juego; pero ¿acaso la dirección de grandes fuerzas, el llevar el timón en medio de la tormenta y el oleaje, no es en sí una actividad superior del espíritu? ¿No está aquel arte de esgrimista enmarcado y sostenido por la otra dirección de la guerra? ¿No se comporta respecto a ella como los movimientos sobre un barco respecto a los movimientos del barco? Sólo puede existir bajo la tácita condición de que el adversario no lo haga mejor. Y ¿sabemos durante cuánto tiempo cumplirá esa condición? ¿No nos ha arrollado la Revolución Francesa en medio de la imaginada seguridad de nuestras viejas artes, y empujado desde Châlons hasta Moscú? ¿Y no ha sorprendido de forma parecida Federico el Grande a los austriacos, que descansaban en sus viejas costumbres bélicas, y estremecido su monarquía? ¡Ay del Gobierno que con media política y un arte de la guerra encadenado sale al paso de un adversario que, como los elementos, no conoce otra ley que la fuerza que le habita! Entonces, toda falta de actividad y esfuerzo es como una pesa que cae en el platillo de la balanza del adversario; entonces no es tan fácil transformar la postura del esgrimista en la de un atleta, y un pequeño impulso basta a menudo para echarlo todo al suelo.

De todas las causas aducidas se desprende que el acto bélico de una campaña no transcurre en movimiento continuo, sino a impulsos, y que por tanto entre las distintas acciones sangrientas se produce un tiempo de observación en el que ambas partes se encuentran a la defensiva, así como que normalmente un fin superior hace predominar en el uno el principio del ataque y le pone en general en una posición de avance, lo que modifica su comportamiento.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

SOBRE EL CARÁCTER DE LA GUERRA ACTUAL

La consideración que se debe al carácter de la guerra actual tiene una gran influencia sobre todo diseño, especialmente los estratégicos.

Desde que todos los medios habituales anteriores fueran arrumbados por la suerte y audacia de Bonaparte y Estados de primer orden fueran aniquilados casi de un golpe; desde que los españoles han demostrado con su persistente lucha de lo que la sublevación nacional y la insurrección son capaces en su conjunto, a pesar de su debilidad y porosidad aisladas; desde que con su campaña de 1812 Rusia ha enseñado, en primer lugar, que no se puede conquistar un reino de grandes dimensiones (cosa que se hubiera podido saber debidamente de antemano), y en segundo lugar, que la probabilidad del éxito no desciende en todos los casos en la medida en que se pierden batallas, capitales, provincias (cosa que antes era un principio inamovible de todos los diplomáticos, por lo que enseguida tenían en la mano una mala paz provisional), sino que a menudo donde uno es más fuerte es en medio de su país, cuando la fuerza ofensiva del contrario se ha agotado, y además con qué inmensa fuerza se convierte la defensa en ofensiva; desde que Prusia demostró en 1813 que repentinos esfuerzos pueden sextuplicar la fuerza habitual de un ejército por vía de la milicia, y que esa milicia se puede utilizar igual de bien fuera del país que en el país; después de que todos esos casos han demostrado el enorme factor que el corazón y la conciencia de la Nación son en el producto de las fuerzas estatales, bélicas y armadas; después de que los gobiernos han conocido todos estos medios auxiliares, no cabe esperar que en las futuras guerras dejen de utilizarlos, ya sea porque el peligro amenace su propia existencia o una fuerte ambición les impulse.

Es fácil apreciar que las guerras que se llevan a cabo con todo el peso de la mutua fuerza nacional tienen que estar organizadas conforme a otros principios que aquellas en las que todo se calcula según la relación de los ejércitos permanentes entre sí. De lo contrario, los ejércitos permanentes serían como las flotas, el poder terrestre como el naval en su relación con el resto del Estado, y de ahí que el arte de la guerra en tierra tuviera algo de la táctica naval, que ahora ha perdido por completo.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

TENSIÓN Y CALMA

La ley dinámica de la guerra

Hemos visto en el capítulo decimosexto de este libro cuánto mayor era en la mayoría de las campañas el tiempo de detención y de calma que el de acción. Aunque ahora vemos, como se ha dicho en el décimo capítulo, un carácter enteramente distinto en las guerras actuales, es cierto que la acción propiamente dicha siempre estará interrumpida por pausas más o menos largas, y esto nos lleva a la necesidad de considerar con más detalle la esencia de ambos estados.

Si se produce una detención en el acto bélico, es decir, si ninguna de las dos partes quiere algo positivo, hay calma y en consecuencia equilibrio; pero por supuesto equilibrio en el sentido más amplio del término, donde no sólo se tienen en cuenta las fuerzas físicas y morales, sino todas las circunstancias e intereses. En cuanto una de las dos partes se propone un nuevo fin positivo y actúa para conseguirlo, aunque sólo sea con preparativos, y en cuanto el adversario los contrarresta, surge una tensión de las fuerzas, que dura hasta que se produce la decisión, es decir, o bien hasta que el uno ha abandonado su finalidad o hasta que el otro se la ha concedido.

A esta decisión, cuyos motivos están siempre en los efectos de las combinaciones de combate que emanan de ambas partes, sigue un movimiento en una u otra dirección.

Una vez agotado este movimiento, ya sea en las dificultades que había que superar, ya en la propia fricción o debido a nuevos contrapesos, se produce o bien calma o una nueva tensión y decisión, y entonces, en la mayoría de los casos, un nuevo movimiento en dirección opuesta.

Esta distinción especulativa entre equilibrio, tensión y movimiento es más esencial para la actuación práctica de lo que a primera vista pudiera parecer.

En estado de calma y de equilibrio, puede predominar alguna actividad, concretamente la que emana sólo de causas ocasionales y

no de la finalidad de un gran cambio. Una actividad así puede incluir en sí combates importantes, incluso batallas principales, pero es de una naturaleza completamente distinta y por eso de otro efecto.

Cuando tiene lugar una tensión, la decisión será cada vez más eficaz, en parte porque en ella se manifiesta más fuerza de voluntad y más presión de las circunstancias, en parte porque todo está ya preparado y dirigido a un gran movimiento. La decisión iguala entonces el efecto de una mina bien cerrada y sellada, mientras una circunstancia en sí quizá igual de grande en estado de calma se asemeja más o menos a la explosión de una masa de pólvora al aire libre.

El estado de tensión tiene, por lo demás, como es evidente, que tener distintos grados, y en consecuencia puede desarrollarse contra el de calma en tantos escalones como para distinguirse poco de ella en el último.

El provecho más esencial que obtenemos de esta consideración es la conclusión de que toda medida tomada en estado de tensión es más importante, más exitosa, de lo que lo sería la misma medida en estado de equilibrio, y que esta importancia crece infinitamente en los máximos grados de tensión.

La cañonada de Valmy decidió más que la batalla de Hochkirch.

En una franja de terreno que el enemigo nos deja porque no puede defenderla, podemos asentarnos de manera completamente distinta a si la retirada del enemigo se ha hecho sólo con la intención de conceder la decisión en mejores circunstancias. Una posición defectuosa, una sola marcha equivocada puede tener consecuencias decisivas contra un ataque estratégico hecho durante un avance, mientras en estado de equilibrio estas cosas tendrían que ser muy llamativas para estimular siquiera la actividad del adversario.

La mayoría de las guerras anteriores consistían la mayor parte del tiempo, como ya hemos dicho, en ese estado de equilibrio, o al menos de tensiones tan escasas, débiles y separadas entre sí que los acontecimientos que se daban en ellas raras veces tenían gran éxito, a menudo eran obras de ocasión para el cumpleaños de una reina (Hochkirch), una mera satisfacción del honor de las armas (Kunersdorf) o de la vanidad del general (Freiberg).

Consideramos una gran exigencia que el general advierta debidamente estas situaciones, que tenga el tacto de comportarse conforme a su espíritu, y en la campaña de 1806 hemos tenido la

experiencia de lo mucho que esto se echa en falta a veces. En aquella inmensa tensión en que todo apremiaba hacia una decisión principal, y esta con todas sus consecuencias hubiera debido reclamar el alma entera del general, se propusieron y en parte se aplicaron medidas (el reconocimiento hacia Franconia) que como máximo en estado de equilibrio hubieran podido producir un juego ligero y oscilante. Con todas estas confusas medidas y consideraciones, que absorbieron la actividad, se perdieron las necesarias, las únicas que podían resultar salvadoras.

Esta distinción especulativa que hemos hecho también nos resulta necesaria para seguir ampliando nuestra teoría, porque todo lo que tenemos que decir sobre la relación entre ataque y defensa y sobre la ejecución de este doble acto se refiere al estado de crisis en el que las fuerzas se encuentran durante la tensión y movimiento; y consideraremos y trataremos toda actividad que pueda tener lugar en estado de equilibrio únicamente como un corolario, porque la crisis es la verdadera guerra, y el equilibrio sólo un reflejo de ella.

LIBRO CUARTO

EL COMBATE

CAPÍTULO PRIMERO

SINOPSIS

Después de haber examinado en el libro anterior los objetos que pueden ser considerados elementos activos de la guerra, vamos a dirigir nuestra mirada al combate, la actividad bélica propiamente dicha, que abarca por sus efectos físicos y psíquicos, ora simples, ora compuestos, la finalidad de la guerra entera. Así que esos elementos tienen que aparecer en esa actividad y en sus efectos.

La construcción del combate es de naturaleza táctica, tan sólo echaremos un vistazo general a la misma para reconocerla en su apariencia global. Los fines concretos dan al empleo de cada combate una figura propia; esos fines concretos son los que vamos a conocer a continuación. Sólo que la mayoría de las veces esas peculiaridades son insignificantes en relación con las propiedades generales de un combate, de forma que la mayoría de las mismas son muy similares entre sí, y si no queremos repetir lo general en cada lugar nos vemos obligados a contemplarlas antes de hablar de una aplicación concreta.

Antes pues, en el próximo capítulo, caracterizaremos con unas pocas palabras la batalla actual en su desarrollo táctico, porque éste subyace a nuestras concepciones acerca del combate.

CAPÍTULO SEGUNDO

CARÁCTER DE LA BATALLA ACTUAL

Conforme a los conceptos de táctica y estrategia que hemos aceptado, es evidente que, si la naturaleza del primero cambia, esto tiene que tener influencia en el último. Si las manifestaciones tácticas tienen en un caso un carácter completamente distinto que en otro, también tendrán que tenerlo las estratégicas, si han de ser consecuentes y razonables. Por eso, es importante caracterizar la batalla principal en su forma más reciente antes de pasar a conocer su uso en la estrategia.

¿Qué se hace ahora normalmente en una gran batalla? Se sitúan tranquilamente grandes masas ordenadas en paralelo y unas detrás de otras, se desplaza una parte relativamente pequeña del conjunto y se le hace luchar en un combate de horas de tiroteo, interrumpido de vez en cuando por pequeños golpes a paso de carga, bayoneta y ataques de la caballería y algunos movimientos a un lado y otro. Una vez que esta parte ha derramado poco a poco su fuego bélico de este modo, y no le quedan más que los cartuchos vacíos, es retirada y sustituida por otra.

De este modo, la batalla arde lentamente y con moderación, como pólvora mojada, y cuando el velo de la noche impone calma, porque nadie puede ver y nadie quiere entregarse al ciego azar, se estiman las masas que pueden quedarle a uno y a otro en condiciones dignas de llamarse utilizables, es decir, las que no se han desplomado sobre sí mismas como volcanes extinguidos; se estima cuánto espacio se ha ganado o perdido, y cuán seguras se tienen las espaldas, y se reúnen esos resultados con las distintas impresiones de valor y cobardía, inteligencia y necedad que se cree haber visto en uno mismo y en el contrario en una sola impresión principal, de la que luego surge la decisión de despejar el campo de batalla o renovar el combate a la mañana siguiente.

Esta descripción, que no pretende ser un cuadro de la batalla actual, sino tan sólo indicar su tono, sirve para los atacantes y los

defensores, y se pueden insertar en el mismo los distintos rasgos que coadyuvan al fin propuesto, la región, etc., sin cambiar esencialmente ese tono.

Pero las batallas actuales no son así por casualidad, sino que lo son porque las partes se encuentran más o menos en el mismo punto en cuanto a dispositivos y arte bélico, y porque el elemento guerrero, avivado por grandes intereses populares, se abre paso y se inserta en sus guías naturales. Cumpliéndose esas dos condiciones, las batallas siempre conservarán este carácter.

Esta idea general de la batalla actual nos será útil en lo sucesivo en más de un lugar, cuando queramos determinar el valor de los distintos coeficientes, como fuerza, región, etc. Esta descripción sólo será válida para combates generales, grandes y decisivos, y lo que se les aproxime; los pequeños han cambiado su carácter también en esta dirección, pero menos que los grandes. La prueba de ello la da la táctica, pero aún así tendremos ocasión en lo sucesivo de dejar más claro este objeto con unos cuantos rasgos.

CAPÍTULO TERCERO

EL COMBATE EN GENERAL

El combate es la actividad bélica propiamente dicha; todo lo demás no es más que el soporte del mismo. Echaremos pues un vistazo atento a su naturaleza.

El combate es lucha, y en ésta el objetivo es la aniquilación o superación del adversario; pero el adversario en cada combate es la fuerza armada que se nos opone.

Esta es la sencilla idea a la que volveremos; pero antes de poder hacerlo tenemos que intercalar una serie de ideas más.

Si pensamos en el Estado y su poder militar como unidad, es la más natural de las ideas imaginar también la guerra como un solo y gran combate, y en las sencillas relaciones de los pueblos salvajes la realidad tampoco es muy distinta. Pero nuestras guerras consisten en una infinidad de combates grandes y pequeños, simultáneos o sucesivos, y ese disgregarse de la actividad en tantas acciones concretas tiene su fundamento en la gran variedad de circunstancias de las que la guerra emana en nuestro caso.

Ya la finalidad última de nuestra guerra, la política, no siempre es sencilla, y aunque lo fuera, la acción está vinculada a tal cantidad de condiciones y cautelas que la finalidad ya no puede alcanzarse por un solo y gran acto, sino por una multitud de actos mayores o menores unidos en un todo. Cada una de esas distintas actividades es pues una parte de un todo, y tiene en consecuencia un fin especial por el que está unida a ese todo.

Hemos dicho antes que toda acción estratégica se puede asignar a la idea de un combate, porque es un empleo de la fuerza armada y a este siempre subyace la idea del combate. Por tanto, en el ámbito de la estrategia podemos atribuir toda actividad bélica a la unidad de los distintos combates y ocuparnos tan sólo de los fines de estos últimos. Iremos conociendo poco a poco estos fines especiales, así como hablaremos de los objetos que provocan. Aquí nos basta con decir que todo combate, grande o pequeño, tiene su especial finalidad,

subordinada al todo. Si éste es el caso, la aniquilación y superación del adversario sólo ha de ser considerada el medio para ese fin. Y así es.

Sólo que este resultado sólo es cierto en su forma y sólo es importante en aras de la cohesión que las ideas tienen entre sí, y es precisamente para volver a librarnos de él por lo que lo hemos buscado.

¿Qué es la superación del adversario? Siempre, la aniquilación de su fuerza armada, ya sea por muerte o por heridas o de cualquier otra forma, ya sea entera y completamente o sólo en tal medida que no pueda continuar la lucha. Podemos pues, si hacemos abstracción de todos los fines especiales de los combates, considerar total o parcialmente la aniquilación del adversario como la única finalidad de todo combate.

Ahora bien, afirmamos que en la mayoría de los casos, y especialmente en los grandes combates, la finalidad especial que individualiza el combate y lo une con el todo es tan sólo una débil modificación de ese fin general o un fin secundario vinculado al mismo, lo bastante importante como para individualizar el combate, pero siempre insignificante en comparación con ese fin general; de tal modo que, si se alcanzara sólo ese fin secundario, sólo se habría cumplido una parte carente de importancia de su disposición. Si esta afirmación es correcta, se verá que toda concepción según la cual la aniquilación de las fuerzas enemigas es sólo el medio, y el fin siempre algún otro, sólo es cierta en su forma, pero conduciría a conclusiones erróneas si no se recordara que precisamente esa aniquilación de la fuerza enemiga se encuentra también en aquel fin general, y que este sólo es una débil modificación del mismo.

Este olvido ha llevado, antes de la última época bélica, a ideas completamente equivocadas, y producido tendencias, así como fragmentos de sistemas, con los que la teoría creía elevarse tanto más por encima del uso del oficio cuanto menos creía necesitar al verdadero instrumento, es decir la aniquilación de las fuerzas enemigas.

Desde luego, un sistema así no podría surgir si no se emplearan otros supuestos erróneos y no se pusieran en lugar de la aniquilación de las fuerzas enemigas otras cosas a las que se atribuía una eficacia errónea. Las combatiremos allá donde el objeto nos mueva a ello, pero no podemos tratar acerca del combate sin reclamar la

importancia y el verdadero valor del mismo y advertir en contra del extravío que podría producir una verdad puramente formal.

Sin embargo, ¿cómo demostraremos que la aniquilación de las fuerzas enemigas es lo principal en la mayoría de los casos y en los más importantes de entre ellos? ¿Cómo saldremos al paso de la idea, extremadamente sutil, que imagina la posibilidad de conseguir, de una forma especialmente artística, una gran aniquilación indirecta de fuerzas enemigas mediante una pequeña aniquilación directa, o de producir mediante golpes pequeños, pero aplicados con especial habilidad, tal paralización de las fuerzas enemigas, tal desviación de la voluntad enemiga, como para que este procedimiento pudiera considerarse un gran acortamiento del camino? En cualquier caso, un combate vale más en un punto que en otro, en cualquier caso hay una ordenación interna de los combates conforme a un arte también en la estrategia, e incluso esta no es más que este arte; no es nuestra intención negarlo, pero afirmamos que la aniquilación directa de las fuerzas enemigas es en todos los casos *lo prioritario*. Esta importancia prioritaria y no otra cosa es la que queremos conseguir aquí para el principio de la aniquilación.

Sin embargo, tenemos que recordar que nos encontramos en la estrategia y no en la táctica, que no hablamos por tanto de los medios que aquélla pueda tener para aniquilar con poco gasto de energía muchas fuerzas armadas enemigas, sino que entendemos por aniquilación directa los éxitos tácticos, y que por tanto nuestra afirmación es que sólo los grandes éxitos tácticos pueden conducir a grandes éxitos estratégicos, o, como ya lo hemos expresado con algo más de precisión, que los éxitos *tácticos* tienen una *importancia prioritaria* en la dirección de la guerra.

La prueba de esta afirmación nos parece bastante sencilla; está en el tiempo que requiere toda combinación compleja (artística). La cuestión de si un golpe sencillo o uno más complejo, más artístico, produce mayores efectos, ha de contestarse indiscutiblemente a favor de esta última posibilidad, mientras se piense en el adversario como en un objeto paciente. Sólo que todo golpe complejo exige más tiempo, y ese tiempo ha de serle concedido sin que un contragolpe sobre una de las partes trastorne el todo durante los preparativos de su efecto. Si el adversario se decide a dar un golpe más sencillo, que se ejecute en un tiempo breve, ganará la ventaja y perturbará el efecto del gran plan. Así que al valorar un golpe complejo hay que

tener en cuenta todo el peligro que se corre durante su preparación, y sólo se puede aplicar cuando no cabe temer que el adversario nos perturbe con uno más rápido; en cuanto ese peligro exista, hay que elegir uno mismo el más breve y descender, en ese sentido, todo lo que el carácter, la situación del enemigo y otras circunstancias hagan necesario. Si abandonamos las débiles impresiones de los conceptos abstractos y descendemos a la vida real, un adversario más rápido, más valeroso, más decidido, no nos dejará tiempo para amplias complejidades artísticas, y precisamente contra un adversario así es contra el que más necesitaremos nuestro arte. Con esto, nos parece, se da ya la *prioridad* de los éxitos sencillos e inmediatos frente a los complejos.

Nuestra opinión no es, pues, que el golpe sencillo sea el mejor, sino que no se puede divagar más de lo que permite el margen que tenemos, y que esto nos llevará más hacia la lucha directa cuanto más belicoso sea el adversario. Por tanto, lejos de poder superar al adversario en dirección a hacer planes complejos, hay que tratar más bien de adelantársele siempre en la dirección opuesta.

Si se analizan los cimientos últimos de estas oposiciones, se hallará que en la una el cimiento es la inteligencia, y en la otra el valor. Es muy tentador creer que un valor moderado, unido a una gran inteligencia, producirá más efecto que una moderada inteligencia unida a un gran valor. Pero, salvo que se piensen estos elementos en desproporciones ilógicas, tampoco se tiene ningún derecho a conceder a la inteligencia esa ventaja sobre el valor en un campo que lleva el nombre de peligro, y que ha de ser considerado como el verdadero espíritu en el que habita el valor.

Después de esta consideración abstracta, sólo queremos decir que la experiencia, muy lejos de dar otro resultado, es más bien la única causa que nos empuja en esa dirección y nos ha movido a tales consideraciones.

Aquel que lea la Historia sin prejuicios no podrá sustraerse a la convicción de que de todas las virtudes bélicas la *energía en la dirección de la guerra* es la que más ha contribuido siempre a la fama y el éxito de las armas.

A continuación mostraremos cómo vamos a llevar a la práctica nuestro principio de considerar que lo principal es la aniquilación de las fuerzas enemigas no sólo en toda la guerra, sino en cada combate,

y a adaptarlo a todas las formas y condiciones que las circunstancias de las que la guerra emana necesariamente exijan.

Por el momento sólo nos importaba afianzar su importancia general, y una vez conseguido volvemos al combate.

CAPÍTULO CUARTO

CONTINUACIÓN

En el capítulo anterior nos hemos quedado en que la aniquilación del adversario era el objetivo del combate, y hemos tratado de demostrar mediante una especial consideración que esto es cierto en la mayoría de los casos y en los grandes combates, porque la aniquilación de la fuerza armada enemiga siempre es lo prioritario en la guerra. Los otros fines que se mezclan con esta aniquilación de la fuerza armada enemiga y pueden predominar más o menos los caracterizaremos en general en el próximo capítulo y los iremos conociendo poco a poco en lo sucesivo; aquí vamos a desnudar por entero al combate de ellos, y contemplaremos la aniquilación del adversario como el fin por entero suficiente de cada combate.

¿Qué debemos entender por aniquilación de la fuerza armada enemiga? Una reducción de la misma que sea proporcionalmente mayor que la nuestra. Si tenemos una gran superioridad numérica sobre el enemigo, naturalmente la misma magnitud absoluta de la pérdida será menor para nosotros que para él, y en consecuencia podrá ser considerada ya una ventaja. Como vamos a considerar aquí el combate despojado de toda finalidad, tenemos que excluir también aquella en la que se le emplee sólo indirectamente para conseguir una mayor aniquilación de las fuerzas enemigas; por tanto, sólo podemos considerar finalidad aquel beneficio inmediato que consigamos en el mutuo proceso de destrucción, porque este beneficio es absoluto, recorre toda la campaña y al final de la misma siempre se registra como un beneficio neto. Cualquier otra clase de victoria sobre nuestros adversarios o bien tendría su fundamento en otros fines, de los que prescindimos por entero aquí, o sólo daría una ventaja relativa; un ejemplo nos aclarará esto.

Si mediante una hábil disposición hemos puesto a nuestro adversario en una situación tan desventajosa que no puede continuar sin peligro el combate y se retira tras alguna resistencia, podríamos decir que le hemos superado en ese punto; pero si para superarlo

hemos perdido la misma proporción de fuerzas que él, en la cuenta final de la campaña no quedará nada de esa victoria, si se pudiera llamar así a tal éxito. Así pues la superación del adversario, es decir, ponerlo en tal estado como para que tenga que abandonar el combate, no entra en sí misma en consideración y tampoco puede por tanto ser incluida en la definición de fin; así que, como hemos dicho, no queda nada más que el beneficio inmediato que hemos obtenido en el proceso de destrucción. Pero éste no incluye sólo las pérdidas causadas a lo largo del combate, sino también las que se producen como consecuencia inmediata del mismo después de la retirada de la parte vencida.

Ahora bien, es una experiencia conocida que las pérdidas de fuerzas físicas a lo largo del combate raras veces arrojan una gran diferencia entre vencedores y vencidos, a menudo ninguna, a veces incluso una que se comporta de manera inversa, y que las pérdidas más decisivas para el vencido sólo se producen con la retirada, es decir, son aquellas que el vencedor no comparte con él. Los débiles restos de batallones ya conmocionados son echados por tierra[44] por la caballería, los agotados se quedan tendidos, cañones rotos y carros de pólvora quedan abandonados, otros no pueden avanzar lo bastante aprisa por los malos caminos y son alcanzados por la caballería enemiga; tropas sueltas se extravían en medio de la noche y caen indefensas en manos del enemigo, y así la victoria suele cobrarse cuerpos una vez decidida. Esto sería una contradicción si no se resolviera de la forma que exponemos a continuación.

La pérdida de fuerzas físicas no es la única que sufren ambas partes a lo largo del combate, sino que también las morales se ven conmocionadas, rotas, y sucumben. No es sólo la pérdida de hombres, caballos y cañones, sino de orden, valor, confianza, cohesión y plan, la que entra en consideración a la hora de preguntarse si se puede proseguir el combate o no. Son preferentemente estas fuerzas morales las que deciden, y son las únicas que lo hacen en los casos en que el vencedor ha perdido tanto como el vencido.

La proporción de pérdida física es difícil de estimar a lo largo del combate, pero la proporción de pérdida moral no. Dos cosas la anuncian, principalmente. La primera es la pérdida del terreno en el que se ha combatido, la otra la preponderancia de las reservas enemigas. Cuanto más rápidamente desaparezcan nuestras reservas

en proporción a las enemigas, tantas más fuerzas hemos necesitado para mantener el equilibrio; ya en esto se anuncia una prueba sensible de la superioridad moral del enemigo, que raras veces deja de producir en el ánimo del general una cierta amargura y subestimación de sus propias tropas. Pero lo principal es que todas las tropas que ya han combatido de manera sostenida tienen más o menos el aspecto de la escoria quemada; se han agotado disparando, se han fundido, su fuerza física y moral está agotada, probablemente su valor roto. Una tropa así ya no es ni con mucho, aparte de la disminución de su número como un todo orgánico, lo que era antes del combate, y así ocurre que la pérdida de fuerzas morales se anuncia en la medida de reservas consumidas como en una cinta métrica.

El terreno perdido y la falta de reservas frescas son pues normalmente las dos causas principales que determinan la retirada, pero con ellas no podemos excluir en modo alguno ni queremos dejar a un lado otras que pueden deberse a la cohesión de las partes, el plan de conjunto, etc.

Todo combate es la sangrienta y destructiva igualación[45] de las fuerzas, de las físicas y de las morales. Quien al final mantiene la mayor suma de ambas es el vencedor.

En el combate, la pérdida de las fuerzas morales es la causa predominante de la decisión; una vez producida esta, esa pérdida va en ascenso, y no alcanza su punto culminante hasta el final de todo el acto; se convierte pues también en el medio de obtener la ganancia en la destrucción de las fuerzas físicas que era el verdadero objetivo del combate. El orden y unidad perdidas arruina a menudo la resistencia del individuo; el valor del conjunto se ha roto, la tensión originaria entre pérdida y ganancia en la que se olvidaba el peligro se ha resuelto, y a la mayoría el peligro ya no le parece un desafío al valor, sino el padecimiento de un duro castigo. Así, en el primer momento de la victoria enemiga el instrumento queda debilitado y pierde su filo, y deja por tanto de ser adecuado para responder al peligro con el peligro.

Ese tiempo tiene que emplearlo el vencedor para obtener el beneficio de la destrucción de las fuerzas físicas; sólo lo que consiga en ese instante será suyo, porque poco a poco el adversario recupera sus fuerzas morales, se restablece el orden, se reaviva el valor, y en la mayoría de los casos queda una parte muy pequeña de la

preponderancia obtenida, a menudo ninguna, y en casos aislados, aunque raros, se produce debido a la venganza y a un fuerte avivarse de la enemistad el efecto *contrario*. En cambio, lo que se ha ganado en muertos, heridos, presos y cañones conquistados nunca desaparece de la cuenta.

Las pérdidas en la batalla consisten más en muertos y heridos, las de después de la batalla más en cañones perdidos y prisioneros. Los primeros los comparte más o menos el vencedor con el vencido, los últimos no, y por eso se encuentran normalmente sólo en una parte de la lucha, o al menos sólo allí en una mayoría significativa.

Por eso los cañones y los prisioneros son considerados en todo momento como los verdaderos trofeos de la victoria y a la vez como medida de la misma, porque en ellos se manifiesta indudablemente su alcance. Incluso el grado de superioridad moral se desprende mejor de ellos que de cualquier otra circunstancia, especialmente cuando se les compara con el número de muertos y heridos, y aquí surge una nueva potencia de efectos morales.

Hemos dicho que las fuerzas morales hundidas en el combate y en sus primeras consecuencias se restablecen poco a poco y a menudo no queda rastro de su destrucción; este es el caso en pequeñas divisiones del conjunto, raras veces en las grandes; también puede darse el caso en ejércitos, pero raras veces o nunca en el Estado y el Gobierno a los que esos ejércitos pertenecen. Aquí se aprecia la proporción con menor partidismo y desde un punto de partida superior, y en el alcance de los trofeos que han quedado en manos del enemigo y en la proporción de los mismos con las pérdidas en muertos y heridos se reconoce demasiado bien el grado de la propia debilidad e insuficiencia.

En general, no podemos menospreciar el equilibrio perdido de las fuerzas morales porque no tenga un valor absoluto y no aparezca infaliblemente en la suma final de éxitos; puede llegar a tener un peso tan preponderante que lo derrumbe todo con fuerza irresistible. Por eso también puede convertirse a menudo en un gran objetivo de actuación, de lo que hablaremos en otros lugares. Aquí aún tenemos que considerar algunas de sus circunstancias originales.

El efecto moral de una victoria aumenta con el volumen de las fuerzas armadas, pero no en la misma medida, sino en grado creciente, y no sólo en volumen, sino en intensidad. En una división batida se restablece fácilmente el orden. Igual que un miembro

entumecido entra fácilmente en calor al contacto con el resto del cuerpo, así el valor de una división batida se vuelve a elevar con facilidad al contacto con el valor del ejército, en cuanto se topa con él. Si los efectos de la pequeña victoria no desaparecen del todo, si se pierden en parte para el adversario. No es así cuando el ejército mismo sucumbe en una batalla desdichada; entonces el uno se derrumba con el otro. Un gran fuego alcanza un grado de calor muy distinto que muchos pequeños.

Otra relación que debe determinar el peso moral de la victoria es la relación de fuerzas que han combatido. Batir a muchos con pocos no sólo es un doble beneficio, sino que muestra una superioridad mayor, especialmente una más general, que el vencido tiene que temer volver a encontrarse una y otra vez. Sin embargo, en realidad esta influencia es *apenas perceptible* en un caso así. En el momento de la acción, la convicción referente a la fuerza real del adversario suele ser tan indeterminada, la apreciación de la propia suele ser tan incierta, que el superior o no admite o tarda mucho en admitir la desproporción en todo su alcance, con lo que pierde la mayor parte de la ventaja moral que le reportaría. Sólo más adelante esa fuerza suele emerger de la opresión en la que la tenían la ignorancia, la vanidad o incluso la prudente inteligencia, y entonces enaltece al ejército y a su líder, pero ya no puede hacer nada con su fuerza moral por unos acontecimientos largamente pasados.

Si los prisioneros y los cañones conquistados son aquellas cosas en las que la victoria principalmente gana cuerpo, sus verdaderas cristalizaciones, también la disposición del combate estará calculada preferentemente para ello; la aniquilación del adversario por muerte y heridas aparece aquí como un mero medio.

A la estrategia no le interesa saber qué influencia tiene esto en las disposiciones tomadas en el combate, pero la determinación del combate mismo está ya unida a ello, concretamente por la seguridad de la propia retaguardia y la puesta en peligro de la enemiga. De ese punto depende en alto grado el número de prisioneros y de cañones conquistados, y en algunos casos la táctica sólo no puede responder a él, concretamente cuando las circunstancias estratégicas están demasiado en contra suya.

El peligro de tenerse que batir en dos flancos, y el más amenazante aún de no tener cubierta la retirada, paralizan los movimientos y la fuerza de la resistencia y actúan sobre la alternativa

entre victoria y derrota; además, en la derrota incrementan la pérdida y la llevan a menudo hasta el extremo, es decir, hasta la aniquilación. Tener amenazada la retaguardia hace la derrota a la vez *más probable* y *más decisiva*.

De aquí surge pues un verdadero instinto para toda la dirección de la guerra, y especialmente para los grandes y pequeños combates: el aseguramiento de la propia retaguardia y la victoria sobre la contraria; se desprende del concepto de victoria que, como hemos visto, es algo completamente distinto del mero matar.

En esta aspiración vemos pues la *primera determinación concreta* de la lucha, y una muy general. No cabe imaginar combate alguno en el que ésta no aparezca, en su doble o triple figura, junto al mero empuje de la fuerza. Ni la menor de las secciones se lanzará sobre su adversario sin pensar en su retirada, y en la mayoría de los casos buscará la del enemigo.

Nos llevaría muy lejos ver aquí la frecuencia con que este instinto se ve impedido, en los casos complicados, para seguir su camino recto, cómo a menudo, en medio de la dificultad, tiene que ceder a otras consideraciones superiores; nos quedaremos en dejarlo sentado como una ley natural y general del combate.

Es pues de aplicación general, presiona en todas partes con su peso natural y se convierte así en el punto en torno al cual giran casi todas las maniobras tácticas y estratégicas.

Si echamos otro vistazo al concepto global de victoria, encontramos en él tres elementos:

1. La mayor pérdida del adversario en fuerzas físicas,
2. morales, y
3. el reconocimiento público de ello, al renunciar a su intención.

En cuanto a la pérdida en muertos y heridos, los recíprocos informes nunca son exactos, raras veces veraces, y en la mayoría de los casos están intencionadamente deformados. Incluso el número de trofeos raras veces se indica de manera fiable, y por tanto, cuando no es muy importante, puede dejar incluso dudas acerca de la victoria. De la pérdida de fuerzas morales no se puede indicar ninguna medida válida, aparte de los trofeos; así que en muchos casos el abandono de la lucha es la única verdadera prueba de la

victoria que queda. Hay que considerar pues el arriado de la bandera como un reconocimiento de culpa, con el que el adversario concede el derecho y la superioridad en ese caso concreto, y esa parte de humillación y vergüenza, que aún habrá que distinguir de todas las demás consecuencias morales de la pérdida del equilibrio, es una parte esencial de la victoria. Es sólo esa parte la que actúa sobre la opinión pública al margen de los ejércitos, sobre el pueblo y el Gobierno de los dos Estados en guerra y sobre todos los demás implicados.

Pero el abandono de la intención no es precisamente idéntico a la retirada del campo de batalla, incluso allá donde la lucha se libra de forma terca y sostenida; nadie va a decir de avanzadas que se retiran después de una terca resistencia que han renunciado a su intención; incluso en combates que pretenden aniquilar las fuerzas enemigas, la retirada del campo de batalla no siempre puede ser considerada como una renuncia a esa intención, por ejemplo, en caso de retiradas completamente intencionadas, en las que el terreno se disputa palmo a palmo. De todo esto se hablará cuando hablemos de la especial finalidad del combate, aquí sólo queremos llamar la atención acerca de que en la mayoría de los casos el abandono de la intención es difícil de distinguir de la retirada del campo de batalla, y de que no se puede subestimar la impresión que aquella provoca dentro y fuera del ejército.

Para los generales y ejércitos que no tienen una fama hecha, ésta es una parte propia y difícil de algunos procedimientos, normalmente basados en las circunstancias, en la que una serie de combates que terminan en retirada puede parecer una serie de derrotas sin serlo, y en la que esa apariencia puede tener una influencia muy perniciosa. En este caso, al que rehuye el combate no le es posible prevenir al exponer su verdadera intención la influencia moral del asunto porque para hacerlo de forma eficaz tendría que dar enteramente a conocer su plan, lo que, como se puede entender, iría muy en contra de su principal interés.

Para llamar la atención sobre la especial importancia de este concepto de victoria, recordaremos tan sólo la batalla de Soor, cuyos trofeos no fueron importantes (unos 1.000 prisioneros y 20 cañones), y en la que Federico el Grande proclamó su victoria quedándose cinco días más en el campo de batalla, aunque ya había decidido retirarse a Silesia debido al conjunto de su situación. Creía

acercarse a la paz con el peso moral de esa victoria, como él mismo dice; aunque hicieron falta otros cuantos éxitos, como el combate de Katholisch-Hennersdorf, en Lusacia, y la batalla de Kesselsdorf, antes de que se produjera esa paz, no se puede decir que el efecto moral de la batalla de Soor fuera nulo.

Es preferentemente la fuerza moral la que se ve sacudida por la victoria, y eleva el número de trofeos a una altura inusual, de tal modo que el combate perdido se convierte en una derrota que no cualquier victoria contrapesa. Como en una derrota como esa la fuerza moral del vencido se disuelve en mucho mayor grado, se produce a menudo una completa incapacidad para la resistencia, y toda la acción consiste en la elusión, es decir en la fuga.

Jena y Waterloo son derrotas, Borodino en cambio no.

Aunque aquí no se pueda indicar sin pedantería una sola característica como límite, porque estas cosas sólo son distintas en cuanto a su grado, la determinación de los conceptos como punto central es esencial para la claridad de las concepciones teóricas, y es una carencia de nuestra terminología que en caso de derrota no podamos denominar con *una sola* palabra la victoria que le corresponde y en caso de simple victoria la correspondiente derrota del adversario.

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE LA IMPORTANCIA DEL COMBATE

Después de haber considerado en el capítulo anterior el combate en su figura absoluta, por así decirlo como imagen en pequeño de toda la guerra, nos volveremos hacia las relaciones que mantiene, como parte de un todo mayor, con las otras partes. Primero nos preguntaremos la importancia inmediata que puede tener un combate. Dado que la guerra no es sino mutua aniquilación, parece lo más natural en su concepción, y también en la realidad, que todas las fuerzas de cada parte se reúnan en un gran volumen y todo éxito en un gran empujón de estas masas. Sin duda esta idea tiene mucho de verdad, y parece en conjunto muy saludable atenerse a ella y contemplar por tanto inicialmente los pequeños combates como pérdidas necesarias, como las virutas que arranca el cepillo, por así decirlo. Sin embargo, el asunto nunca es tan sencillo.

Es evidente que la multiplicación de los combates se deriva de la división de las fuerzas, y los fines inmediatos de los distintos combates se expresarán con esa división. Pero esos fines, y con ellos toda la masa de los combates, se pueden ordenar en ciertas clases, y contribuirá a la claridad de nuestras consideraciones conocer tales clases ahora.

Sin duda la aniquilación de las fuerzas enemigas es la finalidad de todos los combates, sólo que a ella pueden anudarse otros fines, y estos incluso llegar a convertirse en predominantes; tenemos pues que distinguir el caso en el que la aniquilación de la fuerza enemiga es el fin principal de aquel en el que es más el medio. Aparte de esa aniquilación, la posesión de un lugar y la posesión de un objeto pueden ser los objetivos generales que puede tener un combate, y o bien uno de ellos o varios juntos, en cuyo caso normalmente uno es el fin principal. Las dos formas principales de la guerra, ataque y defensa, de las que hablaremos pronto, no modifican la primera de

esas disposiciones, pero sí las otras dos, y por tanto si nos hiciéramos una tabla tendría el siguiente aspecto:

COMBATE OFENSIVO		COMBATE DEFENSIVO	
1.	Aniquilación de las fuerzas enemigas	1.	Aniquilación de las fuerzas enemigas
2.	Conquista de un lugar	2.	Defensa de un lugar
3.	Conquista de un objeto	3.	Defensa de un objeto

Sin embargo, estas disposiciones no parecen medir con exactitud el alcance del terreno si pensamos en reconocimientos y demostraciones, en las que, evidentemente, ninguno de esos tres objetos es fin del combate. Realmente, esto tiene que permitirnos añadir una cuarta clase. Bien mirado, en los reconocimientos, donde el enemigo se nos muestra, en las alarmas, donde se agota, en las demostraciones, donde no debe abandonar un punto o dirigirse a otro, todos esos fines sólo se alcanzan indirectamente y *fingiendo uno de los tres indicados arriba,* normalmente el segundo, porque el enemigo que quiere hacer un reconocimiento tiene que presentarse como si realmente quisiera atacarnos y batirnos o expulsarnos, etc. Sólo que este fingimiento no es el verdadero fin, y nosotros nos hemos preguntado aquí por él; así que tenemos que añadir a esos tres fines del atacante un cuarto, que es el de llevar al adversario a adoptar una medida equivocada, o, en otras palabras: ofrecerle un combate aparente. Está en la naturaleza del caso que este fin sólo sea imaginable de manera ofensiva.

Por otra parte, tenemos que observar que la defensa de un lugar puede ser de dos tipos, o bien absoluta, cuando el punto no se puede abandonar, o relativa, cuando sólo se le necesita durante un tiempo. Esta última se produce incesantemente en los combates de avanzadillas y retaguardias.

Está claro en sí mismo que la naturaleza de estas distintas disposiciones del combate tiene una influencia esencial sobre la ordenación del mismo. Se procederá de distinta manera si tan sólo se quiere desplazar de su lugar a una partida enemiga que si se le quiere batir por completo; distinta si se quiere defender un lugar a cualquier precio que si sólo se quiere contener al enemigo por algún

tiempo; en el primer caso habrá que preocuparse menos por la retirada, en el último ésta será lo principal, etc.

Pero estas consideraciones corresponden a la táctica, y sólo están aquí como ejemplo, para una mayor claridad. Lo que la estrategia tiene que decir sobre los distintos fines del combate aparecerá en los capítulos que afectan a estos fines. Aquí haremos tan sólo unas cuantas consideraciones generales.

La primera: que la importancia de los fines desciende más o menos en la medida en que están relacionados arriba; luego, que el primero de esos fines siempre debería predominar en la batalla principal; por último, que los dos últimos fines son en el combate defensivo de los que no reportan intereses; son completamente negativos y sólo pueden ser útiles de manera indirecta, facilitando algún otro positivo. *Por eso, es un mal síntoma de la situación estratégica que los combates de este tipo sean demasiado frecuentes.*

CAPÍTULO SEXTO

DURACIÓN DEL COMBATE

Si ya no consideramos el combate en sí, sino en relación con el resto de las fuerzas, la duración del mismo adquiere una importancia propia.

La duración de un combate ha de ser considerada en cierto modo un segundo éxito subordinado. Para el vencedor, un combate nunca puede decidirse lo bastante rápido, y para el vencido nunca puede ser lo bastante largo. La victoria rápida es una potencia superior de la victoria, la decisión tardía en la derrota un éxito[46] para la pérdida.

Esto es cierto en general, pero en la práctica se vuelve importante al aplicarlo a aquellos combates cuya importancia es una relativa defensa.

Aquí, a menudo todo el éxito radica en la mera duración. Ese es el motivo por el que la incluimos en la serie de elementos estratégicos.

La duración de un combate guarda una relación necesaria con sus circunstancias esenciales. Estas circunstancias son: magnitud absoluta del poder, proporción entre el poder recíproco y armas y naturaleza del terreno. 20.000 hombres no se desgastan tan rápido como 2.000; a un enemigo dos o tres veces superior no se le resiste tanto tiempo como a uno de igual fuerza; un combate de caballería se decide más deprisa que uno de infantería, y un combate sólo con infantería más deprisa que si hay artillería en juego; en las montañas y en los bosques no se avanza tan rápido como en la llanura; todo esto está claro en sí mismo.

De aquí se desprende que la fuerza, relación de armas y disposición han de ser tenidas en cuenta si el combate debe cumplir una intención por su duración; pero esa regla nos era menos importante, en esta especial consideración, de lo que nos importaba enlazar con la misma los resultados principales que la experiencia nos da acerca de este objeto.

La resistencia de una división normal, de 8 a 10.000 hombres de todas las armas, dura varias horas incluso contra un enemigo notablemente superior y en una región no enteramente ventajosa, y si el enemigo es poco superior o no cuenta en absoluto con superioridad puede durar medio día; un cuerpo de 3 a 4 divisiones gana el doble de tiempo; un ejército de 80 a 100.000 hombres entre el triple y el cuádruple. Ese tiempo pueden quedar las masas abandonadas a sus propias fuerzas, y no se produce un combate dividido si dentro de ese tiempo pueden hacerse llegar otras fuerzas, cuya eficacia confluye rápidamente en un todo con el éxito del combate habido.

Hemos tomado esas cifras de la experiencia, pero al mismo tiempo nos resulta importante caracterizar más en detalle el momento de la decisión y, en consecuencia, de la terminación del combate.

CAPÍTULO SÉPTIMO

DECISIÓN DEL COMBATE

Ningún combate se decide en un momento concreto, aunque en cada uno de ellos hay momentos de gran importancia que provocan la decisión. La pérdida de un combate es pues un gradual inclinarse de la balanza. Pero en cada combate hay un momento en el que el mismo puede considerarse decidido, de forma que su reinicio sería un nuevo combate, y no la continuación del antiguo. Tener una idea clara respecto a ese momento es muy importante para decidir si un combate puede ser retomado con provecho por una fuerza que venga en ayuda de la nuestra.

A menudo se sacrifican fuerzas en vano en combates que no se deben reentablar, a menudo se deja pasar la ocasión de dar la vuelta a la decisión de un combate donde aún se podría conseguir. He aquí dos ejemplos que no pueden ser más concluyentes:

Cuando el príncipe de Hohenlohe aceptó y perdió la batalla en Jena, en 1806, con 35.000 hombres contra alrededor de 60 a 70.000 al mando de Bonaparte, pero de tal modo que los 35.000 hombres pudieron considerarse aplastados, el general Rüchel acometió con unos 12.000 la empresa de renovar la batalla; la consecuencia fue que también fue aplastado en un instante.

Ese mismo día en cambio, en Auerstedt, se había combatido hasta el mediodía con 25.000 hombres contra Davout, que tenía 28.000, sin duda sin fortuna, pero sin hallarse en estado de disolución, sin haber perdido más que el adversario, carente por entero de caballería, y se perdió la oportunidad de emplear los 18.000 hombres de la reserva del general Kalckreuth para dar la vuelta a la batalla, que en esas circunstancias era imposible perder.

Cada combate es un todo en el que los combates parciales se unen en un éxito global. En ese éxito global reside la decisión del combate. Ese éxito no tiene por qué ser una victoria tal como la hemos señalado en el capítulo sexto, porque a menudo no se dan las circunstancias para ello, a menudo no hay ocasión, si el enemigo

cede demasiado pronto, y en la mayoría de los casos, incluso allá donde ha tenido lugar una obstinada resistencia, la decisión se produce antes que aquel éxito que responde al concepto de victoria.

Nos preguntamos pues: ¿cuál es normalmente el momento de la decisión, es decir, aquel en el que una nueva fuerza, se entiende que no desproporcionada, ya no puede dar la vuelta a un combate desventajoso?

Si pasamos por alto los combates aparentes, que por su naturaleza carecen de decisión, tenemos:

1. Cuando el fin era la posesión de un objeto móvil, la pérdida del mismo representa la decisión.
2. Cuando el fin del combate era la posesión de una región, la decisión suele residir la mayoría de las veces en la pérdida de la misma, pero no siempre, sólo cuando esa región es de especial importancia; una zona de fácil acceso, por importante que pueda ser, se puede volver a tomar sin gran peligro.
3. En todos los demás casos en los que esas dos circunstancias no han decidido ya el combate, es decir, concretamente, en el caso en el que la finalidad principal es la aniquilación de la fuerza enemiga, la decisión reside en el momento en que el vencedor deja de encontrarse en estado de disolución y por tanto de cierta incapacidad, en el que por tanto cesa el uso ventajoso del esfuerzo sucesivo del que hemos hablado en el capítulo duodécimo del Libro Tercero. Por ese motivo hemos desplazado a este punto la unidad estratégica del combate.

Un combate, pues, en el que el que avanza no ha perdido el estado de orden y capacidad, o sólo lo ha hecho con una pequeña parte de su poder, mientras el nuestro está más o menos disuelto, ya no se puede reentablar, y tampoco si el adversario ha restablecido ya su capacidad.

Por tanto, cuanto menor sea la parte de las fuerzas que realmente ha combatido, cuanto mayor sea la que ha participado en la decisión con su mera presencia, tanto menos puede una nueva fuerza del enemigo arrancarnos la victoria de las manos, y aquel general y aquel ejército que hayan ido más lejos a la hora de librar el

combate con la máxima economía de fuerzas y hacer valer el efecto moral de unas reservas fuertes, estarán recorriendo el camino más seguro hacia la victoria. Hay que conceder gran magisterio en esto a la última época de los franceses, cuando Bonaparte los mandaba.

Además, el momento en el que el estado de crisis cesa en el vencedor y retorna su antigua capacidad se presentará tanto más deprisa cuanto más pequeño sea el conjunto. Un escuadrón de caballería que persigue picando espuelas a su adversario recuperará en pocos minutos su antiguo orden, y la crisis no durará más; todo un regimiento de caballería ya necesita más tiempo; aún hace falta más en la infantería, cuando se ha disuelto en líneas de tiro, y más aún en divisiones de todas las armas cuando una parte ha tomado esta dirección casual, otra aquella, y el combate ha provocado por tanto una perturbación del orden que normalmente empeora porque nadie sabe muy bien dónde está el otro. Así llega el momento en el que el vencedor ha vuelto a encontrar los instrumentos usados que se habían sumido en la confusión y en parte en el desorden, los ha ordenado un poco, los ha puesto en un lugar adecuado y ha devuelto por tanto el orden al taller de la batalla; ese momento, decimos, se produce más tarde cuanto más grande sea el conjunto.

Ese momento vuelve a retrasarse cuando la noche sorprende al vencedor en mitad de la crisis, y finalmente es aún más tardío cuando la región es quebrada y poco visible. Sin embargo, respecto a estos dos puntos hay que observar que la noche también es un gran *medio de protección*, porque raras veces las circunstancias son adecuadas para prometerse un buen éxito de los ataques nocturnos, como el 10 de marzo de 1814 en Laon, donde York dio un ejemplo muy adecuado frente a Marmont. Del mismo modo, un terreno poco despejado y quebrado también protegerá contra una reacción al ejército comprendido en una prolongada crisis producida por la victoria. Ambas cosas pues, tanto la noche como la región oculta y quebrada, dificultan retomar la misma batalla en vez de facilitarla.

Hasta ahora hemos contemplado la ayuda a los que están en trance de perder como un mero incremento de fuerzas, es decir, como unos refuerzos que vienen desde atrás, como suele ser el caso. Muy distinta es la situación cuando al adversario se le ataca de flanco o por retaguardia.

Sobre el efecto de los ataques de flanco y retaguardia hablaremos en otro lugar, hasta donde formen parte de la estrategia; un ataque

como el que tenemos aquí en mente para establecer un combate forma principalmente parte de la táctica, y sólo hablamos de él porque estamos hablando de los resultados tácticos y nuestras concepciones tienen que penetrar por tanto en el ámbito de la táctica.

La dirección de una fuerza armada hacia el flanco y retaguardia del enemigo puede aumentar mucho su eficacia, pero no lo hace necesariamente, sino que también puede debilitarla mucho. Las circunstancias en las que tiene lugar el combate deciden sobre este punto de su disposición como sobre cualquier otro, sino que podamos entrar aquí en ello. Para nuestro objeto son importantes dos cosas:

Primera: *que los ataques de flanco y retaguardia actúan por regla general más favorablemente sobre el éxito después de la decisión que sobre la decisión misma.* Al entablar un combate, hay que buscar ante todo su decisión favorable, y no la magnitud del éxito. En este sentido, habría que pensar que una ayuda que viniera a entablar nuestro combate será menos favorable si ataca al adversario de flanco y por la retaguardia, es decir, separada de nosotros, que si se reúne con nosotros. Sin duda no faltan casos en los que es así; pero hay que decir que la mayoría se encontrará en el otro lado, y ello debido al segundo punto que nos importa aquí.

Este segundo punto es *la fuerza moral de la sorpresa que por regla general conlleva una fuerza de ayuda que viene a entablar un combate.*

El efecto de una sorpresa por el flanco y por la retaguardia siempre es mayor, y alguien que se encuentra en medio de la crisis de la victoria está, en su estado de agotamiento y dispersión, en peores condiciones de contrarrestarla. ¡Quién no se da cuenta de que un ataque de flanco y retaguardia, que al principio del combate, cuando las fuerzas están concentradas y un caso así siempre está previsto, significaría poco, tiene un peso muy distinto en el último momento del combate!

Tenemos pues que aceptar sin reparos que en la mayoría de los casos una ayuda que cae sobre el flanco o la espalda del adversario será mucho más eficaz, que se comportará como un peso al extremo de una larga palanca, de forma que en tales circunstancias se podrá entablar el combate con la misma fuerza que no habría sido suficiente yendo de frente. Aquí, donde los efectos se sustraen a casi

cualquier cálculo, porque la fuerza moral predomina, se encuentra el verdadero campo para la audacia y la osadía.

A todos estos objetos hay que prestar atención pues, todos estos momentos de fuerzas que actúan entre sí han de ser tenidos en consideración, si se quiere decidir en los casos dudosos si se puede recuperar un combate desventajoso o no.

Si el combate no se considera concluido, el nuevo combate que se abre por medio de la ayuda que llega confluirá con el anterior y tendrá un resultado común, y la desventaja inicial desaparecerá por completo. Si no es así, si el combate ya estaba decidido, habrá dos resultados separados. Si la ayuda es relativamente fuerte, es decir, si no está por sí misma a la altura del adversario, será difícil contar con un éxito favorable en este segundo combate; pero si es tan fuerte como para poder entablar el segundo combate sin tener en cuenta el primero podrá compensarlo con un éxito y predominar, pero nunca hacerlo desaparecer de la cuenta final.

En la batalla de Kunersdof, Federico el Grande conquistó en el primer arranque el ala izquierda de la posición rusa y tomó 70 cañones; al final de la batalla se habían perdido ambas cosas y todo el resultado de este primer combate había desaparecido de la cuenta final. Si hubiera sido posible detenerse allí y aplazar la segunda parte de la batalla hasta el día siguiente, las ventajas de la primera habrían quedado siempre compensadas[47] aunque el rey la hubiera perdido.

Pero cuando se retoma un combate desventajoso antes de que haya concluido y se le da la vuelta, no sólo su debe desaparece de nuestra cuenta, sino que se convierte en el fundamento de una victoria mayor. Porque, si se observa con atención el desarrollo táctico del combate, se verá con facilidad que hasta que termina todos los éxitos de los combates parciales son sentencias en suspenso, que no sólo pueden quedar anuladas, sino transformadas en sus contrarias por el éxito principal. Cuanto más hundidas estén ya nuestras fuerzas tanto más se habrán desgastado contra ellas las enemigas, tanto mayor será pues la crisis también en el enemigo, y tanto mayor será el predominio de nuestras fuerzas de refresco. Si el éxito total se vuelve a nuestro favor, volveremos a arrebatar al enemigo el campo de batalla y los trofeos, todas las fuerzas que le han costado serán una ventaja en efectivo para nosotros, y nuestra antigua derrota será el escalón hacia un triunfo más alto. Los más brillantes hechos de armas, que en la victoria habrían sido tan

importantes para el adversario como para no prestar atención a las fuerzas perdidas, no dejan atrás más que el arrepentimiento por haberlas sacrificado. Así cambia la magia de la victoria y la maldición de la derrota el peso específico de los elementos.

Siempre es mejor, incluso cuando se es decididamente superior y se podría hacer pagar su victoria al enemigo con otra mayor, adelantarse a la conclusión de un combate desventajoso para darle la vuelta, cuando es relativamente importante, que ofrecer un segundo combate.

El mariscal de campo Daun intentó en 1760 en Liegnitz acudir en ayuda del general Laudon mientras duraba su combate; pero no intentó, una vez fracasado, atacar al rey al día siguiente, aunque no le faltaba poder para hacerlo.

Por esa razón los sangrientos combates de la vanguardia que preceden a una batalla han de ser contemplados como un mal necesario, y han de ser evitados allá donde no son necesarios.

Consideremos aún otra conclusión.

Si un combate acabado es cuestión resuelta, no puede convertirse en motivo para decidir otro, sino que la decisión de este otro tiene que desprenderse del resto de las circunstancias. Pero a esta conclusión se opone una fuerza moral que tenemos que tener en cuenta: es el sentimiento de venganza y desquite. Este sentimiento no falta desde el comandante en jefe hasta el más ínfimo tambor, y por eso una tropa nunca está de mejor ánimo que cuando se trata de reparar una falta. Sólo que esto presupone que la parte batida no sea una parte del conjunto demasiado importante, porque de lo contrario ese sentimiento se perdería en la impotencia.

Es pues una tendencia muy natural la de emplear esa fuerza moral para recuperar in situ lo perdido y por eso buscar un segundo combate si las demás circunstancias lo permiten. Forma parte de la naturaleza del caso que ese segundo combate tenga que ser, en la mayoría de las ocasiones, un ataque.

En la serie de combates subordinados se encuentran muchos ejemplos de tales desquites; las grandes batallas, en cambio, suelen tener razones demasiado distintas como para ser atraídas por esa débil fuerza.

Es indiscutible que fue un sentimiento así el que el 14 de febrero de 1814, después de que dos de sus cuerpos de ejército hubieran sido batidos en Montmirail tres días antes, llevó al noble Blücher con el

tercero a ese campo de batalla. Si hubiera sabido que iba a encontrarse con el propio Bonaparte, naturalmente razones de peso le habrían movido a aplazar su venganza; pero esperaba vengarse de Marmont, y en vez de cosechar las ventajas de un noble deseo de venganza sucumbió a los perjuicios de un cálculo erróneo.

De la duración del combate y el momento de su decisión dependen las distancias en las que pueden haberse dispuesto aquellas masas que están destinadas a combatir *juntas*. Esa disposición sería táctica, en tanto que tiene por intención el mismo combate; pero sólo puede ser contemplada como tal donde la ordenación sea tan próxima que no quepa pensar en dos combates separados, y por tanto el espacio que ocupa el conjunto pueda verse como un único punto desde la perspectiva estratégica. Sin embargo, en la guerra son frecuentes los casos en los que incluso aquellas fuerzas que están destinadas a batirse *juntas* han de estar tan separadas que su unión para un combate común era sin duda la intención principal, pero la aparición de combates separados sigue siendo posible. Semejante disposición es pues estratégica.

Disposiciones de este tipo son: marchas en masas y columnas, vanguardias y cuerpos de flanco separados, reservas que han de servir de apoyo a más de un punto estratégico, concentración de los distintos cuerpos viniendo de cuarteles muy alejados, etc. Se ve que se presentan incesantemente, y son en cierto modo la moneda fraccionaria del presupuesto estratégico, mientras las batallas principales y todo lo que está en línea con ellas son los táleros y monedas de oro.

CAPÍTULO OCTAVO

CONSENTIMIENTO DE AMBAS PARTES PARA EL COMBATE

Ningún combate puede llevarse a cabo sin el consentimiento mutuo, y de esa idea, que es todo el fundamento del combate singular, emana una cierta fraseología de los escritores históricos que ha llevado a muchas concepciones indeterminadas y erróneas.

Y es que la consideración del escritor gira con frecuencia en torno al punto de que un general ha ofrecido batalla al otro y éste no la ha aceptado.

Pero el combate es un enfrentamiento singular muy modificado, y su fundamento no está meramente en el mutuo gusto por combatir, es decir, en el consentimiento, sino en los fines que se unen al combate; éstos forman parte siempre de conjuntos mayores, tanto más cuanto que la guerra entera, pensada como una unidad de lucha, tiene finalidades y condiciones políticas que forman parte de un todo mayor. Así que el mero placer de vencerse mutuamente pasa a una relación enteramente subordinada, o más bien cesa por entero de ser algo en sí mismo, y pasa a ser contemplado tan sólo como el nervio que da movimiento a la voluntad superior.

En los pueblos antiguos, y luego nuevamente en la primera época de los ejércitos permanentes, la expresión de que al enemigo se le ofrece batalla en vano tenía más sentido que en nuestros días. Porque entre los pueblos antiguos todo se orientaba a medirse en cambio abierto sin obstáculo alguno, y todo el arte de la guerra consistía en la disposición y composición del ejército, es decir, en el orden de batalla.

Como ahora los ejércitos se atrincheran regularmente en sus campos, la posición en el campo a pasado a ser considerada algo intocable, y la batalla sólo se hacía posible cuando el adversario abandonaba su campo y se metía por así decirlo entre las barreras de torneo de una zona accesible.

Si se dice que Aníbal ofreció en vano batalla a Fabio, no se dice nada respecto a este último salvo que una batalla no entraba en sus planes, y no se demuestra ni la superioridad física ni moral de Aníbal; pero respecto a éste la expresión es correcta, porque dice que Aníbal realmente quiso la batalla.

En los primeros tiempos de los ejércitos modernos, se daban circunstancias parecidas en los grandes combates y batallas. Las grandes masas eran llevadas al combate por medio de un orden de batalla y dirigidas conforme a él, que como un gran y desvalido conjunto necesitaba más o menos de la llanura y no era adecuado ni para el ataque ni para la defensa en un terreno muy quebrado, poco despejado o incluso montañoso. Por tanto, el defensor hallaba en esto un medio de evitar la batalla. Estas circunstancias se mantuvieron, aunque cada vez más débilmente, hasta la primera Guerra Silesia, y sólo en la de los Siete Años atacar al adversario incluso en regiones *inaccesibles* se fue haciendo cada vez más hacedero y volviéndose costumbre; la región no dejó de ser un principio de refuerzo para aquel que se servía de ella, pero ya no era un círculo mágico que conjuraba las fuerzas naturales de la guerra.

Desde hace 30 años, la guerra se ha extendido aún más en esa dirección, y aquel que realmente quiere obtener una decisión a través del combate ya no encuentra obstáculo alguno, puede buscar y atacar a su adversario; si no lo hace, no puede decir haber querido el combate, y la expresión de que ofreció batalla y su adversario no la aceptó no significa ahora salvo que no encontró las circunstancias lo bastante ventajosas como para combatir, lo que es una confesión de que esa expresión no sirve, y que sólo aspira a encubrir.

Desde luego, el defensor tampoco puede ahora rechazar un combate, pero sí evitarlo, abandonando su lugar y el papel que le otorgaba; pero entonces la mitad de la victoria queda para el atacante, así como el reconocimiento de su temporal superioridad.

Así pues, ya no se puede utilizar una forma de representación que hace referencia a una tarjeta de desafío para justificar con ese triunfo verbal la quietud de aquel a quien compete avanzar, es decir, el atacante. El defensor, que, mientras no retroceda, no tiene por qué querer la batalla, puede decir en todo caso, si no es atacado, que la ofreció, si eso no se diera por sentado.

Por el otro lado, alguien que quiera y pueda *rehuirlo* no puede ser obligado al combate. Como a menudo al atacante no le basta con

las ventajas que obtiene de rehuirlo, y una auténtica victoria se le convierte en necesidad apremiante, a veces los pocos medios de que se dispone para *obligar* al combate a un adversario *así* son buscados y aplicados con especial arte.

Las principales vías para esto son: en primer lugar, *cercar* al adversario, para hacerle la retirada imposible, o tan difícil que prefiera aceptar el combate, y en segundo lugar *sorprenderlo*. Esta última vía, que antes se basaba en la torpeza de todos los movimientos, se ha vuelto muy ineficaz en los tiempos modernos. Dada la flexibilidad y movilidad de los actuales ejércitos, no se rehuye emprender la retirada incluso a la vista del enemigo, y sólo circunstancias del terreno especialmente desventajosas pueden causar dificultades importantes en este punto.

Un caso de ese tipo podría ser la batalla de Neresheim, que el archiduque Carlos ofreció el 11 de agosto de 1796 en los ásperos pastos alpinos contra Moreau con la mera intención de facilitarse la retirada, aunque confesamos gustosos que no hemos entendido del todo el razonamiento del famoso general y autor en este caso.

La batalla de Rossbach es otro ejemplo, en tanto el general del ejército aliado no debía haber tenido la intención de atacar a Federico el Grande.

De Soor dice el propio rey que sólo aceptó la batalla porque la retirada a la vista del enemigo le parecía grave; sin embargo, el rey aduce otros motivos para la batalla.

En conjunto, con la excepción de los ataques nocturnos, tales casos siempre serán raros, y allá donde un adversario se vea forzado al combate por un cerco sólo ocurrirá en cuerpos sueltos, como el de Finck en Maxen.

CAPÍTULO NOVENO

LA BATALLA PRINCIPAL

Su decisión

¿Qué es la batalla principal? Una lucha del poder principal, pero por supuesto no una insignificante en torno a un fin secundario, no un mero intento que se abandona en cuanto se advierte a tiempo que será difícil alcanzar su fin, sino una lucha con todo el esfuerzo en torno a una verdadera victoria.

También en una batalla principal los fines secundarios pueden estar mezclados con el fin principal, y éste tomará algún matiz especial de las circunstancias de las que emana, porque también una batalla principal depende de un todo mayor, del que sólo es una parte; sólo que, como la esencia de la guerra es la lucha y la batalla principal es la lucha del poder principal, siempre se le contemplará como el verdadero centro de gravedad de la guerra, y de ahí su carácter distintivo, de que está ahí por sí misma más que ningún otro combate.

Esto tiene influencia sobre la *forma de su decisión, sobre el efecto de la victoria obtenida en ella,* y determina el valor *que la teoría tiene que asignarle como medio para un fin*. Por eso la hacemos objeto de nuestra especial consideración, y aquí, antes de pensar en los especiales fines que pueden estar vinculados a ella, pero que no cambian esencialmente su carácter, hasta donde realmente merece el nombre de batalla principal.

Si una batalla principal está ahí por sí misma, los motivos de su decisión tienen que estar en ella misma; en otras palabras: debe buscarse la victoria en ella mientras aún haya una posibilidad, y no debe ser abandonada por circunstancias aisladas, sino única y exclusivamente cuando las fuerzas se muestren del todo insuficientes.

¿Cómo se puede apreciar en detalle ese momento?

Si, como desde hace algún tiempo en el reciente arte de la guerra, un cierto orden y ensamblaje artísticos del ejército es la condición principal bajo la que la bravura del ejército puede alcanzar

la victoria, la decisión es *la destrucción de ese orden*. Un ala derrotada que se deshace decide sobre la que resiste. Si, como en otros tiempos, la esencia de la defensa consiste en una estrecha alianza del ejército con el suelo y sus accidentes, desde los que combate, de manera que ejército y posición son una misma cosa, la conquista de un *punto esencial* de esa posición es la decisión. Se dice: se ha perdido la llave de la posición, así que no puede seguir siendo defendida, la batalla no puede continuar. En ambos casos, los ejércitos vencidos son aproximadamente como cuerdas de violín rotas que se niegan a prestar su servicio.

Tanto aquel principio geométrico como este geográfico, que tenían la tendencia a llevar a los ejércitos en lucha a una tensión de cristalización que no permitía emplear hasta el último hombre las fuerzas existentes, han perdido al menos tanto de su influencia como para no predominar ya. También ahora el ejército es llevado a la lucha en un determinado orden, pero ya no es decisivo; también ahora los accidentes del terreno se utilizan para reforzar la resistencia, pero ya no son el único punto de apoyo.

En el segundo capítulo hemos intentado echar un vistazo general a la naturaleza de la batalla actual. Conforme a la imagen que nos hemos hecho de ella, el orden de batalla sólo es una ordenación de las fuerzas para su cómodo uso y el desarrollo de la misma, un lento desgaste mutuo de esas fuerzas para ver quién agotará antes a su adversario.

La decisión de abandonar la batalla surge pues en la batalla principal, más que en cualquier otro de los combates, de la relación de reservas frescas que quedan, porque sólo éstas conservan toda su fuerza moral, y los restos de batallones cansados de disparar y rendidos, ya recalentados por el elemento destructor, no pueden ser colocados en la misma línea que ellas. También el terreno perdido es una medida de las fuerzas morales perdidas, como hemos dicho en otro sitio; también entra, por tanto, en consideración, pero más como signo de la pérdida sufrida que como la pérdida misma, y el número de reservas frescas sigue siendo el principal punto de atención de ambos generales.

Normalmente, una batalla toma una dirección ya de antemano, aunque de forma poco perceptible. A menudo incluso esa dirección viene dada de forma muy decidida por las disposiciones tomadas, y entonces es falta de inteligencia de aquel general que empieza la

batalla en tan malas condiciones sin ser consciente de ello. Sólo donde tampoco se da este caso está en la naturaleza de las cosas que el desarrollo de las batallas sea más un lento cambio del equilibrio, que se produce pronto pero, como hemos dicho, al principio de forma imperceptible, y luego se hace más fuerte y visible a cada momento: como un oscilar de un lado para otro, como uno se suele imaginar, seducido por las poco veraces descripciones de batallas.

Pero también puede ser que el equilibrio esté poco perturbado durante largo tiempo, o que incluso después de haberse inclinado hacia un lado vuelva a inclinarse hacia el otro; lo que es seguro es que en la mayoría de los casos el general vencido lo sabe mucho antes de la retirada, y que los casos en los que algún detalle influye con fuerza insospechada en el devenir del conjunto sólo suelen tener su razón de existir en el disimulo con el que cada uno cuenta su batalla perdida.

Sólo podemos apelar aquí al juicio de hombres imparciales y experimentados, que sin duda nos darán su asentimiento y nos representarán ante aquella parte de nuestros lectores que no conocen la guerra por experiencia propia. Desarrollar la necesidad de ese proceso a partir de la naturaleza del caso nos llevaría demasiado al ámbito de la táctica, al que pertenece ese objeto con cuyo resultado tenemos que vérnoslas aquí.

Cuando decimos: normalmente el general vencido ve el terrible final mucho tiempo antes de decidirse a abandonar la batalla, admitimos también casos de tipo opuesto, y de lo contrario estaríamos afirmando algo contradictorio en sus términos. Si con cada orientación decidida de una batalla hubiera que considerarla perdida, tampoco harían falta fuerzas para darle la vuelta, y en consecuencia esa dirección decidida no podría preceder en mucho tiempo al momento de la retirada. Sea como fuere, hay casos en los que una batalla había tomado una dirección muy decidida y sin embargo se ha decidido en otra, pero no son *habituales,* sino raros; pero todo general contra el que se vuelve la suerte cuenta con esos raros casos, y tiene que contar con ellos mientras le quede alguna posibilidad de giro. Espera dar la vuelta a ese momento mediante mayores esfuerzos, mediante un aumento de las fuerzas morales que quedan, mediante una autosuperación o incluso mediante un feliz azar, y lleva esto tan lejos como el valor y la inteligencia acuerdan entre sí en él. Vamos a decir algo más acerca de esto, pero

indicaremos antes cuál es el signo del cambio en la situación. El éxito del combate global consiste en la suma de los éxitos de todos los combates parciales; pero estos éxitos de los combates parciales se miden por tres objetos distintos:

En primer lugar, por la mera fuerza moral en la conciencia del líder. Cuando un general de división ha visto cómo han sucumbido sus batallones, esto tendrá influencia sobre su conducta y sobre sus notificaciones, y éstas a su vez sobre las medidas del comandante en jefe. Así que incluso aquellos desdichados combates parciales que en apariencia son recuperados no se pierden en sus éxitos, y sus impresiones se suman en el alma del general sin mucho esfuerzo e incluso contra su voluntad.

En segundo lugar, por la rapidez con que se funden nuestras tropas, que en el lento y poco tumultuoso discurrir de nuestras batallas se puede evaluar muy bien.

En tercer lugar, por el terreno perdido. Todas estas cosas sirven al ojo del general de brújula para reconocer la dirección que toma el barco de su batalla. Si ha perdido baterías enteras y no ha apresado ninguna de las enemigas, si sus batallones han sido arrollados por la caballería enemiga mientras los adversarios forman masas impenetrables, si la línea de fuego de su orden de batalla retrocede involuntariamente de un punto a otro, si se han hecho esfuerzos inútiles para la conquista de ciertos puntos y los batallones que avanzaban han sido dispersados por una bien aplicada granizada de cartuchos, si nuestro tiroteo empieza a agotarse en su fuego contra el enemigo, si los batallones sometidos al fuego se funden con inusual rapidez, porque con los heridos retroceden hordas de no heridos, si debido al trastorno del plan de batalla ha habido partes cortadas de la masa y apresadas, si la retirada empieza a verse en peligro, el general tiene que advertir en todas estas cosas la dirección en la que va su batalla. Cuanto más dure esa dirección, cuanto más decidida se haga, tanto más difícil será darle la vuelta, tanto más se acercará el momento en el que tendrá que abandonar la batalla. Vamos a hablar ahora de ese momento.

Hemos dicho ya más de una vez que la relación entre las reservas frescas que quedan suele ser el motivo principal de la decisión definitiva; aquel general que ve la clara superioridad de su adversario en este punto se decide a la retirada. Es precisamente la singularidad de las batallas modernas que todas las incidencias y pérdidas que

tienen lugar en el curso de las mismas pueden repararse mediante fuerzas de refresco, porque la disposición del orden de batalla moderno y la forma en que las tropas son guiadas al combate permite su uso casi en todas partes y en cualquier situación. Por tanto, en tanto aquel general contra el que el comienzo de la batalla parece inclinarse mantenga la superioridad en reservas no abandonará la batalla[48]. Pero desde el momento en que sus reservas empiecen a ser más débiles que las enemigas habrá que considerar la decisión dada, y lo que le quede por hacer dependerá en parte de circunstancias especiales, en parte del grado de valor y resistencia que le sean dados, y que también podrían degenerar en necia testarudez. Cómo llega el general a evaluar correctamente la proporción de las mutuas reservas es cuestión de su habilidad en la ejecución, que en ningún caso corresponde tratar aquí; nos atenemos al resultado, tal como está fijado en su juicio. Pero tampoco ese resultado es aún el verdadero momento de la decisión porque un motivo que sólo surge gradualmente no es adecuado para ello, sino que no es más que una determinación general de la decisión, y la decisión misma requiere aún especiales motivaciones. Estas son principalmente dos, siempre recurrentes, a saber: el peligro de la retirada y la llegada de la noche.

Si la retirada se ve cada vez más amenazada a cada nuevo paso de la batalla, y si las reservas están tan fundidas que ya no bastan para procurarse aire fresco, no queda más remedio que someterse al destino y salvar con una retirada ordenada lo que en caso de esperar más se disolvería en la fuga y la derrota y se perdería.

Por regla general, la noche pone fin a todos los combates, porque un combate nocturno sólo en especiales condiciones promete ventajas; como la noche es más adecuada para la retirada que el día, aquel que tiene que considerarla inevitable o altamente probable preferirá emplear la noche para acometerla.

Es evidente que además de estos dos motivos normales y principales puede haber aún muchos otros más pequeños, individuales y que no se pueden pasar por alto, porque cuanto más se inclina la batalla hacia el total vuelco en el equilibrio, tanto más sensible es la incidencia de cualquier éxito parcial sobre la misma. Así, la pérdida de una batería, la feliz irrupción de unos cuántos regimientos de caballería, etc., pueden desencadenar la ya madurada decisión de retirarse.

Para terminar con este objeto, aún tenemos que demorarnos un momento en el punto en el que el valor y la inteligencia del general tienen que sostener una especie de lucha.

Si, por una parte, el imperativo orgullo de un victorioso conquistador, la voluntad indomable de una testarudez innata, la compulsiva aspiración a un noble entusiasmo, no quieren retirarse del campo de batalla en el que deben dejar su honor, por otra la inteligencia aconseja no entregarlo todo, no poner en juego hasta lo último, sino retener lo necesario para una retirada ordenada. Por mucho que haya que ensalzar el valor del ánimo y la perseverancia en la guerra, y por poca expectativa de victoria que tenga el que no pueda decidirse a buscarla con todas sus fuerzas, hay un punto pasado el cual la persistencia sólo puede calificarse de desesperada necedad, y no puede por tanto ser aprobada por ninguna crítica. En la más famosa de todas las batallas, la de Waterloo, Bonaparte apostó sus últimas fuerzas en dar la vuelta a una batalla que ya no se podía ganar, gastó en ella hasta el último céntimo y luego huyó como un mendigo del campo de batalla y del reino.

CAPÍTULO DÉCIMO

CONTINUACIÓN

Efecto de la victoria

Uno puede maravillarse lo mismo, según sea su punto de vista, de los extraordinarios éxitos que han tenido algunas grandes batallas que de la falta de éxito en otras. Vamos a detenernos un instante en la naturaleza del efecto de una gran victoria.

Podemos distinguir fácilmente tres cosas: el efecto sobre el instrumento mismo, es decir, sobre los generales y sus ejércitos, el efecto sobre los Estados implicados y el éxito propiamente dicho que esos efectos muestran sobre el ulterior desarrollo de la guerra.

A quien piense tan sólo en la insignificante diferencia en muertos, heridos, prisioneros y cañones perdidos en el campo de batalla mismo que suele haber entre vencedor y vencido, las consecuencias derivadas de ese punto insignificante le resultarán del todo incomprensibles y, sin embargo, normalmente todo esto es más que natural.

Ya hemos dicho en el capítulo séptimo que la magnitud de una victoria no asciende meramente en la medida en que las fuerzas vencidas aumentan de volumen, sino en grados superiores. Los efectos morales del resultado de un gran combate son mayores en el vencido y en el vencedor, son motivo de pérdidas mayores de fuerzas físicas que a su vez repercuten sobre las morales, y así se sustentan e incrementan mutuamente. Así pues, hay que dar un peso especial a este efecto moral. Tiene lugar en dirección opuesta en ambas partes: así como socava las fuerzas del vencido, eleva las fuerzas y actividad del vencedor. Pero el efecto principal está en el vencido, porque en él se convierte en causa inmediata de nuevas pérdidas, y además es de naturaleza homogénea con el peligro, los esfuerzos y trabajos, y en general con todas las circunstancias agravantes entre las que se mueve la guerra, se alía con ellas y crece con su asistencia, mientras en el vencedor todas estas cosas son como pesos que se añaden al superior impulso de su valor. Hallamos pues que el vencido se hunde mucho más bajo la línea del equilibrio originario de lo que el

vencedor se alza sobre ella, por eso cuando hablamos del efecto de la victoria tenemos principalmente presente el que se manifiesta en el ejército vencido. Si este efecto es más fuerte en un combate de gran alcance que en uno de pequeño, en la batalla principal es mucho más fuerte que en un combate subordinado. La batalla principal está ahí por sí misma, por la victoria que debe otorgar, y que se busca en ella con el máximo esfuerzo. Superar al adversario en ese punto, en esa hora, es la intención hacia la que concurre todo el plan de guerra con todos sus hilos, en la que se encuentran todas las lejanas esperanzas y oscuras concepciones del futuro; presenta ante nosotros el destino para dar la respuesta a la audaz pregunta... Esta es la tensión intelectual, no sólo del general, sino de todo su ejército hasta el último mozo de cuadra; desde luego en medida descendente, pero también en importancia descendente. En todos los tiempos y conforme a la naturaleza de las cosas, las batallas principales nunca han sido ciegas obligaciones del servicio, inesperadas y carentes de preparación, sino un acto grandioso que destaca de entre la masa de actividades habituales, en parte por sí misma, en parte por la intención del líder, para elevar la tensión de todos los ánimos. Pero cuanto más se eleva esa tensión hacia la solución, tanto más fuerte tiene que ser el efecto de la misma.

Una vez más, el efecto moral de la victoria en nuestras batallas es mayor de lo que lo era en las anteriores de la Historia bélica moderna. Si aquéllas, tal como las hemos descrito, eran una verdadera confrontación de fuerzas, la suma de esas fuerzas, tanto las físicas como las morales, decide más que las distintas disposiciones o incluso azares.

Un error que se ha cometido se puede reparar la próxima vez, de la suerte y el azar se puede esperar más favor en otra ocasión; pero la suma de las fuerzas morales y físicas no suele cambiar con tanta rapidez, y así parece que la sentencia que una victoria ha pronunciado sobre ellas tiene mucho mayor importancia para todo el futuro. Sin duda de todos los implicados en una batalla, dentro y fuera de un ejército, son los menos los que han reflexionado acerca de tal diferencia, pero el desarrollo de la batalla misma imprime tal resultado en los ánimos de todos los que se encuentran en ella, y el relato de ese desarrollo en los informes públicos, por mucho que pueda resultar embellecido por distintas circunstancias metidas a la

fuerza en ellos, muestra también más o menos al resto del mundo que las causas estaban más en el todo que en los detalles.

A quien nunca se haya encontrado en una gran batalla perdida le costará trabajo hacerse una idea viva, y en consecuencia completamente cierta, de ella, y las concepciones abstractas de esta o aquella pequeña pérdida jamás coincidirán con el verdadero concepto de una batalla perdida. Detengámonos un momento en esta imagen.

Lo primero que se apodera de la imaginación, y bien puede decirse que del entendimiento, en una batalla desdichada, es la fusión de las masas, luego la pérdida del terreno, que se produce más o menos siempre, y por tanto también en el atacante cuando no tiene suerte; luego, el orden originario destruido, la confusión de las partes, los peligros de la retirada, que con pocas excepciones se presentan, con mayor o menor intensidad; la retirada, que en la mayoría de los casos se empieza por la noche o al menos se prosigue a lo largo de la noche. Ya en esa primera marcha tenemos que dejar atrás a un montón de hombres agotados y dispersos, a menudo precisamente los más bravos, los que más se han arriesgado, los que más han resistido; la sensación de estar vencido, que en el campo de batalla se apodera sólo de los oficiales superiores, pasa ahora a través de todo el escalafón hasta el simple soldado, reforzada por la espantosa impresión de tener que dejar en manos del enemigo a tantos valientes compañeros a los que hemos empezado a apreciar de verdad precisamente en la batalla, y reforzada por la creciente desconfianza hacia la jefatura, a la que más o menos cada subordinado atribuye la culpa de haber realizado sus esfuerzos en vano. Y esa sensación de estar vencido no es una mera imaginación que se pueda controlar; es la verdad evidente de que el adversario es superior a nosotros; una verdad que podía estar tan escondida en sus causas como para no poder ser vista de antemano, pero que una vez resuelta la batalla se manifiesta clara y concisa, que quizá incluso se ha advertido antes, pero a la que, a falta de una esperanza algo más real en el azar, había que oponer confianza en la suerte y en la providencia, y osadía. Ahora todo esto se ha demostrado insuficiente, y la seria verdad se nos presenta severa e imperativa.

Todas esas impresiones están aún muy lejos del terror pánico, que en un ejército dotado de virtud castrense nunca es la consecuencia de las batallas perdidas, y en cualquier otro sólo

excepcionalmente. Tienen que surgir incluso en los mejores ejércitos, y si la larga costumbre de la guerra y la victoria y la gran confianza en el general las amortigua un poco aquí y allá, nunca faltan del todo en el primer momento. Tampoco son la mera consecuencia de los trofeos perdidos —normalmente éstos se pierden después, y esto no es advertido a escala general con tanta rapidez—, así que no faltarán tampoco en los vuelcos más lentos y mesurados, y siempre serán aquel efecto de una victoria con el que hay que contar en todo caso.

Ya hemos dicho que el volumen de los trofeos eleva este efecto.

¡Cuán debilitado queda un ejército, en tanto que instrumento, en este estado! ¡Qué poco cabe esperar que en ese estado de debilidad que, como ya hemos dicho, encuentra nuevos enemigos en todas las dificultades habituales de la dirección de la guerra, esté en condiciones de recuperar lo perdido mediante un nuevo esfuerzo! Antes de la batalla existía un equilibrio, real o imaginario, entre ambas partes; este se ha perdido, y se necesita una causa exterior para recobrarlo; cualquier nuevo esfuerzo sin un punto de apoyo exterior conducirá tan sólo a nuevas pérdidas.

Así que en la más moderada de las victorias del poder principal se da ya el motivo para un constante descenso de la balanza, hasta que nuevas circunstancias externas provoquen un giro. Si estas no están próximas, si el vencedor es un adversario incansable que persigue sediento de fama grandes fines, hará falta un magnífico general y un espíritu guerrero del ejército sólido y forjado en muchas campañas para no romper del todo la hinchada corriente de la preponderancia, sino moderar su curso con una pequeña y múltiple resistencia hasta que la fuerza de la victoria se haya agotado al final de un cierto camino.

Pasemos ahora al efecto fuera del ejército, en el pueblo y el Gobierno; es la repentina quiebra de las más exacerbadas esperanzas, la derrota de toda la autoestima. En lugar de esas fuerzas aniquiladas, en el vacío surgido se precipita el temor con su funesta fuerza expansiva, y completa la parálisis. Es un verdadero golpe el que uno de los dos atletas recibe con la chispa eléctrica de la batalla principal. Tampoco ese efecto, por distinto que sea en su grado aquí y allá, falta nunca del todo. En vez de que cada uno de los afectados por él se apresure a poner coto a la desgracia, todos temen que su esfuerzo sea vano y se contienen titubeando sin saber dónde ir, o

incluso dejan caer los brazos desanimados, poniendo todo en manos del destino.

Las consecuencias que ese efecto de la victoria tenga en el curso de la guerra misma dependerán en parte del carácter y talento del general vencedor, pero más de las circunstancias de las que la victoria emana, y hacia las que conduce. Sin la audacia y espíritu emprendedor del general, la más brillante de las victorias no arrojará un gran éxito, y esa fuerza se agotará aún más aprisa contra las circunstancias si estas se le oponen grandes y fuertes. ¡De qué manera tan distinta a Daun habría utilizado Federico el Grande la victoria en Kolin, y qué distintas consecuencias que a Prusia hubiera podido dar a Francia una batalla de Leuthen!

Conoceremos las condiciones que hacen esperar grandes consecuencias de una gran victoria al ver los objetos a los que se vinculan, y sólo entonces se podrá explicar la desproporción que puede haber a primera vista entre la magnitud de una victoria y sus consecuencias, que se está demasiado dispuesto a atribuir a falta de energía del vencedor. Aquí, donde tenemos que vérnoslas con la batalla principal en sí, vamos a detenernos para decir: que los efectos descritos de una batalla nunca faltan, que se incrementan con la intensidad de la victoria, que aumentan cuanto más la batalla es batalla principal, es decir, cuanto más reúne en sí toda la fuerza armada, cuanto más está contenida en esa fuerza armada toda la fuerza bélica y en la fuerza bélica todo el Estado.

Pero, ¿debe asumir la teoría ese efecto de la victoria como un efecto necesario, no tiene más bien que aspirar a encontrar los medios suficientes en contra y abolirlo? Parece tan natural responder con un sí a esta pregunta; pero el cielo nos guarde de este extravío de la mayor parte de las teorías, del que surge un pro y contra que se devoran entre sí.

En cualquier caso, ese efecto es enteramente necesario, porque está fundado en la naturaleza del asunto, y se dará incluso si hallamos medios para combatirlo, igual que el movimiento de una bala de cañón en el sentido en que la Tierra describe sus revoluciones[49] prosigue aunque, disparada del este hacia el oeste, pierda una parte de su velocidad general debido a ese movimiento contrario.

La guerra entera presupone debilidad humana, y contra ella se orienta.

Por tanto, si en lo sucesivo reflexionamos en otra ocasión acerca de qué hacer después de una batalla perdida, si tenemos en cuenta los medios que aún pueden quedarnos hasta en la situación más desesperada, si incluso en esa situación creemos en la posibilidad de volver a ganarlo todo, no queremos con eso reducir poco a poco a cero los efectos de tal derrota, porque las fuerzas y medios que se emplean para producirlos hubieran podido ser empleados con fines positivos; y esto vale tanto para las fuerzas físicas como para las morales.

Cuestión distinta es si la pérdida de una batalla principal no despierta quizá fuerzas que de lo contrario no se habrían despertado. El caso es cuando menos imaginable, y se ha dado realmente en muchos pueblos. Pero provocar esa reforzada reacción ya no está dentro del ámbito del arte de la guerra, este tan sólo puede tomarla en consideración allá donde sea previsible.

Si hay casos en los que las consecuencias de una victoria pueden resultar aún más funestos debido a la repercusión de las fuerzas que despierta, casos que desde luego se encuentran entre las más raras excepciones, hay que aceptar con tanto más certeza una diferencia en las consecuencias que una misma victoria puede provocar según sea el carácter del pueblo o Estado vencido.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CONTINUACIÓN

El uso de la batalla

Sea cual sea la dirección de la guerra en cada caso, y lo que de ella tengamos que reconocer como necesario en lo sucesivo, sólo podemos recordar el concepto de guerra para decir con convicción lo siguiente:

1. La aniquilación de la fuerza enemiga es el principio básico de la misma y, para todo el ámbito de la acción positiva, el principal camino hacia la meta.
2. Esa aniquilación de la fuerza enemiga sólo tiene lugar *principalmente* en el combate.
3. Sólo los combates grandes y generales arrojan grandes éxitos.
4. Cuando más grandes son los éxitos es cuando los combates se reúnen en una gran batalla.
5. Sólo en una batalla principal el general dirige la obra con sus propias manos, y está en la naturaleza de las cosas que prefiera confiarla a las suyas.

De esas verdades se desprende una doble ley, cuyas partes se sustentan mutuamente: a saber, que la aniquilación de la fuerza enemiga debe buscarse ante todo en las grandes batallas y sus éxitos, y que la finalidad principal de las grandes batallas tiene que ser la aniquilación de la fuerza enemiga.

Desde luego, el principio de aniquilación también se encuentra más o menos en otros medios, desde luego hay casos en los que una mejora de las circunstancias de un pequeño combate puede aniquilar una desproporcionada cantidad de fuerzas enemigas (Maxen); por otro lado, a menudo en una batalla principal la ganancia o el mantenimiento de un puesto puede ser un objetivo muy importante, pero en general sigue siendo cierto que las batallas principales sólo se dan para aniquilar a la fuerza enemiga, y que esa aniquilación sólo se produce mediante la batalla principal.

De ahí que la batalla principal deba considerarse como la guerra concentrada, como el centro de gravedad de toda la guerra o campaña. Lo mismo que los rayos del sol se unen en el centro del espejo ustorio en una imagen completa y en el máximo ardor, las fuerzas y circunstancias de la guerra se reúnen en la batalla principal en un máximo y concentrado efecto.

La concentración de las fuerzas en un gran todo, que más o menos tiene lugar en todas las guerras, indica ya la intención de dar con ese todo un golpe principal, bien voluntariamente, como el agresor, bien movido por el otro, como el defensor. Donde no se produce ese golpe principal, es porque al motivo originario de la enemistad se le han unido otros moderadores o contenedores y han debilitado, modificado o frenado por completo el movimiento. Pero incluso en ese estado de inacción mutua, que ha marcado el tono en tantas guerras, la idea de la posible batalla principal sigue siendo siempre un punto de orientación para ambas partes, un punto candente muy alejado para la construcción de sus caminos. Cuanto más se convierte la guerra en verdadera guerra, cuanto más se convierte en liquidación del enemigo, en odio, en mutua superación, tanto más se reúne toda la actividad en sangrienta lucha, y con tanto más fuerza se destaca la batalla principal.

Allá donde el objetivo es un gran fin, positivo, es decir, que penetra profundamente en el interés del adversario, la batalla principal se ofrece como el medio más natural; por eso es también el mejor, como mostraremos con más detalle aún en lo sucesivo, y por regla general suele costar caro rehuirlo por miedo a la gran decisión.

La finalidad positiva pertenece al atacante, y así la batalla principal es también preferentemente su medio. Pero, sin poder precisar más aquí los conceptos de ataque y defensa, sí tenemos que decir que incluso el defensor sólo tiene, en la mayoría de los casos, este medio eficaz para responder con él, antes o después, a las necesidades de su situación, para resolver sus tareas.

La batalla principal es la vía más sangrienta de solución; sin duda no es una mera matanza mutua, y su efecto es más matar el valor enemigo que al guerrero enemigo, como veremos con más detalle en el próximo capítulo, sólo que la sangre siempre es su precio y la matanza tanto su carácter como su nombre; ante ello se estremece el ser humano que hay en el general.

Pero aún tiembla más el espíritu humano ente la idea de la decisión dada con un solo golpe. Toda la acción se concentra *en un punto* del espacio y del tiempo, y en tales momentos se agita en nosotros una oscura sensación, como si nuestras fuerzas no pudieran desarrollarse y actuar en ese estrecho espacio, como si con el mero paso del tiempo ya hubieran ganado mucho, aunque ese tiempo no nos debe nada. Es un mero espejismo, pero también como espejismo es algo, y precisamente esa debilidad que acomete al ser humano ante cualquier otra gran decisión puede agitarse con más fuerza en el general cuando ha de poner en equilibrio sobre un punto un objeto de tan enorme peso.

Así, los gobiernos y generales de todos los tiempos siempre han buscado vías para eludir la batalla decisiva, bien para alcanzar su objetivo sin ella, o para dejarlo caer sin ser vistos. Los historiadores y teóricos se han esforzado luego en hallar en esas campañas y guerras por cualquier otra vía no sólo el equivalente de la batalla decisiva evitada, sino incluso un arte superior. De este modo, en nuestra época hemos estado cerca de ver en la economía de la guerra la batalla principal como un mal que se ha vuelto necesario debido a errores, como una manifestación enfermiza, a la que una guerra ordenada y cautelosa jamás debería conducir; sólo deberían merecer laureles aquellos generales que supieran hacer la guerra sin derramamiento de sangre, y la teoría de la guerra, un auténtico camino para brahmanes, debería estar expresamente destinada a enseñar tal cosa.

La Historia contemporánea ha destruido esa locura, pero nadie puede asegurar que no regrese aquí y allá, por más o menos tiempo, y atraiga a los dirigentes de los asuntos hacia esas falsedades que gustan a la debilidad, y que por tanto están más próximas a los hombres. Quizá dentro de un tiempo las campañas y batallas de Bonaparte se consideren brutalidades y seminecedades, y se vuelva a mirar con complacencia y confianza hacia las espadas de ceremonia de las envejecidas y arrugadas disposiciones y maneras. Si la teoría puede advertir contra esto, habrá hecho un gran servicio a aquellos que presten oídos a su advertencia. Ojalá lográsemos tender la mano a aquellos que en nuestra querida patria están llamados a tener una opinión influyente acerca de estas cosas, para servirles de guía en este terreno e intimarles a hacer un análisis honesto de las cosas.

No sólo el concepto de la guerra nos conduce a buscar una gran decisión sólo en una gran batalla, sino también la experiencia. Desde siempre, sólo las grandes victorias han llevado a grandes éxitos, en el atacante desde luego, en el defensor más o menos. Incluso Bonaparte no habría vivido la victoria de Ulm, única en su género, si hubiera temido al derramamiento de sangre; más bien ha de contemplarse como una segunda cosecha de las victorias de sus anteriores campañas. No son sólo los generales audaces, los osados, los obstinados, los que han tratado de culminar su obra con la gran audacia de las batallas decisivas, sino los afortunados en general; y de estos podemos esperar la respuesta a una pregunta tan amplia.

No queremos saber nada de generales que vencen sin sangre humana. Si las batallas sangrientas son un espantoso espectáculo, eso sólo debe ser motivo para respetar más la guerra, pero no para volver romas poco a poco, por humanidad, las espadas que se esgrimen, hasta que de pronto venga alguien con una afilada y nos separe los brazos del cuerpo.

Contemplamos una gran batalla como una decisión principal, pero por supuesto no como la única que sería necesaria para una guerra o campaña. Sólo en los últimos tiempos han sido frecuentes los casos en los que una gran batalla ha decidido toda una campaña; aquellos en los que deciden toda una guerra se encuentran entre las más raras excepciones.

Naturalmente, la decisión causada por una gran batalla no depende sólo de ella misma, es decir, de la masa de fuerzas concentradas en ella y de la intensidad de la victoria, sino también de otra multitud de circunstancias del respectivo poder militar y de los Estados a los que pertenece. Sólo en tanto que la masa principal de la fuerza disponible es conducida a un gran enfrentamiento se introduce también una decisión principal, cuyo alcance se puede sin duda prever en algunos sentidos, pero no en todos, y que, aunque no la única, sí es la *primera* decisión y mantiene una influencia sobre la siguiente. Por eso la batalla que se tiene intención de librar ha de ser considerada, más o menos según sus circunstancias, pero siempre en cierto grado, como el transitorio punto central y centro de gravedad de todo el sistema, Cuanto más se revista el general del verdadero espíritu tanto de la guerra como de toda lucha, con el sentimiento y la idea, es decir, con la conciencia, de que tiene que abatir a su adversario y lo abatirá, tanto más pondrá todo en la balanza de la

primera batalla y esperará y aspirará a obtenerlo todo en ella. Es difícil imaginar que Bonaparte partiera hacia ninguna de sus guerras sin el pensamiento de derrotar a su adversario en la primera batalla; y Federico el Grande, en situaciones más reducidas y crisis más limitadas, pensaba lo mismo cuando, a la cabeza de un pequeño ejército, quería desahogarse la retaguardia contra los rusos o el ejército imperial.

La decisión que da la batalla principal depende en parte de ella misma, hemos dicho, es decir, de la cantidad de fuerzas con las que se libre, y de la magnitud del éxito.

Está claro cómo puede el general aumentar su importancia en relación al primer punto, y sólo nos detendremos en la observación de que con el alcance de la batalla principal crece la cantidad de casos que se ven codecididos por ella, y que por eso los generales que, con confianza en sí mismos, amaban las grandes decisiones, siempre han hecho posible emplear la mayor parte de sus fuerzas en ellas sin perder por ello esencialmente otros puntos.

En lo que al éxito o, más exactamente, la intensidad de la victoria se refiere, ésta depende ante todo de cuatro circunstancias:

1. De la forma táctica en la que se libre la batalla.
2. De la naturaleza del terreno.
3. De la proporción de armas.
4. De la proporción de poder.

Una batalla con frente recto y sin maniobras envolventes raras veces arrojará un éxito tan grande como una en la que el vencido haya sido envuelto, o que haya tenido que librar con un frente más o menos parecido. En un terreno quebrado o montañoso, el éxito también será menor, porque la fuerza del impulso se ve debilitada.

Si el vencido tiene una caballería igual o superior, los efectos de la persecución, y por tanto una gran parte del éxito de la batalla, se pierden.

Por último, es comprensible que una victoria que se alcanza con superioridad arrojará un éxito mayor, si se ha empleado para hacer una maniobra envolvente o modificar el frente, que si el vencedor era más débil que el vencido. Sin duda la batalla de Leuthen podría hacer dudar de la exactitud práctica de este principio, pero permítasenos

decir aquí lo que normalmente no nos gusta decir: *no hay regla sin excepción*.

En todas estas vías tiene pues el general el medio para dar a su batalla un carácter decisivo; desde luego con ellas crecen los peligros a los que se expone, pero toda su acción está sometida a esa ley dinámica del mundo moral.

Así, nada es comparable en importancia a la batalla principal en la guerra, y la suprema sabiduría de la estrategia se manifiesta en la adquisición de los medios para ella, en su hábil determinación por lugar, tiempo y orientación de las fuerzas y en la utilización de su éxito.

Pero de la importancia de esos objetos no se desprende que sean de naturaleza muy enmarañada y oculta, más bien todo es muy sencillo, el arte de la combinación muy pequeño, pero grande la necesidad de agudo juicio de las manifestaciones, de energía, de firme consecuencia, de juvenil espíritu emprendedor: cualidades heroicas, a las que aún tendremos que acudir con frecuencia. Así pues, se necesita poco de lo que se puede aprender en los libros y mucho de lo que, cuando puede ser enseñado, tiene que llegar al general por un camino distinto de las letras.

El impulso de la batalla principal, el movimiento libre y seguro hacia ella, tiene que partir del sentimiento de la propia fuerza y de la clara conciencia de la necesidad, en otras palabras: del valor innato y de la mirada aguzada por las grandes circunstancias de la vida.

Los grandes ejemplos son los mejores maestros, pero desde luego es malo que una nube de prejuicios teóricos se instale entre ellos, porque hasta la luz del sol se fracciona y tiñe al pasar por las nubes. Destruir tales prejuicios, que en alguna época se forman y difunden como un miasma, es una obligación apremiante de la teoría, porque lo que el entendimiento humano engendra erróneamente también el mero entendimiento puede aniquilarlo.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

MEDIOS ESTRATÉGICOS PARA APROVECHAR LA VICTORIA

Lo más difícil, preparar la victoria en lo posible, es un silencioso mérito de la estrategia, y por eso apenas es ensalzado. Aparece brillante y glorioso cuando utiliza la victoria alcanzada.

La finalidad especial que pueda tener la batalla, cómo interviene en todo el sistema de la guerra, hasta dónde puede llegar la senda de la victoria dada la naturaleza de las circunstancias, dónde reside su punto culminante, todo eso puede ocuparnos a continuación. Pero para todas las circunstancias imaginables sigue siendo cierto que sin persecución ninguna victoria puede tener gran efecto, y que, por corta que sea la senda de la victoria, siempre tiene que llevar más allá de los primeros pasos de la persecución y, para no volver a decir esto a cada paso, vamos a demorarnos un instante en esta necesaria añadidura de la victoria en general.

La persecución de un adversario vencido empieza en el momento en que éste, abandonando el combate, cede su lugar; todos los movimientos, idas y venidas anteriores, no pueden incluirse dentro de ella, sino que pertenecen a la evolución de la batalla misma. Normalmente en el instante que aquí señalamos la victoria, aunque indudable, es aún muy pequeña y débil, y no daría muchas ventajas positivas en la serie de los acontecimientos si no se viera completada por la persecución del primer día. Entonces es cuando suelen cosecharse, como hemos dicho, los trofeos que encarnan la victoria. Vamos a empezar hablando de esa persecución.

Normalmente, ambas partes llegan a la batalla con unas fuerzas físicas muy debilitadas, porque los movimientos que la preceden inmediatamente suelen tener el carácter de circunstancias apremiantes. Los esfuerzos que cuesta disputar una larga lucha culminan el agotamiento; a esto se añade que la parte victoriosa no está menos revuelta y salida de su orden originario que la vencida, y que por tanto tiene la necesidad de ordenarse, reunir a los dispersos,

proveer de nueva munición a los que la han agotado. Todas estas circunstancias ponen al propio vencedor en un estado de crisis del que ya hemos hablado. Si el vencido es sólo una parte subordinada que puede ser acogida por otra o puede esperar cualesquiera refuerzos importantes, el vencedor puede hallarse fácilmente en evidente peligro de perder su victoria, y en ese caso esta consideración pone pronto fin a la persecución, o al menos la embrida con fuerza. Pero incluso allá donde no hay que temer un refuerzo digno de mención para los vencidos, el vencedor encuentra en las circunstancias arriba indicadas un fuerte contrapeso a su velocidad en la persecución. Sin duda no cabe temer que le arrebaten la victoria, pero siguen siendo posibles combates perjudiciales que pueden debilitar las ventajas alcanzadas hasta entonces. Además, todo el peso del ser humano sensorial, con sus necesidades y debilidades, pesa sobre la voluntad del general. Los millares que están bajo sus órdenes tienen necesidad de descanso y fortalecimiento, tienen el deseo de cerrar por el momento las barreras del peligro y el trabajo; sólo unos pocos, a los que se puede considerar excepción, ven y sienten más allá del momento presente, sólo en esos pocos sigue quedando el suficiente margen de valor como para pensar, una vez hecho lo necesario, en aquellos éxitos que en ese momento aparecen como un mero adorno de la victoria, como un lujo del triunfo. Pero todos esos miles tienen voz en el consejo del general, porque a través de todos los escalones de la pirámide de dirigentes estos intereses tienen su segura escala hacia el corazón del general. El mismo está más o menos debilitado en su actividad interior por el esfuerzo físico y psíquico, y así ocurre que la mayoría de las veces, por esa razón puramente humana, ocurre menos de lo que podría ocurrir, y que lo que ocurre sólo depende de la *sed de fama,* de la *energía* y sin duda también de la *dureza* del comandante en jefe. Sólo así se puede explicar la forma titubeante con la que vemos a muchos generales perseguir la victoria que les ha dado la preponderancia. Vamos a limitar la primera persecución de la victoria en su conjunto al primer día, y en todo caso la noche anexa, porque más allá de ese segmento la necesidad del propio descanso impone detención en todo caso.

Esa primera persecución tiene distintos grados naturales.

El primero es el que se lleva a efecto con simple caballería; en ese caso, en el fondo es más un ahuyentar y observar que una

verdadera presión, porque por regla general basta con el más mínimo fragmento de terreno para detener al perseguidor. Por mucho que la caballería ataque al grupo aislado de una tropa conmocionada y debilitada, siempre seguirá siendo el arma auxiliar contra el conjunto, porque el que se retira puede emplear sus reservas frescas para cubrir su retirada y resistir con éxito en el siguiente trozo de terreno insignificante mediante el empleo conjunto de todas las armas. La única excepción a esto será un ejército que se encuentre en verdadera fuga y total disolución.

El segundo grado se da cuando la persecución es llevada cabo por una fuerte vanguardia de todas las armas, entre las que, naturalmente, se encuentra la mayor parte de la caballería. Semejante persecución empuja al adversario hasta el siguiente punto fuerte de su retaguardia o hasta la siguiente posición de su ejército. Normalmente no se encuentra oportunidad para ambas cosas, así que la persecución continúa; pero la mayoría de las veces no supera la extensión de una, como mucho dos horas, porque más allá la vanguardia no se cree suficientemente apoyada.

El tercero y más fuerte grado se da cuando el propio ejército victorioso sigue avanzando mientras le alcanzan las fuerzas. En este caso, el vencido abandona la mayoría de las posiciones que el terreno le ofrece ante la mera intención de un ataque o rodeo[50], y la retaguardia se involucra aún menos en una terca resistencia.

En los tres casos, normalmente la noche le pone fin, cuando se avecina antes de concluir todo el acto, y los pocos casos en los que no es así y la persecución continúa durante la noche tienen que ser considerados un grado especialmente reforzado de la misma.

Si se piensa que en los combates nocturnos todo queda más o menos en manos del azar, y que el final de una batalla perturba de todos modos la cohesión ordenada y el devenir del asunto, se entenderá el temor que los dos generales tienen a proseguir con su asunto en medio de la oscuridad de la noche. Si una total disolución del ejército vencido o una rara superioridad en virtud bélica del vencedor no aseguran el éxito, todo quedaría bastante en manos del destino, lo que no puede ir en interés de ningún general, ni del más osado. Normalmente pues la noche pone fin a la persecución, incluso allá donde la batalla se ha decidido poco antes de empezar. Permite al vencido, o bien directamente un acto de reposo y concentración o, si continúa la retirada durante la noche, la ventaja en ella. Pasado

este momento, el vencido vuelve a encontrarse en un estado considerablemente mejor. Mucho de lo que se había perdido y confundido ha vuelto a encontrarse, la munición ha sido renovada, el conjunto ha quedado formado en un nuevo orden. Lo que ahora tiene que afrontar contra el vencedor es un nuevo combate, no la prolongación del viejo, y aunque esté lejos de permitir un resultado absolutamente bueno, es una nueva lucha y no tan sólo la recogida de las ruinas por parte del vencedor.

En los casos pues en los que el vencedor pudiera continuar la persecución incluso a través de la noche, aunque sólo fuera con una fuerte vanguardia formada a base de todas las armas, el efecto de la victoria se verá extraordinariamente reforzado, de lo que son ejemplos las batallas de Leuthen y Waterloo.

La entera actividad de esa persecución es en el fondo táctica, y sólo nos detenemos en ella para ser aún más conscientes de la diferencia que aporta al efecto de la victoria.

Esta primera persecución hasta la próxima posición es un derecho de todo vencedor, y apenas depende de sus ulteriores planes y circunstancias. Éstas pueden disminuir mucho los éxitos positivos de una victoria con el poder principal, pero no pueden hacer imposible *esta primera* utilización de la misma, o por lo menos los casos de ese tipo que se pudieran pensar serían de tal rareza que no podrían tener influencia perceptible sobre la teoría. Y es en este punto donde hay que decir que el ejemplo de las últimas guerras ha abierto un campo de energías completamente nuevo. En las guerras anteriores, apoyadas en un fundamento más estrecho, circunscritas a unos límites más angostos, surgió, como en muchos otros puntos, y especialmente también en éste, una innecesaria restricción convencional. *El concepto, el honor* de la victoria les parecía lo principal a los generales, hasta tal punto que pensaban menos en la aniquilación propiamente dicha de la fuerza enemiga, como si esa aniquilación no fuera para ellos sino uno de los muchos medios de la guerra, ni siquiera el principal, y no digamos el único. Por tanto, envainaban la espada en cuanto el adversario había bajado la suya. Nada les parecía más natural que suspender la lucha en cuanto se había producido la decisión, y todo ulterior derramamiento de sangre les parecía de una inútil crueldad. Aunque esta errónea filosofía no representara toda la decisión, sí daba el punto de vista bajo el que las ideas del agotamiento de todas las fuerzas y la

imposibilidad física de proseguir la lucha tenían fácil acceso y fuerte peso. Desde luego, cuidar el propio instrumento de la victoria parece evidente cuando sólo se posee uno y se prevé que pronto llegará un momento en el que de todos modos no alcanzará para todo lo que hay que hacer, como suele ocurrir con todo avance ofensivo. Sólo que este cálculo era erróneo en tanto que evidentemente la ulterior pérdida de fuerzas armadas que se podía sufrir en la persecución no guardaba proporción alguna con la enemiga. Esa consideración sólo podía darse en tanto que no se consideraba la fuerza armada la cuestión principal. Así hallamos que en las guerras antiguas sólo los verdaderos héroes, como Carlos XII, Marlborough, Eugenio, Federico el Grande, añadieron a sus victorias una fuerte persecución, aunque fueran por sí mismas decisivas, y los otros generales se conformaron por regla general con la posesión del campo de batalla. En los últimos tiempos, la mayor energía que la guerra ha recibido, debido a las circunstancias más grandes de las que surge, ha destrozado esas barreras convencionales; la persecución se ha convertido en una cuestión principal para el vencedor y por eso los trofeos han aumentado mucho su volumen, y aunque también en las últimas batallas se ven casos en que no es así, se trata de excepciones siempre motivadas por especiales circunstancias.

En Görschen y Bautzen, sólo la superioridad de la caballería aliada evitó una completa derrota; en Grossbeeren y Dennewitz fue la desgana del príncipe heredero de Suecia, en Laon el débil estado personal del viejo Blücher.

Pero también Borodino es un ejemplo adecuado, y no podemos evitar decir unas cuantas palabras más al respecto, en parte porque no creemos que la cosa quede despachada con la simple censura a Bonaparte, en parte porque podría parecer que éste —y con él gran número de casos parecidos— se encontrara entre aquellos que hemos considerado extremadamente raros, en los que las circunstancias generales atrapan y encadenan al general desde el mismo final de su batalla. Concretamente, escritores franceses y grandes admiradores de Bonaparte (Vaudoncourt, Chambray, Ségur) le han reprochado con decisión no haber expulsado por entero al ejército ruso del campo de batalla y haber empleado sus últimas fuerzas en destruirlo, porque de haberlo hecho lo que ahora es una mera batalla perdida habría sido una completa derrota. Nos llevaría demasiado lejos presentar aquí en detalle la situación de ambos ejércitos, pero está

claro que Bonaparte, cuando cruzó el Njemen, tenía 300.000 hombres en aquel cuerpo que en lo sucesivo libró la batalla de Borodino, de los que sólo quedaron 120.000, y bien podía tener la preocupación de que no le quedaran los suficientes para poder marchar sobre Moscú, que era el punto en el que todo parecía confluir. Una victoria como la que logró le daba la certeza de la toma de esa capital, porque parecía muy improbable que los rusos pudieran dar una segunda batalla en el plazo de ocho días; pero en Moscú esperaba encontrar la paz. Desde luego, un ejército ruso destrozado le habría hecho mucho más cierta esa paz, pero la primera condición seguía siendo llegar, es decir, llegar con un poder con el que apareciera como señor ante la capital, y a través de ella ante el imperio y el Gobierno. Lo que llevó a Moscú ya no bastaba para eso, como se demostró a continuación, y aún habría bastado menos si para destruir el ejército ruso hubiera destruido también el suyo, y Bonaparte lo sentía todo el tiempo, y aparece completamente justificado a nuestros ojos. Pero no por eso este caso se cuenta entre aquellos en los que el general no puede hacer una primera persecución de su victoria debido a las circunstancias generales. La victoria quedó decidida a las 4 de la tarde, pero los rusos aún conservaban la gran mayoría del campo de batalla, y no querían despejarlo, sino que de renovarse el ataque habrían ofrecido una terca resistencia, que sin duda habría terminado con su total derrota, pero habría costado aún mucha sangre a su adversario. Hay que incluir pues la batalla de Borodino entre aquellas que, como la de Bautzen, *no se libraron hasta el final*. En Bautzen fue el vencido el que prefirió abandonar antes el campo de batalla; en Borodino el vencedor el que prefirió conformarse con una victoria a medias, no porque la decisión le pareciera dudosa, sino porque no era lo bastante rico como para pagarla entera.

Si volvemos a nuestro objeto, el resultado de nuestras consideraciones que se desprende en relación a la primera persecución es que la energía con la que se produce determina el valor de la victoria, que esta persecución es un segundo acto de la victoria, en muchos casos incluso más importante que el primero, y que la estrategia, al acercarse aquí a la táctica para recibir de ella la obra completa, hace que el primer acto de su autoridad sea exigir que se complete esa victoria.

Pero son los menos los casos en los que la eficacia de la victoria se detiene en esta primera persecución, y sólo empieza la verdadera senda a la que la victoria da alas. Esa senda está condicionada, como ya hemos dicho, por las demás circunstancias, de las que no vamos a hablar aquí. Pero sí podemos acoger aquí la de la persecución, que tiene un carácter general, para no repetirnos en todos los asuntos en que podría aparecer.

En la ulterior persecución se pueden distinguir tres grados: el mero avance, la verdadera presión y una marcha paralela para cortar el paso.

El mero avance motiva la continuación de la retirada del enemigo hasta que cree poder volver a ofrecernos batalla; bastará pues con agotar los efectos de la preponderancia alcanzada, y además pondrá en nuestras manos todo lo que el vencido no puede llevar consiguió: heridos, enfermos, agotados, impedimenta y vehículos de todo tipo. Pero ese mero seguimiento no eleva el estado de disolución del adversario que provocan los dos grados siguientes.

Porque, si en vez de conformarnos con seguir al enemigo a su viejo campo y tomar del terreno tanto como quiera dejarnos, tomamos nuestras disposiciones de tal modo que exijamos siempre algo más de él, es decir, que ataquemos con nuestra vanguardia su retaguardia en cuanto quiera tomar posiciones, esto acelerará el movimiento del enemigo y provocará su disolución. Pero, sobre todo, esta última será provocada por el carácter de incansable fuga que tomará su retirada. Nada causa un efecto tan adverso en el soldado como que, en el momento en que quiere entregarse al descanso después de una marcha agotadora, el cañón enemigo vuelva a dejarse oír; si esta impresión se repite diariamente durante un tiempo, puede conducir al terror pánico. Esa impresión causa el continuo reconocimiento de tener que obedecer la ley del adversario y no ser capaz de ofrecer resistencia alguna, y esa conciencia no puede sino debilitar en alto grado la fuerza moral del ejército. La eficacia de esta presión será suprema cuando con ella se fuerce al adversario a realizar marchas nocturnas. Si al caer el sol se ahuyenta al vencido del campo que ha escogido, ya sea para el ejército o para la retaguardia, el vencido tendrá que acometer una marcha nocturna en toda regla, o al menos cambiar y desplazar su posición durante la noche, lo que viene a ser lo mismo; en cambio el vencedor puede pasar la noche tranquilo.

La disposición de las marchas y la elección de las posiciones dependen también en este caso de muchas otras cosas, especialmente de la manutención, de las fuertes desigualdades del terreno, de las grandes ciudades, etc., de forma que sería una ridícula pedantería mostrar mediante una explicación geométrica cómo el perseguidor, imponiendo su ley al que se retira, puede forzar a éste a marchar de noche mientras él descansa. Pero no por ello es menos cierto y aplicable que las disposiciones de la persecución pueden tener esa tendencia y que aumentan mucho su eficacia. Si esto raras veces se tiene en cuenta en la ejecución de las mismas, se debe a que tal procedimiento es más difícil, también para el ejército perseguidor, que una observancia regular de las paradas y de las horas del día. Partir por la mañana con buen tiempo para acampar a mediodía, dejar el resto del día para satisfacer las necesidades y emplear la noche para descansar es un método mucho más cómodo que adaptar los movimientos exactamente a los del adversario, determinar en el último momento si se va a partir por la mañana o por la tarde, encontrarse cada vez más horas a la vista del enemigo, intercambiar cañonazos con él, sostener escaramuzas, ordenar maniobras envolventes... en pocas palabras: hacer todo el gasto de medidas tácticas que se hacen necesarias. Naturalmente, esto tiene un peso importante sobre el ejército perseguidor, y en la guerra, que tiene tantas cargas, la gente siempre se muestra inclinada a librarse de aquellas que no parecen necesarias en ese momento. Estas consideraciones siguen siendo ciertas ya se apliquen a todo el ejército o, como suele ocurrir, a una fuerte vanguardia. Por los motivos que acabamos de mencionar, esa persecución de segundo grado, ese constante apremio del vencido, se dará raras veces. Incluso Bonaparte, en su campaña rusa de 1812, hizo poco, por el muy evidente motivo de que las dificultades y trabajos de esta campaña amenazaban ya con el total extermino a su ejército antes de haber llegado a su meta; en cambio, en sus otras campañas los franceses se distinguieron por su energía también en este punto.

El tercero y más eficaz grado de persecución es, por fin, la marcha paralela hacia el próximo destino de la retirada.

Naturalmente, todo ejército vencido tendrá detrás de sí, más cerca o más lejos, un punto que al principio le importa mucho alcanzar; ya sea porque su ulterior retirada pueda verse en peligro, como ocurre en el caso de los pasos estrechos, o porque para el punto

mismo sea importante llegar a él antes que el enemigo, como ocurre en el caso de las capitales, almacenes, etc., o, en fin, que el ejército pueda recobrar en ese punto capacidad de resistencia, como en el caso de plazas fuertes, reunión con otro cuerpo, etc.

Si el vencedor dirige su marcha hacia ese punto por un camino secundario, está claro que la retirada del vencido puede acelerarse de manera funesta y convertirse en carrera, y finalmente en fuga. El vencido sólo tiene tres formas de salir al paso de esto. La primera sería lanzarse contra el enemigo y procurarse con un inesperado ataque la probabilidad del éxito que en general, por su situación, tiene que escapársele; esto presupone, evidentemente, un general audaz y emprendedor y un magnífico ejército, que estuviera vencido, pero no enteramente derrotado; así que podrá ser empleada por el vencido en los menos de los casos.

La segunda forma es acelerar la retirada. Pero esto es precisamente lo que el vencedor quiere, y conduce fácilmente a un desmesurado esfuerzo de las tropas, a las que se causan enormes pérdidas entre grupos de rezagados, cañones rotos y vehículos de todo tipo.

La tercera forma es tomar un desvío para eludir el próximo punto de intersección y marchar con menos esfuerzo a mayor distancia del enemigo, haciendo así la prisa menos dañina. Esta última forma es la peor, porque normalmente ha de considerarse como un nuevo préstamo a un deudor incapaz de pagar, y conduce a un apuro aún mayor. Sin duda hay casos en que es aconsejable, otros en los que es el único camino que queda, hay ejemplos en los que ha salido bien, pero en general sin duda es cierto que en esta forma suele incidir no tanto la clara convicción de alcanzar con más seguridad la meta que otro motivo menos confesable. Este motivo es el miedo a enfrentarse al enemigo. Ay del general que se entregue a él. Por mucho que pueda haber sufrido la fuerza moral del ejército, y por justificada que pueda ser la preocupación de estar en desventaja en cualquier encuentro con el enemigo, el mal no hace sino empeorar con la temerosa evitación de toda posibilidad de encuentro. En el año 1813, Bonaparte no hubiera conseguido cruzar el Rin con los 30 o 40.000 hombres que le quedaban después de la batalla de Hanau si hubiera querido evitar esa batalla y cruzar el Rin por Mannheim o Coblenza. Precisamente los pequeños combates, iniciados y librados con cuidado, y en los que al vencido le queda el auxilio del terreno

porque es el defensor, *precisamente esos combates son los que pueden levantar la fuerza moral del ejército.*

El efecto benéfico del más mínimo éxito es increíble. Pero la mayoría de los generales tienen que superarse a sí mismos para hacer este intento; el otro camino, el de la huida, parece al principio tan fácil que la mayor parte de las veces es el preferido. Por regla general, es precisamente esa evitación del combate la que más favorece la intención del vencedor, y termina a menudo con la ruina total del vencido. Pero tenemos que recordar a este respecto que estamos hablando de todo el ejército y no de una sección concreta que, cortada, trata de volver con el resto dando un rodeo; en esta las circunstancias son distintas, y el éxito no es inusual. Pero es condición de esta carrera por alcanzar la meta que una sección del ejército perseguidor siga al perseguido por el camino recto para recoger todo lo que va quedando atrás y no perder la impresión que siempre causa la presencia del enemigo. Blücher dejó de hacer esto en su campaña de persecución desde Waterloo hasta París, por lo demás modélica.

Desde luego esas marchas también debilitan al perseguidor, y no serían aconsejables si el ejército enemigo es recogido por otro considerable, si tiene un magnífico general a la cabeza y su aniquilación no está ya preparada. Pero allá donde sea posible permitirse este medio, actúa como una gran máquina. El ejército vencido sufre desproporcionadas pérdidas debido a los enfermos y agotados, y su espíritu se ve tan debilitado y rebajado por la constante preocupación de estar perdido que al final ya no cabe pensar en una resistencia ordenada; cada día se hacen miles de prisioneros sin dar un solo sablazo. En ese momento de plena felicidad, el vencedor no debe rehuir ninguna división de sus fuerzas para arrastrar al torbellino todo lo que pueda conseguir con su ejército, cortar los grupos destacados, tomar fortalezas desprevenidas, ocupar grandes ciudades, etc. Puede permitírselo todo hasta que se produzca una nueva situación, y cuanto más se permita tanto más tarde se producirá ésta.

En las guerras de Bonaparte no faltan ejemplos de tan brillantes efectos de grandes victorias y grandiosa persecución. Recordaremos tan sólo las batallas de Jena, Regensburg, Leipzig y Waterloo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

RETIRADA DESPUÉS DE UNA BATALLA PERDIDA

En la batalla perdida se quiebra la fuerza del ejército: más aún la moral que la física. Una segunda, sin que entraran en juego nuevas y ventajosas circunstancias, conduciría a la total derrota, quizá a la ruina. Esto es un axioma militar. Conforme a la naturaleza de las cosas, la retirada llega hasta el punto en el que el equilibrio de fuerzas se restablece, ya sea por refuerzos, o por la protección de fortalezas importantes, o por grandes escarpaduras del terreno o por la expansión del poder enemigo. El grado de la pérdida, la magnitud de la derrota acercará o alejará ese momento de equilibrio, pero más aún lo hará el carácter del adversario. ¡Cuántos ejemplos no hay de que el ejército vencido haya vuelto a reponerse a escasa distancia, sin que sus condiciones hayan cambiado en lo más mínimo desde la batalla! La razón está o en la debilidad moral del adversario o en que la preponderancia ganada en la batalla no es lo bastante grande como para llevar a un golpe enérgico.

Para aprovechar esas debilidades o errores del adversario, para no retroceder ni una pulgada más de lo que exige la fuerza de las circunstancias, pero sobre todo para mantener la relación de fuerzas morales en el punto más ventajoso posible, es precisa una retirada más lenta, cada vez más a regañadientes, una oposición audaz y valerosa en cuanto el perseguidor quiere abusar de su ventaja. Las retiradas de los grandes generales y de los ejércitos curtidos en la guerra se asemejan siempre a la muerte de un león herido, y esta es también, indiscutiblemente, la mejor teoría.

Es cierto que a menudo, en los momentos en los que se quiere salir de una situación peligrosa, se han visto emplear ceremonias que han causado un inútil gasto de tiempo y se han vuelto por tanto peligrosas, en vez de salir con rapidez de allí, de lo que en tales casos depende todo. Los generales experimentados consideran muy importante este principio. Pero tales casos no deben confundirse con

la retirada general después de una batalla perdida. Quien crea ganar ventaja con algunas marchas rápidas y conseguir con más facilidad un puesto firme comete un gran error. Los primeros movimientos tienen que ser lo más pequeños posible, y en general el principio tiene que ser no someterse a la ley del enemigo. No se puede seguir este principio sin sangrientos combates con un enemigo que apremia, pero el principio merece el sacrificio. Sin él se entra en un movimiento acelerado que pronto se convierte en desplome y cuesta más personas, en meros rezagados, de lo que habrían costado las batallas de la retaguardia, pero además destruyen los últimos restos de valor.

Una fuerte retaguardia, formada por las mejores tropas, dirigida por el más bravo general y apoyada en los momentos más importantes por todo el ejército, un cuidadoso aprovechamiento del terreno, fuertes emboscadas en cuanto la audacia de la vanguardia enemiga y la región dan ocasión para ello, en resumen: la introducción y planificación de pequeñas batallas en toda regla son los medios para seguir ese principio.

Naturalmente, las dificultades de la retirada son mayores o menores una vez que la batalla se haya librado en condiciones más o menos favorables, y después de haberla sostenido más o menos. Las batallas de Jena y Waterloo muestran cómo salir de una retirada ordenada cuando uno se defiende hasta el último hombre contra un adversario superior.

De vez en cuando se ha aconsejado[51] dividirse para la retirada, es decir, retroceder en grupos separados o hasta de forma excéntrica. Aquella división que se hace por mera comodidad, y en la que sigue siendo posible y sigue siendo la intención dar una batalla común, no entra en consideración aquí; cualquier otra es altamente peligrosa, va en contra de la naturaleza de las cosas y es por tanto un gran error. Toda batalla perdida es un principio debilitador y disolvente, y la necesidad más inmediata es concentrarse y volver a hallar en la concentración orden, valor y confianza. La idea de inquietar al enemigo con grupos separados por ambos flancos en el momento en que persigue su victoria es una auténtica anomalía; con eso se podría impresionar a un enemigo que fuera un temeroso pedante, y puede funcionar, pero cuando no se está seguro de tal debilidad del adversario hay que dejarlo estar. Si el comportamiento estratégico después de la batalla exige cubrirse a derecha e izquierda por medio

de grupos separados, tendrá que hacerse hasta donde sea imprescindible dadas las circunstancias; pero esa separación tiene que ser contemplada siempre como un mal, y raras veces se estará en condiciones de aceptarla ya al día siguiente de la batalla.

Cuando Federico el Grande retrocedió en tres columnas, después de la batalla de Kolin y de levantar el asedio de Praga, no lo hizo por elección, sino porque la posición de sus fuerzas y la cobertura de Sajonia no permitía otra cosa. Después de la batalla de Brienne, Bonaparte hizo retroceder a Marmont hasta el Aube, mientras él mismo se dirigía hacia Troyes cruzando el Sena; que no le saliera mal se debió tan sólo a que los aliados, en vez de perseguirlo, se separaron también, se dirigieron con una parte (Blücher) hacia el Marne y con la otra (Schwarzenberg), por temor a ser demasiado débiles, avanzaron con mucha lentitud.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

EL COMBATE NOCTURNO

La forma en que se libra y cuáles son las peculiaridades de su desarrollo es objeto de la táctica; aquí lo contemplamos tan sólo en tanto que el conjunto se presenta como un medio peculiar.

En el fondo, todo ataque nocturno es tan sólo un ataque incrementado. A primera vista, parece espléndidamente eficaz, porque uno se imagina al defensor arrollado y al atacante naturalmente preparado para lo que debe ocurrir. ¡Qué desigualdad! La fantasía se pinta por un lado la estampa de la más completa confusión, y por otra al atacante ocupado tan sólo en cosechar los frutos de la misma. De ahí las frecuentes ideas sobre los ataques nocturnos entre aquellos que no tienen nada que dirigir ni nada de lo que hacerse responsables, mientras en realidad se dan con tan poca frecuencia.

Aquellas concepciones se dan siempre bajo el supuesto de que el atacante conoce las medidas del defensor, porque han sido tomadas y proclamadas de antemano y no han podido escapar a sus reconocimientos e indagaciones, y que en cambio las medidas del atacante, que sólo toma en el momento de ejecutarlas, tienen que resultar desconocidas para el adversario. Pero ya esto último no siempre ocurre, y menos aún lo primero. Si no estamos tan cerca del adversario como para tenerlo a la vista, como los austriacos a Federico el Grande antes de la batalla de Hochkirch, lo que sepamos de sus posiciones siempre será muy incompleto, derivará de reconocimientos, patrullas, testimonios de presos y espías, y ya por eso nunca estará muy claro, porque esas noticias siempre son más o menos viejas, y la posición del adversario puede haber cambiado desde entonces. Por otra parte, con la antigua táctica y forma de establecer los campamentos era mucho más fácil indagar la posición del adversario que ahora. Una línea de tiendas de campaña se puede distinguir mucho más fácilmente que un campamento de chozas o incluso un vivac, y un campamento con líneas de frente desarrolladas

y regulares mucho más fácilmente que unas divisiones dispuestas en columnas, como ahora ocurre con frecuencia. Se puede tener del todo a la vista la región en la que una división acampa de ese modo y sin embargo no hacerse una verdadera idea de ella.

Pero la posición, una vez más, no es todo lo que tenemos que saber; las medidas que el defensor toma a lo largo del combate son igual de importantes y no consisten en un mero disparar. También esas medidas hacen los ataques nocturnos en las guerras modernas más difíciles que en las antiguas, porque en las actuales han ganado preponderancia sobre las ya tomadas. En nuestros combates, la posición del defensor es más provisional que definitiva, y por eso en nuestras guerras el defensor puede sorprender más a su adversario con ataques inesperados de lo que podía hacerlo antaño.

Por tanto, lo que el atacante sabe del defensor en los ataques nocturnos raras veces o nunca es suficiente para reemplazar la falta de observación directa.

Por su parte el defensor tiene incluso una pequeña ventaja en que, en el terreno que constituye su posición, se encuentra más en casa que el atacante, lo mismo que el ocupante de una habitación se orienta en la misma, incluso en la oscuridad, con más facilidad que el forastero. Sabe encontrar con más facilidad[52] cada parte de sus fuerzas y por tanto sabe llegar más fácilmente hasta ellas de lo que ocurre con el atacante.

De ello se deriva que en los combates nocturnos el atacante requiere de sus ojos tanto como el defensor, y que por tanto sólo especiales causas pueden determinar a un ataque nocturno.

Estas causas afectan en la mayoría de los casos a partes subordinadas del ejército, raras veces al ejército mismo, de donde se desprende que el ataque nocturno, también en general, sólo puede darse en combates subordinados y raramente en grandes batallas.

Podemos atacar con gran superioridad a una parte subordinada del ejército enemigo, envolverla para suprimirla por completo o bien causarle grandes pérdidas en un combate desventajoso, suponiendo que el resto de las circunstancias sean favorables. Pero semejante intención nunca puede llevarse a cabo sin gran sorpresa, porque ninguna parte subordinada del ejército enemigo se dejaría arrastrar a un combate tan desventajoso, sino que lo rehuiría. Sin embargo, con pocas excepciones de zonas muy quebradas, un alto grado de sorpresa sólo puede alcanzarse de noche. Así que si queremos sacar

tal ventaja a la errónea disposición de una fuerza enemiga subordinada tenemos que servirnos de la noche, por lo menos llevar a cabo las disposiciones transitorias necesarias, aunque el combate mismo no vaya a empezar hasta el amanecer. Así surgen por tanto todas las pequeñas empresas nocturnas contra puestos avanzados y otros grupos menores, cuyo efecto consiste siempre en involucrar insospechadamente al enemigo, mediante superioridad y envolvimiento, en un combate tan desventajoso como para que no pueda salir de él sin grandes pérdidas.

Cuanto mayor es el cuerpo atacado, tanto más difícil es la empresa, porque un cuerpo más fuerte tiene más recursos internos para defenderse por un tiempo hacia atrás hasta que recibe ayuda.

Por ese motivo, en los casos normales el propio ejército enemigo no puede ser objeto de un ataque así; porque aunque no pueda esperar ayuda exterior, tiene en sí recursos suficientes contra un ataque por varios flancos, sobre todo en nuestro tiempo, cuando todo el mundo está preparado desde su casa para una forma tan habitual de ataque. Que el enemigo pueda atacarnos con éxito por varios flancos depende normalmente de condiciones completamente distintas que el que lo haga de forma insospechada; sin entrar aquí en esas condiciones, nos quedaremos en que la maniobra envolvente implica grandes éxitos, pero también grandes riesgos, y que por tanto, aparte de las circunstancias individuales, sólo una gran superioridad como la que podemos aplicar contra una parte subordinada del ejército enemigo la justifica.

Pero rodear y envolver a un pequeño cuerpo enemigo, y en medio de la oscuridad de la noche, es hacedero también porque lo que empleamos, por superior que pueda ser, es probablemente sólo una parte subordinada de nuestro ejército, y se puede apostar antes que el conjunto. Además, normalmente una parte mayor o incluso el conjunto le sirve de apoyo y respaldo, lo que a su vez reduce el riesgo de la empresa.

Pero no sólo el riesgo, sino también las dificultades de su ejecución, limitan las empresas nocturnas a partes más pequeñas. Igual que la sorpresa es su verdadero sentido, el sigilo es la principal condición de su ejecución; pero esto es más fácil con un grupo pequeño que con uno grande, y raras veces pueden llevarlo a cabo las columnas de todo un ejército. Por ese motivo tales empresas afectan en la mayoría de los casos a avanzadillas aisladas, y sólo pueden ser

empleadas contra cuerpos mayores cuando estos carecen de avanzadillas suficientes, como Federico el Grande en Hochkirch. En el ejército mismo, este caso se dará menos que en sus partes.

En los últimos tiempos, en que la guerra ha sido practicada con mucha más rapidez y fuerza, ha tenido que darse con más frecuencia que los ejércitos estuvieran acampados muy próximos y sin un fuerte sistema de avanzadas, porque ambas cosas ocurren siempre en las crisis que suelen preceder a una decisión. Sólo que en estos tiempos también la capacidad de respuesta de ambas partes es mayor; en cambio, en las guerras anteriores era frecuente costumbre que los ejércitos ocuparan sus campos, el uno a la vista del otro, aunque no tuvieran más intención que mantenerse mutuamente a raya, y en consecuencia durante largo tiempo. ¡Con cuánta frecuencia ha estado Federico el Grande tan cerca de los austriacos que ambos hubieran podido intercambiar cañonazos!

Sin embargo este método, más prometedor en todo caso que el ataque nocturno, ha sido abandonado en las últimas guerras, y los ejércitos, que ahora, tanto en su manutención como en sus necesidades a la hora de acampar, ya no son cuerpos tan autónomos, tienen necesidad de dejar normalmente un día de marcha entre sí mismos y el enemigo. Si consideramos ahora especialmente el ataque nocturno de un ejército, resulta que sólo raras veces podrá haber motivos suficientes para él, que se pueden resumir en los casos siguientes:

1. Una muy especial imprevisión o audacia del enemigo, que raras veces se da, y que allá donde se da normalmente se ve compensada por una gran preponderancia moral.
2. Un terror pánico en el ejército enemigo, o una tal superioridad de las fuerzas morales en el nuestro que sólo ella basta para defender la postura de la dirección.
3. Abrirse paso a través de un ejército enemigo superior que nos tiene cercados, porque en este caso todo depende de la sorpresa, y la intención del mero escapar permite una reunión mucho mayor de las fuerzas.
4. Por fin, en casos desesperados, en los que nuestras fuerzas guardan tal desproporción con las enemigas que sólo en una audacia extraordinaria vemos la posibilidad de un éxito.

No obstante, en todos estos casos se mantiene la condición de que el ejército enemigo se encuentre a nuestra vista y no esté cubierto por vanguardia alguna.

Por lo demás, la mayoría de los ataques nocturnos se preparan de tal modo que terminan al romper el día, de forma que sólo la aproximación y el primer ataque se producen al amparo de la oscuridad, porque de ese modo el atacante puede utilizar mejor las consecuencias de la confusión en la que precipita al adversario; en cambio los combates que no empiezan hasta romper el día, y en los que la noche sólo es empleada para la aproximación, ya no se cuentan entre los nocturnos.

SEGUNDA PARTE

LIBRO QUINTO

LAS FUERZAS
ARMADAS

CAPÍTULO PRIMERO

SINOPSIS

Vamos a considerar las fuerzas armadas:

1. desde el punto de vista de su fuerza y composición;
2. en su estado al margen del combate;
3. teniendo en cuenta su mantenimiento, y
4. finalmente, en sus relaciones generales con la región y el terreno.

Nos ocuparemos pues en este libro de aquellas relaciones de las fuerzas armadas que sólo han de ser consideradas *como condiciones necesarias de la lucha,* no como la lucha misma. Mantienen una relación e interacción más o menos estrecha con esa lucha y saldrán por tanto en la conversación al hablar de la aplicación de la lucha, pero teníamos que considerarlas cada una por sí, como un todo en su esencia y singularidad.

CAPÍTULO SEGUNDO

EJÉRCITO, TEATRO BÉLICO, CAMPAÑA[53]

La naturaleza del asunto no admite una exacta determinación de estas tres diferentes medidas[54] para el tiempo, el espacio y la masa en la guerra, pero para no ser a veces malentendidos tenemos que tratar de hacer algo más claro el uso lingüístico, al que en la mayoría de los casos nos atenemos gustosos.

1. Teatro bélico

En realidad, se entiende por tal una parte de todo el espacio de la guerra que tiene los flancos cubiertos y por tanto cierta autonomía. Esa cobertura pueden darla fortificaciones, grandes accidentes del terreno, incluso una considerable distancia del resto de la zona de guerra. Una parte así no es un mero fragmento del todo, sino un pequeño todo en sí mismo, que está más o menos en situación de que los cambios que sucedan en el resto del escenario no tengan una influencia directa, sino indirecta sobre él. Si se quiere una característica exacta, podría ser la posibilidad de pensar en un avance en una parte mientras en la otra se retrocede, en una defensa mientras en la otra se procede de manera ofensiva. No podemos trasladar esta nitidez[55] a todo, debe indicar tan sólo el verdadero centro de gravedad.

2. Ejército

Si recurrimos al concepto del teatro bélico, es muy fácil decir lo que es un ejército: aquella masa de combate que se encuentra en un mismo teatro bélico. Sólo que, evidentemente, esto no abarca por entero el uso lingüístico. Blücher y Wellington mandaban en 1815 dos ejércitos, aunque estaban en un mismo teatro bélico. Así que el mando supremo es otra característica del concepto de ejército. Sin embargo, esta característica está muy emparentada con la anterior, porque donde las cosas están bien ordenadas no debería haber más que un mando supremo en un mismo teatro bélico, y el comandante

de un teatro bélico propio nunca debería carecer de un grado apropiado de autonomía.

Sin embargo, la mera fuerza absoluta del ejército decide menos de lo que a primera vista parece a la hora de darle nombre. Porque allá donde varios ejércitos actúan *en un mismo teatro bélico* y bajo un mando supremo común, no llevan ese nombre por su fuerza, sino que lo traen de sus anteriores circunstancias (en 1813 el Ejército de Silesia, el del Norte, etc.), y una gran masa destinada a permanecer en un teatro bélico se dividirá en cuerpos, pero nunca en ejércitos distintos, por lo menos eso iría en contra del uso lingüístico, que parece atenerse firmemente al caso. Por otra parte, sería pedante reclamar el nombre de ejército para cada jefe de partida que habita de manera independiente en una provincia lejana, pero no se puede dejar de mencionar que a nadie le llama la atención que se hable del ejército de la Vendée en las guerras revolucionarias francesas, aunque a menudo no era mucho más fuerte. Así que los conceptos de ejército y teatro bélico irán juntos por regla general y se sustentarán mutuamente.

3. Campaña

Aunque a menudo se llame campaña a los acontecimientos que se producen en todos los teatros bélicos en un año, se ha vuelto más usual y más preciso entender por ella los acontecimientos de *un* teatro bélico. Peor es librarse del concepto anual, ya que la guerra ya no se puede dividir por sí misma en campañas anuales marcadas por determinados y largos cuarteles de invierno. Como los acontecimientos de un teatro bélico se dividen por sí mismos en ciertos segmentos mayores, por ejemplo cuando cesan los efectos directos de una catástrofe más o menos grande y se avivan nuevas complicaciones, esos segmentos naturales han de ser incluidos en la consideración para atribuir a un año (campaña) su cuota completa de acontecimientos. Nadie hará terminar la campaña de 1812 en Memel, donde los ejércitos se encontraban el 1 de enero, ni contará la ulterior retirada de los franceses hasta el otro lado del Elba como incluida en la campaña de 1813, ya que evidentemente es sólo un fragmento de toda la retirada de Moscú.

El hecho de que la constatación de estos conceptos no tenga gran nitidez no es ningún perjuicio, porque no necesitan, como las

definiciones filosóficas, alguna fuente de determinación. Sólo deben servir para dar al lenguaje algo más de claridad y precisión.

CAPÍTULO TERCERO

RELACIÓN DE PODER

Hemos dicho en el capítulo octavo del Libro Tercero qué valor tiene en la estrategia la superioridad en número en el combate y en consecuencia la general superioridad, de donde se desprende la importancia de la relación de poder, acerca de la cual tendremos que hacer algunas consideraciones más precisas.

Si contemplamos sin prejuicios la más reciente Historia bélica, tenemos que confesar que la superioridad en número se vuelve cada día más decisiva; tenemos pues que situar el principio de ser lo más fuerte posible en el combate decisivo un poco más alto de lo que antaño pudiera estar situado.

El valor y espíritu del ejército han multiplicado en todas las épocas las fuerzas físicas, y seguirán haciéndolo; pero tenemos épocas en la Historia en las que una gran superioridad en la disposición y equipamiento de los ejércitos les dio una importante preponderancia moral, y otras en las que tal superioridad residió en su movilidad; luego vinieron nuevos sistemas tácticos, y luego el arte de la guerra se enredó en la aspiración a una utilización artística del terreno, dispuesta conforme a grandes e integrales principios, y en ese terreno aquel general logró arrancar a este otro grandes ventajas aquí y allá; pero esa aspiración misma ha sucumbido, ha tenido que dejar paso a un proceder más natural y más sencillo. Si contemplamos las experiencias de las últimas guerras sin opiniones preconcebidas, tenemos que decirnos que en ellas se ha mostrado poco más de aquellas manifestaciones, tanto en toda la campaña como en los combates decisivos, concretamente en la batalla principal, acerca de la cual recordamos el capítulo segundo del libro anterior.

En nuestros días, los ejércitos son tan similares en armamento, equipo y práctica, que entre el mejor y el peor no existe una diferencia muy notable en estas cosas. La formación en el cuerpo científico aún puede marcar una diferencia visible, pero en la

mayoría de los casos tan sólo conduce a que los unos sean los inventores y primeros introductores de los mejores dispositivos y los otros sus rápidos émulos. Incluso los comandantes inferiores, los jefes de los cuerpos y divisiones, tienen más o menos los mismos métodos y opiniones en lo que concierne a su oficio, de forma que aparte del talento del comandante en jefe, que difícilmente cabe imaginar en una relación constante con la instrucción del pueblo y el ejército, sino que está por entero en manos del azar, sólo la costumbre de la guerra puede marcar una diferencia visible. Cuanto más se dé el equilibrio en todas aquellas cosas, tanto más decisiva será la relación de poder.

El carácter que tienen las actuales batallas es la consecuencia de ese equilibrio. No hay más que mirar sin prejuicios la batalla de Borodino, donde el primer ejército del mundo, el francés, se midió con el ruso, que era el que más alejado podía estar en muchos de sus equipos y en la formación de sus miembros individuales. En toda la batalla no se da un solo rasgo de arte o inteligencia preponderante, es una tranquila medición de fuerzas, y como éstas eran casi iguales, al final no podía seguir nada más que un suave inclinarse de la balanza hacia aquel lado en el que estaban la mayor energía en la dirección y la mayor costumbre bélica del ejército. Elegimos esta batalla como ejemplo porque hubo en ella un equilibrio en número como sólo se encuentra en pocos casos.

No afirmamos que todas las batallas sean así, pero ese es el tono principal de la mayoría.

En una batalla en la que las fuerzas se miden tan lenta y metódicamente, el excedente tiene que dar un éxito mucho más seguro. De hecho, en la más reciente Historia bélica buscaremos en vano batallas en las que se haya vencido sobre un enemigo doble de fuerte, como antaño ocurría a menudo. Bonaparte, el más grande general de los últimos tiempos, siempre supo reunir en sus batallas victoriosas —a excepción de una, Dresde, en 1813— a un ejército superior o al menos no visiblemente inferior, y cuando esto no le fue posible, como en Leipzig, Brienne, Laon y Waterloo, sucumbió.

Pero en la mayor parte de los casos la fuerza absoluta es un dato dado, en el que el general no puede cambiar nada, y la consecuencia de nuestra consideración no puede ser que la guerra sea imposible con un ejército notablemente más débil. La guerra no siempre es una libre decisión de la política, y cuando menos lo es cuando las fuerzas

son muy desiguales; por consiguiente, en la guerra cabe imaginar cualquier relación de poder, y sería una extraña teoría de la guerra la que quisiera renegar allá donde más se le necesitara.

Por tanto, por deseable que la teoría pueda considerar una fuerza armada adecuada, tampoco puede decir de la más inadecuada[56] que es inutilizable. No se pueden establecer límites en este sentido.

Cuanto más débil sea la fuerza, tanto más pequeños tendrán que ser los fines; además cuanto más débil sea la fuerza, tanto menor su duración. Así que el débil tendrá que despejar el campo en estos dos sentidos, si podemos expresarnos así. Los cambios que la medida de fuerzas traiga a la dirección de la guerra sólo podremos decirlos poco a poco, según se den las cosas; basta aquí con haber indicado el punto de vista general; para completarlo, sólo vamos a añadir una cosa:

Cuanto más faltan las fuerzas a alguien arrastrado a una lucha desigual, tanto mayor tiene que volverse, presionado por el peligro, la tensión interior de su energía. Donde ocurre lo contrario, donde en vez de una heroica desesperación se produce una carente de valor, cesa todo arte de la guerra.

Si a aquella energía se une una sabia moderación en los fines marcados, surge ese juego de espléndidos golpes y cautelosa contención que tenemos que admirar en las guerras de Federico el Grande.

En cambio, cuanto menos puedan esa moderación y cautela, tanto más predominante tendrá que hacerse la tensión y energía de las fuerzas. Allá donde la desproporción de poder sea tan grande que ninguna limitación del propio objetivo asegure contra la ruina, o donde la duración previsible del peligro sea tan grande que ni el más ahorrativo empleo de las fuerzas pueda llevar ya hasta la meta, la tensión de las fuerzas deberá concentrarse en un único y desesperado golpe; el apremiado, que ya no puede esperar ayuda de cosas que ninguna le prometen, pondrá toda su última confianza en la superioridad moral que la desesperación da a los valientes, contemplará la suprema osadía como la suprema sabiduría, tenderá la mano a la astucia, aún más osada, y, si no ha de hallar el éxito, hallará en una honrosa ruina el derecho a una futura resurrección.

CAPÍTULO CUARTO

RELACIÓN DE ARMAS

Hablaremos tan sólo de las tres armas principales: la infantería, la caballería y la artillería.

Discúlpese el siguiente análisis, que forma parte más esencial de la táctica, pero nos es preciso para un pensamiento más determinado.

El combate tiene dos componentes esenciales que hay que diferenciar: el principio de aniquilación del fuego y el combate cuerpo a cuerpo o personal. Este último puede ser o ataque o defensa (ataque y defensa han de ser entendidos aquí, donde se habla de elementos, de manera completamente absoluta). La artillería actúa evidentemente sólo a través del principio de aniquilación del fuego, la caballería sólo a través del cuerpo a cuerpo, la infantería de ambos.

En el combate personal, la esencia de la defensa es mantenerse firme, como clavado en el suelo; la esencia del ataque es el movimiento. La caballería carece por entero de la primera cualidad y goza[57] de forma excelente de la última. Así pues, sólo es adecuada para el ataque. La infantería tiene en grado excelente la cualidad de la firmeza, pero no carece por entero de la del movimiento.

De ese reparto de las fuerzas bélicas elementales entre las distintas armas se desprende la superioridad y carácter general de la infantería en comparación con las otras dos armas, dado que es la única que reúne en sí las tres fuerzas elementales. Además, queda claro que la unión de las tres armas en la guerra conduce a un uso más completo de las fuerzas, porque con ella se está en condiciones de reforzar a voluntad el uno o el otro principio, unido de forma invariable en la infantería.

Está claro que en nuestras actuales guerras el principio de aniquilación del fuego es el predominante, sin perjuicio de lo cual está igual de claro que la lucha personal, hombre contra hombre, ha de ser considerada la base verdadera y autónoma[58] del combate. Por eso, un ejército de sólo artillería sería un monstruo; en cambio, un

ejército de sólo caballería sería imaginable, pero tendría una fuerza intensiva muy pequeña. No sólo imaginable, sino también mucho más fuerte, sería un ejército de sólo infantería. Las tres armas tienen pues, en relación con su autonomía, este orden: infantería, caballería, artillería.

Sin embargo, no es así en relación con la importancia de cada una de ellas[59] cuando está en unión con las otras. Dado que el principio de aniquilación es mucho más eficaz que el del movimiento, la completa ausencia de la caballería debilitaría menos a un ejército que la completa ausencia de la artillería.

Un ejército de sólo infantería y artillería se encontraría sin duda en una situación incómoda frente a otro formado por las tres armas, pero si sustituyera lo que le falta en caballería por una cantidad *proporcional* de infantería podría arreglárselas con sus capacidades tácticas, con un proceder un poco distinto. Se encontraría en bastante turbación debido a las avanzadillas, nunca podría perseguir con gran viveza al enemigo batido y su propia retirada iría unida a más trabajos y esfuerzos; pero esas dificultades no bastarían por sí solas para expulsarlo por entero del campo. En cambio, un ejército así representaría un papel muy bueno frente a otro formado por sólo infantería y caballería, y es difícil imaginar cómo podría este último mantener el campo contra las tres armas.

Es evidente que estas consideraciones sobre la importancia de las distintas armas sólo están abstraídas de la generalidad de los casos bélicos, donde un caso se traslada a otro, y no puede por tanto haber intención de aplicar la verdad hallada a cada situación individual de un combate concreto. Un batallón en una avanzadilla o en retirada quizá prefiera tener consigo un escuadrón que un par de cañones. Una masa de caballería y artillería montada que deba perseguir con rapidez o envolver al enemigo en fuga no puede necesitar infantería alguna, etc.

Si resumimos el resultado de estas consideraciones, es el siguiente:

1. La infantería es la más autónoma de las armas.
2. La artillería carece por entero de autonomía.
3. La infantería es la más importante a la hora de unir varias.
4. La caballería es la más prescindible.
5. La unión de las tres arroja la mayor fortaleza.

Si la unión de las tres armas arroja la mayor fortaleza, es natural preguntarse por la mejor proporción absoluta, y esa pregunta es casi imposible de responder.

Si se pudiera comparar el gasto de energías que hace necesario la adquisición y mantenimiento de las distintas armas, y luego lo que cada una aporta en la guerra, habría que llegar a un determinado resultado, que expresara de forma completamente abstracta la mejor proporción. Sólo que esto es poco más que un juego intelectual. Ya el primer miembro de esa proporción es difícil de determinar; hay un factor que no, y son los costes; pero el otro es el valor de la vida humana, que nadie querrá poner en cifras.

También la circunstancia de que cada una de las tres armas se basa sobre una fuerza distinta del Estado —la infantería en la cantidad de personas, la caballería en la cantidad de caballos, la artillería en los recursos económicos disponibles— aporta una razón externa, que veremos predominar con claridad incluso en los grandes contornos históricos de distintos pueblos y épocas.

Así pues, como por otras razones no podemos prescindir del todo de una escala, tenemos que servirnos, en lugar de aquel primer miembro de la proporción, tan sólo del factor que podemos calcular, a saber, los costes económicos. A este respecto indicaremos en general, con una exactitud que nos basta, que según las experiencias habituales un escuadrón de 150 caballos, un batallón de 800 hombres y una batería de 8 cañones de a seis cuestan más o menos lo mismo, en lo que se refiere a costes de equipamiento y mantenimiento.

En lo que se refiere al otro miembro de la proporción, a saber, cuánto aporta cada arma en comparación con las otras, una cantidad determinada aún representará menos. Semejante cálculo sería posible en todo caso si se tratara del mero principio de aniquilación, pero cada arma tiene su propia finalidad, y por tanto su propio círculo de influencia; a su vez, éste no está determinado de tal modo que no pudiera ser más grande o más pequeño, lo que provoca modificaciones en la dirección de la guerra, pero no perjuicios decisivos.

Sin duda se habla con frecuencia de lo que la experiencia enseña al respecto, y se cree encontrar en la Historia bélica motivos suficientes para hacer una afirmación, pero todo el mundo tendría que decirse que eso no son más que formas de hablar que, como no

se refieren a nada primitivo y necesario, no merecen atención dentro de una consideración analítica.

Aunque sin duda se puede pensar una determinada cantidad para la mejor proporción entre las armas, pero esta es una X que no se puede averiguar, un mero juego intelectual, sí se podrá decir qué efectos tendrá que se disponga de una de las armas en gran superioridad o en número muy pequeño en comparación con la misma arma en el ejército enemigo.

La artillería refuerza el principio de aniquilación del fuego, es la más temible de las armas, y su falta debilita mucho la fuerza intensiva del ejército. Por otra parte, es la más inmóvil de las armas, y en consecuencia vuelve más pesado al ejército; además, siempre necesita una tropa para su cobertura, porque no es capaz de llevar a cabo un combate personal; si es demasiado numerosa, de tal modo que las tropas que se le puedan dar para su cobertura no estén en todas partes a la altura de las masas de ataque enemigas, con frecuencia se perderá, y en esto se muestra una nueva desventaja, y es que de las tres armas es la única que el enemigo puede utilizar muy pronto *contra* nosotros en sus partes principales, es decir, pieza y vehículo.

La caballería incrementa el principio del movimiento en un ejército. Si existe en una medida demasiado pequeña, debilita la rápida combustión del elemento bélico en que todo se vuelve más lento (a pie), que todo ha de hacerse de manera más cautelosa; la rica semilla de la victoria ya no se corta con la guadaña, sino con la hoz.

Desde luego, un exceso de caballería nunca puede ser considerado un debilitamiento directo de las fuerzas, una desproporción interior, pero sí como uno indirecto debido a su difícil manutención, y si se piensa que en lugar de 10.000 hombres de caballería en exceso se podrían tener 50.000 de infantería.

Estas peculiaridades, surgidas del predominio de un arma, son tanto más importantes para el arte de la guerra en sentido estricto, porque éste enseña el uso de las fuerzas *existentes,* y con esas fuerzas se atribuye también al general la proporción de las distintas armas, sin que él tenga mucho que establecer en ello.

Si imaginamos pues el carácter de un tipo de guerra modificado por un arma predominante, ello ocurre de la siguiente forma:

Un exceso de artillería tiene que conducir a un carácter más defensivo y pasivo de las empresas; se buscará más la salvación en posiciones fuertes, grandes accidentes del terreno, incluso en posiciones de montaña, para que los obstáculos del suelo asuman la defensa y protección de la numerosa artillería, y sean las fuerzas enemigas las que vengan en busca de su destrucción. La guerra entera se lleva a la práctica en un grave y formal paso de minué.

Viceversa, una carencia de artillería nos permitirá dar preferencia al principio del ataque, al principio activo, al del movimiento. Las marchas, los trabajos, los esfuerzos, se convertirán en singulares armas para nosotros; de este modo la guerra se vuelve múltiple, viva, enrevesada; los grandes acontecimientos cambiados en moneda fraccionaria.

Con una caballería muy numerosa buscaremos las extensas llanuras y amaremos los *grandes* movimientos. A mayor distancia del enemigo, disfrutaremos de mayor descanso y comodidad sin concedérselas a él. Arriesgaremos maniobras envolventes más audaces y movimientos más atrevidos, porque dominaremos el terreno. En tanto las diversiones e invasiones se encuentran entre los verdaderos auxiliares de la guerra, podremos servirnos de ellos con facilidad.

Una decidida falta de caballería disminuye la movilidad del ejército sin fortalecer su principio aniquilador, como hace el exceso de artillería. En ese caso, la cautela y el método son el carácter principal de la guerra. Estar siempre a la vista del enemigo[60] para tenerlo siempre a la vista, no hacer movimientos rápidos, y mucho menos precipitados, por doquier un lento desplazarse de masas bien reunidas, predilección por la defensa y por el terreno escarpado y, cuando hay que atacar, el camino más corto hacia el corazón del ejército enemigo, son las tendencias naturales en este caso.

Estas distintas direcciones que la guerra toma según el predominio del arma raras veces serán tan íntegras y radicales como para marcar sola o preferentemente la dirección de toda la empresa. Que haya que elegir el ataque estratégico o la defensa, este o aquel teatro bélico, una batalla principal o uno de los otros medios de destrucción, se verá determinado por otras circunstancias más esenciales, o al menos es de temer que, si no fuera este el caso, se habría tomado una causa secundaria por la principal. Pero aunque así sea, cuando las cuestiones principales han quedado ya decididas

por otras razones sigue quedando un cierto margen para la influencia del arma predominante, porque se puede ser cauteloso y metódico en el ataque, audaz y emprendedor en la defensa, etc., recorriendo todas las distintas estaciones y matices de la vida militar.

Viceversa, la naturaleza de la guerra puede tener una notable influencia en la proporción de las armas.

Primero: Una guerra popular, apoyada en el reclutamiento y la movilización, tiene que poner naturalmente en pie una gran cantidad de infantería; porque en una guerra así faltan más equipos que hombres, y como el equipamiento se reduce a lo más necesario, es fácil pensar que por el coste de una batería de ocho cañones se pueden formar no ya un batallón, sino dos o tres.

Segundo: Si un débil no puede refugiarse contra un poderoso en el armamento del pueblo o en una forma de reclutamiento próxima al mismo, el aumento de la artillería es el medio más directo para acercar sus débiles fuerzas al equilibrio; porque gana en personas y aumenta el principio más esencial de su fuerza, el principio aniquilador. De todas formas, la mayor parte de las veces estará limitado a un pequeño teatro bélico, y esa arma será más adecuada para él. Federico el Grande recurrió a este medio en los últimos años de la Guerra de los Siete Años.

Tercero: La caballería es el arma del movimiento y las grandes decisiones; así que su predominio sobre la proporción habitual es importante en espacios muy dilatados, grandes marchas y la intención de grandes batallas decisivas. Bonaparte da ejemplo de ello.

Que el ataque y la defensa no pueden tener influencia en sí sólo se pondrá de manifiesto cuando hablemos de esas dos formas de la actividad bélica; por el momento, nos limitaremos a observar que ambos, tanto el atacante como el defensor, recorren por regla general los mismos espacios y también —por lo menos en muchos casos— pueden tener las mismas intenciones decisivas. Recordemos la campaña de 1812.

Normalmente se cree que la caballería era mucho más numerosa en la Edad Media en proporción a la infantería, y que ha ido reduciéndose poco a poco hasta nuestros días. Esto es, al menos en parte, un malentendido. La proporción numérica de la caballería quizá no era, por término medio, significativamente mayor, de lo que se convence uno cuando rastrea los datos exactos de las fuerzas

armadas en la Edad Media. No hay más que pensar en las masas de infantería que formaban el ejército de los cruzados o seguían a los emperadores alemanes en sus campañas romanas. Lo que era mucho mayor era la *importancia* de la caballería. Era el arma *más fuerte,* formada por la mejor parte del pueblo, y lo era tanto que, aunque cada vez menos, siempre era considerada lo principal, y la infantería se contaba menos, y apenas era mencionada; de ahí que también haya surgido la opinión de que entonces había muy poca. Desde luego, en las pequeñas incidencias bélicas en el interior de Alemania, Francia e Italia, se daba con más frecuencia que ahora el caso de que todo el ejército estuviera formado por caballería; como era el arma principal, nada tenía esto de contradictorio; pero esos casos no pueden ser decisivos si pensamos en la generalidad, en que se nos habla de ejércitos mayores. Sólo cuando terminó todo vínculo feudal en la guerra, y las guerras se libraron a través de soldados comprados, alquilados y pagados, es decir, cuando se basaron en el dinero y el enganche, y por tanto en los tiempos de la Guerra de los Treinta Años y de las guerras de Luis XIV, terminó ese uso de una gran masa de infantería poco útil, y quizá se habría vuelto del todo a la caballería si debido a la notoria expansión del arma de fuego la infantería no hubiera ganado importancia y se hubiera afirmado en alguna medida en su superioridad numérica; su proporción con la caballería en este período era, en los casos débiles, de 1:1, y cuando era numerosa de 3:1.

Desde entonces, la caballería ha ido perdiendo más importancia cuanto más se expandían las armas de fuego. Esto es ya lo bastante comprensible en sí mismo, sólo que esta expansión no tiene que referirse sólo al arma misma y la habilidad en su uso, sino también al uso de las partes del ejército equipadas con ella. En la batalla de Mollwitz, los prusianos habían alcanzado el mayor grado de capacidad de fuego, que no han podido incrementar desde entonces. En cambio, el uso de la infantería en terreno escarpado y del arma de fuego en el combate artillero ha surgido desde entonces, y ha de ser contemplado como un gran progreso en el acto de aniquilación.

Creemos pues que la proporción de la caballería ha cambiado poco en número, pero mucho en importancia. Esto parece una contradicción, pero no lo es de hecho. Cuando se hallaba en gran número en el ejército, la infantería de la Edad Media no lo alcanzaba por su proporción interna respecto a la caballería, sino porque todo

lo que no se podía reclutar como caballería, mucho más cara, se reclutaba como infantería; esa infantería era pues un mero auxiliar, y la caballería, si había que determinar su número sólo por su valor interior, nunca hubiera podido ser demasiado fuerte. Así, hay que comprender cómo a pesar de su siempre decreciente importancia la caballería quizá siga siendo lo bastante importante como para mantenerse en el punto de la proporción numérica que hasta ahora ha mantenido tan persistentemente.

De hecho, es digno de mención que al menos desde la Guerra de Sucesión Austriaca la proporción de la caballería respecto a la infantería no se haya modificado, y siempre haya oscilado entre un cuarto, un quinto y un sexto de la misma; esto parece indicar que con ello se satisface la necesidad natural, y que por tanto se manifestarían en ella aquellas magnitudes que no se pueden calcular directamente. Sin embargo, dudamos de que así sea, y creemos que los otros motivos para tener una caballería numerosa son evidentes en los casos más renombrados.

Rusia y Austria son Estados que tienen que contar con ella porque siguen teniendo fragmentos de organización tártara en su estructura estatal. Bonaparte nunca podía tener bastante para sus fines; si ya había empleado la conscripción hasta donde era posible, ya sólo le quedaba reforzar su ejército aumentando las armas auxiliares, más basadas en el dinero que en el consumo de hombres. Además, no se puede ignorar que dado el enorme volumen de sus campañas bélicas la caballería tenía que tener un valor muy superior al habitual.

Federico el Grande, como es sabido, contaba con mucho temor cada recluta que podía ahorrar a su país; su industria principal era mantener su ejército tan fuerte como pudiera a costa del extranjero. Se entiende que tenía todos los motivos para ello si se piensa que de su pequeña masa de terrenos se habían sustraído Prusia y las provincias westfalianas.

La caballería, además de precisar menos hombres, se completaba con mucha mayor facilidad mediante enganche; a esto se añadía su sistema bélico, basado en la superioridad en el movimiento, y así ocurrió que hasta el final de la Guerra de los Siete Años su caballería no hizo sino aumentar mientras su infantería decrecía; pero al final de la esa guerra difícilmente ascendía a más de un cuarto de la infantería en campaña.

En la época que acabamos de mencionar no faltaron ejemplos de ejércitos que con una caballería inusualmente débil han entrado en escena y alcanzado la victoria. El más renombrado es la batalla de Gross-Görschen. Si nos fijamos sólo en las divisiones que tomaron parte en la batalla, Bonaparte tenía 100.000 hombres, de ellos 90.000 de infantería y 5.000 de caballería; los aliados 70.000 hombres, de ellos 40.000 de infantería y 25.000 de caballería. Así que Bonaparte sólo tenía 50.000 hombres más de infantería a cambio de los 20.000 de caballería que le faltaban, y hubiera tenido que tener 100.000. Si ganó la batalla con esa ventaja en infantería, cabe preguntarse si hubiera podido perderla si la proporción hubiera sido de 140.000 a 40.000. Desde luego, después de la batalla se demostró la gran utilidad de nuestra superioridad en caballería, porque Bonaparte casi no cosechó trofeo alguno. Así que ganar la batalla no lo es todo, pero... ¿no sigue siendo siempre lo principal?

Cuando nos hacemos tales consideraciones, nos cuesta trabajo creer que la proporción en que la caballería y la infantería se han situado y mantenido desde hace 80 años es la natural, derivada simplemente de sus valores absolutos; más bien opinamos que después de alguna oscilación la proporción de esas dos armas seguirá cambiando en el actual sentido y la cifra constante de la caballería terminará por ser significativamente inferior.

En lo que a la artillería se refiere, naturalmente el número de cañones ha crecido mucho desde su invención y con su aligeramiento y perfeccionamiento; sin embargo, desde Federico el Grande se mantiene más o menos la misma proporción de 2 o 3 cañones por cada 1.000 hombres, bien entendido que al empezar la campaña, porque a lo largo de la misma la artillería no desaparece tan rápido como la infantería, de ahí que al final de la campaña la proporción sea notablemente mayor y pueda llegar a 3, 4 o 5 cañones por cada 1.000 hombres. Hay que dejar a la experiencia si esta proporción es la natural, o si el aumento de cañones aún puede ir más lejos sin ser desventajoso para toda la dirección de la guerra.

Si resumimos ahora el resultado de toda nuestra consideración, éste es:

1. Que la infantería es el arma principal, a la que las otras dos están subordinadas.

2. Que con un mayor gasto de arte y actividad en la dirección de la guerra se puede sustituir en alguna medida la falta de ambas, suponiendo que se sea tanto más fuerte en infantería, y que eso se alcanzará antes cuanto mejor sea esa infantería.
3. Que es más difícil prescindir de la artillería que de la caballería, porque es el mayor principio aniquilador y su combate está más fundido con el de la infantería.
4. Que en general, dado que la artillería es el arma más fuerte en el acto de aniquilación y la caballería el más débil, hay que preguntarse siempre: ¿cuánta artillería se puede tener sin perjuicio, y con qué mínimo de caballería se puede salir adelante?

CAPÍTULO QUINTO

ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO

El orden de batalla es aquella división y composición de las armas en eslabones del conjunto y la forma en que se disponen, que ha de ser la norma para toda la campaña o guerra.

Consiste pues en cierto modo en un elemento aritmético y uno geométrico, la *división* y la *disposición*. La primera parte de la organización fija del ejército en tiempo de paz, toma como unidades ciertas partes, como batallones, escuadrones, regimientos y baterías, y forma con ellos los eslabones superiores hasta llegar al todo, según sea la necesidad de las circunstancias imperantes. De ese mismo modo, la disposición parte de la táctica elemental que se enseña al ejército y se practica con él en tiempo de paz, y que tiene que ser considerada como una cualidad del mismo que ya no se puede cambiar esencialmente en el momento de la guerra, enlaza con ella las condiciones que el uso de las tropas requiere en la guerra y a gran escala, y establece así en general la norma conforme a la cual el ejército debe estar dispuesto para el combate.

Éste ha sido el caso en todos aquellos lugares en los que grandes ejércitos han salido al campo, e incluso ha habido épocas en los que esta forma era considerada la pieza más esencial del combate.

Cuando, en los siglos XVII y XVIII, la expansión del arma de fuego incrementó en tan alto grado la infantería y le hizo extenderse en tan largas y finas líneas, el orden de batalla se hizo sin duda más sencillo, pero a la vez de ejecución más difícil y artificiosa, y como no se supo qué hacer con la caballería salvo distribuirla en los flancos, donde no se disparaba y donde había espacio para cabalgar, el orden de batalla hizo del ejército en cada caso un todo cerrado e indivisible. Si se partía en dos uno de esos ejércitos, era como partir en dos un gusano; las dos alas seguían teniendo vida y movilidad, pero habían perdido sus funciones naturales. La fuerza se hallaba pues bajo una especie de fascinación de la unidad, y en cada caso era necesaria una pequeña organización y desorganización cuando partes de ella tenían

que ser dispuestas de forma separada. Las marchas que tenía que hacer el conjunto eran en un estado en el que se encontraba en cierto modo fuera de la ley. Si el enemigo estaba en las cercanías, tenían que ser dispuestas con el mayor arte, para rehuir el combate o llevar aquel ala campo traviesa siempre a una distancia tolerable de la otra; tenían que sustraerse constantemente al enemigo, y sólo una cosa hacía que se pudiera acometer impunemente esa constante sustracción, y era que el enemigo se encontraba bajo esa misma fascinación.

Por eso, cuando en la última mitad del siglo XVIII surgió la idea de que la caballería podía proteger igual de bien los flancos si iba detrás del ejército como prolongación suya, que además podía ser utilizada para alguna otra cosa que para batirse a solas con el enemigo, ya se daba un gran paso adelante, porque ahora el ejército, en su extensión principal, que siempre es la anchura de su disposición, estaba formado por miembros homogéneos, de forma que se les podía dividir en el número de piezas que se quisiera y se obtenían piezas iguales entre sí y al todo. Ahora bien, con eso dejaba de ser una sola pieza y se convertía en un todo articulado, en consecuencia flexible y ágil. Las partes podían ser separadas sin más del todo y volver a alinearse con él, siempre seguía siendo el mismo orden de batalla. Así surgieron los cuerpos de todas las armas, es decir, así se hicieron posibles, porque su necesidad había sido sentida mucho antes.

Es muy natural que todo esto emane de la batalla. La batalla era la guerra entera y siempre seguirá siendo la principal pieza de la misma, pero aparte de esto el orden de batalla pertenece más a la táctica que a la estrategia, y con esta digresión sólo hemos querido mostrar cómo la táctica ya ha preparado la estrategia mediante la ordenación del todo en pequeños todos.

Cuanto más grandes se han hecho los ejércitos, cuanto más se han repartido por amplios espacios, cuanto más variada es la forma en que se entrecruzan los efectos de las distintas partes, tanto más espacio gana la estrategia, y así también el orden de batalla ha tenido que establecer una especie de interacción con el orden de batalla tal como lo hemos definido, interacción que se muestra principalmente en los puntos finales en los que la táctica y la estrategia se tocan, es decir, en los momentos en los que la distribución general de las fuerzas pasa a las disposiciones especiales del combate.

Dirigiremos ahora nuestra atención a los tres asuntos de la *división,* la *relación entre las armas* y la *disposición* desde el punto de vista estratégico.

1. *División*. Desde el punto de vista estratégico, nunca habría que preguntar qué fuerza ha de tener una división o un cuerpo, sino cuántos cuerpos o divisiones tiene que tener un ejército. No hay nada más torpe que un ejército dividido en tres partes, a no ser uno dividido sólo en dos, lo que hace que el comandante en jefe tenga que estar casi neutralizado.

Establecer la fuerza de los cuerpos grandes y pequeños, ya sea por motivos de táctica elemental o superior, deja un campo increíblemente grande a la arbitrariedad, y el cielo sabe qué razonamientos han empleado ese margen. En cambio, la necesidad de un cierto número de partes para un todo autónomo es una cosa tan clara como determinada, y por eso esa idea da motivos de verdad estratégicos para las subdivisiones mayores, deduciendo su número de su fuerza, mientras las pequeñas, como compañías, batallones, etc., se dejan a la táctica.

El más pequeño de los conjuntos aislados es inimaginable sin distinguir en él tres partes, para que una pueda ser destacada y una retrasada; que cuatro son mucho más cómodas aún advierte ya si pensamos que la parte central, como fuerza principal, tiene que ser más fuerte que cualquiera de las otras dos; así se puede avanzar hasta ocho, que nos parece el número más adecuado para un ejército, si se acepta como necesidad constante una parte para la vanguardia, tres para el poder principal —como ala derecha, centro y ala izquierda—, dos para la retaguardia, una para flanquear por la derecha y otra para flanquear por la izquierda. Sin dar un puntilloso gran valor a estas cifras y figuras, sí creemos que expresan la disposición estratégica más habitual y recurrente y arrojan por tanto una cómoda división.

Desde luego, parece facilitar enormemente la dirección del ejército (y la dirección de cualquier conjunto) dar órdenes a sólo tres o cuatro hombres, pero el general paga muy cara esta comodidad, de una doble manera. En primer lugar, se pierde tanto más de la rapidez, fuerza y precisión de la orden cuanto mayor es la escala que tiene que descender desde el comandante en jefe, lo que ocurre cuando entre él y el jefe de división se encuentran comandantes de

cuerpo; en segundo lugar, el comandante en jefe pierde verdadero poder y eficacia cuanto mayor sea el radio de acción de sus inmediatos subordinados. Un general que mande 100.000 hombres por medio de ocho divisiones ejerce un poder mucho más intenso que si esos 100.000 hombres estuvieran repartidos en sólo tres divisiones. Hay varios motivos para ello, pero el más importante es que cada comandante cree tener una especie de derecho de propiedad sobre todas las partes de su cuerpo de ejército, y se resiste casi cada vez que se le sustrae una parte de él por más o menos tiempo. Algunas experiencias explicarán cada una de estas cosas.

Por otro lado, no se puede dejar que el número de partes sea demasiado grande, si no se quiere que la consecuencia sean desórdenes. Ya es difícil dirigir ocho partes desde un cuartel general, y probablemente no se puede dejar que esa cifra ascienda a más de diez. Sin embargo, en una división, donde los medios para que las órdenes sean eficaces son mucho menores, las cifras normales más adecuadas tienen que ser cuatro o como mucho cinco.

Si con estos factores cinco y diez no se sale adelante, es decir, si las brigadas resultan demasiado nutridas, habrá que insertar mandos de cuerpo de ejército; pero hay que tener en cuenta que con eso surge una nueva *potencia* que de pronto hace descender mucho todos los demás factores.

Pero, ¿qué es una brigada demasiado fuerte? La costumbre es que tenga entre dos y cinco mil hombres; y hay dos razones que parecen vigilar[61] en alguna medida este último límite: la primera, que uno se imagina una brigada como una subdivisión que puede ser dirigida directamente por un hombre, es decir, dentro del ámbito de una sola voz; la segunda, que no se puede dejar sin artillería una masa mayor de infantería, y esta vinculación entre armas da por sí como resultado una subdivisión nueva.

No vamos a perdernos en estas sutilezas tácticas, y tampoco vamos a entrar en las cuestiones litigiosas de cuándo y en qué circunstancias debe tener lugar la unión de las tres armas, si en las divisiones, que tienen entre 8 y 12.000 hombres, o en los cuerpos, que tienen entre 20 y 30.000. A los más decididos adversarios de esta unión no les irritará la afirmación de que sólo esa unión permite *la autonomía de una subdivisión*, y que por tanto es al menos muy deseable para aquellos que están destinados a encontrarse aislados con frecuencia en la guerra.

Un ejército de 200.000 hombres dividido en diez divisiones, y las divisiones en cinco brigadas, dejaría éstas con 4.000 hombres. No vemos en esto una desproporción. Desde luego también se puede dividir ese ejército en 5 cuerpos, el cuerpo en 4 divisiones, la división en 4 brigadas, lo que las deja en 2.500 hombres; pero la primera subdivisión nos parece preferible, considerada de manera abstracta, porque además de que en la otra se tiene un escalón más cinco miembros son demasiado poco para un ejército; de este modo está inarticulado, cuatro para un cuerpo vuelve a ser lo mismo, y 2.500 hombres representan una brigada débil, de las que de este modo se tiene 80, en vez de las cincuenta que arroja la primera subdivisión, que era por tanto más sencilla. Se renuncia a todas estas ventajas sólo para dar órdenes a la mitad de generales. Es evidente que en los ejércitos más pequeños la división en cuerpos es todavía más inadecuada.

Esta es la visión abstracta del asunto. El caso individual puede llevar consigo motivos que decidan de otro modo. Hay que confesar que si 8 o 10 divisiones pueden reinar unidas en la llanura, quizá esto fuera imposible en posiciones de montaña más extendidas. Una gran corriente que parta en dos el ejército hace que una mitad quede inaccesible al que da las órdenes; en pocas palabras, hay cien circunstancias locales e individuales de lo más decisivas que se escapan a las reglas abstractas.

Sin embargo, la experiencia enseña que esas razones abstractas son las más empleadas, y raras veces son desplazadas por aquellas a las que quizá habría que dar crédito.

Nos permitimos aclarar el alcance de esta consideración con un sencillo contorno más, y queremos además enumerar los distintos puntos principales.

Si sólo entendemos como *partes de un todo* aquellas que arroja la *primera* subdivisión, es decir, las *directas,* diremos:

1. Si un conjunto tiene demasiado pocos miembros, se vuelve inarticulado.
2. Si los miembros de un conjunto son demasiado grandes, esto debilita el poder de la voluntad superior.
3. Con cada nuevo escalón de la cadena de mando, su fuerza se debilita por dos vías: una, por la merma que sufre en cada paso, otra por el tiempo más largo que la orden necesita.

Todo esto conduce a que el número de partes que conviven sea lo mayor posible y la cadena lo más corta posible, y a esto sólo se opone el que no se pueden gobernar cómodamente ejércitos de más de 8 a 10 partes y, en las subdivisiones menores, de más de 4 o 6.

2. *Relación entre las armas*. Para la estrategia, la relación entre las armas en el orden de batalla sólo es importante para aquellas partes que conforme al orden habitual de las cosas suelen tener una disposición separada, en la que pueden verse obligados a librar un combate autónomo. Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas que los miembros del *primer orden*, y principalmente *sólo ellos,* estén destinados a una disposición separada, porque como veremos en otra ocasión, las disposiciones separadas emanan la mayor parte de las veces del concepto y las necesidades de un todo.

Por eso, *stricto sensu*, la estrategia exigiría la unión permanente de las armas sólo para los cuerpos o, donde esta no se produce, para las divisiones, y en los miembros de un orden inferior ajustaría la unión momentánea a la necesidad.

Pero bien se ve que los cuerpos, si han de ser considerables, es decir, tener entre 30 y 40.000 hombres, raras veces se encuentran en el caso de una disposición no dividida. En un cuerpo tan fuerte, es precisa una unión de armas en las divisiones. A quien no valore la parada que se hace en los destacamentos urgentes cuando a la infantería hay que asignarle una parte de caballería desde otro punto quizá bastante alejado, por no hablar de la confusión que se produce, habrá que negarle toda experiencia bélica.

La exacta relación de las tres armas, lo lejos que llega, lo íntimamente que se produce, qué proporciones han de ser observadas, qué reserva debe quedar de cada... todo esto son cuestiones puramente tácticas.

3. *La disposición*. La determinación conforme a qué relaciones espaciales han de disponerse las partes de un ejército en el orden de batalla es asimismo enteramente táctica, y se refiere sólo a la batalla. Sin duda hay, naturalmente, una disposición estratégica, pero depende casi tan sólo de las medidas y necesidades del momento, y aquello que hay de racional en ella no está incluido en el significado de las palabras orden de batalla; por eso, lo reseñaremos en otro lugar, bajo el título Disposición del ejército.

El orden de batalla del ejército es pues la división y disposición del mismo *en una masa ordenada para la elección de la batalla*[62]. Las partes están dispuestas de tal modo que se puedan satisfacer fácilmente tanto las exigencias tácticas como estratégicas del momento mediante el empleo de distintas partes de esa masa. Si la necesidad del momento cesa, las partes vuelven a su sitio, y así el orden de batalla se convierte en el primer escalón y el fundamento básico de ese saludable metodismo que en la guerra regula la tarea como un péndulo, y del que ya hemos hablado en el capítulo cuarto del Libro Segundo.

CAPÍTULO SEXTO

DISPOSICIÓN GENERAL DEL EJÉRCITO

Desde el momento de la primera concentración de fuerzas hasta el de la decisión madura, donde la estrategia conduce al ejército al punto decisivo y la táctica ha asignado a cada parte su sitio y papel, hay en la mayoría de los casos un gran espacio intermedio; lo mismo que desde una catástrofe decisiva a la otra.

Antes, estos espacios no formaban parte en cierto modo de la guerra. Véase tan sólo cómo acampaba Luxemburgo y cómo marchaba. Recordamos a ese general porque es famoso por sus acampadas y marchas, y puede ser por tanto considerado representante de su tiempo, y sabemos más de él por la *Histoire de la Flandre militaire* que de otros generales de aquel tiempo.

El campamento se establecía normalmente con la espalda apoyada en un río o pantano o profundo valle, cosa que ahora sería considerada locura. La dirección en la que el enemigo se encontraba establecía tan poco los frentes que son muy frecuentes los casos en los que la espalda daba al enemigo y el frente al territorio propio. Este procedimiento, ahora inaudito, sólo se entiende si a la hora de la elección del campamento se considera la comodidad como el principal, casi único motivo, es decir, si se considera la situación del campamento una situación al margen del acto bélico, por así decirlo detrás del telón, donde no se guardan reparos. Que se apoyara la espalda contra un obstáculo tiene que considerarse la única medida de seguridad que se adoptaba, conforme naturalmente a la dirección de la guerra en aquella época; porque esa medida no se adecuaba a la posibilidad de ser forzado a un combate en tal campo. Pero tampoco había por qué temer tal cosa, porque los combates se basaban casi en una especie de mutuo acuerdo, como un duelo, en el que uno se dirige a una cómoda cita. Como el ejército —en parte debido a la numerosa caballería, que en el crepúsculo de su esplendor, especialmente entre los franceses, aún era considerada el arma principal, en parte por su torpe orden de batalla— no podía combatir

en cualquier terreno, en un terreno accidentado uno se encontraba casi como bajo la protección de un territorio neutral, y como se podía hacer muy poco uso de las partes accidentadas del terreno se prefería avanzar hacia el enemigo que se acercaba para dar la batalla. Sabemos que precisamente las batallas de Luxemburgo en Fleurus, Steenkerke y Neerwinden tienen otro espíritu; pero ese espíritu se apartaba precisamente entonces, bajo ese gran general, del método anterior, y aún no había tenido repercusiones en el método de acampada. Porque los cambios en el arte de la guerra emanan siempre de las acciones decisivas, y a través de ellas se modifican poco a poco las otras. Lo poco que se consideraba el estado de acampada como el verdadero estado de guerra lo demuestra la expresión *il va à la guerre*, habitual en el que partía a observar al enemigo.

No era muy diferente el caso de las marchas, en las que la artillería se separaba por entero del ejército para ir por caminos más seguros y mejores, y las alas de la caballería cambiaban normalmente de lugar para que les tocase alternativamente el honor de sostener el ala derecha.

Ahora, es decir, principalmente desde las Guerras Silesias, la situación al margen del combate está tan imbricada con las circunstancias del mismo que mantiene la más íntima relación con ellas, de forma que la una ya no puede ser pensada del todo sin el otro. Si antes en la campaña el combate era el arma propiamente dicha y la situación al margen del mismo sólo la vaina, aquel la hoja de acero, esta el mástil de madera, y el todo estaba formado pues por partes heterogéneas, ahora el combate es el filo, la situación al margen del mismo el dorso del arma, y el todo ha de ser considerado como una hoja de metal bien fundido, en el que ya no se distingue donde termina el hierro y empieza el acero.

Ese estado de guerra al margen del combate está determinado ahora en parte por las disposiciones y ordenanzas del ejército que mantiene desde la paz, en parte por las disposiciones tácticas y estratégicas del momento. Los tres estados en que pueden encontrarse las fuerzas son acuartelamiento, marcha y campamento. Los tres forman parte tanto de la táctica como de la estrategia, y ambos, que aquí lindan de muchas maneras los unos con los otros, parecen a menudo entrelazarse o lo hacen realmente, de forma que

algunas disposiciones pueden ser consideradas al mismo tiempo tácticas y estratégicas.

Vamos a hablar de esas tres formas de existencia fuera del combate en general, antes de vincular a ellas especiales fines; por eso antes tenemos que considerar la disposición general de las fuerzas, porque es una disposición superior y más amplia que la acampada, acuartelamiento y marcha.

Si contemplamos la disposición de las fuerzas en general, es decir, sin fines especiales, sólo podemos imaginarla como unidad, es decir, sólo *como un todo destinado a la lucha en común,* porque toda desviación de esta forma sencilla presupondría ya un fin especial. Así surge pues el concepto de ejército, por pequeño o grande que pueda ser.

Además, donde aún falta todo fin especial el único fin que destaca es la *conservación,* y en consecuencia también la *seguridad* del ejército. Así pues, las dos condiciones son que el ejército persista sin especial perjuicio y que pueda batirse unido sin especial perjuicio. De éstas se derivan, en una aplicación más concreta a los objetos que se refieren a la existencia y seguridad del ejército, las siguientes cautelas:

1. La facilidad de la manutención.
2. La facilidad de alojamiento de las tropas.
3. Una retaguardia asegurada.
4. Una franja de terreno despejado ante sí.
5. La posición misma en un accidentado.[63]
6. Puntos de apoyo estratégicos.
7. Una división adecuada a los fines.

Nuestras aclaraciones sobre estos puntos son las siguientes: las dos primeras motivan la búsqueda de una zona de terreno cultivado y grandes ciudades y carreteras. Deciden más para lo general que para lo particular.

Lo que entendemos por una retaguardia asegurada se desprende del capítulo dedicado a las líneas de comunicación. Lo siguiente y más importante es la disposición perpendicular a la dirección que tenga la principal vía de retirada cercana a la posición.

En lo que se refiere al cuarto punto, naturalmente un ejército no puede tener a la vista una franja de terreno como tiene a la vista sus

frentes en la disposición táctica para la batalla. Pero sus ojos estratégicos son la vanguardia, las avanzadillas, espías, etc., y naturalmente a estas la observación en una franja de terreno abierta les resulta más fácil que en una accidentada. El quinto punto es el mero reverso del cuarto.

Los puntos de apoyo estratégicos se distinguen de los tácticos en dos cualidades: que no tienen por qué tocar directamente al ejército y que tienen que tener, por el otro lado, una extensión mucho mayor. La razón es que conforme a la naturaleza de las cosas la estrategia se mueve en unas condiciones de espacio y tiempo mayores que la táctica. Así que si un ejército se sitúa a la distancia de una milla[64] de la costa o a las orillas de un río muy importante, se apoya estratégicamente en esos objetos, porque el enemigo no estará en condiciones de emplear ese espacio para un envolvimiento estratégico. No se internará en ese espacio durante días y semanas ni a lo largo de millas y marchas. Por otro lado, para la estrategia un lago de unas millas de extensión apenas puede ser considerado un obstáculo; para su forma de actuar, raras veces importan unas millas a la derecha o a la izquierda. Las fortalezas se convierten en un punto de apoyo estratégico en la medida en que son grandes y tienen una esfera de actuación mayor para sus empresas ofensivas.[65]

La disposición dividida del ejército se rige o por fines y necesidades especiales o generales, y aquí sólo podemos hablar de estos últimos.

La primera necesidad general es el avance de la vanguardia, con otras tropas necesarias para la observación del enemigo.

La segunda es que en ejércitos muy grandes normalmente las reservas se sitúan a varias millas de distancia, y por tanto conducen a una disposición dividida.

Finalmente, la cobertura de las dos alas del ejército requiere normalmente cuerpos colocados por separado.

Por esta cobertura no hay que entender, por ejemplo, que se tome una parte del ejército para defender el espacio en sus alas, para que ese llamado punto débil se haga inaccesible al enemigo; ¿quién defendería entonces el ala del ala? Esa idea, tan común, es totalmente absurda. El ala en sí no es una parte débil de un ejército, por la razón de que también el enemigo tiene alas, y no puede poner en peligro las nuestras sin exponer al mismo peligro las suyas. Sólo cuando las circunstancias son desiguales, cuando el ejército enemigo

es superior a nosotros, cuando las comunicaciones enemigas son más fuertes que las nuestras (véase línea de comunicación), sólo entonces las alas se convierten en partes más débiles; pero no hablamos aquí de estos casos especiales, y por tanto tampoco del caso en el que un cuerpo está destinado, en unión de otras combinaciones, a defender realmente el espacio en nuestra ala, porque eso ya no forma parte de la clase de las disposiciones generales.

Pero aunque las alas no sean partes especialmente *débiles,* sí son especialmente *importantes*, porque aquí, debido a las maniobras envolventes, la resistencia ya no es tan sencilla como en los frentes, las medidas se vuelven más complejas y requieren más tiempo y preparativos. Por este motivo, en la generalidad de los casos siempre es necesario proteger especialmente las alas frente a empresas imprevistas del enemigo, y esto ocurre cuando se sitúan en las alas masas más fuertes de lo que sería necesario para la mera observación. Desplazar a estas masas, aunque no ofrezcan una resistencia seria, exigirá tanto más tiempo y un desarrollo tanto mayor de las fuerzas e intenciones enemigas cuanto mayores sean; y con eso se alcanza su finalidad: lo que deba ocurrir después enlazará con los especiales planes del momento. De ahí que se puedan contemplar los cuerpos que se encuentran en las alas como vanguardias laterales, que retrasan la penetración del enemigo en el espacio que hay fuera de nuestras alas y nos proporcionan tiempo para tomar contramedidas.

Si estos cuerpos retroceden sobre el ejército principal, y éste no hace a la vez un movimiento de retirada, se desprende por sí mismo que no quedarán en línea con él, sino algo adelantados, porque incluso allá donde se acomete una retirada se puede hacer sin involucrarse en un serio combate, pero no completamente al margen de la disposición global.

Surge pues, por esos motivos internos para una disposición dividida, un sistema natural de cuatro o cinco partes separadas, según la reserva se quede o no con la parte principal.

Lo mismo que la manutención y alojamiento de las tropas deciden su disposición, estos dos objetos también contribuyen a que sea dividida. La consideración de ambos coincide con los motivos desarrollados arriba, se trata de satisfacer el uno sin abandonar demasiado el otro. En la mayoría de los casos, la división en cinco cuerpos separados allana las dificultades de manutención y

alojamiento, y esa previsión hace que no sean necesarios grandes cambios.

Ahora tenemos que echar un vistazo a las distancias que pueden marcarse a esos grupos separados, si debe mantenerse la intención de su mutuo apoyo, es decir, de que se batan juntos. Recordamos aquí lo que se dijo en los capítulos referentes a la duración y decisión del combate, según lo cual no se puede hacer una determinación absoluta —porque la fuerza absoluta y relativa, las armas y el terreno tienen una influencia muy grande—, sino sólo la más general, una suma promedio por así decirlo.

La distancia de la vanguardia es la más fácil de establecer; como en su retirada se encuentra al ejército, su distancia puede ascender en todo caso a un día de marcha fuerte sin que se le pueda forzar a dar una batalla separada. Pero no se le desplazará más de lo que requiera la seguridad del ejército, porque sufre tanto más cuanto más tiene que retirarse.

En lo que concierne a los cuerpos laterales, como ya hemos dicho, el combate de una división habitual de entre 8 y 10.000 hombres siempre suele durar varias horas, incluso medio día, antes de quedar decidido; por eso, no hay reparo alguno en disponer una división así a algunas horas, es decir, a 1 o 2 millas de distancia, y por esos mismos motivos los cuerpos de 3 a 4 divisiones se pueden alejar a un día de marcha, es decir, 3 a 4 millas.

Así pues, de esta disposición general de la fuerza principal en cuatro o cinco partes y con las distancias dadas surgirá cierto metodismo, que distribuye como una máquina el ejército mientras no intervienen fines especiales de carácter decisivo.

Pero aunque supongamos que cada una de esas partes separadas es adecuada para un combate, y que en caso de necesidad se puede acudir, de ello no se desprende en modo alguno que *la verdadera intención* de la disposición separada sea batirse por separado; la mayor parte de las veces, la necesidad de esa disposición separada sólo es una condición de la existencia[66] formada por el tiempo. Si el enemigo se aproxima para decidir a través de un combate general, la duración estratégica pasa, todo se funde[67] en el momento de la batalla, y con eso terminan y desaparecen los fines de la disposición dividida. Cuando empieza la batalla, cesa la consideración hacia el acuartelamiento y la manutención; la observación del enemigo por el frente y los flancos y la disminución de su velocidad mediante una

presión moderada se ha cumplido, y todo se vuelve hacia la gran unidad de la batalla principal. El mejor criterio del valor de la disposición es que se haya pensado la división sólo como la condición, como el mal necesario, y la batalla unidos como su finalidad.

CAPÍTULO SÉPTIMO

VANGUARDIA Y AVANZADILLAS

Estos dos objetos se encuentran entre aquellos hacia los que confluyen los hilos tácticos y los estratégicos. Por una parte, hay que incluirlos entre las disposiciones que dan su forma al combate y aseguran la ejecución de los esbozos tácticos; por otra promueven frecuentemente combates autónomos y, debido a su posición más o menos alejada del cuerpo principal, han de ser contemplados como eslabones de la cadena estratégica, y es precisamente esa ubicación la que nos mueve a detenernos un instante en ellos, para completar el capítulo anterior.

Cada tropa que no es totalmente capaz de dar batalla necesita una avanzada para conocer el avance del enemigo e indagarlo antes de que sea visible, porque por regla general el alcance de la vista no es muy superior al de las armas. Y ¿qué sería de un hombre cuyos ojos no alcanzaran más lejos que sus brazos? Las avanzadillas son los ojos del ejército, se ha dicho ya antes. Pero la necesidad no siempre es la misma, tiene sus grados. Su fuerza y extensión, tiempo, lugar, circunstancias, tipo de guerra, incluso el azar, incluyen en ella, así que no podemos sorprendernos de que el uso de vanguardia y avanzadillas no aparezca en la Historia de la guerra con contornos claros y sencillos, sino en una especie de desorden de los casos más variados.

Ora vemos confiada la seguridad del ejército a un determinado cuerpo de la vanguardia, ora a una larga línea de avanzadillas sueltas; ora encontramos ambas cosas, ora no se habla ni de la una ni de la otra; ora la vanguardia es común a las columnas que avanzan, ora cada una tiene la suya. Vamos a intentar imaginarnos con claridad el objeto y ver luego si se puede reducir a unos pocos principios de aplicación.

Si la tropa está en movimiento, un grupo más o menos fuerte forma su avanzada, la vanguardia, que si el movimiento se produce hacia atrás se convierte en retaguardia. Si la tropa está en cuarteles o

campamentos, una línea extensa de puestos débiles forma su avanzada, las *avanzadillas*. La naturaleza de las cosas impone que en caso de detención se pueda y se tenga que cubrir un espacio mayor que en movimiento, de forma que en un caso el concepto de una línea de puestos y en el otro el de un cuerpo unido surgen por sí mismos.

Tanto la vanguardia como las avanzadillas tienen su grado de fuerza interna, desde un cuerpo considerable formado por todas las armas hasta un regimiento de húsares, y desde una línea de defensa fuerte y atrincherada, formada por todas las armas, hasta meras guardias y piquetes destacados desde el campamento. Los efectos de tal avanzada van por tanto desde la mera observación hasta la resistencia, y esa resistencia no sólo es adecuada para dar al cuerpo el tiempo que necesita para aprestarse a la batalla, sino también para conocer las medidas e intenciones del enemigo en un momento temprano de su evolución, y en consecuencia para incrementar de forma significativa la observación.

Así pues, según necesite una tropa más o menos tiempo, según su resistencia esté más o menos calculada conforme a las especiales disposiciones del enemigo y deba ajustarse a ellas, tanto más necesitará una vanguardia fuerte y unas avanzadillas fuertes.

Federico el Grande, que puede ser calificado como el general más pronto en la batalla[68], y que llevaba su ejército a la misma casi con su mera voz de mando, no necesitaba avanzadillas fuertes. Siempre le vemos acampar a la vista del enemigo y cuidar de su seguridad sin gran aparato, aquí con un regimiento de húsares, allá con un batallón suelto o mediante guardias y piquetes destacados desde el campamento. En las marchas, unos miles de caballos, pertenecientes la mayoría de las veces a la caballería de las alas del primer encuentro, formaban la vanguardia, y al terminar la marcha se reintegraban al ejército. Raras veces se da el caso de un cuerpo permanente de vanguardia.

Allá donde un pequeño ejército quiere actuar siempre con el peso de toda su masa y gran velocidad, haciendo valer su mayor formación y más decidida dirección, todo tiene que hacerse, como Federico el Grande frente a Daun, casi *sous la barbe de l'ennemi*. Una disposición contenida, un prolijo sistema de avanzadillas, casi invalidaría su superioridad. Que el error y la exageración pudieran conducir en una ocasión a la batalla de Hochkirch no demuestra

nada contra el procedimiento, más bien hay que reconocer el magisterio del rey, precisamente porque en todas las Guerras Silesias sólo hay una batalla de Hochkirch.

A Bonaparte, en cambio, que en verdad no carecía de un ejército firme y al que no faltaba decisión, lo vemos avanzar casi siempre con una fuerte vanguardia. Hay dos motivos para ello.

El primero reside en el cambio de la táctica. Ya no se lleva al ejército a la batalla con la mera voz de mando, como un todo sencillo, para liquidar la cosa con más o menos destreza y valor como un gran duelo, sino que se adaptan más las fuerzas a las peculiaridades del terreno y a las circunstancias, se hace del orden de batalla, y en consecuencia de la batalla, un todo de varios miembros, de lo que se desprende que la sencilla decisión se convierte en un plan complejo y la voz de mando en una disposición más o menos larga. Esto requiere tiempo y datos.

La segunda razón es el gran volumen de los ejércitos modernos. Federico llevaba a la batalla 30 o 40.000 hombres, Bonaparte entre cien y doscientos mil.

Hemos elegido estos dos ejemplos porque de tales generales se podía presumir que no habrían adoptado sin motivo un procedimiento radical. En conjunto, el uso de la vanguardia y las avanzadillas se ha extendido en los últimos tiempos: pero que en las Guerras Silesias no todos procedían como Federico el Grande lo vemos en los austriacos, que tenían un sistema de avanzadillas mucho más fuerte y desplazaban con mucha más frecuencia un cuerpo de vanguardia, para lo que tenían suficientes motivos debido a su situación y circunstancias. Asimismo en las últimas guerras se encuentran diferencias más que suficientes. Incluso los mariscales franceses, Macdonald en Silesia, Oudinot y Ney en Brandeburgo, avanzaban con ejércitos de 60 a 70.000 hombres sin que hayamos oído hablar de una vanguardia.

Hasta ahora hemos hablado de vanguardias y avanzadillas conforme a sus grados de fuerza, pero hay otra diferencia sobre la que tenemos que aclararnos. Y es que un ejército, cuando avanza o retrocede a lo largo de una cierta extensión de terreno, puede tener una vanguardia y retaguardia comunes para todas las columnas o una para cada una de ellas. Para llegar aquí a unas ideas claras, tenemos que imaginar el asunto de la siguiente forma.

En el fondo la vanguardia —cuando hay un cuerpo que lleva especialmente ese nombre— sólo está destinada a la seguridad de la fuerza principal que avanza en el centro. Si ésta avanza por varios caminos próximos entre sí, que este cuerpo de vanguardia también puede tomar y en consecuencia cubrir, naturalmente las columnas laterales no necesitan cobertura especial.

Aquellos cuerpos en cambio que avanzan a mayores distancias como cuerpos realmente separados tienen que cuidarse de su propia avanzada. También aquel cuerpo de la fuerza principal que se halla en el centro y que por la situación casual de los caminos se encuentra demasiado apartado de él entra en el mismo caso. Surgirán pues tantas vanguardias como masas separadas avance el ejército; si cada una es mucho más débil de lo que lo sería una común, retrocederá más en la serie de las demás disposiciones tácticas, y en el tablero estratégico la vanguardia faltará por completo. Pero si la masa principal tiene en el centro un cuerpo mucho mayor como avanzada suya, se considerará vanguardia del conjunto y lo será también en muchos sentidos.

¿Cuál puede ser la razón para tener en el centro una avanzada mucho más fuerte que en las alas? Los tres motivos siguientes:

1. Porque en el centro avanza normalmente una masa de tropa más fuerte.
2. Porque, evidentemente, de la franja de terreno que un ejército ocupa en anchura, el punto central sigue siendo como tal la parte más importante, porque todos los diseños se refieren la mayor parte de las veces a él, y por eso también el campo de batalla le es más próximo que a las alas.
3. Porque un cuerpo avanzado en el centro, aunque no pueda asegurar directamente a las alas como una verdadera vanguardia, sí contribuye mucho a su seguridad de manera indirecta. Y ello porque en los casos habituales el enemigo no puede pasar de largo ante un cuerpo así a una cierta distancia para emprender nada significativo contra una de las alas, porque tendría que temer un ataque de flanco y por la espalda. Si esta presión que el cuerpo avanzado en el centro hace al adversario tampoco es suficiente para construir sobre ella la completa seguridad del cuerpo lateral,

sí es adecuada para eliminar un montón de casos que el cuerpo lateral ya no tiene que temer.

La avanzada del centro, pues, si es mucho más fuerte que la de las alas, es decir, si consiste en un cuerpo especial de la vanguardia, ya no tiene la simple finalidad de una avanzada de proteger de un asalto a las tropas que tiene detrás, sino que actúa como un cuerpo avanzado en contextos estratégicos más generales.

La utilidad de un cuerpo así se puede atribuir a los siguientes fines, que también determinan su aplicación:

1. En los casos en que nuestras disposiciones exigen mucho tiempo, garantizar una resistencia mayor, hacer más cautelosa la penetración del enemigo, incrementar por tanto los efectos de una avanzada normal.
2. Cuando la masa principal de las tropas es muy numerosa, contener algo más a esa masa principal torpe y mantenerse en las proximidades del enemigo con un cuerpo móvil.
3. Aunque otras razones nos obliguen a mantener la masa principal a considerable distancia del enemigo, tener un cuerpo en sus proximidades para observarlo.
4. En la persecución del enemigo. Con un simple cuerpo de vanguardia, del que la mayor parte será de caballería, es posible moverse con más rapidez, por las noches mantenerse en el campo hasta más tarde, por las mañanas prestar ayuda antes, que con el todo.
5. Finalmente, en caso de retirada, como retaguardia, para ser empleada en la defensa del principal segmento del terreno. También en este sentido el centro es muy importante. A primera vista parece sin duda que una retaguardia así estuviera siempre en peligro de ser envuelta por las alas. Sólo que no hay que olvidar que el enemigo, aunque haya avanzado por las alas, siempre tiene que cubrir el trecho que hay hasta el centro si quiere ser realmente peligroso, y que por tanto la retaguardia del centro siempre puede retrasar el movimiento para resistir un poco más. En cambio, es grave que el centro ceda con más rapidez que las alas; enseguida da la impresión de ir a dispersarse, y esa impresión es temible en sí misma. Nunca es más fuerte la necesidad de

> unión, de cohesión, y nunca es sentida más vivamente por todos, que en la retirada. El destino de las alas es volver en última instancia a converger hacia el centro y, si el mantenimiento y los caminos obligan, retroceder en una anchura considerable, así que el movimiento suele terminar con una disposición reunida en el centro. Si añadimos a estas consideraciones que el enemigo avanza normalmente por el centro con su fuerza principal y con la presión principal, tenemos que darnos cuenta de que la retaguardia central tiene una especial importancia.

Según esto, pues, destacar un cuerpo especial de vanguardia es adecuado en todos los casos en que se dé una de las situaciones mencionadas. Casi todas ellas desaparecen cuando el centro no tiene más tropas que las alas, como le pasó por ejemplo a Macdonald cuando en 1813 avanzó en Silesia contra Blücher, y a éste cuando se movía hacia el Elba. Ambos tenían 3 cuerpos, que normalmente iban en 3 columnas por distintas carreteras. De ahí que en ellos no hubiera ninguna vanguardia digna de mención.

Pero esa disposición en tres columnas igual de fuertes es en parte por eso nada menos que recomendable, lo mismo que para un ejército entero la división en 3 partes es muy torpe, como hemos dicho en el capítulo quinto del Libro Tercero.

En la disposición del conjunto en el centro con dos alas separadas, que en el capítulo anterior hemos presentado como la más natural mientras no haya motivos especiales, el cuerpo de vanguardia se encontrará, conforme a la idea más sencilla, delante del centro, y por tanto también delante de la línea de las alas; pero como en el fondo los cuerpos laterales tienen similar disposición para los lados que la vanguardia para el frente, ocurrirá con mucha frecuencia que aquellos se encuentren en línea con él o incluso aún más avanzados, según promuevan las especiales circunstancias.

En lo que a la fuerza de la vanguardia se refiere, hay poco que decir al respecto, porque ahora, con razón, es uso general incluir en ella uno o varios de los miembros de primer orden en el que se divide el todo y reforzarla con una parte de la caballería; es decir, un cuerpo cuando el ejército está dividido en cuerpos, una división o varias si lo está en divisiones.

Fácilmente se ve que también en este sentido es una ventaja disponer de un número mayor de eslabones.

La distancia a la que la vanguardia debe ser destacada depende de las circunstancias; puede haber casos en los que esté a más de un día de marcha de la masa principal, y otros en los que esté pegada a la misma. Si en la gran mayoría de los casos hay entre 1 y 3 millas de distancia, ello demuestra en todo caso que la necesidad exige con más frecuencia esa distancia, sin que de ello se pueda hacer una regla de la que haya que partir.

En nuestra consideración hasta este momento hemos dejado completamente al margen las *avanzadillas*, y tenemos por tanto que volver sobre ellas.

Cuando hemos dicho antes que las avanzadillas corresponden a la tropa detenida y la vanguardia a la que está en marcha, era por retrotraer los conceptos a su origen y separarlos provisionalmente; pero está claro que con eso se hace poco más que una distinción puntillosa, si se quiere atener uno estrictamente a las palabras.

Si un ejército en marcha se detiene por la noche para seguir por la mañana, naturalmente también la vanguardia tiene que hacerlo, y tiene que disponer en cada caso puestos que le den seguridad a sí misma y al conjunto, sin que por eso una vanguardia se transforme en meras avanzadillas. Si estas últimas han de ser consideradas como un concepto opuesto al de vanguardia, sólo puede ocurrir allá donde masa principal de la tropa destinada a avanzada se disuelva en puestos separados y quede un cuerpo pequeño o no quede ninguno, momento en el que el concepto de una larga línea de puestos predomina frente al de un cuerpo unido.

Cuanto menor sea el tiempo de descanso, tanto menos perfecta necesita ser la cobertura; de un día para otro, el enemigo ni siquiera tiene ocasión de saber qué está cubierto y qué no. Cuanto más dure el descanso, tanto más perfecta tiene que ser la observación y cobertura de todos los accesos. Así que por regla general en caso de larga detención la avanzada se extenderá cada vez más en una línea de puestos. Si se disuelve completamente en ellos, o si el concepto de un cuerpo unido debe seguir predominando, depende principalmente de dos circunstancias. La primera es la cercanía del ejército opuesto, la segunda la naturaleza del terreno.

Si los ejércitos están muy próximos en proporción a su extensión en anchura, a menudo no se podrá situar un cuerpo de vanguardia

entre ellos, y podrán mantener su seguridad simplemente a través de una serie de pequeños puestos.

En general, un cuerpo unido necesita más tiempo y espacio para ser eficaz, porque cubre los accesos de manera más indirecta, y por tanto en los casos en que el ejército ocupe una gran anchura, como en los acuartelamientos, hará falta una notable distancia del enemigo si un cuerpo unido debe asegurar los accesos; de ahí que por ejemplo los cuarteles de invierno suelan estar cubiertos por un cordón de avanzadillas.

La segunda circunstancia es la naturaleza del terreno; allá donde un fuerte accidente del terreno da ocasión de formar con pocas fuerzas una fuerte línea de posiciones, no habrá que dejar pasar esa ocasión.

Finalmente, también en los cuarteles de invierno la severidad de la estación puede ser un motivo para disolver el cuerpo de vanguardia en una línea de puestos, porque eso facilita su alojamiento.

El uso de una línea de avanzadillas reforzada se encuentra diseñado con la mayor perfección en el ejército anglo-holandés de los Países Bajos, en la campaña de invierno de 1794 a 1795, donde la línea de defensa estuvo formada por brigadas de todas las armas en los distintos puestos y apoyada por una reserva. Scharnhorst, que se encontraba en ese ejército, introdujo ese uso en el ejército prusiano en el año 1807 en la Prusia Oriental, en Passarge. Pero por lo demás se ha dado poco en los últimos tiempos, principalmente porque las guerras han tenido demasiado movimiento. Pero incluso allá donde hubo ocasión de emplearlo se desperdició, como por ejemplo por parte de Murat en Tarutino. Una mayor extensión de su línea defensiva no le habría puesto en el caso de perder treinta cañones en un combate de avanzadillas.

No cabe negar que cuando las circunstancias lo permiten pueden sacarse grandes ventajas de este medio, de lo que aún hablaremos.

CAPÍTULO OCTAVO

EFECTO DE LOS CUERPOS AVANZADOS

Acabamos de ver que la seguridad del ejército se espera de los efectos que la vanguardia y los cuerpos laterales produzcan sobre el enemigo que avanza. Estos cuerpos han de ser considerados siempre muy débiles si se les imagina en conflicto con el ejército principal enemigo, y por eso hace falta un desarrollo propio de cómo pueden cumplir su misión sin que haya que temer pérdidas importantes debidas a esa desproporción de fuerzas.

La misión de ese cuerpo es la observación del enemigo y el retraso de su avance.

Ya para la primera finalidad, una tropa pequeña nunca lo haría; en parte porque sería fácilmente dispersada, en parte porque sus medios, es decir, sus ojos, no llegan tan lejos.

Pero la observación debe tener también un grado superior; el enemigo debe desarrollarse ante tal cuerpo en toda su fuerza y hacer que no sólo su fuerza, sino también sus planes queden de manifiesto.

Para ello bastaría su mera presencia, y sólo necesitarían esperar los pasos que el enemigo diera para dispersarlos y luego iniciar la retirada.

Pero también deben retrasar el avance del enemigo; y eso implica verdadera resistencia.

¿Cómo se puede imaginar esa espera hasta el último momento como tal resistencia, sin que un cuerpo así estuviera en constante peligro de sufrir grandes pérdidas? Principalmente, porque el enemigo avanza también con una vanguardia, y en consecuencia no con la fuerza desbordante y arrolladora del conjunto. Si esa vanguardia es superior de antemano a nuestro cuerpo avanzado, para lo que naturalmente habrá sido dispuesta, y el ejército enemigo está más próximo a ella que nosotros al nuestro, y, porque ya está a punto de llegar, pronto estará en condiciones de apoyar el ataque de su vanguardia con toda su fuerza; sin embargo, ese primer segmento en el que nuestro cuerpo avanzado tiene que vérselas con la

vanguardia enemiga, es decir, aproximadamente con su igual, reporta ya alguna ganancia de tiempo y la capacidad de observar por un tiempo el avance del enemigo sin poner en peligro la propia retirada.

Incluso alguna resistencia que un cuerpo así oponga en una posición adecuada, no reportará todos los perjuicios que cabría esperar en otros casos teniendo en cuenta la desproporción de fuerzas. El principal peligro al resistir contra un enemigo superior reside siempre en la posibilidad de ser rodeado y puesto en gran desventaja por un ataque envolvente; pero en tal situación este se reduce mucho porque el que avanza nunca sabe muy bien lo próximo que estará el apoyo del ejército, y por tanto sus columnas destacadas podrían encontrarse entre dos fuegos. La consecuencia es que el que avanza siempre mantiene sus distintas columnas a la misma altura, y sólo cuando ha investigado con atención la situación de su adversario empieza a envolver con cautela y prudencia una u otra ala. Este tantear y esta cautela hacen posible al cuerpo avanzado retirarse antes de estar en verdadero peligro.

Por lo demás, lo que debe durar la verdadera resistencia de un cuerpo así contra el ataque frontal y contra el inicio del envolvimiento depende sobre todo de la naturaleza del terreno y de la cercanía de las fuerzas de apoyo. Si esta resistencia se extiende más allá de su medida natural, ya sea por ignorancia o por sacrificio, porque el ejército necesita tiempo, la consecuencia siempre será una pérdida considerable.

Sólo en los casos más raros, concretamente sólo cuando un considerable accidente del terreno dé ocasión para ello, la resistencia podrá ser importante, y la duración de la pequeña batalla que puede ofrecer un cuerpo así difícilmente sería, en sí misma, una ganancia de tiempo suficiente; más bien hay que buscar esa ganancia en la triple condición que está en la naturaleza del asunto, a saber:

1. Por el avance más cauteloso, y en consecuencia más lento, del enemigo.
2. Por la duración de la verdadera resistencia.
3. Por la retirada misma.

Esa retirada tiene que ser tan lenta como la seguridad permita. Allá donde el terreno dé ocasión a tomar nuevas posiciones, tiene

que ser utilizado, lo que obliga al enemigo a tomar nuevas medidas para el ataque y la maniobra envolvente, y procura por tanto una nueva ganancia de tiempo. Quizá en la nueva posición pueda aceptarse incluso un verdadero combate.

Se ve que la resistencia y la retirada están íntimamente fundidas, y que lo que se pierde en duración de los combates tiene que ganarse multiplicando los mismos.

Esta es la forma de resistencia de un cuerpo avanzado. El resultado de la misma se mide sobre todo por la fuerza del cuerpo y la naturaleza del terreno, y después por la longitud del camino que tiene que cubrir y el apoyo y acogida que encuentre.

Una pequeña tropa no puede resistir tanto tiempo como un cuerpo considerable, incluso en igualdad de condiciones; porque cuanto mayores son las masas tanto más tiempo necesitan para llevar a cabo su actividad, sea del tipo que sea. En una zona de montaña la mera marcha es ya mucho más lenta, la resistencia en las distintas posiciones más larga y menos peligrosa, y la ocasión para tomar tales posiciones se ofrece a cada paso.

La distancia a la que un cuerpo esté avanzado aumenta la longitud de su retirada y por tanto la ganancia absoluta de tiempo de su resistencia; pero como un cuerpo así está menos capacitado para resistir y cuenta con menos apoyo, cubrirá el camino en un tiempo relativamente menor que uno más corto si hubiera estado más cercano al ejército.

Naturalmente, la acogida y apoyo que un cuerpo encuentra tiene que influir en la duración de su resistencia, porque la cautela y prudencia que se debe a la retirada siempre ha de ser tomada de la resistencia y sustraída por tanto a la misma.

Representa una notable diferencia en el tiempo que gana el cuerpo avanzado con su resistencia que el enemigo no se presente ante él hasta la segunda mitad del día; en ese caso, como la noche raras veces se emplea para seguir avanzando, normalmente se ganará más tiempo. Así ocurrió que en el año 1815 el primer cuerpo prusiano, al mando del general Zieten, tuvo contra sí con unos 30.000 hombres a Bonaparte con 120.000, y en el corto camino que va de Charleroi a Ligny, que no llega a 2 millas, el ejército prusiano pudo ganar más de 24 horas de tiempo para reunirse. El general Zieten fue atacado a las 9 de la mañana del día 15, y la batalla de Ligny empezó hacia las 2 de la tarde del 16. Desde luego, el general

Zieten sufrió una pérdida muy considerable, de entre 5 y 6.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Si consultamos a la experiencia, el siguiente resultado podría ser un punto de apoyo para consideraciones de este tipo.

Una división de entre 10 y 12.000 hombres, reforzada por caballería, que se adelanta 3 o 4 millas en un día de marcha, podrá resistir en un terreno normal, no especialmente fuerte al enemigo, incluyendo la retirada, más o menos una vez y media lo que habría necesitado la simple marcha por el terreno de retirada; en cambio, si la división sólo se encuentra a media milla la estancia del enemigo durará entre dos y tres veces lo que duraba la simple marcha.

Es decir que con 4 millas, cuya duración normal de marcha cabe estimar en 10 horas, se podrá contar con 15 horas desde el momento en que el enemigo aparece con poder ante la división hasta el momento en que está en condiciones de atacar a nuestro ejército mismo. En cambio, si la vanguardia sólo está a una milla del ejército, el tiempo que pasa hasta el posible ataque sobre éste será de más de 3 o 4 horas, y por tanto el doble; porque el tiempo que el enemigo necesita para tomar sus primeras medidas contra la vanguardia es el mismo, y el tiempo de resistencia de esa vanguardia en la posición original incluso mayor que en el caso de una posición más avanzada.

La consecuencia es que el enemigo, en el primer supuesto, no podrá fácilmente emprender el ataque contra nuestro ejército el mismo día en que ahuyente a nuestra vanguardia, y así ha ocurrido en la experiencia la mayor parte de las veces. Incluso en el segundo caso, el enemigo tendrá que ahuyentar a nuestra vanguardia por lo menos en la primera mitad del día para tener aún tiempo para una batalla.

Dado que en el primero de los supuestos la noche viene en nuestra ayuda, se ve cuánto tiempo se puede ganar disponiendo de una vanguardia avanzada.

En lo que concierne a un cuerpo dispuesto al costado de un ejército, cuya misión hemos indicado antes, su proceder está en la mayoría de los casos más o menos vinculado a circunstancias que forman parte del ámbito de la aplicación concreta. La situación más sencilla es contemplarlo como una vanguardia colocada al costado de un ejército que, algo adelantada al mismo tiempo, se retira en dirección oblicua al mismo.

Dado que este cuerpo no se encuentra directamente delante del ejército y tampoco puede ser acogido a ambos lados del mismo con tanta comodidad como una verdadera vanguardia, estaría expuesto a mayores peligros si la fuerza enemiga no se redujera algo en sus extremos en la mayoría de los casos, y en los casos peores este cuerpo tendría espacio para retroceder sin poner tan directamente en peligro al ejército como lo haría una vanguardia en fuga.

La acogida de un cuerpo avanzado se hace de la mejor y más preferible manera mediante una considerable caballería, lo que se convierte en motivo para disponer la reserva de esta arma, cuando las distancias lo hagan necesario, entre el ejército y el cuerpo avanzado.

El resultado final es pues que los cuerpos avanzados son eficaces no tanto por sus verdaderos esfuerzos como por su mera presencia, no tanto por los combates que realmente libran como por la posibilidad de los que podrían librar; que no impiden el movimiento enemigo, sino que lo moderan y regulan como un lastre, de forma que se está en condiciones de someterlo a cálculo.

CAPÍTULO NOVENO

CAMPAMENTO

Contemplamos los tres estados del ejército al margen del combate sólo desde el punto de vista estratégico, es decir, en tanto que representan distintos combates y condicionan pues el lugar, el tiempo y la cantidad de las fuerzas. Todos los objetos que se refieren a disposiciones internas de los combates y al paso al estado de combate forman parte de la táctica.

La disposición en campamentos, por lo que entendemos toda disposición fuera de los cuarteles, ya sea en tiendas, en cabañas o al aire libre, es desde el punto de vista estratégico completamente idéntica al combate que condiciona. Desde el punto de vista táctico no siempre lo es, porque por distintas razones se puede elegir el lugar de acampada de forma algo diferente al campo de batalla escogido. Después de haber dicho ya lo necesario sobre la disposición del ejército, es decir, sobre el lugar que las distintas partes ocuparán, los campamentos nos dan pie a una consideración histórica.

Antes, es decir, desde que los ejércitos volvieron a tener un tamaño significativo y las guerras se hicieron más duraderas y relacionadas en sus distintas partes hasta la Revolución Francesa, los ejércitos siempre acampaban en tiendas. Este era su estado normal. Con la llegada de la estación florida salían de los cuarteles, y no volvían a los mismos hasta la llegada del invierno. Hay que considerar en cierto modo los cuarteles de invierno como un estado de no guerra, porque en ellos las fuerzas se neutralizaban y se detenía la marcha de toda la maquinaria. Los cuarteles de reposo, que preceden a los de invierno propiamente dichos, y otros acantonamientos a corto plazo y en lugares angostos eran transiciones y estados extraordinarios.

No es este el lugar para analizar cómo se compatibilizaba y se compatibiliza aún esa voluntaria y regular neutralización de la fuerza con la finalidad y esencia de la guerra, volveremos después sobre este objeto; basta con decir que así era.

Desde las guerras de la Revolución Francesa, los ejércitos han abolido por completo las tiendas debido a la gran impedimenta que provocan. En parte parece mejor tener en un ejército de 100.000 hombres 5.000 hombres de caballería o unos centenares de cañones más en vez de 6.000 caballos cargando tiendas, en parte, dados sus grandes y rápidos movimientos, semejante impedimenta no es sino un estorbo y poco útil.

Sin embargo, esto ha provocado dos efectos, que son: un mayor desgaste de las fuerzas y una mayor devastación del país.

Por débil que sea la protección de un techo de burda lona, no cabe ignorar que a la larga con él se les quita a las tropas un gran alivio. Por un día la diferencia es pequeña, porque una tienda protege poco del viento y el frío y no del todo de la humedad; pero esa pequeña diferencia es importante cuando se repite 200 o 300 veces al año. La consecuencia del todo natural son mayores pérdidas por enfermedad.

No hace falta exponer cómo aumenta la devastación del país por la falta de tiendas.

Habría pues que pensar que la abolición de las tiendas tendría que haber debilitado la guerra, debido a esos dos efectos; habría que estar más tiempo y con más frecuencia en cuarteles y, por falta de condiciones de acampada, evitar alguna disposición que era posible gracias al campamento de tiendas.

Ese habría sido el caso si la guerra no hubiera sufrido en la misma época un inmenso cambio, que engulló esos dos pequeños efectos subordinados.

Su fuego elemental se ha vuelto tan abrumador, su energía tan extraordinaria, que han desaparecido incluso aquellos períodos regulares de calma, y todas las fuerzas se concentran con violencia incontenible para la decisión, de la que hablaremos en el Libro Octavo. En estas circunstancias, no cabe hablar de un cambio producido por la desaparición de las tiendas en el uso de las fuerzas armadas. Se acampa en cabañas o al raso, sin consideración alguna hacia el tiempo, la estación y la región, según exigen la finalidad y el plan del conjunto.

Hablaremos a continuación de si la guerra conserva esa energía en todo momento y en todas las circunstancias; allá donde no la tiene la privación de las tiendas podría manifestar alguna influencia en su dirección, pero cabe dudar de que ese efecto pueda llegar nunca a ser

lo bastante fuerte como para volver a las tiendas, porque una vez que se abren nuevas barreras al elemento bélico siempre se vuelve periódicamente a las viejas y más estrechas durante ciertos períodos y circunstancias, pero vuelven a romperse de cuando en cuando con toda la violencia de su naturaleza. Así que las disposiciones permanentes de los ejércitos sólo pueden ser calculadas sobre ellas.

CAPÍTULO DÉCIMO

MARCHAS

Las marchas son una mera transición de una disposición a otra, y esto incluye dos condiciones principales.[69]

La primera es la comodidad de las tropas, para que no se despilfarren inútilmente fuerzas que se podrían aplicar de forma útil; la segunda, la exactitud del movimiento, para que lleguen correctamente. Si se quisiera hacer marchar a 100.000[70] hombres en una sola columna, es decir, por una misma carretera y sin intervalos temporales, el final de esa columna jamás llegaría el mismo día que su punta; o bien se avanzaría con inusual lentitud, o la masa se separaría, lo mismo que un chorro de agua en gotas, y esa separación, unida al esfuerzo excesivo que la longitud de la columna causa a los que van los últimos, pronto lo sumiría todo en la confusión.

Viniendo de este extremo, la marcha será tanto más fácil y precisa cuanto menor sea la masa de tropas que se encuentra en una columna. Surge pues una necesidad de *división* que no tiene nada que ver con la que deriva de la disposición dividida, de forma que la división en columnas de marcha deriva sin duda en general de la disposición, pero no en cada caso especial. Hay que dividir necesariamente para la marcha una gran masa que se quiere disponer unida en un punto. Pero incluso cuando una disposición dividida motiva una marcha dividida pueden predominar ora las condiciones de la disposición, ora las de la marcha. Si, por ejemplo, la disposición es un mero descanso, y no cabe esperar un combate en la misma, predominan las condiciones de la marcha, y esas condiciones consisten principalmente en la elección de carreteras buenas y despejadas. Teniendo presente esa diferencia, se elegirá en un caso los caminos por los acuartelamientos y campamentos, y en el otro los acuartelamientos y campamentos por la carretera. Allá donde se espere una batalla y se trate de llegar al punto adecuado con una masa de tropas, no hay ningún reparo en llegar al mismo en

caso necesario por los más difíciles caminos secundarios; en cambio, si uno se encuentra con el ejército por así decirlo todavía en viaje hacia el teatro bélico, se elegirán para las columnas las grandes carreteras más próximas y se buscará alojamiento y acampada en sus cercanías lo mejor que se pueda.

Sea cual sea el tipo de marcha, es un principio general del arte de la guerra moderno, allá donde queda imaginar aunque sólo sea la posibilidad de un combate, es decir, en todo el ámbito de la guerra, disponer las columnas de tal modo que la masa de tropa contenida en ellas sea adecuada para un combate autónomo. Esta condición se cumple mediante la unión de las tres armas, mediante una división orgánica del conjunto y mediante el correspondiente nombramiento de un comandante en jefe. Son pues principalmente las marchas las que han motivado el orden de batalla moderno, y las que sacan el mayor beneficio de él.

Cuando a mediados del siglo pasado, especialmente en el teatro bélico de Federico II, se empezó a contemplar el movimiento como un principio propio de la lucha y a lograr la victoria mediante la influencia de movimientos insospechados, la falta de un orden de batalla orgánico hizo necesarias las disposiciones más pesadas y artificiosas en las marchas. Para llevar a cabo un movimiento en las proximidades del enemigo siempre había que estar dispuesto a la lucha; pero no se estaba dispuesto a ella si no estaba reunido el ejército, porque sólo el ejército representaba un todo. La segunda concentración tenía que llevarse a cabo con marchas de flanco, para encontrarse siempre a una distancia tolerable, es decir, a no más de un cuarto de milla del primero, con esfuerzo y trabajos y a campo traviesa, con un gran derroche de conocimientos locales, porque, ¿dónde se encuentran dos vías despejadas que discurran paralelas a una cuarto de milla de distancia? Precisamente esas circunstancias abogaban por la caballería de flanqueo, cuando se marchaba perpendicular al enemigo. Había nuevos trabajos con la artillería, que necesitaba su propia carretera cubierta por la infantería, porque las concentraciones de infantería debían formar líneas ininterrumpidas, y la artillería hubiera hecho aún más lentas sus largas y lentas columnas y desordenado todas las distancias. No hay más que leer las disposiciones de marcha en la *Historia de la Guerra de los Siete Años* de Tempelhoff para convencerse de todas estas circunstancias y de las cadenas que imponían a la guerra.

Sin embargo, desde que el moderno arte de la guerra ha dado a los ejércitos una división orgánica en la que las partes principales han de considerarse como pequeños todos, que en el combate pueden producir todos los efectos del gran todo, con la única diferencia de que su efecto es de menor duración, ya no se está obligado, incluso allá donde se tiene la intención de combatir unido, a mantener las columnas tan próximas como para que todas puedan reunirse antes de empezar el combate, sino que basta con que esa reunión tenga lugar a lo largo del mismo.

Cuanto más pequeña es una masa de tropa, tanto más fácil es moverla, tanto menos requiere aquella división que no es consecuencia de la disposición dividida, sino de la torpeza de la masa. Si un grupo pequeño marcha por una carretera y debe avanzar en varias líneas, es fácil encontrar caminos próximos suficientes para sus necesidades. Cuanto mayores se hacen las masas tanto mayor se hace la necesidad de división, el número de columnas y la necesidad de vías despejadas o incluso de grandes carreteras, y en consecuencia también la distancia entre las columnas. La necesidad de división es, por decirlo en términos aritméticos, inversamente proporcional al peligro de la misma. Cuanto menores son las partes, tanto más tienen que apoyarse unas a otras, cuanto más grandes, tanto más tiempo pueden quedar abandonadas a sí mismas. Si nos acordamos tan sólo de lo dicho al respecto en el libro anterior, y pensamos que en las regiones cultivadas siempre se encontrarán vías paralelas bastante despejadas a pocas millas de distancia de la carretera principal, se verá fácilmente que en la disposición de la marcha no se encuentran grandes dificultades que hagan incompatible un *rápido avance y una reunión precisa* con la correspondiente *unificación de las fuerzas*. En las montañas, donde las carreteras paralelas son menos y las comunicaciones entre ellas más difíciles, la capacidad de resistencia de una sola columna también es mucho mayor.

Para tener más clara conciencia del objeto, vamos a contemplarlo por un instante en forma concreta.

Una división de 8.000 hombres, con su artillería y algunos otros vehículos, ocupa en casos normales, según la experiencia, el espacio que se recorre en una hora; así que si dos divisiones van por una misma carretera la segunda llegará una hora después de la primera; ahora bien, como ya hemos dicho en el capítulo sexto del Libro Cuarto, una división de ese tamaño está en condiciones de sostener

durante varias horas el combate incluso contra un enemigo superior, y por tanto incluso en el peor de los casos, es decir, si la primera se viera obligada a empezar instantáneamente el combate, la segunda división no llegaría demasiado tarde. Además, en el plazo de una hora en la mayoría de los países cultivados de Centroeuropa se encontrarán también, a derecha e izquierda de la carretera por la que se marcha, *caminos secundarios* que poder utilizar para la marcha, sin tener que marchar campo a través como con tanta frecuencia ocurrió en la Guerra de los Siete Años.

Además, es sabido por experiencia que un ejército de 4 divisiones y una reserva de caballería suele cubrir una marcha de 3 millas, incluso por caminos no buenos, con la cabeza llegando en 8 horas; si calculamos para cada división una hora de distancia y lo mismo para la reserva de caballería y artillería, la marcha completa duraría 13 horas. Esto no es un tiempo desproporcionado, y sin embargo en ese caso 40.000 hombres marcharían por la misma carretera. Con una masa así, se pueden seguir buscando y empleando las vías secundarias, y en consecuencia acortar ligeramente la marcha. Si la masa de tropas que debe ir por una carretera fuera aún mayor que la mencionada arriba, también se daría el caso de que la llegada de la misma ya no fuera imprescindible el mismo día; porque tales masas nunca suelen entregarse a las batallas en la primera hora del encuentro, y normalmente sólo lo hacen al día siguiente.

Hemos referido estos casos concretos no para agotar sus posibilidades, sino para ser más claros y mostrar, con este vistazo a la experiencia, que en la actual dirección de la guerra la disposición de las marchas ya no ofrece tan grandes dificultades; que las marchas más rápidas y más precisas ya no son un arte propio ni requieren tan exacto conocimiento del país como era el caso en la Guerra de los Siete Años, con las rápidas y precisas marchas de Federico el Grande; más bien ahora se hacen casi solas, debido a la división orgánica del ejército, o al menos sin grandes diseños. Lo mismo que antes las batallas eran dirigidas a la mera voz de mando, y las marchas en cambio necesitaban grandes diseños, ahora los órdenes de batalla requieren estos últimos, y para la marcha basta casi la mera voz de mando.

Como es sabido, todas las marchas se dividen en perpendiculares y paralelas. Las últimas, también llamadas marchas de flanco, modifican la situación geométrica de las partes; lo que en

la disposición estaba junto, estará en fila en la marcha, y viceversa. Si todos los grados que hay dentro del ángulo derecho pudieran aparecer como dirección de la marcha, el orden de la misma tendrá que ser decididamente de uno u otro tipo.

Sólo a la táctica le sería posible llevar a cabo completamente ese cambio geométrico, y esto sólo si se sirviera de la llamada marcha en fila, que es imposible para grandes masas. Aún menos puede hacerlo la estrategia. Las partes, que cambian sus relaciones geométricas, se disponían en el antiguo orden de batalla en alas y líneas, y en el moderno normalmente en los miembros de primer orden: cuerpos, divisiones o incluso brigadas, según sea la forma en que esté dividido el conjunto. También en esto influyen las consecuencias extraídas arriba del moderno orden de batalla; como ya no es tan necesario como antes que el conjunto esté unido antes de actuar, se tiene más cuidado en que aquello que está unido sea un conjunto. Si se disponen dos divisiones de tal modo que una se encuentre como reserva detrás de la otra, y deben avanzar hacia el enemigo por dos caminos, a nadie se le ocurriría dividir cada una de las dos divisiones en los dos caminos, sino que se daría inobjetablemente un camino a cada división, marcharían la una junto a la otra y cada uno de los generales de división se cuidaría de formar su propia reserva en caso de combate. La unidad de mando es mucho más importante que la originaria relación geométrica; si las divisiones llegan sin combatir al punto establecido, pueden retomar su anterior relación. Cuando dos divisiones deban hacer una marcha *paralela* por dos vías, aún menos se le ocurrirá a nadie la idea de que la línea posterior o reserva de cada división vaya por el camino secundario, sino que a cada una de las divisiones se le asignará uno de los dos caminos y durante el trayecto se considerará a la una como reserva de la otra. Si un ejército de 4 divisiones, 3 de ellas en el frente y la cuarta como reserva, debe avanzar en ese orden contra el enemigo, es natural asignar un camino a cada una de las 3 divisiones del frente y hacer que la reserva siga a la del medio. Pero si esos tres caminos no se hallan a distancias adecuadas, se podría avanzar impecablemente en dos caminos sin que de ello pudiera surgir perjuicio sensible.

Lo mismo ocurre con el caso inverso de las marchas paralelas.

Otro punto es la marcha de las columnas hacia la derecha y la izquierda. En las marchas paralelas, es algo evidente. Nadie va a partir hacia la derecha para moverse hacia el lado izquierdo. En la

marcha hacia adelante y hacia atrás, el orden de la marcha deberá orientarse por la situación de la vía, contra la línea del futuro despliegue. En la táctica esto también podrá ocurrir en muchos casos, porque su espacio es menor y por tanto las relaciones geométricas son más fáciles de apreciar. En la estrategia esto es del todo imposible, y si aún así hemos visto alegar de vez en cuando una cierta analogía procedente de la táctica, no era más que pura pedantería. Aunque antes el orden de marcha era una cuestión puramente táctica, porque el ejército era un todo indiviso incluso durante la marcha y sólo presentaba un combate *total*, Schwerin por ejemplo no podía saber, cuando partió desde la región de Brandeis el 5 de mayo, si su futuro campo de batalla estaría a la derecha o a la izquierda, de ahí que tuviera que llevar a cabo su famosa contramarcha.

Cuando un ejército del viejo orden de batalla avanzaba en 4 columnas contra el enemigo, las dos alas de caballería representaban la primera y segunda línea de las dos columnas exteriores, las alas de infantería las de las dos columnas centrales. Estas columnas podían partir todas hacia la derecha o todas hacia la izquierda, o el ala derecha hacia la derecha y la izquierda hacia la izquierda, o la izquierda hacia la derecha y la derecha hacia la izquierda. En este último caso se habría llamado a la marcha «marcha desde el centro». Pero todas estas formas eran en el fondo, aunque tuvieran una relación con el futuro despliegue, indiferentes precisamente en ese sentido. Cuando Federico el Grande partió hacia la batalla de Leuthen, partió por alas hacia la derecha en 4 columnas, de lo que surgió, con gran ligereza, la transición de la disposición de marcha a disposición en la línea tan admirada por todos los historiadores, porque casualmente fue el ala izquierda austriaca la que el rey quería atacar. Si hubiera querido envolver a la derecha, hubiera sido necesaria una contramarcha, como en Praga.

Si estas formas no respondían ya entonces a su fin, en relación con él serían ahora un juego de niños. Ahora se conoce tan poco como antes la situación del futuro campo de batalla respecto del camino que se toma, y la pequeña pérdida de tiempo que se desprende de una partida en falso es ahora infinitamente menos esencial que antes. También aquí el nuevo orden de batalla ejerce su influencia benéfica; es completamente indiferente qué división llega primero, qué brigada entra primero en fuego.

En estas circunstancias, ahora la marcha hacia la derecha o hacia la izquierda no tiene otro valor que, cuando se alterna, sirve para compensar los trabajos que las tropas tienen que soportar. Y esta es la única razón, aunque desde luego sea muy importante, para mantener esta doble marcha también en líneas generales.

En estas circunstancias, la marcha desde el centro desaparece por sí misma como orden determinado, y sólo puede surgir por casualidad; una marcha desde el centro en la misma columna es de todos modos una monstruosidad estratégica, porque presupone una doble vía.

El orden de la marcha pertenece más al ámbito de la táctica que al de la estrategia, porque es la descomposición de un todo en partes, que después de la marcha deben volver a ser un todo. Pero como en el moderno arte de la guerra ya no se presta atención a la exacta reunión de las partes, sino que durante la marcha se separan mucho y son dejadas a su albedrío, la consecuencia también puede ser mucho más fácilmente que se produzcan combates, que las partes resistan por sí mismas, y que por tanto haya que considerarlos combates totales; por eso hemos considerado necesario decir tanto al respecto.

Por lo demás, como hemos visto en el capítulo segundo de este libro, una disposición en tres partes adyacentes se desprende como la más natural allá donde no imperen fines especiales, y de ahí también el orden de marcha en tres grandes columnas como el más natural.

Solamente nos queda observar que el concepto de columna no emana meramente del camino que recorre una masa de tropas, sino que en la estrategia hay que llamar así a las masas de tropas que recorren la misma carretera en días distintos. Porque la división en columnas se produce principalmente para abreviar y aligerar la marcha pues un número pequeño siempre marcha más rápido y con más comodidad que uno grande. Sin embargo, esa finalidad también se alcanza cuando la masa de tropas no marcha por distintos caminos, pero sí en distintos días.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CONTINUACIÓN

Sobre la medida de una marcha y el tiempo necesario para llevarla a cabo, es natural atenerse a las experiencias generales.

Para nuestros modernos ejércitos, hace mucho que está comprobado que una marcha de 3 millas es el trabajo habitual de un día, que en largas columnas puede incluso reducirse a 2 millas, para poder insertar los necesarios descansos, destinados a arreglar todo lo que haya resultado defectuoso.

En una división de 8.000 hombres, una marcha así dura en terrenos llanos y medianos entre 8 y 10 horas, en montañosos entre 10 y 12. Si hay varias divisiones juntas en una columnas, dura un par de horas más, si se cuenta el tiempo que se hace esperar para partir a las divisiones posteriores.

Se ve pues que el día de una marcha así está ya bastante ocupado, que el esfuerzo de los soldados de cargar su equipaje durante 10 a 12 horas no puede compararse con un camino normal de 3 millas a pie que un individuo puede cubrir en 5 horas si los caminos son tolerables.

Las marchas más fuertes alcanzan, cuando se producen de forma aislada, 5, como máximo 6 millas, si duran más tiempo 4.

Una marcha de 5 millas requiere ya una detención de varias horas, y una división de 8.000 hombres no la cubrirá en menos de 16 horas ni contando con buenos caminos.

Si la marcha es de 6 millas, y hay varias divisiones juntas, hay que contar al menos con 20 horas.

Aquí estamos hablando de la marcha de un campamento a otro y con las divisiones reunidas, porque es la forma más habitual que se da en el teatro bélico. Si varias divisiones marchan en una columna, se hará concentrarse y marchar un poco antes a la primera, y llegará también tanto antes al campamento. Sin embargo, esa diferencia nunca puede ascender a todo el tiempo que corresponde a la longitud de una división en marcha, y que, como los franceses muy bien dicen,

necesita para su *découlement* (salida). Por eso, se ahorrará poco en el esfuerzo de los soldados y se prolongará mucho cada marcha en su duración en función de la cantidad de tropas. Reunir la división misma y hacerla retirarse de forma similar con sus brigadas en momentos distintos, es aplicable en los menos de los casos, y esa es la razón por la que la hemos aceptado como unidad.

En largas marchas, en las que las tropas van de un cuartel a otro y cubren los caminos en pequeñas secciones y sin puntos de reunión, el camino puede ser más largo; pero también lo es debido a los rodeos que causan los acuartelamientos.

En cambio, aquellas marchas en las que las tropas tienen que reunirse diariamente en divisiones o incluso en cuerpos y sin embargo se retiran a cuarteles son las que más tiempo cuestan, y sólo son aconsejables en regiones ricas y en masas de tropas no demasiado grandes, porque en ese caso la facilidad de hallar comida y alojamiento son una recompensa suficiente por el mayor esfuerzo. El ejército prusiano, en su retirada de 1806, siguió indiscutiblemente un sistema erróneo al acuartelar cada noche las tropas debido a la manutención. La manutención hubiera podido hacerse también a campo abierto (vivacs), y el ejército no hubiera necesitado 14 días para cubrir 50 millas, sin exagerados esfuerzos de las tropas.

Cuando hay que recorrer malos caminos o atravesar regiones montañosas, todas estas disposiciones de extensión y tiempo sufren tales cambios que cuesta trabajo evaluar con cierta seguridad el tiempo de una marcha en un caso muy determinado, y no digamos decir algo general al respecto. De ahí que la teoría sólo pueda llamar la atención sobre el peligro del desacierto en que aquí nos movemos. Para evitarlo, es necesario el más cauteloso de los cálculos y un gran margen para retrasos imprevistos. También el tiempo y el estado de las tropas entran a este respecto en consideración.

Desde la abolición de las tiendas de campaña y desde que se abastece a las tropas por confiscación violenta de los alimentos *in situ,* la impedimenta de los ejércitos se ha reducido notablemente, y como es natural el efecto más importante es la aceleración de sus movimientos, es decir, el aumento de la jornada de marcha. Sin embargo, este caso sólo se da en ciertas circunstancias.

Las marchas en el teatro bélico se han acelerado poco a consecuencia de esto, porque es cosa sabida que en todos los casos en los que la finalidad exigía marchas que iban más allá de lo

habitual la impedimenta se dejaba atrás o se enviaba por delante, y normalmente se mantenía alejada de la tropa mientras duraban esos movimientos; por tanto, normalmente no tenía influencia alguna sobre el movimiento, y en cuanto dejaba de ser un obstáculo inmediato, por más que sufriera por ello, dejaba de entrar en consideración. Hubo marchas en la Guerra de los Siete Años que no podrían ser superadas ahora, y vamos a poner como ejemplo la marcha de Lacy de 1760, cuando debió apoyar la diversión de los rusos sobre Berlín. Cubrió el camino de Schweidnitz a Berlín, a través de la Lusacia, que asciende a 45 millas, en 10 días, haciendo pues 4 millas y media diarias, lo que aún ahora sería extraordinario para un cuerpo de 15.000 hombres.

Por otra parte, los movimientos de los ejércitos modernos vuelven a tener un principio de *contención*, debido precisamente al cambio en la forma de manutención. Si las tropas tienen que abastecerse por sí mismas, como frecuentemente ocurre, necesitan más tiempo del que sería necesario para la mera recepción del pan almacenado en el carro del pan. Además, en campañas muy largas no se puede dejar a masas tan grandes acampar en el mismo sitio, sino que hay que separar las divisiones para conseguir bastimentos para ellas con más facilidad; finalmente, raras veces deja de ocurrir que una parte del ejército, concretamente la caballería, se desplace a cuarteles. Todos esto causa en conjunto una detención notable. Por eso vemos que Bonaparte en 1806, cuando perseguía al ejército prusiano y quería cortarle el paso, y Blücher en 1815, cuando tenía la misma intención con los franceses, cubrieron ambos sólo 30 millas en 10 días, una velocidad que también Federico el Grande había sabido dar a sus marchas de Sajonia a Silesia y de vuelta a pesar de toda la impedimenta que llevaba consigo.

Sin embargo, la movilidad y manejabilidad, si podemos expresarnos así, de las partes del ejército grandes y pequeñas en el escenario bélico han ganado notablemente por la reducción de la impedimenta. En parte, con el mismo número de caballería y cañones, hay menos caballos, así que no hay una preocupación tan frecuente por el forraje; en parte, uno está menos preso en sus posiciones, porque no hace falta tener en cuenta siempre una larga cola de impedimenta que va detrás de nosotros.

Marchas como la que Federico el Grande hizo con 4.000 carruajes después de levantar el asedio de Olmütz, en 1758, para

cuya cobertura medio ejército se disolvió en distintos batallones y columnas, ya no saldrían bien ahora, ni contra el más temeroso de los adversarios.

En largas marchas, desde el Tajo hasta el Njemen, se siente desde luego ese alivio del ejército; porque si, debido al resto de los carruajes, la medida habitual de la marcha diaria sigue siendo la misma, en casos apremiantes se puede superar con poco sacrificio.

En general, en la disminución de la impedimenta hay más un ahorro de fuerzas que una aceleración de los movimientos.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

CONTINUACIÓN

Tenemos que considerar ahora la influencia destructiva que las marchas ejercen sobre la fuerza. Es tan grande que se le podría colocar como principio activo al lado del combate.

Una sola marcha moderada no desgasta el instrumento, pero una serie de ellas sí lo hace, y una serie de marchas difíciles, naturalmente, mucho más.

En el propio escenario bélico la falta de alojamiento y manutención, los malos caminos y el coturno[71] de la constante prontitud para la batalla[72] son causa de desproporcionados esfuerzos, que aniquilan personas, bestias, carruajes y vestimentas.

Se acostumbra a decir que un largo descanso no conviene al bienestar físico de un ejército, que de él han surgido más enfermedades que de una moderada actividad. En todo caso, las enfermedades pueden surgir y surgen cuando el soldado es amontonado en estrechos acuartelamientos, pero también surgirán cuando éstos sean cuarteles de marcha, y nunca la falta de aire y movimiento pueden ser la causa de tales enfermedades, ya que ambos se pueden conseguir tan fácilmente mediante el ejercicio.

Pensemos tan sólo en qué diferencia representa para el organismo trastornado y vacilante de una persona yacer enfermo en una carretera, entre porquería, barro y lluvia, bajo la carga de su equipaje, o en una habitación; incluso desde el campamento alcanzará pronto el lugar más próximo y no carecerá por entero de asistencia médica, mientras en la marcha tendrá que pasar horas en el camino sin apoyo alguno y arrastrarse después durante millas como rezagado. ¡Cuántas enfermedades leves se convierten así en graves, cuántas graves en mortales! Piénsese cómo entre el polvo y el ardiente sol del verano incluso una marcha moderada puede causar la más terrible insolación, en la que, atormentado por la sed más ardiente, el soldado se precipita al fresco manantial y encuentra en él la enfermedad y la muerte.

Con esta consideración, no puede ser nuestra intención querer disminuir la actividad en la guerra; el instrumento está para ser usado, y que el uso desgaste está en la naturaleza de las cosas; pero queremos poner cada cosa en su sitio y salir al paso de esa fanfarronería teórica según la cual la más abrumadora sorpresa, el más rápido movimiento, la más inquieta actividad no habrían de costar nada, sino que son descritas como ricos recursos que la indolencia del general no emplea. Con la explotación de estas minas ocurre como con las de oro y plata: sólo se ve el producto, y no se pregunta cuánto trabajo ha costado sacarlo a la luz.

En largas marchas fuera del escenario bélico, sin duda las condiciones suelen ser más ligeras y las pérdidas de los distintos días menores, pero a cambio el enfermo más leve se pierde a la larga, porque los convalecientes no pueden alcanzar al ejército en constante avance.

Entre la caballería, el número de caballos abatidos e inválidos aumenta en progresión creciente, y entre los carruajes algunos se atascan y desordenan. Por eso, nunca deja de ocurrir que después de una marcha de 100 millas para arriba un ejército llegue muy debilitado, especialmente en caballería y carruajes.

Si tales marchas son necesarias en el teatro bélico mismo, es decir, a la vista del enemigo, las desventajas de ambas situaciones confluyen, y las pérdidas pueden ascender hasta lo increíble en grandes masas y bajo otras condiciones desfavorables.

Sólo unos ejemplos para concretar la idea.

Cuando Bonaparte cruzó el Njemen el 24 de junio de 1812, el inmenso centro con el que marchó contra Moscú tenía 301.000 hombres. En Smolensko, el 15 de agosto, destacó 13.500 de ellos, así que tenía que haber tenido 287.500 hombres. Pero sus verdaderas fuerzas ascendían a 182.000 hombres; así que la pérdida había sido de 105.000.[73] Si se piensa que hasta ese momento sólo había habido dos combates dignos de mención, uno entre Davout y Bagration, el otro entre Murat y Tolstoi-Ostermann, las pérdidas en combate del ejército francés podían ascender a 10.000 hombres, y las causadas por enfermedades y rezagados ascendían en 52 días, y avanzando en una línea recta de unas 70 millas, a 95.000 hombres, es decir, un tercio del total.

Tres semanas después, al producirse la batalla de Borodino, esa pérdida ascendía ya a 144.000 hombres (incluyendo los perdidos en

el combate), y 8 días después en Moscú a 198.000. Las pérdidas de aquel ejército fueron en el primero de aquellos períodos de 1/150 al día, en el segundo de 1/120 y en el tercero de 1/19 del total de su fuerza inicial.

Cabe calificar de imparable el movimiento de Bonaparte desde el paso del Njemen hasta Moscú, pero no hay que olvidar que duró 82 días, en los que sólo se cubrieron unas 120 millas, y que el ejército francés se detuvo formalmente dos veces: una en Vilna, unos 14 días, la otra en Vitebsk, unos 11, momento en el que algunos rezagados tuvieron tiempo de volver a unirse. En ese avance de catorce semanas, la estación y los caminos no fueron de los peores, porque era verano y los caminos que se recorrió eran en su mayoría de arena. Pero la gran masa de tropa concentrada en una carretera, la falta de manutención suficiente y un adversario en retirada, pero no en fuga, fueron las condiciones dificultadoras.

No vamos a hablar de la retirada del ejército francés, o más exactamente de su *avance* desde Moscú[74] hasta el Njemen, pero sí podemos observar que el ejército ruso que le perseguía partió con 120.000 hombres de la región de Kaluga y llegó a Vilna con 30.000. Todo el mundo sabe las pocas pérdidas que hubo en combate en ese período.

Otro ejemplo de la campaña de Blücher en Silesia y Sajonia de 1813, que no se distinguió por una larga marcha, pero sí por muchos movimientos en varias direcciones. El cuerpo de York empezó esa campaña el 16 de agosto con unos 40.000 hombres y el 19 de octubre, al llegar a Leipzig, tenía 12.000. Los principales combates que ese cuerpo había librado en Goldberg, Löwenberg, la batalla de Katzbach, Wartenburg y la batalla de Möckern (Leipzig), le costaron según datos del mejor escritor unos 12.000 hombres, por lo que el resto de la pérdida en 8 semanas ascendió a 16.000 hombres, es decir, 2/5 del total.

Por tanto, hay que estar preparado para una gran destrucción de las propias fuerzas si se quiere llevar una guerra con muchos movimientos, ajustar el resto del plan a ella y sobre todo los refuerzos que han de llegar.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

ALOJAMIENTO

En el moderno arte de la guerra, los cuarteles han vuelto a hacerse imprescindibles porque ni las tiendas ni un completo sistema de transportes hacen al ejército independiente. Las cabañas y acampadas al aire libre (los llamados vivacs), por lejos que se lleven, no pueden ser la forma habitual de albergar al ejército sin que, dependiendo del clima, antes o después las enfermedades se extiendan y las fuerzas del mismo se agoten antes de tiempo. La campaña de Rusia de 1812 es una de las pocas en las que, en un clima muy áspero, las tropas casi no estuvieron en cuarteles durante los 6 meses que duró. Pero ¡cuáles fueron las consecuencias de ese esfuerzo, al que habría que llamar extravagancia si esa denominación no correspondiera más bien a la idea política de la empresa!

Dos cosas impiden ocupar cuarteles: la proximidad del enemigo y la velocidad del movimiento. Por eso son abandonados en cuanto se acerca la decisión, y no pueden volver a ser ocupados hasta que la decisión está tomada.

En las guerras modernas, es decir, en todas las campañas que tenemos a la vista desde hace 25 años, el elemento bélico ha actuado con toda su energía. La mayoría de las veces, teniendo en cuenta la actividad y el esfuerzo, ha ocurrido lo que era posible; pero todas esas campañas han sido de corta duración, raras veces han necesitado un semestre, la mayoría de las veces sólo algunos meses para llegar a la meta, es decir, al punto en el que el vencido se ve forzado al armisticio o incluso a la paz, o también al punto en el que el vencedor ha agotado la fuerza de su victoria. Dentro de este espacio de supremo esfuerzo se ha podido hablar poco de cuarteles, porque incluso en la victoriosa campaña de persecución, cuando ya no había peligro, la rapidez del movimiento ha hecho imposible este alivio.

Sin embargo, donde por cualquier razón el curso de las circunstancias es menos arrebatador, donde tiene lugar más un

equilibrado flotar y ponderar de las fuerzas, el alojamiento bajo techo de las tropas es un objeto principal de atención. Esa necesidad tiene incluso alguna influencia sobre la dirección de la guerra, en parte porque con un sistema de avanzadillas más fuerte, con una vanguardia más importante y más adelantada, se trata de ganar más tiempo y seguridad, en parte porque se deja uno guiar menos por las ventajas tácticas del terreno, por las circunstancias geométricas de sus líneas y puntos, que por la riqueza y cultivo del mismo. Una ciudad comercial de 20 o 30.000 habitantes, una carretera abundantemente llena de grandes pueblos y ciudades florecientes, dan ligereza a la concentración de grandes masas, y esa concentración da tal soltura y tal margen que compensa las ventajas que una mejor situación de ese punto podría otorgar.

Tenemos que hacer algunas observaciones sobre la forma de disponer los cuarteles, ya que la mayoría de este objeto corresponde a la táctica.

El alojamiento de las tropas se disgrega en dos tipos, en tanto que puede ser la cuestión principal o accesoria. Si la disposición de las tropas a lo largo de la campaña se hace por motivos meramente tácticos y estratégicos, y si para su alivio se les han asignado los alojamientos disponibles en las cercanías del punto de disposición, como suele ocurrir especialmente con la caballería, los cuarteles son una cuestión accesoria y ocupan el lugar del campamento, y tienen que acometerse pues en ese entorno, de tal modo que las tropas puedan alcanzar su posición a tiempo. En cambio, si el ejército ocupa cuarteles de reposo, el alojamiento de las tropas es lo principal, y las demás medidas, y por tanto también la elección más específica del punto de disposición, tienen que regirse por él.

La primera cuestión que hay que tener en cuenta aquí afecta a la forma de toda la zona de alojamientos. Normalmente suele ser un espacio oblongo muy alargado, por así decirlo una mera ampliación del orden de batalla táctico. El punto de reunión se encuentra delante del mismo y el cuartel principal detrás. Esas tres disposiciones están casi enfrentadas precisamente para servir de impedimento y asegurar la concentración del conjunto ante una posible llegada del enemigo.

Cuanto más forman los cuarteles un cuadrado o incluso un círculo, tanto más rápido pueden concentrarse las tropas en un punto, el punto central. Cuanto más hacia atrás se desplaza ese

punto central, tanto más tarde lo alcanza el enemigo, tanto más tiempo nos queda para concentrarnos. Un punto de reunión detrás de los cuarteles nunca puede estar en peligro. Viceversa, cuanto más se adelante el cuartel principal, tanto más rápido llegarán las noticias, tanto mejor estará el general informado de todo. Por tanto, tales disposiciones no carecen de motivos, que merecen más o menos consideración.

Con la extensión del cuartel en anchura se persigue cubrir el terreno, que de lo contrario el enemigo podría utilizar para sus suministros. Solo que este motivo no es ni del todo cierto ni muy importante. Sólo es cierto cuando se habla de las alas más exteriores, y no del espacio intermedio que surge entre dos secciones del ejército cuando sus cuarteles se desplazan más en torno a su punto de reunión; porque en ese espacio intermedio ninguna tropa enemiga osará entrar. No es muy importante porque hay medios más sencillos de sustraer los distritos próximos a nosotros a las asechanzas del enemigo que la dispersión del ejército mismo.

El establecimiento de puntos de reunión tiene la intención de cubrir los cuarteles. Esto es así. En primer lugar, una tropa que se pone apresuradamente en armas siempre deja atrás una cola de rezagados, enfermos, equipaje, víveres, etc., que podrían caer fácilmente en manos del enemigo si la marcha fuera de retirada. En segundo lugar, hay que temer que el enemigo, si desborda la vanguardia con secciones de caballería o si la desbarata, caiga sobre los regimientos y batallones aislados. Una tropa dispuesta con la que topa, aunque sea débil y al final haya de ser arrollada, le hace detenerse, y se gana tiempo.

En lo que concierne a la situación del cuartel principal, se ha creído que ésta nunca podría estar bastante asegurada.

Según estas distintas cautelas, creeríamos que la mejor disposición de los cuarteles sería formar un cuadrado o círculo tendente al oblongo, con el punto de reunión en su centro y el cuartel principal, con masas en alguna medida considerables, en la línea delantera.

Lo que se ha dicho en general de la cobertura de las alas sigue siendo cierto aquí, y por eso los cuerpos separados del poder principal por la derecha y por la izquierda tendrán su propio punto de reunión con el poder principal a la misma altura incluso cuando tengan la intención de dar una batalla común.

Por lo demás, si se piensa que la naturaleza del terreno determina la situación de los cuarteles —por una parte, la disposición ventajosa del suelo determina el punto natural de instalación; por otra, lo hacen las ciudades y localidades—, se verá cuán pocas veces decide la figura geométrica; pero era necesario llamar la atención sobre ella, porque, como todas las leyes generales, se extiende de manera más o menos predominante sobre la generalidad de los casos.

Lo demás que se puede decir sobre la situación ventajosa de los cuarteles consiste en la elección de un amplio sector del terreno para poner los cuarteles detrás del mismo, mientras el lado enemigo es observado por tropas pequeñas, pero numerosas, o la ocupación del mismo detrás de fortalezas que, cuando las circunstancias son tales que no se puede apreciar la fuerza de su guarnición, insuflan mucho más respeto y cautela al enemigo.

Nos reservamos hablar de los cuarteles de invierno fortificados en un artículo propio.

Los cuarteles de una tropa detenida son distintos de los de una en marcha en que para evitar los rodeos se extienden poco en anchura y se sitúan a lo largo de la carretera, que, cuando no supera la medida de una pequeña marcha de un día, no es menos desfavorable que la rápida concentración.

En todos los casos en que uno se encuentra delante del enemigo, o, como dice la expresión formal, en todos los casos en los que no hay un espacio considerable entre las vanguardias, la extensión de los cuarteles y el tiempo necesario para reunir las tropas determinan la fuerza y posición de la vanguardia y las avanzadillas; o, donde éstas estén condicionadas por el enemigo y las circunstancias, la extensión de los cuarteles dependerá del tiempo que la resistencia de las avanzadas nos conceda.

Hemos dicho en el capítulo tercero de este libro cómo hay que entender esta resistencia en el caso de cuerpos avanzados. Del tiempo de la misma hay que deducir el tiempo para avisar y poner en marcha a las tropas, y lo que queda es el tiempo que puede emplearse para la marcha hacia el punto de reunión.

Para fijar nuestras observaciones en un resultado final, como ocurre en las condiciones más habituales, queremos observar que, si los cuarteles tuvieran la distancia que va de la vanguardia al radio y el punto de reunión estuviera más o menos en el centro del cuartel, el

tiempo ganado por la detención del avance enemigo sería suficiente para informar y poner en marcha a las tropas, aunque esa información no se lleve a cabo mediante faroles, disparos de señales, etc., sino por meros ordenanzas, que son los únicos que dan la pertinente seguridad.

Así que con una vanguardia avanzada tres millas se podría ocupar con los acuartelamientos un espacio de unas 30 millas cuadradas. En una región moderadamente poblada, en este espacio se ubican unos 10.000 hogares, que para un ejército de 50.000 hombres, contando[75] la vanguardia, arrojan unos 4 hombres por hogar, es decir muy cómodos, y con un ejército el doble de fuerte, 9 hombres por hogar, es decir, que seguiría habiendo alojamientos no del todo estrechos. En cambio, si no se hubiera podido adelantar la vanguardia más de una milla, sólo tendría un espacio de 4 millas cuadradas; porque aunque la ganancia de tiempo no desciende en la misma medida que la distancia de la vanguardia, y a la distancia de una milla se podría contar todavía con 6 horas, en tal proximidad del enemigo es preciso aumentar la cautela. En tal espacio, un ejército de 50.000 hombres sólo encontraría alojamiento en alguna medida en una franja de terreno muy poblada.

Se ve qué papel decisivo representan a este respecto las ciudades grandes, o al menos importantes, que dan ocasión de alojar entre 10 y 20.000 hombres casi en un punto.

De este resultado se derivaría que, si no se está demasiado cerca del enemigo y se tiene la correspondiente vanguardia, se podría permanecer en los cuarteles incluso ante un enemigo reunido, como hicieron Federico el Grande a principios de 1762 en Breslau y Bonaparte en 1812 en Vitebsk. Sólo que aunque no hubiera que cuidar de la seguridad de la reunión y tomar las medidas oportunas ante un enemigo concentrado a la correspondiente distancia, tampoco hay que olvidar que un ejército que está ocupado en concentrarse a toda prisa no puede hacer otra cosa en ese tiempo[76]; que, por tanto, no está en condiciones de utilizar instantáneamente las circunstancias resultantes, por lo que se le quita la mayor parte de su efectividad. La consecuencia es que un ejército sólo se alojará del todo en cuarteles en los tres casos siguientes:

1. cuando el enemigo también lo haga;

2. cuando el estado de las tropas lo haga absolutamente necesario;
3. cuando la siguiente actividad se limite a la defensa de una fuerte posición, y por tanto no se trate de otra cosa que de concentrar a las tropas para la misma a su debido tiempo.

Un ejemplo muy curioso de reunión de un ejército acantonado lo da la campaña de 1815. El general Zieten, con la vanguardia de Blücher de 30.000 hombres, estaba en Charleroi, a sólo 2 millas de Sombreffe, donde se pretendía reunir el ejército. Los cuarteles más alejados estaban a 8 millas de Sombreffe, por un lado más allá de Ciney, por el otro hacia Lieja. No obstante, las tropas desplazadas más allá de Ciney habían sido concentradas allí varias horas antes de empezar la batalla de Ligny, y las desplazadas hacia Lieja (el cuerpo de Bülow) también lo habían sido sin azar alguno ni por errónea información.

Indiscutiblemente, no se había cuidado en debida forma de la seguridad del ejército prusiano; pero hay que decir, a modo de aclaración, que esas medidas se habían adoptado cuando el ejército francés también estaba aún en desperdigados cuarteles, y que el error sólo consistió en no haberlas modificado en el momento en que se recibió la primera noticia de movimientos en el ejército enemigo y de la llegada de Bonaparte al mismo.

Siempre seguirá llamando la atención que el ejército prusiano posiblemente podía haberse reunido en Sombreffe antes del ataque del enemigo. Sin duda Blücher tuvo noticia el 14 por la noche, es decir, 12 horas antes de que el general Zieten fuera realmente atacado, del avance del enemigo, y empezó la reunión; sólo que el 15 a las 9 de la mañana el general Zieten estaba ya bajo pleno fuego, y sólo en ese momento le llegó al general Thielmann a Ciney la orden de marchar hacia Namur. Así que primero tuvo que reunir su cuerpo en divisiones y después cubrir seis millas y media hasta Sombreffe, lo que hizo en 24 horas. También el general Bülow hubiera podido llegar en ese tiempo si le hubiera llegado la orden correspondiente.

Pero Bonaparte no empezó el ataque sobre Ligny hasta las 2 de la tarde del 16. La preocupación de tener contra él a Wellington por un lado y a Blücher por otro; en otras palabras: la desproporción de fuerzas, contribuyó a esa lentitud; pero se ve que incluso el más

decidido de los generales se ve frenado por el cauteloso tanteo inevitable en los casos en alguna medida enrevesados.

Una parte de las consideraciones hechas aquí es, evidentemente, de naturaleza más táctica que estratégica; pero hemos preferido invadir ese campo antes de correr el riesgo de no ser claros.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

LA MANUTENCIÓN

Ésta ha cobrado una importancia mucho mayor en las guerras modernas, y ello por dos razones: una, porque los ejércitos en general son mucho más grandes que los de la Edad Media e incluso los del mundo antiguo; porque aunque de vez en cuando se encuentren ejércitos que igualan en volumen a los modernos o incluso los superan, son manifestaciones raras y pasajeras, mientras en la moderna Historia bélica desde Luis XIV los ejércitos siempre han sido muy numerosos. Pero la segunda razón es aún mucho más importante y más propia de la nueva era. Consiste en la más fuerte de las relaciones internas de nuestras guerras, en la constante prontitud para la batalla[77] de las fuerzas que la hacen. La mayoría de las guerras antiguas consisten en empresas aisladas y carentes de ligazón, separadas por pausas en las que la guerra, o bien descansaba de hecho y sólo existía desde el punto de vista político, o bien las fuerzas se mantenían al menos tan alejadas entre sí que cada una de ellas atendía tan sólo sus necesidades, sin prestar atención a la opuesta.

Las guerras modernas, es decir, las ocurridas desde la Paz de Westfalia, han recibido del esfuerzo de los Gobiernos una forma más regular, más coherente, la finalidad bélica predomina por doquier y exige, también en lo que respecta a la manutención, dispositivos capaces de satisfacerla. Sin duda las guerras de los siglos XVII y XVIII también tienen grandes pausas, próximas a una total cesación de la guerra, concretamente los regulares cuarteles de invierno, sólo que también estos están subordinados a la finalidad bélica; es la mala estación del año, y no el mantenimiento de las tropas, el que mueve a ellos, y como cesan regularmente al llegar el verano, al menos durante la buena estación del año se exige una acción bélica ininterrumpida.

Lo mismo que en todo han tenido lugar pasos de un estado y una forma de proceder a otro, también es éste el caso. En las guerras

contra Luis XIV, los aliados solían enviar a sus tropas a provincias lejanas durante los cuarteles de invierno para poder alimentarlas con más facilidad; esto ya no ocurre en las Guerras Silesias.

Esta forma regular y coherente de la actividad bélica sólo se hizo posible a los Estados cuando los soldados ocuparon el lugar de los ejércitos feudales. La obligación feudal se transformó en un impuesto, y el servicio personal desapareció por completo, ocupando su lugar el reclutamiento, o se mantuvo en una clase popular muy pequeña, en tanto que la nobleza contemplaba el reclutamiento (como aún ocurre en Rusia y Hungría) como una especie de tasa, como un impuesto humano. En cualquier caso, ahora los ejércitos, como ya hemos dicho en otro sitio, se convertían en un instrumento del gabinete, cuya base principal era el tesoro o los recursos económicos del Gobierno.

La misma circunstancia que se daba con el reclutamiento y constante renovación de la fuerza se daba con su manutención. Si se había liberado a los estamentos del primero a cambio de una indemnización en metálico, no se les podía cargar con la última dando un rodeo tan breve. Así que el gabinete, el tesoro, tenía que cargar con la manutención del ejército y no podía mantenerlo en su propio territorio a costa del mismo. Así que los Gobiernos tenían que considerar asunto enteramente suyo la manutención de las tropas. De este modo, ésta se volvía doblemente difícil; por una parte, al ser cosa del Gobierno, y por otra, porque las fuerzas siempre debían estar a la vista del enemigo.

Así pues, no sólo se creó un ejército autónomo, sino también un dispositivo autónomo para alimentarlo, ampliándolo tanto como se quisiera.

No sólo se traían los suministros, ya fuera a cambio de dinero o en forma de tributos, es decir, de puntos alejados, y se amontonaban en almacenes, sino que también eran llevados de éstos a las tropas por medio de un sistema de transporte propio, cocinados en sus cercanías mediante cocinas propias y después, mediante otro sistema de transporte proporcionado en última instancia por las propias tropas, retirados de éstas. Vamos a echar un vistazo a este sistema, no sólo porque explica la singularidad de las guerras en las que ha existido, sino porque nunca puede dejar del todo de hacerlo, y partes del mismo aparecerán una y otra vez.

Así pues, el dispositivo bélico tendía a ser cada vez más independiente del pueblo y del país.

La consecuencia fue que de este modo la guerra se hacía sin duda más regular, más coherente, más subordinada a la finalidad bélica, es decir, política, pero al mismo tiempo también mucho más limitada y coaccionada en sus movimientos, e infinitamente debilitada en su energía. Porque ahora se estaba vinculado a almacenes, limitado al ámbito de actuación del servicio de transporte, y nada más natural que el que todo tomara la dirección de organizar la manutención del ejército de forma tan ahorrativa como fuera posible. El soldado, alimentado por un triste mendrugo de pan, erraba a menudo como una sombra, y ninguna expectativa de un cambio de suerte le consolaba en el momento de la privación.

Quien quiera desdeñar por indiferente esa pobre alimentación del soldado y sólo piense en lo que Federico el Grande hizo con soldados atendidos de este modo no ve la cuestión con total imparcialidad. La fuerza para soportar las privaciones es una de las más hermosas virtudes del soldado, y sin ella no hay ejército de verdadero espíritu castrense, pero esa privación tiene que ser pasajera, impuesta por la fuerza de las circunstancias, y no la consecuencia de un sistema pobre o de un cálculo de necesidades parco y abstracto. En este caso, la fuerza física y moral del individuo siempre se debilitará. Lo que Federico el Grande hizo con sus tropas no puede servirnos de medida, porque en parte está en contra de ese sistema, en parte no sabemos cuánto más habría hecho si hubiera podido dejar a sus tropas vivir como Bonaparte dejaba vivir a las suyas en cuanto las circunstancias lo permitían.

Sólo que, salvo al mantenimiento de los caballos, nunca se habría osado extender el sistema de manutención artificial, porque tiene muchas más dificultades de transporte debido a su volumen. Una ración de forraje pesa aproximadamente diez veces más que una de soldado, y en un ejército el número de caballos no es de 1/10 de los hombres, sino incluso ahora de entre 1/4 y 1/3, y era normalmente de entre 1/3 y 1/2, es decir, que el peso de las raciones de forraje era tres, cuatro o cinco veces el de las raciones de soldado; por eso, se trató de satisfacer esta necesidad del modo más directo, mediante forrajeo. Sólo que estos forrajeos imponían a la guerra una gran coacción: por una parte, porque convertían en objeto principal el que la guerra se librara en territorio extranjero; en segundo lugar,

porque no permitían estar mucho tiempo en una misma región. En la época de las Guerras Silesias, los forrajeos ya habían disminuido mucho; producían una devastación y agotamiento en la región mucho mayores que cuando se satisfacía esa necesidad mediante proveedores y confiscaciones en la misma región.

Cuando la Revolución Francesa volvió a sacar de pronto al escenario una fuerza popular, los medios de los Gobiernos dejaron de mostrarse suficientes y todo el sistema bélico, surgido de la limitación de esos medios y que hallaba su seguridad en esa limitación, saltó por los aires, y con él también *esa* parte de la que hablamos aquí, el sistema de manutención. Sin preocuparse mucho de los almacenes, y pensando aún menos en ajustar ese artificial mecanismo de relojería que hacía girar las distintas secciones del transporte como un engranaje, los caudillos revolucionarios enviaron sus soldados a campaña, lanzaron sus generales a la batalla, alimentaron, reforzaron, animaron y estimularon todo confiscando, robando y saqueando lo que necesitaban.

Entre estos dos extremos, la guerra bajo Bonaparte y contra Bonaparte se ha mantenido en el centro, es decir, ha utilizado de los recursos de todo tipo lo que le convenía; y así seguirá siendo probablemente en lo sucesivo.

También en la nueva forma de abastecimiento de las tropas, es decir, emplear todo lo que la región ofrece sin tener en cuenta de quién es, hay cuatro vías distintas, a saber: la alimentación por parte del huésped, mediante confiscaciones llevadas a cabo por las propias tropas, mediante concursos generales y mediante almacenes. Normalmente las cuatro se entrelazan, y suele predominar una, pero también se da el caso de que sólo una se aplique por entero.

1. *La alimentación por parte del huésped o la comunidad, que es lo mismo*. Si se tiene en cuenta que una comunidad, incluso si, como las grandes ciudades, sólo está formada por consumidores, tiene que tener reservas de víveres para varios días, se ve que hasta la más populosa de las ciudades estará en condiciones de alimentar durante un día un acuartelamiento que se acerque a su número de habitantes, y si el acuartelamiento es mucho menor, lo estará durante varios días sin necesidad de especiales preparativos. Esto da en las ciudades de tamaño considerable un resultado más que suficiente, porque se puede alimentar en un punto a una masa de

tropas importante. En las ciudades pequeñas o incluso en pueblos, en cambio, el resultado sería muy insuficiente; porque una población de 3.000 o 4.000 personas por milla cuadrada, que es ya importante, sólo dará alimento a 3.000 o 4.000 hombres, lo que en caso de masas considerables exigiría una dispersión tan grande de las tropas que las otras condiciones difícilmente podrían mantenerse. Sólo en campo abierto, e incluso en pequeñas ciudades, la masa de aquellos víveres de los que se trata en la guerra es mucho mayor; la reserva de pan de un campesino alcanza para alimentar a su familia, más o menos, de 8 a 14 días; la carne se puede conseguir diariamente, suele haber verduras hasta la próxima cosecha. De ahí que en cuarteles que aún no han sido ocupados no haya dificultades para alimentar durante unos días a 3-4 veces su población, lo que a su vez vuelve a dar un resultado muy satisfactorio. Según esto, una columna de 30.000 hombres podría necesitar unas 4 millas cuadradas de espacio con una población de 2.000 a 3.000 almas[78], si no se puede ocupar una ciudad importante, lo que daría una anchura de 2 millas. Así que un ejército de 90.000 cabezas, que pudiera contar con 75.000 combatientes, ocuparía una anchura de 6 millas si marchara en tres columnas paralelas, caso de que hubiera 3 carreteras en ese espacio.

Si a un alojamiento así vienen varias columnas sucesivas, las autoridades locales tendrán que aportar especial provisión, lo que no debe ser difícil para las necesidades de uno o varios días. Así que si los 90.000 hombres mencionados fueran seguidos por otros tantos un día después, tampoco éstos pasarían escasez, lo que arroja ya la considerable masa de 150.000 combatientes.

El forraje para los caballos es aún menos difícil de conseguir, ya que no necesita molerlo ni cocerlo, y como para los caballos del país tiene que haber alimentos hasta la próxima cosecha, incluso allá donde hay poco forraje no será fácil que haya carencia; sólo que, naturalmente, el forraje habrá de ser reclamado a la comunidad, y no a cada huésped. Por lo demás, se entiende que hay que presuponer algunas cautelas que afectan a la disposición de la marcha en relación con la naturaleza del terreno, para no enviar la caballería precisamente a localidades y zonas mercantiles y fabriles.

El resultado de este fugaz vistazo es pues que en un país medianamente poblado, de 2 a 3.000 almas por milla cuadrada, con un ejército de 150.000 combatientes en una extensión muy reducida, que no excluya batirse unidos, se encontrará manutención para uno

o dos días entre los huéspedes y comunidades; esto significa que un ejército así puede sostener una marcha ininterrumpida sin almacenes ni otros preparativos.

Sobre este resultado se han basado las empresas del ejército francés en las guerras revolucionarias y bajo Bonaparte. Han avanzado desde el Adigo hasta el bajo Danubio y desde el Rin hasta el Vístula, sin tener otros medios de manutención que los del huésped[79] y sin pasar nunca necesidad. Como sus empresas se basaban en la superioridad física y moral, e iban acompañadas por éxitos indudables, o al menos no fueron retrasadas en ningún caso por la indecisión y la cautela, el movimiento de su victoriosa carrera fue en la mayoría de los casos el de una marcha incesante.

Cuando las circunstancias son menos favorables, la población no tan grande, o más formada por industriales que por campesinos, cuando el suelo es malo o la región ha sido tomada varias veces, naturalmente el resultado desciende. Pero si se piensa que aumentando la extensión lateral de una columnas de 2 a 3 millas se cubre más del doble de la superficie, es decir, en vez de cuatro nueve millas cuadradas, y que ésta sigue siendo una extensión que permite en los casos normales batirse juntos, se ve que incluso en circunstancias desfavorables, en caso de movimiento incesante, esa forma de alimentación sigue siendo posible.

Sin embargo, en cuanto se produjera una detención de varios días habría de producirse la mayor necesidad si no se procediera de otro modo. Esas medidas consisten ahora en dos dispositivos de los que no puede carecer un ejército considerable. El primero es un sistema de transporte que pueda llevar a las tropas durante algunos días, es decir, dos o tres, pan o harina como parte más necesaria de su sustento; si se cuenta con la ración para tres o cuatro días que el propio soldado lleva encima, se da seguridad para ocho días de la más imprescindible manutención.

El segundo dispositivo es un comisariado bien organizado que consiga en cada momento de descanso víveres de regiones alejadas, de forma que en todo momento se pueda pasar de un sistema de manutención a cargo de los alojamientos a otro.

La manutención a cargo de los alojamientos tiene la infinita ventaja de que no necesita medios de transporte y se lleva a cabo en el plazo más breve; pero por supuesto presupone que por regla general todas las tropas puedan alojarse.

2. *Manutención mediante confiscaciones de las tropas*. Si un solo batallón acampa, puede hacerlo en las cercanías de algunos pueblos, y a éstos se les puede ordenar suministrarle alimentos; en ese caso, la manutención no sería esencialmente distinta de la que hemos citado con anterioridad. Pero si, como suele ocurrir, la masa de tropas que ha de acampar en un punto es mucho más numerosa, no queda más remedio que confiscar en ciertos distritos lo necesario para una gran conjunto, como una brigada o una división, y repartirlo.

Un simple vistazo muestra que con este procedimiento nunca se puede conseguir manutención para ejércitos considerables. La explotación de las reservas del país será mucho menor que si las tropas se hubieran alojado en ese mismo distrito; porque allá donde 30 o 40 hombres entran en casa de un campesino sabrán conseguir hasta lo último allá donde falte, pero un oficial enviado con unos cuantos hombres a confiscar alimentos no tiene ni tiempo ni recursos para registrar todas las reservas; a menudo también faltarán medios de transporte, así que sólo podrá conseguir una pequeña parte de lo disponible. Por otra parte, en los campamentos las masas de tropa están de tal modo amontonadas en un punto que los distritos de los que se puede confiscar a toda prisa son demasiado insignificantes para atender sus necesidades. ¡Qué significa que 30.000 hombres confisquen víveres en una superficie de una milla a la redonda, es decir, de 3 a 4 millas cuadradas! Raras veces podrán hacerlo, porque la mayoría de los pueblos vecinos estarán ocupados por tropas sueltas, que no querrán dejar que se lleven nada. Finalmente, esta forma de hacer las cosas es la más despilfarradora, porque algunos individuos reciben demasiado, se pierde mucho sin ser consumido, etc.

El resultado es pues que la manutención por medio de tales confiscaciones sólo puede tener lugar con éxito en caso de masas de tropa no demasiado grandes, por ejemplo en una división de 8 a 10.000 hombres, y que incluso en ese caso se podrá admitir sólo como un mal necesario.

Normalmente, será inevitable para todas las secciones que se encuentren en la proximidad inmediata del enemigo, como vanguardias y avanzadillas; en caso de movimiento de avance, porque se llega a un punto en el que no se pueden hacer preparativos y normalmente se está demasiado lejos de los víveres acumulados

para el resto del ejército; además, en caso de cuerpos volantes, que están abandonados a sus propias fuerzas; y por fin, en todos aquellos casos en los que el azar haga que no haya tiempo ni recursos para otra clase de manutención.

Cuanto más dispuesta esté la tropa para un concurso general, cuanto más permitan el tiempo y las circunstancias pasar a esta forma de manutención, tanto mejor será el resultado. Pero la mayoría de las veces es tiempo lo que falta, porque lo que las tropas consiguen directamente les llega con mucha mayor rapidez.

3. *Mediante concursos regulares*. Este es indiscutiblemente el medio de manutención más sencillo y más eficaz, que ha representado el fundamento de todas las guerras modernas.

Éste se distingue del tipo anterior por la participación de las autoridades del país. Ya no se trata de tomar por la fuerza los víveres allá donde se encuentren, sino de suministrarlos por medio de un reparto racional. Ese reparto sólo pueden hacerlo las autoridades.

Todo depende aquí del tiempo. Cuanto más tiempo haya disponible, tanto más general podrá ser el reparto, tanto menos apremiará, tanto más regular será el éxito. Se puede echar mano incluso de las compras en metálico, y esta forma de manutención se acercará por tanto a la siguiente. En todas las concentraciones de fuerzas en el propio país no presenta dificultad alguna, y tampoco, por regla general, en los movimientos de retirada. En cambio, en todos los movimientos de acceso a una región que aún no poseemos queda muy poco tiempo para tales disposiciones; normalmente sólo el día que la vanguardia suele preceder al ejército. Con ella reciben las autoridades las peticiones de cuántas raciones deben tener preparadas aquí y allá. Como éstas sólo pueden ser obtenidas del entorno inmediato, es decir, unas cuantas millas a la redonda del punto establecido, en caso de ejércitos importantes estas acumulaciones hechas a toda prisa no bastarían ni con mucho si el ejército no llevara consigo raciones para varios días. Es pues cosa de los comisariados administrar lo obtenido y darlo sólo a aquellas partes de la tropa que no tienen nada. Pero el apuro disminuirá con cada uno de los días siguientes, porque igual que las distancias de las que se pueden traer los alimentos crecen como el número de días, también aumenta la superficie y en consecuencia el resultado, al ritmo de las millas cuadradas. Si el primer día sólo se han podido

hacer suministros[80] a partir de 4 millas cuadradas, al día siguiente son 16, y al tercero 36; así pues, el segundo día 12 más que el primero, el tercero 20 más que el segundo.

Se entiende que esto tan sólo apunta las circunstancias, porque hay muchas circunstancias limitativas, de las que la principal es que la región de la que acaba de venir el ejército no puede contribuir en la misma medida que las otras. Pero, por otra parte, también hay que tener en cuenta que el radio de suministro puede ampliarse en más de 2 millas diarias, quizá 3, 4 y en algunos lugares incluso más.

De que estos suministros, por lo menos la mayor parte de ellos, se practiquen realmente se encarga la fuerza ejecutiva de algunos destacamentos que acompañan a los funcionarios, pero más aún el temor a la responsabilidad, el castigo y el maltrato que en tales casos suele pesar sobre toda la población como una presión general.

Por lo demás, no puede ser intención nuestra indicar los dispositivos concretos, toda la maquinaria del sistema de comisariado y manutención, lo único que nos interesa es el resultado.

Ese resultado, que se deriva para nosotros de la visión del sano entendimiento humano sobre las condiciones generales y de la experiencia de las guerras habidas desde la Revolución, es pues que hasta el más considerable de los ejércitos, cuando lleva consigo víveres para algunos días, puede ser alimentado de forma impecable mediante estos concursos, que sólo se producen en el momento de su llegada, afectan primero a la región más próxima y luego, con el tiempo, se extienden a círculos más amplios, son dispuestos desde puntos cada vez más elevados.

Este medio no tiene otros límites que el agotamiento, empobrecimiento y destrucción del país. Como en caso de más larga estancia las disposiciones ascienden hasta las máximas instancias del país, y naturalmente éstas harán todo lo posible para repartir la carga del modo más uniforme y aliviar la presión[81] mediante compras, como incluso el Estado ajeno que hace la guerra no suele ser en este caso tan cruel y desconsiderado, cuando pasa mucho tiempo en nuestro país, como para cargar sobre él todo el peso de su manutención, el sistema de suministros suele acercarse por sí mismo poco a poco al de los almacenes, sin por eso dejar por entero de modificar notablemente la influencia que tiene sobre los movimientos bélicos; porque es muy distinto que las fuerzas de la

región se vean complementadas por víveres traídos de grandes distancias, pero el país mismo siga siendo el auténtico órgano de la manutención del ejército, a que el ejército consiga su manutención de forma completamente autónoma, como en las guerras del siglo XVIII, y el país no tenga por regla general nada que ver con ello.

La diferencia estriba en dos cosas: la utilización del sistema de transportes del país y la de las cocinas del mismo. Con esto desaparece el inmenso séquito del sistema de transportes del ejército, que siempre destruye su propia obra.

Sin duda ningún ejército puede carecer por completo de sistema de manutención, sólo que este es infinitamente menor, y en cierto modo sólo sirve para trasladar el excedente de un día al otro. Especiales circunstancias, como las de Rusia en 1812, han podido forzar en los últimos tiempos a disponer de un fuerte séquito de vehículos, y también han tenido que llevarse consigo cocinas de campaña; sólo que en parte se trata de excepciones, porque pocas veces se dará el caso de que 300.000 hombres avancen 130 millas casi por una sola carretera, y eso en un país como Polonia y Rusia y poco antes de la cosecha, y en parte incluso en esos casos las medidas tomadas por el ejército serán sólo auxiliares, y los suministros procedentes de la zona serán siempre la base de toda la manutención.

Desde las primeras campañas de la guerra revolucionaria francesa, el sistema de suministros de los ejércitos franceses se ha hecho constantemente sobre esa base, y también los aliados que se les oponían han tenido que pasar a él, y es difícil imaginar que jamás se pueda retroceder. Ningún otro da tales resultados, tanto en lo que se refiere a la energía en la dirección de la guerra como en su facilidad y desenvoltura. Como normalmente en las primeras 3 o 4 semanas no se pasa apuro alguno, y luego se puede solucionar recurriendo a los almacenes, bien se puede decir que de este modo la guerra ha obtenido la mayor libertad. Sin duda las dificultades serán en una dirección mayores que en otra, y esto puede pesar algo en la balanza de las consideraciones, pero nunca se topará con una imposibilidad absoluta, y nunca la consideración que se dedique a la manutención decidirá de forma imperativa. Sólo una circunstancia es una excepción, y son las retiradas por terreno enemigo. En este caso, se reúnen condiciones desfavorables para la manutención. El movimiento es de avance, y normalmente sin especiales paradas, así

que no hay tiempo de reunir víveres; las circunstancias en las que se acomete tal retirada suelen ser de por sí muy desfavorables, se está forzado a mantenerse siempre en masas, y por eso normalmente no puede haber distribución en cuarteles o hablarse de una considerable separación de las columnas; la situación hostil del país no permite reunir víveres sin fuerza ejecutiva mediante meros concursos, y finalmente el momento en sí es especialmente adecuado para fomentar la resistencia y mala voluntad de los habitantes. Todo esto hace que en tales casos se esté limitado por regla general a las líneas establecidas de comunicación y retirada.

Cuando Bonaparte fue a empezar su retirada en 1812, sólo podía hacerla por la carretera por la que había venido, y ello a causa de la manutención, porque por cualquier otra aún hubiera sucumbido antes y más indudablemente, y todas las críticas que han manifestado al respecto incluso escritores franceses son en extremo irreflexivas.

4. *La manutención a partir de almacenes.* Si esta clase de manutención ha de distinguirse genéricamente de la anterior, sólo podría ser con un dispositivo como el que se empleó en el último tercio del siglo XVII y durante el siglo XVIII. ¿Podrá volver alguna vez tal dispositivo?

Desde luego, difícilmente se comprende cómo podría ser de otra manera si uno se imagina la guerra fijada con grandes ejércitos en un sitio durante 7, 10, 12 años, como ocurrió en los Países Bajos, en el Rin, en la Alta Italia, en Silesia y Sajonia, porque ¿qué país podría ser durante tanto tiempo el órgano principal de manutención de los dos[82] ejércitos sin hundirse por entero, es decir, sin fallar poco a poco en su servicio?

Pero aquí surge, naturalmente, la pregunta: ¿determinará la guerra el sistema de manutención o el sistema de manutención la guerra? Respondemos: primero el sistema de manutención determinará la guerra, hasta donde lo permitan las demás condiciones de las que depende; pero donde éstas empiecen a ofrecer demasiada resistencia la guerra repercutirá sobre el sistema de manutención y lo determinará.

La guerra fundada en el sistema de suministros y la manutención local tiene tal superioridad sobre la guerra con el puro abastecimiento mediante almacenes que éste ya no aparece como un

instrumento igual. Ningún Estado se atrevería a concurrir con éste contra aquel, y si hubiera en algún sitio un ministro de la guerra lo bastante limitado e ignorante como para ignorar la general necesidad de estas circunstancias y equipar al ejército a la antigua al empezar la guerra, la fuerza de las circunstancias pronto arrastraría al general y el sistema de suministros se impondría por sí mismo. Si se piensa que el gran coste que tal dispositivo causa tiene que reducir necesariamente el volumen de los equipamientos, la masa de las fuerzas, porque ningún Estado dispone de dinero de sobra, esto casi no deja otra posibilidad para tal equipamiento que el que las dos partes enfrentadas en la guerra se pusieran de acuerdo en ello por vía diplomática, un caso que ha de ser considerado un mero juego intelectual.

Así pues, en adelante las guerras empezarán siempre con el sistema de suministros; podemos dejar a un lado por el momento cuánto hará uno u otro Gobierno por complementarlo mediante dispositivos artificiales, cuidar más su propio país, etc.; sin duda no será demasiado, porque en tales instantes siempre se atiende primero a las necesidades más urgentes, y un sistema artificial de manutención ya no está entre ellas.

Pero cuando una guerra no es tan decisiva en sus éxitos, no es tan amplia en sus movimientos, como realmente está en su naturaleza, el sistema de suministros empieza a agotar la región de tal modo que o bien se concluye la paz o hay que tomar medidas para aliviar al país y alimentar de forma independiente al ejército. Este último fue el caso de los franceses bajo Bonaparte en España; pero el primero se producirá con mucha mayor frecuencia. En la mayoría de las guerras, el agotamiento de los Estados crece de tal modo que en vez de pensar en una guerra más cara se verán apremiados a la necesidad de la paz. También por este lado, la moderna dirección de la guerra llevará al resultado de acortar las guerras.

Sin embargo, no queremos negar de manera completamente general la posibilidad de guerras con el viejo sistema de manutención; allá donde la naturaleza de las circunstancias impulse a ello por ambas partes, y se produzcan otras que lo favorezcan, quizá vuelva a mostrarse; pero nunca podemos encontrar en esta forma un organismo natural; es más bien una anomalía que las circunstancias permiten, pero que nunca puede desprenderse del verdadero significado de la guerra. Menos aún podemos considerar

esta forma, por más humana, como un perfeccionamiento de la guerra, porque la guerra misma no es humana.

Sea cual sea la forma de manutención que se elija, es natural que en las regiones ricas y pobladas sea más fácil que en las pobres y despobladas. El tener en cuenta la población se debe a su doble relación con los recursos; en primer lugar, donde se consume mucho tiene que haber muchas provisiones; en segundo lugar, por regla general a mayor población, mayor producción. Desde luego, aquellos distritos poblados sobre todo por trabajadores industriales constituyen una excepción, especialmente cuando, como ocurre no pocas veces, hablamos de valles montañeses rodeados de suelo infértil; sólo que en la generalidad de los casos siempre es mucho más fácil atender las necesidades de un ejército en un país poblado que en uno despoblado. 400[83] millas cuadradas en las que viven 400.000 personas sin duda no podrán soportar tan fácilmente, por fértil que sea su suelo, las 100.000 cabezas de un ejército, como 400 millas cuadradas en las que vivan 2 millones. A esto se añade que en los países muy poblados las conexiones por carretera y las vías fluviales son más frecuentes y mejores, los medios de transporte más abundantes, las comunicaciones mercantiles más fáciles y seguras. En una palabra: es infinitamente más fácil alimentar a un ejército en Flandes que en Polonia.

La consecuencia es que la guerra, con su cuádruple trompa succionadora, prefiere asentarse en las carreteras principales, en ciudades pobladas, en los fértiles valles de grandes ríos o a lo largo de las costas de transitados mares.

De aquí se desprende con claridad la general influencia que la manutención del ejército puede tener sobre la orientación y forma de sus empresas, la elección del teatro bélico y las líneas de comunicación.

Naturalmente, hasta dónde pueda llegar esta influencia, qué valor puede tener en la cuenta la dificultad o facilidad de la manutención, depende mucho de la forma en que haya que hacer la guerra. Si ésta se produce en su espíritu más propio, es decir, con la fuerza irrefrenada de su elemento, con la presión y la necesidad de la lucha y la decisión, la manutención del ejército será una cuestión importante, aunque subordinada; pero si tiene lugar un equilibrio en el que los ejércitos vayan y vengan durante muchos años por la misma provincia, la manutención se convierte a menudo en cuestión

principal, el intendente en general y la dirección de la guerra en la administración de los carruajes.

Así, hay innumerables campañas en las que no ocurre nada, falta finalidad, las fuerzas se desgastan inútilmente y todo se disculpa con la falta de alimentos; en cambio, Bonaparte solía decir: *qu'on ne me parle pas des vivres!*

Desde luego, este general hizo evidente en la campaña rusa que se puede llevar demasiado lejos esta desatención, porque, por no decir que toda la campaña se echó a perder quizá sólo por eso, lo que al fin y al cabo no sería más que una conjetura, no cabe duda de que debió la inaudita descomposición de su ejército en el avance y la total ruina del mismo en la retirada a la falta de atención prestada a su manutención.

No obstante, sin negar en Bonaparte al apasionado jugador que se arriesga a menudo a llegar a locos extremos, bien se puede decir que él y los generales revolucionarios que le precedieron dejaron a un lado un gran prejuicio en cuanto a la manutención y demostraron que ésta nunca podía ser considerada más que como una *condición,* pero nunca como fin en sí misma.

Por lo demás, con las privaciones en la guerra pasa como con el esfuerzo físico y el peligro; las exigencias que el general puede hacer a su ejército no están limitadas por ninguna línea determinada; un carácter fuerte exige más que un hombre tierno y sentimental; también los logros del ejército son distintos según sea la medida en que la costumbre, el espíritu bélico, la confianza y el amor al general o el entusiasmo por la causa de la patria apoyen la voluntad y las fuerzas de los soldados. Pero debería poder establecerse como principio que la privación y la necesidad, por elevadas que puedan ser, han de ser siempre consideradas estados pasajeros, y que tienen que conducir a una abundante manutención, y en algún momento incluso al exceso. ¿Hay algo más conmovedor que pensar en tantos miles de soldados que, mal vestidos, cargados con 30 a 40 libras de impedimenta, se arrastran durante días en largas marchas, con cualquier clima y por cualquier camino, poniendo constantemente en juego la salud y la vida, sin poder saciarse a cambio siquiera de pan seco? Cuando se sabe con cuánta frecuencia ocurre esto en la guerra, apenas se comprende cómo no conduce más a menudo al fracaso de la voluntad y de las fuerzas, y cómo la mera orientación de los

pensamientos es capaz de provocar y sostener tales esfuerzos con su constante acción.

Por tanto, quien impone a los soldados grandes privaciones porque grandes fines las exigen, tendrá que tener presente, ya sea por sentimiento o por razón, la recompensa de la que se hace deudor con ellos para otros tiempos.

Ahora tenemos que pensar en la diferencia que hay entre ataque y defensa en lo que a la manutención se refiere.

La defensa está en condiciones de hacer uso ininterrumpido de los preparativos que ha podido hacer durante el acto mismo de esa defensa. Así pues, al defensor no puede faltarle lo necesario; éste será especialmente el caso en su propio país, pero también sucede en el enemigo. El ataque en cambio se aleja de sus fuentes de recursos, y mientras dura su avance, e incluso en las primeras semanas en que se detiene, tiene que conseguir lo necesario de un día para otro, lo que raras veces ocurre sin carencias y apuros.

Esta dificultad suele ser máxima en dos casos. Primero durante el avance, antes de que se haya decidido el combate; en ese momento, todos los víveres del defensor están en sus manos, y el atacante ha tenido que dejar atrás los suyos; tiene que concentrar sus masas y no puede ocupar mucho espacio, incluso sus transportes no han podido seguirle en cuanto han empezado los movimientos de la batalla. Si en ese momento no se han tomado buenos preparativos, ocurre fácilmente que las tropas se encuentren con carencias y angustias unos días antes de la batalla decisiva, lo que no es el medio para conducirlas bien[84] al combate.

En el segundo caso, la carencia se produce sobre todo al final de un avance victorioso, cuando las líneas de comunicación empiezan a ser demasiado largas, especialmente cuando la guerra se hace en un país pobre, despoblado, quizá incluso hostil. Qué enorme diferencia entre una comunicación de Vilna a Moscú, donde cada carretada tiene que ser llevada por la fuerza, y una desde Colonia pasando por Lieja, Löwen, Bruselas, Mons, Valenciennes y Cambrai hasta París, donde una carta comercial, una letra de cambio, basta para conseguir millones de raciones.

A menudo, las consecuencias de esa dificultad han sido que el brillo de la más espléndida victoria se apague, las fuerzas disminuyan, la retirada se haga necesaria y adopte poco a poco todos los síntomas de una verdadera derrota.

El forraje de los caballos, que como hemos dicho es el que menos suele faltar al principio, empezará a faltar conforme se agote la región, porque debido a su volumen es el más difícil de traer de lejos, y el caballo sucumbe por la carencia mucho antes que el hombre. Por ese motivo, una caballería y artillería demasiado numerosas pueden ser una verdadera carga para el ejército y convertirse en un verdadero principio de debilitamiento.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

BASE DE OPERACIONES

Cuando un ejército avanza desde los puntos en que tiene su origen para acometer una empresa, ya sea atacar al enemigo y su teatro bélico o establecerse en los límites del propio, queda en una necesaria dependencia de aquellas fuentes y tiene que mantener la comunicación con ellas, porque son condición de su existencia y permanencia. Esa dependencia crece, de forma intensiva y extensiva, con el tamaño del ejército. No es ni posible ni exigible que el ejército se mantenga en comunicación directa con todo el país, sino sólo con la parte de él que se encuentra justo a sus espaldas y en consecuencia está cubierto por su posición. En esa parte del país se harán, en tanto sea preciso, especiales depósitos de víveres y se tomarán medidas para hacer llegar regularmente medios de apoyo. Ese trozo del país es pues la base del ejército y de todas sus empresas, y tiene que ser considerada un todo junto con el mismo. Si las reservas se han depositado en lugares fortificados, para mayor seguridad de las mismas, el concepto de base se fortalece, pero no surge de ello, porque en multitud de casos no sucede así.

Pero también un trozo del país enemigo puede ser el fundamento de un ejército o por lo menos formar parte de él, porque cuando un ejército avanza por territorio enemigo un montón de necesidades se satisfacen a partir de las partes tomadas al mismo; en este caso, la condición es que se sea realmente dueño de esa franja de terreno, es decir, que se esté seguro de que se van a ejecutar las medidas que se tomen. Esta certeza raras veces va más lejos de lo que se pueda mantener el temor de los habitantes mediante pequeñas guarniciones y patrullas itinerantes, y normalmente esto es bastante limitado. La consecuencia es que en el país enemigo la región de la que se pueden extraer las cosas de todo tipo que se requieren es muy limitada en relación a las necesidades del ejército, y en la mayoría de los casos no basta para ellas; por tanto, el propio país tiene que aportar mucho, y en consecuencia aquella parte del

mismo que se encuentra detrás del ejército vuelve a entrar en consideración como necesario integrante de la base.

Hay que distinguir las necesidades de un ejército en dos clases: aquellas que toda región cultivada ofrece y otras que sólo puede satisfacer recurriendo a las fuentes de las que partió. Las primeras son principalmente medios de manutención, y las segundas de apoyo. Las primeras puede suministrarlas el país enemigo, las últimas por regla general sólo el propio, p.ej. hombres, armas y en la mayoría de los casos también munición. Aunque en algunos casos pueda haber excepciones a estas diferencias, son raras e insignificantes, y toda diferencia sigue siendo muy importante y demuestra de nuevo que la conexión con el propio país es imprescindible.

Las reservas de alimentos se acumulan generalmente en lugares abiertos, tanto en terreno enemigo como propio, porque no hay tantas fortificaciones como serían necesarias para acoger la gran masa de estos víveres, que se consumen con rapidez, y que son necesarios ora aquí, ora allá, y porque su pérdida es más fácil de sustituir; en cambio, las provisiones de apoyo, es decir, armas, munición y equipos, no se depositan fácilmente en lugares abiertos en las proximidades del teatro bélico, sino que preferiblemente se traen de mayores distancias, y en terreno enemigo nunca en otro sitio que fortificaciones. También esa circunstancia hace que la importancia de la base derive más de los medios de apoyo que de los de alimento.

Cuanto más se reúnen en grandes depósitos los medios de ambas clases antes de alcanzar su aplicación, cuanto más se reúnen por tanto las distintas fuentes en grandes reservas, tanto más pueden ser consideradas como representantes de todo el país, y el concepto de base se referirá tanto más a estos grandes centros de abastecimiento; pero nunca se puede llegar tan lejos como para que sólo ellos se confundan con la base.

Si estas fuentes de apoyo y alimento son muy ricas, es decir, si son grandes y ricas franjas de terreno, si se concentran en grandes depósitos para su más rápida eficacia, si están cubiertas de una u otra forma, si están próximas al ejército, si hay buenas carreteras que conduzcan a ellas, si se extienden de manera amplia detrás del ejército o incluso lo rodean en parte, de esto surge una vida más fuerte para el ejército, en parte una mayor libertad de sus

movimientos. Se ha querido resumir esas ventajas de la situación de un ejército en una sola idea, el tamaño de la base de operaciones. Se ha querido expresar, con la relación de esa base respecto al objetivo de las operaciones, con el ángulo que sus puntos finales forman con ese objetivo, pensado como un punto, toda la suma de ventajas y desventajas que un ejército tiene a partir de la situación y condición de sus fuentes de alimento y apoyo; pero salta a la vista que esta elegancia geométrica es un juego, ya que se basa en una serie de sustituciones que han de hacerse a costa de la verdad. La base de un ejército forma, como hemos visto, una triple graduación en la que se encuentran: los medios auxiliares de la región, los depósitos hechos en distintos puntos y el *territorio* a partir del cual se acumulan esos recursos. Estas tres cosas están separadas desde el punto de vista espacial, no se pueden reducir a una y menos aún representar por una línea, que deba representar la anchura de la base y que, la mayoría de las veces arbitrariamente, está pensada de una fortaleza a la otra o de una capital de provincia a la otra, o a lo largo de las fronteras políticas del país. Tampoco se puede establecer una determinada proporción entre los tres escalones, porque en la realidad su naturaleza siempre se mezcla más o menos. En un caso el entorno aporta algunos recursos de apoyo que de lo contrario suelen traerse de grandes distancias; en otro se ve uno obligado a hacer traer de lejos hasta los alimentos. Aquí las fortificaciones más próximas son plazas fuertes, puertos, ciudades comerciales que reúnen en sí las fuerzas de todo un Estado, allá no son más que un pobre cercado que apenas se basta a sí mismo.

La consecuencia ha sido que todas las consecuencias que se sacan del tamaño de la base de operaciones y del ángulo de la misma y todo el sistema de dirección de la guerra que se ha construido sobre ellas no ha tenido nunca, por cuanto era de naturaleza geométrica, la menor consideración en la verdadera guerra, y sólo ha motivado aspiraciones encontradas en el mundo de las ideas. Pero como el motivo de esa serie de razonamientos es real, y sólo sus desarrollos son erróneos, este punto de vista volverá a abrirse paso con frecuencia y facilidad.

Creemos pues que hay que detenerse en reconocer siquiera[85] la influencia de la base sobre las empresas, *que* puede ser fuerte y débil y *de qué forma* puede serlo: pero que no hay ningún medio de simplificar esto en unas pocas ideas para convertirlo en una regla

útil, sino que en cada caso concreto habrá que tener *simultáneamente* presentes todas las cosas que hemos mencionado.

Si se han hecho los preparativos para apoyar y alimentar al ejército en un cierto distrito y con una cierta orientación, incluso en el propio país habrá que considerar sólo este distrito como base del ejército, y como un cambio siempre necesita tiempo y energías, incluso en el propio país el ejército no podrá desplazar su base de un día para otro, y por eso estará siempre más o menos limitado en la dirección de sus empresas. Por tanto, si en el caso de empresas en territorio enemigo se quiere considerar toda la frontera propia con el mismo como base del ejército, eso podría tener validez general si pudieran tomarse medidas en todas partes, pero no en cada momento dado, porque no se han tomado medidas en todas partes. Cuando, a principios de la campaña de 1812, el ejército ruso se retiró ante el francés, sin duda podía considerar toda Rusia como su base, tanto más cuanto que las grandes dimensiones de ese país ofrecían grandes espacios al ejército allá donde se volviera. Esa idea no era ilusoria, sino que cobró vida cuando, posteriormente, otros ejércitos rusos avanzaron desde varios puntos contra el francés; sólo que en ese momento de la campaña la base del ejército ruso no era tan grande, sino que se encontraba principalmente en las carreteras, sobre las que se había dispuesto todo el tracto del transporte hacia el ejército y de vuelta de él. Esa limitación impidió, por ejemplo, al ejército ruso, después de batirse en Smolensko durante tres días, acometer la retirada que se había hecho necesaria en una dirección distinta que hacia Moscú, y volverse de pronto hacia Kaluga, como se había propuesto, para apartar de Moscú al enemigo. Semejante cambio de dirección sólo habría sido posible si hubiera estado previsto de antemano. Hemos dicho que la dependencia de la base crece en extensión e intensidad con el tamaño del ejército, lo que en sí es comprensible. El ejército es como un árbol; extrae su fuerza vital del suelo en el que crece; si es pequeño y un simple matorral, puede ser fácilmente trasplantado, pero esto se vuelve cada vez más difícil cuanto mayor es. Una tropa pequeña también tiene sus canales vitales, pero echa raíces fácilmente allá donde se encuentra; no así un ejército numeroso. Así que, si se habla de la influencia de la base sobre las empresas a acometer, hay que basarse siempre en la escala que indica el tamaño del ejército.

Además, está en la naturaleza de las cosas que para la necesidad inmediata del ejército sea más importante la alimentación, y para su duración general en períodos más largos el apoyo, porque este último sólo afluye de determinadas fuentes, y el primero puede conseguirse de múltiples formas; esto precisa a su vez la influencia que la base puede tener sobre las empresas.

Por grande que pueda ser esa influencia, nunca se debe olvidar que forma parte de aquellas cosas que necesitan mucho tiempo para tener un efecto decisivo, y que por tanto la cuestión siempre es qué puede ocurrir en ese tiempo. El valor de la base de operaciones, por tanto, raras veces decidirá de antemano a la hora de elegir una empresa[86], o por lo menos sólo lo hará cuando se exija lo imposible. La mera dificultad que puede surgir por este lado tiene que ser combinada y comparada con los otros medios eficaces; a menudo, estos impedimentos se desploman ante la fuerza de las victorias decisivas.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

LÍNEAS DE COMUNICACIÓN

Las carreteras que vuelven desde el punto en que se halla un ejército hacia aquellos puntos en los que se reúnen principalmente sus fuentes de manutención y apoyo, y que en todos los casos habituales elige también como puntos de retirada, tienen una doble importancia: por una parte, son *líneas de comunicación* para la constante alimentación de las fuerzas, y en segundo lugar *vías de retirada*.

Hemos dicho en el capítulo anterior que un ejército, sin perjuicio de que con la actual forma de manutención se alimente principalmente de la región en que se encuentra, ha de ser no obstante considerado un todo junto con su base. Las líneas de comunicación forman parte de ese todo, representan la conexión entre la base y el ejército y han de ser contempladas como otras tantas arterias vitales. Los suministros de todo tipo, transportes de munición, destacamentos que van y vienen, puestos de vigilancia y correos, hospitales y depósitos, reservas de munición y autoridades administrativas son objetos que cubren sin cesar esas vías, y cuyo valor global es de importancia decisiva para el ejército.

Esos canales vitales no pueden por tanto ni ser permanentemente interrumpidos ni ser demasiado largos y dificultosos, porque siempre se pierde algo de la fuerza por el largo camino, y la consecuencia será un estado enfermizo del ejército.

En su segunda importancia, es decir, como vías de retirada, constituyen en su verdadero sentido la retaguardia estratégica del ejército.

En ambos sentidos, el valor de estas carreteras se basa en su *longitud,* su *número,* su *situación*, es decir, su dirección general y su dirección próxima al ejército, su *condición* como ruta, la *dificultad del terreno, la relación y ambiente con sus habitantes* y finalmente su *cobertura* mediante fortificaciones u obstáculos del terreno.

Pero no todas las carreteras y caminos que van desde el emplazamiento de un ejército hasta las fuentes de su vida y su fuerza forman parte de sus verdaderas líneas de comunicación. Desde luego, pueden ser utilizados para eso y ser considerados un subsidio del sistema de líneas de comunicación, pero este sistema se limita a las carreteras designadas para ello. Sólo aquellas en las que se hayan dispuesto los almacenes, hospitales, retaguardias, puestos de correo, con sus comandantes nombrados y sus gendarmes y guarniciones repartidas, pueden ser consideradas como las verdaderas líneas de comunicación. Pero hay aquí una diferencia muy importante, que a menudo se pasa por alto, entre el ejército propio y el enemigo. Sin duda el ejército que se halla en su propio país tendrá también sus líneas de comunicación, pero no está limitado a ellas y en caso necesario puede cambiarlas y elegir cualquier otro camino disponible; porque en todas partes está en casa, en todas partes tiene sus autoridades y en todas partes topa con buena voluntad. Por tanto, aunque otras carreteras no son tan buenas y adecuadas para sus condiciones, su elección no es imposible, y el ejército, si se viera envuelto y obligado a un giro, no las consideraría *imposibles*. En cambio, un ejército en territorio enemigo sólo puede considerar por regla general como líneas de comunicación aquellas carreteras por las que ha venido, y hay una gran diferencia en el efecto de causas pequeñas, o por lo menos poco aparentes. El ejército que avanza por territorio enemigo toma las disposiciones respecto a las líneas de comunicación mientras avanza, bajo su protección, y en tanto que la presencia apremiante del ejército, que insufla temor a los ojos de los habitantes, da a estas medidas el sello de una necesidad inalterable, puede incluso hacer que esos habitantes las vean como una atenuación del mal general de la guerra. Las pequeñas guarniciones que se deja atrás aquí y allá apoyan y sostienen al conjunto. En cambio, si se quisiera enviar comisarios, comandantes de retaguardia, gendarmes, patrullas y aparato de orden por el estilo a una carretera apartada por la que el ejército no ha venido, sus habitantes verían esas medidas como una carga de la que podrían estar libres y, salvo que las más decisivas derrotas y desgracias hayan sumido al país en el pánico, esos funcionarios serán tratados con hostilidad y rechazados con violencia. Por tanto, ante todo se necesitarán guarniciones para someter las nuevas carreteras, y en este caso más considerables que las habituales, y siempre quedará el

peligro de que los habitantes puedan intentar resistirse a ellas. En una palabra: el ejército que avanza por un país enemigo carece de todas las herramientas de la obediencia, tiene que implantar sus propias instancias y hacerlo mediante la autoridad de las armas; y no podrá hacerlo en todas partes, no sin sacrificios y dificultades, no al instante. De ello se desprende que un ejército en territorio enemigo puede saltar aún menos de una base a otra cambiando el sistema de comunicaciones como en su propio país, donde siempre es posible; que por tanto de esto nace en general una mayor limitación de sus movimientos y una mayor facilidad para ser envuelto.[87]

Pero también la elección y disposición de las líneas de comunicación desde antes de partir está unida a un montón de condiciones que la limitan. No sólo tiene que tratarse de carreteras grandes[88], sino que en muchos sentidos serán tanto mejores cuanto más grandes sean las carreteras, cuanto más ciudades pobladas y acomodadas toquen, cuanto más plazas fuertes las protejan. También las corrientes, como las vías de agua, y sus puentes y vados, deciden mucho. Por tanto, la situación de las líneas de comunicación y en consecuencia también el camino que el ejército tome para el ataque[89] es de libre elección sólo hasta un cierto punto, pero la situación exacta está vinculada a las circunstancias geográficas.

La unión de todas las cosas que hemos dicho hacen que la comunicación de un ejército con su base sea fuerte o débil, y ese resultado, comparado con el mismo en el ejército enemigo, decide cuál de los dos adversarios está primero en condiciones de cortar las líneas de comunicación o incluso la retirada al otro, es decir, usando la expresión técnica habitual, de *envolverlo*. Aparte de la superioridad moral o física, sólo lo hará eficazmente aquel cuyas líneas de comunicación sean superiores a las enemigas, porque de lo contrario el otro se asegura la revancha en el plazo más breve.

Este envolvimiento puede tener también una doble finalidad, conforme a la doble importancia de las carreteras. O bien se pretende trastornar o interrumpir las líneas de comunicación, para que el ejército se marchite y perezca y se vea de este modo forzado a la retirada, o se quiere cortarle la retirada misma.

En el caso de la primera finalidad, hay que hacer notar que una momentánea interrupción será raramente sensible dado el actual tipo de manutención, que más bien se necesita cierto tiempo para sustituir por la cantidad de pérdidas lo que se pierde en la

importancia de cada una de ellas. Una sola acometida de flanco, que en ciertas épocas podía ser un golpe decisivo, cuando con el sistema artificial de manutención aún iban y venían miles de carros de harina, no hará ahora nada en absoluto, por bien que resulte; porque como mucho podría evitar un transporte, lo que causaría una debilidad parcial, pero no haría necesaria la retirada.

La consecuencia es que los ataques de flanco, que siguen estando más de moda en los libros que en la vida, parecen ahora todavía menos prácticos, y se puede decir que sólo unas líneas de comunicación muy largas, en unas circunstancias desfavorables, pero sobre todo los ataques[90] múltiples y posibles en cada momento de un *alzamiento popular,* pueden hacerlos peligrosos.

En lo que al corte de la retirada se refiere, tampoco en este aspecto hay que sobreestimar el peligro de que las vías de retirada se vean apremiadas y amenazadas, porque las últimas experiencias nos hacen notar que en caso de buenas tropas y caudillos audaces la captura es *más difícil* que el ataque directo.

Los medios para acortar y asegurar unas largas líneas de comunicación son en extremo escasos. La conquista de un cierto número de fortificaciones en las cercanías de la posición ocupada y en las carreteras que vuelven de ella o, en caso de que el país no tenga fortalezas, la fortificación de lugares adecuados, el buen trato a los habitantes, una estricta disciplina en las vías, buena policía en el país y una celosa mejora de la red viaria son las únicas cosas que aminoran el mal, que por supuesto nunca puede ser subsanado del todo.

Por lo demás, lo que se ha dicho de los caminos que el ejército debe elegir preferentemente al hablar de la manutención ha de ser aplicado especialmente a las líneas de comunicación. Las mayores carreteras que pasan por las ciudades más ricas, por las provincias más cultivadas, son las mejores líneas de comunicación, e incluso en caso de desvíos importantes merecen preferencia y dan en la mayoría de los casos la mejor concreción acerca de cómo han de disponerse las tropas.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

REGIÓN Y SUELO

Enteramente aparte de los medios de manutención, que es un aspecto completamente distinto de este objeto, la región y el suelo tienen una relación muy próxima y que nunca falta con la actividad bélica, concretamente una influencia muy decisiva en el combate, tanto en lo que concierne al desarrollo mismo como a su preparación y aprovechamiento. En este sentido, es decir, en todo el sentido de la expresión francesa *terrain,* tenemos que contemplar aquí la región y el suelo.

Su eficacia reside en su mayor parte en el ámbito de la táctica, pero sus resultados se presentan en la estrategia; un combate en una montaña es incluso en sus consecuencias algo muy distinto de un combate en la llanura.

Pero mientras aún no hayamos separado el ataque de la defensa y nos hayamos vuelto a la contemplación más concreta de ambos, tampoco podemos considerar en sus efectos los objetos principales del terreno, así que tenemos que detenernos aquí en su carácter general. Hay tres propiedades que hacen que la región y el suelo influyan en la actividad bélica, a saber: como impedimento al acceso, como impedimento a la visión de conjunto y como cobertura contra el efecto del fuego; a estos tres se pueden reducir todos los demás.

Indiscutiblemente, esta triple influencia de la región tiene tendencia a volver más variada, más compuesta y más artificiosa la actividad bélica, porque está claro que entran en la combinación tres magnitudes más.

El concepto de una llanura perfecta y perfectamente abierta, es decir, de un suelo enteramente carente de efectos, sólo existe en realidad en zonas muy pequeñas, e incluso en éstas sólo por el efecto[91] de un momento dado. En zonas más grandes y durante más tiempo los objetos del suelo se mezclan con la acción, y en ejércitos enteros incluso en un solo momento,como en la batalla, es

difícilmente imaginable el caso de que la región no tenga influencia sobre ella.

Esta influencia está presente por tanto prácticamente siempre, pero desde luego es más fuerte o más débil según la naturaleza del país.

Si tenemos presente la gran masa de manifestaciones posibles, encontraremos que una región se aleja principalmente de tres maneras del concepto de una llanura abierta y despejada: en primer lugar, por la forma del suelo, es decir, mediante las elevaciones y cavidades, luego mediante los bosques, pantanos y lagos como manifestaciones naturales, y finalmente por aquello que produce la civilización. En las tres direcciones aumenta la influencia del terreno sobre la actividad bélica. Si las seguimos hasta un cierto punto, tenemos el terreno montañoso, el poco cultivado, cubierto de bosques y pantanos, y el muy cultivado. En los tres casos la guerra se vuelve más complicada y artificiosa.

En lo que a los cultivos se refiere, desde luego no todas las clases de los mismos inciden con la misma fuerza; los que más inciden son los de Flandes, Holstein y otras zonas por el estilo, donde el país está atravesado por muchas zanjas, cercas, setos y muros, y salpicado de muchas viviendas individuales y bosquecillos.

La forma más sencilla de hacer la guerra se practicará pues en un país llano y moderadamente cultivado. Pero esto sólo ocurre en un sentido muy general, y si hacemos por entero abstracción del uso que la defensa hace de los obstáculos del suelo.

Cada una de las tres clases de terreno actúa pues de las tres maneras: como impedimento al acceso, a la visión de conjunto y como medio de cobertura, y cada una a su modo.[92]

En un país boscoso, predomina el impedimento a la visión, en uno montañoso el impedimento al acceso, en las regiones muy cultivadas ambas cosas guardan el equilibrio.

Dado que el país rico en bosques sustrae en cierto modo a los movimientos una gran parte del suelo, porque aparte de las dificultades de acceso la total falta de visibilidad no permite hacer uso de todos los medios defensivos, esto simplifica por una parte una acción que, por otra, hace tanto más difícil. De ahí que en un país así sea difícilmente hacedero concentrar por entero las fuerzas en el combate, pero que tampoco tenga lugar una división en tantos miembros como es habitual en la montaña y en los terrenos muy

accidentados; en otras palabras: la división en un terreno así es más inevitable, pero menor.

En la montaña, el impedimento al acceso predomina y actúa de una doble manera, porque no se puede pasar por todas partes y allá donde se puede hay que moverse más despacio y con mayor esfuerzo. Por eso la velocidad de todos los movimientos es muy moderada en la montaña y toda su eficacia necesita mucho más tiempo. Pero además el suelo montañoso tiene frente a los otros la peculiaridad de que un punto supera en altura al otro. Hablaremos especialmente de esto en el capítulo siguiente, y sólo observaremos aquí que es esa peculiaridad la que motiva la gran división de las fuerzas en el terreno montañoso, porque los puntos no sólo son importantes por sí mismos, sino también por la influencia que ejercen sobre otros.

Estas tres clases de terreno y suelo que tienden a lo extremo tienen, como ya hemos dicho en otro lugar, el efecto de debilitar la influencia del comandante en jefe sobre el éxito en la misma medida en que las fuerzas de los subordinados, hasta llegar al simple soldado, se destacan con más claridad. Cuanto mayor es la división, cuanto más imposible la visión de conjunto, tanto más queda cada actor entregado a sí mismo; esto es comprensible. Sin duda con la mayor división, variedad y pluralidad de acciones tendrá que crecer la influencia de la inteligencia militar, y también el comandante en jefe tendrá que demostrar una mayor capacidad; pero tenemos que volver a decir aquí lo que ya hemos dicho antes: que en la guerra la suma de los distintos éxitos decide más que la forma en que están relacionados, y que por tanto, si llevamos hasta el límite nuestra actual consideración e imaginamos un ejército disuelto en una larga línea de tiradores, en la que cada soldado libra su propia pequeña batalla, dependeremos más de la suma de las distintas victorias que de la forma en que se relacionen; porque la eficacia de las buenas combinaciones sólo puede derivarse de los éxitos positivos, no de los negativos. Así pues, en este caso el valor, la destreza y el espíritu del individuo decidirán sobre todo. Sólo donde los ejércitos sean de igual valor, o las singularidades de ambos guarden el equilibrio, el talento y el criterio del general podrán volver a ser decisivos. La consecuencia es que las guerras nacionales, alzamientos populares, etc., donde al menos el espíritu del individuo está siempre muy potenciado, aunque su valor y destreza no tengan por qué ser superiores, mostrarán su superioridad allá donde haya una gran

individualización de las fuerzas y por tanto un terreno muy accidentado, el único en el que podrán sobrevivir, porque normalmente una fuerza así carece de todas las propiedades y virtudes que son imprescindibles al unirse tropas moderadamente numerosas.[93]

También la naturaleza de las fuerzas viene graduada poco a poco desde un extremo al otro, porque ya la situación de la propia defensa del país da a un ejército, aunque sea un ejército permanente, algo de nacional, y en este caso lo hace más adecuado para la individualización.

Cuanto más pierda un ejército estas propiedades y condiciones, cuanto más fuerza tengan en el adversario, tanto más temerá la individualización y evitará los terrenos accidentados; sólo que evitar un terreno accidentado raras veces es una elección, no se puede escoger el teatro bélico entre varias muestras como una mercancía, y así en la mayoría de los casos hallamos que los ejércitos que por su naturaleza encuentran ventaja en la unión de masas aplican todo su arte en imponer este sistema *contra la naturaleza del terreno* siempre que sea posible. Tienen que someterse para eso a otras desventajas, como a una manutención pobre y difícil, un mal alojamiento, en el combate frecuentes ataques por todos lados; sólo que la desventaja de entregarse por entero a sus peculiares preferencias sería mucho mayor.

Ambas tendencias opuestas a la concentración y a la dispersión de las fuerzas tienen lugar en la medida en que la naturaleza de esas fuerzas se inclina hacia uno u otro lado; pero incluso en los casos más decisivos el uno no puede mantenerse unido siempre y el otro no puede esperar el éxito sólo de su eficacia dispersa. También los franceses tuvieron que dividir sus fuerzas en España, y también los españoles, al defender su suelo mediante una insurgencia popular, tuvieron que probar una parte de sus fuerzas en grandes campos de batalla.

Después de la relación que la región y el suelo tienen sobre la condición general, y especialmente la política, de las fuerzas armadas, la proporción entre las armas es la más importante.

En todas las regiones muy inaccesibles, ya sea debido a montañas, bosques o cultivos, una caballería numerosa es inútil, eso está claro por sí mismo; lo mismo ocurre en las regiones boscosas con la artillería, fácilmente puede faltar espacio para utilizarla con

todo su provecho, caminos para que se abra paso, forraje para los caballos. Menos desventajosas son para este arma las regiones muy cultivadas, y las que menos las montañas. Ambas ofrecen sin duda cobertura contra el fuego, y son por tanto desfavorables a un arma que trabaja preferentemente con él, pero ambas dan también a la infantería, que todo lo penetra, el medio para poner en frecuentes apuros a los más pesados cañones; sólo que en ambos no falta nunca precisamente espacio para el uso de una numerosa artillería, y en la montaña tiene la gran ventaja de que los movimientos más lentos del adversario aumentan su eficacia.

Sin embargo, no es posible ignorar la decidida superioridad que la infantería tiene sobre las otras armas en cualquier suelo difícil, y que por tanto en él su número debe superar notablemente la proporción habitual.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

CUMBRES

La palabra dominar tiene en el arte de la guerra una magia propia, y de hecho este elemento tiene una parte muy grande, quizá la mayor, de la influencia que la región ejerce sobre el uso de las fuerzas. Aquí tienen sus raíces algunas sacralidades[94] de la erudición bélica, como las posiciones dominantes, las posiciones claves, las maniobras estratégicas, etc. Vamos a mirar este objeto con tanta atención como puede hacerse sin llegar al detalle de un tratado, y a hacer desfilar ante nuestra mirada tanto lo verdadero como lo falso, tanto lo real como lo exagerado.

Toda manifestación de fuerza física de abajo arriba es más difícil que a la inversa, y en consecuencia también tiene que serlo el combate, y hay tres causas para ello. En primer lugar, toda cumbre ha de ser considerada un obstáculo al acceso; en segundo lugar, sin duda de arriba abajo el fuego no tiene un alcance mucho mayor, pero, considerando todas las circunstancias geométricas, se acierta notablemente *mejor* que a la inversa; en tercer lugar, se tiene la ventaja de la mejor visión de conjunto. Aquí no nos importa nada cómo se reúne todo esto en el combate, resumimos la suma de las ventajas que la táctica extrae de la altura y la vemos como la primera ventaja estratégica.

Pero la primera y la última de las ventajas enumeradas tienen que volver a presentarse una vez más en la estrategia misma, porque en la estrategia se marcha y observa igual que en la táctica; así que si la altura superior es un obstáculo al acceso de aquel que está más bajo, ésta es la segunda, y la mejor visión que se deriva de esto, la tercera ventaja que la estrategia puede extraer.

De estos elementos está hecha la fuerza de la dominación, la altura superior, el dominio; de estas fuentes brota la sensación de superioridad y seguridad de aquel que se encuentra en una cresta montañosa y ve a sus pies al enemigo, y la sensación de debilidad y preocupación de aquel que está abajo. Quizá incluso esa impresión

global sea más fuerte de lo que debería, porque las ventajas de la altura superior coinciden con la percepción sensorial más que las circunstancias que la modifican; quizá vaya pues más allá de la verdad, y en este caso esta influencia de la imaginación debe ser contemplada como un nuevo elemento que refuerza el efecto de la altura superior.

En cualquier caso, esta ventaja del movimiento facilitado no es absoluta y no siempre va en beneficio del que está más arriba; sólo lo es cuando el otro quiere llegar hasta él; no lo es cuando un gran valle los separa a ambos, y lo es incluso para el que está abajo cuando piensan encontrarse en la llanura (batalla de Hohenfriedeberg). Asimismo, también la visión de conjunto tiene sus grandes limitaciones: una región boscosa abajo, y a menudo la masa de la montaña misma en la que uno se encuentra, la impiden con mucha facilidad. Son incontables los casos en los que se buscarían en vano en la región misma las ventajas de la posición dominante que se ha elegido en el mapa, a menudo incluso se crecería verse envuelto en todas las desventajas opuestas. Sólo que estas limitaciones y condiciones no revocan la superioridad que el que está más arriba tiene tanto en la defensa como en el ataque; diremos tan sólo con unas pocas palabras de qué forma en ambos casos.

De las tres ventajas estratégicas de la altura: la *mayor fuerza táctica,* el *acceso difícil* y la *mejor visión de conjunto,* las dos primeras son del tipo que realmente sólo incumbe al defensor, porque sólo el que está anclado puede aprovecharlas, ya que el otro no puede llevarlas consigo en su movimiento; en cambio, la tercera ventaja puede ser utilizada tanto por el atacante como por el defensor.

De esto se deriva la importancia de la altura en el defensor, y como la misma sólo pueda mantenerse de forma decidida en posiciones montañosas, se desprendería de esto una importante predilección por las posiciones montañosas para la defensa. En el capítulo dedicado a la defensa en la montaña se dirá cómo no obstante esto es distinto debido a otras circunstancias.

Hay que distinguir si estamos hablando meramente de superar en altura un punto concreto, por ejemplo una posición: entonces las ventajas estratégicas se reducen bastante a la única, táctica, de dar una batalla ventajosa; pero si se piensa en una franja de terreno importante, como una provincia entera, como en una superficie

oblicua, como la pendiente de las divisorias de aguas generales, de tal modo que se pueden hacer varias marchas y siempre se está por encima de la región ante la que uno se encuentra, entonces las ventajas estratégicas se amplían; porque ahora se disfruta de ese favor de la altura no sólo en la combinación de las fuerzas en el combate concreto, sino también en la combinación de varios combates entre sí. Así ocurre con la defensa.

En lo que al ataque se refiere, disfruta en alguna medida de esta misma ventaja de las cumbres, porque el ataque estratégico no consiste en un solo acto, como el táctico. Su avance no es el movimiento continuo de un engranaje, sino que sucede en marchas sueltas y tras pausas más cortas o más largas, y en cada punto de descanso se encuentra a la defensiva igual que su adversario.

De la ventaja de una mejor visión de conjunto se deriva, tanto para el ataque como para la defensa, una eficacia en cierto modo activa de las cumbres, de la que aún tenemos que hablar; es la facilidad de poder actuar con tropas separadas. Porque la misma ventaja que el conjunto extrae de esa posición dominante la extrae cada parte del mismo; gracias a esto, un cuerpo separado grande o pequeño es más fuerte lo que lo sería sin esa ventaja, y se puede arriesgar su disposición con menos peligro de lo que se podría sin una posición dominante. Las ventajas que pueden sacarse de esa tropa las referiremos en otro lugar.

Si la altura superior se une a otras ventajas geográficas en nuestra relación con el adversario, pero se ve limitada en sus movimientos por otros motivos, como la proximidad de un gran río, las desventajas de esa situación pueden ser grandes, por lo que no podremos sustraernos a ella lo bastante aprisa. Ningún ejército está en condiciones de quedarse en el valle de un gran río si no tiene el control de las crestas montañosas que lo forman.

Así pues, la altura superior puede convertirse en auténtico dominio, y no cabe negar en modo alguno la realidad de esta idea. Pero eso no impide que las expresiones *dominar el terreno, cubrir la posición, clave del país, etc.,* sean en su mayoría, en tanto se basan en la naturaleza de los altos y bajos del terreno, cáscaras huecas sin un núcleo sano. Para sazonar la aparente vulgaridad de las combinaciones bélicas, se ha recurrido de preferencia a estos distinguidos elementos teóricos; se han convertido en tema favorito de soldados eruditos, en varita mágica de adeptos a la estrategia, y

toda la nulidad de ese juego intelectual, toda la contradicción aportada por la experiencia, no ha bastado para convencer a autores y lectores de que estaban sacando agua de la agujereada vasija de las Danaides. Se han confundido las condiciones con la cosa misma, el instrumento con la mano que lo maneja. La toma de una región o posición así se contempla como una manifestación de fuerza, como un golpe o fustazo, la región y posición misma como una verdadera magnitud, mientras aquélla no es más que un alzar el brazo, ésta nada más que un instrumento muerto, una mera propiedad que hay que hacer realidad en un objeto, un mero signo más o un signo menos, al que aún falta el número. Ese golpe y fustazo, ese objeto, esa magnitud, es el *combate victorioso,* sólo éste cuenta en realidad, sólo con él se puede contar, y siempre hay que tenerlo presente, tanto en la valoración de los libros como en la acción en campaña.

Por tanto, si sólo el número y el peso de los combates victoriosos decide, está claro que la relación de ambos ejércitos y sus dirigentes vuelve a entrar en consideración, y el papel de la influencia del terreno sólo puede ser uno subordinado.

LIBRO SEXTO

DEFENSA

CAPÍTULO PRIMERO

ATAQUE Y DEFENSA

1. *Concepto de la defensa*

¿Cuál es el concepto de la defensa? El rechazo de un golpe. ¿Cuál es pues su característica? La espera de ese golpe. Esta característica vuelve pues toda acción en defensiva, y sólo por esta característica puede distinguirse en la guerra la defensa del ataque. Pero como una absoluta defensa contradice por entero el concepto de la guerra, porque sólo uno haría la guerra, la defensa sólo puede ser relativa, y esa característica sólo puede por tanto aplicarse al concepto total, y no extenderse a todas sus partes. Un combate parcial es defensivo cuando esperamos el arranque, el asalto del enemigo; una batalla, cuando esperamos el ataque, es decir, la aparición delante de nuestra posición, al alcance de nuestro fuego; una campaña, cuando esperamos la entrada en nuestro teatro bélico. En todos estos casos corresponde al concepto global la característica de la espera y el rechazo, sin que de ello se derive una contradicción con el concepto de la guerra, porque se puede hallar ventaja en esperar un arranque contra nuestras bayonetas, el ataque contra nuestra posición y sobre nuestro teatro bélico. Pero como, para hacer la guerra también por nuestra parte, hay que devolver los golpes al enemigo, este acto de ataque en la guerra defensiva ocurre en cierto modo bajo el título principal de la defensa, es decir, la ofensiva de la que nos servimos entra dentro de los conceptos de posición o teatro bélico. Así que en una campaña defensiva se puede golpear en forma de ataque, en una batalla defensiva emplear al ataque distintas divisiones, y por fin, en la simple disposición contra el asalto enemigo, se le envían incluso balas ofensivas. Así que la forma defensiva de hacer la guerra no es un escudo inmediato, sino un escudo formado por golpes hábilmente dirigidos.

2. *Ventajas de la defensa*

¿Cuál es la finalidad de la defensa? *Conservar*. Conservar es más fácil que ganar, y ya de esto se desprende que la defensa, a igualdad

de medios, es más fácil que el ataque. Pero, ¿en qué reside la mayor facilidad de la conservación o salvaguardia? En que todo el tiempo que pasa sin ser utilizado cae en el platillo de la balanza del defensor. Cosecha donde no ha sembrado. Cada omisión del ataque por criterio erróneo, por temor, por indolencia, beneficia al defensor. En la Guerra de los Siete Años, esta ventaja salvó más de una vez de la ruina al Estado prusiano. Esta ventaja de la defensa, que se deriva de su concepto y finalidad, está en la naturaleza de toda defensa y está anclada en el resto de la vida, especialmente en el tráfico jurídico, tan parecido a la guerra, por el refrán latino *beati sunt possidentes*. Otra cosa que sólo se deriva de la naturaleza de la guerra es la asistencia de la situación local, que la defensa goza de forma preferente.

Una vez establecidos estos conceptos generales, vamos a ir al fondo del asunto.

En la táctica pues todo combate, grande o pequeño, es *defensivo* cuando dejamos la iniciativa al enemigo y esperamos a que aparezca delante de nuestro frente. Desde ese momento podemos servirnos de todos los medios ofensivos sin perder las dos ventajas de la defensa que hemos mencionado, la espera y el terreno. En la estrategia, la campaña ocupa el lugar del combate y el teatro bélico el lugar de la posición; luego, la guerra entera ocupa el lugar de la campaña y el país entero el del teatro bélico, y en ambos casos la defensa sigue siendo lo que era en la táctica.

Ya hemos observado en general que la defensa es más fácil que el ataque, pero como la defensa tiene una finalidad negativa, *la conservación,* y el ataque una positiva, *la conquista,* y como ésta incrementa los propios medios bélicos, pero la conservación no, para expresarse con precisión hay que decir que *la forma defensiva de la guerra es en sí más fuerte que la ofensiva.* A este resultado queríamos ir a parar; porque, ya esté en la naturaleza del caso y se vea confirmado mil veces por la experiencia, aún así la opinión dominante es contraria... una prueba de cómo los escritores superficiales pueden confundir los conceptos.

Si la defensa es una forma de guerra más fuerte, pero tiene una finalidad negativa, se desprende por sí mismo que sólo habrá que servirse de ella mientras se necesite debido a la debilidad, y habrá que abandonarla en cuanto se sea lo bastante fuerte como para fijarse una finalidad positiva. Como, en tanto uno se convierte en vencedor con su asistencia, normalmente se crea una más favorable

relación de fuerzas, el proceso natural en la guerra es empezar por la defensa y terminar con la ofensiva. Está por tanto en contradicción con el concepto de la guerra hacer que la finalidad última sea la defensa, igual que era una contradicción entender la pasividad de la defensa no sólo del todo, sino de todas sus partes. En otras palabras: una guerra en la que se utilizan las victorias para la mera defensa y no se quisiera golpear a su vez sería tan absurda como una batalla en la que la más absoluta defensa (pasividad) predominase en todas las medidas.

Contra la corrección de esta idea general se podrían aducir muchos ejemplos de guerras en las que la defensa en su finalidad última siguió siendo defensa, y no se pensó en una reacción ofensiva; se podría, si se olvidase que aquí estamos hablando de una idea general, y que los ejemplos que se puedan contraponer a ella han de ser contemplados en su conjunto como aquellos casos en los que la posibilidad de la reacción ofensiva aún no se había dado.

En la Guerra de los Siete Años, por ejemplo, Federico el Grande no pensó en una ofensiva, al menos en los últimos tres años; creemos incluso que sólo consideró las ofensivas en esta guerra como un mejor medio de defensa; su entera situación le obligaba a ello, y es natural que un general sólo tenga presente aquello que está fundado en su situación. No por eso se puede dejar de considerar este ejemplo de defensa en líneas generales sin basarlo en la idea de una posible reacción ofensiva contra Austria y decirse: hasta entonces no había llegado el momento para hacerlo. Que esa idea no carecía de realidad en este ejemplo lo demuestra la paz; qué otra cosa hubiera podido mover a los austriacos a la paz más que la idea de que solos no estarían en condiciones de equilibrar con su poder el talento del rey, de que sus esfuerzos en cada caso tendrían que ser aún mayores que hasta ahora, y que con la menor cesión en los mismos tendrían que temer una nueva pérdida de tierras. Y de hecho, ¿quién podría poner en duda que Federico el Grande, si Rusia, Suecia y el ejército imperial no hubieran reclamado sus energías, hubiera tratado de volver a vencer a los austriacos en Bohemia y Moravia?

Así pues, después de haber establecido el concepto de defensa de la única forma que se puede adoptar en la guerra, después de haber indicado los límites de la defensa, volvemos a la afirmación de que la defensa es *la manera más fuerte de hacer la guerra*.

Esto se desprenderá con total claridad de la consideración y comparación detallada del ataque y la defensa; pero ahora sólo vamos a observar en qué contradicciones consigo misma y con la experiencia está la afirmación opuesta. Si la forma ofensiva fuera la más fuerte, ya no habría motivos para emplear nunca la defensiva, que de todos modos tiene una finalidad negativa; todo el mundo tendría que querer atacar, y la defensa sería un absurdo. Viceversa en cambio es muy natural que se consiga el fin superior con mayores sacrificios. Quien se cree lo bastante fuerte como para servirse de la forma más débil puede querer el fin mayor; quien se instala en la finalidad menor, sólo puede hacerlo para disfrutar de la ventaja de la forma más fuerte. Si se mira a la experiencia, sería algo insólito que en dos teatros bélicos se llevara a cabo el ataque con el ejército más débil y se dejase la defensa al más fuerte. Si desde siempre y en todo lugar ha ocurrido lo contrario, eso demuestra que los generales, incluso teniendo una decidida inclinación por el ataque, consideran más fuerte la defensa. En los próximos capítulos vamos a explicar aún algunos puntos provisionales.

CAPÍTULO SEGUNDO

CÓMO SE COMPORTAN ENTRE SÍ EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA TÁCTICA

Primero tenemos que echar un vistazo a las circunstancias que dan la victoria en el combate.

No vamos a hablar aquí de la superioridad y bravura, práctica u otras cualidades del ejército, porque por regla general dependen de cosas que están fuera del ámbito de todo arte de la guerra, que es de lo que se habla aquí, y que en todo caso manifestarían la misma eficacia en el ataque y en la defensa; ni siquiera la superioridad *numérica en general* puede entrar en consideración aquí, dado que el número de tropas también es un valor dado y no está al arbitrio del general. Tampoco estas cosas tienen una especial relación con el ataque y la defensa. En cambio, al margen de esto hay tres cosas que parecen aportar una ventaja decisiva, y son: *la sorpresa, la ventaja del terreno y el ataque por varios lados*. La sorpresa se muestra eficaz cuando opone al enemigo en un punto muchas más tropas de las que esperaba. Esta superioridad numérica es muy diferente de la general, es el más importante agente del arte de la guerra. La forma en que la ventaja del terreno contribuye a la victoria es comprensible por sí misma, y sólo hay que observar que aquí no se habla sólo de los accidentes que impiden avanzar al atacante, como empinadas pendientes, altas montañas, arroyos pantanosos, arbustos, etc., sino de que también es una ventaja del terreno el que nos dé ocasión de ocultarnos en él; incluso de un terreno enteramente indiferente se puede decir que aquel que lo conoce goza de su apoyo. El ataque por varios lados incluye en sí todas las maniobras de envolvimiento táctico, grandes y pequeñas, y su efecto se basa en parte en la doble eficacia de las armas de fuego, en parte en el temor a verse separado de los demás.

¿Cómo se comportan el ataque y la defensa en relación a estas cosas?

Si se tienen presentes los tres principios de la victoria que acabamos de desarrollar, se plantea la cuestión de que el atacante sólo tiene a su favor una pequeña parte del primer y el último principio, mientras la mayor parte de ellos y el segundo principio están exclusivamente a disposición del defensor.

El atacante sólo tiene la ventaja del ataque propiamente dicho al conjunto con el conjunto, mientras a lo largo del combate el defensor está en condiciones de sorprender incesantemente con la fuerza y la forma de sus ataques.

El atacante tiene una mayor facilidad para envolver y cortar el conjunto que el defensor, porque éste está quieto, mientras aquel se mueve en relación a esa quietud. Pero ese envolvimiento vuelve a referirse sólo al conjunto, porque a lo largo del combate y para las distintas partes el ataque por varios lados es más fácil para el defensor que para el atacante, *porque, como hemos dicho antes, está más en condiciones de sorprender por la forma y fuerza de sus ataques*.

Está claro que el defensor disfruta de manera excelente de la asistencia del terreno; pero en lo que concierne a superioridad en la sorpresa por la fuerza y forma de los ataques, se desprende que el atacante tiene que acceder por carreteras y caminos donde no será difícil observarle, mientras el defensor se instala oculto y se mantiene casi invisible al atacante hasta el momento decisivo. Desde que la forma correcta de defensa se ha puesto de moda, los reconocimientos han dejado de estarlo, es decir, se han vuelto imposibles. Sin duda se siguen practicando a veces, pero raras veces se lleva mucho a casa. Por infinitamente grande que sea la ventaja de poder escoger el terreno para instalarse y estar completamente familiarizado con él antes del combate, por sencillo que es que aquel que se mantiene oculto en ese terreno, el defensor, tenga que sorprender a su adversario mucho más que el atacante, ha sido imposible hasta la fecha desprenderse de los viejos conceptos, como si una batalla aceptada fuera ya una batalla medio perdida. Esto se debe al tipo de defensa que estaba de moda hace veinte años, y en parte también en la Guerra de los Siete Años, donde no se esperaba del terreno ningún otro apoyo que el de un frente difícilmente accesible (empinadas laderas, etc.), donde la tenue disposición y la inmovilidad de los flancos arrojaba tal debilidad que se iba de una montaña a otra sin hacer otra cosa que empeorar el mal. Una vez

encontrada una especie de apoyo, todo dependía de que en este ejército tensado como sobre un bastidor de bordado no se hiciera algún agujero. El terreno ocupado tenía en cada punto un valor directo, así que tenía que ser defendido directamente. Por tanto, en la batalla no se podía hablar ni de movimiento ni de sorpresa; era la total oposición a lo que puede ser una buena defensa, y a aquello en lo que realmente se ha convertido en los últimos tiempos.

En realidad, la minusvaloración de la defensa ha sido siempre consecuencia de una época en la que una cierta forma de defensa se ha sobrevivido a sí misma, y eso era lo que ocurría con la mencionada arriba, que tuvo su época antes, cuando era realmente superior al ataque.

Si hacemos un recorrido por la formación del moderno arte de la guerra, en sus comienzos, es decir, en la Guerra de los Treinta Años y en la Guerra de Sucesión Española, el despliegue y disposición del ejército era una de las grandes cuestiones en la batalla. Era la mayor parte del plan de batalla. Por regla general, esto daba al defensor grandes ventajas, porque ya estaba dispuesto y desplegado. En cuanto la capacidad de maniobra de las tropas aumentó, cesó esta ventaja, y el atacante ganó preponderancia por un tiempo. Ahora el defensor buscaba protección detrás de ríos, profundos valles y montañas. Pero con esto obtuvo una decidida preponderancia, que duró hasta que el atacante se volvió tan móvil y diestro como para arriesgarse incluso en terreno accidentado y atacar en columnas separadas, es decir, hasta que pudo *envolver* al contrario. Esto llevó a una extensión creciente de las posiciones, en la que ahora el atacante tuvo la idea de concentrarse en unos cuantos puntos y atravesar la delgada posición. Con esto el atacante obtuvo la preponderancia por tercera vez, y la defensa tuvo que volver a cambiar de sistema. Lo ha hecho en las últimas guerras. Ha mantenido unidas sus fuerzas en grandes masas, la mayoría sin desplegar, ocultas allá donde se podía, y se ha puesto pues en condiciones de salir al paso de las medidas del atacante cuando éstas se desarrollaran con más concreción.

Esto no excluye por entero la defensa parcialmente pasiva del terreno; la ventaja es demasiado grande como para que la utilización del mismo no se diera cien veces en una campaña. Pero esa defensa pasiva del terreno ya no es normalmente la causa principal, y de eso es de lo que se trata aquí.

Si el atacante inventara un nuevo recurso —que sin embargo, dada la sencillez y necesidad interior que todo ha alcanzado, no se prevé—, la defensa tendría que cambiar también su proceder. Pero siempre estará segura de la asistencia del terreno, y como la región y el suelo impregnan más que nunca el acto bélico con sus singularidades, le garantizarán en general su superioridad natural.

CAPÍTULO TERCERO

CÓMO SE COMPORTAN ENTRE SÍ EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA ESTRATEGIA

Empecemos una vez más por preguntarnos: ¿Cuáles son las circunstancias que dan el éxito en la estrategia?

En la estrategia no hay victoria, como ya se ha dicho antes. El éxito estratégico es, por una parte, la feliz preparación de la victoria táctica; cuanto mayor el éxito, tanto más indudable[95] se vuelve la victoria en el combate. Por otra parte, el éxito estratégico es la explotación de la victoria obtenida. Cuanto más acontecimientos pueda la estrategia incluir a través de sus combinaciones entre las consecuencias de una batalla ganada, cuanto más pueda arrebatar de las ruinas cuyos cimientos ha sacudido la batalla, cuando más se recoja en manojos lo que en la batalla había que conseguir aislada y trabajosamente, tanto más feliz es su éxito. Aquellas cosas que provocan o facilitan ese éxito de forma excelente, es decir, los principios fundamentales de la eficacia estratégica, son las siguientes:

1. La ventaja del terreno.
2. La sorpresa, bien en el asalto propiamente dicho, bien mediante la insospechada disposición de grandes fuerzas en ciertos puntos.
3. El ataque por varios lados; las tres como en la táctica.
4. La asistencia del teatro bélico, mediante fortificaciones y todo lo que conllevan.
5. La asistencia del pueblo.
6. La utilización de grandes fuerzas morales.[96]

¿Cómo se comportan el ataque y la defensa en relación a estas cosas?

El defensor tiene la ventaja del terreno, el atacante la del asalto; esto es igual en la estrategia que en la táctica. Pero hay que observar, respecto al asalto, que es un medio infinitamente más eficaz e

importante en la estrategia que en la táctica. En ésta raras veces se podrá extender un asalto hasta convertirlo en gran victoria, mientras en la estrategia un asalto ha puesto fin de un golpe, no pocas veces, a toda la guerra. Pero, una vez más, hay que observar que el uso de este medio presupone *grandes, decididos, raros* errores en el adversario, por lo que no puede pesar mucho en la balanza del ataque.

Sorprender al adversario mediante la disposición de fuerzas superiores en ciertos puntos tiene muchas similitudes con el caso análogo en la táctica. Si el defensor se viera obligado a repartir sus fuerzas en varios puntos de acceso a su teatro bélico, el atacante tendría evidentemente la ventaja de caer con todo su poder sobre una parte de ellos.

Sólo que también aquí el nuevo arte de la defensa tiene que introducir imperceptiblemente otros principios por medio de otro procedimiento. Si el defensor no teme que su adversario se lance, por una carretera no ocupada, sobre un importante almacén o depósito o sobre una fortificación desprevenida, o sobre la capital —o si no tiene que lanzarse contra el atacante por la carretera elegida, porque de lo contrario perdería la retirada—, no hay motivo para dividir sus fuerzas; porque si el atacante elige una carretera distinta de aquella en la que el defensor se encuentra, siempre puede buscarlo en ella con todo su poder unos días después; incluso puede estar seguro, en la mayoría de los casos, de que el atacante le hará el honor de buscarlo él mismo. Pero si este último se ve movido a avanzar él mismo con sus fuerzas divididas, lo que a menudo es difícil de evitar debido a la manutención, el defensor cuenta evidentemente con la ventaja de poder caer con todo su poder sobre una parte de su adversario.

Los ataques de flanco y por la espalda cambian su naturaleza en alto grado en la estrategia, donde se refieren a la espalda y los flancos del teatro bélico:

1. El doble efecto del fuego desaparece, porque no se dispara desde un extremo del teatro bélico al otro.
2. El temor a perder la retirada es mucho más débil en el envuelto, porque en la estrategia los espacios no se pueden cerrar como en la táctica.

3. En la estrategia, debido al mayor espacio, la eficacia de las líneas interiores, es decir, de las más cortas, se destaca con más fuerza y forma un gran contrapeso contra los ataques por varios lados.
4. Aparece un nuevo principio en la sensibilidad de las líneas de comunicación, es decir, en el efecto que se desprende de su mera interrupción.

Entra dentro de la naturaleza de las cosas que en la estrategia, debido al mayor tamaño de los espacios, el ataque envolvente, es decir, el ataque por varios lados, sólo corresponda por regla general a aquel que lleva la iniciativa, es decir, el atacante, y que el defensor no esté, como en la táctica, en condiciones de envolver a su vez al envolvente en el curso de la acción, porque no puede disponer sus fuerzas ni en una profundidad proporcional ni tan ocultas; pero, ¿de qué sirve al ataque la facilidad de envolver si no se dispone de las ventajas de la misma? Por eso, en la estrategia no se puede establecer el ataque envolvente en general como un principio de la victoria si no se toma en consideración su efecto sobre las líneas de comunicación. Pero este factor raras veces es grande en un primer momento, cuando el ataque y la defensa se encuentran y todavía se enfrentan en su simple posición; sólo se vuelve grande a lo largo de una campaña, cuando el atacante se convierte poco a poco en defensor en territorio enemigo; entonces las líneas de comunicación de este nuevo defensor se debilitan, y el originario defensor puede sacar provecho de esa debilidad como atacante. Pero, ¡cómo no ver que esa superioridad del ataque no se le puede atribuir en general, porque en realidad proviene de las superiores condiciones de la defensa!

El cuarto principio, *la asistencia del teatro bélico*, está naturalmente de parte del defensor. Cuando el ejército enemigo abre la campaña, se desprende de su teatro bélico y se ve debilitado por ello, es decir, deja atrás fortalezas y depósitos de todo tipo. Cuanto mayor es el espacio de operaciones que tiene que atravesar, tanto más se debilita (debido a las marchas y las ocupaciones); el ejército defensor se mantiene unido a todo ello, es decir, disfruta de la asistencia de sus fortalezas, no está debilitado por nada y está más próximo a sus fuentes de ayuda.

Sin duda la asistencia del pueblo como quinto principio no tiene lugar en toda defensa, porque puede haber una campaña de defensa

en territorio enemigo, pero sólo se desprende del concepto de la defensa y halla aplicación en la gran mayoría de los casos. Por lo demás, con esto nos referimos preferentemente, pero no exclusivamente, a la eficacia de una sublevación y una movilización nacionales, e incluye que toda la fricción es más escasa y todas las fuentes de recursos están más próximas y fluyen con mayor abundancia.

Una clara visión de la eficacia de los medios mencionados en 3 y 4, como si la mirásemos a través de una lupa, la da la campaña de 1812: 500.000 hombres cruzaron el Njemen, 120.000 libraron la batalla de Borodino, y menos aún llegaron a Moscú.

Se puede decir que el efecto de ese inmenso intento fue tan grande que los rusos, aunque no hubieran llevado a cabo ofensiva alguna, se habrían asegurado durante largo tiempo de que no habría una nueva invasión. Desde luego, con la excepción de Suecia, ningún país europeo se encuentra en una situación parecida a la de Rusia, pero el principio activo sigue siendo el mismo, y sólo se diferencia en el grado de su fuerza.

Si se añade al cuarto y quinto principio la consideración de que estas fuerzas defensivas se refieren al país originario, es decir, al propio, y se debilitan cuando la defensa se traslada a territorio enemigo y está entretejida con acciones ofensivas, se desprenderá, como arriba en el tercer principio, una nueva desventaja del ataque; porque aunque la defensa no esté compuesta de elementos meramente pasivos, tampoco el ataque está compuesto de elementos puramente activos, e incluso todo ataque que no conduzca de forma directa a la paz tiene que terminar en una defensa.

Si todos los elementos defensivos que se dan en el ataque se ven debilitados por su naturaleza, es decir, por formar parte de él, esto habrá de ser considerado una desventaja general del mismo.

Esto no es una frase ingeniosa, más bien es la desventaja principal de todo ataque, y de ahí que en todo diseño de un ataque estratégico haya que prestar desde el principio atención a este punto, es decir, a la defensa que le seguirá, como veremos con más detalle en el libro dedicado al plan de campaña.

Las grandes fuerzas morales que impregnan a veces como un fermento propio el elemento bélico, y de las que por tanto un general puede servirse en ciertos casos para fortalecer sus efectivos, están tanto de parte de la defensa como del ataque; por lo menos aquellas

que relucen especialmente en el ataque, como la confusión y el espanto infundido al adversario, sólo se presentan después del golpe decisivo, y en consecuencia raras veces contribuyen a darle una dirección.

Por consiguiente, creemos haber dado más que suficiente respuesta a nuestra frase *de que la defensa es una forma de guerra más fuerte que el ataque;* pero aún queda mencionar un pequeño factor, que hasta ahora hemos pasado por alto. Es el valor, el sentimiento de superioridad en el ejército, que se deriva de la conciencia de formar parte del atacante. La cosa es cierta en sí, pero ese sentimiento pronto desaparece en el más general y más fuerte que un ejército obtiene de sus victorias o derrotas, del talento o la incapacidad de su caudillo.

CAPÍTULO CUARTO

CONCENTRICIDAD DEL ATAQUE Y EXCENTRICIDAD DE LA DEFENSA

Estas dos concepciones, estas dos formas de uso de las fuerzas, se dan con tanta frecuencia en el ataque y en la defensa, en la teoría y en la realidad, que la imaginación las pinta involuntariamente casi como formas necesarias, inherentes al ataque y la defensa, lo que sin embargo, como demuestra la más pequeña consideración, no es realmente el caso. Por eso queremos atender a ello lo antes posible y aclararnos las ideas de una vez por todas para poder abstraernos por completo, en nuestras ulteriores consideraciones, de las circunstancias del ataque y la defensa, y no vernos perturbados incesantemente por la apariencia de ventaja y desventaja que arrojan sobre las cosas. Por eso las consideramos aquí como puras abstracciones, destilamos el concepto como un alcohol y nos reservamos llamar la atención en lo sucesivo sobre la participación que tenga en las cosas.

Al defensor se le supone, tanto en la táctica como en la estrategia, a la espera, es decir, inmóvil, al atacante en movimiento, y además moviéndose en relación a esa quietud. De ello se desprende necesariamente que el envolvimiento y embolsamiento sólo dependan de la arbitrariedad del atacante, mientras dure su movimiento y la quietud del defensor. Esta libertad del ataque para ser concéntrico o no serlo, según sea ventajoso o desventajoso, tendría que serle computado como una ventaja general. Sólo que esta elección le es dada tan sólo en la táctica, pero no siempre en la estrategia. En la primera, los puntos de apoyo de ambas alas casi nunca aseguran de forma absoluta, en la estrategia muy a menudo, cuando la línea de comunicación se prolonga en línea recta de mar a mar o de territorio neutral a territorio neutral. En este caso el ataque no puede proceder de manera concéntrica, y su libertad de elección es limitada. Pero aún queda limitada de forma más incómoda cuando *tiene* que proceder de manera concéntrica. Rusia y Francia no podían

atacar a Alemania más que con fuerzas envolventes, es decir, no unidas. Si pudiéramos suponer que la forma concéntrica fuera la más débil en el efecto de las fuerzas en la mayoría de los casos, la ventaja que el atacante obtiene de la mayor libertad de elección quedaría completamente compensada por el hecho de que en otros casos se ve obligado a servirse de la forma más débil.

Ahora vamos a considerar con mayor detalle el efecto de estas formas en la táctica y en la estrategia.

En caso de orientación concéntrica de las fuerzas, desde la periferia al punto central, se ha considerado una primera ventaja que las fuerzas se unan cada vez más al avanzar; el hecho es cierto, pero no la supuesta ventaja, porque la unión tiene lugar en ambas partes, y por tanto el equilibrio se mantiene. Lo mismo ocurre con la dispersión en el efecto excéntrico.

Otra ventaja, y la verdadera, es que las fuerzas en movimiento concéntrico orientan su efecto hacia un punto *común*, y las que lo hacen en movimiento excéntrico no. ¿Cuáles son esos efectos? Aquí tenemos que separar táctica y estrategia.

No vamos a llevar el análisis demasiado lejos, y por eso indicamos los siguientes puntos como ventajas de estos efectos:

1. Un doble, o al menos reforzado efecto del fuego, por cuanto todo se ha reunido ya en un cierto punto.
2. Ataque de una y la misma parte por varios lados.
3. El corte de la retirada.

El corte de la retirada también puede plantearse estratégicamente, pero está claro que es mucho más difícil porque los grandes espacios no se pueden cerrar. El ataque de una y la misma parte por varios lados será tanto más eficaz y decisivo cuanto más pequeña sea esa parte, cuanto más se acerque al límite extremo, a saber, a cada combatiente. Un ejército puede atacar de forma adecuada por varios lados a la vez, una división ya menos, un batallón sólo cuando constituye masa, un solo individuo ya no. Pero la estrategia abarca el territorio de las grandes masas, espacios y tiempos, y la táctica está en el extremo opuesto. De esto ya se desprende que el ataque por varios lados no puede tener en la estrategia las consecuencias que tiene en la táctica.

El efecto del fuego no es objeto de la estrategia, pero su lugar lo ocupa otra cosa. Es la sacudida de la base que cada ejército siente más o menos cuando el enemigo, cerca o lejos, resulta victorioso a su espalda.

Está claro, pues, que el efecto concéntrico de las fuerzas tiene una ventaja, que su efecto contra a es igual a un efecto contra b, sin por eso ser más débil contra a, y que contra b es al mismo tiempo un efecto contra a, y el conjunto pues no es a + b, sino algo más, y esta ventaja tiene lugar en la táctica y en la estrategia, aunque de forma algo distinta en ambas.

¿Qué se opone a esta ventaja en el efecto excéntrico de las fuerzas? Está claro que la proximidad, el movimiento por líneas interiores. Es innecesario desarrollar de qué forma esto puede convertirse en un multiplicador tal de las fuerzas que el atacante no pueda exponerse a ello sin contar con una gran superioridad.

Una vez que la defensa ha acogido en sí el principio del movimiento (un movimiento que sin duda empieza más tarde que el del atacante, pero siempre lo bastante a tiempo como para soltar las cadenas de la petrificadora pasividad), esta ventaja de la mayor concentración y las líneas interiores se vuelve muy decisiva, y en la mayoría de los casos más eficaz para la victoria que la figura concéntrica del ataque. Pero la victoria tiene que preceder al éxito; hay que superar antes de poder pensar en cortar la retirada. En pocas palabras, se ve que aquí hay una relación similar a la que se da entre ataque y defensa en general; la forma concéntrica conduce a éxitos deslumbrantes, la excéntrica concede los suyos de forma más segura, aquella es la forma más débil con el fin más positivo, esta la forma más fuerte con el fin negativo. De ahí que a nosotros nos parezca que estas formas guardan un cierto equilibrio flotante. Si a esto se añade que la defensa, porque no es en todas partes una absoluta defensa, tampoco se encuentra siempre imposibilitada de servirse de fuerzas concéntricas, dejará cuando menos de haber derecho a creer que esa forma de actuar es suficiente para asegurar al ataque una superioridad general sobre la defensa, y podremos librarnos de la influencia que esta idea suele ejercer a cada paso sobre el juicio.

Lo que hemos dicho hasta ahora abarcaba táctica y estrategia, ahora tenemos que resaltar un punto de la máxima importancia que atañe sólo a la estrategia. La ventaja de las líneas interiores crece con los espacios a los que estas líneas se refieren. En distancias de unos

miles de pasos o media milla, el tiempo que se gana puede, naturalmente, no ser tanto como en distancias de varios días de marcha o incluso de 20 a 30 millas; los primeros espacios, los pequeños, pertenecen a la táctica, los mayores a la estrategia. Naturalmente, aunque en la estrategia también se necesita más tiempo para alcanzar el fin que en la táctica, y no se supera un ejército con tanta rapidez como un batallón, tomamos estos tiempos en la estrategia sólo hasta un cierto punto, hasta la duración de una batalla, y en todo caso los pocos días que se puede evitar una batalla sin sacrificios decisivos. Además, hay una diferencia mucho mayor aún en la ventaja que se obtiene en uno y otro caso. En las pequeñas distancias de la táctica, en la batalla, los movimientos del uno tienen lugar casi a la vista del otro; el que se encuentra en la línea exterior advierte casi siempre con rapidez los de su adversario. En las mayores distancias de la estrategia ocurre muy raras veces que un movimiento del uno no se mantenga oculto al otro al menos un día, y hay muchos casos en los que, cuando el movimiento sólo afectaba a una parte y consistía en un envío de tropas considerable, se mantuvo oculto durante semanas. Es fácil advertir lo grande que es la ventaja de este ocultamiento para aquel que por la naturaleza de su situación es el más indicado para hacer uso de él.

Con esto ponemos fin a nuestras consideraciones sobre el efecto concéntrico y excéntrico de las fuerzas y su relación con el ataque y la defensa, y nos reservamos volver sobre ambos en lo sucesivo.

CAPÍTULO QUINTO

CARÁCTER DE LA DEFENSA ESTRATÉGICA

Ya se ha dicho antes que la defensa no es en realidad sino una forma de guerra más fuerte, por medio de la cual se quiere alcanzar la victoria para pasar, una vez obtenida la superioridad, al ataque, es decir, a la finalidad positiva de la guerra.

Incluso si la intención de la guerra es el mero mantenimiento del statu quo, el mero repeler el golpe es algo que contradice el concepto de la guerra, porque, indiscutiblemente, hacer la guerra no es soportarla[97]. Si el defensor ha alcanzado una ventaja significativa, la defensa ha hecho su parte, y bajo la protección de esa ventaja tiene que devolver el golpe, si no quiere exponerse a una decadencia cierta. La inteligencia exige forjar el hierro mientras está caliente, aprovechar la superioridad obtenida para prevenir un segundo ataque. Naturalmente, cómo, cuándo y dónde ha de producirse esa reacción es algo sometido a muchas otras condiciones, y sólo se desarrollará más en lo sucesivo. Aquí nos quedaremos en que ese paso a la devolución del golpe ha de ser considerado una tendencia de la defensa, es decir, un componente esencial de la misma, y que allá donde la victoria alcanzada por la forma defensiva no se consume de alguna manera en el presupuesto bélico, allá donde se marchita en cierto modo sin ser empleada, se comete un gran error.

Un rápido y vigoroso paso al ataque —la reluciente espada de la venganza— es el punto más esplendoroso de la defensa; el que no piensa enseguida en él, o más bien el que no lo incluye enseguida en el concepto de defensa nunca entenderá la superioridad de la defensa, siempre pensará tan sólo en los medios que se destruyen y adquieren al enemigo mediante el ataque, medios que no obstante no dependen de la forma de atar el nudo, sino de desatarlo. Además, es una burda confusión entender siempre por ataque un asalto y en consecuencia no entender por defensa nada más que angustia y confusión.

Desde luego, el conquistador siempre toma su decisión de ir a la guerra antes que el pacífico defensor, y si sabe mantener debidamente ocultas sus medidas le sorprenderá más o menos[98], pero esto es algo enteramente ajeno a la guerra misma, porque no debería ser así. La guerra es más para el defensor que para el conquistador, porque es con la irrupción cuando empieza la defensa, y con ella la guerra. El conquistador siempre es un amante de la paz (como Bonaparte afirmó siempre[99]), le gustaría entrar en nuestro Estado con toda tranquilidad; pero como no puede hacerlo, tenemos que querer la guerra y por tanto también prepararla; en otras palabras: son los débiles, los sometidos a la defensa, los que tienen que estar siempre armados y no ser asaltados; así lo quiere el arte de la guerra.

Por lo demás, la aparición temprana en el teatro bélico depende en la mayoría de los casos de cosas muy distintas que la intención del ataque o la defensa[100], que no son su causa, pero a menudo sí su consecuencia. El que antes se prepara va, si la ventaja del asalto es lo bastante grande, *por esa razón* al ataque, y el que se prepara más tarde sólo puede compensar en alguna medida la desventaja producida por ello mediante las ventajas de la defensa.

Sin embargo, hay que considerar siempre y en general una ventaja del ataque poder hacer buen uso de la anterior preparación para éste, lo que ya se reconocía en el Libro Tercero; sólo que esta ventaja general no es una necesidad integrante de cada caso concreto.

Así pues, si imaginamos la defensa como debe ser, lo es con la mayor preparación posible de todos los medios, con un ejército capaz para la guerra, con un general que no espera al enemigo atemorizado por confusa incertidumbre, sino por elección, con tranquila circunspección, con fortalezas que no temen al asedio, y finalmente con un pueblo sano que no teme más a su adversario de lo que es temido por él. Con tales atributos, la defensa ya no hará tan mal papel frente al ataque y ya no lo hará parecer tan fácil e infalible como en la oscura idea de aquellos que al pensar en el ataque piensan sólo en valor, fuerza de voluntad y movimiento, y al pensar en la defensa sólo en impotencia y parálisis.

CAPÍTULO SEXTO

ALCANCE DE LOS MEDIOS DEFENSIVOS

En los capítulos segundo y tercero de este libro hemos mostrado cómo la defensa tiene una superioridad natural en el uso de aquellas cosas que, aparte de la fuerza y valor absolutos de las fuerzas armadas, determinan el éxito tanto táctico como estratégico: ventaja del terreno, sorpresa, ataque por varios lados, asistencia del teatro bélico, asistencia del pueblo, aprovechamiento de grandes fuerzas morales. Consideramos útil echar aquí un vistazo más al alcance de aquellos medios de los que el defensor dispone preferentemente y en cierto modo han de ser considerados como los distintos pilares de su edificio.

1. *La movilización general.* Se ha empleado en los últimos tiempos incluso fuera del país para atacar el país enemigo, y no cabe negar que su instalación en algunos Estados, por ejemplo Prusia, es de tal índole que ha de ser considerada casi una parte del ejército permanente, es decir, que no pertenece sólo a la defensa. Sin embargo, no cabe ignorar que su uso muy vigoroso en 1813, 1814 y 1815 partió de la guerra defensiva, que se dispuso en los menos de los lugares como en Prusia, pero que, a pesar de su imperfecto grado de instalación, tiene que ser necesariamente más adecuada para la defensa que para el ataque. Además, en el concepto de *movilización* subyace siempre la idea de una colaboración extraordinaria, más o menos voluntaria, de toda la masa popular en la guerra con sus fuerzas físicas, su riqueza y su convicción. Cuanto más se aleje su ejecución de esto, tanto más será lo que ponga en pie un ejército permanente con otro nombre, tanto más tendrá las ventajas del mismo, pero también tanto más carecerá de las ventajas de la movilización propiamente dicha, es decir, las de una extensión de fuerza mucho más amplia, mucho menos determinada, mucho más fácil de incrementar mediante el espíritu y la convicción. En estas cosas reside la esencia de la movilización; hay que dejar margen a

esta colaboración de todo el pueblo mediante las líneas de su instalación, o se perseguirá una sombra cuando uno se prometa algo especial de la *movilización*.

Ahora bien, no cabe ignorar el estrecho parentesco que esta esencia de la movilización guarda con el concepto de la defensa, y por tanto tampoco cabe ignorar que tal movilización siempre formará parte más de la defensa que del ataque, que mostrará principalmente en la defensa aquellos efectos en los que supera al ataque.

2. *Fortalezas*. La colaboración de las fortalezas del atacante sólo se extiende hasta la frontera más próxima, y es débil; en el defensor profundiza en el país, es decir, hace que más sean eficaces, y esa eficacia misma es de una fuerza desigualmente mayor. Una fortaleza que motiva y sostiene un verdadero asedio tiene naturalmente un peso mayor en la balanza de la guerra que una que, alejada por su ubicación de la mera idea de tomar ese punto, no retiene ni destruye fuerzas enemigas.

3. *El pueblo*. Aunque la influencia de un solo habitante del escenario bélico no es en la mayoría de los casos más perceptible sobre la guerra que el efecto de una gota en una corriente de agua, incluso en los casos en que no cabe hablar de insurrección popular la *influencia global* que los habitantes de un país tienen sobre la guerra es todo lo contrario que imperceptible. En el propio país todo es más fácil, suponiendo que la convicción de los súbditos no esté en contradicción con este concepto.[101] Todas las cosas que el enemigo necesita las obtiene tan sólo bajo la presión de la violencia abierta; han de ser peleadas por las fuerzas armadas y les cuesta una gran masa de energías y esfuerzos. El defensor obtiene todo esto, si no de forma propiamente voluntaria como en los casos de entrega entusiasta, sí por el camino largamente probado de la obediencia ciudadana, convertida para los habitantes en una segunda naturaleza, y conservada además en marcha por medios de temor y coacción completamente distintos, que no emanan del ejército.[102] Pero también la colaboración voluntaria, emanada del verdadero afecto, es en todos los casos muy importante[103], porque nunca deja de producirse en todos los puntos que no cuestan sacrificio. Sólo vamos a destacar uno de estos puntos, de gran importancia para la dirección de la guerra: las noticias. No tanto las grandes noticias

importantes, las remitidas, como la[104] innumerable masa de pequeños contactos que el servicio diario de un ejército afronta con incertidumbre, y en los que el entendimiento con los habitantes da a los defensores una general superioridad. La más pequeña de las patrullas, cada puesto de guardia y avanzada, cada oficial destacado, dependen de los habitantes del país para satisfacer sus necesidades de noticias acerca del enemigo, de sus amigos y adversarios.

Si ascendemos ahora de estas relaciones enteramente generales[105], que nunca faltan, a los casos especiales en los que el país empieza participar él mismo en la lucha, y hasta el máximo grado de esto, donde, como en España, carga él mismo con la parte principal de la lucha mediante una guerra popular, se entiende que aquí no se produce una mera intensificación de la asistencia popular, sino que surge una potencia en verdad nueva, y que por tanto

4. podemos aducir la *insurrección armada* o levantamiento popular como un medio singular de defensa.

5. Finalmente, podemos calificar a los *aliados* como último sustento del defensor. Naturalmente, no podemos referirnos con esto a los habituales, que también el atacante tiene, sino a aquellos que *participan de forma esencial* en el sostenimiento de un país. Si pensamos en la república de Estados de la actual Europa, encontramos —por no hablar de un equilibrio del poder sistemáticamente regulado y de sus intereses, que no existe y que por eso mismo ha sido discutido con razón— indiscutiblemente que los grandes y pequeños intereses de los Estados y los pueblos se entrecruzan de la forma más variopinta y variable. Cada uno de esos entrecruzamientos forma un nudo de sujeción, porque en él la orientación de uno hace de contrapeso a la del otro; todos esos nudos forman evidentemente una cohesión del todo más o menos grande, y esa cohesión ha de ser parcialmente superada en cada cambio que se acomete. De este modo, las relaciones generales de todos los Estados entre sí sirven más para mantener el todo en su actual forma que para producir cambios en él, es decir, esa es en general la *tendencia*[106].

Así, creemos, hay que entender la idea de un equilibrio político, y en este sentido surgirá por sí mismo allá donde varios Estados civilizados entren en múltiple contacto.

Lo eficaz que sea esa tendencia de los intereses globales para conservar la situación existente, es otra cuestión; cabe imaginar en todo caso cambios en la relación entre distintos Estados que faciliten esa eficacia del conjunto, y otros que la dificulten. En el primer caso, se trata de esfuerzos por dar forma a un equilibrio político, y como tienen la misma tendencia que los intereses generales también tendrán a su favor la mayoría de esos intereses. En el otro caso, son desviaciones, actividad predominante de partes aisladas, verdaderas enfermedades; no cabe asombrarse de que se produzcan en un todo unido de manera tan débil como esta multitud de grandes y pequeños Estados, cuando se dan en el todo orgánico, tan maravillosamente ordenado, de toda naturaleza viva.[107]

Si se nos señalan pues los casos en la Historia en que Estados concretos pudieron conseguir cambios importantes meramente para su ventaja, sin que el conjunto hiciera siquiera un intento de impedirlo, o incluso los casos en los que un solo Estado ha estado en condiciones de elevarse de tal modo sobre los otros que casi se ha convertido en ilimitado soberano del conjunto, respondemos: eso no demuestra en modo alguno que la tendencia del interés general a la conservación del *statu quo* no se diera, sino sólo que su eficacia no era en ese momento lo bastante grande; la aspiración a una meta es algo distinto del movimiento hacia ella, pero en modo alguno algo nulo, como podemos ver en la dinámica del cielo.

Nosotros decimos: la tendencia al equilibrio es el mantenimiento del estado existente, suponiendo siempre que en ese estado hubiera calma, es decir, equilibrio; porque allá donde éste ya está alterado, donde ya se ha producido una tensión, la tendencia al equilibrio puede en todo caso orientarse hacia un cambio. Pero ese cambio, si nos fijamos en la naturaleza de las cosas, siempre afectará a unos pocos, y nunca a la mayoría de los Estados, y así es seguro que éstos siempre verán representado y asegurado ese mantenimiento por los intereses generales de todos, y por tanto también es seguro que ese Estado concreto que no está en el caso de encontrarse ya en una tensión contra el conjunto tendrá en su defensa más intereses a favor que en contra.

Quien al leer estas consideraciones se ría como si oyera sueños utópicos, lo estará haciendo a costa de la verdad filosófica. Si ésta nos permite reconocer las relaciones que guardan entre sí los elementos esenciales de las cosas, sería irreflexivo querer derivar de

ello, eludiendo todas las injerencias casuales, leyes generales que pudieran regular cada caso concreto. Pero la opinión de aquel que, conforme a la expresión de un gran escritor, *no se eleva por encima de la anécdota,* construye sobre ella toda la Historia, empieza en todas partes por lo más individual, sólo con la punta de los acontecimientos, y no desciende más que hasta encontrar motivo, es decir, nunca llega a las circunstancias generales que imperan en el fondo, nunca tendrá más que el valor de un caso, y naturalmente éste parecerá un sueño respecto a lo que la filosofía significa para la generalidad de los casos.

Si no existiera esa tendencia general a la calma y el mantenimiento de lo existente, nunca habrían podido convivir por largo tiempo un gran número de Estados formados[108], tendrían necesariamente que confluir en uno. Así que, si la actual Europa dura 1.000 años, sólo podremos atribuirlo a esa tendencia de los intereses generales, y si la protección del conjunto no siempre ha bastado para la conservación de cada individuo, esto no son más que irregularidades en la vida de ese conjunto, que no obstante no lo han destruido, sino que han sido superadas por él.

Sería muy superfluo recorrer la masa de acontecimientos en los que los cambios que perturbaban demasiado el equilibrio han sido impedidos o anulados por la acción contraria[109] más o menos abierta de los otros Estados; el más fugaz vistazo a la Historia lo demuestra. Sólo vamos a hablar de un caso, porque siempre está en boca de aquellos que se burlan de la idea de un equilibrio político, y porque parece venir aquí especialmente a cuento como un caso en el que un defensor indefenso sucumbió sin conseguir la implicación de una asistencia ajena. Hablamos de Polonia. Que un Estado de 8 millones de habitantes pudiera desaparecer, ser dividido por otros tres, sin que ninguno de los demás Estados desenvainara la espada, parece a primera vista un caso que, o bien demostraría suficientemente la ineficacia general del equilibrio político, o mostraría al menos lo lejos que puede ir en los casos concretos. Que un Estado de tal volumen pudiera desaparecer y convertirse en botín de otros, que ya se contaban entre los más poderosos (Rusia y Austria), parece un caso de lo más extremo, y si no pudiera suscitar el interés global de toda la república de Estados, se dirá, entonces hay que considerar imaginaria la eficacia que esos intereses generales tienen para el mantenimiento de cada uno de ellos. Pero insistimos en que un único

caso, por llamativo que sea, no demuestra nada contra la generalidad, y afirmamos por tanto que el caso de la ruina de Polonia no es tan incomprensible como parece. ¿Se podía considerar realmente a Polonia un Estado europeo, un miembro homogéneo de la república de Estados europeos? ¡No! Era un Estado tártaro que, en vez de estar situado como los tártaros de Crimea junto al Mar Negro, en la frontera del mundo europeo, estaba junto al Vístula, entre ellos. Con esto no queremos ni hablar con desprecio del pueblo de Polonia ni justificar la partición del país, sino tan sólo ver las cosas como son. Desde hace 100 años, en el fondo este Estado ya no había representado ningún papel político, sino que sólo había sido la manzana de la discordia para otros. En su estado y constitución era imposible que se mantuviera a la larga entre los otros; un cambio esencial en ese estado tártaro sólo habría podido ser obra de medio siglo o de un siglo entero, si los dirigentes de ese pueblo hubieran estado dispuestos a ello. Pero ellos mismos eran demasiado tártaros como para desear semejante cambio. Su desordenada vida estatal y su inconmensurable frivolidad se daban la mano y se tambaleaban así hacia el abismo. Mucho antes de la partición de Polonia, los rusos estaban allí como en su casa, el concepto de un Estado autónomo y delimitado ya no existía, y no hay nada más cierto que Polonia, de no haber sido dividida, se habría convertido en provincia rusa. Si todo esto no hubiera sido así, y Polonia hubiera sido un Estado capaz de defensa, las tres potencias no habrían avanzado tan fácilmente hacia su división, y aquellas potencias que más apostaban por su mantenimiento, como Francia, Suecia y Turquía, hubieran podido contribuir a él de muy distinta manera. Pero, desde luego, es demasiado pedir que la conservación de un Estado se procure tan sólo desde fuera[110].

La partición de Polonia había sido objeto de conversación durante los 100 años anteriores, y desde entonces el país no había sido contemplado como una casa cerrada, sino como una calle pública por la que pasaban constantemente potencias bélicas extranjeras. ¿Iban a impedir todo esto los otros Estados, iban a sacar[111] constantemente la espada para vigilar la inviolabilidad política de la frontera polaca? Eso era exigir una imposibilidad moral. Polonia no era políticamente en esa época mucho más que una estepa despoblada; e igual que no se habría estado en condiciones de proteger esa estepa indefensa, situada entre otros

Estados, de sus injerencias, tampoco se podía garantizar la inviolabilidad de ese presunto Estado. Por todas estas razones, la silenciosa ruina de Polonia sorprende tan poco como la tranquila ruina de la Tartaria crimea; los turcos estaban en todo caso[112] más interesados que cualquier otro Estado europeo en el mantenimiento de Polonia[113], pero veían que iba a ser un esfuerzo inútil proteger una estepa carente de resistencia.

Regresamos a nuestro objeto, y creemos haber expuesto que un defensor puede contar en general con más asistencia exterior que el atacante; podrá contar con ella con tanta más seguridad cuanto más importante sea su existencia para todos los demás, es decir, cuanto más sano y robusto sea su estado político y bélico.

Los objetos que hemos mencionado aquí como verdadero medio de la defensa no estarán a disposición de la defensa de cada individuo, se entiende; ora faltarán los unos, ora los otros, pero pertenecen en su conjunto al concepto colectivo de la defensa.

CAPÍTULO SÉPTIMO

INTERACCIÓN DEL ATAQUE Y LA DEFENSA

Vamos a considerar ahora especialmente la defensa y el ataque, en tanto se pueden separar. Empezamos por la defensa por las siguientes razones: sin duda es muy natural y necesario fundamentar las reglas de la defensa sobre las del ataque y las reglas del ataque sobre las de la defensa, sólo que una de las dos tiene que tener un tercer punto si toda la serie de ideas ha de tener un comienzo, es decir, si ha de ser posible. La primera pregunta es este punto.

Si pensamos de un modo filosófico en el origen de la guerra, el verdadero concepto de la guerra no surge con el ataque, porque éste no tiene como fin absoluto tanto la lucha como la toma de posesión, sino que surge con la defensa, porque ésta tiene la lucha como fin inmediato, pues está claro que defenderse y luchar es una misma cosa. La defensa sólo se orienta hacia el ataque, así que lo presupone necesariamente, pero el ataque no se orienta hacia la defensa, sino hacia algo distinto, hacia la toma de posesión, así que no presupone necesariamente este otro. De ahí que forme parte de la naturaleza del caso el que aquel que primero pone en marcha el elemento de la guerra, desde cuyo punto de vista se piensan primero las dos partes, establezca también las primeras leyes de la guerra, y ese es *el defensor*. No hablamos aquí de un caso concreto, sino del general, del caso abstracto que la teoría idea para determinar su camino.

De ahí que ahora sepamos dónde ha de buscarse el punto fijo fuera de la interacción entre ataque y defensa: en la defensa.

Si esta consecuencia es correcta, el defensor tiene que tener motivos que determinen su conducta, aunque no sepa nada de lo que el atacante hará, y sin duda esos motivos tienen que incluir una ordenación de los medios de combate. Viceversa, mientras el atacante no supiera nada de su adversario no tendría que haber motivos para su proceder que incluyeran una aplicación de los medios de lucha. No podría hacer nada más que llevarlos consigo, es

decir, tomar posesión por medio de un ejército. Y así es también de hecho; porque procurarse medios de combate aún no significa utilizarlos, y el atacante, que los lleva consigo con la idea muy general de que los necesitará, y que, en vez de tomar posesión del país mediante comisarios y proclamas, lo hace con ejércitos, aún no ejerce ningún acto bélico positivo propiamente dicho; en cambio, el defensor, que no sólo reúne sus medios de lucha, sino que los dispone en la forma en que quiere llevar a cabo el combate, es el primero que ejerce una actividad que realmente se adecua al concepto de la guerra.

La segunda cuestión es ahora: ¿de qué naturaleza pueden ser en teoría los motivos que inducen a la defensa, antes de haber pensado nada sobre el ataque mismo? Está claro que residen en el avance hacia la toma de posesión, que se piensa al margen de la guerra, pero es el punto de apoyo para los primeros momentos de la acción bélica. Este avance es el que debe impedir la defensa, tiene que estar pensado pues en relación con el país, y así surgen las primeras y más generales disposiciones de la defensa. Una vez establecidas, el ataque se aplica a ellas, y de la consideración de los medios que este emplea se derivan nuevos principios defensivos. Ahí tenemos la interacción, que la teoría puede proseguir en su análisis mientras halle nuevos resultados dignos de consideración.

Este pequeño análisis era necesario para dar algo más de claridad y solidez a todas nuestras futuras consideraciones; no se ha hecho para el campo de batalla, ni tampoco para el futuro general, sino para el ejército de teóricos que hasta ahora se han puesto las cosas demasiado fáciles.

CAPÍTULO OCTAVO

FORMAS DE RESISTENCIA

El concepto de la defensa es el rechazo; en este rechazo se incluye la espera, y esta espera es para nosotros la principal característica de la defensa y a la vez su ventaja principal.

Pero igual que la defensa en la guerra no puede ser mero sufrir[114], tampoco la espera puede ser absoluta, sino sólo relativa; el objeto al que la misma se refiere es, según el espacio: el país o el teatro bélico o la posición; según el tiempo: la guerra, la campaña o la batalla. Sabemos que estos objetos no son unidades invariables, sino tan sólo los puntos centrales de ciertos ámbitos que se entrecruzan y entreveran; pero en la vida práctica hay que conformarse a menudo con agrupar las cosas, no separarlas con rigor, y la vida práctica ha dado a estos conceptos suficiente precisión, de tal modo que en torno a ellos se pueden reunir cómodamente las demás concepciones.

Así pues, la defensa del país sólo espera que el país sea atacado, la defensa del teatro bélico el ataque sobre el teatro bélico, la defensa de la posición el ataque a la posición. Toda actividad positiva, y en consecuencia más o menos agresiva, que se ejerza desde ese momento, no revoca el concepto de defensa, porque la principal característica del mismo y su principal ventaja, *la espera,* ha tenido lugar.

Los conceptos de guerra, campaña, batalla, pertenecientes al ámbito del tiempo, van junto a los conceptos de país, teatro bélico y posición, y tienen por tanto la misma relación con nuestro objeto.

La defensa está formada pues por dos partes heterogéneas, la espera y la acción. En tanto hemos referido la primera a un objeto determinado y la hemos hecho pues preceder a la acción, hemos hecho posible la conexión de ambas en un todo. Pero un acto de defensa, especialmente uno grande, como una campaña o una guerra entera, no consistirá en función del tiempo en dos grandes mitades, la primera la mera espera y la segunda la mera acción, sino en una

alternancia de esos dos estados, de tal modo que la espera puede recorrer todo el acto de la defensa como un hilo continuo.

El dar tal importancia a esta espera se debe tan sólo a que la naturaleza del caso lo exige; en las teorías anteriores, nunca se ha destacado como un concepto autónomo, pero en el mundo práctico ha servido incesantemente de guía, aunque a menudo de forma inconsciente. Es un elemento tan fundamental de todo el acto bélico, que éste apenas es posible sin aquél, y por eso en lo sucesivo volveremos con frecuencia sobre el mismo, llamando la atención sobre sus efectos en el juego dinámico de las fuerzas.

Ahora vamos a ocuparnos en poner de manifiesto cómo el principio de la espera se extiende a lo largo del acto de la defensa, y qué graduación de la defensa misma emana de él.

Para atar nuestras ideas a los objetos más sencillos, vamos a dejar a un lado la defensa nacional, en la que se da una mayor variedad y una mayor influencia de las circunstancias políticas, hasta el libro que trata del plan de guerra; por otro lado, el acto de defensa en una posición y una batalla es objeto de la táctica, que sólo *en tanto que conjunto* forma el punto inicial de la actividad estratégica, de ahí que la defensa del *teatro bélico* sea el objeto en el que mejor podemos mostrar las condiciones de la defensa.

Hemos dicho que esperar y actuar, esto último siempre como devolución del golpe, es decir, como reacción, son partes esencialísimas de la defensa: sin la primera no habría defensa, sin la última no habría guerra. Esta idea ya nos ha llevado antes a la forma de representación de que la defensa no es sino *la forma de guerra*[115] *más fuerte, para vencer con tanto mayor seguridad al adversario;* tenemos que mantener esta idea, en parte porque en última instancia es la única que nos protege contra el absurdo, en parte porque refuerza tanto más todo el acto de la defensa cuanto más vital y próxima se mantiene.

Si se quisiera, por tanto, hacer una diferencia en la reacción, que representa el segundo componente esencial de la defensa, y contemplar aquello que representa la defensa propiamente dicha, la defensa del país, del teatro bélico, de la posición, como la única parte *necesaria,* que sólo llegaría hasta donde el aseguramiento de estos objetos requiere, y ver en cambio la posibilidad de una reacción mayor, que pasara al ámbito *del verdadero ataque estratégico,* como un objeto ajeno e indiferente a la defensa, esto iría *contra* la idea

expuesta, y por ello no podemos considerar esencial tal diferencia, sino que tenemos que insistir en que a toda defensa tiene que subyacer la idea de una *revancha;* porque, por muchos perjuicios que en caso afortunado se puedan haber inferido al adversario en la primera reacción, siempre seguirá faltando el debido equilibrio en la relación dinámica entre ataque y defensa.

Decimos pues que la defensa es la forma de guerra[116] más fuerte, para vencer más fácilmente al adversario, y dejamos en manos de las circunstancias si esa victoria se extiende más allá del objeto al que la defensa se refería o no.

Pero como la defensa está unida al concepto de la espera, aquella finalidad de *vencer al enemigo* sólo puede darse de forma condicionada, concretamente sólo cuando se produzca el ataque, y se entiende pues que la defensa, cuando esto no ocurre, se contenta con el mantenimiento de la posesión; ésta es pues su finalidad en estado de espera, es decir, la más inmediata, y sólo en tanto que se conforma con ese objetivo más modesto puede alcanzar las ventajas de la forma de guerra más fuerte.

Si imaginamos un ejército con su teatro bélico destinado a la defensa, esto puede ocurrir de este modo:

1. Si el ejército ataca al enemigo en cuanto penetre en el teatro bélico (Mollwitz, Hohenfriedberg).
2. Si toma una posición próxima a la frontera y espera a que el enemigo aparezca para atacarla, para atacar entonces a su vez (Czaslau, Soor, Rossbach). Está claro que en este caso la conducta es más pasiva, se espera más tiempo, y aunque *el tiempo* que se gana con el segundo procedimiento puede ser muy escaso o nulo en comparación con el primero, si el ataque enemigo realmente tiene lugar, la batalla, que en el caso anterior era cierta, ahora es ya menos cierta: puede ser que la decisión del enemigo no llegue hasta el ataque; así que la ventaja de la espera es mayor.
3. Si el ejército en una posición así no sólo espera la decisión del enemigo para la batalla, es decir, que aparezca a la vista de nuestra posición, sino que también espera el verdadero ataque. (Bunzelwitz, por seguir con el mismo general). En este caso se ofrecerá una auténtica batalla defensiva, que no obstante, como ya hemos dicho antes, puede encerrar en sí

el movimiento ofensivo con una u otra parte. También aquí, como antes, la ganancia de tiempo apenas entrará en consideración, pero la decisión del enemigo será sometida a una nueva prueba; después de haber avanzado para atacar, más de uno ha renunciado a hacerlo en el último momento o al primer intento, porque la posición del adversario le parecía demasiado fuerte.

4. Si el ejército desplaza su resistencia al interior del país. La finalidad de esta retirada es causar debilitamiento en el atacante y esperar a que tenga que detener su avance o al menos ya no pueda superar la resistencia que le opondremos al final de su camino.

Este caso se ve del modo más sencillo y más claro cuando el defensor puede dejar a sus espaldas una o varias de sus fortalezas, que el atacante está obligado a asediar o rodear. Está claro lo mucho que esto debilita su capacidad de combate y da ocasión al defensor de atacarle en un punto con gran superioridad.

Pero aunque no haya tales fortalezas, semejante retirada hacia el interior puede dar poco a poco al defensor el equilibrio o la superioridad que necesita y le faltaba en la frontera, porque todo avance en el ataque estratégico debilita, en parte de manera absoluta, en parte por la división que se hace necesaria, de la que diremos más al hablar del ataque. Anticipamos aquí esa verdad al contemplarla como un hecho suficientemente demostrado por todas las guerras.

En este cuarto caso, ha de considerarse ante todo la ganancia de tiempo como una importante ventaja. Si el atacante asedia nuestras fortalezas, tenemos tiempo hasta su probable caída, tiempo que podría llegar a varias semanas, en algunos casos varios meses; pero si su debilitamiento, es decir, el agotamiento de su fuerza de ataque, se produce tan sólo mediante el avance y la ocupación de los puntos necesarios, es decir, meramente por la longitud de su recorrido, la ganancia de tiempo aún será mayor en la mayoría de los casos, y nuestra acción no estará tan vinculada a un momento determinado.

Aparte del cambio en la relación de poder que se produce al final de ese camino entre el defensor y el atacante, también tenemos que tener en cuenta *el aumento de la ventaja* de la espera. Aunque el atacante no se viera debilitado por este avance en la medida de no poder atacar a nuestra fuerza principal allá donde ésta se detenga,

quizá sin embargo le falte decisión para hacerlo, porque esa decisión tendrá que ser siempre más fuerte aquí de lo que necesitaba serlo junto a la frontera; en parte sus fuerzas están debilitadas y ya no frescas, y el peligro es mayor; en parte, en caso de generales indecisos, la posesión del país en el que han entrado basta para apartar por entero de ellos la idea de una batalla, o bien porque realmente creen no necesitarla o porque eligen tal pretexto. Desde luego, la omisión de ese ataque no puede ser, como en la frontera, un éxito negativo suficiente para el defensor, pero sí una gran ganancia de tiempo.

Está claro que en los cuatro casos indicados el defensor disfruta de la asistencia del terreno, y de que con él puede incluir en la acción el concurso de sus fortalezas y del pueblo, y sin duda estos principios activos aumentarán con cada nuevo escalón de la defensa, y son estas cosas las que producen, en el cuarto escalón, el[117] debilitamiento del poder enemigo. Como las ventajas de la espera aumentan precisamente en esa dirección, cae por su peso que esos escalones han de ser considerados un verdadero incremento de la defensa, y que esta forma de guerra se hace cada vez más fuerte cuanto más se aleja del ataque. No tememos que por eso se nos acuse de opinar que la más pasiva de las defensas es la más fuerte. La acción de la resistencia no se debilita a cada nuevo escalón, sino que se *retrasa,* se *traslada*. Sin duda no es contradictorio decir que en una posición fuerte y oportunamente atrincherada se es capaz de oponer una resistencia mayor, y que cuando las fuerzas del enemigo se han medio agotado contra ella puede dársele un golpe tanto más eficaz. Sin las ventajas de la posición de Kolin, Daun no hubiera alcanzado la victoria, y si cuando Federico el Grande no rescató del campo de batalla más de 18.000 hombres les hubiera perseguido más, el éxito hubiera podido ser uno de los más brillantes de la Historia bélica.

Afirmamos pues que a cada nuevo escalón de la defensa crece la preponderancia o, mejor dicho, el contrapeso, que alcanza el defensor, y en consecuencia también la fuerza de la devolución del golpe.

¿Se obtienen gratis estas ventajas de la defensa creciente? En modo alguno: los sacrificios con los que hay que adquirirlas aumentan en el mismo sentido[118].

Si esperamos al enemigo dentro de nuestro teatro bélico, por cercana a la frontera que se tome la decisión este teatro bélico

siempre es hollado por el poder enemigo, lo que no puede ocurrir sin sacrificios por su parte mientras nosotros inflijamos[119] al enemigo ese perjuicio mediante un ataque. Si no salimos enseguida al paso del enemigo para atacarle, los sacrificios se hacen ya algo más grandes; el espacio que el enemigo ocupa y el tiempo que necesita para llegar a nuestra posición los multiplican. Si queremos librar una batalla defensiva, si dejamos por tanto la decisión y el momento de la misma al enemigo, puede ser que se quede largo tiempo en posesión de la franja de tierra que ocupa, y nosotros paguemos de ese modo el tiempo que nos permite ganar con su falta de decisión. Los sacrificios aún serían más sensibles si tiene lugar una retirada al interior del país.

Pero todos esos sacrificios que el defensor hace le causan la mayoría de las veces una pérdida de fuerzas que sólo actúa de manera *indirecta,* es decir, posterior y no directa, sobre sus fuerzas, y de forma a menudo tan indirecta que su efecto es poco sensible. El defensor trata pues de reforzarse en el momento presente a costa del futuro, es decir, toma prestado, como tiene que hacer todo aquel que es demasiado pobre para sus circunstancias.

Si queremos considerar ahora el éxito de estas distintas formas de resistencia tenemos que fijarnos en la *finalidad del ataque*. Ésta es tomar posesión de nuestro teatro bélico o al menos de una parte importante del mismo, porque bajo el concepto de conjunto hay que entender al menos la masa mayor del mismo, y la posesión de una franja de tierra de pocas millas no tiene por regla general importancia autónoma en la estrategia. Mientras el atacante aún no haya tomado posesión de ella, es decir, mientras, porque teme nuestro poder, no haya dado pasos para atacar el teatro bélico o no nos haya visitado en nuestra posición o haya rehuido la batalla que queríamos ofrecerle, la finalidad de la defensa está cumplida, y el efecto de las medidas defensivas ha sido exitoso. Pero desde luego este éxito es un éxito meramente negativo, que no puede dar directamente las energías para un contragolpe. Pero sí puede darlas *indirectamente,* es decir, está en camino a ello, porque el tiempo que pasa es tiempo que *pierde el atacante,* y toda pérdida de tiempo es un perjuicio y tiene que debilitar de algún modo a quien la sufre.[120]

Así pues, en los primeros tres escalones de la defensa, es decir, cuando se produce junto a la frontera, *la no decisión es ya un éxito del defensor*. Pero no así en el cuarto.

Si el enemigo asedia nuestras fortalezas, tenemos que arriesgarlas en el momento oportuno, es decir, nos toca a nosotros tomar la decisión para una acción positiva.

Este es el caso cuando el enemigo nos ha seguido al interior del país sin asediar una de nuestras plazas. Sin duda en este caso tenemos más tiempo, podemos esperar el momento de máximo debilitamiento del adversario, pero siempre presuponiendo que pasemos por fin a la acción. Sin duda el enemigo está ahora en posesión quizá de toda la franja de terreno que era el objeto de su ataque; pero sólo la tiene prestada, la tensión continua, y la decisión aún no se ha producido. Mientras el defensor se refuerza diariamente y el atacante se debilita diariamente, la no decisión va en interés del primero; pero en cuanto llega el punto culminante, que tiene que llegar necesariamente, aunque sólo sea por la acción final de las pérdidas generales a las que el defensor se ha expuesto[121], la acción y decisión pasan al defensor, y la ventaja de la espera ha de considerarse totalmente agotada.

Naturalmente, ese momento no tiene una medida general; un montón de circunstancias y relaciones pueden determinarlo, pero observemos que la cercanía del invierno suele ser un punto de inflexión muy natural. Si no podemos impedir al enemigo invernar en la franja de terreno tomada, por regla general se considerará ésta como abandonada. Pero no hay más que pensar en el ejemplo de Torres Vedras para darse cuenta de que esta regla no es general.

¿Cuál es la decisión?

En nuestras consideraciones, siempre la hemos pensado en forma de batalla; naturalmente esto no es necesario, sino que cabe imaginar un montón de combinaciones con un poder dividido que conducen a un cambio repentino, o bien porque se descargan de manera realmente sangrienta[122] o porque sus probables repercusiones hacen necesaria la retirada del adversario.

No puede haber otra decisión en el teatro bélico mismo, esto se desprende necesariamente de la idea de la guerra que hemos expuesto; porque aunque un ejército enemigo emprendiera su retirada por simple falta de alimentos, ésta surge de la limitación en la que nuestra espada[123] le tiene; si no fuera por nuestra fuerza armada, sabría cómo salir del paso.

Es decir, que incluso al fin de su ataque, cuando el enemigo sucumbe a las difíciles condiciones del mismo, cuando las fuerzas

destacadas, el hambre y la enfermedad lo han debilitado y consumido, sigue siendo tan sólo el temor a nuestra espada el que puede moverle a dar la vuelta y dejarlo correr todo. Pero, naturalmente, esto no hace que deje de haber una gran diferencia entre una decisión así y una en la frontera.

Aquí sus armas sólo se enfrentan a nuestras armas, sólo éstas le retienen o actúan de forma destructiva sobre él; pero allí, al final del camino, las fuerzas enemigas han sido ya medio destruidas por sus propios esfuerzos, lo que da a nuestras armas un peso muy distinto, y así pues, aunque sean el motivo último de la decisión, no son el único. Esta aniquilación de las fuerzas enemigas al avanzar prepara la decisión, y puede hacerlo en la medida en que la mera posibilidad de nuestra reacción puede causar la retirada, es decir, el vuelco. En este caso pues la decisión prácticamente no se puede atribuir a otra cosa que a estos esfuerzos del avance. Desde luego, no se hallará un caso en el que la espada del defensor no haya contribuido; pero para la visión práctica es importante distinguir cuál de los dos principios ha sido el predominante.

En este sentido, podemos creer que hay en la defensa una doble decisión, es decir, una doble forma de reacción, según el atacante deba sucumbir *por la espada del defensor o por sus propios esfuerzos*.

Está claro en sí mismo que la primera forma de decisión predominará en los tres primeros escalones de la defensa, y la segunda en el cuarto; y sin duda la última sólo podrá darse cuando la retirada se produzca muy dentro del país; y es ella sola la que puede motivar una retirada así, con los grandes sacrificios que conlleva.

Así pues, hemos conocido dos principios distintos de la defensa; hay casos en la Historia bélica en los que se presentan tan puros y separados como puede darse un concepto elemental en la vida práctica. En el momento en que Federico el Grande ataca a los austriacos en Hohenfriedberg, en 1745, cuando iban a descender de las montañas de Silesia, su fuerza no podía estar sensiblemente debilitada ni por los destacamentos ni por los esfuerzos; cuando, por otra parte, Wellington espera en la posición fortificada de Torres Vedras a que el hambre y el frío lleven al ejército de Massena a emprender por sí mismo la retirada, la espada del defensor no ha tenido parte alguna en el verdadero debilitamiento del atacante. En otros casos en los que los dos principios aparecen entrelazados, sin

duda hay uno que predomina. Así fue en el año 1812. En esa famosa campaña tuvo lugar tal masa de combates sangrientos, que en otros casos hubieran significado la decisión más completa por la espada; no por eso deja de haber un caso tan claro como éste de que el atacante puede sucumbir debido a sus propios esfuerzos. De los 300.000 hombres que formaban el centro francés, sólo 90.000 llegaron a Moscú; sólo unos 13.000 estaban destacados, así que se perdieron 197.000 hombres, y sin duda no más de un tercio de esa pérdida puede imputarse a los combates.

Todas las campañas que se han distinguido por una cierta lentitud, como la del famoso Fabio Cunctator, contaban principalmente con la aniquilación del enemigo gracias a sus propios esfuerzos.

En general, hay un montón de campañas en las que este principio era lo principal sin que se formulase verbalmente, y sólo si se cierran los ojos a los artificiosos motivos del historiador, mirando a cambio cara a cara a los acontecimientos, se atribuirán muchas decisiones a esta verdadera razón.[124]

Con esto creemos haber desarrollado suficientemente aquellas ideas que subyacen a la defensa, los escalones de la misma, y haber mostrado claramente y hecho comprensible en estas dos formas principales de defensa cómo el principio de la espera recorre todo el sistema intelectual y se une con la acción positiva, de tal modo que aparece aquí antes, allá después, y la ventaja de la espera se considera entonces agotada.

Creemos con esto haber medido y abarcado todo el terreno de la defensa. Naturalmente, aún hay en ella objetos de importancia suficiente como para formar secciones especiales, es decir, como para convertirse en centro de sistemas intelectuales propios, en los que también tendríamos que pensar: la esencia e influencia de las fortificaciones, los campos atrincherados, las defensas en montañas y ríos, el efecto de los flancos, etc. Trataremos de ello en los capítulos siguientes; pero todos esos objetos no nos parecen al margen de nuestras ideas anteriormente mencionadas, sino tan sólo una aplicación concreta de las mismas a lugares y circunstancias. Hemos derivado esa serie de ideas del concepto de la defensa y de su relación con el ataque; hemos enlazado estas simples ideas a la realidad y mostrado así el camino por el que se vuelve de la realidad a esas ideas simples y se puede por tanto ganar tierra firme para no

verse forzado a que el razonamiento busque refugio en puntos de apoyo que flotan en el aire.

Pero la resistencia por la espada puede tener, debido a la variedad de combinaciones —especialmente en el caso en que no se descargan de manera sangrienta, sino que se vuelven activas por su mera posibilidad—, un aspecto tan distinto, un carácter tan variado, que uno se siente inclinado a creer que aquí se tendría que poder encontrar también otro principio activo; que entre el rechazo sangriento en una simple batalla y los efectos de una red estratégica que no deja las cosas llegar tan lejos hay tal diferencia que habría que asumir necesariamente la existencia de una nueva fuerza: más o menos igual que los astrónomos han deducido la existencia de otros planetas del gran espacio que hay entre Marte y Júpiter.

Si el atacante encuentra al defensor en una posición fija que no cree poder superar por encontrarlo detrás de un río importante que no cree poder atravesar, incluso si, en caso de seguir avanzando, teme no poder asegurar debidamente su manutención, siempre es la espada del defensor la que causa esos efectos; porque el temor a ser vencido por esa espada, o en combates principales o en puntos especialmente importantes, es lo que hace detenerse la acción del atacante, sólo que o bien no lo dirá o al menos no lo dirá sin rodeos.

Si se admite que incluso en caso de decisión no sangrienta los que han decidido son en última instancia los combates que realmente no tuvieron lugar, sino que fueron *meramente ofrecidos,* habrá que pensar que en este caso hay que considerar la *combinación estratégica* de estos combates como el principio más activo, no su decisión táctica, y que sólo se podría hacer referencia a ese predominio de la combinación estratégica si se piensa en otros medios de defensa distintos de la espada. Lo aceptamos, pero ahora nos encontramos precisamente en el punto al que queríamos ir a parar. Porque decimos: si el éxito táctico en los combates tiene que ser el *fundamento* de todas las combinaciones estratégicas, siempre es posible y de temer que el atacante se abra paso hasta ese fundamento, se prepare ante todo para ser maestro en esos éxitos tácticos para echar por tierra la combinación estratégica; que por tanto ésta *nunca pueda ser considerada como algo autónomo,* sino que sólo pueda cobrar vigencia cuando, debido a los éxitos tácticos, se carece de preocupaciones por este o aquel motivo. Para hacernos entender aquí con poco, sólo queremos recordar que un general

como Bonaparte recorría sin contemplaciones todo el tejido estratégico de su adversario para buscar él mismo el combate, porque casi nunca dudaba del resultado de ese combate. Por tanto, donde la estrategia no empleaba toda su industria en evitar esa lucha con un poder superior, donde se entregaba a cosas más sutiles (más débiles), esa tela de araña podía darse por rota. En cambio, un general como Daun podía ser fácilmente detenido por esas cosas. Sería pues necio pedir a un Bonaparte y a su ejército lo que el ejército francés de la Guerra de los Siete Años podía pedirle a Daun y a los suyos, ¿Por qué? Porque Bonaparte sabía muy bien que todo dependía de los éxitos tácticos, y estaba seguro de ellos, cosas ambas distintas en Daun. *Por eso* consideramos beneficioso mostrar que toda combinación estratégica se basa tan sólo en los éxitos tácticos, que éstos son, tanto en la solución sangrienta como en la no sangrienta, las verdaderas causas fundamentales de la decisión. Sólo si no hay que temer ésta, ya sea por el carácter o circunstancias del adversario, por el equilibrio moral y físico de ambos ejércitos o incluso por la preponderancia del nuestro, sólo entonces se podrá esperar algo de las combinaciones estratégicas *en sí*[125].

Si en toda la extensión de la Historia bélica encontramos una gran masa de campañas en las que el atacante abandona el combate sin decisión sangrienta[126], en las que, por tanto, las combinaciones estratégicas se muestran lo bastante eficaces, eso podría llevarnos a pensar que estas combinaciones tienen una gran fuerza al menos en sí mismas y, donde no cabe prever una superioridad demasiado decidida del atacante en los éxitos tácticos, podrían en la mayoría de los casos decidir por sí solas. A esto tenemos que responder que, si se habla de las cosas que tienen su origen en el teatro bélico, es decir, que pertenecen a la guerra misma, también esa idea es errónea, y que la ineficacia de la mayoría de los ataques tiene su fundamento en las circunstancias superiores, políticas, de la guerra.

Las circunstancias generales de las que emana una guerra y que, naturalmente, son su fundamento, determinan también su carácter; diremos más de esto más adelante, al hablar del plan de guerra. Pero estas circunstancias generales han hecho de la mayoría de las guerras un objeto contradictorio en el que la verdadera enemistad tiene que abrirse paso por entre tal conflicto de relaciones que se queda en un elemento muy débil. Naturalmente, donde más y con más fuerza tiene que mostrarse esto es en el ataque, *en cuyo lado se encuentra*

la acción positiva. Así, no es sorprendente que un ataque apresurado y sin respiración pueda ser detenido por la presión de un dedo.[127] Contra una decisión débil, paralizada por mil cautelas, apenas existente, suele bastar la sombra de una resistencia.

No es el gran número de posiciones inexpugnables, que se hallan por doquier, ni la fertilidad de las oscuras masas montañosas que se extienden a lo largo del teatro bélico, o la ancha corriente que lo atraviesa, ni la facilidad para paralizar[128] realmente, mediante ciertas combinaciones de combates, el músculo que ha de descargar el golpe contra nosotros; no son estas cosas la causa del frecuente éxito que el defensor obtiene de forma no sangrienta, sino la débil voluntad con la que el atacante avanza el dubitativo pie.

Esos contrapesos pueden y tienen que ser tenidos en cuenta, pero habría que reconocerlos como lo que son, y no atribuir sus efectos a otras cosas, las únicas cosas de las que estamos hablando aquí. No podemos dejar de señalar expresamente[129] cómo la Historia bélica puede convertirse fácilmente en una permanente mentira y estafa si la crítica no se preocupa de asumir un punto de vista corrector.

Contemplemos ahora las grandes masas de las campañas de ataque fallidas sin solución sangrienta, en la forma que podríamos llamar vulgar.

El atacante avanza en territorio enemigo, hace retroceder un trecho al adversario, pero tiene demasiados reparos en llegar a una batalla decisiva; así que se detiene ante él, como si hubiera hecho una conquista y no tuviera más tarea que cubrirla; como si fuera cosa del adversario buscar la batalla, como si se le ofreciera diariamente, etc. Todo esto son *imposturas* que el general adopta ante su ejército, su corte, el mundo, ante sí mismo. La verdadera razón es que se considera al adversario demasiado fuerte en su situación. No hablamos aquí del caso en el que el atacante deja de llevar a cabo un ataque porque no podría hacer uso de su victoria, porque, al final de su carrera, ya no tendría impulso suficiente para iniciar otra. Este caso presupone un ataque ya logrado, una verdadera conquista; pero aquí tenemos presente el caso en el que el atacante se queda clavado en mitad de la conquista perseguida.

Sólo se espera para hacer uso de circunstancias favorables; por regla general no hay motivos para estas circunstancias favorables, porque la intención de atacar demuestra ya que no se podía esperar

más del futuro inmediato que del presente; es pues un nuevo espejismo. Si, como suele ocurrir, la empresa está relacionada con otras simultáneas, se echa sobre las espaldas de otros ejércitos lo que no quiere hacer uno mismo, y se buscan los motivos de la propia inactividad en la falta de apoyo y coordinación. Se habla de insuperables dificultades, y se encuentran motivos en las circunstancias más embrolladas y sutiles. De este modo, las fuerzas del atacante se consumen en la inactividad, o más bien en una actividad insuficiente y por tanto sin éxito. El defensor gana tiempo, que es lo que principalmente le importa, la mala estación se acerca y el ataque termina en que el atacante se retira a los cuarteles de invierno en su propio teatro bélico.

Ese tejido de ideas falsas pasa a la Historia y desplaza el motivo simple y verdadero de la falta de éxito, que es *el temor a la espada enemiga*. Si la crítica se dedica a una de esas campañas, se esfuerza en buscar multitud de motivos y contramotivos que no arrojan ningún resultado convincente, porque todos flotan en el aire, y no se desciende a la verdadera infraestructura de la verdad. Pero este engaño no sólo es una mala costumbre, sino que está fundado en la naturaleza de las cosas.[130] Los contrapesos que debilitan la fuerza elemental de la guerra, y por tanto el ataque en particular, se basan en su mayoría en las condiciones políticas e intenciones del Estado, y éstas están ocultas siempre al mundo, al propio pueblo y al ejército, y en algunos casos incluso al general. Nadie puede, motivar su decisión de resistir o abandonar mediante la confesión de que teme que las fuerzas no le alcancen hasta el final, o ganarse nuevos enemigos, o que no quiere que sus aliados se hagan demasiado fuertes, etc.[131] Todas estas cosas se mantienen ocultas durante largo tiempo, o quizá para siempre;[132] pero para el mundo la acción debe presentarse en un contexto, así que el general se ve obligado a esgrimir un tejido de falsos motivos, por su cuenta o por cuenta de su Gobierno. Estas fintas siempre recurrentes de la dialéctica bélica se han fosilizado en la teoría en sistemas que, naturalmente, son igual de falsos. Sólo cuando la teoría, como hemos intentado, sigue la sencilla senda de la coherencia interior, puede volver a la esencia de las cosas.

Si se mira la Historia bélica con esta desconfianza, un gran aparato de defensa y ataque que no consiste más que en charlatanería se viene al suelo, y la sencilla idea que hemos dado se manifiesta por sí misma. Creemos pues que recorre todo el territorio

de la defensa, y que sólo aferrándose a ella se está en condiciones de dominar los acontecimientos con visión clara.

Ahora tenemos que dedicarnos aún a la cuestión del uso de estas distintas formas de defensa.

Dado que todas son intensificaciones que se alcanzan al precio de crecientes sacrificios, si no incidieran otras circunstancias la elección del general estaría suficientemente determinada. Elegiría aquella forma que le pareciese suficiente para llevar sus fuerzas hasta el punto necesario de capacidad de resistencia, pero no iría más lejos en la defensa para no hacer sacrificios inútiles. Sólo que hay que decir que la mayoría de las veces la elección de estas distintas formas está muy limitada, porque las otras cosas principales que se presentan en la defensa inciden necesariamente en la una o la otra. Para la retirada al interior del país se necesita una superficie considerable o condiciones como las de Portugal en 1810, en las que un aliado (Inglaterra) ofrecía respaldo y otro (España) debilitaba considerablemente con su extensa superficie el impulso del enemigo. La situación de las fortalezas, más en la frontera o más en el interior del país, también puede decidir a favor o en contra de un plan así, pero más aún la naturaleza del país y el suelo, el carácter, las costumbres, la opinión de los habitantes. La elección entre una batalla de ataque o defensa puede verse decidida por el plan del adversario, por la singularidad de ambos ejércitos y generales; finalmente, la posesión de una excelente posición o línea de defensa o la falta de ella puede llevar a una u otra cosa; en pocas palabras: basta con mencionar estas cosas para hacer sentir que en la defensa la elección viene en muchos casos más determinada por ellas que por la mera relación de poder. Como aún tenemos que ver más en detalle los objetos más importantes que hemos tocado aquí, la influencia que tienen en la elección se determinará con más concreción, y finalmente se fundirá en un todo en el libro dedicado al plan de guerra y de campaña.

Sin embargo, en la mayoría de los casos esta influencia sólo será decisiva si la relación de poder no es demasiado desigual, y en el caso contrario, como en la generalidad de los casos, esta relación de poder intervendrá. Que lo ha hecho sin que hubiera una idea como la que hemos desarrollado aquí, es decir, *siguiendo oscuramente el mero ritmo del juicio,* como la mayoría de lo que ocurre en la guerra, lo demuestra suficientemente la Historia bélica. Fueron el mismo

general, el mismo ejército, los que en el mismo teatro bélico libraron en una ocasión la batalla de Hohenfriedberg y ocuparon en otra el campo de Bunzelwitz. Es decir, que incluso Federico el Grande, que, en lo que concierne a la batalla, era el más ofensivo de los generales[133], se vio forzado en última instancia a una verdadera posición defensiva por la gran desproporción de fuerzas, ¿y acaso no vimos a Bonaparte, que antaño atacaba a su adversario como un jabalí furioso, encerrarse como en una jaula en agosto y septiembre de 1813, cuando la relación de fuerzas se volvió en contra suya, y revolverse de acá para allá sin lanzarse sin consideraciones sobre uno de sus adversarios? Y en octubre de ese mismo año, cuando la desproporción alcanzó su cenit, ¿no lo vimos en Leipzig[134] buscando protección en el ángulo formado por el Parte, el Elster y el Pleisse, esperando a sus enemigos como con la espalda contra la pared de una habitación?

No podemos dejar de observar que en este capítulo, más que en ningún otro de nuestro libro, se pone de manifiesto cómo no pretendemos indicar nuevos principios y métodos bélicos, sino analizar la relación interna de los ya existentes y reducirlos a sus elementos más simples.

CAPÍTULO NOVENO

LA BATALLA DEFENSIVA

Hemos dicho en el capítulo anterior que el defensor podía servirse en su defensa de una batalla que desde el punto de vista táctico es enteramente una batalla de ataque, si busca y ataca al adversario en el momento en que penetra en nuestro teatro bélico; pero que también podía esperar al enemigo ante su frente y luego pasar al ataque, en cuyo caso la batalla vuelve a ser desde el punto de vista táctico una batalla de ataque, aunque ya un tanto condicionada; finalmente, que podía esperar realmente el ataque del enemigo en su posición y contrarrestarlo tanto mediante defensa local como mediante ataques con una parte de su poder. Naturalmente, se pueden imaginar varios grados y gradaciones de esto, yendo cada vez más del principio de un contragolpe positivo al principio de una defensa local. No podemos pararnos aquí a decir hasta dónde puede llegar esto, y cuál sería la proporción más ventajosa entre ambos elementos para ganar una victoria decisiva. Pero nos detenemos en que, cuando se busca, la parte más ofensiva[135] de la batalla nunca puede faltar del todo, y tenemos la convicción de que de esta parte ofensiva pueden y tienen que emanar todos los efectos de una victoria decisiva igual que en una batalla táctica ofensiva pura.

Igual que el campo de batalla no es, desde el punto de vista estratégico, más que un punto, el tiempo de una batalla no es, desde el punto de vista estratégico, más que un momento, y la magnitud estratégica no es el desarrollo, sino el fin y resultado de una batalla.

Si fuera cierto que a los elementos de ataque que hay en cada batalla defensiva se puede vincular una completa victoria, en el fondo para la combinación estratégica no tendría que haber ninguna diferencia entre ataque y defensa. Ésa es también nuestra convicción, pero desde luego parece otra cosa. Para mirar con más precisión el objeto, aclarar nuestras ideas y alejar por tanto esa apariencia, vamos a echar un vistazo fugaz a la imagen de una batalla defensiva tal como la imaginamos.

El defensor espera al atacante en una posición, ha escogido y dispuesto para ello una región adecuada, es decir, la ha examinado con precisión, ha cavado buenas trincheras en unos cuantos de los puntos más importantes, abierto y allanado vías de comunicación, instalado baterías, fortificado pueblos y escogido lugares adecuados para disponer ocultas sus masas, etc. Un frente más o menos fuerte, cuyo acceso está dificultado por uno o varios cortes paralelos u otros obstáculos, o por la influencia de puntos fuertes dominantes, le pone en situación, en los distintos estadios de la resistencia que van hasta el núcleo de la posición, de *destruir con pocas de sus fuerzas muchas de las enemigas* mientras las fuerzas enfrentadas se desgastan en sus puntos de contacto. Los puntos de apoyo que ha dado a sus alas le aseguran contra un repentino ataque por varios flancos; la región accidentada que ha elegido para instalarse vuelve cauteloso al agresor, incluso temeroso, y da al defensor los medios para debilitar el movimiento general de retroceso de un combate que cada vez se contrae más mediante pequeños golpes afortunados. Así, el defensor mira con satisfacción la batalla que arde ante él a un ritmo moderado, pero no considera inagotable su resistencia en el frente, no cree invulnerables sus flancos, no espera del feliz ataque de algunos batallones o escuadrones que toda la batalla experimente un vuelco. Su posición es *profunda,* porque cada parte de la gradación del orden de batalla, desde la división hasta el batallón, tiene su reserva para casos imprevistos y para renovar el combate, pero una masa importante de hasta 1/4 o 1/3 del total, está enteramente al margen de la batalla, tan lejos que no puede sufrir pérdida alguna por el fuego enemigo, y a ser posible tan lejos como para estar[136] incluso fuera de la línea de rodeo con la que[137] el atacante envolverá[138] una u otra ala de la posición. Con esta parte quiere cubrir sus alas ante ulteriores y mayores rodeos, asegurarse contra imprevistos y, en el último tercio de la batalla, cuando el atacante desarrolle por entero su plan y haya gastado la mayor parte de sus fuerzas, lanzarse con esa masa sobre una parte del poder enemigo, desarrollar contra ella su propia y pequeña batalla ofensiva, servirse en ella de todos los elementos del ataque, como el asalto, la sorpresa y el envolvimiento, y con esa presión contra el centro de gravedad de la batalla, que todavía está en su cabeza, provocar el movimiento de retroceso del conjunto.

Esta es la idea normal que nos hacemos de una batalla defensiva, fundada en el actual estado de la táctica. En la misma se responde al envolvimiento general del atacante, con el que quiere dar a su ataque más probabilidad y al mismo tiempo más volumen de éxito, con un envolvimiento subordinado, el de aquella parte de la fuerza enemiga que se ha utilizado para envolver. Este envolvimiento subordinado puede ser considerado suficiente como para eliminar el efecto del enemigo, pero de él no puede surgir un envolvimiento general del ejército enemigo, y por eso siempre habrá una diferencia entre el alineamiento para la victoria, que en la batalla ofensiva envuelve al ejército enemigo y actúa hacia el centro del mismo, pero en la batalla defensiva va más o menos del centro hacia la periferia y los radios.

En el campo de batalla mismo y en el primer estadio de la persecución la forma más envolvente siempre tiene que ser considerada la más eficaz, pero no tanto por su figura como porque consigue imponer el envolvimiento hasta el punto extremo, es decir, limitar sustancialmente la retirada al ejército enemigo ya en la batalla. Contra este punto extremo se dirige la acción positiva del defensor, y en muchos casos, aunque no baste para procurarle la victoria, sí bastará para protegerle contra lo más extremo. Pero siempre tenemos que aceptar que una batalla defensiva tiene ese peligro, es decir, el de una gran limitación de la retirada, y que si no puede ser evitado el éxito en la batalla misma y en el primer estadio de la persecución se ve muy incrementado por ello.[139]

Sin embargo, por regla general eso sólo ocurre en el primer estadio de la persecución, es decir, hasta caer la noche; al día siguiente el envolvimiento ha llegado a su fin, y ambas partes vuelven a estar en equilibrio en este sentido.

Desde luego, el defensor puede perder su mejor vía de retirada y verse por eso en una situación persistentemente desventajosa desde el punto de vista estratégico, pero el envolvimiento mismo, con pocas excepciones, siempre llegará a su fin, porque sólo estaba calculado para el campo de batalla y por tanto no puede ir mucho más lejos. ¿Qué ocurrirá entonces en el otro caso, cuando *el defensor* resulte victorioso? Una separación del vencido. Ésta alivia en el primer momento la retirada, pero al día *siguiente* la máxima necesidad es *la reunificación de todas las partes*. Si la victoria ha sido muy decidida, si el defensor avanza con gran energía, a menudo esa reunificación no es posible, y la separación causa al vencido las peores

consecuencias, que pueden llegar en su gradación hasta la dispersión. Si Bonaparte hubiera vencido en Leipzig, la consecuencia habría sido la total separación de los ejércitos aliados y el fuerte descenso del nivel de su proporción estratégica. En Dresde, donde sin duda Bonaparte no ofreció una auténtica batalla defensiva, el ataque tuvo la forma geométrica de la que aquí hablamos, es decir, del centro hacia la periferia; es sabido en qué apuro se encontró el ejército aliado debido a su separación, un apuro del que sólo le sacó la victoria en Katzbach, porque al conocerla Bonaparte regresó con la Guardia Imperial a Dresde.

Esta misma batalla de Katzbach es un ejemplo similar: es un defensor que en el último instante para al ataque y en consecuencia actúa de forma excéntrica; los cuerpos franceses se vieron separados, y varios días después de la batalla la división Puthod cayó en manos de los aliados como fruto de la victoria.

Deducimos de esto que, si el ataque tiene en su forma más homogénea[140] un medio de incrementar su victoria, al defensor se le da también un medio, con su forma más homogénea de la excentricidad[141], para dar a su victoria mayores consecuencias de las que lo haría en una posición meramente paralela y con un efecto horizontal de las fuerzas, y creemos que un medio puede valer al menos tanto como el otro.

Pero si en la Historia bélica raras veces vemos surgir victorias tan grandes de la batalla defensiva como las que causa la batalla ofensiva, esto nada demuestra contra nuestra afirmación de que en sí es igual de adecuada, sino que la causa está en las muy distintas circunstancias del defensor. El defensor es la mayoría de las veces el más débil, no sólo en fuerza, sino por todas sus circunstancias, la mayoría de las veces o no estaba o no se creía en condiciones de dar a su victoria una gran consecuencia, y se conformaba con el mero rechazo del peligro y con haber salvado el honor de sus armas. No cabe duda de que el defensor puede estar atado en esa medida por su debilidad y sus circunstancias; en todo caso, a menudo se ha tomado lo que sólo debía ser consecuencia de una necesidad por la consecuencia del papel que se representa como defensor, y se ha creado neciamente una imagen de la defensa en el sentido de que sus batallas sólo se orientarían al rechazo, y no a la aniquilación del enemigo. Consideramos éste uno de los más nocivos errores, una verdadera confusión de la forma con el fondo, y afirmamos que en la

forma de guerra que llamamos defensa no sólo es más probable la victoria, sino que también puede alcanzarse la misma magnitud y eficacia que en el ataque, y que esto no sólo ocurre en el *sumario éxito* de todos los combates que componen una campaña, sino también en la batalla *concreta,* cuando no falta la debida medida de energía y voluntad.

CAPÍTULO DÉCIMO

FORTALEZAS

Antes, y hasta la época de los grandes ejércitos permanentes, las fortalezas, es decir, los castillos y ciudades fortificadas, sólo estaban para proteger a sus moradores. El noble que se veía asediado por todas partes se refugiaba en su castillo para ganar tiempo, para esperar un momento mejor; las ciudades trataban de apartar de sí mediante sus fortificaciones la pasajera nube de tormenta de la guerra. Este destino, el más natural y sencillo, de las fortificaciones, no se ha mantenido; las relaciones que un punto así tenía con todo el país y con el pueblo en guerra que luchaba aquí y allá en campaña pronto dieron a los puntos fortificados una importancia ampliada, una importancia que se extendía más allá de sus muros, que contribuía a la toma o afirmación del país, al final feliz o desdichado de toda la lucha, y se convertía así en un medio en sí mismo para unir la guerra en un todo coherente. Así alcanzaron las fortalezas su importancia estratégica, que durante un tiempo fue considerada tan grande que marcó las líneas fundamentales de los planes de campaña, más orientados a conquistar una o varias fortalezas que a aniquilar la fuerza enemiga. Se volvió la vista a los motivos de esta importancia, es decir, a las relaciones que un punto fortificado tiene con la región y el ejército, y ahora no se creía poder ser lo bastante fino y abstracto en la determinación de los puntos a fortificar. Debido a esta abstracta determinación, la originaria se perdió casi completamente de vista, y surgió la idea de las fortificaciones sin ciudades ni moradores.

Por otra parte, han pasado los tiempos en que la mera fortificación de los muros podía, sin otros preparativos bélicos, mantener un lugar enteramente a salvo de la inundación de la guerra cuando recorre todo el país, porque esa posibilidad se fundaba en parte en las pequeñas ciudades en las que los pueblos estaban divididos antes, en parte en la naturaleza periódica del ataque de entonces, que tenía su duración determinada, muy limitada, casi

como el ciclo de las estaciones, porque o los feudatarios se iban a casa o el dinero para pagar a los *condottieri* solía acabarse regularmente. Desde que los grandes ejércitos permanentes arrasan de manera mecánica con sus poderosos trenes de artillería la resistencia de los distintos puntos[142], ninguna ciudad y ninguna pequeña corporación tiene ganas de poner en juego sus fuerzas para ser tomada unas semanas o meses después y ser tratada luego con tanto más rigor. Aún menos puede interesar a los ejércitos fragmentarse en un sinnúmero de plazas fuertes[143] que harían un poco más lento el avance del enemigo, pero terminarían necesariamente con la sumisión. Tienen que quedar siempre fuerzas suficientes como para estar a la altura del enemigo en campaña, a no ser que se espere la llegada de un aliado que rescate nuestras plazas fuertes y libere nuestro ejército. Por tanto, el número de fortalezas ha tenido necesariamente que reducirse mucho, y eso ha vuelto a llevar de la idea de proteger de manera directa mediante fortificaciones las personas y bienes de las ciudades a la de considerar las fortalezas una protección *indirecta* del país, que le otorgan por medio de su importancia estratégica, como nudos que sostienen el tejido estratégico.

Éste ha sido el curso de las ideas, no sólo en los libros, sino también en la vida práctica; pero desde luego en los libros más elaborada de lo habitual.

Por necesaria que fuera esta orientación del asunto, las ideas han ido demasiado lejos, y artificiosidades y niñerías han desplazado el sano núcleo de la natural y gran necesidad. Solo prestaremos atención a estas simples y grandes necesidades cuando enumeremos las finalidades y condiciones de las fortalezas, avanzando de las más sencillas a las más complejas, y veremos en el capítulo siguiente lo que de ello resulta para establecer su situación y número.

Está claro que la eficacia de una fortificación está formada por dos elementos distintos, el pasivo y el activo. Mediante el primero, protege el lugar y todo lo que está contenido en él, mediante el otro ejerce cierta influencia sobre el entorno que está fuera del alcance de sus cañones.

Este elemento activo consiste en los ataques que la guarnición puede emprender sobre todo enemigo que se acerque hasta un cierto punto. Cuanto mayor sea la guarnición, mayores serán las tropas que salgan de la fortaleza con tales fines, y cuanto mayores sean tanto

más lejos podrán normalmente llegar, de donde se deduce que el círculo de influencia de una gran fortaleza no sólo es más intenso, sino también mayor que el de una pequeña. Pero el propio elemento activo consta en cierto modo de dos partes, las empresas de la guarnición propiamente dicha y las que otras tropas grandes y pequeñas no pertenecientes a ella, pero unidas a la misma, puedan llevar a cabo. Puede ocurrir que cuerpos que serían demasiado débiles como para salir por sí mismos al paso del enemigo se vean en condiciones, gracias a la protección que hallan en caso necesario detrás de los muros de la fortaleza, de afirmarse en el terreno y dominarlo hasta un cierto punto.[144]

Las empresas que la guarnición de una fortaleza puede permitirse son siempre bastante limitadas. Incluso en el caso de grandes fortalezas y guarniciones fuertes, las tropas que pueden ser destacadas no son la mayor parte de las veces considerables en relación con las que se hallan en el campo, y el diámetro de su círculo de influencia raras veces supera el par de días de marcha. Si la fortaleza es pequeña, las tropas son enteramente insignificantes y su círculo de influencia suele estar limitado a los pueblos más próximos. Por eso aquellos cuerpos que no forman parte de la guarnición, es decir, que no necesariamente tienen que volver a la fortaleza, están mucho menos vinculados, y a través de ellos es posible ampliar extraordinariamente la esfera de influencia activa de una fortaleza, si el resto de las circunstancias se presenta favorable. Así que cuando hablamos de la influencia activa de las fortalezas en general tenemos que tener presente esto.

Sin embargo, incluso la menor influencia activa de la más débil de las guarniciones sigue siendo un elemento esencial para todos los fines que las fortalezas tienen que cumplir, porque, *stricto sensu,* la más pasiva de las actividades de una fortaleza, la defensa ante un ataque, es inimaginable sin esa influencia activa. Sin embargo, llama la atención que entre los distintos significados que una fortaleza puede tener en general o en este y aquel instante el uno asuma más la influencia pasiva, el otro más la activa. Estos significados son en parte sencillos —y la influencia de la fortaleza en este caso en cierto modo directa—, en parte compuestos, y su influencia es entonces más o menos indirecta. Vamos a pasar de los primeros a los últimos, pero explicaremos en todo caso que naturalmente una fortaleza

puede tener varios o todos estos significados a un tiempo, o al menos en distintos momentos.

Decimos pues que las fortalezas son los primeros y más grandes[145] pilares de la defensa, de la siguiente forma:

1. *En tanto que depósitos de víveres asegurados*. Durante el ataque, el atacante vive de un día para otro; normalmente, el defensor tiene que estar preparado mucho antes, así que no puede vivir solo de la región en la que se encuentra, y que de todos modos gusta de preservar; en consecuencia, los depósitos de víveres son una gran necesidad para él. Las reservas de todo tipo que el atacante tiene se quedan atrás cuando avanza y se sustraen por tanto a los peligros del teatro bélico, las del defensor están en medio de él. Si esas reservas de todo tipo no están en *lugares fortificados,* tienen que tener la más desventajosa de las influencias sobre la acción en el campo, y a menudo se necesitan las posiciones más forzosas y extensas para cubrirlas.

Un ejército defensivo sin fortalezas tiene cien puntos vulnerables, es un cuerpo sin armadura.

2. *Como medio para asegurar ciudades grandes y ricas*. Este destino está muy emparentado con el primero, porque las ciudades grandes y ricas, especialmente las plazas comerciales, son los depósitos naturales de los ejércitos; como tales, su posesión y pérdida afecta directamente al ejército. Además, siempre merece la pena mantener esta parte de la propiedad estatal, en parte debido a las fuerzas que se obtienen directamente de ella, en parte porque un lugar importante pone un peso notable en la balanza incluso en las negociaciones de paz.

Este destino de las fortalezas ha sido demasiado poco tenido en cuenta en los últimos tiempos, y sin embargo es uno de los más naturales, de los más eficaces y de los menos sometidos a error. Si hubiera un país en el que no sólo todas las ciudades grandes y ricas, sino todo lugar con mucha población, estuviera fortificado y defendido por sus habitantes y los campesinos vecinos[146], la velocidad del movimiento bélico[147] se vería de tal modo debilitada, y el pueblo atacado pesaría en la balanza con una parte así de todo su peso, que el talento y la fuerza de voluntad del general enemigo quedarían reducidos a lo imperceptible. Vamos simplemente a tener

presente este ideal de una fortificación nacional para que el destino de las fortalezas que acabamos de pensar mantenga su derecho y la importancia de la protección *directa* que ofrecen no pueda pasarse por alto en ningún momento; por lo demás, esta idea no debería perturbar nuestra consideración, porque siempre tendrá que haber algunas entre la masa de las ciudades que estén mejor fortificadas que las otras, y que deban ser consideradas los verdaderos pilares del poder armado.

Las finalidades mencionadas en 1 y 2 tan sólo apelan casi a la influencia pasiva de las fortalezas.

3. *En tanto que verdaderos castillos*. Cortan las carreteras, y en la mayoría de los casos también los ríos, junto a los que se encuentran.

No es tan fácil, como suele pensarse, encontrar un camino secundario útil que rodee la fortaleza porque ese rodeo tiene que tener lugar no sólo fuera del alcance de sus cañones, sino también en círculos más o menos grandes para prever las posibles salidas.

Si la región es mínimamente dificultosa, a menudo las menores salidas de la carretera llevan consigo retrasos que cuestan todo un día de marcha, lo que puede ser muy importante si la carretera se utiliza de forma repetida.

Es evidente cómo interviene en las empresas el corte de la navegación fluvial.

4. *En tanto que puntos de apoyo tácticos*. Dado que el radio de fuego de una fortaleza no del todo insignificante suele alcanzar ya algunas horas, y el círculo de influencia ofensivo alcanza en todo caso algo más lejos, las fortalezas siempre han de ser consideradas los mejores puntos de apoyo para las alas de una posición. Un lago de varias millas de longitud puede ser sin duda un punto de apoyo excelente, y sin embargo una fortaleza mediana hace más. El ala nunca necesita estar cerca de ella, dado que el agresor no puede deslizarse entre ella y el ala, porque se quedaría sin retirada posible.

5. *Como estación*. Si las fortalezas están situadas en la línea de comunicaciones del defensor, como ocurre la mayor parte de las veces, son cómodas estaciones para todo el que va y viene. Los peligros que amenazan las líneas de comunicación vienen de las correrías, cuya acción siempre se produce a impulsos. Si un

transporte importante puede alcanzar una fortaleza mientras se le acerca uno de esos cometas[148], acelerando el paso o volviendo el rumbo con rapidez, está salvado y puede esperar a que pase el peligro. Además, todas las tropas que van y vienen pueden descansar aquí uno o varios días y acelerar así el resto de su marcha. Pero es precisamente durante los días de descanso cuando más amenazadas están. De este modo, una línea de comunicación de treinta[149] millas se ve en cierto modo reducida a la mitad por una fortaleza situada en el medio de ella.

6. *En tanto que lugar de refugio de cuerpos débiles o infortunados*[150]. Bajo los cañones de una fortaleza que no sea demasiado pequeña, cualquier cuerpo está protegido de los golpes enemigos aunque no haya ningún campo atrincherado especialmente dispuesto para ello. Desde luego, si un cuerpo así quiere detenerse tiene que renunciar a proseguir la retirada, pero hay circunstancias en las que este sacrificio no es grande, porque la retirada hubiera terminado con la total destrucción.

Sin embargo, en muchos casos la fortaleza también puede ofrecer unos días de estancia sin que por eso se eche a perder la retirada. Especialmente, es lugar de refugio para los heridos leves, extraviados, etc., que preceden a un ejército vencido, que pueden esperarlo en ella.

Si en el año 1806 Magdeburgo hubiera estado en la línea de retirada del ejército prusiano, y éste no se hubiera perdido ya en Auerstedt, el ejército se habría detenido 3 o 4 días en esta gran fortaleza, y se hubiera podido rehacer y reordenar. Pero incluso tal como fueron las circunstancias pudo servir de punto de reunión a los restos del ejército de los Hohenlohe, lo que sólo después perdió importancia en la serie de lo ocurrido.

Sólo en la guerra misma se obtiene, con la visión en vivo, la verdadera idea de la influencia benéfica de una fortaleza cercana en circunstancias adversas. Contienen pólvora y fusiles, avena y pan, dan cobijo a los enfermos, seguridad a los sanos y calma a los asustados. Son un refugio en medio del desierto.

En los últimos cuatro sentidos citados se necesita ya un poco más, como es evidente, la influencia activa de las fortalezas.

7. *Como auténtico escudo contra el ataque enemigo*. Las fortalezas que el defensor deja ante sí rompen como bloques de hielo

la corriente del ataque enemigo. El enemigo tiene que rodearlas, y para eso necesita, si las guarniciones se conducen con bravura[151], alrededor del doble de tropas. Además, la mayoría de las veces la mitad[152] de las guarniciones puede estar formada y lo está por tropas que sin las fortalezas no se hubiera podido sacar a campaña: milicias a medio formar, semiinválidos, ciudadanos armados, reclutas, etc. En este caso, el enemigo quizá se vea cuatro veces más debilitado que nosotros.

Este desproporcionado[153] debilitamiento del poder enemigo es la primera y más importante de las ventajas que una fortaleza sitiada nos ofrece con su resistencia; pero no es la única. Desde el momento en que el atacante ha cortado la línea de nuestras fortalezas, todos sus movimientos se ven sometidos a una presión mucho mayor; tiene restringidas sus vías de retirada y tiene que pensar siempre en la cobertura inmediata de los asedios que acomete.

Aquí pues las fortalezas intervienen en el acto de defensa de una forma grandiosa y muy decisiva, y hay que contemplar esto como el más importante destino que una fortaleza puede tener.

Si aun así, muy lejos de apreciar su recurrencia, consideramos relativamente infrecuente este uso de las fortalezas[154], la razón está en el carácter de la mayoría de las guerras, para las que este medio es en cierto modo demasiado decisivo, demasiado radical, lo que a continuación veremos con más claridad.

En este destino de la fortaleza se reclama fundamentalmente su capacidad ofensiva, o al menos es de ésta de la que emana su eficacia. Si la fortaleza no fuera para el atacante nada más que un punto inexpugnable, sin duda podría resultarle un obstáculo, pero nunca[155] en tal medida como para sentirse movido a un asedio. Pero como no puede dejar que 6, 8 o 10.000 hombres campen por sus respetos a su espalda, tiene que atacarla con una fuerza adecuada y, para no necesitar esto constantemente, tomarla, es decir, sitiarla. Desde el momento en que comienza el sitio, es la eficacia pasiva la que entra en acción.

Todos los destinos de las fortalezas que hemos visto hasta ahora se cumplen de manera bastante directa y de forma sencilla. En cambio, en las dos finalidades siguientes su forma de actuar es más compleja.

8. *Como cobertura de extensos acuartelamientos*. El que una fortaleza mediana cierre el acceso a los cuarteles situados detrás de ella en un frente de 3 a 4 millas es un efecto muy simple de su presencia; pero cómo alcanza un lugar así el honor de cubrir una línea de acuartelamientos de entre 15 y 20 millas de largo, de lo que con tanta frecuencia se habla en la Historia bélica, requiere discusión, si es que ocurre de hecho, y de observación[156] si es que fuera ilusorio.

Aquí entra en consideración lo siguiente:

1. Que el lugar en sí cierre una de las carreteras principales y cubra realmente la región en un frente de 3 a 4 millas.
2. Que pueda ser considerado un puesto avanzado inusualmente fuerte o una más completa observación del terreno permita que su importancia aumente por vía de información secreta, debido a las relaciones ciudadanas que un lugar importante guarda con su entorno. Es natural que en un lugar de 6, 8 o 10.000 habitantes se sepa más de la región que en un pueblo que sirve de cuartel a un puesto avanzado común.
3. Que cuerpos pequeños se apoyen en él, puedan encontrar en él protección y seguridad, partan de vez en cuando hacia el enemigo para recabar noticias o, en caso de que éste pase ante la fortaleza, emprendan algo a su espalda; que, por tanto, una fortaleza, aunque no pueda moverse de su sitio, tenga algo de la eficacia de un cuerpo avanzado (Libro Quinto, capítulo octavo).
4. Que la disposición del defensor, después de haber reunido sus tropas, pueda hacerse detrás de esta fortaleza de tal modo que el atacante
   no pueda penetrar hasta este punto[157] sin que la fortaleza se vuelva peligrosa a sus espaldas.

Sin duda todo ataque a una línea de acuartelamientos ha de ser entendido como un asalto, o más bien sólo se habla de ataque desde este punto de vista; es evidente que un asalto muestra sus efectos en un espacio de tiempo mucho más pequeño que el verdadero ataque a un teatro bélico. Si por tanto en este último una fortaleza ante la que se quiere pasar de largo ha de ser necesariamente atacada y puesta

bajo control, el asalto a una línea de acuartelamientos no es tan necesario, y por eso fortificarlo no debilitará en la misma medida. Esto es cierto en todo caso, y además los cuarteles alejados 6 u 8 millas no pueden ser protegidos directamente por las alas; pero la finalidad de un asalto así no se da para el ataque de un par de acuartelamientos. Sólo al llegar al libro referido al ataque podremos decir más en detalle qué fines persigue y puede prometerse un asalto así; pero ya podemos presuponer aquí que su resultado principal no se alcanza por medio del verdadero asalto a los distintos acuartelamientos, sino mediante el combate que el atacante impone en persecución del cuerpo aislado, que no se encuentra en la debida condición, más preparado para correr hacia ciertos puntos que para batirse. Pero este avance y esta persecución siempre tendrán que ir más o menos dirigidos hacia el centro del acuartelamiento del enemigo, y una fortaleza importante levantada por el mismo sería altamente molesta para el atacante.

Decimos que si se tiene en cuenta el efecto común de estos 4 puntos, se verá que una fortaleza importante da por vía directa o indirecta alguna seguridad a una extensión de acuartelamientos mucho mayor de lo que a primera vista podría creerse. Decimos alguna seguridad, porque todos esos efectos directos no hacen imposible el avance del enemigo, sino tan sólo más dificultoso y arriesgado, y por tanto más improbable y menos peligroso para el defensor. Pero esto es también todo lo que se exige y se entiende por cobertura en este caso. La seguridad directa propiamente dicha tiene que ser obtenida mediante puestos avanzados y la disposición de los acuartelamientos.

No carece pues de realidad que se atribuya a una fortaleza importante la capacidad de cubrir una línea de acuartelamientos de importante extensión situada tras ella; pero tampoco se puede negar que en los verdaderos planes de guerra, y más aún en las representaciones históricas, se topa a menudo con expresiones vacías u opiniones ilusorias. Porque como toda cobertura surge de la confluencia de varias circunstancias, como no es más que una reducción del peligro, se puede ver que en casos concretos circunstancias especiales, sobre todo la audacia del enemigo, pueden volver ilusoria toda esa cobertura, y en la guerra no nos conformaremos con aceptar sumariamente el efecto de tal fortaleza, sino que sin duda tendremos que pensar cada caso concreto.

9. *Como cobertura de una provincia no ocupada*. Si en la guerra una provincia no está ocupada o no lo está con un poder digno de mención, y sin embargo está más o menos expuesta a correrías del enemigo, una fortaleza no insignificante situada en ella se verá como una cobertura o, si se quiere, una seguridad de esa provincia. Se la podrá contemplar en todo caso como una seguridad porque el enemigo no será señor de la provincia hasta haber tomado la fortaleza, con lo que ganamos tiempo para correr en su defensa. Pero desde luego la verdadera cobertura sólo puede entenderse como muy indirecta o *impropia*. Y es que la fortaleza sólo puede poner coto en alguna medida a las correrías enemigas mediante su influencia activa. Si esa influencia está limitada a la mera guarnición, el éxito no será perceptible, ya que las guarniciones de tales fortalezas suelen ser débiles y estar formadas por simple infantería, y no por la mejor. La idea alcanzará algo más de realidad si pequeñas tropas entran en contacto con la fortaleza y la convierten en su sostén y punto de apoyo.

10. *Como centro de un levantamiento popular*. Sin duda en una guerra popular los alimentos, armas y munición no pueden ser objeto de envíos regulares, sino que está en la naturaleza de una guerra así recurrir a estas cosas como se puede y despertar de ese modo mil pequeñas fuentes de resistencia que sin ella estarían selladas; pero es comprensible que una fortaleza importante que tiene reservas de esos objetos dé a la resistencia más densidad[158] y solidez, más cohesión y consecuencia.

Además, la fortaleza es el lugar de refugio de los heridos, la sede de las autoridades dirigentes, el tesoro, el punto de reunión para mayores empresas, etc., y finalmente el núcleo de la resistencia, que durante el asedio pone al poder enemigo en un estado para el que los ataques de la milicia están realmente hechos.

11. *Como defensa de los ríos y montañas*. En ningún lugar puede una fortaleza cumplir tantos fines, asumir tantos papeles, como cuando está situada junto a un gran río. Aquí asegura nuestro paso en todo momento, impide el enemigo en algunas millas a la redonda, domina el comercio del río, acoge todos los barcos, corta puentes y carreteras y da ocasión de defender el río de manera indirecta, por su posición en el lado enemigo. Está claro que mediante esta múltiple

influencia facilita en alto grado la defensa del río y ha de ser considerada un elemento esencial de la misma.

De forma similar las fortalezas son importantes en las montañas. Aquí abren y cierran sistemas enteros de carreteras cuyos nudos forman, dominan así toda la región por la que pasan, y han de ser consideradas los verdaderos pilares de su sistema defensivo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CONTINUACIÓN

Hemos hablado del destino de las fortalezas, y ahora vamos a hablar de su situación. En un primer momento la cosa parece muy enredada, si pensamos en la cantidad de destinos, cada uno de los cuales puede verse modificado por razones locales; pero esta preocupación es muy infundada si nos atenemos a la esencia del asunto y nos guardamos de superfluas sutilezas.

Está claro que todas esas exigencias se plantean al mismo tiempo cuando, en aquellas franjas de territorio que hay que considerar teatro bélico, se fortifican las ciudades más grandes y más ricas, asentadas en las grandes carreteras que unen los dos países, y especialmente en las plazas portuarias y golfos, en los grandes ríos y en las montañas. Las grandes ciudades y las grandes carreteras van siempre de la mano, y también tienen un parentesco natural con los grandes ríos y con la costa, así que esos cuatro destinos fácilmente se darán juntos y no producirán contradicción; en cambio, las montañas no se compadecen con esto, porque raras veces se hallan grandes ciudades en las mismas. Así pues, cuando la situación y orientación de una montaña la haga apropiada como línea de defensa, será necesario cerrar sus carreteras y pasos mediante pequeños fuertes, que sólo tienen esa finalidad y se construirán al coste más bajo posible, mientras las grandes fortificaciones tienen que quedar reservadas a las grandes ciudades de la llanura.

Aún no nos hemos referido a la frontera, no hemos dicho nada de la forma geométrica de toda la línea de fortificaciones ni del resto de las circunstancias geográficas de su situación, porque queríamos que las determinaciones indicadas fueran vistas como las más importantes y opinamos que en muchos casos —concretamente en pequeñas ciudades— son suficientes. En todo caso, en países con una superficie muy extensa, que o bien tienen muchas ciudades y carreteras importantes o, viceversa, carecen casi por entero de las mismas, que o son muy ricos y quieren añadir fortalezas nuevas a las

muchas ya existentes, o son al contrario muy pobres y se ven obligados a ayudarse de muy pocas, en resumen, en los casos en los que el número de fortalezas no coincide con el número de ciudades y carreteras importantes que se ofrecen, donde es significativamente mayor o menor, pueden admitirse e incluso ser precisas otras determinaciones, a las que sólo vamos a echar un vistazo.

Las cuestiones principales que restan se refieren a:

1. La elección de la carretera principal, cuando para unir a los dos países haya más de las que se quiere fortificar.
2. Si las fortalezas han de estar sólo junto a la frontera o repartidas por todo el país.
3. Si han de ser repartidas de modo uniforme o en grupos.
4. Las circunstancias geográficas del terreno que haya que tener en cuenta.

Muchas otras cuestiones que pueden desprenderse de la forma geométrica de la línea de fortificaciones —si han de disponerse en una o varias filas, es decir, si hacen más cuando están unas detrás de otras o en fila, si han de disponerse en forma de tablero de ajedrez, en línea recta o con partes que sobresalgan y que retrocedan, como las paredes de las fortalezas mismas— las consideramos sutilezas vacías, es decir, consideraciones de un tipo tan insignificante que las importantes jamás dejarían lugar para hablar de ellas, y sólo las tocamos aquí porque en algunos libros no sólo se habla, sino que se ha concedido a estas fruslerías[159] una importancia demasiado grande.

En lo que a la primera cuestión se refiere, para plantearla con claridad sólo vamos a recordar el sur de Alemania en relación con Francia, es decir, en el Alto Rin. Si se piensa en esa franja de terreno como en un todo cuya fortificación ha de decidirse estratégicamente sin tener en cuenta los distintos Estados que lo forman, se producirá una gran incertidumbre, porque infinidad de hermosísimas rutas artísticas conducen desde el Rin al interior de Franconia, Baviera y Austria. Sin duda no faltan ciudades que destaquen entre las demás por su tamaño, como Nuremberg, Würzburg, Ulm, Augsburgo, Munich, pero si no se quiere fortificar todas sigue siendo necesario elegir; además, si según nuestro criterio se considera que lo principal es fortificar las ciudades más grandes y ricas, no se puede negar que

dada la distancia entre Nuremberg y Munich la primera tendrá relaciones estratégicas notablemente distintas de la segunda, y seguirá pudiendo plantearse la pregunta de si en vez de Nuremberg no habría que ubicar un segundo lugar, aunque fuera menos importante, en la región de Munich.

En lo que se refiere por tanto a la decisión en tales casos, es decir, a la respuesta a la primera pregunta, tenemos que remitir a lo que hemos dicho en los capítulos dedicados al plan general de defensa y a la elección del punto de ataque. Allá donde esté el punto más natural de ataque tenderemos también preferentemente las instalaciones defensivas.

Así pues, de entre un gran número de carreteras principales que conduzcan del país enemigo al nuestro fortificaremos preferentemente aquella que vaya más directa al corazón de nuestro Estado, o aquella que debido a sus fértiles provincias, ríos navegables, etc., dé al enemigo la mayor facilidad en su empresa, y luego tendremos que asegurarnos de que el enemigo o topa con esta fortificación o, si quería pasar de largo, nos ofrece los medios para una acción de flanco natural y ventajosa.

Viena es el corazón del sur de Alemania, y está claro que en relación sólo con Francia, es decir, si pensamos en Suiza e Italia como neutrales, Munich o Augsburgo serían más eficaces como fortaleza principal que Nuremberg o Würzburg. Pero si se contemplan al mismo tiempo las carreteras que vienen de Suiza a través del Tirol y de Italia, lo que decimos se hace aún más palpable, porque para éstas Munich o Augsburgo siempre tendrían alguna importancia, mientras Würzburg y Nuremberg prácticamente no existen para ellas...

Vamos a la segunda cuestión, si las fortificaciones sólo deben estar en la frontera o dispersas por todo el país. Ante todo, observaremos que en los Estados pequeños la cuestión es superflua porque en ellos lo que se puede llamar frontera estratégica coincide bastante con el conjunto. Cuanto mayor es el Estado en el que se piensa al tocar esta cuestión, tanto más evidente es su necesidad.

La respuesta más natural es que las fortalezas deben estar junto a las fronteras, porque deben defender el Estado, y el Estado está defendido mientras lo están sus fronteras. Esta disposición puede tener validez para el caso general, pero las siguientes consideraciones mostrarán lo limitada que puede ser.

Toda defensa calculada principalmente sobre la asistencia ajena da un gran valor a la ganancia de tiempo, no es un vigoroso contragolpe, sino un lento avance, en el que la ganancia principal es más el tiempo que el debilitamiento del enemigo. Ahora bien, forma parte de la naturaleza de las cosas que, a igualdad de todas las demás circunstancias, las fortalezas dispersas por todo el país y que dejan entre sí un gran espacio sean tomadas con más lentitud que las apretujadas en una densa línea en las fronteras. Además, en todos los casos en los que el enemigo ha de ser vencido por la longitud de sus líneas de comunicaciones y la dificultad de su existencia, es decir, en países que pueden contar con esta clase de reacción, sería una total contradicción tener sus instalaciones defensivas sólo en la frontera. Si se piensa, en fin, que la fortificación de la capital es cuestión principal siempre que las circunstancias lo permitan, que según nuestros principios las capitales y principales lugares comerciales de las provincias también la requieren, que los ríos que atraviesan el país, las montañas y otros accidentes del terreno ofrecen la ventaja de nuevas líneas de defensa, que algunas ciudades invitan a la fortificación por su sólida situación natural, y finalmente que ciertos dispositivos bélicos, como todas las fábricas de armas, están mejor en el interior del país que en la frontera y por su importancia bien merecen la protección de las fortalezas, se ve que siempre habrá más o menos motivos para instalar fortificaciones en el interior del país, y nosotros pensamos que, aunque los Estados que tienen muchas fortalezas disponen con razón el mayor número en las fronteras, sería un gran error que el interior careciera por completo de ellas. Creemos, por ejemplo, que ese error se da en Francia en un grado notable. Puede surgir con razón una gran duda si las provincias limítrofes del país carecen por completo de ciudades importantes y éstas sólo se encuentran más atrás, como ocurre en el sur de Alemania, porque Suabia carece casi por entero de grandes ciudades, mientras Baviera tiene muchas de ellas. No consideramos necesario despejar esa duda de una vez por todas apelando a razones generales, sino que creemos que en este caso han de aducirse razones relacionadas con la situación individual para decidir[160], pero llamamos la atención sobre la observación que cierra este capítulo...

La tercera cuestión, si las fortificaciones han de agruparse o repartirse de forma más uniforme, se presentará raras veces, si tenemos en cuenta todo; pero no por eso queremos incluirla entre las

sutilezas inútiles, porque en todo caso un grupo de 2, 3 o 4 fortalezas a sólo unos días de marcha de un centro común dan a este punto y al ejército que se encuentra en él una fuerza tal que, si las otras condiciones lo permiten en cierta medida, uno tiene que estar muy tentado de formar semejante bastión estratégico...

El último punto afecta al resto de circunstancias geográficas del punto a elegir. Junto al mar, junto a los ríos y grandes corrientes y en las montañas las fortalezas son doblemente eficaces, eso ya lo hemos dicho porque forma parte de las ideas principales, pero aún quedan algunas otras circunstancias.

Si una fortaleza no puede situarse junto al río mismo, es mejor construirla no en sus cercanías, sino a 10-12 millas del mismo; el río corta y perturba la esfera de influencia de la fortaleza en todos los sentidos que hemos indicado antes.[161]

Esto no se produce igual en una montaña, porque no limita el movimiento de grandes y pequeñas masas en distintos puntos en la misma medida que un río. Pero en el lado de la montaña que da al enemigo las fortalezas que hay en sus proximidades no están bien situadas, porque son difíciles de liberar. Cuando están a este lado, dificultan extraordinariamente el asedio al enemigo, porque la montaña corta sus líneas de comunicación. Recordemos Olmütz, en 1758.

Es fácil advertir que los bosques y pantanos grandes e inaccesibles presentan circunstancias similares a las de los ríos.

También se formula a menudo la cuestión de si las ciudades situadas en un lugar muy inaccesible son mejores o peores fortalezas. Dado que pueden ser fortificadas o defendidas a menor coste o, con el mismo gasto de energías, llegar a ser mucho más fuertes o inexpugnables, y los servicios de una fortaleza siempre son más pasivos que activos, parece que no se puede dar un peso excesivo a la objeción de que pueden ser fácilmente bloqueadas.

Si para terminar volvemos a echar un vistazo a nuestro tan sencillo sistema de fortificaciones nacionales, podemos afirmar que se basa en cosas y circunstancias grandes y duraderas, directamente unidas a los fundamentos del Estado, que en consecuencia nada puede aparecer en él de las perecederas modas de la guerra, de las imaginarias sutilezas estratégicas, de las necesidades individuales del momento, que serían un error de desastrosas consecuencias para fortalezas que se construyen para medio milenio, quizá para un

milenio entero. Silberberg, en Silesia, que Federico II construyó en una de las crestas de los Sudetes, ha perdido, en circunstancias completamente distintas, casi toda su importancia y su sentido, mientras Breslau, que habría sido y seguiría siendo una buena fortaleza, la habría conservado en todas las circunstancias, lo mismo contra los franceses que contra los rusos, polacos y austriacos.

Nuestro lector no olvidará que estas consideraciones no han sido hechas tanto para el caso de que un Estado se armara completamente de fortalezas —en cuyo caso serían también inútiles, porque esto ocurre raras veces o nunca—, sino para el de que pudieran darse al construir cada fortaleza.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

POSICIÓN DEFENSIVA

Toda posición en la que aceptamos una batalla sirviéndonos del terreno como medio de protección es una posición defensiva, y no hacemos distinciones en si nos comportamos de manera más pasiva o más ofensiva. Esto se desprende ya de nuestra concepción general de la defensa.

Ahora bien, también se podría calificar así a toda posición en la que un ejército, al salir al paso de su adversario, aceptaría una batalla si éste la buscara. Así ocurren en el fondo la mayoría de las batallas, y en toda la Edad Media no hablamos de otra cosa. Pero este no es el objeto del que aquí hablamos; de este tipo es la gran mayoría de las posiciones, y el concepto de *posición* bastaría aquí como opuesto a *campamento de marcha*. Así pues, una posición expresamente designada como *defensiva* tiene que ser otra cosa. Al parecer, en las decisiones que se toman en una posición habitual predomina el concepto del tiempo; los ejércitos marchan los unos contra los otros para encontrarse; el lugar es algo subordinado, del que sólo se exige que no sea inadecuado. En cambio, en la verdadera posición defensiva predomina el concepto del *lugar;* la decisión debe darse en ese lugar, o más bien a través de ese lugar. Sólo de este tipo de posición hablamos aquí.

El sentido del lugar será doble, concretamente, por una parte, en tanto que una fuerza situada en ese punto ejerce cierta influencia sobre el todo y, por otra, en tanto que la ubicación de esa fuerza sirve como protección y medio de refuerzo; en una palabra: el sentido estratégico y el táctico.

Sólo de ese sentido táctico surge, si queremos ser precisos, la expresión *posición defensiva,* porque el sentido estratégico de que la fuerza ubicada en ese lugar procure con su presencia la defensa del país también se adaptaría a una posición ofensiva.

El primero de esos sentidos, la influencia estratégica de una posición, se verá en toda su plenitud más adelante, cuando hablemos

de la defensa de un teatro bélico; aquí sólo vamos a referirnos a él como si ya hubiera ocurrido, y para eso tenemos que conocer con más exactitud dos ideas que tienen similitud entre sí y se confunden a menudo, la del envolvimiento de una posición y la de pasar de largo ante ella. El envolvimiento de una posición se refiere a los frentes de la misma y se lleva a cabo para atacarla de flanco o incluso por la espalda, o para interrumpir sus líneas de comunicación y retirada.

Lo primero, es decir, el ataque de flanco y por la espalda, es de naturaleza táctica. En nuestros días, en que la movilidad de las tropas es tan grande y todos los planes de combate se orientan más o menos al envolvimiento y la derrota integral, toda posición tiene que estar preparada para esto, y una que merezca el nombre de fuerte tienen que admitir al menos buenas combinaciones de combate teniendo frentes fuertes para el flanco y la espalda en tanto estén amenazados. Por tanto, el *envolvimiento* con la intención de atacar por el flanco o por la espalda no hace inútil una posición, sino que la batalla que tiene lugar en ella tiene su importancia y tiene que conceder al defensor las ventajas que podía prometerse de ella.

Si la posición es rehuida por el atacante con la intención de influir sobre sus líneas de comunicación y retirada, esto tiene un sentido estratégico, y se trata de saber cuánto podrá soportarlo la posición y si no podrá superar al adversario, cosas ambas que dependen de la situación del punto, es decir, principalmente de la relación entre las mutuas líneas de comunicación. Toda buena posición debería asegurar la superioridad del ejército defensor. En todo caso, esto tampoco vuelve inútil la posición, sino que al menos neutraliza al adversario que de este modo se ocupa de ella.[162]

Pero si el atacante, sin preocuparse de la existencia de una fuerza armada que le espera en una posición defensiva, avanza con su fuerza principal por otro camino y persigue su fin, *pasa de largo* ante la posición; y si está en condiciones de hacerlo impunemente nos obligará, si realmente lo hace, a abandonar la posición, es decir, la volverá inútil. Casi no hay ninguna posición en el mundo ante la que no se pueda pasar de largo, en el mero sentido literal del término; porque casos como el del istmo de Perekop apenas merecen consideración, dada su rareza. La[163] imposibilidad de pasar de largo tiene pues que referirse a las desventajas que el atacante asume al hacerlo. Tendremos mejor ocasión de decir en qué consisten esas desventajas en el capítulo vigésimo séptimo; pueden ser grandes o

pequeñas, en cualquier caso son equivalentes a la ineficacia táctica de la posición y eliminan por tanto su finalidad.

De lo dicho hasta ahora se derivan pues dos propiedades estratégicas de la posición defensiva:

1. Que no sea posible pasarla de largo.
2. Que conceda ventajas al defensor en la lucha por las líneas de comunicación.

Ahora tenemos que añadir otras dos propiedades estratégicas:

3. Que la relación entre las líneas de comunicación también incida ventajosamente sobre la forma del combate.
4. Que la influencia general de la región sea ventajosa.

La relación entre las líneas de comunicación no sólo tiene influencia sobre la posibilidad de pasar de largo ante una posición, cortarle[164] los suministros de víveres o no, sino también sobre todo el curso de la batalla. Una línea de retirada oblicua facilita al atacante el envolvimiento táctico y paraliza los movimientos tácticos propios en la batalla. Pero esta disposición oblicua no siempre es culpa de la táctica, sino a menudo una consecuencia del fallo en la elección del punto estratégico; por ejemplo, no se puede evitar cuando la carretera toma una dirección distinta en los alrededores de la posición (Borodino, 1812); entonces el atacante está en la dirección para envolvernos *sin apartarse él mismo de su orientación perpendicular*.

Además el atacante, si tiene muchas vías para su retirada mientras nosotros estamos limitados a una, disfruta asimismo de la ventaja de una libertad táctica mucho mayor. En todos estos casos, el arte táctico del defensor puede esforzarse hasta la muerte, no conseguirá[165] controlar la influencia desventajosa que ejerce el error estratégico.

En lo que al cuarto punto se refiere, en el resto de las circunstancias del terreno puede reinar tan desventajosa situación general que la más cuidadosa elección y la mayor industria[166] de la táctica[167] nada puedan hacer contra ella. En este caso, lo más principal será lo siguiente:

1. El defensor tiene que buscar preferentemente las ventajas de ignorar a su adversario y poder lanzarse rápidamente sobre él dentro del ámbito de su posición. Sólo allá donde las dificultades de acceso del terreno se unan a estas dos condiciones el defensor estará en un terreno favorable. Por tanto, le resultarán desventajosos todos los puntos que estén bajo la influencia de una región generalmente dominante; todas o la mayoría de las posiciones en montañas, de las que se hablará especialmente en los capítulos dedicados a la guerra en la montaña; todas las posiciones que se apoyen de flanco en una montaña, porque esto dificulta sin duda al atacante *pasar de largo,* pero facilita el *envolvimiento;* además, todas las posiciones que tengan una montaña cerca delante de sí, y todos los casos que puedan derivarse de las necesidades mencionadas, puestas en relación con los objetos usuales del terreno.
   Del reverso de esas circunstancias desventajosas vamos a destacar el caso en el que la posición tiene una montaña a la espalda, de lo que se derivan tantas ventajas que puede ser considerada una de las mejores situaciones generales para posiciones defensivas.
2. La región puede responder más o menos al carácter del ejército y su composición. Una caballería muy superior nos permite buscar con razón regiones abiertas. La falta de esta arma, quizá también de artillería, y una infantería con práctica guerrera, conocedora del terreno, animosa, aconseja el empleo de regiones muy difíciles e intrincadas.

No vamos a hablar aquí en detalle de la relación táctica que el lugar de una posición defensiva tiene con la fuerza armada, sino tan sólo de todo el resultado, porque sólo éste es una magnitud estratégica.

Indiscutiblemente, una posición en la que un ejército quiera esperar por completo el ataque enemigo debe conceder al mismo importantes ventajas del terreno, de forma que éstas han de ser consideradas un multiplicador de sus fuerzas. Donde la naturaleza hace mucho, pero no tanto como deseamos, se recurre al arte del atrincheramiento. De este modo, no es raro que algunas partes se conviertan en *inexpugnables,* y no es del todo inusual que el

conjunto *se vuelva inexpugnable*. Está claro que en este último caso cambia toda la naturaleza de la norma. Lo que buscamos ya no es una batalla en condiciones ventajosas, sino un éxito sin batalla. En tanto mantenemos nuestras fuerzas en una posición inatacable, rehusamos la batalla y empujamos al adversario a buscar otras vías de decisión.

Tenemos pues que separar por completo ambos casos, y trataremos de este último en el siguiente capítulo, bajo el título de una *posición fuerte*.

Sin embargo, la posición defensiva de la que estamos hablando aquí no pretende ser otra cosa que un campo de batalla con ventajas añadidas; pero para que se convierta en campo de batalla no se pueden *exagerar* las ventajas. ¿Qué grado de fuerza debe tener pues una posición así? Está claro que tanto más cuanto más decidido esté nuestro adversario al ataque, y eso depende de la valoración del caso individual. Contra un Bonaparte se puede y hay que retirarse detrás de defensas más fuertes que contra un Daun o un Schwarzenberg.

Si hay partes concretas de una posición que son inatacables, como los frentes, esto ha de ser considerado un factor aislado de su fuerza total, porque las fuerzas que no se necesitan en esos puntos pueden emplearse en otros; tan sólo no se puede dejar de advertir que, en tanto el enemigo es rechazado por entero de tales partes inatacables, la forma de su ataque adquiere un carácter completamente distinto, del que habrá que saber si responde a nuestras circunstancias.

Instalarse, por ejemplo, tan cerca y detrás de un río importante como para que éste sea considerado un refuerzo del frente, cosa que sin duda ha ocurrido, no significa sino hacer del río el punto de apoyo de nuestro flanco izquierdo o derecho, porque naturalmente el enemigo se ve obligado a pasar más a la derecha o a la izquierda y atacarnos con frentes análogos[168]; así que la cuestión principal tiene que ser qué ventajas o perjuicios nos reporta esto.

En nuestra opinión, la posición defensiva se acercará tanto más a su ideal cuanto más oculta esté su fuerza y cuanto más ocasión tengamos de sorprender con nuestras combinaciones de combate. Lo mismo que en consideración a las fuerzas armadas nos vemos movidos a ocultar al adversario nuestra verdadera fuerza y la verdadera dirección de la misma, deberíamos tratar de ocultar las ventajas que pensamos obtener de la forma del terreno.

Naturalmente, esto sólo se puede hacer hasta un cierto punto, y quizá requiera una industria[169] propia y aún poco ensayada.

Debido a la cercanía de una fortaleza importante, sea en la dirección que sea, toda posición gana en el movimiento y uso de sus fuerzas un gran sobrepeso sobre el enemigo; mediante un uso adecuado de las propias trincheras, se puede sustituir la falta de solidez natural de algunos puntos, y de este modo se pueden determinar arbitrariamente y de antemano las grandes líneas del combate: éstos son los refuerzos que proporciona el arte; si a ellos se une una buena elección de los obstáculos del terreno, que dificulten la eficacia de las fuerzas enemigas sin hacerla imposible, se tratará de sacar todas las ventajas de la circunstancia de que nosotros conocemos con exactitud el campo de batalla y el enemigo no, de que podemos ocultar nuestras medidas mejor que él las suyas y ser superiores a él en medios de sorpresa a lo largo del combate, de modo que de la unión de estas circunstancias surja una influencia preponderante y decisiva de la ubicación, ante cuyo poder el enemigo sucumba sin conocer la verdadera fuente de su derrota. Esto es lo que nosotros entendemos por una posición defensiva y consideramos una de las mayores ventajas de la guerra defensiva.

Sin tener en cuenta especiales circunstancias, se puede aceptar que un país de orografía ondulada, no demasiado cultivado pero tampoco demasiado poco, ofrecerá la mayoría de las posiciones de este tipo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

POSICIONES FUERTES Y CAMPOS ATRINCHERADOS

Hemos dicho en el capítulo anterior que una posición que gracias a la naturaleza y el arte es tan fuerte que pasa por inexpugnable sale por entero del sentido de un campo de batalla ventajoso y representa por tanto una categoría propia. En este capítulo vamos a considerar esa singularidad y a llamarlas *posiciones fuertes,* debido a su naturaleza similar a la de una fortaleza.

No son fáciles de fabricar mediante meros atrincheramientos, a no ser como campo atrincherado de las fortalezas, pero menos aún tan sólo mediante obstáculos naturales. La naturaleza y el arte suelen darse la mano, y de ahí que se les denomine con frecuencia con los nombres de campo atrincherado o posición; sin embargo, ese nombre puede valer en realidad para cualquier posición dotada de más o menos trincheras, que no tiene nada en común con la naturaleza de aquella de la que hablamos aquí.

La intención[170] de una posición fuerte es hacer prácticamente inatacable[171] a la fuerza armada que la ocupa, y por tanto o bien proteger *de verdad* directamente una zona o sólo a la *fuerza armada* ubicada en ese espacio, para luego actuar indirectamente con esta fuerza de otra forma para dar cobertura al país. Lo primero era el sentido de las líneas de las guerras anteriores, concretamente[172] en la frontera francesa, lo último el de las líneas que forman frentes hacia todos sus lados, así como del campo atrincherado de las fortalezas.

Si el frente de una posición se ha hecho tan fuerte, mediante trincheras e impedimentos, que el ataque se vuelve imposible, el enemigo se ve obligado a envolver para emprender el ataque de flanco o por la espalda. Para que esto no pudiera hacerse con facilidad, se buscaron puntos de apoyo para estas líneas que apoyaban bastante el costado, como el Rin y el Vogesen en las líneas de Alsacia. Cuanto más largo era el frente de una línea así, tanto más

fácil era protegerla contra maniobras envolventes, porque toda maniobra envolvente implica siempre algún peligro para el que la ejecuta, y éste aumenta en el mismo grado que la necesaria desviación de la dirección originaria de las fuerzas. Así que una importante longitud de los frentes, que pudiera hacerlos inatacables, y unos buenos puntos de apoyo, constituían la posibilidad de proteger directamente un espacio importante de la penetración enemiga; esa era al menos la idea[173] de la que partían estas instalaciones, tal era el sentido de las líneas de Alsacia, que apoyaban el ala derecha en el Rin, la izquierda en el Vogesen, y de las de Flandes, de 15 millas de longitud, que se apoyaban con el ala derecha en el Escalda y la fortaleza de Tournai, y con la izquierda en el mar.

Pero cuando no se disfruta de los medios[174] de un frente tan largo y fuerte y buenos puntos de apoyo, si la región ha de ser afirmada mediante una fuerza bien atrincherada esta debe protegerse contra el envolvimiento haciendo que su posición tenga frentes hacia todos los lados. Entonces desaparece el concepto de un espacio realmente cubierto, porque una posición así ha de contemplarse desde el punto de vista estratégico como un punto, y sólo es la fuerza armada la que se ve cubierta y la que debe tener así la posibilidad de afirmar el territorio, es decir, *de afirmarse en el territorio*. Un campo así no puede ser *envuelto*, es decir, ya no puede ser atacado de flanco y por la espalda como partes *más débiles,* porque tiene frentes por todas partes, es igual de fuerte por doquier; pero un campo así puede ser dejado a un lado, y más si es una línea atrincherada, porque no tiene prácticamente *ninguna*[175] extensión.

Los campos atrincherados de las fortalezas son en el fondo de este segundo tipo, porque están destinados a proteger a la fuerza armada concentrada en ella; el resto de su importancia estratégica, concretamente el empleo de *esa* fuerza protegida, es algo distinto del de los otros campos atrincherados.

Después de este desarrollo de la forma en que surgieron, vamos a considerar el valor de estos tres distintos medios de defensa y distinguirlos dándoles el nombre de líneas fuertes, posiciones fuertes y campos atrincherados en fortalezas.

1. *Las líneas*. Son la forma más lamentable de la guerra de bloqueo; el obstáculo que ofrecen al atacante sólo tiene valor cuando es defendido por un fuerte fuego, en sí mismo es prácticamente

inexistente.[176] Ahora bien, el espacio que un ejército[177] deja a esa acción del fuego siempre es muy pequeño en relación con la extensión del país, así que las líneas tendrán que ser muy cortas y en consecuencia cubrir muy poco terreno, o el ejército no estará en condiciones de defender realmente todos los puntos. Ha surgido la idea de no ocupar todos los puntos de estas líneas, sino sólo observarlos y defenderlos mediante reservas, como se puede defender un río mediano. Sólo que este procedimiento va contra la naturaleza del medio. Si los obstáculos naturales del suelo son tan grandes como para poder aplicar este tipo de defensa, las trincheras serían inútiles y peligrosas, porque ese tipo de defensa no es local, y las trincheras sólo están hechas para la defensa local; en cambio, si las propias trincheras han de ser consideradas el obstáculo principal al acceso, es comprensible lo poco que un atrincheramiento *no defendido* puede decir como obstáculo. ¿Qué es una fosa de 12 o 15 pies de profundidad y un muro de 10-12 pies de altura contra los esfuerzos unidos de muchos miles, si éstos no se ven molestados por fuego enemigo? La consecuencia es que tales líneas, si son cortas y por tanto relativamente bien guarnecidas, serán *envueltas,* y si son extensas y no están debidamente guarnecidas serán tomadas de frente sin dificultad.

Como tales líneas sujetan a la fuerza armada en la defensa local y le privan de toda movilidad, son un medio muy mal ideado contra un enemigo emprendedor. Si de todos modos se han mantenido en la guerra moderna, la única razón es el debilitado elemento bélico, en el que a menudo la dificultad aparente hacía tanto como una real. Por lo demás, en la mayoría de las campañas estas líneas sólo se han utilizado para una defensa subordinada contra las correrías; aunque no se han mostrado del todo ineficaces, sólo hay que tener presente cuánto de más útil hubiera podido hacerse en otros puntos con las tropas necesarias para su defensa. En las guerras más recientes no se halla rastro de ellas. Cabe dudar de que regresen nunca.

2. *Las posiciones*. La defensa de una franja de terreno se mantiene, como demostraremos más en detalle en el vigesimoséptimo capítulo, mientras la fuerza destinada a defenderlo se afirma en ella, y sólo cesa cuando la abandona y cede.

Si una fuerza ha de afirmarse en un país que es atacado por un adversario muy superior, se presenta el medio de proteger a esa

fuerza en una posición inatacable contra la fuerza de la espada.[178]

Dado que tales posiciones, como ya hemos dicho, tienen que presentar frentes hacia todos los lados, dada la extensión *habitual* de una disposición táctica, salvo que la fuerza fuera *muy grande* —cosa que va contra la naturaleza del caso entero— ocuparía un *espacio muy pequeño,* y a todo lo largo del combate estaría sometida a tantas desventajas que a pesar de todos los refuerzos posibles mediante trincheras casi no se podría pensar en una feliz resistencia. Un campo así, que presenta frentes hacia todos los lados, tiene pues necesariamente que tener una extensión relativamente importante de sus lados; pero al mismo tiempo esos lados tienen que ser prácticamente inatacables; el arte del atrincheramiento no basta para darles esa fuerza a pesar de su gran extensión, así que es condición básica que un campo así se vea reforzado por accidentes del terreno que hagan algunas partes enteramente inaccesibles, y otras de difícil acceso. Para poder emplear por tanto este medio defensivo es necesario que se encuentre una posición así, y cuando falta no se puede alcanzar su finalidad mediante meras trincheras. Estas consideraciones se refieren a los resultados tácticos, sólo por constatar debidamente la existencia de este medio estratégico; mencionaremos, a efectos de claridad, los ejemplos de Pirna, Bunzelwitz, Kolberg, Torres Vedras y Drissa. Ahora hablaremos de sus propiedades y efectos estratégicos.

La primera condición es, naturalmente, que la fuerza instalada en este campo tenga asegurado su sustento por algún tiempo, es decir, mientras se considere necesaria la acción del campo, lo que sólo puede ocurrir si la posición tiene la espalda contra un puerto, como Kolberg y Torres Vedras, o en las cercanías de una fortaleza, como Bunzelwitz y Pirna, o si ha acumulado reservas en su interior o en su inmediata proximidad, como Drissa.

Sólo en el primer caso se podrá dar suficiente respuesta a este punto; en el segundo y el tercer caso tan sólo a medias[179], de forma que por este lado siempre amenaza el peligro; al mismo tiempo, se desprende de esto que esta condición excluye un montón de puntos fuertes que por lo demás serían adecuados para una posición atrincherada, y hace por tanto que los adecuados sean *raros*.

Para conocer la eficacia de una posición así, sus ventajas y peligros, tenemos que preguntarnos qué puede hacer el atacante contra ella.

a) El atacante puede dejar a un lado la posición fuerte, continuar sus empresas y observarla con más o menos tropas.
Tenemos que distinguir aquí los dos casos de que la posición atrincherada esté ocupada por el poder principal o sólo por una fuerza subordinada.
En el primer caso, dejar a un lado la posición sólo servirá de algo al atacante si fuera del poder principal del defensor hay otro *objeto decisivo del ataque* a su alcance, por ejemplo la conquista de una fortaleza, de la capital, etc. Pero aunque lo haya, sólo podrá perseguirlo cuando la fuerza de su base y la situación de su línea de comunicación no le haga temer acción alguna sobre su flanco estratégico. Si deducimos de esto la admisibilidad y eficacia de una posición fuerte para el poder principal del defensor, ésta sólo tendrá lugar si la eficacia sobre el flanco estratégico del atacante es tan decisiva que se puede estar seguro de antemano de retenerlo en un punto no dañino, o si no hay ningún objeto al alcance del atacante[180] del que el defensor[181] deba preocuparse. En caso de que sí exista tal objeto y el flanco estratégico del enemigo no esté suficientemente amenazado, o bien la posición no podrá ser tomada[182] o sólo será apariencia e intentona que el atacante quiera hacer valer su importancia, pero siempre con el riesgo de que, si no lo es, el punto amenazado ya no sea alcanzable.
Si la posición fuerte está ocupada sólo por una fuerza subordinada, al atacante nunca puede faltarle otro objeto de su ataque, porque éste puede ser el poder principal enemigo; en este caso, la importancia de la posición estará limitada a la eficacia que pueda tener contra el flanco estratégico enemigo y unida a esa condición.

b) Si no se atreve a dejar de lado la posición, el atacante puede sitiarla en toda regla y rendirla por hambre. Pero esto presupone dos condiciones: la primera, que la posición no tenga la espalda libre; la segunda, que el atacante sea lo bastante fuerte para acometer un sitio así. Si se dan estas dos condiciones, el ejército atacante podrá ser sin duda neutralizado durante un tiempo por la posición fuerte, pero

el precio que el defensor tendrá que pagar por esa ventaja será la pérdida de las fuerzas de defensa.
De esto se desprende que sólo se tomará la medida de ocupar una posición así con el *poder principal*:

aa) Cuando se tenga la espalda completamente segura: Torres Vedras.

bb) Cuando se prevea que la superioridad enemiga no será lo bastante grande como para sitiarnos en toda regla en nuestro campo. Si en caso de insuficiente superioridad el enemigo quisiera hacerlo de todos modos, estaríamos en condiciones de salir con éxito del campo y batirlo separadamente.

cc) Cuando se pueda contar con socorros, como los sajones en 1756 en Pirna, y como ocurrió en el fondo en 1757 después de la batalla de Praga, porque Praga misma sólo podía ser considerada como un campo atrincherado en el que el príncipe Carlos no se habría dejado encerrar si no hubiera sabido que el ejército moravo podía liberarle.

Por tanto, se necesita una de esas tres condiciones para justificar la elección de una posición fuerte con el poder principal, y sin embargo hay que confesar que las dos últimas condiciones rozan ya un gran peligro para el defensor.
Sin embargo, si hablamos de un cuerpo subordinado, que puede ser sacrificado en todo caso en bien del conjunto, esas condiciones desaparecen, y la única pregunta es si con tal sacrificio se evitará un mal realmente mayor. Raras veces será este el caso, aunque desde luego no es impensable. El campo atrincherado de Pirna impidió que Federico el Grande atacara Bohemia ya en el año 1756. Los austriacos estaban entonces tan poco preparados que la pérdida de ese reino parecía indudable, y quizá hubiera causado una pérdida mayor de hombres que los 17.000 aliados que capitularon en el campo de Pirna.

c) Si no se da para el atacante ninguna de las posibilidades indicadas en a y b, si se cumplen por tanto las condiciones

que hemos planteado para el defensor, naturalmente al atacante no le queda más remedio que detenerse ante la posición como un perro ante un grupo de pollos, extenderse[183] en todo caso lo más posible mediante tropas destacadas al país y, conformándose con esta pequeña e indecisa ventaja, dejar en manos del futuro la verdadera decisión sobre la posesión de esa franja de terreno. En este caso, la posición ha alcanzado todo su sentido.

3. *Los campos atrincherados ante fortalezas*. Forman parte, como ya hemos dicho, de la clase de las posiciones atrincheradas, en tanto tienen la intención[184] de proteger del ataque enemigo no un espacio, sino una fuerza armada, y en realidad sólo son diferentes de las otras en que forman un todo indivisible con la fortaleza, lo que naturalmente les da una fuerza mucho mayor.

De ello se desprenden las siguientes peculiaridades:

a) Que pueden tener además la especial finalidad de hacer enteramente imposible o muy difícil el asedio de la fortaleza. Esta finalidad puede merecer un gran sacrificio de tropas si la plaza es un puerto, que no puede ser bloqueado; en cualquier otro caso, es de temer que caiga por hambre demasiado pronto como para merecer el sacrificio de una masa importante de tropas.
b) Estos campos atrincherados de las fortalezas pueden disponerse para cuerpos más pequeños que los que se hacen en campo abierto. Cuatro o cinco mil hombres, que en el campo más fuerte del mundo en campo abierto estarían perdidos, pueden ser imbatibles entre los muros de una fortaleza.
c) Pueden ser empleados para concentrar y preparar aquellas fuerzas que tienen aún demasiado poca cohesión interior como para entrar en contacto con el enemigo sin la protección de los muros de la fortaleza. Reclutas, milicias, tropas populares, etc.

Serían pues muy recomendables como medida de variada utilidad si no tuvieran la extraordinaria desventaja de que dañan más o menos la fortaleza si no pueden cubrirla; pero dotar siempre a la fortaleza de una guarnición que también alcance en alguna medida

para ese campo atrincherado sería una condición demasiado agobiante.

Por eso, nos sentimos muy inclinados a considerarla recomendable sólo en plazas costeras, y más dañina que útil en todos los demás casos.

Si al final debemos resumir nuestra opinión con una mirada global, las posiciones fuertes y atrincheradas:

1. Son tanto menos prescindibles cuanto más pequeño es el país, cuanto menos espacio hay para maniobrar.
2. Son tanto menos peligrosas cuanto más se puede contar con ayuda y socorro, o bien por otras fuerzas o por la estación del año, por insurrección popular o por carencia[185], etc.
3. Son tanto más eficaces cuanto más débil es la fuerza elemental del golpe enemigo.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

POSICIONES DE FLANCO

Sólo para encontrar más fácilmente aquí este concepto tan destacado en el mundo de las ideas militares habituales le hemos dedicado un capítulo propio, a la manera de los diccionarios, porque no creemos que con esto se designe un objeto autónomo.

Toda posición que haya de ser afirmada aunque el enemigo la deje a un lado es una posición de flanco, porque desde el momento en que lo hace no puede tener otra eficacia que sobre el flanco estratégico enemigo. Así pues, necesariamente todas las *posiciones fuertes* son también posiciones de flanco, porque no pueden ser atacadas y el adversario tiene por tanto que pasar de largo, por lo que sólo su eficacia sobre su flanco estratégico les da valor. Es completamente indiferente cómo sea el frente propiamente dicho de la posición fuerte, si discurre paralelo al flanco estratégico enemigo como Kolberg o perpendicular como Bunzelwitz y Drissa, porque una posición fuerte tiene que hacer frente hacia todos los lados.

Pero también se puede tener la intención de afirmar una posición que *no* es inatacable si el enemigo pasa de largo ante ella, en tanto el punto en que esté situada ofrezca una relación tan predominante con sus líneas de retirada y comunicaciones que no sólo pueda tener lugar un ataque eficaz sobre el flanco estratégico del que avanza, sino que éste, preocupado por su propia retirada, no esté en condiciones de quitarnos la nuestra por entero; porque si esto último no fuera el caso, al no ser la posición fuerte, es decir, inatacable, estaríamos en peligro de batirnos sin retirada.

El año 1806 nos explica esto con un ejemplo. La disposición del ejército prusiano en la orilla derecha del Saale podía convertirse plenamente en una posición de flanco en relación al avance de Bonaparte sobre Hof, si se hacía frente hacia el Saale y se esperaba en esa posición lo que hubiera de venir.

Si no hubiera habido tal incomprensión del poder físico y moral, si un Daun se hubiera encontrado a la cabeza del ejército francés, la

posición prusiana hubiera demostrado la más espléndida eficacia. Era completamente imposible dejarla a un lado, el propio Bonaparte lo reconoció al decidir atacarla; ni el propio Bonaparte logró *del todo* cortarle la retirada, y con una menor desproporción entre la fuerza física y moral esto hubiera sido tan difícil como dejarla a un lado, porque el ejército prusiano estaba en mucho menor peligro de desbordamiento de su ala izquierda que el francés de la suya. Incluso con la existente desproporción física y moral entre las fuerzas, una dirección decidida y circunspecta habría tenido grandes esperanzas de victoria. Nada hubiera impedido al duque de Braunschweig tomar el día 13 disposiciones para que el 14 por la mañana al romper el día 80.000 hombres se enfrentaran a los 60.000 que Bonaparte hacía cruzar el Saale por Jena y Dornburg. Si esta preponderancia y el empinado valle del Saale a espaldas de los franceses tampoco hubieran bastado para dar una victoria decisiva, hay que decir que era un resultado[186] muy ventajoso y que, si no se podía obtener con él una decisión feliz, no se hubiera debido pensar en decisión alguna en esta región, sino seguir retrocediendo, fortaleciéndose así y debilitando al enemigo.

La posición prusiana en el Saale, pues, aunque atacable, podía ser considerada posición de flanco para la carretera que pasaba por Hof, sólo que, como a toda posición atacable, no se le podía atribuir esa cualidad de manera absoluta, porque sólo la adquiría si el enemigo no se atrevía a atacar.

Menos aún respondería a una concepción clara querer dar el nombre de *posición de flanco* a aquellas posiciones que *no* permiten pasar de largo, y desde las que el defensor quiere atacar de flanco al atacante, sólo porque ese ataque se produce de flanco; porque ese ataque apenas tiene nada que ver con la posición misma, o al menos no se desprende en cuanto al asunto principal de sus cualidades, como es el caso de la incidencia sobre el flanco estratégico.

En cualquier caso, se desprende de esto que no hay nada nuevo que decir acerca de las cualidades de una posición de flanco. Sólo unas palabras sobre el carácter de esta medida hallan aquí un lugar confortable.

Hacemos abstracción por completo de las posiciones fuertes propiamente dichas, porque ya hemos hablado bastante de ellas.

Una posición de flanco que no es inatacable es extremadamente eficaz, pero naturalmente, por eso mismo, un instrumento peligroso.

Si el atacante se ve atrapado por ella, tendrá un gran efecto con un gasto de fuerza insignificante, será la presión del dedo meñique sobre la larga palanca[187] de una afilada dentadura. Pero si su efecto es demasiado débil, si el atacante no es retenido, el defensor habrá sacrificado más o menos su retirada y o bien tendrá que tratar de escapar a toda prisa por caminos extraviados, es decir, en circunstancias muy desventajosas, o estará en peligro de batirse sin retirada. Así pues, este es un medio arriesgadísimo y en modo alguno adecuado contra un adversario audaz, moralmente superior, que busca una decisión eficaz, como demuestra el ejemplo de 1806. En cambio, ante un adversario cauteloso y en meras guerras de observación puede ser uno de los mejores medios a los que el talento del defensor puede recurrir. La defensa del Weser que hizo el duque Fernando con una posición en la orilla izquierda del mismo y las conocidas posiciones de Schmottseifen y Landeshut son ejemplos de esto; sólo que, naturalmente, esta última muestra al mismo tiempo, con la catástrofe del cuerpo de Fouqué en 1760, el peligro de un uso equivocado.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

DEFENSA DE MONTAÑA

La influencia del terreno montañoso[188] sobre la dirección de la guerra es muy grande, y el objeto por tanto muy importante para la teoría. Como esta influencia aporta a la acción un principio retardador, forma parte en primer término de la defensa; así que lo trataremos aquí sin detenernos en el estrecho concepto de una defensa de montaña. Como al considerar este objeto hemos encontrado en algunos puntos un resultado opuesto a la opinión general, tendremos que entrar en alguna subdivisión. Primero vamos a considerar la naturaleza táctica del objeto, para ganar puntos de enlace estratégicos.

La infinita dificultad de una marcha con grandes columnas por sendas de montaña, la extraordinaria fuerza que una empinada superficie ofrece a un pequeño puesto que cubre su frente y puede apoyarse en barrancos a derecha e izquierda, son indiscutiblemente las dos circunstancias principales que han dado desde siempre a la defensa de montaña una pretensión tan general de eficacia y fuerza, de tal modo que sólo las peculiaridades de ciertas épocas en armamento y táctica[189] han mantenido alejadas de ella a las grandes masas de tropa.

Cuando una columna avanza trabajosamente en fila india por estrechos barrancos y se mueve por ellos como un caracol, los artilleros y porteadores fustigan a los mulos desviados entre gritos y maldiciones por los ásperos caminos, hay que quitar de en medio con esfuerzo indecible cada carro roto mientras todo el mundo se queda atascado, blasfema y maldice, todos piensan para sus adentros: ahora, aquí, el enemigo podría venir con sólo unos centenares de hombres y echarnos a todos. De ahí la expresión de los historiadores cuando hablan de desfiladeros en los que un puñado de hombres podrían contener ejércitos enteros. Sin embargo, todo aquel que conoce la guerra sabe o debería saber que el avance de una columna así por la montaña tiene poco o nada en común *con el ataque de la*

misma, y que por eso es falso concluir de *esa* dificultad otra aún mayor para el ataque.

Es natural que alguien sin experiencia saque esa conclusión, y casi igual de natural que el arte de la guerra se enredase durante cierto tiempo en ese error, pues esta manifestación era entonces casi tan nueva para el experto en el arte de la guerra como para el profano. Antes de la Guerra de los Treinta Años, con el orden de batalla en profundidad, la mucha caballería, las armas de fuego sin formar apenas y otras peculiaridades, el uso de fuertes obstáculos del suelo era muy inusual y una defensa de montaña formal, al menos a cargo de las tropas regulares, casi imposible. Casi cuando el orden de batalla se hizo más amplio, y la infantería y en ella el arma de fuego se convirtieron en lo principal, se pensó en montañas y valles. Pasaron cien años antes de que esto llegara a su culmen, a mediados del siglo XVIII.

La segunda circunstancia, la gran capacidad de resistencia que un pequeño puesto, situado en un acceso difícil, consigue gracias a éste, era aún más adecuada para deducir una gran fuerza de la defensa de montaña. Se podía, daba la impresión, multiplicar un puesto así con un cierto número de hombres para hacer de un batallón un ejército y de una montaña una cordillera.

Es indudable que un pequeño puesto, si se elige bien su ubicación en la montaña, adquiere una fuerza inusual. Una tropa perseguida en la llanura por un par de escuadrones y que tuviera la suerte de decir que con la más rápida retirada se había salvado de la disolución y la captura, está en condiciones de plantarse en la montaña, se podría decir que con una especie de frescura táctica, ante todo un ejército, y exigir de él el honor militar de un ataque metódico, de un envolvimiento, etc. El cómo obtiene esa capacidad de resistencia de los obstáculos para el acceso, de los puntos de apoyo de las alas, las nuevas posiciones que encuentra en su retirada, es algo que ha de desarrollar la táctica, nosotros lo indicamos como un dato de la experiencia.

Era muy natural creer que un montón de tales puestos fuertes, situados uno junto al otro, tenían que dar como resultado un frente muy fuerte, casi inatacable, y por tanto sólo se trataba de resguardarse contra la maniobra envolvente extendiéndose a derecha e izquierda hasta o bien encontrar puntos de apoyo adecuados a la importancia del conjunto o bien hasta estar asegurado contra el

envolvimiento por la extensión misma. Un terreno montañoso invita especialmente a esto, porque ofrece tal cantidad de puestos[190] que cada uno parece mejor que el otro, y que por eso mismo no se sabe dónde detenerse. Por eso se terminaba por ocupar y defender en una cierta extensión con secciones todos y cada uno de los accesos a la montaña, creyendo que si se ocupaba así con diez o quince puestos un espacio de unas diez millas o más se podría al fin estar tranquilo frente al odiado envolvimiento. Como estos puestos parecían perfectamente unidos mediante un suelo inaccesible (porque con columnas no se puede marchar fuera de los caminos), se creía haber ofrecido al enemigo un muro de hierro. Para colmo, se mantenían unos cuántos batallones, algunas baterías montadas y una docena de escuadrones de caballería en reserva para el caso de que por milagro pudiera producirse una penetración enemiga.

Nadie negará que esta concepción ha pasado a la Historia, y no cabe afirmar que habríamos superado esta falsedad.

El curso que ha tomado la formación de la táctica desde la Edad Media, con unos ejércitos cada vez más numerosos, ha contribuido asimismo a incluir en este sentido el suelo montañoso en la acción militar.

El principal carácter de la defensa de montaña es la más decidida pasividad; por eso, antes de que los ejércitos adquiriesen su actual movilidad, la tendencia a la defensa de montaña por el flanco era bastante natural. Los ejércitos se habían vuelto cada vez más numerosos y empezaban a situarse debido al fuego en largas y finas líneas, cuya cohesión era muy artificial y sus movimientos muy difíciles, a menudo imposibles. La disposición de esta máquina artificial era a menudo tarea para media jornada, y media batalla y casi todo lo que ahora es el diseño de la misma se subsumía en ella. Una vez completada esta tarea, era difícil llevar a cabo una modificación al presentarse nuevas circunstancias; de ello se deducía que el atacante, que emprendía la marcha más tarde, la hiciera en relación a la posición del defensor, y que éste no pudiera responder a ello. El ataque ganó pues una preponderancia general y la defensa no supo hacer más que buscar protección tras los accidentes del terreno, y no había ninguno tan general y eficaz como el suelo montañoso. Así que se trataba de unir en cierto modo al ejército a un buen segmento del terreno. Ambos hacían luego causa común. El batallón defendía la montaña y la montaña al batallón. De este modo, la defensa pasiva

ganó gracias al terreno montañoso un alto grado de fuerza, y el asunto mismo no tenía más mal que la pérdida aún mayor de libertad de movimientos, de la que de todos modos no se sabía hacer especial uso.

Cuando dos sistemas enemigos inciden el uno sobre el otro, la parte abandonada, es decir la débil, de uno atrae siempre sobre sí los golpes del otro. Si el defensor está rígido y como clavado en puestos en sí mismos firmes e insuperables, el atacante será audaz en el envolvimiento porque no tiene nada que temer por sus propios flancos. Esto sucedía... lo que se llamó vuelco pronto estuvo a la orden del día; para salir al paso de él, las posiciones se extendieron cada vez más, lo que las hacía débiles en su frente; de pronto, el ataque se volvía hacia el lado opuesto: en vez de diluirse en la extensión, unía sus masas contra un punto y rompía la línea. Aproximadamente en ese punto se encontraba la defensa de montaña de la última Historia bélica.

Así pues, el ataque había vuelto a alcanzar la total preponderancia, y ello mediante una movilidad cada vez más formada: sólo en esta podía buscar ayuda la defensa; pero el terreno montañoso es contrario por naturaleza a la movilidad, y por eso, si podemos expresarnos así, toda la defensa de montaña sufrió una derrota similar a la que los ejércitos presos en ella habían sufrido con tanta frecuencia en las guerras revolucionarias.

Sin embargo, para no confundir las cosas y no dejarnos arrastrar por la corriente de las frases hechas a afirmaciones que en la vida real se ven refutadas mil veces por la fuerza de las circunstancias, tenemos que distinguir los efectos de la defensa de montaña según la naturaleza de los casos.

La cuestión principal que hay que decidir aquí, y que arroja luz sobre todo el asunto, es si la resistencia que se persigue con la defensa de montaña es relativa o absoluta, si ha de durar sólo un tiempo o debe terminar con una victoria decisiva. Para la resistencia del primer tipo, el suelo montañoso es adecuado en grado sumo, incorpora un gran principio de refuerzo; en cambio, para la del último no lo es en general, y sí sólo en algunos casos especiales.

En la montaña, cada movimiento es más lento y difícil, cuesta por tanto más tiempo y, si se hace en zona de peligro, más hombres. El gasto de tiempo y hombres son la medida de la resistencia opuesta. Así que mientras los movimientos sean sólo cosa del

atacante el defensor tendrá una preponderancia decisiva, pero en cuanto el defensor también deba aplicar el principio del movimiento esa ventaja cesa. Ahora bien, está en la naturaleza del caso, es decir, en motivos tácticos, que una resistencia relativa admita una pasividad mucho mayor que una que deba conducir a una decisión, y que permita extender esta pasividad hasta el extremo, es decir, hasta el final del combate, cosa que en el otro caso nunca podría ocurrir. El elemento dificultador del suelo montañoso, que debilita como un medio denso todas las actividades positivas, es por tanto enteramente idóneo para ella.

Ya hemos dicho que un pequeño puesto en la montaña obtiene una fuerza inusual de la naturaleza del suelo, pero, aunque este resultado táctico no precisa mayor prueba, tenemos que añadir una explicación. Hay que distinguir aquí la pequeñez relativa de la absoluta. Cuando un cuerpo de ejército de cierto tamaño dispone aisladamente una de sus partes, posiblemente está expuesto al ataque de todo el ejército enemigo, es decir, de un poder superior contra el que es pequeño. Por regla general, en ese caso el fin no puede ser una resistencia absoluta, sino una relativa. Esto será tanto más cierto cuanto menor sea el puesto en relación con su propio conjunto y con el enemigo.

Pero también el puesto absolutamente pequeño, es decir, el que no tiene contra él un enemigo mayor, y que por tanto podría pensar en una resistencia absoluta, en una verdadera victoria, se encontrará en la montaña infinitamente mejor que un gran ejército y sacará más beneficio a la fuerza del suelo que éste, como demostraremos más abajo.

Nuestro resultado es pues que un pequeño puesto en la montaña tiene una gran fuerza. Es evidente que esto tiene una utilidad decisiva en todos los casos en los que estemos ante una resistencia *relativa*; pero, ¿será de una utilidad igual de *decisiva* para la resistencia absoluta de un ejército? Ahora vamos a analizar esta cuestión.

Primero, vamos a seguir preguntándonos si una línea de frente compuesta por varios de tales puestos tendrá una fuerza proporcionalmente igual de grande que cada uno de ellos, como hasta ahora se solía aceptar. Sin duda que no, y ello porque con esta conclusión se cometerían uno u otro de dos errores.

En primer lugar, a menudo se confunde una zona intransitable con una inaccesible. Donde no se puede *marchar* con una columna, con artillería y caballería, sí se puede proceder la mayoría de las veces con infantería, y probablemente también se puede avanzar artillería, porque los movimientos muy trabajosos pero breves del combate no se pueden medir con la vara de la marcha. La segura comunicación de los distintos puestos entre sí se basa también ni más ni menos que en una ilusión, y por eso los flancos de los mismos están amenazados.[191]

O se cree que esa serie de pequeños puestos en cuyo frente son muy fuertes tienen la misma fuerza por los flancos porque un barranco, una escarpa, etc., son muy buenos puntos de apoyo para un pequeño puesto. Pero, ¿por qué lo son? No porque hacen imposible el envolvimiento, sino porque hacen que para llevarlo a cabo sea necesario un gasto de tiempo y energías adecuado al efecto del puesto. El enemigo que, a pesar de la dificultad del suelo, quiera envolver un puesto así porque su frente es inexpugnable, quizá necesite medio día para llevar a cabo esa maniobra, y aún así no podrá hacerlo sin sacrificar hombres. Si uno de esos puestos necesita apoyo o cuenta con oponer resistencia sólo por un tiempo, o si, finalmente, está a la altura del enemigo, el apoyo de su ala ha hecho su parte, y se podría decir que no sólo tenía un frente fuerte, sino también fuertes alas. Pero si no es así, si estamos hablando de una serie de puestos que forman parte de una posición de montaña extensa, ninguna de las tres condiciones se cumple. El enemigo cae con fuerza muy superior sobre un punto, el apoyo desde atrás es enteramente insignificante, y sin embargo se produce un rechazo absoluto. En estas circunstancias, el apoyo en las alas de tales puestos debe ser considerado nulo.

Sobre este punto débil ha dirigido sus golpes el ataque. Un asalto con fuerza unida, es decir muy superior, sobre uno de los puntos del frente *ha producido una resistencia muy fuerte para ese punto, pero muy insignificante para el conjunto*, que una vez superada hace saltar por los aires el conjunto y permite obtener la finalidad.

De aquí se desprende que la resistencia *relativa* en la montaña es mayor que en la llanura, que es relativamente mayor en los puestos pequeños y no aumenta en la medida en que aumentan las masas.

Si nos volvemos ahora a la verdadera finalidad de los grandes combates generales, a la *victoria positiva*, que tiene que ser también el objetivo de una defensa de montaña cuando se emplea en ella el conjunto o el poder principal, la *defensa de montaña* se transforma *eo ipso en una batalla defensiva en la montaña.* Una batalla, es decir, el empleo de todas las fuerzas para la aniquilación de las enemigas, se convierte ahora en forma, y una victoria en finalidad del combate. La defensa de montaña que se dé en ella queda subordinada, ya no es fin, sino medio. Y, ¿cómo se conducirá en este caso el terreno montañoso para este fin?

El carácter de la batalla defensiva es una reacción pasiva en el frente y una activa potenciada a nuestra espalda, pero para esto un suelo montañoso es un principio mortal[192]. Dos cosas le convierten en esto. En primer lugar, no hay caminos para poder marchar con rapidez de detrás hacia delante en todas direcciones, e incluso el repentino ataque táctico se ve debilitado por la irregularidad del suelo; en segundo lugar, falta la visión de conjunto de la región y de los movimientos enemigos. El suelo montañoso da pues aquí al enemigo las mismas ventajas que nos ha dado en el frente, y paraliza la mejor mitad de la resistencia.[193] Ahora se añade un tercer motivo: el peligro de verse cortado del resto. Por mucho que el suelo montañoso favorezca la retirada ante la presión en el frente, por mucha pérdida de tiempo que cause al adversario si nos quiere envolver, esto son ventajas para el caso de la resistencia *relativa*, que no tienen ninguna relación con[194] el caso de una batalla decisiva, es decir, de una resistencia hasta el extremo. Sin duda pasará algo más de tiempo hasta que el enemigo haya tomado con sus columnas los puntos que amenazan o directamente cortan nuestra retirada; pero una vez los haya alcanzado no habrá ayuda posible. Ninguna ofensiva desde atrás podrá volver a expulsarle de los puntos amenazadores, ninguna desesperada carga con el conjunto de las fuerzas le vencerá en los puntos de cierre. Quien crea encontrar aquí una contradicción y piense que las ventajas que el atacante tiene en la montaña también tendrían que beneficiar al que se bate con él olvida la diferencia de las circunstancias. El cuerpo que disputa el paso no tiene la tarea de una defensa *absoluta,* probablemente le basta con unas pocas horas; está pues en el caso de un pequeño puesto. Además, el adversario ya no se encuentra en posesión de todos sus medios, está en desorden, le falta munición, etc. Por tanto, en todo caso la expectativa del éxito

es muy pequeña, y ese peligro hace que el defensor tema este caso más que ningún otro; pero ese temor repercute en toda la batalla y debilita todas las fibras del atleta que lucha. Se produce una enfermiza irritabilidad en los flancos; y cada puñado de hombres[195] que el atacante haga aparecer a nuestra espalda en una boscosa ladera de la montaña se convierte para él en una nueva palanca para la victoria.

Estas desventajas desaparecerían en su mayor parte, y dejarían todas las ventajas, si la defensa de la montaña consistiera en la disposición unida del ejército en una amplia meseta. Aquí se podría imaginar un frente fuerte, flancos de muy difícil acceso y sin embargo la más plena libertad de movimientos en el interior y a la espalda de la posición. Una posición así estaría entre las más fuertes que hay. Sólo que esto es casi tan sólo una idea ilusoria, porque aunque la mayoría de las montañas son a su espalda un poco más accesibles que en sus laderas, la mayoría de las altiplanicies de la montaña o bien son demasiado pequeñas para ese fin o no merecen del todo su nombre y tienen una importancia más geológica que geométrica.

Además, las desventajas de una posición defensiva en la montaña se reducen para tropas más pequeñas, como ya hemos apuntado. La razón es que, como ocupan menos espacio, necesitan menos carreteras de retirada, etc. Una sola montaña no es una cordillera, y no tiene las desventajas de la misma. Pero cuanto más pequeña sea una tropa tanto más se limitará su posición a su propia espalda y a la montaña, y no necesitará enredarse en el tejido de empinadas cortadas cubiertas por el velo de los bosques que son la fuente de todas esas desventajas.[196]

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

CONTINUACIÓN

Nos volvemos ahora al uso estratégico de los resultados tácticos desarrollados en el capítulo anterior.

Distinguimos aquí las siguientes situaciones:

1. La montaña como campo de batalla.
2. La influencia que su posesión tiene sobre otras zonas.
3. Su efecto como barrera estratégica.
4. La consideración que merece en cuanto a la manutención.

1. En la primera y más importante situación, tenemos que distinguir a su vez:
   a) Una batalla principal.
   b) Los combates subordinados.

197 Hemos visto en el capítulo anterior lo poco favorable que el *terreno montañoso* es para el defensor en una *batalla decisiva,* y en consecuencia cuán favorable es para el atacante. Esto va justo en contra de la opinión habitual; pero desde luego, cuánto lo confunde todo la opinión habitual, qué poco distingue entre las más variadas situaciones; de la extraordinaria resistencia de pequeñas partes subordinadas obtiene la impresión de una fuerza extraordinaria de toda defensa de montaña, y queda sorprendida cuando alguien niega esta fuerza para el acto principal de toda defensa, para la batalla defensiva. Por otra parte, está instantáneamente dispuesta a ver en cada batalla perdida por el defensor en la montaña la incomprensible falta de una guerra de trincheras, sin ver cómo en ella la naturaleza de las cosas se complica inevitablemente. No rehuimos entrar en contradicción directa con tal opinión, pero tenemos que observar que hemos encontrado nuestra afirmación, para gran satisfacción nuestra, en un autor que en más de un sentido tiene que valer de mucho aquí: el archiduque Carlos en su obra sobre las campañas de

1796 y 1797; un buen historiador, un buen crítico y sobre todo un buen general en una misma persona.

No podemos por tanto sino considerar lamentable que el más débil defensor, que ha empleado todas sus fuerzas trabajosamente y con el mayor esfuerzo en hacer sentir al agresor, en una batalla decisiva, el efecto de su amor a la patria, entusiasmo e inteligencia, que ha puesto la mirada en todo ello con tensa expectativa, se instale en la noche de un suelo montañoso velado por mil causas, se vea cautivo en sus movimientos por ese suelo arbitrario y deba entregarse a los mil posibles ataques de su adversario superior a él. Sólo por un lado tiene su inteligencia un ancho campo de acción, y es la mayor utilización posible de todos los accidentes del terreno, lo que conduce a los límites de la deplorable guerra de trincheras, así que tiene que arrancarse con violencia a esto.[198] Muy lejos pues de ver en el terreno montañoso un asilo para el defensor en el caso de una batalla decisiva, más bien aconsejaríamos al general evitarlo a toda costa.

Sin embargo, desde luego esto a veces es imposible; entonces la batalla tendrá necesariamente un carácter muy distinto al de la llanura, la posición se extenderá mucho más, en la mayoría de los casos al doble o el triple, la resistencia será mucho más pasiva, el contragolpe mucho más débil. Esto son incidencias del suelo montañoso, a las que no se puede escapar; pero desde luego la defensa en una batalla así no debe de todos modos pasar a una defensa de montaña, sino que su carácter predominante debe ser tan sólo una concentrada disposición de las fuerzas en la montaña donde todo se decida en *un* combate, a la vista de *un* general, y donde queden reservas suficientes para que la decisión sea algo más que un mero rechazo, un mero alzar el escudo. Esta condición es imprescindible, pero es muy difícil de llevar a la práctica, y deslizarse hacia la defensa de montaña es tan fácil que no cabe sorprenderse de que a menudo así ocurra; pero es tan peligroso que la teoría no puede advertir lo bastante en contra.

Hasta aquí, lo que respecta a una batalla decisiva con la fuerza principal.

Para los combates de importancia y sentido subordinados, en cambio, una montaña puede ser infinitamente útil, porque no se produce una resistencia absoluta, y porque no se vinculan a ella

consecuencias decisivas. Podemos ver esto con más claridad si enumeramos los fines de esta reacción:

a) Una mera ganancia de tiempo. Esta finalidad se da cien veces, cada vez que hay una línea de defensa dispuesta para advertirnos; además de en todo los casos en los que se espera apoyo.
b) El rechazo de una mera demostración o una pequeña empresa secundaria del enemigo. Cuando una provincia está protegida por una cordillera, y esa cordillera por tropas, por débil que sea esa defensa siempre bastará para impedir correrías enemigas y otras pequeñas empresas de saqueo de la provincia. Sin la cordillera, tan débil cadena sería un absurdo.[199]
c) Hacer uno mismo una demostración. Pasará mucho tiempo antes de que la opinión que se deba tener de una cordillera haya llegado a su punto adecuado. Hasta entonces, siempre habrá adversarios que la teman y se detengan[200] ante ella en sus empresas. En este caso, también la fuerza principal puede emparentarse a la defensa de una cordillera. En las guerras sin grandes fuerzas y movimientos, esta situación se dará con frecuencia; pero la condición es siempre que ni se tenga la intención de aceptar una batalla principal en esta posición de montaña ni se pueda ser forzado a ello.
d) En general, una región de montaña se presta a todas las disposiciones en las que no se quiera aceptar un combate principal, porque en ella todas las partes sueltas son más fuertes, y sólo el conjunto como tal es más débil; además, no se puede ser sorprendido tan fácilmente y forzado a un combate decisivo.
e) Finalmente, las montañas son el elemento propio de las sublevaciones populares. Pero las sublevaciones populares siempre tienen que estar apoyadas por pequeñas secciones del ejército; en cambio, la cercanía del gran ejército parece resultarles desventajosa; de ahí que por regla general este punto no sea causa para ir a las montañas con el ejército.

Hasta aquí acerca de la montaña en relación con las posiciones de combate que se dan en ella.

2. *La influencia de la montaña sobre otras regiones*. Dado que, como hemos visto, en una región montañosa es tan fácil asegurarse una importante superficie mediante puestos débiles —puestos que no podrían sostenerse en una región accesible y estarían expuestos a constantes peligros, porque cada avance en la montaña, cuando el adversario la ha ocupado, es mucho más lento que en la llanura y no puede seguirle el paso—, en la montaña es mucho más importante que en otra franja de terreno de igual tamaño la cuestión de quién está en posesión de la misma. En una región abierta, esta posesión puede cambiar de un día para otro; el mero avance de tropas fuertes obliga al enemigo a cedernos el terreno que necesitamos. No es así en cambio en la montaña; aquí es posible una resistencia notable con fuerzas mucho más escasas, y por eso, cuando necesitamos un segmento del terreno que incluye las montañas, se precisan siempre empresas propias, especialmente adecuadas y a menudo con un notable gasto de tiempo y esfuerzo, para ponernos en posesión de esa franja de tierra. Así que, aunque una montaña no sea el escenario de las empresas principales, no puede ser considerada dependiente de ellas y su toma y posesión una consecuencia evidente de nuestro avance, como sería el caso en un terreno más accesible.

La región montañosa tiene pues una autonomía mucho mayor, su posesión es más decidida y menos modificable. Si a esto se añade que una zona de montaña ofrece por naturaleza una buena visión del campo abierto desde los bordes de la misma, mientras ella se mantiene siempre como envuelta en la más oscura noche, se entenderá que toda montaña siempre haya de ser contemplada como una fuente inagotable de influencias desventajosas para aquel que no la tiene y sin embargo está en contacto con ella, como un oculto taller de fuerzas enemigas, y que este sea el caso la mayoría de las veces cuando la montaña no sólo está ocupada por el enemigo, sino que le pertenece. Los grupos más pequeños de audaces partisanos hallan refugio en ella cuando son perseguidos, y pueden volver a aparecer impunemente en otro sitio; las columnas más fuertes pueden avanzar por ella sin ser vistas, y nuestras fuerzas tienen siempre que mantenerse a notable distancia de ella si no quieren entrar en el ámbito de su influencia dominante y entrar en una lucha desigual de ataques y golpes a los que no pueden responder.

De este modo, toda montaña ejerce desde cierta distancia una influencia regular[201] sobre la región que yace a sus pies. El que esa

influencia pueda ser eficaz de forma instantánea, por ejemplo en una batalla (la batalla de Malsch am Rhein, 1796), o sólo después de mucho tiempo contra las líneas de comunicación, depende de las circunstancias espaciales; si puede ser vencida y arrastrada por lo decisivo que ocurra en el valle o la llanura, dependerá de la situación de las fuerzas.

Bonaparte marchó[202] en 1805 y 1809 hacia Viena sin preocuparse mucho por el Tirol; Moreau en cambio tuvo que abandonar Suabia en 1796, principalmente porque no era dueño de las regiones superiores y tenía que emplear demasiadas fuerzas en su observación. En campañas en las que tiene lugar un juego equivalente de fuerzas, no se querrá estar expuesto a la constante desventaja de una montaña en poder del enemigo; por tanto, se tomará y se tratará de retener la parte de la misma que se necesite según la dirección de las líneas principales de nuestro ataque; por eso suele ocurrir que en tales casos la montaña sea el principal escenario de las pequeñas luchas que los ejércitos sostienen entre sí. Pero hay que guardarse de sobreestimar este objeto y contemplar semejante montaña en todos los casos como la llave del conjunto y su posesión como lo principal. Donde se trate de una victoria, ésta será lo principal, y una vez alcanzada podrán organizarse las demás circunstancias conforme a las necesidades imperantes.

3. *La montaña considerada como barrera estratégica*. Aquí tenemos que distinguir dos situaciones.

La primera vuelve a ser una batalla decisiva. Se puede contemplar la montaña como un río, es decir, como una barrera con ciertos accesos que nos da ocasión para un combate victorioso, que separa el poder enemigo al avanzar, lo limita de cierta manera y nos pone por tanto en situación de caer, con nuestras fuerzas unidas detrás de la montaña, sobre una parte de las enemigas. Como el atacante, al avanzar por una montaña, no puede ir en columna, aunque quisiera dejar a un lado todas las demás cautelas, porque se expondría al peligro decisivo de aceptar una batalla decisiva con una única vía de retirada, este método está basado en circunstancias muy esenciales. Pero como los conceptos de montaña y salidas de la montaña son muy imprecisos, en esta medida todo depende del terreno mismo, y por eso sólo puede ser apuntado como posible, teniendo que tener en cuenta dos desventajas: la primera, que el

enemigo, cuando ha recibido un golpe, encuentra muy pronto protección en la montaña; la segunda, que tenga en su poder la región más alta, lo que sin duda no es una desventaja decisiva, pero siempre una desventaja para el defensor.

No conocemos ninguna batalla que se librara en tales circunstancias, salvo que se quiera contar entre ellas la batalla contra Alvinczy, en 1796. Pero que el caso puede darse lo deja muy claro el paso de los Alpes por Bonaparte en el año 1800, donde Melas hubiera podido y debido atacarle con todo su poder antes de que reuniera sus columnas.

La segunda situación que puede tener a la montaña como una barrera es la de las líneas de comunicación enemigas, cuando las corta. Aparte de la fortificación de los pasos mediante fuertes y de los efectos de una insurrección popular, los malos caminos de montaña en la mala estación del año pueden ser la desesperación de un ejército[203], y no pocas veces han provocado la retirada después de haber chupado la sangre y la médula a ese ejército. Si a esto se añaden los golpes[204] frecuentes de los partisanos o incluso una guerra popular, el ejército enemigo se ve forzado a enviar grandes destacamentos en avanzada y finalmente a establecer puestos fijos en la montaña, y se ve envuelto así en la situación más desventajosa que puede haber en la guerra de ataque.

4. *La montaña en relación con la manutención del ejército*. Este objeto es muy sencillo y comprensible. El mayor beneficio que el defensor puede tener a este respecto se produce cuando el atacante o bien se detiene en la montaña o al menos tiene que dejarla a sus espaldas.

No hay que considerar incorrectas o poco prácticas estas consideraciones acerca de la defensa de montaña, que en el fondo abarcan toda la guerra en la misma al arrojar sus reflejos la necesaria luz sobre la guerra de ataque, porque en la montaña no haya llanuras y no se pueda hacer de la llanura montaña, y la elección del teatro bélico esté determinada por tantas otras cosas que parece que podría quedar poco margen para razones de este tipo. A grandes rasgos, se verá que este margen no es tan pequeño. Si hablamos de la disposición y eficacia del poder principal, y en el momento de la batalla decisiva, algunas marchas más hacia delante o hacia atrás pueden llevar al ejército de la montaña a la llanura, y una decidida

reunión de las masas principales en la llanura puede neutralizar la montaña próxima.

Vamos ahora a volver a reunir la luz repartida sobre este objeto en un foco, para arrojar una imagen clara.

Afirmamos, y creemos haber demostrado, que la montaña es en general desfavorable para la defensa tanto desde el punto de vista táctico como estratégico, y entendemos entonces por defensa la *decisiva,* de cuyo éxito depende la cuestión de la posesión o pérdida del país. Roba la visión de conjunto e impide los movimientos en todas direcciones; fuerza a la pasividad y obliga a taponar cada agujero[205], lo que más o menos termina en guerra de trincheras. Por tanto, en la medida de lo posible con el poder principal hay que evitar la montaña y dejarla a un lado o delante o detrás de sí.

En cambio, creemos que para los fines y papeles subordinados el terreno montañoso es un principio reforzador, y después de lo que hemos dicho al respecto no se considerará contradictorio que digamos que es un verdadero refugio de los débiles, es decir, de aquel que ya no puede buscar una decisión absoluta. Esta aspiración que[206] los papeles secundarios tienen en el terreno montañoso excluye por segunda vez del mismo al poder principal.[207] Pero todas estas consideraciones difícilmente mantienen el equilibrio con la impresión de los sentidos. En el caso concreto, la imaginación dará no sólo al inexperto, sino también a los experimentados[208] en un mal método bélico, tan abrumadoras impresiones de las dificultades que el terreno montañoso, como un elemento denso y duro, opone a todos los movimientos del enemigo, que les costará trabajo no considerar nuestra opinión la más extravagante de las paradojas. Sin embargo, en todas las consideraciones generales la Historia del siglo pasado con su peculiar arte de la guerra ocupará el lugar de la impresión sensorial, y por ejemplo nunca podrán decidirse a creer que Austria no pudiera defender sus Estados frente a Italia con más facilidad que de cara al Rin. En cambio los franceses, que han hecho la guerra durante veinte años bajo una dirección audaz y enérgica, y que siguen teniendo presentes las felices consecuencias de este sistema, seguirán distinguiéndose en este caso como en otros por el tacto de un juicio experimentado.

Así pues, un Estado estaría más protegido por regiones abiertas que por montañas; España sería más fuerte sin sus Pirineos, la

Lombardía más inaccesible sin los Alpes, y un país llano, como el norte de Alemania, sería más difícil de conquistar que uno montañoso[209], por ejemplo, Hungría. A estas falsas conclusiones vamos a enlazar nuestras últimas observaciones.

Nosotros no afirmamos que España sería más fuerte sin sus Pirineos que con ellos, sino que un ejército español que se sienta lo bastante fuerte como para librar una batalla decisiva hará mejor en disponerse unido detrás del Ebro que en dividirse entre los quince pasos de los Pirineos. Esto dista mucho de suprimir la incidencia de los Pirineos en la guerra. Lo mismo afirmamos de un ejército italiano. Si se repartiera por los altos Alpes, sería desbordado por cualquier adversario decidido sin tener la alternativa entre una victoria o una derrota, mientras en la llanura de Turín tiene las posibilidades de cualquier otro ejército. No por eso nadie va a creer que al atacante le resulte agradable atravesar y dejar a sus espaldas una masa montañosa como la de los Alpes. Por lo demás, esta batalla principal aceptada en la llanura ni siquiera excluye una defensa provisional de la montaña con fuerzas subordinadas, que es muy aconsejable en masas tales como los Alpes y los Pirineos. Finalmente, estamos muy lejos de considerar la conquista de un país llano más fácil que la de uno montañoso, a no ser que una única victoria desarme por completo al enemigo. Después de esta victoria, para el conquistador empieza un estado de defensa en el que el terreno montañoso tiene que resultarle igual de desventajoso y más de lo que lo era para el defensor. Si la guerra prosigue entrarán en juego ayudas exteriores, si el pueblo se alza en armas todas estas reacciones se verán incrementadas por el terreno montañoso.

Pasa con este objeto como en la dióptrica, las imágenes aumentan en luminosidad cuando se mueve el objeto en cierta dirección; pero no hasta donde se quiere, sino hasta que alcanzan el foco, más allá del cual todo se invierte.

Si la defensa en la montaña es más débil, esto podría ser para el atacante un motivo para hacer de ella orientación preferente. Pero esto ocurrirá sólo raras veces, porque las dificultades de la manutención y de los caminos, la incertidumbre acerca de si el adversario aceptará una batalla principal precisamente en la montaña y también la de si dispondrá en la misma su poder principal mantienen en gran medida el equilibrio con cualquier posible ventaja.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

CONTINUACIÓN

Hemos hablado en el capítulo decimoquinto de la naturaleza de los combates en la montaña, en el decimosexto del uso que la estrategia puede hacer de ellos; al hacerlo, hemos topado a menudo con el concepto de una defensa de montaña propiamente dicha, sin demorarnos en la forma y orientaciones de tal medida. Ahora, vamos a considerarla con más detalle.

Dado que las montañas atraviesan a menudo la superficie terrestre como tiras o cinturones y representan la división entre las aguas que vierten a derecha e izquierda, y en consecuencia la divisoria de sistemas hídricos enteros, y dado que esta forma del conjunto se repite en sus partes, en tanto que se dividen del tronco principal en brazos o dorsos y forman más adelante la divisoria de sistemas hídricos menores, la idea de una defensa de montaña tendrá que atenerse en primer término con toda naturalidad a la forma principal de un obstáculo más largo que ancho, que se alarga en consecuencia como una gran barrera. Aunque entre los geólogos aún no se ha acordado nada sobre el origen de las montañas y la ley que rige su conformación, en cada caso el curso del agua muestra su sistema del modo más breve y más seguro, ya sea porque sus efectos tengan parte en el sistema (a través del proceso de sedimentación) o porque el curso de agua sea una consecuencia de ese sistema.[210] De ahí que fuera natural guiarse por los cursos de agua al pensar en una defensa de montaña. El curso de agua no ha de ser contemplado tan sólo como una nivelación natural, con la que se conoce por completo la altura general, y por tanto el perfil general de la superficie, sino que también los valles formados por el agua han de ser considerados las vías más accesibles a los puntos más altos[211], porque en todo caso queda mucho de la sedimentación que aspira a igualar las desigualdades del terreno en una curva regular. Por tanto, la idea de la defensa de montaña se configuraría de tal modo que la cordillera, cuando fuera más o menos paralela a los frentes de defensa, se

consideraría un gran obstáculo al acceso, una especie de muro, cuyas entradas forman los valles. La verdadera defensa tendría pues lugar en la cresta de ese muro, es decir, en el borde de la meseta que se encuentra en lo alto de la cordillera, y atravesaría los valles principales. Si la inclinación de la cordillera fuera más vertical hacia los frentes de defensa, uno de sus brazos principales formaría la defensa, que correría paralela a un valle principal y hasta el gran dorso[212], que habría de ser considerado su punto final.

Hemos apuntado aquí este esquema de defensa de montaña siguiendo la estructura geológica porque realmente ha estado durante un tiempo en la mente de la teoría y ha amalgamado, en la llamada teoría del terreno, las leyes del proceso de sedimentación con la dirección de la guerra.

Sin embargo, aquí todo está tan lleno de falsos supuestos y sustituciones inexactas que de esta visión queda en realidad poco como para poder hacer de ella ningún punto de apoyo sistemático.

Los principales dorsos de las verdaderas montañas son demasiado inhóspitos e intransitables como para establecer en ellos masas importantes de tropa; con los dorsos secundarios ocurre lo mismo, a menudo son demasiado cortos e irregulares. No se encuentran mesetas en lo alto de todas las montañas, y donde se encuentran suelen ser estrechas y muy inhóspitas; incluso hay pocas montañas que, vistas con más atención, formen un dorso principal ininterrumpido y tengan en sus lados una ladera que pueda ofrecer en alguna medida una superficie inclinada o al menos un declive en forma de terraza. El dorso principal se retuerce, dobla y divide, poderosos brazos en líneas curvas entran en el terreno y se elevan, a menudo precisamente en sus puntos finales, a alturas más notables que el dorso mismo; a ellos se acumulan estribaciones, que forman grandes valles que no se adaptan al sistema. A esto se añade que allá donde varias cordilleras se cruzan, o en el punto del que parten varias, el concepto de una estrecha tira o cinturón cesa por completo y deja espacio a una serie de cursos de agua y de montañas en forma radial.[213]

De esto se desprende ya, y cualquiera que haya visto masas montañosas lo sentirá aún con más claridad, que la idea de una disposición sistemática retrocede, y lo poco práctico que sería querer establecerla como idea básica de las disposiciones. Pero aún hay que

tener en cuenta un punto importante del ámbito de la aplicación más concreta.[214]

Si volvemos a mirar con atención las manifestaciones tácticas de la guerra de montaña, está claro que en ella aparecen dos elementos principales: en primer lugar, la defensa de empinadas laderas, en segundo lugar de angostos valles. Esta última, que a menudo, *incluso la mayoría de las veces,* tiene su mayor eficacia en la resistencia, no se puede conjugar con la disposición en el dorso principal, porque a menudo es necesaria la ocupación del valle *mismo*, y más en su salida de la masa montañosa que en su origen, porque allí está cortado más profundamente. Además, esta defensa del valle da un medio para defender las regiones montañosas incluso cuando no se puede ocupar posición alguna en la cumbre; por tanto, representará normalmente un papel tanto mayor cuanto mayor y más intransitable sea la masa de la montaña.

De todas estas consideraciones se desprende que hay que abandonar por entero la idea de una línea más o menos regular que hay que defender que coincidiera con una de las líneas geológicas fundamentales, y contemplar una montaña sólo como una especie de superficie surcada de irregularidades y accidentes de algún tipo, de cuyas partes se trata de hacer tan buen uso como las circunstancias permiten, y que por tanto, aunque las líneas geológicas del suelo son imprescindibles para tener una clara visión de las masas montañosas, se aprecian poco en las medidas defensivas.

Ni en la Guerra de Sucesión Austriaca, ni en la de los Siete Años, ni en las guerras revolucionarias hallamos disposiciones que abarquen todo un sistema montañoso, y en las que la defensa esté ordenada siguiendo sus líneas principales. Nunca encontramos al ejército en el dorso principal, siempre en la ladera, a veces más arriba, a veces más abajo, ora en esta dirección, ora en aquella; en paralelo, en vertical y en oblicuo; con y contra la corriente de agua; en montañas muy elevadas, como los Alpes, a menudo incluso a lo largo de un valle; en las más pequeñas, como los Sudetes, y esta es la mayor anomalía, a la mitad de la ladera vuelta hacia el defensor, es decir, con el dorso principal ante sí, como la posición en la que Federico el Grande cubrió en 1763 el asedio de Schweidnitz con el alto Eule ante el frente de su campamento.

Las famosas posiciones de Schmottseifen y Landeshut, en la Guerra de los Siete Años, estaban en valles, el mismo caso de la

posición de Feldkirch, en el Voralberg. En las campañas de 1799 y 1800, los puestos principales tanto de los franceses como de los austriacos habían estado en todo momento en los propios valles, no sólo atravesándolos para cerrarlos, sino también a todo lo largo de ellos, mientras la retaguardia o no estaba cubierta o lo estaba sólo con unos pocos puestos.

Las cumbres de los Alpes superiores son a tal punto intransitables e inhóspitas que se hace imposible ocuparlas con masas de tropa dignas de mención[215]. Si se quieren tener fuerzas en la montaña para ser dueño de la misma, no queda más remedio que disponerlas en los valles. A primera vista parece absurdo[216], porque conforme a las concepciones teóricas habituales se diría: las cumbres[217] dominan los valles. Sólo que no es tan grave, las cumbres sólo son accesibles por unos pocos caminos y sendas, y con raras excepciones sólo con infantería, porque todas las rutas transitables terminan en los valles. El enemigo podría por tanto aparecer en algunos puntos de las mismas con infantería; pero en estas masas montañosas las distancias son demasiado grandes para un fuego de fusilería eficaz, y por tanto en el valle se corre menos peligro del que parece. Pero naturalmente esta defensa en el valle está expuesta a otro gran peligro, y es el de verse cortado. Sin duda el enemigo sólo puede descender a puntos concretos del valle con infantería, y sólo lentamente y con grandes esfuerzos, y no puede por tanto sorprender, pero si ninguna de las posiciones defiende la desembocadura de una de esas sendas en el valle, si el enemigo sigue haciendo bajar poco a poco masas superiores, se extiende y rompe la fina línea, muy débil desde el momento en que no tiene más para su protección que el pedregoso lecho de un río de montaña poco profundo. La retirada, que tiene que tener lugar de forma fragmentaria y siempre en el valle, hasta hallar una salida de la montaña, se hace imposible para muchas partes de la línea, y por eso los austriacos perdieron en Suiza casi todas las veces un tercio o la mitad de sus tropas, hechas prisioneras.

Ahora, unas palabras más acerca del grado de división que normalmente tienen las fuerzas en una defensa así.

Cada una de estas disposiciones parte de una posición de la fuerza principal situada más o menos en el centro de la línea, en el acceso principal. Desde esta se envían a derecha a izquierda otros cuerpos a ocupar las entradas más importantes, y surge pues para el

conjunto una disposición de 3, 4, 5, 6 puestos, etc., bastante en línea. Hasta dónde se puede o se tiene que llevar esta extensión depende de las necesidades del caso concreto. Unas cuantas marchas, es decir, entre 6 y 8 millas, son una extensión muy moderada, y sin duda se ha visto aumentada hasta 20 y 30 millas.

Entre los distintos puestos, situados a una o dos horas unos de otros, se encuentran fácilmente otros accesos menos importantes, sobre los que luego llamaremos la atención; se encuentran espléndidos puestos para un par de batallones, muy adecuados para la conexión de los puestos principales; así que se ocupan. Es fácil imaginar que la división de las fuerzas aún puede ir más allá y descender hasta las distintas compañías y escuadrones, y el caso se ha dado a menudo; así que no hay límites generales para la división. Por otro lado, la fuerza de los distintos puestos depende de la fuerza del conjunto, y también por eso nada cabe decir sobre el grado posible o natural[218] de fuerza que los puestos principales conservarán. Sólo vamos a plantear como apoyo unas cuántas frases que enseñan la experiencia y la naturaleza de la cosa.

1. Cuanto más alta e inaccesible sea la montaña, tanto mayor podrá ser la división, pero tanto mayor *tiene también que ser,* porque cuanto menos pueda asegurarse una región mediante combinaciones que se basan en movimientos tanto más tendrá que aportarse esa seguridad mediante cobertura inmediata. La defensa de los Alpes obliga a una división mucho mayor, acerca mucho más la guerra de trincheras que la defensa del Vogesen o el Riesengebirge.
2. En todos los lugares en los que se ha producido una defensa de montaña ha tenido lugar una división de las fuerzas tal que los puestos principales sólo tenían una línea de infantería y algunos escuadrones de caballería en la segunda línea; pero de todos modos el poder principal situado en el centro tenía también unos cuántos batallones en la segunda línea.
3. Una reserva estratégica dejada atrás para reforzar los puntos atacados ha tenido lugar en la menor parte de los casos, porque al extenderse el frente uno se siente demasiado débil en todas partes. Por eso el apoyo que el

puesto atacado ha recibido ha sido tomado la mayoría de las veces de otros puestos no atacados de la línea.

4. Incluso allá donde la división de las fuerzas era relativamente escasa y la fuerza de los distintos puestos aún era grande, la resistencia principal de los mismos ha sido siempre defensa local, y si el enemigo se encontraba completamente en poder del puesto no cabía esperar ayuda del apoyo que llegara.

La teoría tiene que dejar a la discreción del general lo que quepa esperar según esto de una defensa de montaña, en qué casos se podría emplear este medio, hasta dónde se podría y debería llegar en la expansión y división de las fuerzas. Es suficiente haberle dicho qué es realmente este medio, qué papel puede asumir en el tráfico bélico del ejército.

Un general que se deja golpear en la cabeza en una extensa posición de montaña merece ser llevado ante un consejo de guerra.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

DEFENSA DE RÍOS Y GRANDES RÍOS

En lo referente a su defensa, los grandes ríos y ríos importantes se incluyen, como las montañas, en la clase de las barreras estratégicas. Pero se distinguen de las montañas en dos puntos: uno concierne a su defensa relativa, el otro a la absoluta.

Igual que las montañas, refuerzan la defensa relativa, pero su peculiaridad es que se comportan como una herramienta de materia dura y quebradiza; o bien resisten cualquier golpe sin doblegarse o su defensa se quiebra y cesa por entero. Si el río es muy grande y las demás condiciones ventajosas, su paso puede hacerse absolutamente imposible. Pero si la defensa de un río se rompe en un punto no se produce, como en la montaña, una persistente resistencia, sino que la cosa queda resuelta con ese mismo acto, a no ser que el río mismo afluya hacia un terreno montañoso.

La otra peculiaridad de los ríos en relación con el combate es la de que en algunos casos permiten muy buenas combinaciones, y en general mejores, en una batalla decisiva, que las montañas.

Ambos tienen en común a su vez que son objetos peligrosos y seductores, que a menudo inducen a falsas medidas y han puesto en situaciones peligrosas[219]. Llamaremos la atención sobre estos resultados al considerar más en detalle la defensa de los ríos.

Aunque la Historia es bastante pobre en defensas eficaces en los ríos, lo que justifica la opinión de que[220] no son tan fuertes barreras como se creía en los tiempos en que se recurría a un sistema defensivo absoluto utilizando todos los refuerzos que el terreno ofrecía, no cabe negar su influencia ventajosa sobre el combate y la defensa del país en general.

Para ver las cosas en su contexto, vamos a resumir los distintos puntos de vista desde los que pensamos considerar este objeto.

Primero y principal, tenemos que distinguir los resultados estratégicos que los ríos y grandes ríos ofrecen por medio de su

defensa de la influencia que tienen sobre la defensa del país sin ser defendidos ellos mismos.

Además, la defensa misma puede tener tres sentidos distintos:

1. una resistencia absoluta con el poder principal;
2. una mera resistencia aparente;
3. una resistencia relativa para partes subordinadas, como avanzadas, líneas de cobertura, cuerpos secundarios, etc.

Finalmente, respecto a su forma tenemos que distinguir tres grados principales o formas de defensa, a saber:

1. una directa, mediante impedimento del paso;
2. una más indirecta, en la que el río y su valle sólo se utilizan como medio para una mejor combinación en la batalla;
3. una completamente directa, mediante la afirmación de una posición inexpugnable en la orilla enemiga del río.

Conforme a estos tres grados clasificaremos nuestras consideraciones, y después de haber conocido cada una de ellas en relación con el primer y más importante significado, consideraremos las otras dos al final. Así pues, vamos primero a la defensa directa, es decir, aquella en la que se trata de impedir el paso mismo del ejército enemigo.

Sólo se puede hablar de ella en caso de grandes ríos, es decir, grandes masas de agua.

Las combinaciones de espacio, tiempo y energía que hay que contemplar como elementos de esta teoría defensiva hacen el objeto bastante complicado, de forma que no es del todo fácil encontrar un punto firme. En una consideración más precisa, cualquiera llegará al siguiente resultado.

El tiempo necesario para tender un puente determina la distancia a la que los cuerpos que han de defender el río pueden ser dispuestos entre sí. Dividiendo estas distancias por la longitud de la línea de defensa, obtenemos el número de cuerpos; dividiendo entre estos la masa de las tropas, la fuerza de los mismos. Si se compara esta fuerza de los distintos cuerpos con las tropas que el enemigo puede haber trasladado por otros medios durante la construcción del puente, se podrá juzgar si cabe pensar en una resistencia exitosa. Porque sólo se puede suponer que no se podrá forzar el paso si al

defensor le resulta posible atacar con una *superioridad considerable,* más o menos del doble, a las tropas trasladadas antes de que el puente esté concluido. Un ejemplo:

Si el enemigo necesita 24 horas para levantar su puente, si en esas 24 horas no puede trasladar por otros medios más de 20.000 hombres y si el defensor puede presentarse en 12 horas con 20.000 hombres en cualquier punto de la línea, no se podrá forzar el paso, porque se[221] llegará cuando[222] haya trasladado más o menos la mitad de esos 20.000 hombres. Como en 12 horas, incluyendo el tiempo de la advertencia, sólo se puede marchar 4 millas, harían falta 20.000 hombres cada 8 millas y 60.000 para defender el río en un tramo de 24 millas. Estos bastarían no sólo para presentarse en cualquier punto con 20.000 hombres, aunque el enemigo tratase de pasar el río por dos puntos al mismo tiempo, sino incluso con el doble si este no fuera el caso.

Así pues, hay tres circunstancias decisivas: 1. La anchura del río. 2. Los medios para pasarlo, porque ambas cosas deciden tanto sobre la duración del tendido del puente como sobre el número de tropas que pueden trasladarse durante el mismo. 3. La fuerza del defensor. La fuerza del propio ejército enemigo todavía no entra en consideración. Conforme a esta teoría, se puede decir que llega un punto en el que la posibilidad del paso desaparece por entero y ninguna fuerza superior está en condiciones de forzarlo.

Esta es la teoría sencilla de la defensa directa de los ríos, es decir, aquella en la que se quiere impedir al enemigo concluir su puente y atravesarlo; en ella aún no se tiene en cuenta el efecto de las demostraciones que el que cruza el río puede emplear.[223] Ahora, vamos a tomar en consideración el detalle de las circunstancias y las medidas necesarias para tal defensa.

Si empezamos por hacer abstracción de toda individualidad[224] geográfica, sólo hay que decir que los cuerpos determinados conforme a la teoría que acabamos de indicar se dispondrán directamente junto al río, reunidos. Directamente junto al río, porque toda posición más retrasada prolonga los caminos sin necesidad ni beneficio; dado que la masa de agua del río les protege contra toda influencia importante del enemigo, no es necesario mantenerlos atrás, como una reserva en una línea de defensa terrestre. Además, las carreteras que discurren arriba y abajo del río son por regla general más transitables que las transversales que van

desde atrás hacia cualquier punto de la corriente. Finalmente, esta posición permite de manera innegable observar mejor el río que una mera cadena de puestos, porque todos los que dan las órdenes están en las cercanías. Los cuerpos tienen que estar reunidos porque de lo contrario toda la cuenta[225] tendría que ser distinta. Quien sepa lo que representa la concentración en relación con la pérdida de tiempo comprenderá que precisamente en esa disposición unida reside la mayor eficacia de la defensa. Desde luego, a primera vista es muy atractivo hacer imposible el trasbordo mismo al enemigo mediante distintos puestos; pero, con pocas excepciones en puntos especialmente adecuados para el paso, esta medida es muy perniciosa. Sin tener en cuenta la dificultad de que el enemigo puede castigar una posición así desde la orilla opuesta con fuego superior, por regla general se consumen energía de formas completamente inútil, porque lo único que se consigue es que el enemigo busque otro punto para vadear. Por tanto, si no se es lo bastante fuerte como para poder tratar el río y defenderlo como una trinchera fortificada —un caso para el que no harían falta más reglas—, esta defensa de la orilla se aleja necesariamente de la finalidad perseguida. Aparte de estos principios de disposición general, entran en consideración, en primer lugar, las singularidades individuales del río, en segundo lugar la eliminación de los medios de paso y en tercer lugar la influencia que tengan las fortalezas situadas junto a él.

El río, considerado como una línea de defensa, tiene que tener a derecha e izquierda puntos de apoyo, como el mar o un territorio neutral; o tiene que haber otras circunstancias que hagan imposible su paso más allá del punto final de la línea de defensa. Como ni esos puntos de apoyo ni esas circunstancias se presentarán de manera distinta que en las grandes extensiones de terreno, se desprende que las defensas fluviales tendrán que extenderse siempre a lo largo de tramos muy considerables, y la posibilidad de una gran cantidad de tropas situada detrás de una línea fluvial relativamente corta desaparece de la serie de los casos reales, a los que tenemos que atenernos siempre. Decimos *una línea fluvial relativamente corta* y entendemos por esto una longitud que no supere de forma considerable la medida habitual de la extensión de una posición cuando no hay río. Tales casos, decimos, no se dan, y toda defensa fluvial directa es siempre una especie de sistema de cordón, al menos en lo que a la extensión se refiere, y por tanto no es adecuada para

salir al paso de una maniobra envolvente, que es la más natural ante una disposición reunida. Por tanto, allá donde es posible el envolvimiento, la defensa directa, por buenos que puedan ser por lo demás sus resultados, es una empresa altamente peligrosa.

En lo que concierne al río dentro de sus puntos finales, se entiende que no todos los puntos son adecuados para el paso en la misma medida. Sin duda se puede determinar este objeto en general con algo más de concreción, pero no se puede establecer realmente, porque la más mínima peculiaridad local decide a menudo mucho más que todo lo que se resalta en los libros. Pero además es que tal constatación es completamente inútil, porque la visión del río y las noticias que se reciben de los habitantes conducen casi visiblemente a ella, sin necesidad de pensar en los libros.

Para mayor concreción, podríamos decir que las carreteras que conducen al río, los afluentes que acuden a él, las grandes ciudades de sus márgenes, y finalmente, de forma especial, sus islas, son aquellos objetos que más favorecen el paso, y que en cambio la altura de la orilla, la forma curvada de su curso en el punto del paso, que suelen representar un papel principal en los libros, raras veces influyen. La causa es que la influencia de estas dos cosas se basa en la limitada idea de una defensa absoluta de la orilla, un caso que en los ríos más grandes se da pocas veces o nunca.

Sean cuales fueren las circunstancias que dan más utilidad para el paso a los distintos puntos de la corriente, influirán sobre la posición y modificarán un poco la ley geométrica general; pero no es aconsejable alejarse demasiado de la misma, confiar demasiado en las dificultades de algunos puntos. El enemigo elegirá precisamente los lugares menos favorecidos por la Naturaleza si está seguro[226] de que ese es el lugar en el que menos nos encontrará.

En cualquier caso, la ocupación más fuerte posible de las islas es una medida recomendable, porque su ataque serio da a conocer del modo más seguro el punto elegido para el paso.

Como los cuerpos situados cerca de la corriente deben recorrerla arriba y abajo según lo exijan las circunstancias, a falta de una carretera paralela el acondicionamiento del pequeño camino paralelo y más próximo al río o la apertura de nuevos caminos sobre tramos cortos se encuentra entre los preparativos[227] esenciales de la defensa.

El segundo punto del que tenemos que hablar es la eliminación de los medios de paso. La cuestión no es fácil en el río mismo, por lo menos requiere de un tiempo considerable, pero las dificultades suelen hacerse insuperables cuando se trata de los afluentes situados en la orilla del enemigo, que normalmente están ya en manos del mismo. Por eso, es importante cerrar con fortificaciones las desembocaduras más importantes de esos afluentes.

Como en los grandes ríos los medios de paso que el enemigo lleva consigo, es decir sus pontones, raras veces son suficientes, mucho depende de los medios que encuentre en el río mismo, en los afluentes y en las grandes ciudades situadas en su margen, y finalmente en los bosques próximos al río, que puede utilizar para construir barcas y balsas. Hay casos en los que todas estas circunstancias le son tan opuestas que el paso del río se hace casi imposible.

Finalmente, las fortalezas que se encuentran en ambos lados o en el lado enemigo del río no sólo son un escudo contra el paso por todos los puntos situados por encima y por debajo de ellas, sino también un medio para cortar los afluentes y reunir con rapidez en sí los medios de paso.

Hasta aquí la defensa directa, que presupone una gran masa de agua. Si a esto se añaden un valle profundo y empinado u orillas pantanosas, sin duda la dificultad del paso y la eficacia de la defensa aumentan, pero la masa de agua no puede ser sustituida por esto, porque aquellas circunstancias no forman una interrupción absoluta del terreno, y esta es una condición *necesaria* de la defensa directa.

Si se pregunta qué papel puede representar semejante defensa directa del río en el plan estratégico de la campaña, hay que aceptar que nunca puede llevar a una victoria decisiva, en parte porque su intención es no dejar pasar al enemigo y aplastar la primera masa importante que haya trasladado, en parte porque la corriente impide ampliar las ventajas obtenidas a victoria decisiva mediante una vigorosa salida[228].

En cambio, a menudo tal defensa puede producir una gran ganancia de tiempo, que normalmente es lo que busca el defensor. La adquisición de los medios de paso cuesta mucho tiempo; si varios intentos fracasan, se gana un tiempo desproporcionadamente superior. Si el enemigo da a sus fuerzas una dirección del todo distinta debido a la corriente, con ello se alcanzan además otras

ventajas; finalmente, en todos los casos en los que el enemigo no pretenda en serio avanzar, el río pondrá freno a sus movimientos y dará protección permanente al país.

Por tanto, una defensa fluvial directa puede ser contemplada, entre grandes masas de tropa, en grandes ríos y condiciones favorables, como un medio de defensa muy bueno, y dar resultados que en los últimos tiempos, pensando tan sólo en defensas fallidas con medios insuficientes, han sido muy poco tenidos en cuenta. Porque, si en las circunstancias que acabamos de mencionar, que pueden fácilmente darse en un río como el Rin y el Danubio, se[229] sostiene una defensa de 60.000 hombres a lo largo de 24 millas contra una fuerza notablemente superior, se puede decir que es un resultado digno de mención.

Decimos contra una fuerza *notablemente superior* y tenemos que volver sobre este punto. Según la teoría que hemos mantenido, todo depende del medio de paso y nada del poder que quiera cruzar, mientras éste no sea menor que el que defiende el río. Esto parece muy llamativo, y sin embargo es cierto. Pero, naturalmente, no hay que olvidar que la mayoría de las defensas fluviales, o más práctico aún, que todas en general no tienen puntos de apoyo absolutos, es decir, pueden ser envueltas, y que ese envolvimiento se ve muy facilitado por una gran superioridad.

Si tenemos en cuenta que una de estas defensas fluviales directas, incluso cuando es arrollada por el enemigo, no puede compararse a una batalla perdida ni puede conducir a una derrota, porque sólo ha entrado en combate una parte de nuestras tropas y el adversario, retenido por el lento paso de un puente, no puede dar a su victoria grandes consecuencias, tanto menos se puede pensar que este medio de defensa las tenga.

En todas las cuestiones de la vida práctica, lo que importa es hallar el punto adecuado, y así, en la defensa fluvial hay una gran diferencia entre haber considerado o no correctamente todas las circunstancias; una circunstancia en apariencia insignificante puede cambiar de forma sustancial el caso, y lo que aquí habría sido una medida altamente sabia y eficaz se convierte allí en un funesto error. Esta dificultad de valorarlo todo correctamente y no creer que un río es un río es quizá aquí mayor que en ningún otro sitio, por eso tenemos que guardarnos del peligro de una falsa aplicación e interpretación; pero después de haberlo hecho no podemos por

menos de declarar paladinamente que consideramos del todo indigno de consideración el griterío de aquellos que, conforme a oscuros sentimientos y vagas ideas, lo esperan todo del ataque y el movimiento y ven en los húsares que corren salvajemente agitando el sable sobre sus cabezas la entera imagen de la guerra.

Tales ideas y sentimientos no siempre bastan, si es que realmente se sostienen (sólo queremos recordar al antaño famoso dictador Wedel en Züllichau, 1759); pero lo peor es que raras veces se sostienen, y abandonan al comandante en el último momento, cuando grandes, complejos, mil veces intrincados casos caen sobre él.

Creemos pues que una defensa fluvial directa, con grandes masas de tropas y en buenas condiciones, puede dar buenos resultados si uno se conforma con la modesta negativa, pero no es así para pequeñas masas de tropa. Mientras 60.000 hombres, en una cierta línea del río, están en condiciones de impedir el paso a un ejército de 100.000 hombres y más, 10.000 hombres a la misma distancia no estarán en condiciones de impedírselo a un cuerpo de otros 10.000, ni siquiera a uno la mitad de fuerte, si este quisiera correr el riesgo de encontrarse en la misma orilla[230] que un enemigo tan superior. La cosa es clara, porque los medios de paso no cambian.

Hasta ahora hemos prestado poca atención a los pasos aparentes, porque no entran en mucha consideración en la defensa fluvial directa; en parte porque en ellos no se da una concentración del ejército en un punto, sino que a cada parte le está asignada cierta extensión del río para su defensa, en parte porque tales pasos aparentes son muy dificultosos incluso en las circunstancias antedichas. Si los medios de paso son en sí mismos escasos, es decir, no se dispone de ellos en la medida que el atacante tendría que desear para asegurar su empresa, difícilmente podrá y querrá emplear una parte importante de ellos en un paso aparente; en cualquier caso, la masa de las tropas que podrá trasladar al verdadero punto de paso será tanto menor, y por tanto se[231] vuelve a ganar el tiempo que se podría perder debido a la incertidumbre.

Esta defensa fluvial directa podría ser adecuada, por regla general, sólo para la primera clase de los ríos europeos en la última mitad de su recorrido.

La segunda clase es adecuada para los ríos más pequeños y en valles muy profundos, a menudo incluso los muy insignificantes. Consiste en una disposición más retrasada, adoptada a tal distancia que se tiene la posibilidad o bien de encontrar dividido al ejército enemigo en el momento del paso, cuando cruza por varios puntos a la vez, o cerca del río y limitado a un puente y carretera, si ha cruzado por un punto. Estar con la espalda contra un río importante o pegado a un profundo valle y limitado a una sola vía de retirada es una situación altamente desventajosa para la batalla, y en la utilización de esta circunstancia consiste la defensa de todos los ríos medianos y valles profundos.

La disposición de un ejército en grandes cuerpos pegados a un río, que consideramos la mejor para la defensa directa, presupone que al enemigo le resulte imposible cruzar el río insospechadamente en grandes masas, porque de lo contrario el peligro de ser separado y batido aisladamente sería muy grande con este tipo de disposición. Por tanto, si las circunstancias que favorecen la defensa fluvial no son lo bastante ventajosas, si el enemigo tiene ya en sus manos demasiados medios trasbordados, si el río tiene demasiadas islas o incluso vados, si no es lo bastante ancho, si somos demasiado débiles, etc., ya no cabe hablar de tal método; las tropas tienen que ser retiradas un tanto del río para su comunicación segura y todo lo que falta es una reunión lo más acelerada posible en el punto en que el enemigo esté cruzando el río para atacarle antes de que haya ganado tanto campo como para disponer de varios puntos de cruce. Aquí por tanto el río o el valle es observado por una cadena de puestos avanzados y está débilmente defendido, mientras el ejército está dispuesto en varios cuerpos situados en puntos adecuados a cierta distancia (normalmente unas horas) del río.

La circunstancia principal aquí es el paso por el estrechamiento que forman el río y su valle. Aquí no depende por tanto sólo de la masa de agua, sino del conjunto del estrechamiento, y por regla general un profundo valle montañoso hace mucho más que una considerable anchura del río. La dificultad del paso de una masa importante de tropas por un estrechamiento considerable es en realidad mucho mayor de lo que parece desprenderse de la mera consideración. El tiempo necesario es muy considerable, el peligro de que el enemigo pueda adueñarse de las alturas circundantes incluso durante el paso, muy inquietante. Si las primeras tropas avanzan

demasiado, encuentran antes al enemigo y están en peligro de verse aplastadas por una fuerza superior, si se mantienen en las cercanías del punto de paso se ponen en la peor de las situaciones. El paso de un segmento de terreno así para medirse más allá del mismo con el ejército enemigo es por tanto una empresa audaz o presupone una gran superioridad y seguridad en la dirección.

Desde luego, una línea de defensa así no puede extenderse en una longitud parecida a la de la defensa directa de un gran río, porque se quiere combatir con el conjunto unido, y los pasos, por difíciles que sean, no se pueden comparar con el de una gran corriente; por tanto, la maniobra envolvente es mucho más fácil para el enemigo. Sólo que esta maniobra envolvente le aparta de su dirección natural (porque presuponemos, se entiende, que el valle la corta más o menos perpendicularmente), y el efecto desventajoso de las estrechas líneas de retirada no se pierde de una vez, sino sólo poco a poco, de forma que el defensor sigue conservando algunas ventajas sobre el que avanza, aunque este no haya sido alcanzado por él precisamente en el momento de la crisis, sino que haya ganado un poco más de margen con el envolvimiento.

Como no hablamos sólo de los ríos en relación con su masa de agua, sino que casi más que ésta tenemos presente el profundo corte de sus valles, tenemos que anticipar que por este no se puede entender un valle montañoso en toda regla, porque entonces se aplicaría todo lo que se ha dicho acerca de las montañas. Pero, como es sabido, hay muchas regiones muy planas en las que hasta los ríos más pequeños forman cortes profundos y empinados; además, también hay orillas pantanosas y otros obstáculos al acceso.

En estas condiciones, la disposición de un ejército defensivo detrás de un río considerable o valle profundo es una situación muy ventajosa, y este tipo de defensa fluvial se cuenta entre las mejores medidas estratégicas.

El punto débil de la misma, el punto en el que el defensor puede enredarse con facilidad, es la excesiva extensión ocupada por las fuerzas[232]. En un caso así, es muy natural dejarse llevar de un punto de cruce a otro y errar el punto adecuado en el que hay que cortar; pero si no se logra golpear con todo el ejército unido se yerra el efecto: un combate perdido, una retirada necesaria y alguna confusión y pérdidas aproximan al ejército a una completa derrota, incluso si no ha resistido hasta el extremo.

Hemos dicho hasta la saciedad que en esta condición no es posible extenderse, que en todo caso hay que haber[233] concentrado las fuerzas donde está cruzando el enemigo antes del atardecer del mismo día, y vale para todas las demás combinaciones de tiempo, fuerzas y espacio, que dependen de tantas circunstancias locales.

La batalla presentada en tales circunstancias tiene que tener un carácter singular, a saber, el de la máxima impetuosidad por parte del defensor. Los pasos aparentes, con los que el atacante puede haberle mantenido en la incertidumbre por un tiempo, sólo se le revelarán como tales en el momento cumbre. Las ventajas propias de su situación consisten en la posición desventajosa del cuerpo enemigo que tiene justo delante; si de otros puntos de cruce acuden otros cuerpos a envolverlo, no podrá rechazarlos como en una batalla defensiva con fuertes golpes desde atrás sin sacrificar las ventajas de su situación; así que tiene que decidir el caso en su frente antes de que esos cuerpos puedan perjudicarle, es decir, tiene que atacar lo que tiene delante tan rápida y vigorosamente como pueda y decidirlo todo con la derrota del mismo.

Sin embargo, la finalidad de *esta* defensa fluvial nunca puede ser la resistencia contra un poder superior, como cabe imaginar en todo caso en la defensa directa de un gran río; porque por regla general hay que vérselas con la mayor parte del poder enemigo, y aunque esto suceda en circunstancias ventajosas es fácil advertir que la relación de fuerzas ya entra en consideración.

Así ocurre con la defensa de ríos medianos y valles profundos, cuando se habla de la gran masa del ejército mismo, para la que la considerable resistencia que se puede hacer en los bordes del valle no puede compararse con los perjuicios de una posición desperdiciada, y para la que una victoria decisiva es una necesidad. Pero cuando sólo se trata de reforzar una línea de defensa subordinada, que debe resistir durante un tiempo y cuenta con apoyo, puede producirse una defensa directa de los bordes del valle o incluso de la orilla, y aunque no quepa esperar aquí ventajas similares a las de las posiciones de montaña, la resistencia siempre durará más que en un terreno común. Sólo un caso hace este uso muy peligroso o imposible: cuando el río se extiende en meandros muy cerrados, lo que ocurre a menudo precisamente en los que van profundamente encajonados. No hay más que pensar en el curso del Mosela[234], en Alemania. En

este caso[235], las partes del ejército destacadas a la parte saliente de la curva se perderían casi inevitablemente en la retirada.

Es evidente que un gran río ofrece los mismos medios de defensa que hemos señalado aquí para los medianos en relación con la masa del ejército, y en condiciones mucho más favorables, y este caso se aplicará siempre que el defensor persiga una victoria total (Aspern).

El caso en el que un ejército sitúa una gran corriente, un río más pequeño o un profundo valle *pegado* a su frente para hacerse así con un obstáculo táctico, *un refuerzo táctico*[236] *del frente,* es muy distinto, y su consideración detallada corresponde a la táctica; pero del resultado de esa medida diremos que en el fondo es un completo autoengaño. Si el corte es muy considerable, el frente de la posición será absolutamente inatacable; como dejar de lado una posición así no es más complicado que dejar cualquier otra, en el fondo es lo mismo que si el defensor se hubiera apartado él mismo del camino del agresor, lo que mal podía ser la intención de la posición. Tal emplazamiento sólo puede ser útil cuando la relación de las líneas de comunicación sea tan desfavorable, debido a la ubicación del atacante, que cualquier alejamiento de la ruta directa iría unido a funestas consecuencias.

En este segundo tipo de defensa, los pasos aparentes son mucho más peligrosos, porque el agresor tiene más facilidad para hacerlos y el defensor la tarea de congregar a todo su ejército en el punto adecuado. Sólo por una parte dispone el defensor de algo más de tiempo, porque sus ventajas no desaparecen hasta que el atacante ha reunido todo su poder y dejado atrás varios pasos; por otra parte, la eficacia de los ataques aparentes sigue sin ser tan grande como en la defensa de una trinchera, donde todo ha de ser sostenido y a la hora de emplear la reserva no se trata, como en nuestra tarea, de la simple cuestión de dónde tiene el adversario su poder principal, sino de la mucho más dificultosa de qué punto va a ser desbordado en primer lugar.

De ambas clases de defensa de los ríos grandes y pequeños tenemos que observar en general que, en medio de la prisa y la confusión de una retirada, sin preparativos, sin eliminar los medios de paso, sin un conocimiento exacto del terreno, no pueden conseguir lo que habíamos pensado para ellas; en la mayoría de los casos no se puede contar con ellas, y perder el tiempo a causa suya en extensas posiciones es una gran necedad.

En general, lo mismo que en la guerra sale mal todo lo que no se hace con una conciencia clara, con una voluntad completa y firme, tampoco tendrá éxito una *defensa fluvial* elegida porque se tiene el valor de salir al paso del adversario en campo abierto y se espera que el ancho río o el profundo valle le contendrán. No cabe hablar de verdadera confianza en la propia situación cuando general y ejército están llenos de los más alarmantes presentimientos, que rápidamente suelen hacerse realidad. Una batalla en campo abierto no presupone circunstancias enteramente iguales a las de un duelo, y a un defensor que no sabe extraer en ella ventaja alguna de la singularidad de la defensa, las rápidas marchas, el conocimiento del terreno ni la libertad de movimientos, tampoco el río y su valle podrán ayudarle...

La tercera forma de defensa, mediante una posición fuerte en el lado enemigo, basa su eficacia en el peligro que corre el enemigo de que un río corte sus líneas de comunicación y las limite por tanto a uno o dos puentes. De ello se desprende por sí mismo que sólo cabe hablar aquí de ríos importantes con masas de agua importantes, ya que sólo éstas condicionan el caso, mientras que un río meramente encajonado suele tener tal cantidad de pasos que esa situación desaparece por entero.[237]

La posición tiene que ser muy fuerte, casi inexpugnable, de lo contrario le haríamos al enemigo la mitad del trabajo y renunciaríamos a nuestras ventajas. Pero si es de tal fuerza que el enemigo no puede decidirse a atacar, en ciertas circunstancias se verá conjurado a pasar a la orilla en la que nos encontramos. Si pasa renunciará a sus comunicaciones, pero al mismo tiempo amenazará las nuestras. Aquí, como en todos los casos en que se deja de lado una posición, lo que importa es el número de comunicaciones asegurado, la situación y demás circunstancias, además de quién tiene más que perder y por tanto puede ser fácilmente superado por el adversario, finalmente quién conserva en su ejército más energía victoriosa en la que poder apoyarse en un caso extremo. El río no hace más que potenciar los riesgos mutuos de tal movimiento, porque se está limitado a puentes. Mientras pueda aceptarse que conforme al orden normal de las cosas los pasos del defensor y sus almacenes de todo tipo están más asegurados por fortalezas que los del agresor, tal defensa será imaginable, y en los casos en que las demás circunstancias de una defensa fluvial directa no son lo

bastante favorables la sustituiría. Sin duda entonces el río no estará defendido por el ejército, ni el ejército por el río, pero el país lo estará por la unión de ambos, que es de lo que se trata.

Sin embargo, hay que confesar que este tipo de defensa, sin golpe decisivo que descargue la tensión en la que se encuentran las dos electricidades al mero contacto de sus atmósferas, sólo es adecuado para contener un impulso no muy vigoroso. Será aplicable contra un general cauteloso, indeciso, al que nada impulsa con fuerza hacia delante, incluso siendo muy superiores sus fuerzas; lo mismo ocurre cuando se ha producido un equilibrio de fuerzas y sólo se trata de obtener pequeñas ventajas. Pero cuando hay que vérselas con fuerzas superiores, encabezadas por alguien audaz, se trata de un camino peligroso que lleva cerca del abismo.

Este tipo de defensa se conduce de forma tan desenvuelta, y sin embargo tan científica, que se le podría calificar de elegante; pero como la elegancia fácilmente roza con la fatuidad, y ésta no se disculpa en la guerra tan fácilmente como en la sociedad, hay pocos ejemplos de esta clase elegante. A partir de esta tercera clase se desarrolla un especial auxiliar para las dos primeras, a saber: amenazar siempre con pasar el río reteniendo un puente y una cabeza de puente.

Además de la finalidad de una resistencia absoluta con el poder principal, cada una de las tres clases de defensa fluvial puede tener además la de una *resistencia aparente*.

Esta apariencia de resistencia que realmente no se quiere oponer está unida sin duda a muchas otras medidas y en el fondo a cada posición que sea algo más que un mero alto en la marcha, sólo que la defensa aparente de un gran río se convierte con ella en una auténtica simulación, que requiere un montón de medidas más o menos prolijas y que su efecto suele ser mayor y más duradero que en todas las demás; porque el acto de cruzar un río a la vista de nuestro ejército siempre es un paso importante para el agresor, que a menudo medita durante mucho tiempo o aplaza para una ocasión mejor.

Para tal defensa aparente se necesita que el ejército principal se reparta y aposte en el río más o menos del modo en que lo haría en caso de resistencia seria; sin embargo, como la intención de la mera resistencia aparente indica que las circunstancias no son favorables para una real, de esta disposición, que necesariamente tiene que ser

más o menos extensa y dispersa, se desprende con mucha facilidad el peligro de grandes pérdidas si los cuerpos quisieran entregarse de veras a una resistencia aunque fuera moderada; esto sería en realidad[238] una medida a medias. En una defensa aparente todo tiene que estar calculado para una infalible reunión del ejército en un punto situado considerablemente más allá, a menudo a varios días de marcha; y sólo se puede ofrecer resistencia en tanto sea compatible con esto.

Para dejar clara nuestra opinión y mostrar al mismo tiempo la importancia que puede tener una defensa aparente, recordaremos el final de la campaña de 1813. Bonaparte había vuelto a cruzar el Rin con unos 40-50.000 hombres. Querer defender ese río con ellos en la zona por la que los aliados podían cruzarlo cómodamente según la dirección de sus fuerzas, es decir, entre Mannheim y Nimega, habría sido imposible. Así que Bonaparte sólo podía pensar en ofrecer la primera resistencia seria más o menos junto al Mosa francés, donde podía presentarse reforzado en alguna medida. Si hubiera retirado enseguida sus fuerzas hasta allí, los aliados le habrían seguido pisándole los talones; si las hubiera llevado a cuarteles de reposo al otro lado del Rin, era casi inevitable que lo mismo ocurriera un momento después; porque incluso con la más pusilánime de las cautelas se[239] habría hecho cruzar el río a hordas de cosacos y otras tropas ligeras, y si se veía que esto salía bien les habrían seguido otros cuerpos. Así pues, era necesario que los cuerpos franceses hicieran intención de defender seriamente el Rin. Como era previsible que de esta defensa, en cuanto los aliados emprendieran realmente el paso, no pudiera resultar nada, debía ser contemplada como una mera demostración en la que los cuerpos franceses no corrieran peligro alguno, dado que su punto de reunión estaba situado en el alto Mosela. Sólo que Macdonald, que como es sabido estaba en Nimega con 20.000 hombres, cometió el error de esperar a ser realmente expulsado, lo que, dado que la posterior llegada del cuerpo de Wintzingerode no se produjo hasta mediados de enero, le impidió reunirse con Bonaparte antes de la batalla de Brienne. Esta defensa aparente del Rin bastó para detener el movimiento de los aliados y llevarles a la decisión de aplazar el cruce hasta que llegaran sus refuerzos, es decir, durante 6 semanas. Esas 6 semanas tuvieron que tener un valor infinito para Bonaparte. Sin la defensa aparente del Rin, la victoria de Leipzig hubiera conducido directamente a

París, y a los franceses les habría resultado completamente imposible ofrecer batalla a este lado de su capital.

También en la defensa fluvial del segundo tipo, es decir, en ríos medianos, puede producirse una simulación así, sólo que en general será mucho menos eficaz, porque aquí los meros intentos de cruce son más fáciles, y por tanto la magia pronto se quebraría.

En el tercer tipo de defensa fluvial es probable que la demostración todavía resultara más ineficaz y no fuera más allá de cualquier otra disposición provisional.

Finalmente, las dos primeras clases de defensa son muy adecuadas para dar a un puesto avanzado u otra línea defensiva, dispuesta para cualquier finalidad subordinada (cordón), o a un cuerpo secundario dispuesto para la mera observación, una fuerza mucho mayor y más segura de la que tendría sin el río. En todos estos casos sólo cabe hablar de una resistencia relativa, y naturalmente ésta se ve considerablemente incrementada por semejante corte del terreno. Sin embargo, no hay que pensar a este respecto tan sólo en el tiempo relativamente considerable que dura la resistencia en combate misma, sino en los muchos reparos que preceden a cada empresa en contra, y que a falta de urgente motivación hace que no llegue a producirse en noventa y nueve casos de cada cien.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

CONTINUACIÓN

Aún tenemos que hablar de la eficacia de los ríos y grandes ríos en la defensa del país aunque no sean defendidos ellos mismos.

Todo río importante, con su valle principal y sus valles accesorios, constituye un obstáculo muy considerable y resulta por tanto ventajoso para la defensa en general; pero su influencia singular se puede precisar según sus circunstancias.

Primero tenemos que diferenciar si corre paralelo a la frontera, es decir, al frente estratégico general, o perpendicular u oblicuo a la misma. En el curso paralelo tenemos que distinguir el caso de que tenga a sus espaldas su propio ejército del de que tenga al del atacante, y en ambos casos a su vez la distancia a la que dicho ejército se encuentra de él.

Un ejército defensivo que tiene un río importante a sus espaldas, pero no a menos de un día normal de marcha, y en ese río una cantidad suficiente de puntos de cruce asegurados, está indiscutiblemente en una situación mucho más fuerte de lo que lo estaría sin el río; porque si debido a los puntos de paso pierde algo de libertad en todos sus movimientos, gana mucho más por la seguridad de su retaguardia estratégica, es decir, principalmente sus líneas de comunicación. Bien entendido que estamos pensando en la defensa en el propio país, porque en tierra enemiga, aunque el ejército adversario estuviera delante de nosotros, siempre tendríamos que temer más o menos al enemigo a nuestras espaldas al otro lado del río, y en ese caso, debido al estrechamiento de la ruta que causa, tendría una influencia más perniciosa que ventajosa en nuestra situación. Cuanto más lejos de la retaguardia del ejército se encuentre el río, tanto menos útil le será, y a ciertas distancias su influencia será completamente nula.

Si en su avance el ejército agresor tiene que dejar un río a sus espaldas, esto sólo podrá tener un efecto desventajoso sobre sus movimientos, porque limita sus líneas de comunicación a los puntos

de paso del río. El príncipe Enrique, en el año 1760, al enfrentarse a los rusos en Breslau, en la orilla derecha del Oder, tuvo evidentemente un punto de apoyo en el río que fluía a un día de marcha a sus espaldas; en cambio, los rusos al mando de Tschernitschev que cruzaron el Oder posteriormente se encontraron en una situación muy incómoda, precisamente por el riesgo de perder la retirada por un único puente.

En cambio, si un río recorre de manera más o menos perpendicular el teatro bélico, la ventaja vuelve a estar de parte del defensor, porque, en primer lugar, normalmente hay cierto número de buenas posiciones apoyadas en el río y empleando los valles transversales como refuerzos del frente (como el Elba en la Guerra de los Siete Años para los prusianos); en segundo lugar, o el atacante tendrá que dejar intacto[240] uno de los dos lados o dividirse; y al producirse esta división no puede dejar de ocurrir que el defensor vuelva a estar en ventaja, porque tendrá en su poder más pasos asegurados que el agresor. Sólo hay que echar un vistazo general a la Guerra de los Siete Años para convencerse de que el Oder y el Elba fueron muy útiles para Federico el Grande en la defensa de su teatro bélico, es decir Silesia, Sajonia y Brandeburgo, y en consecuencia un obstáculo a la conquista de estas provincias por austriacos y rusos, aunque en toda la guerra de los Siete Años ni siquiera se produce una verdadera defensa de estos ríos y, en la mayoría de sus relaciones con el enemigo, su curso es más oblicuo o perpendicular a los frentes que paralelo al mismo.

Sólo la situación que el río puede tener como vía de transporte en caso de que su curso sea más o menos perpendicular va en general en beneficio del ataque, por la razón de que este tiene la línea de comunicación más larga y por tanto la mayor dificultad en el transporte de todo lo que necesita, y por consiguiente un alivio tan sustancial como el transporte por vía fluvial ha de ir principalmente en beneficio suyo. Sin duda también en este caso el defensor tendrá la ventaja de poder cortar el río desde la frontera mediante plazas fuertes; pero eso no anula las ventajas que el río otorga al atacante debido a su curso anterior. Sin embargo, si se tiene en cuenta que muchos ríos, aunque tengan una anchura nada insignificante para los demás aspectos bélicos, aún no son navegables, que otros no lo son en todas las estaciones, que la navegación río arriba es muy lenta, a menudo dificultosa, que los muchos meandros de algunos

más que duplican el camino, que ahora las vías de comunicación principal de dos países son la mayoría de las veces carreteras, y por fin que ahora se suele suplir más que antes la masa principal de las necesidades en las provincias próximas, y no traerlas de lejos de forma tan mercantil, se ve que una vía de agua no representa un papel tan grande en la manutención de los ejércitos como suele mostrarse en los libros, y que su incidencia en la marcha de los acontecimientos es muy lejana e incierta.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

A. DEFENSA DE PANTANOS

Los grandes y extensos pantanos como el Bourtanger Moor, en el norte de Alemania[241], son tan raros que no merecería la pena detenerse en ellos; pero no hay que olvidar que ciertas hondonadas y orillas pantanosas de pequeños ríos se dan con más frecuencia y forman entonces segmentos de terreno muy considerables que pueden ser empleados para la defensa, y que con frecuencia se ve utilizar con ese fin.

Sin duda las medidas para su defensa son bastante parecidas a las de los ríos, pero hay que tener especialmente en cuenta unas cuantas peculiaridades. La primera y principal es que una ciénaga, que aparte de los diques para la infantería es completamente intransitable, tiene muchas más dificultades de cruce que cualquier río; porque, para empezar, un dique no se construye con tanta rapidez como un puente, y en segundo lugar no hay medios de paso provisionales con los que poder pasar al otro lado a las tropas que cubren la construcción. Nadie empezará a construir un puente sin usar una parte de las barcas en trasladar a la vanguardia; pero en el pantano no existe tal ayuda; la forma más sencilla para la infantería de cruzar un pantano serían las meras tablas, pero si tiene alguna extensión este trabajo tarda mucho más que el cruce de las primeras barcas. Si por mitad del pantano discurre además un río que no se puede cruzar sin puente, la tarea de pasar a las primeras tropas se hace aún más difícil, porque sin duda las personas pueden pasar sobre meras tablas, pero no se pueden arrastrar cargas pesadas como las necesarias para construir el puente. En algunas circunstancias, esta dificultad puede ser insuperable.

Una segunda peculiaridad de la ciénaga es que no se pueden interrumpir sus pasos como los de los ríos; los puentes se pueden bloquear o incluso destruir de tal modo que ya no puedan ser utilizados; pero los diques se pueden como máximo perforar, lo que no significa mucho. Si por el centro fluye un pequeño río sin duda se

puede quitar el puente, pero el cruce no se evita con ello en la misma medida en que lo hace en un río considerable el destruir sus puentes. La consecuencia natural es que en cada ocasión hay que ocupar y defender seriamente los diques existentes si se quiere obtener ventaja del pantano.

Por tanto, por una parte nos vemos forzados a la defensa local, por otra la misma se ve facilitada por la dificultad del paso, y estas dos peculiaridades hacen que la defensa de los pantanos tenga que ser más local y pasiva que la de los ríos.

Una consecuencia de esto es que hay que ser relativamente más fuerte que para la defensa fluvial directa o, en otras palabras: no se puede formar una línea de defensa tan larga, especialmente en la cultivada Europa[242], donde el número de pasos suele ser muy grande incluso en las circunstancias más favorables.

En este sentido son inferiores a los grandes ríos, y es un sentido muy importante, porque toda defensa local es muy embarazosa y peligrosa. Sin embargo, si se tiene en cuenta que tales pantanos y hondonadas suelen tener una anchura con la que no se pueden comparar los mayores ríos de Europa, y que en consecuencia un puesto destinado a la defensa de un paso nunca está en peligro de verse arrollado por el fuego del otro lado, y que el efecto de su propio fuego se ve infinitamente incrementado por un dique muy estrecho y muy largo, y que el paso por un desfiladero así, de un cuarto de milla o una milla, dura incomparablemente más que el cruce de un puente, habrá que aceptar que tales hondonadas y pantanos, si sus pasos no son muy numerosos, se encuentran entre las líneas de defensa más fuertes que puede haber.

Por lo demás, la defensa indirecta que hemos visto en ríos y grandes ríos, usando el corte del terreno para iniciar en condiciones ventajosas una batalla principal, es igual de aplicable a los pantanos.

El tercer método de defensa fluvial, mediante una posición en el lado enemigo, sería en cambio demasiado arriesgado, debido a la lentitud del paso.

Sin embargo, es extremadamente peligroso confiarse en la defensa de tales pantanos, praderas, ciénagas, etc., que no sean absolutamente intransitables fuera de los diques. Un solo punto de paso descubierto por el enemigo basta para hacer saltar por los aires la línea de defensa, lo que en caso de resistencia seria siempre va unido a grandes pérdidas.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

B. ZONAS INUNDADAS

Hemos de dedicar nuestra atención ahora a las zonas inundadas. Indiscutiblemente, son lo más parecido a los grandes pantanos tanto como medio de defensa como en tanto que manifestación natural.

Desde luego, son raras; quizá Holanda sea el único país de Europa en el que constituyen una manifestación digna de ser tenida en cuenta en nuestro ámbito; pero precisamente ese país nos obliga a dedicarles algunas consideraciones, debido a las notables campañas de 1672 y 1787 y a su interesante situación entre Alemania y Francia.

El carácter de estas zonas inundadas holandesas es distinto de las hondonadas pantanosas e inaccesibles habituales en lo siguiente:

1. el país mismo es seco y consiste en pradera seca o incluso en campos frutales;
2. un buen número de pequeños fosos de regadío, desagüe y navegación, de mayor o menor profundidad y anchura, lo recorren de tal modo que en algunos puntos van en direcciones paralelas;
3. canales mayores, destinados al regadío, desagüe y navegación, encerrados por diques, recorren el país en todas las direcciones posibles, y son de tal condición que no pueden ser cruzados sin puentes;
4. la superficie del terreno de toda la zona inundable está notablemente por debajo del nivel del mar, y en consecuencia también por debajo del nivel de los canales;
5. de ello se desprende que mediante la perforación de los diques y el cierre y apertura de las esclusas se está en condiciones de dejar bajo el agua el país mismo, de tal modo que sólo los caminos situados en los diques superiores quedan secos, y los otros o quedan completamente sumergidos o se ven al menos tan reblandecidos por el agua que ya no es posible servirse de ellos. Si la inundación sólo

alcanza 3 o 4 pies de altura, de forma que se pueden transitar en cortos tramos, lo impiden los pequeños fosos mencionados en 2, que no se ven. Sólo allá donde los fosos tienen la correspondiente dirección, de forma que se puede avanzar entre dos sin cruzar el uno ni el otro, la inundación deja de ser un impedimento absoluto. Es comprensible que esto sólo ocurra en tramos muy cortos, y que por tanto sólo se pueda utilizar para necesidades tácticas muy específicas.

De todo esto se desprende como consecuencia:

1. que el agresor está limitado a un número de accesos más o menos pequeño, situados en diques bastante estrechos y que normalmente tienen a derecha e izquierda un foso, y constituyen por tanto un desfiladero infinitamente largo y atemorizador[243];
2. que toda defensa en un dique así puede ser reforzada hasta lo insuperable con extraordinaria facilidad;
3. que el defensor, precisamente porque está tan limitado, incluso en lo que concierne a cada punto, ha de atenerse a la defensa más pasiva y en consecuencia tiene que esperar la salvación en la resistencia pasiva;
4. que no cabe hablar de una sola línea de defensa que cierra el país como una sencilla barrera, sino que, como en todas partes se tiene el mismo impedimento al acceso como protección de sus flancos, se pueden instalar nuevos puestos y sustituir de ese modo un trozo perdido de la primera línea de defensa por uno nuevo. Se podría decir que el número de combinaciones, como en el ajedrez, es inagotable.
5. Como esta situación de un país sólo es imaginable con el supuesto previo de una cultura y población muy grandes, se desprende por sí mismo que el número de pasos, y en consecuencia el número de puestos que los cierran, será muy grande en comparación con otras disposiciones estratégicas; de lo que se desprende a su vez que semejante línea de defensa no puede ser larga.

La principal línea holandesa va de Naarden am Zuidersee, en su mayor parte por detrás del Vecht, hasta Gorkum an der Waal, es decir, en realidad a lo largo del Biesbosch, y tiene una extensión de

unas 8 millas. Para defender esta línea, en 1672 y 1787 se empleó una fuerza de entre 25 y 30.000 hombres. Si se pudiera contar con certeza con una resistencia insuperable, el resultado sería en todo caso muy bueno, al menos para la provincia de Holanda, situada detrás. En el año 1672, la línea resistió realmente a un poder considerablemente superior al mando de grandes generales, concretamente Condé al principio y después Luxemburgo, que pudieron oponer entre 40 y 50.000 hombres y sin embargo no hicieron nada por la fuerza, sino que quisieron esperar al invierno, que no fue lo bastante riguroso. En cambio, en el año 1787 la resistencia en esta primera línea fue totalmente nula, e incluso la ofrecida en una línea mucho más corta, entre el Zuidersee y el Mar de Haarlem, aunque algo más seria, fue superada en un día por la mera acción de una disposición táctica del duque de Braunschweig, muy inteligente y calculada con precisión para el lugar, aunque la fuerza de los prusianos que realmente avanzó contra estas líneas no era muy superior a la de los defensores o no lo era en absoluto.

El distinto éxito de las dos defensas reside en la diferencia en el mando superior. En 1672, los holandeses fueron asaltados por Luis XIV en sus pacíficas disposiciones, en las que como es sabido, en lo que concierne al poder terrestre no animaba un espíritu muy bélico. De ahí que la mayor parte de las fortalezas estuvieran mal provistas de todo equipamiento, ocupadas por débiles guarniciones de tropas mercenarias, defendidas o bien por desleales extranjeros o por incapaces nativos como comandantes. De ahí que las fortalezas brandeburguesas ocupadas en el Rin por los holandeses, así como todas las plazas propias de la línea defensiva superior situada al Éste, muy pronto cayeran en manos de los franceses, en la mayoría de los casos sin verdadera defensa, con la excepción de Groningen. Y en la conquista de este gran número de fortalezas consistió entonces la actividad principal del ejército francés, de 150.000 hombres.

Pero cuando, debido al asesinato de los hermanos De Witt, en agosto de 1672, el príncipe de Orange alcanzó el poder y puso unidad en las medidas defensivas, llegó el momento de cerrar la línea superior de defensa, y entonces todas las medidas engarzaron tan bien unas con otras que ni Condé ni Luxemburgo, que después de la partida de los dos ejércitos mandados por Turenne y Luis XIV mandaban el que había quedado en Holanda, osaron hacer nada contra los distintos puestos.

En el año 1787, las circunstancias eran completamente distintas. No era la república de las siete Provincias Unidas, sino en realidad sólo la provincia de Holanda, la que era el verdadero enemigo del agresor y debía oponer la principal resistencia. No se trataba pues de conquistar todas las fortalezas, que en el año 1672 había sido lo principal, la defensa se limitó enseguida a la línea pensada más arriba. El atacante tampoco tenía 150.000, sino tan sólo 25.000 hombres, y no era el poderoso rey de un gran reino vecino, sino tan sólo el general enviado por un príncipe muy lejano, con las manos atadas en algunos aspectos. El pueblo estaba sin duda dividido por doquier en dos partidos, también en Holanda, pero los republicanos predominaban decididamente en Holanda y estaban por tanto en una tensión en verdad entusiasta. En estas circunstancias, la resistencia hubiera debido proporcionar un resultado al menos igual de bueno en el año 1787 que en el 1672. Pero había una importante diferencia en perjuicio del año 1787: faltaba la unidad de mando. Lo que en 1672 había sido confiado a la experta, inteligente, vigorosa dirección de Guillermo de Orange fue confiado en 1787 a una así llamada comisión de defensa que, aunque también estaba formada por cuatro hombres enérgicos, no estaba en condiciones de llevar tal unidad a las medidas y tal confianza a los individuos como para que todo el instrumento no se mostrara imperfecto e inútil a la hora de usarlo.

Nos hemos detenido aquí un instante para dar algo más de precisión a la idea de esta medida de defensa y mostrar a la vez lo distintos que son los efectos según haya más o menos unidad y consecuencia en la dirección del conjunto.

Aunque la disposición y forma de resistencia en una línea defensiva así es objeto de la táctica, no podemos dejar de permitirnos, en relación con la última, que está ya más próxima a la estrategia, una observación que nos aporta la campaña de 1787. Y es que creemos que, por pasiva que tenga que ser la defensa en los distintos puestos dada la naturaleza de las cosas, no es imposible una reacción ofensiva desde algún punto de toda la línea y no carecerá de buen éxito cuando el adversario, como ocurría en 1787, no sea visiblemente superior. Porque aunque semejante salida sólo puede hacerse desde los diques, y no tendrá gran libertad de movimientos ni especial fuerza, el agresor no estará en condiciones de ocupar todos los diques y caminos por los que no avance él mismo, y el

defensor, que conoce el país y está en posesión de los puntos fuertes, siempre puede tener medios para llevar a cabo de este modo un verdadero ataque de flanco contra las columnas de ataque que avanzan o para cortarles la comunicación con sus reservas. Si se piensa en qué situación infinitamente forzada se encuentra el propio agresor, más dependiente de sus comunicaciones que en todos los demás casos, se entenderá que toda salida del defensor que tenga aunque sólo sea una remota posibilidad de éxito tiene que tener una gran eficacia ya como demostración misma. Dudamos mucho de que si los holandeses hubieran hecho una demostración así, por ejemplo desde Utrecht, el cauteloso y precavido duque de Braunschweig se hubiera atrevido a acercarse a Amsterdam.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

DEFENSA DE BOSQUES

Ante todo, hay que distinguir los bosques espesos, intransitables y salvajes de los cultivados y despejados, que en parte son claros y en parte están surcados por infinidad de caminos.

Cuando se habla de una línea de defensa, a estos últimos hay que dejarlos a la espalda o evitarlos al máximo[244]. El defensor tiene, más que el atacante, la necesidad de mirar libremente a su alrededor, en parte porque por regla general es el más débil, en parte porque las ventajas naturales de su situación le mueven a desarrollar su plan más tarde que el atacante. Si quisiera poner una región boscosa delante de sí, él, un ciego, tendría que luchar con un vidente. Si se pusiera en medio del bosque, desde luego ambos estarían ciegos, pero esta igualdad está precisamente dirigida contra su necesidad natural.

Así pues, no se puede poner una región boscosa en ninguna relación ventajosa con los combates del defensor, salvo que la deje a sus espaldas y oculte así al enemigo todo lo que ocurre detrás de él, además de emplearla para dar cobertura y facilitar su retirada.

Sin embargo, aquí sólo se habla de los bosques de regiones llanas, porque donde aparece el decidido carácter montañoso su influencia se vuelve predominante sobre las medidas tácticas y estratégicas, y de eso hemos hablado en otra parte.

Los bosques intransitables, es decir, aquellos que sólo pueden ser recorridos por determinadas carreteras, ofrecen en todo caso para una defensa indirecta similares ventajas a las que se obtiene de las montañas para empezar una batalla en condiciones favorables; el ejército puede esperar al enemigo detrás del bosque, en posición más o menos concentrada, para atacarle en el momento en que salga de los desfiladeros. Un bosque así se parece en su efecto más a una montaña que a un río; porque tiene un cruce muy largo y trabajoso, pero es más ventajoso que peligroso en lo que respecta a la retirada.

En cambio, una defensa directa de los bosques, por intransitables que sean, es misión arriesgada[245] incluso para la más ligera cadena de avanzadillas; porque las empalizadas sólo son barreras imaginarias, y ningún bosque es tan intransitable como para no poder atravesarle en cien puntos con pequeñas secciones, y en una cadena de defensa éstas son como las primeras gotas de agua que desbordan de un dique, a las que pronto sigue un desplome general del mismo.

Infinitamente más importante es la influencia de los grandes bosques de todo tipo en la insurrección popular; indiscutiblemente, son el elemento de la misma; por tanto, si el plan estratégico de la defensa puede disponerse de tal modo que las líneas de comunicación enemigas discurran por grandes bosques, esto será una poderosa palanca para la tarea de la defensa.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

EL CORDÓN

Se da el nombre de cordón a todo dispositivo de defensa que quiere proteger directamente toda una franja de terreno mediante una serie de puestos dependientes entre sí. Decimos directamente, porque varios cuerpos consecutivos de un gran ejército podrían proteger una franja importante de terreno de la penetración enemiga sin formar un cordón, pero en ese caso esta protección no sería directa, sino que tendría lugar por el efecto de combinaciones y movimientos.

Salta a la vista que una línea de defensa tan larga como tiene que ser aquella que ha de cubrir directamente una importante franja de terreno sólo puede tener un grado de resistencia muy pequeño. Esto sería así incluso con las mayores masas de tropa, cuando masas de tropa similares incidiesen en contra. Así pues, la intención de un cordón sólo puede ser proteger contra un golpe débil, ya sea porque la fuerza de voluntad sea débil o la fuerza con la que pueda darse el golpe pequeña.

Con esta intención se levantó la muralla china, como protección contra las correrías de los tártaros. Este sentido tienen todas las líneas y dispositivos de defensa fronterizos de los Estados europeos en contacto con Asia y con Turquía. En esta aplicación, el cordón ni tiene nada de absurdo ni resulta inadecuado. Desde luego, con él no se podrá contener cualquier correría; pero sí se verán dificultadas y en consecuencia se harán menos frecuentes, y esto es muy importante en situaciones como las que se dan con los pueblos asiáticos, donde el estado de guerra casi nunca cesa.

Las que más se acercan a este sentido del cordón son las líneas que han surgido en las últimas guerras también entre Estados europeos, como las francesas en el Rin y en los Países Bajos. En el fondo, sólo se han levantado para proteger al país contra aquellos ataques que tan sólo persiguen recaudar contribuciones y vivir a costa del adversario. Sólo pretenden pues detener empresas secundarias, y en consecuencia sólo con un poder subordinado. Pero

desde luego, en los casos en que el poder principal enemigo se dirija contra esta línea, el defensor también se verá obligado a ocuparla con su poder principal, lo que no da pie a las mejores medidas defensivas. Debido a esa desventaja, y porque la protección contra las correrías en una guerra pasajera es un objetivo de importancia muy subordinada, para el que la existencia de tales líneas puede empujar a un gasto de energías demasiado grande, en nuestros días han sido contempladas como una medida nociva. Cuanto más fuerte sea la furia con la que la guerra ruge, tanto más inútil y peligroso[246] resulta este medio.

Finalmente, todas las líneas de puestos avanzados muy extensas que cubren los cuarteles de un ejército y ofrecen una cierta resistencia deben ser contempladas como auténticos cordones.

Esta resistencia va dirigida principalmente contra las correrías y otras pequeñas empresas dirigidas contra la seguridad de cuarteles individuales, y si la región colabora puede tener bastante fuerza. Contra la aproximación del poder principal del enemigo sólo puede ser una resistencia relativa, es decir, calculada para ganar tiempo; pero incluso esa ganancia de tiempo no será en la mayoría de los casos muy considerable, y no podrá por tanto contemplarse como finalidad del cordón de puestos avanzados. La concentración y el avance del propio ejército enemigo nunca puede pasar tan inadvertida como para que el defensor sólo tenga noticia de ella por sus puestos avanzados, y si se diera un caso así sería muy lamentable.

Por tanto, también en este caso el cordón sólo está destinado a repeler el ataque de una fuerza débil, y hasta aquí, como en los otros dos casos, no tiene nada de contradictorio.

En cambio, que la fuerza principal destinada a la defensa de un país contra la fuerza principal enemiga se disuelva en una larga serie de puestos defensivos, es decir, en un cordón, parece tan absurdo que hay que observar las circunstancias concretas que acompañan y motivan tal situación.

Toda posición en suelo montañoso, aunque se haya ocupado con la intención de dar una batalla con todas las fuerzas unidas, puede y tiene que ser necesariamente más extensa que una en la llanura. Puede, porque el apoyo del terreno aumenta mucho la capacidad de resistencia; tiene, porque se necesita una base de retirada más amplia, como ya hemos demostrado en el capítulo dedicado a la

defensa de montaña. Pero si no está próxima la expectativa de una batalla, es probable que el adversario se quede largo tiempo frente a nosotros sin hacer otra cosa que aquello para lo que se le ofrezca una ocasión ventajosa, un estado que era el habitual en la mayoría de las guerras, y así es natural no limitarse en lo que al terreno se refiere a la posesión del más necesario, sino enseñorearse de tanto territorio a derecha e izquierda como nos permita la seguridad de nuestro ejército, de lo cual, como precisaremos más adelante, se derivarán algunas ventajas para nosotros. En un terreno abierto y accesible, esto puede alcanzarse a través del principio del *movimiento* en un grado muy superior al de la montaña, de ahí que la extensión y división de las fuerzas con este fin sea menos necesaria allí; pero también mucho más peligrosa, porque cada parte tiene menos capacidad de resistencia.

En la montaña, donde toda posesión de terreno depende más de su defensa local, donde no se puede acudir tan deprisa a un punto amenazado y donde, si el enemigo lo ha alcanzado antes, no es tan fácil volver a echarlo mediante alguna superioridad de fuerzas, en la montaña se adoptará siempre en tales circunstancias una disposición tal que, aunque no sea un cordón propiamente dicho, sí se le aproxime, en tanto que serie de puestos defensivos. Desde luego, de una posición así, desmembrada en varios puestos, hasta un cordón sigue habiendo un gran paso, pero los generales lo dan a menudo sin saberlo, porque se ven arrastrados de un escalón al otro. Al principio es la cobertura y la posesión del país la finalidad de la división, luego es la seguridad de la fuerza misma. Cada oficial al mando de un puesto calcula la ventaja que le produciría la ocupación de este o aquel punto de acceso situado a izquierda o derecha de su puesto, y así el conjunto pasa imperceptiblemente de un escalón de división al otro.

Una guerra en cordón con el poder principal, cuando se produce, no ha de ser considerada una forma intencionada de detener cada golpe de las fuerzas enemigas, sino una situación a la que se ha ido a parar persiguiendo un fin completamente distinto: la afirmación y cobertura del país contra un enemigo que no persigue ninguna empresa principal. Tal situación siempre será un error, y los motivos que han llevado al general a ir estableciendo poco a poco un pequeño puesto tras otro han de ser calificados como mezquinos en relación con la finalidad de un poder principal; sólo que esta visión muestra

al menos la posibilidad de un error así. Se *pasa por alto* semejante error, el desconocimiento del adversario y de la propia situación, y se habla tan sólo de un *sistema* erróneo. Pero se deja tácitamente tal sistema en vigor allá donde se ha seguido con ventaja o al menos sin perjuicio. Todo el mundo ensalza las *impecables* campañas del Príncipe Enrique en la Guerra de los Siete Años porque el rey las llamó así, aunque estas campañas contienen los mayores y más incomprensibles ejemplos de una disposición tan extendida en puestos que merece el nombre de cordón tanto como cualquier otra. Se puede justificar completamente esa disposición diciendo: el príncipe conocía a sus adversarios y sabía que no tenía que temer ninguna empresa decisiva, y como por lo demás la finalidad de su posición era retener siempre una franja de terreno lo más grande posible, llegó tan lejos como las circunstancias permitían. Si el príncipe hubiera fracasado en esa tela de araña y se hubieran producido fuertes pérdidas, se habría tenido que decir no que el príncipe había seguido un sistema bélico erróneo, sino que, empeñado en esa medida, la había aplicado a un caso inadecuado.

Si nos esforzamos de este modo en hacer comprensible cómo puede surgir el llamado sistema de cordón en el poder principal en el teatro bélico, incluso cómo puede ser razonable y útil, y no parecer un absurdo, queremos reconocer al mismo tiempo que parece haber casos reales en los que los generales o su estado mayor pasan por alto el verdadero sentido de un sistema de cordón, consideran general su valor relativo y lo creen realmente adecuado como cobertura contra cualquier ataque enemigo; donde, por tanto, no ha tenido lugar ninguna confusión de la medida, sino una completa tergiversación de la misma. Admitiremos que este verdadero absurdo parece haberse dado, entre otros casos, en la defensa del Vogesen por los ejércitos prusiano y austriaco en 1793 y 1794.

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

LLAVE DE UN PAÍS

No hay en todo el arte de la guerra una concepción teórica que haya representado tal papel en la crítica como aquella de la que ahora nos ocupamos. Es el centro de todas las descripciones de batallas y campañas, el punto de partida más frecuente de todos los razonamientos y uno de esos fragmentos de la forma científica con los que la crítica se explaya. Y sin embargo, el concepto que trata ni es firme ni ha sido nunca formulado con claridad.

Vamos a intentar desarrollarlo claramente y ver qué valor conserva para la acción práctica.

Le damos este lugar porque la defensa de montañas y ríos, así como el concepto de posiciones fuertes y atrincheradas, al que primero se vincula, tenían que precederle.

El concepto impreciso y confuso que se esconde tras esta antiquísima metáfora militar ha significado ora el terreno en el que un país está más abierto, ora aquel en el que es más fuerte.

Si hay una región *sin cuya posesión no se puede osar penetrar en territorio enemigo*, se le llama con razón la llave del país. Sólo que esta idea, sencilla, pero desde luego no muy fructífera, no ha bastado a los teóricos, que la han potenciado e ideado bajo el concepto de llave del país, *puntos que deciden sobre la posesión del conjunto.*

Si los rusos querían penetrar en la península de Crimea, tenían que adueñarse de Perekop y sus líneas, no tanto para ganar el acceso —porque Lacy las dejó a un lado en 1737 y 1738— como para poderse asentar en Crimea con aceptable seguridad. Esto es muy sencillo, pero desde luego no se gana mucho con el concepto de un punto clave. En cambio, si se pudiera decir: quien tenga la región de Langres tendrá o dominará toda Francia hasta París, es decir, que sólo dependerá de él adueñarse de ella, sería algo muy distinto, algo de una importancia muy superior. Conforme a la primera concepción, la posesión del país es inimaginable sin la posesión del punto que llamamos clave, eso lo entiende cualquier inteligencia

común; conforme a la segunda concepción, en cambio, no se puede imaginar la posesión del punto que llamamos clave sin que de ello se derive la posesión del país, lo que es claramente maravilloso; para esto ya no basta una inteligencia común, hace falta la magia de una ciencia secreta. Y esta Cábala tuvo realmente su origen en libros de hace cincuenta[247] años, alcanzó su punto culminante a finales del siglo pasado y, a pesar de la fuerza arrolladora, seguridad y claridad con la que la Historia bélica arrasó las convicciones bajo la dirección de Bonaparte, sin perjuicio de ello, esta Cábala ha sabido seguir hilando en los libros su dura vida judía[248] a partir de un fino hilo.

Es evidente que, aunque queramos abandonar *nuestro* concepto del punto clave, hay en cada país puntos de importancia *predominante* en los que se reúnen muchas carreteras, en los que se reúnen cómodamente sus medios de manutención, desde los que se puede ir cómodamente aquí o allá, en pocas palabras: cuya posesión satisface varias necesidades, da algunas ventajas. Si los generales quieren denominar con una palabra la importancia de un punto así y lo han llamado por eso llave del país, sería una pedantería escandalizarse por ello, más bien la expresión es significativa y agradable. Pero si se quiere hacer de esta flor del estilo una semilla a partir de la cual deba desarrollarse como un árbol todo un sistema de múltiples ramificaciones, el sano entendimiento exige devolver su verdadero valor a esa expresión.

Habría que pasar del significado práctico, pero desde luego muy impreciso, que el concepto de llave de un país tiene en los relatos de los generales cuando hablan de sus empresas bélicas, a uno más preciso, y por tanto más unilateral, si se quiere desarrollar un sistema a partir de él. Vamos a elegir entre todas las situaciones la de las regiones elevadas.

Cuando una carretera recorre el dorso de una montaña, se da gracias al cielo cuando se llega al punto más alto y empieza el descenso. Esto le ocurre ya al viajero solitario, y más aún a un ejército. Todas las dificultades parecen superadas, y la mayoría de las veces realmente lo han sido; el descenso es fácil, se siente la superioridad sobre todo aquel que quisiera impedírnoslo, se ve todo el país a los pies y se domina de antemano con la mirada. Así, el punto más alto que alcanza una carretera al atravesar una montaña siempre ha sido contemplado como el decisivo; y lo es realmente en la mayoría de los casos, pero en absoluto en todos. Por eso, tales

puntos han sido denominados con frecuencia en las narraciones de los generales con el nombre de puntos clave, desde luego en un sentido un poco distinto al restringido que se emplea la mayor parte de las veces. Con esta idea enlazó la errónea teoría, cuyo fundador quizá podamos considerar a Lloyd, que contempló por eso aquellos puntos elevados desde los que descienden varias carreteras al país a ocupar como los puntos clave de ese país, como puntos que *dominan* el país. Era natural que esta concepción confluyera con una muy próxima a ella, la de una *defensa de montaña sistemática*, y que el asunto aún derivase más hacia lo ilusorio; porque ahora entraban en juego la multitud de elementos tácticos de los que depende la defensa de montaña, y así pronto se abandonó el concepto de *punto más alto de la carretera* y se tomó por clave del país el punto más alto de todo el sistema montañoso, es decir, *la divisoria de aguas*.

Como en aquel tiempo, la segunda mitad del siglo pasado, se estaban difundiendo ideas más precisas sobre la formación de la superficie terrestre debido al proceso de sedimentación, las Ciencias Naturales se dieron la mano con la Historiografía bélica en este sistema geológico, se rompió el dique de la verdad práctica, y todo el razonamiento se sumergió en el ilusorio sistema de una analogía geológica. Por eso a finales del siglo XVIII no se oía, o más bien no se leía, más que de las fuentes del Rin y el Danubio. Desde luego este absurdo reinó en su mayoría sólo en los libros, porque sólo una pequeña parte de la sabiduría libresca pasa al mundo real, y tanto menos cuanto más necia es la teoría; sólo que aquella de la que hablamos no dejó de tener influencia en la acción, por desgracia para Alemania, así que no luchamos con molinos de viento, y para demostrarlo vamos a recordar dos anécdotas: primero, las importantes, pero muy eruditas campañas del ejército prusiano en 1793 y 1794 en el Vogesen, de las que los libros de Grawert y Massenbach dan la clave teórica; segundo, la campaña de 1814, en la que un ejército de 200.000 hombres se dejó llevar por el señuelo de esa teoría atravesando Suiza hasta Langres.

Un punto elevado de una región del que todas las aguas fluyen no es en la mayoría de los casos más que un punto elevado, y todo lo que a finales del siglo XVIII y principios del XIX se ha escrito acerca de su influencia sobre los acontecimientos bélicos, exagerando y aplicando de forma errónea ideas en sí mismas ciertas, no son más

que fantasías. Si el Rin y el Danubio y los seis grandes ríos de Alemania quisieran honrar a una montaña con su origen común, no por eso tendría derecho a mayor distinción militar que plantar una señal trigonométrica en ella. Serviría bien poco como fanal, menos aún para vedette y de nada en absoluto para un ejército.

Por tanto, buscar la posición clave del país en la llamada *región clave*, es decir, *allí* donde los distintos brazos de una cordillera parten de un punto común y están las fuentes más altas, es una mera idea libresca, a la que se opone la Naturaleza misma, que no hace los valles y cumbres desde arriba tan accesibles como la hasta ahora llamada teoría del terreno, sino que esparce cimas y cortadas a placer, y que no pocas veces rodea el más hondo de los ríos de las más altas masas rocosas. Si consultamos a este respecto la Historia bélica, nos convenceremos de la influencia poco regular que los puntos geológicos culminantes de una región tienen en el uso bélico de la misma, y lo mucho que predominan otras localidades y otras necesidades, de forma que a menudo las líneas de las posiciones pasan de largo ante aquellos puntos y sin embargo no se ven atraídas por ellos.

Abandonamos esta errónea idea, en la que sólo nos hemos detenido tanto porque todo un distinguido sistema enlazó con ella, y volvemos a nuestra opinión.

Decimos pues: si la expresión posición clave en la estrategia ha de corresponder a un concepto autónomo, sólo puede tratarse de una región sin cuya posesión no se pueda osar penetrar en un país. Pero si con eso se quiere designar toda cómoda entrada en un país o cualquier cómodo punto central del mismo, la denominación pierde su concepto singular, es decir, su valor, y designa algo que tiene que encontrarse más o menos en todas partes; entonces, se convierte en una simple figura retórica.

Aquellas posiciones que nosotros, en cambio, imaginamos son desde luego infrecuentes. La mayor parte de las veces, la mejor llave de un país está en el ejército enemigo, y cuando el concepto de región ha de predominar sobre el concepto de fuerza armada, tienen que imperar ya condiciones especialmente favorables, y éstas se distinguen, en nuestra opinión, en dos efectos principales: primero, que la fuerza armada apostada en ella sea capaz de una fuerte resistencia táctica con la asistencia del terreno; segundo, que la

posición amenace de manera eficaz las líneas de comunicación del enemigo antes de que las propias sean amenazadas por él.

CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO

ACCIÓN DE FLANCO

Apenas si necesitamos observar que hablamos del flanco estratégico, es decir, del costado del teatro bélico, y que el ataque de flanco en la batalla, es decir, la acción de flanco táctica, no tiene nada que ver con ésta, e incluso en los casos en los que la acción de flanco estratégica coincidiera en sus últimos pasos con una táctica se podría separar de ella a voluntad, porque nunca una sigue necesariamente a la otra.

Estas acciones de flanco y las correspondientes posiciones forman parte también de los caballos de batalla de la teoría que raras veces llegan a verse en la guerra. No es que el medio mismo fuera inútil o ilusorio, sino que normalmente ambas partes tratan de guardarse contra los efectos del mismo, y los casos en que éste no fuera imposible están entre los más raros. En esos casos raros, ese medio ha mostrado a menudo una gran eficacia, y debido a ello, y también a esa constante *cautela* que provoca en la guerra, es importante dar una idea clara del mismo en la teoría. Aunque la acción de flanco estratégica no sólo es imaginable, naturalmente, en la defensa, sino también en el ataque, en la primera es mucho más analógica y, por eso, tiene su lugar entre los medios defensivos.

Antes de entrar en el asunto, tenemos que formular el principio sencillo y después no perder nunca de vista la consideración de que las fuerzas que deben actuar a espaldas y al costado del enemigo no pueden actuar de frente contra él; que por tanto es una concepción enteramente errónea la de considerar, ya sea en la táctica o en la estrategia, el *caer por la espalda* como algo en sí mismo. En sí mismo aún no es nada, sino que se convierte en algo en relación con otras cosas, y en algo ventajoso o perjudicial según sean esas otras cosas, cuyo análisis nos interesa ahora.

Primero, tenemos que distinguir en la acción contra el flanco estratégico dos objetos de la misma, a saber: la acción sobre las simples *líneas de comunicación* de la acción sobre la *línea de*

retirada, a la que también puede ir unida una acción sobre las líneas de comunicación.

Cuando Daun envió en 1758 un cuerpo volante para cortar los aprovisionamientos que iban al asedio de Olmütz, es evidente que no quería cortar al rey la retirada hacia Silesia, más bien provocarla, y gustosamente le habría abierto el camino hacia ella.

En la campaña de 1812, todos los cuerpos volantes que en los meses de septiembre y octubre se separaron del ejército principal ruso sólo tenían la intención de interrumpir la comunicación, no de cortar la retirada; esta última era con toda evidencia la intención del ejército del Moldava, que avanzaba al mando de Tschitschagov hacia el Beresina, así como el ataque, que se encargó al general Wittgenstein, contra los cuerpos franceses apostados junto al Düna.

Damos estos ejemplos sólo para dar claridad a los conceptos.

La acción sobre las líneas de comunicación va dirigida contra los abastecimientos enemigos, contra las pequeñas tropas rezagadas, contra correos y viajeros, contra pequeños depósitos enemigos, etc., es decir, contra objetos necesarios para la existencia sana y vigorosa del ejército enemigo; debe pues debilitar de este modo el estado de ese ejército y moverlo a la retirada.

La acción sobre la línea de retirada enemiga debe cortar esta retirada al ejército enemigo, y sólo puede alcanzar este fin cuando el adversario decide realmente la retirada; pero desde luego también puede provocarla amenazándolo, y por consiguiente, en tanto actúa como demostración, tener el mismo éxito que la acción sobre la línea de comunicación. Pero todos estos efectos no pueden esperarse, como ya hemos dicho, del mero envolvimiento, ni de la mera forma geométrica en la disposición de las fuerzas armadas, sino sólo de las condiciones adecuadas para ello.

Para ver estas condiciones con más claridad, vamos a separar por completo ambas acciones de flanco y considerar primero las dirigidas sobre las líneas de comunicación.

Aquí tenemos que plantear primero dos condiciones principales, de las que tienen que darse o la una o la otra.

La primera es: que para esta acción sobre la línea de comunicación enemiga baste con fuerzas tan insignificantes que apenas se les eche de menos en el frente.

La segunda: que el ejército enemigo se encuentre al final de su camino y por tanto ya no pueda hacer uso de una nueva victoria

sobre el nuestro, o no pueda perseguirlo si se retira.

Este último caso, que no es en modo alguno tan raro como pudiera parecer, lo dejaremos de momento a un lado y nos ocuparemos de las demás condiciones del primero.

La siguiente de esas condiciones es que la línea de comunicación enemiga tenga una cierta longitud y no pueda ser cubierta por unos cuantos buenos puestos; la segunda, que debido a su situación esté expuesta a nuestra acción.

Esta exposición puede ser de un doble tipo: o por su dirección, cuando no va perpendicular al frente del ejército enemigo, o porque las líneas de comunicación atraviesen nuestro país; si se unen ambas circunstancias, la exposición se hace tanto mayor. Ambas requieren ser detalladas.

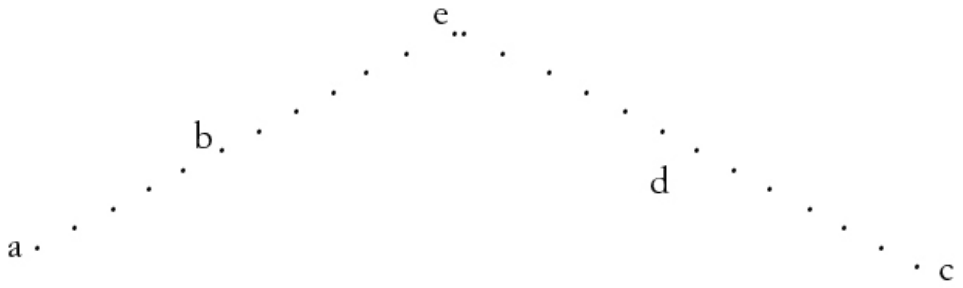
Se podría creer que cuando hablamos de coberturas de una línea de comunicación de 40 o 50 millas importa poco si el ejército que está al final de esa línea está en posición oblicua o perpendicular con respecto a ella, dado que comparado con la línea su extensión aparece casi como un punto, y sin embargo no es así. Incluso en caso de superioridad significativa, es difícil interrumpir en un caso así la línea enemiga mediante correrías que emanen del ejército. Si se piensa en la dificultad de cubrir de manera absoluta un cierto espacio, no se creería esto sino que, al contrario, para un ejército tiene que ser difícil cubrir su retaguardia, es decir, la región que tiene a sus espaldas, contra todas las tropas que un enemigo superior puede destacar. ¡Si en la guerra pudiera verse todo como en el papel! El que cubre el terreno sería en cierto modo ciego en su incertidumbre acerca de en qué puntos aparecerán las patrullas, y los partidarios los únicos que verían. Pero si se piensa en la inseguridad y el carácter incompleto de todas las noticias que se tiene en la guerra, y se sabe que ambas partes tantean sin cesar en las tinieblas, se aprecia que la parte que lleva a cabo la correría, que ha sido enviada hacia la retaguardia de un ejército enemigo rodeando su ala, se encuentra en el mismo caso de un hombre que vérselas con muchas cosas en una habitación oscura. A la larga, está condenado a fracasar; así también la tropa que rodea al ejército en una posición perpendicular, que se encuentra por tanto en sus cercanías y completamente separado de los suyos. No basta con estar en peligro de perder de este modo muchas fuerzas, sino que el instrumento mismo quedará al instante privado de filo, el primer destino

desdichado de una de esas tropas hará titubear a todas las demás, y en vez de un osado atacar y un atrevido importunar lo único que tendremos será el espectáculo de la constante huída.

Debido a esta dificultad, la disposición recta de un ejército cubre los puntos más próximos de sus líneas de comunicación, y lo hace a la distancia de dos o tres días de marcha, según sea el tamaño del ejército; pero estos puntos cercanos son los más amenazados, porque también son los más próximos al ejército enemigo.

En cambio, con una disposición notablemente oblicua ninguna de estas partes de la línea de comunicación está asegurada, la menor presión, el intento menos peligroso por parte del adversario, conduce enseguida a un punto sensible.

¿Qué determina el frente de una posición, si no es precisamente su posición perpendicular respecto a la línea de comunicación? El frente del adversario; pero éste también se puede pensar como dependiente de nuestro frente. Se produce aquí una interacción cuyo punto inicial tenemos que buscar.



Si imaginamos la línea de comunicación del atacante a b contra la del defensor c dispuesta de tal modo que forma un ángulo considerable con ella, está claro que si el defensor quisiera ocupar su posición en e, donde coinciden ambas líneas, el atacante podría forzarle desde b, debido a la mera situación geométrica, a hacer frente contra él y en consecuencia dejar al descubierto su línea de comunicación. Al contrario ocurriría si el defensor ocupara su posición a este lado del punto de unión, por ejemplo en d; entonces el atacante tendría que hacer frente contra él, suponiendo que no cambiase voluntariamente la situación de su línea de acometida, concretada por elementos geográficos, y pudiera trazarla por ejemplo como a d. De esto se desprendería que en este sistema de interacción el defensor tendría ventaja, porque sólo necesita ocupar su posición a

este lado del punto de intersección de ambas líneas. Lejos de dar una gran importancia a este elemento geométrico, exponemos esta consideración tan sólo para dejarlo completamente claro, y más bien estamos convencidos de que las circunstancias locales, y hasta individuales, condicionarán mucho más la posición del defensor, y que por tanto no se puede indicar en general cuál de ambas partes estará en situación de dejar más al descubierto su línea de comunicaciones.

Si las líneas de comunicación opuestas están en la misma dirección, aquella de las dos partes que adopte una posición oblicua respecto a la otra la obligará a hacer lo mismo, pero desde el punto de vista geométrico no se habrá ganado nada, y ambas partes tendrán las mismas ventajas y desventajas.

Por consiguiente, en nuestra ulterior consideración sólo nos atendremos al hecho de una línea de comunicación unilateralmente expuesta.

En lo que concierne a la segunda situación desventajosa de una línea de comunicación, a saber, cuando discurre por territorio enemigo, está claro en sí mismo en qué grado queda al descubierto cuando los habitantes de ese país han recurrido a las armas, y en consecuencia el asunto ha de ser considerado como si a lo largo de toda la línea hubiera marchado un poder enemigo; sin duda ese poder es en sí muy débil, sin densidad ni fuerza intensiva, pero pensemos en lo que será un contacto y una incidencia enemigos como esos con tal cantidad de puntos, que se encuentran en una línea de unión considerable uno junto al otro. Esto no requiere mayor explicación. Pero incluso aunque los súbditos del país enemigo *no* hayan recurrido a las armas, e incluso si en el país no tienen lugar reclutamientos y otros dispositivos bélicos, incluso si el pueblo tiene muy poco espíritu guerrero, la mera relación de subordinación respecto al Gobierno enemigo es un perjuicio muy sensible para la línea de comunicación de la otra parte. La asistencia de la que una patrulla disfruta por la mera facilidad de entenderse con los habitantes, el conocimiento del terreno y de las gentes, las noticias, el apoyo de las autoridades, tiene un valor decisivo para su pequeño tamaño, y esta asistencia se le otorga sin especial esfuerzo por su parte. A esto se añade que a cierta distancia nunca faltarán fortalezas, ríos, montañas u otros lugares de refugio, que siempre pertenecen al adversario mientras nosotros no hayamos tomado

formalmente posesión de ellos y los hayamos ocupado con guarniciones.

En un caso así, especialmente cuando va acompañado de otras circunstancias favorables, la incidencia sobre la línea de comunicaciones enemiga también es posible cuando su dirección es perpendicular a la posición enemiga, porque nuestras patrullas no siempre necesitan regresar al ejército, sino que pueden encontrar protección suficiente en la mera retirada en territorio propio.

Así pues, tenemos:

1. una longitud considerable;
2. una posición oblicua, y
3. un territorio enemigo

como circunstancias básicas en las que las líneas de comunicación de un ejército pueden ser interrumpidas por fuerzas enemigas relativamente pequeñas; que esta interrupción sea eficaz requiere aún una cuarta condición, y es una cierta duración. Para este punto, nos remitimos a lo que hemos dicho al respecto en el capítulo decimoquinto del Libro Quinto.

Pero estas cuatro condiciones no son más que las circunstancias principales que abarcan el objeto; a ellas se anudan un montón de circunstancias locales e individuales, que a menudo se vuelven mucho más importantes y radicales que las circunstancias principales mismas. Por recordar tan sólo las más distinguidas[249], mencionaremos: la condición de las carreteras, la naturaleza del terreno por el que pasan, los medios de cobertura de ríos, montañas, pantanos, que pueda haber, la estación y el clima, la importancia de abastecimientos concretos, como un tren de asedio, el número de tropas ligeras, etc.

De todas estas circunstancias dependerá el éxito con el que un general pueda incidir en la línea de comunicaciones de su adversario, y comparando el resultado de todas estas circunstancias en un caso con el resultado de las mismas circunstancias en otro se llega a la relación de ambos sistemas de comunicaciones, y de esa relación dependerá cuál de los dos generales puede superar al otro en este punto.

Esto, cuyo desarrollo parece tan prolijo, se suele distinguir a primera vista en el caso concreto; pero para ello se necesita la

discreción de un juicio entrenado, y hay que haber pensado alguna vez en todos los casos desarrollados aquí para ser consciente de cómo se puede responder a la necedad habitual de los escritores críticos cuando creen haber hecho algo al hablar simplemente de envolvimiento y acción de flanco, sin precisar más.

Pasamos ahora a la *segunda condición principal* en la que puede tener lugar la acción de flanco estratégica.

Si el ejército enemigo ve impedido su avance por algún motivo distinto de la resistencia de nuestro ejército, sea ese motivo el que fuere, nuestro ejército tampoco puede rehuir debilitarse mediante el envío de considerables destacamentos; porque si el enemigo quiere realmente castigarnos por un ataque, lo único que podemos hacer es retirarnos. Este fue el caso del ejército ruso en el año 1812 en Moscú. Pero no se necesitan dimensiones y circunstancias tan grandes como los que se dieron en esta campaña para provocar un caso así. Federico el Grande se encontró en este caso en la frontera de Bohemia o Moravia, en la primera Guerra Silesia, y cabe imaginar en la compleja relación de los generales con sus ejércitos un montón de causas de distinto tipo, concretamente políticas, que hagan imposible seguir avanzando.

Dado que en este caso las fuerzas empleadas en la acción de flanco podrían ser considerables, las demás condiciones no necesitan ser tan favorables; incluso la relación de nuestro sistema de comunicaciones con el enemigo no tiene por qué ser ventajosa para nosotros, porque el enemigo, que no puede hacer especial uso de nuestra retirada, no ejercerá fácilmente el derecho de venganza, sino que pensará más bien en la cobertura de la suya.

Por tanto, una situación así es muy adecuada para conseguir ese efecto que no se quiere buscar en una batalla —por considerarlo demasiado arriesgado— utilizando un medio menos brillante y exitoso que una victoria, pero también menos peligroso.

Como en un caso así una posición de flanco en la que las líneas de comunicación propias quedan al descubierto tiene menos reparos, y por tanto se puede mantener una disposición oblicua del adversario respecto a sus líneas de comunicación, no será fácil que falte *esta* condición de las reseñadas arriba. Cuanto más contribuyan las demás circunstancias, y otras favorables, tanto más podremos prometernos un feliz éxito; pero cuanto menos se den tales circunstancias favorecedoras, tanto más dependeremos de la

superior habilidad en las combinaciones y de la rapidez y seguridad en su ejecución.

Este es el verdadero campo de la maniobra estratégica, como se da con tanta frecuencia en la Guerra de los Siete Años en Silesia y Sajonia, en las campañas de 1760 y 1762. Cuando tal maniobra estratégica se da con tanta frecuencia en guerras de una débil fuerza elemental, no es desde luego porque el caso de que un general esté al final de su recorrido sea igual de frecuente, sino porque la falta de decisión, valor y espíritu emprendedor, el temor a la responsabilidad, ocupan a menudo el lugar de los verdaderos contrapesos, para lo que no tenemos más que recordar al mariscal de campo Daun.

Si queremos resumir nuestras consideraciones en un resultado principal, sería que donde más eficaz será la acción de flanco es:

1. en la defensa;
2. hacia el final de la campaña;
3. preferentemente en caso de retirada hacia el interior del país, y
4. en conexión con una sublevación popular.

Sólo vamos a decir unas palabras sobre la ejecución de esta acción sobre las líneas de comunicación.

Estas empresas tienen que ser llevadas a cabo por partidarios hábiles, que caigan con débiles tropas y audaces marchas y ataques sobre pequeñas guarniciones enemigas, aprovisionamientos, pequeñas tropas que van y vienen, animen la sublevación popular y se unan con ella para acciones aisladas. Tienen que ser más numerosas que fuertes y estar organizadas de tal modo que sea posible la unión de varias en una empresa mayor y no halle un impedimento demasiado grande en la vanidad y arbitrariedad del jefe concreto.

Ahora tenemos que hablar aún de la acción sobre la línea de retirada.

Aquí es donde tenemos que tener más presente el principio establecido al principio de que lo que tiene que actuar detrás no puede ser empleado delante, que por tanto la acción desde atrás o desde el costado no ha de ser contemplada en sí misma como una multiplicación de las fuerzas, sino tan sólo como un empleo

potenciado de las mismas; potenciado desde el punto de vista del éxito, pero también desde el punto de vista del peligro. Toda resistencia por la espada que no sea directa y sencilla tiene tendencia a aumentar su efecto a costa de la seguridad. Una acción de flanco, ya sea con el poder concentrado o desde varios lados con el poder separado y envolvente, entra dentro de esta categoría.

Ahora bien, cuando se corta la retirada, si no es una mera demostración, sino que se está hablando en serio, la verdadera solución es una batalla decisiva o al menos todas las condiciones para la misma, y precisamente en esta solución vuelven a encontrarse esos dos elementos de mayor decisión y mayor peligro. Por tanto, si un general se considera listo para este tipo de acción, tiene que estar motivado por unas condiciones favorables.

En esta clase de resistencia tenemos que distinguir las dos formas ya mencionadas. La primera es que el general quiera atacar desde atrás al adversario con todo su ejército, o bien desde una posición lateral, que se ha planteado como objetivo, o rodeándolo en toda regla; la segunda, que divida sus fuerzas y amenace con una posición envolvente con una parte la retaguardia enemiga, con la otra el frente.

La explotación del éxito es en ambos casos la misma, a saber: o un verdadero corte de la retirada y la correspondiente toma de prisioneros, o la dispersión de una gran parte de la fuerza enemiga, o un considerable retraso en el avance del poder enemigo para prevenir tal peligro.

En cambio, el aumento del riesgo es distinto en ambos casos.

Si envolvemos al enemigo con toda la fuerza, el peligro está en dejar al descubierto la propia retaguardia, y sucede respecto a la relación entre las mutuas líneas de retirada, lo que ocurría en un caso similar en la acción sobre las líneas de comunicación.

Sólo que el defensor, cuando está en su propio país, está menos limitado tanto en sus líneas de retirada como de comunicación que el agresor, y por tanto está más capacitado para un envolvimiento estratégico, sólo que esta relación general es demasiado poco enérgica para construir un método eficaz sobre ella; por tanto, sólo deciden las circunstancias globales de los casos individuales.

Sólo cabe decir que naturalmente las favorables se darán con más frecuencia en espacios amplios que en pequeños; y en los Estados autónomos con más frecuencia que en los débiles,

dependientes de la ayuda extranjera, cuyos ejércitos tienen que tener presente ante todo el punto de reunión con el ejército que viene en su ayuda; finalmente, cuando más favorables son es al final de una campaña, cuando el impulso del atacante se ha agotado; aproximadamente de la misma manera que ocurría con las líneas de comunicación.

Una acción de flanco como la que los rusos acometieron en 1812 con tanta ventaja en la carretera de Moscú a Kaluga, cuando el impulso de Bonaparte se había agotado, les habría salido muy mal al principio de la campaña, en el campamento de Drissa, si no hubieran sido lo bastante inteligentes como para cambiar su plan poco antes del momento de llevarlo a cabo.

La otra forma de envolvimiento y corte mediante una división de la fuerza tiene el riesgo de la propia separación, mientras el adversario se mantiene cohesionado por la ventaja de las líneas interiores y está por tanto en condiciones de caer con gran superioridad sobre cada parte. Exponerse a esa desventaja, que no puede ser subsanada de ninguna manera, sólo puede obedecer a tres razones principales:

1. la división originaria de las fuerzas, que hace necesaria una acción así si no se quiere estar sometido a una gran pérdida de tiempo;
2. una gran superioridad física y moral, que justifica para las formas decisivas;
3. la falta de impulso del adversario cuando se encuentra al final de su camino.

El avance concéntrico de Federico el Grande hacia Bohemia en el año 1757 no tenía sin duda la intención de unir al ataque frontal uno sobre la retaguardia estratégica, al menos ésta no era su intención principal, como desarrollaremos un poco más en otro sitio, pero en todo caso está claro que no era posible una concentración del poder en Silesia o Sajonia antes de la invasión, ya que con ella habría sacrificado todas las ventajas de la sorpresa.

Cuando los aliados dispusieron la segunda parte de la campaña de 1813, dada su gran superioridad física podían pensar ya en atacar a Bonaparte con la fuerza principal por el flanco derecho, es decir en el Elba, y desplazar así el teatro bélico del Oder al Elba. Que les fuera

tan mal en Dresde no debe atribuirse a estas disposiciones generales, sino a las[250] disposiciones estratégicas y tácticas concretas[251], porque la relación de fuerzas con la que pudieron encontrarse con Bonaparte en Dresde era de 220.000 contra 130.000, lo que sin duda no dejaba nada que desear, por lo menos en Leipzig (285:157) era menos favorable. Desde luego, para su peculiar sistema de defensa en una línea Bonaparte había repartido su poder de manera demasiado uniforme (en Silesia 70.000 contra 90.000, en Brandeburgo 70.000 contra 110.000), pero en todo caso, sin entregar Silesia por completo le habría resultado difícil reunir junto al Elba una fuerza que pudiera dar un golpe decisivo contra el ejército principal. Los aliados también hubieran podido hacer avanzar hacia el Main el ejército mandado por Wrede y haber hecho así el intento de cortar a Bonaparte el camino hacia Maguncia.

Finalmente, en 1812 los rusos pudieron destinar su ejército del Moldava a Volinia y Lituania para avanzar después sobre la retaguardia del ejército principal francés, porque nada era más cierto que Moscú tenía que ser el punto culminante de la línea francesa de avance. Para la Rusia que había más allá de Moscú no había nada que temer en esta campaña, y el ejército principal ruso no tenía por tanto motivo alguno para considerarse demasiado débil.

Esta forma de disposición de las fuerzas estaba en el primer plan de defensa elaborado por el general Phull, según el cual el ejército al mando de Barclay debía ocupar el campo de Drissa y el de Bagration avanzar a espaldas del ejército principal enemigo. Pero ¡qué diferencia en esos dos momentos! En el primero, los franceses eran tres veces más fuertes que los rusos; en el segundo, los rusos eran visiblemente más fuertes que los franceses. En el primero, el ejército de Bonaparte tenía un ímpetu que llegó hasta Moscú, 80 millas más allá de Drissa; en el segundo, ya no podía alejarse a un día más de marcha de Moscú; en el primero, la línea de retirada hasta el Niemen no alcanzaba más de 30 millas, en el segundo medía 112. Por tanto, la misma acción contra la retirada enemiga que en el segundo momento demostró tanto éxito hubiera sido la peor de las necedades en el primero.

Dado que la acción sobre la línea de retirada, cuando es más que una demostración, consiste en un ataque en toda regla desde atrás, habría que decir alguna cosa más, que no obstante hallará un lugar más adecuado en el libro dedicado al ataque; por tanto, nos

interrumpimos aquí y nos contentamos con haber indicado las condiciones en las que este tipo de reacción puede tener lugar.

Sin embargo, al hablar de las mismas normalmente se tiene presente más la demostración que la realidad, con la intención de motivar así la retirada del enemigo.[252] Si a toda demostración eficaz tuviera necesariamente que subyacer la total ejecutabilidad de la verdadera acción, como parece entenderse a primera vista, coincidiría con ella en todas sus condiciones. Pero no es así, sino que en el capítulo dedicado a las demostraciones veremos que están vinculadas a condiciones algo distintas, y tenemos aquí que remitir a ese capítulo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO

RETIRADA AL INTERIOR DEL PAÍS

Hemos visto la retirada voluntaria al interior del país como una forma singular de resistencia indirecta, en la que el enemigo debe sucumbir no tanto por la espada como por sus propios esfuerzos. Aquí no se presupone por tanto ninguna batalla principal, o se retrasa el momento de la misma hasta que las fuerzas enemigas se encuentren notablemente debilitadas.

Todo el que avanza al ataque ve debilitadas sus fuerzas por ese avance; contemplaremos esto con más detalle en el Libro Séptimo; aquí tenemos que anticipar el resultado, cosa que podemos hacer tanto más cuanto que en la Historia bélica toda campaña a la que ha estado vinculado un avance notable lo muestra con claridad.

Este debilitamiento en el avance se ve incrementado cuando el adversario no ha sido vencido y se retira voluntariamente con una fuerza armada intacta y fresca, pero vende caro cada palmo de su país con una resistencia constante y medida, de forma que el avance es un constante empujar y no un mero perseguir.

Por otra parte, las pérdidas que un defensor en retirada sufre serán mucho mayores si retrocede después de perder una batalla que si lo hace voluntariamente. Porque si[253] también estuviera en condiciones de ofrecer al perseguidor la resistencia diaria que esperamos de una retirada voluntaria, sufriría *al menos las mismas* pérdidas y tendría que sumarles las sufridas en la batalla. Pero ¡qué suposición contraria a la naturaleza de las cosas sería ésta! El mejor ejército del mundo sufrirá, si se ve obligado a retirarse profundamente al interior del país después de perder una batalla, pérdidas *incomparablemente* mayores, y si el enemigo es muy superior, como suponemos en los casos de los que hablamos, avanzará con gran energía, como casi siempre ha ocurrido en las guerras modernas, lo que producirá la altísima probabilidad de una verdadera fuga, que normalmente arruina por completo la fuerza armada.

Una resistencia diaria *medida,* es decir, una que en cada caso sólo dura mientras puede mantenerse en el aire el equilibrio de fuerzas, y en la que nos aseguramos contra la derrota cediendo el campo por el que luchábamos en el momento oportuno, una lucha así costará al agresor al menos tantos hombres como al defensor, porque lo que este pierde inevitablemente en prisioneros en las retiradas lo pagará el otro en el fuego, ya que ha de luchar sin cesar contra las ventajas del terreno. Sin duda los que se retiran perderán por completo a los heridos graves, pero lo mismo le pasará al agresor, ya que normalmente se quedan varios meses en los hospitales.

Por tanto, el resultado será que ambos ejércitos se consumirán aproximadamente en igual grado en esta constante fricción.

Muy distinto es el caso de la persecución de un ejército vencido. Aquí la fuerza perdida en la batalla, el orden destruido, el valor quebrado, la preocupación por la retirada, hacen muy difícil tal resistencia por parte del que se retira, en algunos casos imposible; y el perseguidor, que en el primer caso avanza con extrema cautela, tanteando siempre como un ciego, camina en el segundo con el paso firme de un vencedor, con la arrogancia de un tocado por la fortuna, con la seguridad de un semidiós, y cuanto más frenético es su avance tanto más acelera las cosas en la dirección que han tomado, porque aquí el verdadero campo es el de las fuerzas morales, que se incrementan y multiplican sin estar vinculadas a las estrechas cifras y medidas del mundo físico.

Por tanto, está claro lo distinta que será la relación entre ambos ejércitos según alcancen de una u otra forma el punto que puede contemplarse como el final del camino del atacante.

Este es tan sólo el resultado de la mutua destrucción; a este resultado se une el debilitamiento que el que avanza sufre, y sobre el que, como ya hemos dicho, remitimos al Libro Séptimo, pero por otra parte el refuerzo que el que retrocede recibe en la gran mayoría de los casos de aquellas tropas que llegan más tarde, ya sea procedentes de la ayuda exterior o de nuevos esfuerzos.

Finalmente, entre el que retrocede y el que avanza hay tal desproporción en medios de manutención que el primero vive no pocas veces en la abundancia mientras el otro se hunde en la escasez.

El que retrocede tiene los medios para acumular víveres por doquier, mientras el perseguidor tiene que buscarlo todo, lo que,

mientras está en movimiento, es difícil incluso con las líneas de comunicación más cortas y engendra por tanto escasez de antemano.

Todo lo que la región misma ofrece es utilizado primero, y en la mayoría de los casos agotado, por el que retrocede. Atrás no quedan más que pueblos y ciudades exhaustos, campos segados y pisoteados, fuentes secas, arroyos enturbiados.

Así pues, el ejército que avanza lucha no pocas veces desde el primer día con las necesidades más apremiantes. No puede contar con suministros del enemigo, sería mero azar o falta imperdonable del adversario que de vez en cuando cayera alguno en sus manos.

Así, no cabe duda de que, cuando estemos ante dimensiones considerables y un poder no desigual de los beligerantes, surgirá de este modo una relación de fuerzas que promete al defensor infinitamente más probabilidad de éxito de la que hubiera tenido en una decisión junto a la frontera. Pero no sólo la probabilidad de vencer se incrementa dado el cambio de la relación de fuerzas, sino también el éxito de la victoria dado el cambio de la situación. ¡Qué diferencia entre perder una batalla en la propia frontera y perderla en medio de territorio enemigo! El estado del atacante al final de su camino es a menudo tal que incluso una batalla *ganada* puede moverle a la retirada, porque ni tiene impulso suficiente para completar y aprovechar su victoria ni está en condiciones de sustituir las fuerzas perdidas.

Hay pues una enorme diferencia entre que la decisión se dé al principio o al final del ataque.

Las grandes ventajas de este tipo de defensa tienen dos contrapesos: el primero es la pérdida que el país sufre por la penetración del enemigo, el otro la impresión moral.

Proteger al país de esa pérdida nunca puede ser la finalidad de toda la defensa, sino que esa finalidad es una paz ventajosa. La aspiración es asegurar ésta tanto como sea posible, y para eso ningún sacrificio momentáneo debe considerarse demasiado elevado. Sólo que esta pérdida, aunque no sea decisiva, sí tiene que ser puesta en la balanza, porque siempre es un objeto de nuestro interés.

Esta pérdida no afecta directamente a nuestra fuerza armada, sino que lo hace dando un rodeo más o menos largo, mientras que la retirada misma la refuerza directamente. Por tanto, es difícil comparar esta ventaja y aquel perjuicio; son cosas de distinta índole, que no tienen ningún punto en común. Por eso, tenemos que

quedarnos en decir que esta pérdida es mayor cuando hay que sacrificar una provincia fértil y poblada y grandes ciudades comerciales, pero que cuanto más grande es, es cuando con ella se pierden medios de lucha, completos o a medio preparar.

El segundo contrapeso es la impresión moral. Hay casos en los que el general tiene que sobreponerse a ella, seguir tranquilamente su plan y exponerse a los perjuicios causados por una pequeñez corta de vista; pero por eso esta impresión no es un fantasma que haya que subestimar. No puede compararse a una fuerza que actúa sobre un punto, sino a una que recorre todas las fibras a la rapidez del rayo y paraliza todas las actividades que deberían ser eficaces en el pueblo y el ejército. Sin duda hay casos en los que la retirada al interior del país es entendida con rapidez por el pueblo y el ejército, e incluso podría aumentar la confianza y las expectativas, pero son muy escasos. Normalmente, el pueblo y el ejército ni siquiera distinguen si se trata de un movimiento libre o de un retroceso a trompicones, y menos aún si el plan se sigue por inteligencia, con la expectativa de obtener ventajas seguras, o por miedo a la espada enemiga. El pueblo sentirá compasión y disgusto cuando vea el destino de las provincias sacrificadas, el ejército perderá fácilmente la confianza en su general o incluso en sí mismo, y los constantes combates de la retaguardia durante la retirada serán un renovado refuerzo a sus temores. No debemos engañarnos acerca de *estas consecuencias* de la retirada. Y en todo caso, en sí mismo, es más natural, más sencillo, más noble, más correspondiente al ser moral del pueblo, lanzarse a las barricadas para que el atacante no pueda traspasar las fronteras de un pueblo sin topar con su genio, que le pide cuentas de forma sangrienta.

Estas son las ventajas y desventajas de esta forma de defensa; ahora, unas pocas palabras sobre las condiciones y circunstancias favorecedoras de la misma.

Una amplia superficie, o al menos una larga línea de retirada, es la condición principal y básica; porque unas cuantas marchas hacia delante, desde luego, no debilitarán perceptiblemente al enemigo. El centro de Bonaparte en el año 1812 ascendía en Vitebsk a 250.000 hombres, en Smolensko a 182.000, y en Borodino había descendido hasta 120.000[254] hombres, es decir, había alcanzado el equilibrio numérico con el centro ruso. Borodino está a 90 millas de la frontera; pero sólo en Moscú se produjo la decidida preponderancia

rusa, que causó por sí misma el vuelco con tanta seguridad que la victoria francesa en Malojaroslawetz no representó una diferencia sustancial.

Ningún otro reino europeo tiene tales dimensiones como Rusia, y hay pocos en los que quepa imaginar una línea de retirada de 100 millas. Sólo que un poder como el francés de 1812 tampoco se dará fácilmente en otras circunstancias, y menos aún una preponderancia tal como la que había al principio de la campaña entre las dos partes, en la que los franceses más que duplicaban en número y tenían además una decisiva superioridad moral. Por eso, lo que aquí se alcanzó sólo al cabo de 100 millas puede alcanzarse quizá en otros casos con 50 o 30.

Entre las circunstancias favorecedoras están:

1. una región poco poblada,
2. un pueblo fiel y belicoso,
3. la mala estación del año.

Todas estas cosas hacen más difícil el mantenimiento del ejército enemigo, obligan a hacer mayores abastecimientos, a enviar muchos destacamentos, un servicio de armas trabajoso, causan enfermedades y facilitan la acción de flanco del defensor.

Finalmente, tenemos que hablar aún de la masa absoluta de las fuerzas armadas, que tiene influencia en todo esto.

En sí mismo, está en la naturaleza de las cosas que, aparte de la relación entre las fuerzas enfrentadas, una pequeña fuerza se agote antes que una mayor, y que su recorrido no sea tan largo ni la extensión de su teatro bélico pueda ser tan grande. Se da por tanto en cierto modo una proporción constante entre la magnitud absoluta de la fuerza y aquellos espacios que esa fuerza puede ocupar. No cabe reducir esta proporción a una cifra, además siempre se verá modificada por otras circunstancias, pero nos basta con decir que las cosas tienen esta relación en la más profunda base de su ser. Se puede ir a Moscú con 500.000 hombres, pero no con 50.000, aunque la proporción con el poder enemigo en este último caso sería mucho más favorable que en el primero.

Si aceptamos que esta relación entre fuerza absoluta y espacio es la misma en dos casos distintos, no cabe duda de que la eficacia de

nuestra retirada en relación al debilitamiento del enemigo aumentará con las masas.

1. La manutención y el alojamiento del enemigo se harán más difíciles, porque aunque los espacios que ocupan los ejércitos deben crecer justo lo mismo que los ejércitos mismos, la manutención nunca sale del todo de este espacio, y todo lo que ha de ser suministrado sufre grandes pérdidas; en cambio, para el alojamiento nunca se utiliza todo el espacio, sino sólo una parte del mismo muy pequeña, que no crece de forma proporcional a las masas.

2. El avance se hace más lento en la medida en que las masas crecen, y en consecuencia el tiempo que dura el ataque es más largo, y la suma de las pérdidas que se producen diariamente, mayor.

Tres mil hombres que ahuyentan a dos mil no les permitirán, en un terreno normal, retirarse a pequeñas marchas de 1, 2, como mucho 3 millas, y parar unos días de vez en cuando. Llegar hasta ellos, atacarlos y ahuyentarlos es obra de horas. Pero si multiplicamos por 100 estas masas, la cosa cambia. Acciones para las que en el primer caso bastaban horas exigen quizá ahora un día entero, o incluso dos. Las partes ya no pueden reunirse en un punto, y por tanto crece la multiplicidad de movimientos y combinaciones y en consecuencia el tiempo que requieren. Pero además el atacante sufre la desventaja de que debido a la dificultad de su manutención tiene que extenderse más que el que retrocede, y en consecuencia siempre está expuesto a cierto peligro de que éste caiga sobre un punto con fuerzas superiores, como quisieron hacer los rusos en Vitebsk.

3. Cuanto mayores se hacen las masas, tanto mayor se hace para cada individuo el gasto de fuerzas del servicio táctico y estratégico. Cien mil hombres que marchan diariamente de aquí para allá, se detienen, vuelven a ponerse en marcha, ahora echan mano a las armas, luego cocinan o reciben víveres, cien mil hombres que no van a volver al campo hasta que lleguen de todas partes las necesarias comunicaciones, necesitan por regla general para todos estos esfuerzos accesorios del avance el doble de tiempo del que necesitarían 50.000, pero el día sólo tiene 24 horas para ambos. Ya hemos dicho en el capítulo noveno del libro anterior lo distintos que son el tiempo y el esfuerzo de una marcha según sea la masa de las

tropas. Desde luego, el que retrocede comparte estos esfuerzos con el que avanza, pero en este último son visiblemente mayores:

1. Porque sus masas son mayores, debido a la superioridad que presuponemos.
2. Porque el defensor, que siempre cede el terreno, compra al precio de ese sacrificio el derecho a ser siempre el que determina, siempre el que marca la ley al otro. Hace su plan de antemano, y en la mayoría de los casos éste no se ve perturbado por nada, pero el que avanza sólo puede hacer su plan conforme a lo dispuesto por el enemigo, que siempre tiene que tratar de averiguar. Pero tenemos que recordar que estamos hablando aquí de la persecución de un adversario que no ha sufrido derrota alguna, ni siquiera ha perdido una batalla, para que no se crea que contradecimos lo dicho en el capítulo doce del Libro Cuarto.
   Ese privilegio de marcar la ley al enemigo marca para la ganancia de tiempo y energías, y para alguna otra ventaja accesoria, una diferencia que a la larga se hace esencial.
3. El que retrocede hace todo lo posible por facilitar su retirada, mejora los caminos y puentes, escoge los sitios más cómodos para acampar, etc., y por otra parte hace todo lo posible para dificultar el avance al perseguidor destruyendo los puentes, echando a perder los caminos con su paso, sustrayendo al enemigo los mejores lugares de acampada y fuentes de agua al ocuparlos él mismo.
   Finalmente, señalamos la guerra popular como una circunstancia especialmente favorecedora. Esto requiere tanto menos explicación cuanto que hablaremos de ello en capítulo aparte.

Hasta ahora hemos hablado de las ventajas que tal retirada otorga, de los sacrificios que exige, de las condiciones que tienen que darse; ahora vamos a decir algo acerca de su ejecución.

La primera cuestión que tenemos que abordar es la de la dirección de la retirada.

Debe hacerse hacia el *interior* del país, es decir, llevar en la medida de lo posible a un punto en el que el enemigo esté rodeado por ambas partes por nuestras provincias; entonces estará expuesto

a su efecto y nosotros no estaremos en peligro *de ser echados de nuestro país por la masa principal*, lo que podría ocurrir si elegimos una línea de retirada demasiado próxima a la frontera, como los rusos en el año 1812, cuando hubieran querido retroceder hacia el sur en lugar de hacia el este.

Esta es la condición que subyace a la finalidad de la medida misma. Dependerá de las circunstancias qué punto del país sea el mejor, hasta dónde se puede unir la intención de cubrir directamente la capital u otro punto importante o apartar al enemigo de esa dirección.

Si en 1812 los rusos hubieran pensado en su retirada antes y la hubieran planificado, podrían haber tomado desde Smolensko la dirección de Kaluga, que sólo tomaron después desde Moscú; es muy posible que en esas circunstancias Moscú se hubiera salvado.

Y es que en Borodino los franceses tenían unos 130.000 hombres; no hay motivo para que, si esa batalla hubiera sido aceptada por los rusos a medio camino de Kaluga, hubieran debido ser más fuertes allí; ¿de cuántas de esas fuerzas hubieran podido prescindir para enviarlas a Moscú? Está claro que de muy pocas; pero con pocas tropas no se puede enviar un destacamento a 50 millas (esta es la distancia que hay de Smolensko a Moscú) contra un lugar como Moscú.

Suponiendo que Bonaparte hubiera creído en Smolensko, donde después de los combates contaba con unos 160.000 hombres, que podía arriesgarse a enviar un destacamento a Moscú *antes* de haberse producido una batalla decisiva, y hubiera tomado para eso 40.000 hombres, mientras 120.000 se quedaban frente al ejército principal ruso, esos 120.000 hombres se habrían quedado en la batalla en 90.000, es decir, 40.000 menos que en Borodino; así que los rusos habrían tenido una superioridad de 30.000 hombres. Si se toma como medida el desarrollo de la batalla de Borodino, cabe creer que hubieran vencido. En cualquier caso, el resultado de ese cálculo hubiera sido mucho mejor que la proporción de Borodino. Pero la retirada de los rusos no fue obra de un plan meditado; se retrocedió tanto porque en cada momento en que querían aceptar la batalla aún no se sentían lo bastante fuertes como para hacerlo; todos los medios de mantenimiento y refuerzo estaban dirigidos hacia la carretera de Moscú a Smolensko, y en Smolensko a nadie se le podía ocurrir abandonar esa carretera. Además, una victoria entre Smolensko y

Kaluga nunca habría reparado a los ojos de los rusos la injusticia de no cubrir a Moscú y entregarla a una posible toma.

Aún es más cierto que Bonaparte hubiera podido proteger París de un ataque en 1813 si hubiera tomado posiciones notablemente más a su costado, por ejemplo detrás del canal de Bourgogne, dejando en París sólo unos miles de hombres con sus numerosos guardias nacionales. Los aliados jamás habrían tenido el valor de enviar hacia París un cuerpo de 50 o 60.000 hombres sabiendo a Bonaparte en Auxerre con 100.000. Y, al contrario, nadie habría aconsejado a un ejército aliado en la situación de Bonaparte abandonar el camino hacia su propia capital si *él* hubiera sido el adversario. Con tal superioridad, él no hubiera esperado un instante para lanzarse sobre la capital. Tan distinto será el resultado, incluso en las mismas circunstancias, con otra situación moral.

Sólo queremos observar aún que, en una orientación lateral así, en todo caso la capital o el lugar que se quiere dejar fuera del juego tiene que tener alguna capacidad de resistencia para no ser ocupada y saqueada por cualquier merodeador, y lo dejamos caer aquí porque volveremos sobre ello al hablar del plan de batalla.

Pero aún tenemos que tener en cuenta otra peculiaridad en dirección a tal línea de retirada, y es la de un posible *giro*. Una vez que los rusos en Moscú habían mantenido la misma dirección, que les hubiera llevado a Vladimir, la abandonaron, siguieron primero hacia la de Rjazanj y luego cambiaron a la de Kaluga. Si hubieran tenido que proseguir su retirada, hubieran podido hacerlo en esa nueva dirección, que les habría llevado a Kiev, es decir, otra vez mucho más cerca de la frontera enemiga. Está claro que los franceses, aunque en ese momento aún eran notablemente superiores a los rusos, no hubieran podido asentar ese codo enorme de su línea de comunicación pasando por Moscú; no sólo hubieran tenido que abandonar Moscú, sino con mucha probabilidad también Smolensko, es decir, abandonar las conquistas trabajosamente realizadas y conformarse con el teatro bélico a este lado del Beresina.

Desde luego, el ejército ruso se habría encontrado en la misma desventaja, porque de haber querido tomar justo al principio la dirección de Kiev se habría expuesto a ser separado de la masa principal de sus Estados; pero ese perjuicio sería casi ilusorio, porque ¡en qué estado tan distinto habría llegado el ejército enemigo a Kiev si no hubiera hecho el viaje[255] a través de Moscú!

Está claro que un giro tan repentino en la línea de comunicación, que puede hacerse en caso de grandes dimensiones, otorga ventajas eminentes:

1. El giro hace imposible al adversario mantener sus antiguas líneas de comunicación; formarlas de nuevo siempre es asunto difícil, a lo que se añade que sigue cambiando poco a poco de dirección, es decir, que probablemente tendrá que buscar más de una vez una nueva línea de comunicación.

2. Ambas partes vuelven así a acercarse a la frontera; el agresor ya no cubre las conquistas hechas con su posición, y muy probablemente tendrá que abandonarlas.[256] Rusia, con sus enormes dimensiones, es un reino en el que de este modo dos ejércitos podrían jugar al gato y al ratón en toda regla.[257] Pero incluso en superficies más pequeñas sigue siendo posible tal giro cuando las demás circunstancias lo favorecen[258], lo que sólo puede desprenderse de todas las circunstancias del caso concreto.

Una vez establecida la dirección hacia la que el enemigo ha de ser atraído al interior, se desprende por sí mismo que nuestro poder principal tenía esa dirección, porque de lo contrario el enemigo no haría avanzar el suyo, y si lo hiciera, no estaríamos en situación de imponerle todas las condiciones que hemos supuesto arriba. Así que la cuestión sólo puede ser si se debe mantener esa dirección con el poder dividido o desviarse hacia el costado con partes importantes del mismo y por tanto hacer excéntrica la retirada.

A esta cuestión hemos de responder que esta forma es en sí desechable:

1. porque con ella las fuerzas se dividen más, cuando la acumulación de las mismas en un punto es precisamente la principal dificultad para el atacante;
2. porque el adversario aprovecha la ventaja de la línea interior, está más concentrado que nosotros y en consecuencia puede ser tanto más superior en algunos puntos.[259] Por supuesto esta superioridad es menos de temer en un sistema que consiste ante todo en retroceder, mantenerse temeroso frente al adversario, no ser arrinconado por él[260], pero podría darse. Además, la

condición de esa retirada es ir alcanzando poco a poco la superioridad respecto al poder principal para poder provocar la decisión, cosa que se mantendría incierta en caso de división de fuerzas;

3. porque la acción concéntrica sobre el enemigo no conviene al más débil;
4. porque con semejante disposición de las fuerzas se elimina por completo una parte de la debilidad enemiga.[261]

Los principales puntos débiles de un ataque que avanza son las largas líneas de comunicación y los flancos estratégicos abiertos. Debido a la forma excéntrica de la retirada, el atacante se ve obligado a hacer que una parte de su poder forme frente de flanco, y esa parte, que en realidad sólo debería estar destinada a neutralizar nuestras fuerzas que se le oponen, hace, en cierto modo de pasada, algo más, que es proteger una parte de la línea de comunicación.

Por tanto, la forma excéntrica no es ventajosa para el mero efecto estratégico de la retirada; si debe preparar un efecto posterior sobre la línea de retirada enemiga, tenemos que recordar lo dicho en el capítulo anterior.

Sólo *un* fin puede mover a una retirada excéntrica: que de ese modo podamos asegurar provincias que de lo contrario habría ocupado el enemigo.

La franja de terreno que se ocupará a derecha e izquierda del que avanza se puede prever en la mayoría de los casos con bastante probabilidad a partir de la concentración y dirección de sus fuerzas, la situación de sus provincias, fortalezas, etc., respecto a las nuestras; ocupar con fuerzas armadas aquellas franjas de terreno que probablemente dejará intactas[262] sería un peligroso despilfarro de fuerzas. Pero es difícil ignorar si en aquellas franjas de terreno que el atacante probablemente ocupará *se estará en condiciones de impedírselo disponiendo fuerzas,* y por tanto mucho dependerá de la discreción del juicio.

Cuando los rusos retrocedieron en 1812, dejaron 30.000 hombres en Volinia, al mando de Tormasov, contra el poder austriaco que iba a invadir esa provincia. El tamaño de la provincia, las dificultades del terreno que ofrece, la fuerza no superior con la que había de ser atacada, justificaban la esperanza de que los rusos mantuvieran su superioridad a este lado de su frontera o al menos se

afirmaran en las cercanías de la misma. De esta afirmación podían desprenderse en lo sucesivo ventajas muy importantes, en las que no vamos a detenernos aquí; además, era casi imposible añadir esas tropas a su debido tiempo al ejército principal, aunque se hubiera querido. Todas estas cosas tenían que decidir del modo más suficiente dejar el ejército en Volinia para que hiciera allí su propia guerra. Si en el plan que el general Phull había diseñado para la campaña sólo el ejército de Barclay (80.000 hombres) debía retirarse hacia Drissa y el ejército de Bagration debía permanecer junto al flanco derecho de los franceses para luego caer sobre su retaguardia, se ve a primera vista que ese ejército no podía pensar en afirmarse al sur de Lituania, es decir, mantener una franja de terreno *más,* y que estaba *más cerca,* a la espalda de los franceses. Este ejército habría sido aniquilado por arrolladoras masas.[263]

Es evidente que el defensor tenía interés en ceder al atacante el menor número de provincias posible, pero esto siempre es un fin muy subordinado; también es evidente que el ataque se vuelve tanto más difícil cuanto más pequeño, o más bien más estrecho, es el teatro bélico en el que podemos limitar al enemigo; pero todo esto está sometido a la condición de que en ese comienzo tenga la probabilidad de un éxito, y que con eso no se debilite demasiado el poder principal; porque aquí hay que buscar ante todo la decisión final, ya que los apuros causados al poder principal enemigo son lo que primero provoca la decisión de la retirada y lo que más incrementa la pérdida de fuerzas físicas y morales vinculada a ella.

Así pues, la retirada al interior del país debe hacerse por regla general con el poder invicto e indiviso, y debe caminar justo delante del poder principal enemigo, tan lentamente como sea posible, y forzar mediante una constante resistencia al adversario a una permanente disponibilidad para la réplica, a un cierto lujo estéril de medidas de precaución táctica y estratégica.

Si ambas partes llegan así al final del recorrido del ataque, el defensor podrá adoptar su disposición, siempre que se pueda, en dirección oblicua a ese recorrido, y actuar sobre la retaguardia del enemigo con todos los medios a su alcance.

La campaña de 1812 en Rusia muestra todas estas manifestaciones, y en alto grado, y los efectos de las mismas como en un espejo de aumento, y si no fue una retirada voluntaria, bien puede ser contemplada desde este punto de vista, y no hay duda de que si

los rusos, con el conocimiento del éxito que tienen ahora, tuvieran que volver a llevarla a cabo exactamente las mismas circunstancias, harían voluntariamente y conforme a un plan lo que en 1812 ocurrió en su mayoría sin intención alguna. Sólo que sería muy erróneo creer que de lo contrario no habría ejemplo alguno de tal efecto, y que no puede haberlo si se carece de las dimensiones rusas.

Allá donde un ataque estratégico sin decisión fracasa ante las meras dificultades de la existencia, y el ejército que avanza se ve obligado a una retirada más o menos destructiva, ha tenido lugar la condición y el efecto principales de esta forma de resistencia, sean cuales sean las circunstancias modificativas que la acompañen. La campaña de Federico el Grande en Moravia de 1742, la de 1744 en Bohemia, la campaña francesa de 1743 en Austria y Bohemia, la del duque de Braunschweig de 1792 en Francia, la campaña de invierno de Masséna de 1810 a 1811 en Portugal, son ejemplos que muestran casos similares, pero en dimensiones y proporciones mucho menores; además, hay un sinnúmero de acciones fragmentarias del tipo en el que no todo el éxito, pero sí una parte del mismo, ha de ser atribuido al principio que reclamamos aquí, pero no las enumeramos porque sería necesario proceder a un desarrollo de las circunstancias que aquí nos llevaría demasiado lejos.

En Rusia y los otros casos indicados, el vuelco se produce sin que una batalla feliz otorgue la decisión en el punto culminante; pero allá donde tampoco cabe esperar un efecto así, sigue siendo un objeto de suficiente importancia provocar mediante esta forma de resistencia una relación de fuerzas que haga posible la victoria, y provocar mediante esta victoria, como por medio de un primer golpe, un movimiento que suele agrandarse en sus funestos efectos conforme a la ley de la gravedad.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

LEVANTAMIENTO POPULAR

La guerra popular es en la cultivada Europa una manifestación del siglo XIX. Tiene sus adeptos y sus enemigos, los últimos ya sea por motivos políticos —porque lo consideran un medio revolucionario, un estado de anarquía declarado legal, que es tan peligroso para el orden social interior como el enemigo para el exterior— o por motivos militares, porque creen que el éxito no se corresponde con la fuerza empleada. El primer punto no nos atañe en absoluto aquí, porque consideramos la guerra popular meramente como medio de lucha, es decir, en su relación con el enemigo; en cambio, el último punto nos lleva a la consideración de que la guerra popular ha de ser vista en general como una consecuencia de la ruptura que el elemento bélico ha hecho en nuestra época de su vieja delimitación artificial; como una ampliación y un reforzamiento de todo el proceso de fermentación que llamamos guerra. El sistema de reclutamiento forzoso, la hinchazón de los ejércitos hasta formar masas inmensas debido al mismo y a la obligación general de prestar servicio, el uso de las milicias, son cosas que, partiendo del antiguo y limitado sistema militar, van en esa misma dirección, y en esa dirección va también el llamamiento a la revuelta o la sublevación popular. Si los primeros de estos nuevos auxiliares son una consecuencia natural y necesaria de la caída de las barreras, y han incrementado de forma tan inmensa la fuerza de quien primero se sirvió de ellos que el otro ha sido arrastrado en la misma dirección y ha tenido también que recurrir a ellos, lo mismo ocurrirá con la guerra popular. En la generalidad de los casos, aquel pueblo que se sirva de la misma con inteligencia alcanzará una superioridad relativa sobre aquellos que se burlan de él. Dicho esto, la cuestión sólo puede ser si este nuevo refuerzo del elemento bélico es saludable para la Humanidad o no; una cuestión que sin duda se podría responder igual que la pregunta acerca de la guerra misma... se las dejamos ambas a los filósofos. Pero también se podría pensar que las

energías que cuesta la guerra popular se podrían emplear con más éxito en otros medios de combate; no hace falta un gran análisis para convencerse de que estas energías no están en su mayoría disponibles y no se pueden emplear a voluntad. Una parte esencial de las mismas, concretamente los elementos morales, alcanzan incluso su existencia mediante esta forma de uso.

Así pues, ya no preguntamos: ¿qué le cuesta a un pueblo la resistencia que el pueblo entero opone con las armas en la mano?, sino que preguntamos: ¿qué influencia puede tener esa resistencia, cuáles son sus condiciones y cuál es el uso de las mismas?

Que una resistencia repartida de este modo no es adecuada para el efecto de grandes golpes concentrados en el tiempo y el espacio se desprende de la naturaleza del caso. Su efecto, como en la naturaleza física del proceso de evaporación, se rige por la superficie. Cuanto mayor sea ésta y el contacto en el que se encuentra con el ejército enemigo, es decir, cuanto más se expanda éste, tanto mayor será el efecto del levantamiento popular. Destruye como un ascua silenciosa los cimientos del ejército enemigo. Como necesita tiempo para sus éxitos, mientras ambos elementos actúan de tal modo el uno sobre el otro se produce un estado de tensión que o se va relajando poco a poco, cuando la guerra popular es asfixiada en algunos puntos y se extingue lentamente en otros, o conduce a una crisis, cuando las llamas de este incendio general se abaten sobre el ejército enemigo y le fuerzan a abandonar el país antes de sufrir una completa ruina. Que esta crisis[264] deba ser provocada por la mera guerra popular, o presupone una superficie del reino ocupado como aparte de Rusia ningún Estado europeo tiene, o una desproporción entre el ejército invasor y la superficie del país como no se produce en la realidad. Por tanto, si no se quiere perseguir ningún fantasma, hay que imaginar la guerra popular en unión con la guerra de un ejército permanente, y unidas ambas por un plan que abarque el conjunto.

Las únicas condiciones en las que la guerra popular puede ser eficaz son las siguientes:

1. que la guerra se libre en el interior del país;
2. que no se decida por una única catástrofe;
3. que el teatro bélico alcance un trecho considerable del país;
4. que el carácter popular apoye la medida;

5. que el país sea muy accidentado e inaccesible, bien debido a montañas, a bosques o a pantanos, o a la naturaleza del cultivo del suelo.

Que la población sea grande o pequeña no es decisivo, porque lo que menos falta son personas. Que los habitantes sean pobres o ricos tampoco es directamente decisivo, o por lo menos no debería serlo, pero no se puede ignorar que una clase de personas[265] pobre, acostumbrada al trabajo esforzado y a las privaciones, suele mostrarse más belicosa y recia.

Una peculiaridad del país que favorece enormemente el efecto de la guerra popular es la dispersión de las viviendas, como la que se da en muchas provincias de Alemania. El país se vuelve así más accidentado y difícil, los caminos son peores aunque más numerosos, el alojamiento de las tropas encuentra infinitas dificultades, y sobre todo, se repite en pequeño la peculiaridad que la guerra popular tiene en grande, a saber: que el principio de resistencia se encuentra en todas partes y en ninguna. Si los habitantes viven agrupados en pueblos, los más inquietos son ocupados por tropas o incluso saqueados como castigo, quemados, etc., lo que no se puede hacer con una comunidad de granjas de Westfalia.

El uso de la revuelta popular y de las milicias populares armadas no puede ni debe ir dirigido contra el poder principal enemigo, ni siquiera contra cuerpos considerables, no debe triturar el núcleo, sino sólo roer la superficie, la periferia. Debe alzarse en las provincias que están a los costados del teatro bélico y a las que el atacante no llega con fuerza[266], para sustraer por completo esas provincias a su influencia. Estas nubes de tormenta que se alzan a sus costados deben arrastrarse tras él en la medida en que avanza. Allá donde todavía no hay enemigo no falta valor para armarse contra él, y siguiendo ese ejemplo se va inflamando poco a poco la masa de los habitantes vecinos. Así se extiende el fuego como un incendio en la pradera, y acaba alcanzando la superficie en la que tiene su base el agresor; alcanza sus líneas de comunicaciones y devora el hilo vital de su existencia. Porque, aunque no se pongan exageradas expectativas en la omnipotencia de una guerra popular, aunque no se le considere un elemento inagotable, indomeñable, al que el mero poder del ejército no puede poner coto, como el hombre no puede ponerlo al viento o a la lluvia, en pocas palabras: aunque no se base el juicio en las octavillas de los retóricos[267], hay que admitir

que no se puede perseguir a campesinos armados igual que a una sección de soldados, que se apiñan igual que un rebaño y normalmente huyen en línea recta, mientras los otros se dispersan en todas direcciones sin necesidad de un plan para hacerlo. Eso da a la marcha de cada pequeña sección por una montaña, una región boscosa o muy accidentada por cualquier otra razón un carácter muy peligroso, porque en cada momento la marcha puede convertirse en combate, y aunque no habláramos de guerra popular los mismos campesinos pueden aparecer en cualquier momento al final de una columna cuya cabeza los ha dispersado hace mucho. Si hablamos de echar a perder los caminos y bloquear carreteras estrechas, los medios que emplean las avanzadillas o los cuerpos volantes de un ejército son respecto a los que consigue una masa de campesinos sublevados como los movimientos de un autómata respecto a los de un ser humano. El enemigo no tiene otro medio contra el efecto de la revuelta popular que destacar muchas tropas para escoltar sus suministros, para ocupar las estaciones militares, los desfiladeros, puentes, etc. Así como las primeras intentonas de la sublevación serán pequeñas, también estos destacamentos serán débiles, porque se teme la gran dispersión de las fuerzas; es con esas débiles tropas con las que suele inflamarse entonces el fuego de la guerra popular, en algunos lugares se impera por el número, crece el valor y el ansia[268] y la intensidad de la lucha aumenta hasta acercarse al punto culminante que deberá decidir la situación.

Según nuestra concepción de la guerra popular, igual que la niebla y las nubes, no tiene por qué concretarse en ningún sitio[269], de lo contrario el enemigo dirigirá una fuerza adecuada contra ese núcleo, lo destruirá y hará gran cantidad de prisioneros; entonces el valor se hundirá, todo el mundo creerá que la cuestión principal está decidida, que todo esfuerzo es vano, y las armas caerán de las manos del pueblo. Pero, por otra parte, es preciso que esta niebla se concentre en masas más densas en ciertos puntos y forme nubes amenazadoras de las que pueda caer de pronto un poderoso rayo. Estos puntos estarán principalmente en las alas del teatro bélico enemigo, como ya hemos dicho. Entonces la sublevación popular tiene que reunirse en conjuntos mayores y más ordenados, con una pequeña adición de tropas regulares, de forma que gane el aspecto de un ejército ordenado y esté en condiciones de arriesgarse a empresas mayores. Desde estos puntos, la intensidad de la revuelta tiene que

descender hacia la retaguardia del enemigo, donde está expuesta a sus golpes más fuertes. Esas masas más compactas están destinadas a caer sobre las guarniciones considerables que el enemigo deja atrás, además insuflan temor y preocupación, aumentan la impresión moral del conjunto; sin ellas, el efecto total no sería lo bastante recio ni toda la situación lo bastante inquietante para el enemigo.

Esta configuración voluntaria[270] de toda la sublevación popular la consigue el general del modo más sencillo con las pequeñas tropas del ejército regular con las que apoya la revuelta. Sin un apoyo así, que sirva para dar ánimos, de unas cuantas tropas del ejército regular, la mayor parte de las veces a los habitantes les faltará confianza y empuje para recurrir a las armas. Cuanto más numerosas sean las tropas destinadas a esto tanto mayor será su atracción, tanto más grande la bola de nieve que se va formando. Pero esto tiene sus límites; en parte porque sería funesto dividir todo el ejército con este fin subordinado, disolverlo por así decirlo en la revuelta y formar así una línea de defensa extensa, débil en todos sus puntos, con lo que se podría estar seguro de que el ejército y la revuelta serían destruidos por igual; en parte también la experiencia parece enseñar que cuando hay demasiadas tropas regulares en provincias la guerra popular suele perder energía y eficacia; la causa es que, en primer lugar, se atraen a la provincia demasiadas tropas enemigas; en segundo lugar, los habitantes quieren confiarse ahora a las propias tropas regulares; en tercer lugar, la presencia de masas de tropa considerables reclama demasiado las energías de los moradores de otra forma: acuartelamientos, guías, suministros, etc.

Otro medio de prevenir una reacción eficaz del enemigo contra la guerra popular es al mismo tiempo uno de los principios fundamentales del uso de la misma: es el principio de que en este gran medio de defensa estratégico no se recurra nunca o raras veces a la defensa táctica. El carácter de un *combate popular* es el de todos los combates con malas tropas: gran violencia y calor en el arranque, pero poca sangre fría y poca resistencia a la larga[271]. Además, importa poco que una masa popular sea vencida y ahuyentada, porque está preparada para eso, pero no puede ser aniquilada, con innumerables muertos, heridos y prisioneros; tales derrotas pronto extinguirían el ascua. Estas dos singularidades se oponen por completo a la naturaleza de la defensa táctica. El combate defensivo exige una acción persistente, lenta, planificada, y una audacia

decidida; un mero intento, al que se puede renunciar en cuanto se quiera, nunca puede llevar al éxito en la defensa. Así que si la milicia popular se encarga de defender cualquier segmento de terreno nunca tiene que producirse un combate principal y decisivo; sucumbirá en él, por favorables que le sean las circunstancias. Puede y debe defender los accesos de una montaña, los diques de un pantano, los pasos de un río, mientras le sea posible, pero una vez atravesados debe dispersarse y proseguir su defensa con ataques inesperados, antes que dejarse concentrar y encerrar en un angosto y último refugio, en una posición defensiva en toda regla. Por bravo que sea un pueblo, por belicosas que sean sus costumbres, por grande que sea su odio contra el enemigo, por favorable que sea su suelo: es innegable que la guerra popular no puede mantenerse en una atmósfera de peligro demasiado densa. Si su combustible debe acumularse en algún sitio hasta formar un ascua importante, tiene que hacerlo en puntos muy alejados, donde tenga aire y no pueda ser ahogado de un gran golpe.

Después de estas consideraciones, que son más un pálpito de la verdad que un análisis objetivo, porque el objeto se ha dado demasiado poco y lo que hemos observado largo tiempo con nuestros propios ojos ha sido demasiado poco narrado, sólo tenemos que decir que el plan de defensa estratégica puede acoger la colaboración de la insurrección popular por dos vías distintas, a saber: o como un último medio de defensa después de una batalla perdida o como una asistencia natural antes de librar una batalla decisiva. Esto último presupone la retirada al interior del país y aquel tipo de reacción indirecta del que hemos hablado en los capítulos octavo y vigésimo cuarto de este libro. Así que aquí sólo vamos a decir unas pocas palabras sobre la insurrección después de una batalla perdida.

Ningún Estado debería hacer depender su destino, es decir, su entera existencia, de una batalla, por decisiva que sea. Si ha sido vencido, la aportación de nuevas fuerzas propias y el natural debilitamiento que todo ataque sufre a la larga pueden producir un vuelco en las cosas, o puede llegar ayuda exterior. Para morir siempre hay tiempo, e igual que es un impulso natural que el náufrago se aferre a una pajilla, así está en el orden natural del mundo moral que un pueblo ensaye los últimos recursos de su salvación cuando se ve empujado al borde del abismo.

Por pequeño y débil que sea un Estado en relación con su enemigo, no debe ahorrarse estos últimos esfuerzos, o habría que decir que no queda alma en él. Esto no excluye la posibilidad de salvarse con una paz llena de sacrificios de la ruina total, pero esta intención tampoco excluye por su parte la utilidad de nuevas medidas de defensa; no hacen la paz ni más difícil ni peor, sino mejor y más fácil. Aún son más necesarias cuando se espera ayuda de aquellos que están interesados en nuestra conservación. Un Gobierno, pues, que después de perder la batalla principal sólo piensa en hacer subir con rapidez al pueblo al lecho de la paz y, vencido por el sentimiento de una gran esperanza fallida, ya no siente en sí el valor y el ansia de acicatear todas las fuerzas, comete en todo caso por debilidad una gran inconsecuencia y demuestra que no era digno de la victoria y precisamente por eso era incapaz de alcanzarla.

Por tanto, por decidida que sea la derrota que un Estado ha sufrido, tiene que provocar, con la retirada del ejército al interior del país, la eficacia de las fortalezas y de las sublevaciones populares. En este sentido, es ventajoso limitar las alas del principal teatro bélico mediante montañas u otras regiones muy difíciles, que entonces se utilizan como bastiones cuyo fuego de flanco estratégico tiene que sostener el que avanza.

Si el vencedor está en medio de sus trabajos de asedio, si ha dejado atrás por doquier fuertes guarniciones para formar su línea de comunicaciones, o incluso ha destacado cuerpos para abrirse paso y mantener en orden las provincias vecinas, cuando ya está debilitado por las múltiples pérdidas de medios de combate vivos y muertos, es el momento de que el ejército de defensa vuelva a acudir a las barricadas y haga tambalearse al agresor en su forzada[272] situación por medio de un golpe bien aplicado.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

DEFENSA DE UN TEATRO BÉLICO

Quizá podríamos conformarnos con haber hablado de los *medios de defensa más importantes,* y no tocar la forma en que los mismos se enlazan a todo el plan de defensa hasta el último libro, cuando hablemos del plan de guerra; porque no sólo partirá de este plan de ataque y defensa, en el que se basa todo, y verá establecido por él sus líneas principales, sino que en muchos casos el plan de guerra mismo no será otra cosa que el ataque o la defensa en el más principal de los teatros bélicos. Pero no hemos podido empezar por el conjunto de la guerra, aunque en la guerra más que en ningún otro sitio las partes vienen determinadas por el todo y están penetradas y sustancialmente alteradas por el carácter del mismo, sino que hemos tenido primero que tomar conciencia con más claridad de objetos sueltos, como las partes separadas. Sin este avance de lo más sencillo a lo más complejo nos habría abrumado una masa de ideas imprecisas, y especialmente las múltiples interacciones que se dan en la guerra habrían confundido constantemente nuestras ideas. Así que vamos a aproximarnos un paso más al todo, es decir, vamos a considerar la defensa de un teatro bélico en sí y buscar el hilo con el que alinear los objetos tratados.

Según nuestra concepción, la defensa no es más que la forma más fuerte del combate. La conservación de las propias fuerzas armadas, la aniquilación de las enemigas, en una palabra: la victoria, es el objeto de esta lucha; pero desde luego, no es su finalidad última.

La conservación del propio Estado y la derrota del enemigo es ese fin, y otra vez en una palabra: la paz perseguida, porque en ella se equilibra el conflicto y termina en un resultado común.

¿Qué significa el Estado enemigo en relación a la guerra? Sobre todo su fuerza armada, luego su superficie; pero desde luego muchas cosas más, que pueden alcanzar una importancia predominante debido a circunstancias individuales; entre ellas están especialmente circunstancias de política exterior e interior, que a veces son más

decisivas que todo lo demás. Pero aunque la fuerza armada y la superficie del Estado enemigo no sean el Estado mismo, y tampoco eso agote todas las relaciones que el Estado puede tener con la guerra, esas dos circunstancias siguen siendo siempre *predominantes*, la mayor parte de las veces *infinitamente superiores en importancia* a todas las demás.[273] La fuerza armada debe proteger la superficie del propio Estado, conquistar la enemiga, pero la superficie del país nutre y regenera incesantemente la fuerza armada. Ambas dependen pues la una de la otra, se sustentan mutuamente, son igual de importantes entre sí. Pero en su interacción hay una diferencia. Cuando la fuerza armada es aniquilada, es decir, aplastada, incapaz de ulterior resistencia, la pérdida del país se sigue *eo ipso*; en cambio, de la conquista del país no se desprende, viceversa, la aniquilación de la fuerza armada, porque ésta puede ceder el terreno voluntariamente para conquistarlo después con tanta mayor facilidad. Incluso no sólo la total destrucción de la fuerza armada decide sobre el destino del país, sino que ya todo *debilitamiento considerable* de la misma conduce normalmente a una pérdida de terreno; en cambio, no toda pérdida importante de terreno conduce normalmente a un debilitamiento considerable de la fuerza armada; a la larga sí, pero no siempre dentro del espacio de tiempo en el que la guerra se decide.

De esto se desprende que la conservación y aniquilación de la fuerza armada preceden siempre a la posesión del país, es decir, que es a lo que primero debe aspirar el general, y que la posesión del país sólo se impone como fin allá *donde aquel medio no la cubre por completo*.[274]

Si toda la fuerza armada enemiga estuviera reunida en *un* ejército, y toda la guerra consistiera en *un* combate, la posesión del país dependería del resultado de ese combate; la aniquilación de las fuerzas armadas enemigas, la conquista del país enemigo y el aseguramiento del propio se desprenderían y serían en cierto modo idénticos a ello. La pregunta es: ¿qué puede mover al defensor a apartarse de esta forma del acto bélico, la más sencilla, y dividir su poder en el espacio? La respuesta es: la insuficiencia de la victoria que podría alcanzar con sus fuerzas unidas. Toda victoria tiene su círculo de influencia. Si éste alcanza a todo el Estado enemigo, es decir, a todas sus fuerzas armadas y superficie, si todas sus partes se ven arrastradas en el mismo movimiento que hemos dado al núcleo

de su poder, una victoria así es todo lo que necesitamos, y una división de nuestro poder carecería de motivo suficiente. Pero si hay partes del poder bélico enemigo y de los países adversarios sobre las que nuestra victoria no tendría efecto, tenemos que tener especialmente en cuenta esas partes, y como no podemos reunir la superficie, como el poder militar, en un único punto, tenemos que dividirlo para la defensa[275] de aquellas.

Sólo en Estados pequeños y redondeados es posible tal unidad del poder bélico y probable que todo dependa de la victoria sobre *éste*. En el caso de grandes masas de terreno en contacto en gran extensión con nosotros, o incluso en una alianza de tales Estados contra nosotros que nos rodee por varias partes, semejante unidad es del todo imposible en la práctica. Aquí por tanto serán necesarias divisiones de la fuerza y por tanto distintos teatros bélicos.

El círculo de influencia de una victoria dependerá naturalmente de la *magnitud* de la victoria, y esta de la *masa de las tropas vencidas*. Así que contra *la* parte en la que se reúnan la mayoría de las fuerzas enemigas podrá dirigirse *aquel golpe* cuyos efectos más felices tengan un mayor alcance; y estaremos tanto más seguros de este éxito cuanto mayor sea la masa de fuerzas propias que empleemos para ese golpe. Esta serie natural de pensamientos nos conduce a una imagen en la que podemos establecerla con más claridad, y es la de la naturaleza y efecto del centro de gravedad en la mecánica.

Así como el centro de gravedad se encuentra siempre allá donde se concentra la mayor cantidad de masa, y así como cada golpe contra el centro de gravedad de la carga es el más eficaz, y además el golpe más fuerte se consigue con el centro de gravedad de la fuerza, así es en la guerra. Las fuerzas armadas de cada beligerante, ya sea en un Estado o en una alianza de Estados, tienen una cierta unidad, y a través de esta cohesión; pero allá donde hay cohesión aparecen las analogías con el centro de gravedad. Hay por tanto en estas fuerzas armadas ciertos centros de gravedad cuyo movimiento y dirección decide sobre los otros puntos, y estos centros de gravedad se encuentran allá donde se concentra la mayoría de las fuerzas. Pero así como en el mundo de los cuerpos muertos la acción contra el centro de gravedad tiene su medida y su límite, así ocurre también en la guerra, y tanto aquí como allá un golpe puede fácilmente ser

mayor de lo que la resistencia tolera, y producirse por tanto un golpe de aire, un despilfarro de fuerzas.

¡Qué distinta es la cohesión del ejército bajo *una* bandera, conducido a la batalla por el mando personal de *un* general, de la de una *fuerza militar aliada* extendida a lo largo de 50 o 100 millas o incluso basada en distintos sitios! Allí la cohesión es la más fuerte, la unidad la más próxima; aquí la unidad está muy lejana, a menudo sólo se encuentra en la común intención política, y como sólo está presente de manera pobre e incompleta y la cohesión entre las partes es la mayoría de las veces muy débil, a menudo es del todo ilusoria.

Si por tanto la fuerza que queremos dar al golpe impone por una parte la mayor concentración de poder, por otra tenemos que temer toda exageración como un auténtico perjuicio, porque lleva consigo un despilfarro de fuerzas, y este a su vez la *falta de fuerza* en otros puntos.

Distinguir este *centra gravitatis* en la fuerza militar enemiga, reconocer su círculo de influencia, es por tanto un acto principal del juicio estratégico. Habrá que preguntarse cada vez qué efectos producirá el avance y retroceso de una parte de las fuerzas enfrentadas sobre las demás.

No creemos con esto en modo alguno haber inventado un nuevo procedimiento, sino que sólo hemos basado el procedimiento de todos los tiempos y generales en ideas que pretenden aclarar la relación del mismo con la naturaleza de las cosas.

Veremos en el último libro cómo actúa esta idea del centro de gravedad del poder enemigo en todo el plan de guerra, porque allí es donde se trata este objeto, y sólo lo hemos tomado prestado para no dejar ningún hueco en la hilación de nuestros pensamientos. Hemos visto en esta consideración lo que condiciona la división de las fuerzas armadas. En el fondo, hay dos intereses contrapuestos; el uno, *la posesión del país,* empuja a dividir las fuerzas; el otro, *el golpe contra el centro de gravedad del poder enemigo,* vuelve a reunirlas hasta un cierto grado.

Así surgen los teatros bélicos o los distintos territorios de los ejércitos. Se trata de delimitaciones de la superficie del país y de la fuerza repartida sobre ella tales que toda decisión tomada por el poder principal en ese terreno se extiende directamente por todo el conjunto y lo arrastra en esa dirección. Decimos *directamente*

porque naturalmente la decisión en un teatro bélico tiene que tener una influencia más o menos lejana en los vecinos a él.

Tenemos que volver a recordar expresamente, aunque esté ya en la naturaleza del asunto, que, aquí como en todas nuestras definiciones, sólo afectamos a los puntos centrales de ciertos ámbitos, no queremos ni podemos trazar sus límites mediante líneas definidas.

Creemos pues que un teatro bélico, por grande o pequeño que pueda ser, representa con su fuerza armada, sea cual sea el volumen que tenga, una unidad tal que se puede reducir a *un* centro de gravedad. En este centro de gravedad debe darse la decisión, y ser vencedor aquí significa defender el teatro bélico en el sentido más amplio.

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

CONTINUACIÓN

Pero la defensa consta de dos elementos distintos, a saber: la *decisión* y la *espera*. La unión de estos dos elementos va a ser el objeto de este capítulo.

Primero tenemos que decir que el estado de espera no es sin duda la defensa perfecta, pero sí el terreno de la misma en el que avanza hacia su fin. Mientras una fuerza armada no ha abandonado la franja de terreno que se le ha confiado, la tensión de las fuerzas en la que el ataque pone a ambas partes continúa; sólo la decisión trae la calma, y esta decisión, sea cual sea, sólo ha de considerarse dada cuando o el atacante o el defensor hayan abandonado el teatro bélico.

Por tanto, mientras una fuerza armada se afirma en su terreno dura su defensa del mismo, y en este sentido la defensa del teatro bélico es idéntica a la defensa *en el mismo*. Al respecto es indiferente si el enemigo ha tomado entretanto mucho o poco de esa franja, porque sólo se le ha dado en préstamo.

Pero esta concepción, con la que queremos poner el estado de espera en su auténtica relación con el conjunto, sólo es cierta cuando realmente ha de darse una decisión y es considerada inevitable por ambas partes. Porque sólo con esta decisión los centros de gravedad del mutuo poder y los teatros bélicos que emanan de ellos se convierten en *cosas activas*. En cuanto desaparece la idea de una decisión se neutralizan los centros de gravedad, en un cierto sentido incluso lo hacen todas las fuerzas armadas, y entonces se impone como finalidad directa la posesión de la superficie del país, que es el segundo miembro principal de todo el teatro bélico. En otras palabras: cuanto menos busquen ambas partes en una guerra los golpes decisivos, cuanto más haya una mera observación mutua, tanto más importante será la posesión de terreno, tanto más aspirará el defensor a cubrirlo todo directamente, tanto más aspirará el atacante a extenderse mientras avanza.

Ahora bien, no se puede ocultar que la gran mayoría de las guerras y campañas están más cerca de un puro estado de observación que de una lucha a vida o muerte, es decir, de una lucha en la que por lo menos una de las partes busca la decisión a toda costa. Sólo las guerras del siglo XIX han tenido este último carácter en tan alto grado que se podría hacer uso de una teoría que partiera de ellas. Pero como difícilmente todas las guerras futuras irán a tener este carácter, más bien cabe prever que la mayoría vuelva a inclinarse hacia el carácter de observación, una teoría que deba servir para la vida real tiene que tenerlo en cuenta. Por eso nos dedicaremos primero al caso de que la idea de una decisión penetre y guíe el conjunto, que es el caso de la verdadera guerra, si podemos expresarnos así, de la guerra absoluta, y luego tomaremos en consideración en otro capítulo aquellas modificaciones producidas por la mayor o menor aproximación al estado de observación.

En el primer caso, pues, donde o bien tenemos que esperar una decisión del atacante o buscarla nosotros, porque aquí para nosotros las dos cosas son lo mismo, la defensa de un teatro bélico consistirá en que nos afirmemos en el mismo de tal manera que podamos provocar la decisión con ventaja en todo momento. Esta decisión puede consistir en una batalla, puede consistir en una serie de otros grandes combates, pero también puede ser el resultado de meras circunstancias surgidas de la disposición de las fuerzas enfrentadas, es decir, de *posibles combates*.

Si la batalla no fuera además el medio de decisión más distinguido[276], más habitual y eficaz, como creemos haber demostrado ya en varias ocasiones, bastaría con que estuviera entre los medios de decisión para exigir la *mayor concentración de fuerzas* que las circunstancias permitieran. Una batalla principal en el teatro bélico es el golpe del centro de gravedad contra el centro de gravedad; cuantas más energías podamos concentrar en el nuestro, tanto más seguro y mayor será el efecto. Así que todo empleo parcial de las fuerzas que no está provocado por un fin que, o no puede alcanzarse por la batalla feliz, o condiciona el feliz resultado de la batalla misma, es *desdeñable*.

Pero no sólo la mayor concentración de fuerzas es la condición básica, sino también una disposición y situación de las mismas tal que puedan dar la batalla en las pertinentes condiciones ventajosas.

Los distintos escalones de la defensa que hemos conocido en el capítulo dedicado a las formas de resistencia son completamente homogéneos a estas condiciones básicas, así que no puede costar trabajo enlazar con ellos según las necesidades del caso concreto. Pero un punto parece a primera vista encerrar en sí una contradicción, y requiere tanto más desarrollo cuanto que es uno de los más importantes de la defensa, y es la localización del centro de gravedad enemigo.

Si el defensor se entera con tiempo suficiente de por qué carreteras avanzará el enemigo, y por cuál vendrá infaliblemente el núcleo de su poder, podrá salirle al paso en ella. Este caso será el habitual, porque aunque en las medidas generales, en la disposición de plazas fuertes, grandes depósitos de armas y la situación de paz de las fuerzas la defensa precede al ataque y éste es por tanto su hilo conductor, en la verdadera apertura del acto en relación con el poder que sale a campaña la defensa tiene la última palabra, con la ventaja que le es propia.

El avance con una fuerza considerable por territorio enemigo exige importantes preparativos en cuanto a acumulación de víveres, equipamiento, etc., que duran lo bastante como para dejar tiempo al defensor a organizarse, sin que quepa pasar por alto que el defensor necesita menos tiempo, porque en cualquier Estado las cosas están más preparadas para la defensa que para el ataque.

Sólo que, aunque esto es completamente cierto en la mayoría de los casos, sigue quedando siempre la posibilidad de que en el caso concreto el defensor albergue incertidumbre sobre la línea principal del avance enemigo, y este caso puede presentarse tanto más cuando la defensa se base en medidas que cuestan mucho tiempo, como la preparación de una posición fuerte, etc. Además, si el defensor se encuentra realmente en su línea de avance, y en todos los casos en que no le ofrezca una batalla ofensiva, el atacante puede apartarse de la posición adoptada por él modificando tan sólo un poco su dirección original, porque en la cultivada Europa nunca se está en un lugar tal que no haya caminos a derecha e izquierda que lo dejen a un lado. Evidentemente, en este caso el defensor no podría esperar a su adversario en una posición, por lo menos no con la intención de librar allí una batalla.

Antes de hablar de qué medios le quedan al defensor en este caso, tenemos que tomar en consideración con mayor detalle la

naturaleza de un caso así y la probabilidad de que se produzca.

Naturalmente, en todos los Estados y también en todos los teatros bélicos, que es de lo que tenemos que hablar ante todo, hay objetos y puntos en los que un ataque será especialmente eficaz. Nos parece lo más adecuado hablar de ellos, de forma más precisa y detallada, al tratar el ataque. Aquí nos limitaremos a decir que, si el objeto y punto más ventajoso para el ataque da al atacante un motivo para establecer la dirección de su avance, esta determinación también puede actuar sobre el defensor y tiene que guiarle en los casos en que no sabe nada de las intenciones del enemigo. Si el atacante no tomara la mejor dirección, se expondría a perder una parte de sus ventajas naturales. Vemos que, cuando el defensor está en esa dirección, el medio para eludirlo y dejarlo a un lado no se consigue gratis, sino que cuesta un sacrificio. De ello se desprende que por una parte el peligro del defensor de *errar la dirección de su adversario* y por otra la capacidad del atacante de *pasar de largo ante su adversario* no son tan grandes como parece a primera vista, porque hay un motivo determinado, la mayoría de las veces predominante, para tomar una u otra dirección, y en consecuencia el defensor, con sus dispositivos vinculados al lugar, no errará en la mayoría de los casos el núcleo del poder enemigo. En otras palabras: *si el defensor se ha apostado correctamente, la mayoría de las veces puede estar seguro de que su adversario le buscará*.

Pero esto no puede ni debe negar la posibilidad de que el defensor no coincida con sus preparativos con el agresor, y entonces se plantea la cuestión de qué debe hacer y cuánto le quedará de las verdaderas ventajas de su situación.

Si nos preguntamos qué caminos le quedan a un defensor ante el que el atacante pasa de largo, son los siguientes:

1. Dividir de antemano su poder, para estar seguro de encontrar al adversario con una parte y luego correr con las demás en ayuda suya.
2. Adoptar una posición con el poder unido y, en caso de que el atacante pase de largo, desplazarse rápidamente de costado. En la mayoría de los casos, este desplazamiento no podrá ser exactamente lateral, sino que la nueva posición tendrá que ser adoptada un poco más atrás.
3. Atacar de flanco al adversario con el poder unido.

4. Actuar sobre sus líneas de comunicación.
5. Hacer, con un contraataque sobre su teatro bélico[277], exactamente lo que hace el adversario al pasar de largo ante nosotros.

Aducimos aquí este último medio porque cabe imaginar el caso de que fuera eficaz; sólo que en el fondo contradice la intención de la defensa, es decir, los motivos por los que ha sido elegido, por lo que sólo puede ser considerado una anomalía que no pueden causar más que grandes errores del adversario u otras peculiaridades del caso individual.

La acción sobre la línea de comunicación enemiga presupone una superioridad de las nuestras, y ésta es en todo caso una de las condiciones básicas de una buena posición defensiva. Pero si por eso esa acción debe prometer también siempre al defensor una cierta ventaja, en la defensa de un simple teatro bélico raras veces es adecuada para proporcionar la *decisión* que nos hemos fijado como finalidad de la campaña.

Normalmente, las dimensiones de un solo teatro bélico no son tan grandes como para que las líneas de comunicación tengan una gran sensibilidad, e incluso si la tienen, el tiempo que el adversario necesita para llevar a cabo su golpe es normalmente demasiado corto como para poder ser frenado, dada la lenta eficacia de aquel medio.

Por tanto, este medio contra un adversario resuelto a conseguir la decisión será en la mayor parte de los casos inútil, incluso aunque nosotros mismos deseemos vivamente esta decisión.

Los otros tres medios que le quedan al defensor están dirigidos a una decisión directa, a un encuentro del centro de gravedad con el centro de gravedad, son por tanto más adecuados a la tarea. Pero diremos de antemano que damos al tercero gran preferencia sobre los otros dos y, sin desechar del todo estos últimos, tenemos aquel en la mayoría de los casos por el verdadero medio de la resistencia.

En caso de disposición dividida, se corre el riesgo de verse envuelto en una guerra de posiciones, de la que en el mejor de los casos no puede salir nada más que una *resistencia relativa importante* frente a un adversario decidido, pero no una decisión como la que queremos; aunque se haya sabido evitar este extravío mediante una adecuada discreción, nuestro golpe siempre se verá notablemente debilitado por una resistencia temporalmente

dividida, y nunca se puede estar seguro de que los cuerpos avanzados en primer lugar no sufran pérdidas desproporcionadas. A esto se añade que la resistencia de ese cuerpo, que normalmente termina con una retirada sobre el poder principal que acude en auxilio, aparece la mayoría de las veces a los ojos de las tropas a la luz de un combate perdido y una medida errónea, y debilita notablemente de este modo las fuerzas morales.

El segundo medio de interponerse ante el adversario con el poder reunido en una posición allá donde éste quiere rehuirnos pone en peligro de llegar demasiado tarde y quedarse por tanto entre dos medidas. Además, una batalla defensiva requiere calma, reflexión, conocimiento y hasta familiaridad con el terreno, y no cabe esperar todo esto de un apresurado desplazamiento. Finalmente, las posiciones que constituyen un buen campo de batalla defensivo son demasiado infrecuentes como para poder presuponerlas en cualquier carretera y en cualquier punto de la misma.

En cambio, el tercer medio, atacar de flanco al agresor, ofrecerle por tanto una batalla con frentes análogos, está acompañada de grandes ventajas.

En primer lugar, siempre se produce, como sabemos, una puesta al descubierto de las líneas de comunicación, aquí de retirada, y forma parte de las circunstancias generales del defensor, y por consiguiente de las cualidades estratégicas que hemos reclamado a su posición, que el defensor esté por tanto en ventaja.

Además, y esto es lo principal, todo atacante que quiera dejar de lado a su adversario se ve envuelto en dos aspiraciones del todo contrapuestas. Originariamente quiere avanzar, para alcanzar el objeto del ataque; pero la posibilidad de ser atacado de flanco en cualquier momento engendra la necesidad de dirigir un golpe hacia ese lado en cualquier momento, y un golpe con el poder reunido. Estas dos aspiraciones se contradicen, y engendran tal confusión en las relaciones internas, tal dificultad en las medidas, que deben ser adecuadas para todos los casos, que desde el punto de vista estratégico difícilmente puede haber una situación peor. Si el atacante supiera con certeza el punto y el momento en el que va a ser atacado, podría prepararlo todo para ello con arte y habilidad, pero, en la incertidumbre y dada la necesidad de avanzar, apenas puede dejar de ocurrir que, si la batalla llega, lo encuentre en unas

circunstancias altamente precarias y por tanto sin duda nada ventajosas.

Por tanto, si hay un momento favorable para que el defensor ofrezca una batalla ofensiva, sin duda será en tal situación. Si pensamos que además el defensor tiene a su disposición el conocimiento de la elección del terreno, y que puede preparar e iniciar sus movimientos, no se podrá dudar de que incluso en estas circunstancias afirmará una decidida superioridad estratégica sobre su adversario.

Creemos pues que un defensor que se encuentra en una buena posición con el poder reunido puede esperar tranquilamente el paso de su adversario y, si éste no lo busca en su posición, y si el efecto sobre su línea de comunicación no correspondiera con las circunstancias, sigue teniendo en el ataque de flanco un excelente medio de decisión.

Si en la Historia faltan casi por completo casos de este tipo, se debe en parte a que los defensores raras veces han tenido el valor de persistir en una posición así, sino que o bien se han dividido o se han anticipado al atacante mediante apresuradas marchas transversales o diagonales, o precisamente a que ningún atacante osa pasar de largo entre un defensor, y normalmente eso detiene su movimiento.

En este caso pues el defensor se ve forzado a una batalla defensiva; tiene que prescindir de las otras ventajas *de la espera, una posición fuerte, buenos atrincheramientos,* etc.; la situación en la que encuentra al enemigo que avanza no puede sustituir estas ventajas en la generalidad de los casos, porque precisamente para rehuirlas es por lo que el atacante se ha expuesto a esta situación; pero le ofrece siempre una *cierta compensación,* y por tanto la teoría no se ve aquí por ejemplo en el caso de que una magnitud desaparezca de golpe de la cuenta, de ver cómo se anulan mutuamente el pro y el contra, como ocurre con tanta frecuencia cuando los historiadores críticos insertan un fragmento de teoría.

Pero no debemos creer que estamos tratando aquí con sutilezas lógicas: más bien este objeto se presenta, cuanto más se tiene en cuenta desde el punto de vista práctico, como una idea que abarca todo el sistema defensivo, lo penetra por doquier y lo regula.

Sólo cuando el defensor esté decidido a atacar a su adversario con todas sus fuerzas en cuanto pase de largo ante él podrá rehuir con seguridad los dos abismos ante los que tan cerca pasa la defensa:

una disposición dividida y un desplazamiento apresurado. En ambos acepta la ley del agresor; en ambos se sirve de medidas de la máxima provisionalidad y el más peligroso apresuramiento, y allá donde un adversario decidido, sediento de victoria y decisión, ha topado con un sistema defensivo así, lo ha destruido. Pero si el defensor ha concentrado su poder en el punto adecuado para dar un golpe común, para caer de flanco sobre su adversario con ese poder, en el peor de los casos, tiene y seguirá teniendo *razón* y seguirá apoyado en todas las ventajas que la defensa puede ofrecerle en su situación. *Buena preparación, calma, seguridad, unidad* y *sencillez* serán el carácter de su acción.

No podemos menos de recordar aquí un gran acontecimiento histórico que se ve tocado de cerca por los conceptos desarrollados aquí, principalmente para prevenir una falsa referencia a él.

Cuando, en octubre de 1806, el ejército prusiano esperaba en Turingia al francés al mando de Bonaparte, el primero se encontraba entre las dos principales carreteras sobre las que podía avanzar el último, la de Erfurt y la que va por Hof a Leipzig y Berlín. La intención primigenia de invadir Franconia precisamente a través del bosque turingio y después, una vez abandonada esa intención, la incertidumbre acerca de por cuál de las dos carreteras vendrían los franceses, motivó esa posición intermedia. Como *tal*, hubiera tenido que causar la medida del desplazamiento rápido.

Esa era también la idea en caso de que el enemigo hubiera venido a través de Erfurt, porque los caminos hacia allí eran completamente accesibles; en cambio, no cabía pensar en un desplazamiento hacia la carretera de Hof, en parte porque se estaba a dos o tres días de marcha de esa carretera, en parte porque en medio estaba la profunda incisión del río Saale; pero nunca fue ésa la intención del duque de Braunschweig, y no se hizo ningún tipo de preparativo al respecto. En cambio, siempre fue la intención del príncipe de Hohenlohe, es decir, del coronel Massenbach, que quería arrastrar por la fuerza al duque a esa idea. Aún menos cabía hablar de pasar de la posición tomada en la orilla izquierda del Saale a una batalla ofensiva contra el avance de Bonaparte, es decir, a un ataque de flanco como el que hemos indicado arriba; porque si el Saale era un reparo a la hora de presentarse ante el enemigo en el último momento, aún tenía que serlo mucho mayor a la hora de pasar en ese instante a un ataque cuando ya tenía que tener en su poder la otra

orilla, por lo menos en parte. El duque decidió pues esperar lo que viniera detrás del Saale, si aún se puede dar el nombre de decisión individual a lo que ocurrió en ese multicéfalo cuartel general y en esa hora de auténtica confusión y máxima indecisión.

Fuera como fuese esa espera, de ella se desprendía que:

a) se podía atacar al enemigo si cruzaba el Saale para buscar al ejército prusiano, o
b) si lo dejaba[278] para atacar su línea de comunicación, o
c) si se encontraba aconsejable y hacedero, desplazarse hacia Leipzig mediante una rápida marcha de flanco.

En el primer caso, debido al enorme valle del Saale el ejército prusiano se encontraba en una gran superioridad estratégica y táctica; en el segundo, en una igual de buena puramente estratégica, porque el enemigo tenía una base muy estrecha entre nosotros y la neutral Bohemia, mientras la nuestra era extraordinariamente ancha; incluso en el tercero, cubierto por el Saale, seguía estando en una situación nada desventajosa. Todos estos casos llegaron a discutirse en el cuartel general, a pesar de la confusión y falta de claridad del mismo, pero desde luego no es sorprendente que, mientras una *idea* se mantiene en pie en medio del desconcierto y la indecisión, su *ejecución* tiene que hundirse en ese torbellino.

En los dos primeros casos, la posición en la orilla izquierda del Saale fue considerada una auténtica posición de flanco, e indiscutiblemente tenía muy buenas condiciones como tal; pero desde luego una posición de flanco con un ejército poco seguro de lo que hacía era *una medida muy audaz* contra un enemigo muy superior, *contra un Bonaparte*.

Tras larga indecisión, el duque eligió el día 13 la última de las tres medidas indicadas, pero era demasiado tarde. Bonaparte ya estaba cruzando el Saale, y hubo que librar las batallas de Jena y Auerstedt. El duque, en su indecisión, se había quedado entre dos aguas; para el *desplazamiento* abandonó la zona demasiado tarde, y para una *batalla oportuna* demasiado pronto. Ello no obstante, la fuerte naturaleza de esta posición se demostró de tal modo que el duque pudo aniquilar el ala derecha de su adversario en Auerstedt, mientras el príncipe Hohenlohe se escapaba del lazo en un sangriento combate de retirada; pero en Auerstedt no se atrevieron a

insistir en buscar la victoria, que era *infalible,* y en Jena creyeron poder contar con una que era *completamente imposible*.

En cualquier caso, Bonaparte tuvo tal percepción de la importancia estratégica de la posición junto al Saale que no se atrevió a pasar de largo ante ella, sino que se decidió a cruzar el río a la vista del enemigo.

Con lo que hemos dicho, creemos haber indicado suficientemente las circunstancias de la defensa respecto al ataque en el caso de la acción decisiva, y haber mostrado los hilos con los que se pueden anudar los distintos objetos de los planes de defensa conforme a su situación y relaciones. No puede ser nuestra intención recorrer aún más en detalle las distintas disposiciones porque conduce a un campo inagotable de casos individuales. Si el general se ha marcado una determinada orientación, él verá cómo adaptar las circunstancias geográficas, estadísticas, políticas, materiales y personales de su ejército al enemigo, y cómo condicionan su proceder de una u otra manera.

Pero para enlazar aquí más en detalle la intensificación de la defensa que hemos visto en el capítulo dedicado a las formas de resistencia y volverla a poner ante nuestros ojos, vamos a indicar aquí las cuestiones generales que se nos imponen en relación con la misma.

1. Las razones para salir al paso del enemigo con una batalla ofensiva pueden ser las siguientes:

a) Cuando sabemos que el atacante avanzará con el poder muy dividido, y por tanto, incluso en caso de gran debilidad, tenemos la expectativa de una victoria.

Semejante proceder del agresor es en sí muy improbable, y en consecuencia ese plan sólo será bueno en el caso del que ya hemos hablado; porque contar con eso y poner todas las esperanzas en una mera *presuposición* carente de motivo suficiente suele conducir a una situación desventajosa. Si las circunstancias no se dan como se esperaba, hay que renunciar a la batalla ofensiva, y si no se está preparado para una defensiva hay que empezar con una retirada involuntaria y dejar casi todo al azar.

Más o menos eso fue lo que ocurrió con la defensa que el ejército al mando de Dohna hizo contra los rusos en la campaña de 1759, y

que terminó al mando de Wedel en la desdichada batalla de Züllichau.

Los planificadores recurren demasiado a este medio porque acorta mucho la cuestión, sin preguntarse mucho hasta qué punto están motivadas las suposiciones en las que se basa.

b) Cuando somos lo bastante fuertes para la batalla.

c) Cuando un adversario muy torpe e indeciso invita especialmente a ella.

En este caso, el efecto de lo inesperado puede valer más que toda la asistencia del terreno en una buena posición. Esta es la verdadera esencia de una buena dirección de la guerra, poner de este modo en juego el poder de las fuerzas morales; pero la teoría no podrá decirlo lo bastante alto ni con bastante frecuencia: tiene que haber *razones objetivas* para hacer estas suposiciones; sin estas *razones individuales,* hablar de sorpresa, de la preponderancia de un ataque inesperado, construir sobre él planes, consideraciones, críticas, es un procedimiento completamente inadmisible y carente de fundamento[279].

d) Cuando la condición de nuestro ejército es especialmente adecuada para el ataque.

Sin duda no se trataba de una idea vacía o errónea cuando Federico el Grande creía poseer, con su ejército móvil, valeroso, confiado, acostumbrado a la obediencia, ejercitado en la precisión, animado y elevado por el orgullo, y con su ensayada forma de ataque oblicuo, un instrumento mucho más adecuado para el ataque que para la defensa en su mano firme y audaz; sus adversarios carecían de todas esas cualidades, y precisamente en ese sentido él contaba con la más decidida superioridad; en la mayoría de los casos, hacer uso de ella podía valer más para él que llamar en su auxilio a las trincheras y obstáculos del terreno. Pero tal superioridad siempre será rara; un ejército bien ejercitado, práctico en los grandes movimientos, es sólo *una parte* de ella. Cuando Federico el Grande afirma que las tropas prusianas son especialmente hábiles en el ataque, y se ha repetido después incesantemente, no hay que dar demasiado valor a tal manifestación: en la mayoría de los casos, en la guerra uno se siente mucho más ligero y valeroso a la hora del ataque que en la defensa; pero este es un sentimiento que todas las tropas tienen, y además apenas hay un ejército del que sus generales y caudillos no hayan hecho la misma afirmación. Por eso, no hay que

ceder aquí de forma frívola a la apariencia de una superioridad y perder por eso ventajas reales.

Un motivo muy natural y de mucho peso para la batalla ofensiva puede ser la composición de las armas, concretamente mucha caballería y poca artillería.

Proseguimos la enumeración de los motivos:

e) Cuando no se puede encontrar una buena posición.

f) Cuando tenemos que apresurar la decisión.

g) Por fin, la acción conjunta de varios o todos estos motivos.

2. La espera del adversario en una región en la que se le quiere atacar (Minden, 1759) tiene su motivación más natural en:

a) Que no haya tan gran desproporción de fuerzas en perjuicio nuestro como para buscar una posición fuerte y reforzada.

b) Que se encuentre una región especialmente adecuada para ello. Las cualidades que lo determinan forman parte de la táctica, vamos a mencionar tan sólo que residirán especialmente en un acceso fácil por nuestra parte y en toda clase de obstáculos por la enemiga.

3. Se adoptará una posición para esperar realmente el ataque enemigo:

a) Cuando la desproporción de fuerzas nos obligue a buscar protección en los accidentes del terreno y detrás de trincheras.

b) Cuando la región ofrezca una espléndida posición de este tipo.

Las formas de resistencia 2 y 3 merecerán más consideración en la medida en que no busquemos la decisión, nos conformemos con un éxito negativo y podamos esperar de nuestro adversario que titubee, sea indeciso y finalmente se atasque en sus planes.

4. Un campo atrincherado inexpugnable sólo cumple su finalidad:

a) Cuando está en un punto estratégico especialmente bueno.

El carácter de tal posición es que no se pueda ser superado en ella; el enemigo está pues obligado a probar cualquier otro medio, es decir, a perseguir su fin sin consideración a la posición o a rodearla y vencerla por hambre; si no está en condiciones de hacerlo, las propiedades estratégicas de esa posición tienen que ser muy grandes.

b) Cuando se está en el caso de esperar ayuda exterior.

Este fue el caso del ejército sajón en su posición de Pirna. A pesar de lo que se ha dicho sobre el mal resultado de esta medida, sigue siendo cierto que 17.000 sajones nunca hubieran podido neutralizar de otra forma a 40.000 prusianos. Si el ejército austriaco no hizo mejor uso en Lobositz de la superioridad que eso le daba, esto sólo demuestra lo mala que fue toda la dirección y preparación de la guerra, y no cabe duda de que si los sajones, en vez de ir al campo de Pirna, se hubieran ido a Bohemia, Federico el Grande hubiera empujado más allá de Praga a austriacos y sajones en la misma campaña y habría tomado ese lugar. Quien no quiera hacer valer esa ventaja y no piense más que en que todo el ejército fue hecho prisionero no sabe hacer cuentas de este tipo, y sin cuentas no hay resultado seguro.

Pero como los casos a) y b) son muy raros, la medida del campo atrincherado es en todo caso una que hay que madurar, y que raras veces tiene buena aplicación. La esperanza de *impresionar* al enemigo mediante un campo así y paralizar de este modo toda su actividad está unida a un gran peligro, a saber: el de tener que batirse sin retirada. Si Federico el Grande alcanzó así su finalidad en Bunzelwitz, hay que admirar su correcta valoración de su adversario, pero desde luego, al mismo tiempo y más de lo permitido en otros casos, fijarse en los medios que habría encontrado en el último momento para abrirse camino con las ruinas de su ejército, y en la *irresponsabilidad* de un rey.

5. Si una o varias fortalezas se encuentran en las cercanías de la frontera, surge la cuestión principal de si el defensor debe buscar la decisión delante o detrás de ellas. Esto último viene motivado:

a) Por la superioridad del enemigo, que nos obliga a quebrar su poder antes de combatirlo.

b) Por la cercanía de esas fortalezas, para que el sacrificio de tierra no sea mayor de lo que estamos obligados a hacer.

c) Por la capacidad de defensa de las fortalezas.

Una de las principales finalidades de las fortalezas es indiscutiblemente, o debería ser, quebrar el avance del poder enemigo y debilitar de forma considerable aquella parte de la que exigimos la decisión. Si vemos hacer tan raras veces este uso de las fortalezas, ello se debe a que el caso en que una de las dos partes busque una decisión se da muy raras veces. Pero de este caso es del

que hablamos aquí. Vemos pues como un principio tan sencillo como importante, en todos los casos en que el defensor tiene una o varias fortalezas en sus proximidades, ponerlas delante de sí y dar la batalla decisiva detrás de las mismas. Admitimos que una batalla que perdemos a este lado de nuestras fortalezas nos hace retroceder más hacia nuestro país que si la hubiéramos perdido con los mismos resultados tácticos al otro lado, aunque las causas de esta diferencia se fundamentan más en la imaginación que en cosas materiales; también queremos recordarnos a nosotros mismos que una batalla más allá de las fortalezas puede darse en una posición bien elegida, mientras una a este lado tiene que ser en muchos casos una batalla ofensiva, concretamente si el enemigo asedia la fortaleza y ésta está por tanto en peligro de perderse; pero, ¿qué son estos sutiles matices contra la ventaja de que en la batalla decisiva encontremos al enemigo debilitado en un tercio o un cuarto de su poder o, si hay varias fortalezas, incluso en la mitad?

Creemos pues que en todos los casos de *decisión inevitable,* ya sea porque el adversario o nuestro propio general la busca, y en los que no estemos bastante seguros de nuestra victoria sobre el poder enemigo, o en los que la región no ofrezca un motivo apremiante para dar la batalla más adelante, en todos estos casos, decimos, una fortaleza próxima y capaz de resistir tiene que ser el motivo más apremiante para retirarnos de antemano detrás de ella y buscar la decisión a este lado, es decir, bajo su influencia. Si adoptamos nuestra posición tan cerca de la fortaleza como para que el atacante no pueda ni asediarla ni sitiarla sin habernos expulsado, le pondremos también en la necesidad de atacarnos en nuestra posición. Por eso, de todas las medidas defensivas en situaciones peligrosas, ninguna nos parece tan sencilla y eficaz como la elección de una buena posición detrás de una fortaleza importante.

Pero desde luego la cuestión se plantearía de otro modo si la fortaleza estuviera mucho más retrasada, porque entonces se cedería una parte importante del teatro bélico; un sacrificio que, como sabemos, sólo se hace cuando las circunstancias lo requieren. En este caso, esta medida se aproxima más a la retirada al interior del país.

Otra condición es la capacidad de resistencia de la plaza. Como es sabido, hay plazas fortificadas, especialmente las grandes, que no pueden ser puestas en contacto con el ejército enemigo porque no están a la altura de un violento ataque con una masa de tropa

importante. En este caso, nuestra posición tendría que estar al menos tan próxima como para poder apoyar a la guarnición.

6. Finalmente, la retirada al interior del país sólo es una medida natural en las siguientes circunstancias:

a) Cuando nuestra proporción moral y física respecto al adversario no permita pensar en una feliz resistencia en la frontera o en sus proximidades.

b) Cuando ganar tiempo sea fundamental.

c) Cuando las circunstancias del país den pie a ello, de lo que ya hemos hablado en el capítulo vigésimo quinto.

Concluimos con esto el capítulo dedicado a la defensa de un teatro bélico cuando se busca la decisión por una u otra parte, cuando ésta es inevitable. Pero, naturalmente, tenemos que recordar que en la guerra los casos no se presentan con tanta claridad, y que por tanto, si se trasladan nuestros principios y desarrollos intelectuales a la guerra real, habrá que tener presente también el capítulo trigésimo e imaginar en la mayoría de los casos a los generales entre dos posturas, *más próximos* a la una o a la otra según las circunstancias.

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

CONTINUACIÓN.
RESISTENCIA SUCESIVA

Hemos mostrado en los capítulos doce y trece del Libro Tercero que en la estrategia una resistencia sucesiva no está en la naturaleza del caso, y que todas las fuerzas existentes deben utilizarse al mismo tiempo.

Esto no requiere mayor explicación para las fuerzas armadas móviles; en cambio, cuando consideramos como fuerza armada el territorio bélico mismo, con sus fortalezas, segmentaciones e incluso con su mera extensión, ésta es inmóvil, y por tanto sólo podemos ponerla poco a poco en actividad, o tenemos que retroceder tanto de golpe como para que todas las partes que han entrar en acción queden delante de nosotros. Entonces, se ponen en marcha todas las posibilidades que el territorio de un ejército tiene para el debilitamiento del ejército enemigo. El enemigo tiene que sitiar nuestras fortalezas, tiene que asegurar la superficie del país mediante guarniciones y otros puestos, tiene que dejar atrás largos caminos, traerlo todo por largos caminos, etc. Todos estos efectos los sufre el atacante ya avance *antes o después de la decisión,* sólo que en el primer caso serán un poco más fuertes que en el último. De esto se desprende pues que, si el defensor quiere aplazar la decisión, tiene un medio para ello en poner en juego todas esas fuerzas inmuebles a la vez.

Por otra parte, está claro que ese aplazamiento de la decisión, *stricto sensu,* no puede tener efecto alguno sobre la esfera de influencia que el atacante dé a su victoria. Veremos esta esfera de influencia con más detalle al hablar del ataque, pero vamos a observar ya aquí que llega hasta donde la superioridad (es decir, el producto de la relación moral y física) se agota. Esta superioridad se agota por el desgaste de las fuerzas armadas que cuesta el teatro bélico y por las pérdidas en los combates; ambas partes no pueden ser modificadas sustancialmente porque los combates tengan lugar al

principio o al final o se produzcan delante o detrás. Creemos, por ejemplo, que una victoria de Bonaparte sobre los rusos en Vilna en 1812 le habría llevado igual de lejos que la de Borodino, suponiendo que hubiera tenido la misma fuerza, y que una en Moscú tampoco le habría llevado más lejos; Moscú era en todo caso el límite de esa esfera de victoria. No cabe dudar ni por un momento que una batalla decisiva en la frontera hubiera tenido (por otras razones) resultados mucho mayores, y quizá también una esfera de victoria más amplia. Por tanto, el aplazamiento de la decisión *no está condicionado*[280] para el defensor por esta parte.

En el capítulo dedicado a las formas de resistencia, hemos conocido ese aplazamiento de la decisión que puede ser considerado extremo con el nombre de *retirada al interior del país*, como una forma de resistencia propia en la que importa más que el atacante se desgaste que el que sea aniquilado por la espada de la batalla[281]. Pero sólo si tal intención se hace predominante puede considerarse el aplazamiento de la decisión como una *forma de resistencia* propia, porque de lo contrario está claro que podrían pensarse infinidad de grados, y que estos se podrían conectar con todos los medios de la defensa. Vemos pues la influencia más o menos fuerte del teatro bélico no como una forma de resistencia propia, sino sólo como una adición arbitraria de los medios de resistencia inmuebles según las necesidades de las circunstancias.

Pero si un defensor cree no necesitar esas fuerzas inmuebles para su decisión, o si los sacrificios de otra índole vinculados a ello le resultan demasiado grandes, le quedan para más adelante y forman entonces, en cierto modo, nuevos refuerzos que no ha podido esperar; y así pueden convertirse en los medios con los que la misma fuerza móvil haga seguir a la primera decisión una segunda y a esta quizá una tercera, es decir, se hace posible de este modo un empleo *sucesivo* de la fuerza.

Si el defensor ha perdido junto a la frontera una batalla que no ha sido precisamente una derrota, bien puede imaginarse que detrás de su próxima fortaleza estará ya en condiciones de acometer una segunda; incluso, si no tiene que vérselas con un adversario muy decidido, quizá un considerable trecho de terreno baste ya para detenerlo.

Por tanto, la estrategia en el desgaste del teatro bélico es, como en todo lo demás, *una economía*[282] *de fuerzas;* cuantas menos se

necesiten, tanto mejor; pero tienen que llegar, y naturalmente aquí, como en el comercio, se trata de algo distinto a un mero escatimar.

Sin embargo, para prevenir un gran malentendido tenemos que llamar la atención acerca de que aquella resistencia que aún se puede ofrecer e intentar después de una batalla perdida no es aquí el objeto de nuestra consideración, sino tan sólo cuánto éxito podemos prometernos *de antemano* de esta segunda resistencia, qué efecto podemos concederle en nuestro plan. Aquí casi no hay más que un punto que el defensor tiene que considerar, y es su adversario, concretamente su carácter y circunstancias. Un adversario de carácter débil, sin ninguna seguridad, sin ninguna grandiosa ambición o en unas circunstancias muy atadas, se conformará, en caso de tener suerte, con una ventaja moderada, y se detendrá titubeante ante cada nueva decisión que el defensor ose ofrecerle. En este caso, el defensor puede contar con hacer valer los medios de resistencia de su teatro bélico poco a poco, en actos de decisión siempre nuevos, aunque débiles en sí mismos, en los que para él se renueva siempre la expectativa de volver de su lado la decisión.

Pero quién no siente que nos encontramos ya en camino hacia las campañas sin decisión, y que éstas son mucho más el campo del empleo sucesivo de las fuerzas, de lo que aún diremos más en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

CONTINUACIÓN.
DEFENSA DE UN TEATRO BÉLICO
CUANDO NO SE BUSCA UNA DECISIÓN

En el último libro consideraremos con más atención si puede haber una guerra, y qué clase de guerra, en la que ninguna de las dos partes sea el atacante, es decir, ninguna quiera nada positivo; aquí no necesitamos ocuparnos de esa contradicción, porque podemos presuponer para un solo teatro bélico los motivos de una doble defensa[283] de este tipo en las relaciones que estas partes tengan con el todo.

Pero no sólo tales campañas carecerán del punto candente de una necesaria decisión, sino que también hay, si nos atenemos a la Historia, un montón de campañas en las que no falta un atacante, es decir, no falta una voluntad positiva por un lado, pero esa voluntad es tan débil que ya no persigue su objetivo a cualquier precio y provoca *necesariamente* una decisión, sino que el atacante no busca otras ventajas que las que se le quieran derivar de las circunstancias. O no persigue ningún objetivo determinado y fijado por él mismo, y se limita a cosechar los frutos que se le ofrecen con el paso del tiempo, o tiene un objetivo, pero lo hace depender de circunstancias favorables.

Aunque un ataque así, que se lanza contra un objetivo siguiendo la estricta necesidad lógica de un avance y recorre la campaña casi forzado, buscando a derecha e izquierda un fruto barato ocasional, se diferencia muy poco de la defensa misma, que también permite a su general cosechar esos frutos, vamos a aplazar la consideración filosófica más detallada de esta forma de dirigir la guerra hasta el libro dedicado al ataque, y a atenernos aquí sólo a la consecuencia de que en una campaña así ni el atacante ni el defensor pueden referirlo todo a la decisión, de que esta ya no es por tanto la clave de bóveda hacia la que podrían dirigirse todas las líneas de la estructura estratégica.

Si se tiene presente la Historia bélica de todos los tiempos y países, las campañas de este tipo no sólo son la mayoría, sino una mayoría tal que las otras parecen excepciones a la regla. Aunque en lo sucesivo esta proporción fuera a modificarse, sigue siendo cierto que siempre habrá un gran número de estas campañas, y que por tanto en la teoría de la defensa de un teatro bélico tenemos que prestar atención a las mismas. Trataremos de indicar las peculiaridades que presentan los bordes más extremos de este campo. El caso bélico real se encontrará la mayoría de las veces entre las dos direcciones opuestas, ora más próxima a la una, ora a la otra, y de ahí que sólo podamos ver la eficacia práctica de estas peculiaridades en la modificación que aporta su efecto sobre *la forma absoluta de la guerra*. Ya hemos dicho en el capítulo tercero de este libro que la espera es una de las mayores ventajas que la defensa tiene respecto al ataque; se da raras veces en la propia vida, pero menos aún en la guerra, que suceda todo lo que conforme a las circunstancias debía ocurrir. La imperfección del criterio humano, el miedo a un mal resultado, los azares que afectan al desarrollo de la acción, hacen que de todas las acciones ofrecidas por las circunstancias siempre haya un montón que no llegan a realizarse. En la guerra, donde la imperfección del conocimiento, el riesgo de catástrofe, la cantidad de azares, es incomparablemente mayor que en cualquier otra actividad humana, el número de omisiones, si queremos llamarlas así, tiene que ser necesariamente mucho mayor también. Este es el rico campo en el que la defensa cosecha frutos que crecen por sí solos. Si unimos a esta experiencia la importancia autónoma del terreno en la guerra, se desprende la máxima[284] que también es sagrada en la lucha pacífica, es decir, en el litigio jurídico: *beati sunt possidentes*; y esta máxima[285] es la que ocupa aquí el lugar de la *decisión*, que en todas las guerras orientadas a la *mutua derrota* es el punto candente de todo el recorrido. Es de una extraordinaria fertilidad, desde luego no en las acciones que provoca, pero sí en claves y motivos para no actuar y para aquella acción que se hace en interés de la no actuación. Allá donde no se busca ni cabe esperar una decisión, no hay motivo para ceder algo, porque esto sólo podría ocurrir para obtener ventajas de ello a la hora de la decisión. La consecuencia es que el defensor quiere retener, es decir cubrir, todo, o al menos tanto como sea posible, y el atacante tomar

tanto como pueda sin decisión, es decir, extenderse todo lo posible. Aquí sólo vamos a dedicarnos al primero.

Allá donde el defensor no está con sus fuerzas el atacante puede tomar posesión, y entonces la ventaja de la espera es *para él;* surge pues la aspiración de cubrir indirectamente el país y arriesgarse a que el adversario ataque las fuerzas dispuestas para la cobertura.

Antes de indicar con más detalle las peculiaridades de la defensa, tenemos que tomar prestados del libro dedicado al ataque aquellos objetos a los que éste suele aspirar en caso de una decisión no buscada. Son los siguientes:

1. La toma de una franja de terreno considerable, mientras esto pueda lograrse sin un combate decisivo.
2. La conquista de un almacén importante, con esa misma condición.
3. La conquista de una fortaleza no cubierta. Sin duda un asedio es una obra más o menos grande, que a menudo cuesta grandes esfuerzos, pero es una empresa que no tiene nada de la naturaleza de una catástrofe. En el peor de los casos, se puede renunciar a ella sin sufrir una pérdida positiva importante.
4. Finalmente, un combate feliz de alguna importancia, pero en el que no se arriesga mucho y en consecuencia no se puede ganar nada grande; un combate no como nudo exitoso de todo un plan estratégico, sino por sí mismo, por los trofeos, por el honor de las armas. Naturalmente, para una finalidad así no se libra el combate a cualquier precio, sino que o bien se espera del azar la ocasión o se trata de provocarla con habilidad.

Estos cuatro objetos del ataque provocan en el defensor las siguientes aspiraciones:

1. Cubrir las fortalezas, al dejarlas a sus espaldas.
2. Cubrir el país, al expandirse.
3. Donde no basta con la expansión, presentarse con rapidez mediante marchas de flanco.
4. Guardarse de combates desventajosos.

Está claro que las tres primeras aspiraciones tienen la intención de traspasar la iniciativa al adversario y extraer de la espera la mayor utilidad posible, y esa intención está tan hondamente fundada en la naturaleza del caso que sería una gran necedad desaprobarla de antemano. Tiene que ocupar necesariamente espacio en la medida en que menos quepa esperar la decisión, y en todas esas campañas representa siempre la esencia de los más profundos fundamentos, cuando incluso en la superficie de la acción, en los actos pequeños y no decisivos, puede darse un juego de la actividad a menudo bastante vivaz.

Tanto Aníbal como Fabio, tanto Federico el Grande como Daun honraron este principio cuando ni buscaban ni esperaban una decisión. La cuarta aspiración sirve de correctivo a las otras tres, es la *conditio sine qua non* de las mismas.

Ahora vamos a hacer algunas consideraciones más detalladas acerca de estos objetos.

Plantarse con el ejército delante de una fortaleza para protegerla de un ataque enemigo tiene a primera vista algo de absurdo, parece una especie de pleonasmo, porque las fortificaciones se construyen para resistir por sí mismas un ataque enemigo. Sin embargo, vemos mil y una veces tomar esta medida. Así ocurre con la dirección de la guerra, que las cosas más normales parecen a menudo las más incomprensibles. Pero, ¿quién podría tener el valor de declarar otros tantos errores esos mil y un casos, debido a esa aparente contradicción? La eterna recurrencia de esta forma demuestra que tiene que haber una razón profunda para ella. Pero esa razón no es otra que la indicada arriba, la inercia moral[286].

Si nos plantamos delante de una fortaleza, el enemigo no puede atacarla sin batir previamente a nuestro ejército; pero una batalla es una decisión; si no la busca, no dará la batalla, y nos quedaremos en poder de nuestra fortaleza sin disparar un tiro. Así pues, en todos los casos en los que creamos que el adversario no tiene intención de decidir, de lo que se tratará es de si se decide, porque la mayor probabilidad es de que no lo haga. Si se piensa que en la mayoría de los casos sigue quedando el recurso de retirarnos detrás de la fortaleza en el momento en que el enemigo, en contra de nuestra presunción, se apreste al ataque, esta disposición delante de ella aún tiene menos peligro, y la probabilidad *cercana* de mantener el *statu quo* sin sacrificio ni siquiera va acompañada de un *remoto* peligro.

Si nos situamos detrás de la fortaleza, damos al atacante un objeto que está hecho a la medida de sus circunstancias. Si la fortaleza no es muy importante y está mal preparada, emprenderá, bien o mal, el asedio; para que éste no termine con la toma, tendremos que avanzar para liberarla. La acción positiva, la iniciativa pasará por tanto a nosotros[287], y el adversario, que en su asedio ha de ser considerado como avanzando hacia su objetivo, estará a la defensiva. La experiencia enseña que el asunto siempre toma esta dirección, y está en su naturaleza que así sea. Como ya hemos dicho, un asedio no está vinculado a una catástrofe. El más débil, indeciso y perezoso de los generales[288], que jamás se habría decidido a dar una batalla, avanza sin reparos hacia el asedio en cuanto puede llegar hasta una fortaleza, aunque sólo sea con la artillería de campaña. En el peor de los casos, puede abandonar el asunto sin sufrir una pérdida positiva. A este giro en las circunstancias se añade el riesgo, al que la mayoría de las fortalezas está más o menos expuesta, de ser tomadas por asalto o de cualquier otra forma irregular, y sin duda esa circunstancia no puede ser ignorada en su cálculo de probabilidades por el defensor.

Por tanto, compensadas estas dos cuestiones, es natural que el defensor persiga, además de la ventaja de batirse en mejores circunstancias, la gran probabilidad de no tener que batirse *en absoluto*. De esta forma, la costumbre de situarse con las tropas delante de la propia fortaleza nos parece muy natural y sencilla. Federico el Grande casi siempre la observó con Glogau contra los rusos, con Schweidnitz, Neisse y Dresde contra los austriacos. Al duque de Bevern le salió mal en Breslau, detrás de Breslau no habría podido ser atacado; pero la superioridad del ejército austriaco durante la ausencia del rey y la circunstancia de que la aproximación de este último amenazaba con privar pronto a los austriacos de tal superioridad hicieron también que el momento de la batalla de Breslau *no fuera en modo alguno uno en el que no cabía esperar decisión*, de ahí que también la posición de Breslau parezca menos adecuada.[289] Sin duda también el duque de Bevern habría preferido situarse detrás de Breslau, si con eso no hubiera expuesto a un bombardeo a la localidad con sus reservas de provisiones, lo que el rey, que en esos casos tenía una mentalidad muy avara, hubiera tomado muy mal al duque. En última instancia, no se puede desaprobar que el duque *hiciera un intento* de asegurar Breslau por

medio de una posición atrincherada delante de ella, porque era muy posible que el príncipe Carlos de Lorena, satisfecho con la toma de Schweidnitz y amenazado por el avance del rey, se hubiera abstenido de más avances. Lo mejor habría sido no plantear la batalla muy en serio, sino retirarse pasando por Breslau en el momento en que los austriacos se hubieran aprestado al ataque; en ese caso, el duque de Bevern habría sacado todas las ventajas de la espera sin pagarla con un gran peligro.

Si hemos introducido y justificado aquí la disposición del defensor *delante* de las fortalezas por una razón superior y fundamental, también tenemos que observar que se añade a esto una razón subordinada, que desde luego es clara, pero no podría imperar por sí sola, porque no es fundamental. Y es el uso que el ejército suele hacer de la fortaleza más próxima como lugar de abastecimiento; esto es tan cómodo y tiene tantas ventajas que un general no puede decidirse fácilmente a satisfacer sus necesidades a partir de fortalezas más alejadas o a almacenar sus suministros en plazas abiertas. Pero si la fortaleza es lugar de abastecimiento del ejército, la disposición delante de la misma será necesaria en muchos casos y muy natural en la mayoría de ellos. Pero se ve que este motivo cercano, que puede ser fácilmente sobrestimado por aquellos que no preguntan mucho por los lejanos, ni basta para explicar todos los casos dados ni es lo bastante importante como para concederle el rango de la suprema decisión.

La conquista de una o varias fortalezas sin arriesgar una batalla es hasta tal punto la meta natural de todos los ataques que no van a parar a una gran decisión que el defensor hace de impedir esta intención objeto principal de toda su industria.[290] Por eso en los teatros bélicos en los que hay muchas fortalezas vemos girar casi todos los movimientos en torno a que el atacante trate de hacerse inopinadamente con una de ellas y emplee por eso algunas fintas, y el defensor en cambio trate siempre de adelantársele con bien preparados movimientos. Este es el carácter que atraviesa casi todas las campañas neerlandesas desde Luis XIV hasta el mariscal de Sajonia.

Hasta aquí sobre la cobertura de las fortalezas.

La cobertura del país mediante una disposición extendida de las fuerzas armadas sólo puede pensarse en unión de considerables obstáculos del terreno. Los grandes y pequeños puestos que hay que

formar sólo pueden adquirir una cierta capacidad de resistencia mediante posiciones fuertes, y como los obstáculos naturales raras veces se encuentran en cantidad suficiente, se les suma el arte del atrincheramiento. Ahora bien, hay que observar que la resistencia que se consigue así en un punto ha de ser contemplada siempre como *relativa* (véase el capítulo referido a la importancia del combate) y no como *absoluta*. Sin duda, bien puede ocurrir que un puesto así se mantenga imbatido y obtenga por tanto un resultado absoluto en el caso concreto, pero dado que el gran número de puestos hace aparecer cada uno de ellos en relación al todo como débil y expuesto al posible ataque de un poder muy superior, sería irracional construir sobre la resistencia de cada puesto. Con la disposición extendida hay que contar pues con una resistencia relativamente larga, pero no con una verdadera victoria. Pero este valor de los distintos puestos alcanza también para la finalidad y el cálculo del conjunto. En campañas en las que no hay que temer ninguna gran decisión, ningún avance incansable hasta arrollar el conjunto, los combates en puestos son poco peligrosos, incluso aunque terminen con la pérdida del puesto. Raras veces se une a ello otra cosa que la propia pérdida del puesto y algunos trofeos; la victoria no incide en las circunstancias, no derriba cimiento alguno tras el que caigan un montón de ruinas. En el peor de los casos, cuando todo el sistema defensivo se ve perturbado por la pérdida de un solo puesto, al defensor siempre le quedará tiempo para reunir sus cuerpos y *ofrecer* con la totalidad de ellos la decisión que suponemos que el atacante no busca. Por eso, normalmente sucede que con esa reunión de poder el acto quede zanjado y se frene el avance del atacante. Un poco de terreno, algunos hombres y cañones constituyen las pérdidas del defensor y los éxitos del atacante.

El defensor, decimos nosotros, puede exponerse a un peligro así en caso de desgracia si obtiene a cambio la posibilidad, o más bien la probabilidad, de que no se produzca, y el atacante se detenga delante de su posición, titubeante o cauteloso, como hay que decirlo, sin lanzarse de cabeza contra él[291]. Sólo que, al hacer esta consideración, no tenemos que perder de vista que presupongamos un atacante que no quiera osar nada grande; a uno así puede detenerlo un puesto moderado, pero fuerte; porque si quiere indudablemente arrollarlo hay que preguntarse a qué precio lo hará, y si ese precio no es

demasiado alto para lo que en su situación podrá hacer con la victoria.,

De este modo se muestra cómo, para el defensor, la resistencia relativamente fuerte que puede ofrecer una disposición extendida en muchos puestos consecutivos puede ser un resultado suficiente en el cálculo de toda su campaña. Para dirigir la vista al punto adecuado de la Historia bélica, como hará mentalmente el lector, queremos observar que estas posiciones extendidas se dan con la mayor frecuencia en la última mitad de las campañas, porque entonces el defensor conoce al atacante, así como sus intenciones y circunstancias ese año, y el atacante ha perdido el poco espíritu emprendedor que traía consigo.

En esta defensa en disposición extendida que pretende cubrir *el país, las reservas, las fortalezas,* naturalmente todos los grandes accidentes del terreno, como ríos y grandes ríos, montañas, bosques y pantanos, tienen que representar un gran papel, adquirir una importancia predominante. Acerca de su uso nos remitimos a lo dicho anteriormente.

Debido a esa importancia predominante del elemento topográfico, se requerirá especialmente aquel conocimiento y aquella actividad del estado mayor que suelen considerarse más propios del mismo. Porque si el estado mayor suele ser aquella parte del ejército que más escribe y publica, de ello se deduce que esta parte de las campañas estará más fijada en la Historia, y surge al mismo tiempo la inclinación bastante natural a sistematizarlas y a sacar de la resolución histórica de un caso conclusiones generales para los siguientes. Pero esta es una pretensión inútil, y por tanto errónea. Incluso en este tipo de guerra más pasivo, más vinculado a lo local, cada caso es distinto y ha de ser tratado de distinta manera. Por eso las memorias más excelentemente razonadas sobre estos objetos sólo sirven para familiarizar con ellos, pero no como normas[292]; en realidad vuelven a ser *Historia bélica,* sólo que una parte de la misma peculiar de esa guerra.

Por necesaria y digna de mención que sea la actividad del estado mayor, que hemos señalado aquí como la más propia suya según la opinión habitual, tenemos que advertir contra las usurpaciones que a menudo se derivan de esto en perjuicio del conjunto. La importancia que se da a aquellas cabezas del mismo que son las más potentes en esta rama del servicio bélico les da a menudo un cierto imperio

global sobre los espíritus, y el primero de todos sobre el general mismo, y de esto se desprende una costumbre mental que conduce a la unilateralidad; finalmente, el general no ve más que montañas y desfiladeros, y lo que debería ser una determinada medida libremente elegida en función de las circunstancias se convierte en amaneramiento, en segunda naturaleza.

Así, en los años 1793 y 1794, en el ejército prusiano el coronel Grawert, que era el alma del estado mayor y, como es sabido, hombre de montañas y desfiladeros, llevó a dos generales de la más diversa idiosincrasia, el duque de Braunschweig y el general Möllendorf, exactamente por los mismos caminos de dirección de la guerra.

Es ilustrativo el hecho de que una línea de defensa formada a lo largo de un gran segmento de terreno sea el camino que puede conducir a una guerra de trincheras. En la mayoría de los casos, tendría que conducir por fuerza a ella si de verdad había que cubrir directamente de ese modo toda la extensión del teatro bélico, porque la mayoría de los teatros bélicos tienen una extensión frente a la cual la natural extensión táctica de las fuerzas destinadas a la defensa es muy pequeña. Sólo que el atacante está atado, tanto por las circunstancias como por sus propios preparativos, a ciertas direcciones principales y carreteras, y unas desviaciones demasiado grandes producirían demasiadas incomodidades y perjuicios, incluso frente al más pasivo de los defensores, por lo que la mayoría de las veces el defensor sólo tiene que cubrir el terreno cierto número de millas o días de marcha a derecha e izquierda de esas direcciones principales. Pero esta cobertura misma vuelve a darse cuando uno se conforma con poner puestos defensivos en las carreteras y accesos principales y meros puestos de observación en el terreno entre ellos. Desde luego, la consecuencia es que el atacante puede pasar entre dos puestos con una columna y llevar a cabo por tanto desde varios flancos el ataque previsto contra esos puestos. Ahora bien, esos puestos están en alguna medida preparados para ello en tanto que tienen apoyos de flanco, forman en parte defensas de flanco (los llamados picos), y en parte reciben ayuda de una reserva que ha quedado atrás o de algunas tropas de los puestos adyacentes. De este modo el número de puestos se reduce aún más, y el resultado habitual es que un ejército ocupado en tal defensa se disuelva en 4 o 5 puestos principales.

Para los accesos principales demasiado alejados, y sin embargo amenazados en alguna medida, se determinarán entonces especiales puntos centrales, que en cierto modo formarán pequeños teatros bélicos dentro del grande. Así, durante la Guerra de los Siete Años los austriacos ocuparon 4 o 5 puestos con su ejército principal en las montañas de la Baja Silesia, mientras en la Alta Silesia un cuerpo pequeño, en alguna medida autónomo, tenía para sí un sistema de defensa similar.

Cuanto más se aleja un sistema defensivo así de la cobertura directa, tanto más hay que recurrir al movimiento, la defensa activa e incluso los medios ofensivos. Ciertos cuerpos se consideran reservas, y además un puesto corre en ayuda del otro con las fuerzas de las que puede prescindir. Este apoyo se produce, o bien acudiendo realmente desde atrás para reforzar y renovar la resistencia pasiva, o atacando de flanco al enemigo, o incluso amenazando su retirada. Si el atacante no amenaza el flanco de un puesto con un ataque, sino meramente con una posición, tratando de influir sobre las comunicaciones de ese puesto, o el cuerpo desplazado con ese fin es realmente atacado o se toma el camino de las represalias, tratando de incidir sobre las comunicaciones enemigas.

Se ve pues que esta defensa, por pasiva que sea la naturaleza de su fundamento principal, tiene que acoger en sí un montón de medios activos y por tanto estar dotada de algún modo para las situaciones complejas. Normalmente, aquellas que más se sirven de medios activos, o incluso ofensivos, pasan por ser las mejores; sólo que en parte esto depende mucho de la naturaleza del terreno, de la condición de las fuerzas armadas e incluso del talento del general, y en parte puede esperarse fácilmente demasiado del movimiento y de los demás auxiliares activos, y abandonar fácilmente demasiado la defensa local de unos fuertes accidentes del terreno. Creemos por tanto haber expuesto suficientemente lo que entendemos por una línea de defensa expandida, y ahora nos volvemos hacia el tercer auxiliar: la aparición en escena por medio de un rápido movimiento lateral.

Este medio forma necesariamente parte del aparato de aquella defensa del territorio de la que aquí se habla. En parte, a menudo el defensor no puede guarnecer, a pesar de haber dispuesto las más extensas posiciones, todos los accesos amenazados de su país; en parte tiene que estar en muchos casos dispuesto con el núcleo de su

poder a acudir a aquellos puestos contra los que quiera lanzarse el núcleo del poder enemigo, porque de lo contrario esos puestos serían demasiado fáciles de arrollar; finalmente, aquel general que no guste de atar sus fuerzas en una posición extendida para la resistencia pasiva alcanzará tanto más su finalidad, la cobertura del país, mediante movimientos rápidos, bien meditados y bien ejecutados. Cuanto mayores sean las zonas que deje abiertas, tanto mayor tendrá que ser su virtuosismo en el movimiento para desplazarse a tiempo a todas partes.

La consecuencia natural de esta aspiración es escoger en todas partes posiciones para ocupar en un caso así, y que ofrecen ventajas suficientes como para disuadir al adversario de la idea de un ataque en cuanto nuestro ejército o una parte del mismo haya llegado a la posición. Como estas posiciones son recurrentes, y todo gira en torno a alcanzarlas, se convierten en cierto modo en las vocales de toda esta dirección de la guerra, y por eso se le ha llamado *guerra de posiciones*.

Igual que la disposición extendida y la resistencia relativa en una guerra *sin gran decisión* no tiene los peligros que originariamente había en ellas, tampoco esta comparecencia mediante marchas laterales tiene el reparo que conllevaría en el momento de las grandes decisiones. Querer ir a toda prisa en el último momento a ocupar una posición contra un adversario decidido, que puede y quiere hacer algo grande, y que por tanto no rehuye un considerable gasto de energías, sería haber hecho la mitad del camino hacia la más decidida de las derrotas, porque semejante correr y trompicar hacia una posición no soportaría un golpe sin contemplaciones, a plena violencia. Pero ante un adversario que no aborda la obra a manos llenas, sino tan sólo con las puntas de los dedos, que ni siquiera puede hacer uso de un gran resultado, o más bien del principio del mismo, que sólo busca una ventaja moderada, pero a bajo precio, puede oponerse con éxito semejante tipo de resistencia.

Una consecuencia natural es que este medio también aparezca en general más en la segunda mitad de las campañas que en su inicio.

También aquí el Estado Mayor tiene ocasión de aplicar su conocimiento topográfico a un sistema de medidas relacionadas que se ocupe de la elección y preparación de las posiciones y de los caminos que conducen a ellas.

Cuando, finalmente, todo se orienta a alcanzar por una parte un cierto punto, y por otra a impedirlo, ambas partes se encuentran a menudo en el caso de tener que ejecutar sus movimientos a la vista del adversario, de ahí que esos movimientos tengan que ser organizados con una cautela y precisión que normalmente no es necesaria. Antaño, cuando el ejército principal no estaba fragmentado en divisiones autónomas e incluso en la marcha siempre se le consideraba como un conjunto indivisible, esta cautela y precisión estaban unidas a mucha más prolijidad y por tanto a un gran gasto de arte táctico. Desde luego, a menudo en esas ocasiones brigadas sueltas tenían que adelantarse para un encuentro, asegurarse ciertos puntos y por tanto asumir un papel autónomo, dispuestas a enlazar con el enemigo aunque el resto no hubiera llegado; pero[293] esto no dejaban de ser *anomalías,* y el orden de marcha se mantenía en general orientado siempre a que el conjunto conservara el orden y a evitar en lo posible esos recursos. Ahora, cuando las partes del ejército principal se disgregan en miembros autónomos y esos miembros podrían osar emprender el combate incluso con el conjunto enemigo, con tal de que los otros estuvieran lo bastante cerca, proseguirlo y concluirlo, ahora esa marcha lateral tiene menos dificultad, incluso a la vista del adversario. Lo que había que conseguir a través del mecanismo del orden de marcha se consigue ahora enviando tempranamente algunas divisiones, acelerando la marcha de otras y dejando la mayor libertad en el empleo del conjunto.

Los medios aquí contemplados del defensor deben impedir al atacante la conquista de una fortaleza, la toma de una franja de terreno considerable o de un almacén. Se le impide cuando usando esas vías se le ofrecen por doquier tales combates que o bien ve demasiado poca probabilidad de éxito, demasiado peligro de retroceso en caso de fracaso o un coste de esfuerzo demasiado grande para su finalidad y sus circunstancias.

Cuando el defensor experimenta ese triunfo de su arte y sus dispositivos, el triunfo de ver que, allá donde dirige la vista, el enemigo se ve privado por sus sabias medidas de toda expectativa de alcanzar uno de sus modestos deseos, el principio ofensivo suele buscar una escapatoria en la satisfacción del mero honor de las armas. La ganancia de cualquier combate significativo da a las armas aspecto de superioridad, satisface la vanidad del general, de la corte,

del ejército y del pueblo y por tanto, en alguna medida, las expectativas que naturalmente van unidas a todo ataque. Un combate ventajoso de alguna importancia en aras simplemente de la victoria, de los trofeos, es por tanto la última esperanza del atacante. No se crea que nos enredamos en una contradicción porque aún nos encontramos aquí en nuestro *propio presupuesto:* que las buenas medidas del defensor hayan privado al atacante de toda expectativa de alcanzar uno de aquellos otros objetos por medio de un *combate feliz*. Esta expectativa tendría dos condiciones, a saber: unas *circunstancias ventajosas en el combate* y, después, *que el éxito conduzca realmente a uno de esos objetos*.

Lo primero bien puede ocurrir sin lo último, y cuerpos y puestos sueltos del defensor se encontrarán con mucha mayor frecuencia en el riesgo de acabar en combates desventajosos cuando el atacante sólo persigue *el honor del campo de batalla* que cuando sigue enlazando con él la condición de obtener otras ventajas.

Si nos ponemos por entero en el lugar y en la mentalidad de Daun, podemos entender que arriesgara el asalto a Hochkirch sin soltarse porque no quería más que ganar los trofeos del día, pero que una victoria con consecuencias, que hubiera obligado al rey a abandonar Dresde y Neisse a su suerte, era una tarea completamente distinta que no quería abordar.

No se crea que son estas distinciones mezquinas o incluso ociosas, más bien tienen que ver con uno de los más profundos principios de la guerra. La importancia de un combate es para la estrategia el alma del mismo, y no podemos repetir lo bastante que para ella todo se desprende siempre de la intención última de ambas partes, como punto clave de todo su sistema intelectual. De ahí que pueda haber tal diferencia estratégica entre batalla y batalla como para no poder considerarla como el mismo instrumento.

Dado que el defensor, aunque apenas se pueda considerar una victoria así[294] del atacante como un menoscabo esencial de la defensa, no concederá gustosamente a su adversario ni siquiera *esa* ventaja, sobre todo porque nunca se sabe lo que casualmente podrá enlazar con ella, la constante atención a las circunstancias de todos sus cuerpos y puestos importantes será especial objeto de su industria. Desde luego, la mayoría depende del comportamiento inteligente de los jefes de esos cuerpos, pero también disposiciones inadecuadas por parte del general podrían envolverlos en catástrofes

inevitables. ¿Quién no recuerda el cuerpo de Fouqué en Landeshut y el de Finck en Maxen?

Federico el Grande había contado demasiado, en ambos casos, con el efecto de las ideas tradicionales. Era imposible que creyera que en la posición de Landeshut 10.000 hombres podían realmente batirse con fortuna contra 30.000, o que Finck podía resistir a un poder superior que afluía arrollador de todas partes, sino que creía que la fuerza de la posición de Landeshut sería aceptada como hasta entonces como una letra de cambio válida y Daun encontraría en la demostración de flanco motivo suficiente para cambiar la incómoda posición de Sajonia por la más cómoda de Bohemia. Esta vez juzgó mal a Laudon allá y a Daun aquí, y ahí reside el error de sus medidas.

Pero aparte de tales errores, que también pueden cometer los generales que no son demasiado audaces y tercos, como bien se puede reprochar a Federico el Grande en alguna de sus medidas, en relación con nuestro objeto sigue habiendo una gran dificultad en que el general no siempre puede esperar lo deseable de la inteligencia, la buena voluntad, el valor y la fuerza de carácter de su jefe de cuerpo. Por eso, no puede dejarlo todo a su discreción, sino que tiene que darle algunas instrucciones, lo que limita su acción y hace que pueda fácilmente incurrir en discrepancia con las circunstancias de cada momento. Es este un inconveniente absolutamente inevitable. Sin una voluntad imperiosa, autoritaria, que recorra hasta el último miembro, no es posible una buena dirección del ejército, y el que quiera seguir la costumbre de creer y esperar siempre[295] lo mejor de las gentes será ya sólo por eso completamente incapaz de ejercer una buena dirección.

Por tanto, siempre hay que mirar con atención las circunstancias de cada cuerpo y puesto para no verlo envuelto inesperadamente en una catástrofe.

Estos cuatro esfuerzos están orientados al mantenimiento del *statu quo*. Cuanto más felices y exitosos sean, tanto más se detendrá la guerra en el mismo punto; pero cuanto más se detenga la guerra en un punto tanto más importante será la manutención.

El lugar de las requisas y suministros lo ocupa desde el principio, o al menos muy pronto, la manutención a base de almacenes; el lugar de las requisas ejecutadas mediante correría lo ocupa más o menos la formación de un sistema de transporte permanente, o bien llevado a cabo por civiles o por miembros del

propio ejército; en pocas palabras: surge esa aproximación a una manutención estrechamente regulada a base de almacenes[296] de la que ya hemos hablado en el capítulo dedicado a ese asunto.

Sin embargo, no es esta parte del asunto la que ejercía gran influencia sobre esta forma de dirección de la guerra; porque dado que por su carácter y destino está vinculada de por sí a espacios muy estrechos, la manutención puede sin duda poner condiciones e incluso pondrá la mayor parte de ellas, pero estas condiciones no cambiarán el carácter del conjunto. En cambio, la mutua incidencia sobre las líneas de comunicación tendrá una importancia mucho mayor por dos razones. En primer lugar, porque en tales campañas faltan medios mayores y más radicales, y por tanto la industria de los generales tiene que dirigirse a los más débiles de que dispone; en segundo lugar, porque no falta el tiempo necesario para esperar la eficacia del medio.[297] El aseguramiento de la propia línea de comunicaciones aparecerá pues como un objeto de especial importancia. Su interrupción no puede ser sin duda un objetivo de ataque enemigo, pero sí puede ser un medio muy eficaz para obligar al defensor a la retirada y a entregar por tanto otros objetos.

Todas las medidas de protección del teatro bélico tienen naturalmente que tener también el efecto de cubrir las líneas de comunicación, así que su aseguramiento está contenido en ellas, y sólo tenemos que observar que la toma en consideración de ese aseguramiento será una condición principal a la hora de llevar a cabo el despliegue.

Un medio *especial* de aseguramiento consiste en las tropas, pequeñas o bastante considerables, que acompañan a los distintos transportes. En parte, ni las posiciones más extendidas bastan siempre para asegurar las líneas de comunicación, en parte semejante cobertura se hace especialmente necesaria allá donde el general ha querido evitar la disposición extendida. Por eso encontramos en la *Historia de la Guerra de los Siete Años* de Tempelhoff infinidad de ejemplos de que Federico el Grande hacía que regimientos de infantería o caballería, a veces incluso brigadas enteras, acompañasen sus carros de pan y harina. De los austriacos nunca encontramos tal observación, lo que desde luego se debe en parte a que en su lado no hay ningún historiador tan minucioso, pero en parte también a que siempre adoptaban posiciones mucho más extendidas.

Después de haber recorrido los cuatro elementos del ataque en busca de los esfuerzos que representan la base de una defensa que no está orientada a decisión alguna, tenemos que decir algo de los medios ofensivos con los que pueden mezclarse más o menos o especiarse en cierto modo. Estos medios ofensivos son, principalmente:

1. La acción sobre la línea de comunicación enemiga, en la que queremos incluir también las empresas contra los centros de abastecimiento del enemigo.
2. Diversiones y correrías por el territorio enemigo.
3. Ataques a cuerpos y puestos enemigos e incluso al ejército principal enemigo en circunstancias favorables, o la mera amenaza de ellos.

El primer medio es incesantemente eficaz en todas esas campañas, pero en cierto modo en silencio total, sin apariencia fáctica. Toda posición eficaz del defensor extrae la mayor parte de su eficacia de la preocupación que inspira al atacante en relación con su línea de comunicación, y como en una guerra así, como hemos dicho arriba al hablar de la defensa, la manutención tiene una importancia predominante, que también afecta al agresor, esta atención a los posibles efectos ofensivos que emanan de las posiciones enemigas determina gran parte del tejido estratégico, como volveremos a mencionar al hablar del ataque.

Pero no sólo esta incidencia general debida a la elección de las posiciones, que, como en la mecánica de la presión, tiene una eficacia *invisible,* sino también un verdadero avance sobre la línea de comunicación enemiga con una parte de las fuerzas, entra dentro del ámbito de una defensa así. Sin embargo, si ha de hacerse con ventaja, *la situación de las líneas de comunicación, la naturaleza del terreno* o *las peculiaridades de las fuerzas* tendrán que dar motivo para ello.

Las correrías por territorio enemigo, con fines de venganza o de saqueo en aras del beneficio, no pueden ser consideradas medios defensivos, son más bien verdaderos medios de ataque; pero normalmente se unen a la finalidad de la diversión propiamente dicha; sin embargo, esta tiene la intención de debilitar al poder enemigo que se nos opone, y puede ser por tanto considerada un verdadero medio de defensa. No obstante, como también puede ser

empleada en el ataque y es en sí misma un verdadero ataque, consideramos más adecuado hablar más en detalle[298] de ella en el libro siguiente. Aquí sólo queremos reseñar ese medio para indicar todo el catálogo de pequeñas armas ofensivas de que dispone el defensor de un teatro bélico, y observar solamente de pasada que este medio puede crecer en alcance e importancia hasta el punto de dar a toda la guerra la *apariencia* y por tanto también el honor de la ofensiva. Así ocurre con las grandes empresas de Federico el Grande hacia Polonia, Bohemia y Franconia antes de iniciar la campaña de 1759. Su campaña misma es evidentemente una pura defensa, pero estas incursiones en territorio enemigo le han dado un carácter de ofensiva que quizá debido a su peso moral tiene un valor especial.

El ataque a cuerpos enemigos o al ejército principal enemigo tiene que ser pensado como un complemento necesario a toda la defensa para todos los casos en los que el atacante quiere facilitarse demasiado las cosas y deja por eso grandes descubiertos en algunos puntos. Bajo esta condición tácita tiene lugar toda la acción. Sólo que aquí, como en la incidencia en las líneas de comunicación del adversario, el defensor puede dar un paso más hacia el ámbito ofensivo y, lo mismo que su adversario, hacer del *acecho de un golpe ventajoso* uno de los objetos de su especial industria. Para prometerse algún éxito en este campo, o tiene que ser notablemente superior en fuerzas a su adversario, lo que en general va contra la naturaleza de la defensa, pero puede ocurrir, o tiene que tener el sistema y talento para mantener más unidas sus fuerzas y sustituir mediante la actividad y el movimiento lo que tiene que abandonar por otro lado.

Lo primero fue el caso de Daun en la Guerra de los Siete Años, lo último el caso de Federico el Grande. Casi siempre vemos aparecer la ofensiva de Daun cuando Federico el Grande le invita a ello con su exagerada audacia y menosprecio. Hochkirch, Maxen, Landeshut. En cambio, vemos a Federico el Grande en casi constante movimiento para hacer algo a uno u otro cuerpo de Daun con su ejército principal. Lo consigue raras veces, al menos los resultados nunca son gran cosa, porque Daun unía a su gran superioridad una rara cautela y precaución; pero no hay que creer por eso que los esfuerzos del rey carecieron de toda eficacia. Ese esfuerzo albergaba más bien una resistencia muy eficaz, porque en la minuciosidad y trabajo al que se obligaba a su enemigo para evitar golpes desventajosos residía la

neutralización de aquella fuerza que normalmente habría contribuido al avance del ataque. No hay más que pensar en la campaña de 1760 en Silesia, donde Daun y los rusos no pudieron dar un solo paso de puro miedo a ser atacados y arrollados por el rey aquí o allá.

Creemos con esto haber examinado todos los objetos que en la defensa de un teatro bélico, cuando no hay ninguna decisión, representan las ideas predominantes, los mejores esfuerzos y por tanto el sostén de toda la acción. Principalmente, sólo hemos querido alinearlos para poder ver la conexión de la acción estratégica; las distintas medidas con las que se activan, posiciones, marchas, etc., ya las hemos visto en detalle antes.

Al volver a dirigir la mirada al conjunto, surge la observación de que con un principio de ataque tan débil, con tan escaso deseo de decisión por ambas partes, con tan débiles estímulos positivos, con tantos contrapesos internos que contienen y retienen como los que imaginamos aquí, la esencial diferencia entre ataque y defensa tiene que desaparecer cada vez más. Desde luego, al iniciarse la campaña el uno avanzará hacia el teatro bélico del otro, y asumirá al hacerlo en cierto modo la forma del ataque; sólo que bien puede ser, y ocurre con mucha frecuencia, que pronto emplee todas sus energías en defender el propio terreno en suelo enemigo. Así, ambos se enfrentan por así decirlo, en el fondo, en una mutua observación; ambos preocupados por no perder nada, quizá ambos preocupados en la misma medida por procurarse un beneficio positivo. Incluso puede ocurrir, como en el caso de Federico el Grande, que el verdadero defensor supere incluso en esto a su adversario.

Cuanto más renuncie el atacante a la posición de alguien que avanza, cuanto menos amenazado se vea el defensor, menos empujado por la urgente necesidad de la seguridad a la estricta defensa, tanto más se alcanzará la igualdad de condiciones, en la que la actividad de ambos se orientará a obtener ventajas del adversario y protegerse contra todo perjuicio, es decir, a un auténtico *maniobrar* estratégico, y es evidente que tienen más o menos este carácter todas las campañas en las que las circunstancias o las intenciones políticas no admiten una gran decisión. En el libro siguiente hemos dedicado un capítulo propio a la maniobra estratégica, sólo que, como este juego igual de fuerzas ha tenido a menudo en la teoría una falsa

importancia, nos vemos obligados a entrar en una discusión más concreta al hablar de la defensa, donde se da preferentemente.

Lo calificamos de juego igual de fuerzas. Allá donde no hay movimiento del conjunto hay equilibrio; donde no se persigue ningún gran fin no hay movimiento del conjunto; así que en ambos casos se puede considerar a ambas partes en equilibrio, por desiguales que puedan ser. De este equilibrio del conjunto destacan ahora los distintos motivos para las acciones menores e ínfimas. Pueden desarrollarse porque ya no están bajo la presión de una gran decisión y un gran peligro. Lo que se puede ganar y perder se cambia pues en fichas más pequeñas, y toda la actividad se descompone en acciones más pequeñas. Con estas acciones más pequeñas y esos premios más bajos surge un torneo de habilidad entre los dos generales; pero como en la guerra nunca se puede cerrar del todo el paso al azar, y en consecuencia a la suerte, esta lucha nunca dejará de ser un *juego*. Sin embargo, surgen otras dos cuestiones, a saber: si en estas maniobras el azar no tendrá una parte menor en la decisión, y el entendimiento pensante una mayor, que allá donde todo se comprime en un solo gran acto. Tenemos que contestar que sí a esta última parte. Cuanto más fragmentario se vuelve el conjunto, cuanto más a menudo entran en consideración el espacio y el tiempo, aquel con puntos concretos, éste con momentos concretos, tanto mayor se vuelve evidentemente el campo del cálculo, es decir, el imperio del entendimiento pensante; lo que el entendimiento pensante gana le es sustraído en parte al azar, pero no necesariamente del todo, y por eso nos vemos obligados a responder también que sí a la primera mitad de la pregunta. Y es que no tenemos que olvidar que el entendimiento pensante no es la única fuerza intelectual del general. Valor, fuerza, decisión, prudencia, etc., son las cualidades que tienen más peso cuando se trata de una única gran decisión; por tanto, pesarán algo menos en un juego de fuerzas equilibrado, y la importancia predominante de un cálculo inteligente no crece meramente a costa del azar, sino también a costa de estas cualidades. Por otra parte, estas brillantes cualidades pueden robar al azar una gran parte de su imperio en el momento de una gran decisión, y concentrar en cierto modo lo que la inteligencia calculadora tendría que liberar en este caso. Vemos pues que aquí hay un conflicto de varias fuerzas, y que no se puede afirmar directamente que en una gran decisión se conceda al azar un campo mayor que en el éxito

sumativo de ese juego equivalente de las fuerzas. Si vemos en él sobre todo una lucha de mutua habilidad, esto sólo tiene que referirse a la habilidad de un cálculo inteligente, y no a todo el virtuosismo[299] bélico.

Esta parte de la maniobra estratégica ha dado pie a atribuir al conjunto esa falsa importancia de la que hemos hablado arriba. Se ha confundido esta habilidad con todo el valor intelectual del general, pero se trata de un gran error, porque, como ya hemos dicho, no cabe ignorar que en momentos de grandes decisiones hay otras cualidades morales del general que pueden imperar sobre la fuerza de las circunstancias. Si este imperio es más el impulso de grandes sensaciones y de ese rayo del espíritu que surgen de manera casi inconsciente y no siguen por tanto una larga cadena de razonamientos, no por eso es menos un auténtico habitante del arte de la guerra[300], porque ni el arte de la guerra es un mero acto del entendimiento ni las actividades del entendimiento son supremas en él. En segundo lugar, se ha creído que toda actividad carente de éxito de una campaña tenía que derivar de esa habilidad de uno u otro general, cuando tenía su razón genérica y más principal en las relaciones generales[301] que la guerra tenía con ese juego.

Dado que la mayoría de las guerras entre Estados civilizados tenían más la finalidad de una mutua observación que la de la derrota, naturalmente la mayor parte de las campañas ha tenido que tener el carácter de maniobra estratégica. De ellas, se ha dejado a un lado a aquellas que no tuvieron un general famoso; pero allá donde había un gran general que atraía las miradas, o incluso dos enfrentados, como Turenne y Montecuccoli, el nombre de estos generales ha dado a todo ese arte de la maniobra el último sello de excelencia. La ulterior consecuencia ha sido que se haya considerado ese juego la cumbre del arte, el efecto de una elevada formación, y en consecuencia también la fuente a partir de la cual había que estudiar preferentemente el arte de la guerra.

Esta visión estuvo bastante generalizada en el mundo teórico antes de las guerras revolucionarias francesas. Cuando estas abrieron de un golpe un mundo muy distinto de manifestaciones bélicas, que —al principio de forma un tanto cruda y naturalista; luego, bajo Bonaparte, reunidas en un método grandioso— causaron éxitos que provocaron el asombro de jóvenes y viejos, se abandonaron los viejos modelos y se creyó que todo esto era consecuencia de nuevos

descubrimientos, grandiosas ideas, etc., pero también del cambio de la situación social. Se creyó que lo viejo ya no era útil y que no volvería a experimentarse nunca. Pero, igual que ante tales vuelcos de opinión surgen siempre partidos, también aquí hubo viejos caballeros que consideraron las nuevas manifestaciones burdos golpes de fuerza, una general decadencia del arte, y creyeron que precisamente el juego de la guerra equilibrado, carente de éxito, nulo, tenía que ser el objetivo de la formación. Esta última idea se basa en tal falta de lógica y filosofía, que sólo se le puede calificar de desconsolada confusión de conceptos. Pero también la opinión opuesta, que tal cosa no fuera a seguir dándose, es muy irreflexiva. De las últimas manifestaciones en el ámbito del arte de la guerra, las menos son atribuibles a nuevos inventos o nuevas orientaciones intelectuales, y la mayoría a las nuevas circunstancias y relaciones sociales. Pero tampoco éstas tienen que convertirse en norma precisamente durante la crisis de un proceso de fermentación, y por eso no cabe dudar de que una gran parte de las antiguas circunstancias bélicas volverán a darse. No es este el lugar para seguir incidiendo en estas cosas, sino que nos basta con haber mostrado, a través de la relación que este juego equilibrado de fuerzas tiene con toda la dirección de la guerra, su importancia y su interior conexión con los demás objetos, que siempre es el producto de unas circunstancias recíprocamente estrechas y de un elemento bélico muy moderado. En este juego, un general puede mostrarse más hábil que el otro y por eso, si está a su altura en cuanto a fuerzas, obtener algunas ventajas o, si es más débil, mantener el equilibrio gracias a esa superioridad del talento; pero es una fuerte contradicción con la naturaleza del asunto buscar aquí el máximo honor y grandeza del general; más bien una campaña así es siempre un signo inequívoco de que, o bien ninguno de los dos generales es un gran talento bélico, o que el talentoso se ve impedido por sus circunstancias a la hora de arriesgar una gran decisión; pero aunque este sea el caso, nunca será el ámbito de la suprema fama castrense.

Hemos hablado aquí del carácter general de la maniobra estratégica; ahora tenemos que recordar una influencia especial que tiene sobre la dirección de la guerra, y es que suele apartar a las fuerzas armadas de las carreteras y localidades principales y llevarlas hacia zonas apartadas, o al menos carentes de importancia. Allá donde marcan la pauta pequeños intereses, que surgen y vuelven a

desaparecer en un instante, la influencia de las grandes líneas del país sobre la dirección de la guerra se hace más débil. Por eso creemos que a menudo las fuerzas armadas se desplazan a puntos donde nunca deberían encontrarse conforme a las grandes y sencillas necesidades de la guerra, y que en consecuencia también el cambio y la variabilidad de los detalles de la marcha de la guerra son aquí mucho mayores que en las guerras con gran decisión. No hay más que ver cómo en las últimas cinco campañas de la Guerra de los Siete Años, a pesar de las circunstancias constantes, cada campaña era distinta en líneas generales y, examinadas con más atención, ni una sola medida se daba dos veces, y sin embargo en estas campañas aún había un principio de ataque mucho más fuerte por parte de los ejércitos aliados que en la mayoría de las guerras anteriores.

En este capítulo sólo hemos mostrado, al hablar de la defensa de un teatro bélico en el que no se da ninguna gran decisión, las aspiraciones que tendrá la acción, el contexto, la proporción, el carácter de la misma; las distintas medidas contenidas en ella ya nos eran conocidas con antelación. Ahora, hay que preguntarse si no habrá que indicar principios, reglas y métodos que abarquen el conjunto de estas distintas aspiraciones. A esto respondemos que, si nos atenemos a la Historia, no hay formas recurrentes que nos conduzcan a ellas, y sin embargo apenas se podría hacer valer otra ley teórica para un conjunto de naturaleza tan variada y mudable que la que tuviera su origen en la experiencia. La guerra con grandes decisiones no sólo es mucho más sencilla, sino también mucho más natural, más libre de contradicciones internas, más objetiva, más sujeta a una ley de interior necesidad: por eso la razón puede prescribirle formas y leyes; en cambio, en esta clase de guerra esto nos parece mucho más difícil. Incluso los dos principios básicos de la teoría de la guerra surgidos en nuestro tiempo, la anchura de la base de Bülow y la posición en la línea interior de Jomini, nunca se han demostrado en la experiencia principios radicales y eficaces al ser aplicados a la defensa de un teatro bélico. Pero es precisamente aquí donde deberían mostrarse más eficaces como meras formas, porque las formas son cada vez más eficaces, tienen que cobrar cada vez más peso sobre los otros factores del producto cuanto más se extienda la acción en el tiempo y el espacio. Sin embargo, encontramos que no son más que partes sueltas del objeto, pero en particular nada menos que ventajas radicales. Es muy ilustrativo que la singularidad de los

medios y las circunstancias tenga que tener ya una gran influencia, que atraviesa todos los principios generales. Lo que en Daun era la extensión y cautelosa elección de la posición, era en el rey el poder principal siempre cohesionado, siempre pisando los talones al enemigo, siempre dispuesto a la improvisación. Ninguna de las dos cosas se desprendía de la naturaleza de sus ejércitos, sino de sus circunstancias; la improvisación siempre es mucho más fácil para un rey que para cualquier general sometido a una responsabilidad. Queremos volver a llamar expresamente la atención aquí acerca de que la crítica no tiene derecho a contemplar los distintos métodos y maneras que puedan surgir como grados de perfección y subordinar los unos a los otros, sino que son paralelos, y en el caso concreto hay que dejar a la discreción de cada uno el hacer uso de ellos.

No puede ser nuestra intención enumerar aquí estas distintas maneras que puedan surgir de la peculiaridad del ejército, del país, de las circunstancias; ya hemos indicado antes en general la influencia de estas cosas.

Confesamos pues que no sabemos indicar en este capítulo principios, reglas o métodos, porque la Historia no nos ofrece nada por el estilo y en cambio se topa casi a cada momento con singularidades que con mucha frecuencia son enteramente incomprensibles, a menudo incluso sorprenden por su excentricidad. Pero no por eso resulta inútil estudiar la Historia también en este sentido. Allá donde no hay ningún sistema, ningún aparato de verdad, hay sin embargo una verdad, y la mayoría de las veces sólo se encuentra mediante un juicio ejercitado y la discreción de una larga experiencia. Por tanto, si la Historia no da aquí fórmula alguna, sí que da, aquí como en todas partes, *ejercicio del juicio*.[302]

Solamente vamos a establecer un principio que abarca todo el conjunto, o más bien vamos a poner nueva y más vivamente ante la vista, bajo la forma de un principio propio, el presupuesto natural bajo el que se encuentra todo lo dicho aquí.

Todos los medios indicados aquí tienen sólo un valor *relativo*. Todos se encuentran bajo el imperio de una cierta incapacidad de ambas partes; *sobre* esta región impera una ley superior, y en ella hay todo un mundo distinto de manifestaciones. El general nunca debe olvidar esto, nunca debe moverse con imaginaria seguridad en su estrecho círculo como en algo *absoluto;* nunca debe considerar los

medios que aquí aplica como *los necesarios, los únicos,* y *recurrir a ellos aunque él mismo tiemble ante su insuficiencia*[303].

Desde la perspectiva en la que nos hemos situado aquí, semejante error puede parecer casi imposible; pero no lo es en el mundo real, porque en él las cosas no aparecen en oposiciones tan marcadas.

Tenemos que volver a señalar que, para dar claridad, fuerza y determinación a nuestras ideas, sólo hemos hecho objeto de nuestra consideración las oposiciones completas, es decir, las más extremas de cada clase, pero que la mayoría de las veces el caso concreto de la guerra se ubica en el centro, y sólo se ve dominado por este caso extremo en la medida en que se le aproxima.

Por tanto, se trata de manera muy general de que el general se proponga ante todo, si el adversario no tiene deseos y capacidad[304], superarle tomando una medida mayor y más decisiva. En cuanto tenga esta preocupación, tiene que abandonar las pequeñas medidas de prevención de pequeños perjuicios, y le quedará el medio de ponerse mediante sacrificios voluntarios en una situación mejor y estar a la altura de una decisión mayor. En otras palabras: el primer requisito es que el general elija la vara por la que quiere medir su obra.

Para dar aún más concreción a estas ideas en la vida real, vamos a tocar fugazmente una serie de casos en los que, en nuestra opinión, se empleó una escala equivocada, es decir, en los que uno de los generales había calculado sus medidas pensando en una acción mucho menos decidida de su adversario. Empezaremos por el inicio de la campaña de 1757, en la que los austriacos demostraron por la posición de sus fuerzas que no habían contado con una ofensiva tan radical de Federico el Grande; incluso la detención del cuerpo de Piccolomini en la frontera silesia, mientras el duque Carlos de Lorena corría el peligro de rendir sus armas con su ejército, es una de esas completas malas interpretaciones de las circunstancias.

En 1758, los franceses no sólo se engañaron por entero acerca de los efectos de la convención del monasterio de Zeven, que es un hecho que no viene al caso aquí, sino que también se equivocaron dos meses después en la valoración de lo que podía hacer su adversario, lo que les costó el terreno comprendido entre el Weser y el Rin. Ya hemos dicho que Federico el Grande juzgó de manera

completamente errónea a su adversario en 1759 en Maxen y en 1760 en Landeshut, al no creerlo capaz de tomar medidas tan decididas.

Pero apenas hallamos en la Historia un error mayor que el de 1792. Se creía poder dar el golpe decisivo a una guerra civil con una moderada fuerza auxiliar, y su enorme peso cayó sobre las espaldas del pueblo francés, sacado de sus casillas por el fanatismo político. Sólo calificamos de grande este error porque así se ha mostrado a posteriori, no porque fuera fácil de evitar. En la dirección de la guerra misma no cabe ignorar que se ha hallado la causa más fundamental de todos los desdichados años posteriores en la campaña de 1794. Los aliados no sólo ignoraron por completo en esta campaña la vigorosa naturaleza del ataque enemigo, al oponerle un mezquino sistema de posiciones extendidas y maniobras estratégicas, sino que en las discrepancias políticas entre Prusia y Austria y en el necio abandono de Bélgica y los Países Bajos se pudo ver la poca idea que tenían los gabinetes de la fuerza de la corriente que se les venía encima. En el año 1796, los actos de resistencia aislados de Montenotte, Lodi, etc., demuestran suficientemente lo poco que sabían los austriacos de qué se trataba contra ese Bonaparte.

En el año 1800, no fue el efecto directo del asalto, sino la falsa idea que Melas se hizo de las posibles consecuencias del mismo, la que causó su catástrofe.

Ulm, en el año 1805, fue el último nudo de una floja red de relaciones estratégicas eruditas, pero extremadamente débiles, lo bastante buena como para enredar en ella a un Daun o un Lacy, pero no a un Bonaparte y[305] emperador de la Revolución.

En la Prusia de 1806, la indecisión y la confusión eran la consecuencia de una mezcla de ideas y medidas anticuadas, mezquinas, inservibles, con algunas miradas despejadas y un sentimiento correcto de la gran importancia del momento. ¡Cómo se iban a dejar, de haber tenido una conciencia clara y una completa estimación de la situación, 30.000 hombres en Prusia y pensar que en Westfalia se podía levantar un teatro bélico aparte, conseguir ningún éxito mediante pequeñas ofensivas como la de Rüchel y la del cuerpo de Weimar, y cómo se podía seguir hablando aún, en los últimos instantes de deliberación, del riesgo de los almacenes o de la pérdida de esta o aquella franja de terreno!

Incluso en 1812, en la más grandiosa de todas las campañas, no faltaron al principio esfuerzos erróneos derivados de una valoración inadecuada. En el cuartel general de Vilna había un grupo de hombres prestigiosos que insistían en dar una batalla en la frontera para que no se pudiera pisar impunemente el suelo de Rusia. Esos hombres se decían sin duda que esa batalla se podía perder, incluso que se perdería; porque aunque no sabían que 300.000 franceses vendrían sobre 80.000 rusos, sí sabían que había que presuponer una importante superioridad del enemigo. El error principal consistía en el valor que daban a esa batalla; creían que sería una batalla perdida como cualquier otra, mientras se puede afirmar casi con seguridad que esa decisión principal junto a la frontera habría provocado toda una serie de decisiones. Incluso el campo de Drissa fue una medida basada en una escala completamente errónea aplicada al adversario. Si se hubiera querido detenerse en él, habría habido que cortarse por todas partes y aislarse por completo, y al ejército francés no le faltaban medios para obligar al ruso a deponer las armas. El inventor de ese campamento no había pensado en semejantes dimensiones de fuerza y voluntad.

Pero también Bonaparte empleó a veces una errónea vara de medir. Tras el armisticio de 1813, creyó apaciguar a los ejércitos subalternos de los aliados, a Blücher[306] y al príncipe heredero de Suecia, mediante cuerpos que sin duda no bastaban para oponer una verdadera resistencia, pero sí podían dar suficiente motivo para la cautela, para no arriesgar nada, como se había visto con tanta frecuencia en las guerras anteriores. No pensó lo bastante en la reacción de un odio profundamente enraizado y del peligro apremiante, que actuaban en Blücher y Bülow.

En general, nunca valoró lo bastante el espíritu emprendedor del viejo Blücher. En Leipzig, esto fue lo único que le arrebató la victoria; en Laon, Blücher habría podido derrotarle, y que no fuera así se debió a circunstancias que estaban completamente al margen del cálculo de Bonaparte; en Waterloo, por fin, la sanción por este error le alcanzó como un rayo aniquilador.

TERCERA PARTE

Después de haber osado ya en una ocasión dirigirme a los lectores de la presente obra, y haber sido acogida esta audacia con indulgencia, hasta donde yo sé, tengo que pedir permiso para acompañar también esta tercera parte con unas pocas líneas, ante todo para explicar y disculpar el retraso en su aparición.

Esta parte contiene los Libros Séptimo y Octavo de la obra acerca de la guerra, ambos por desgracia incompletos y disponibles sólo en fugaces apuntes y trabajos preliminares. No se ha querido sustraerlos a los lectores, porque incluso en esta forma incompleta tenían interés, ya que apuntan al menos el camino que el autor tenía intención de recorrer. Sin embargo, necesitaban una minuciosa revisión, y como el señor mayor O'Etzel, que tuvo la bondad de acometer esa tarea, se vio perturbado en ella durante largo tiempo por asuntos del servicio, parecía tanto más oportuno hacer preceder a esta tercera parte la cuarta, enteramente completa, en tanto contenía la campaña de 1796, y por tanto el comienzo de la Historia bélica propiamente dicha, y ya muchas personas habían manifestado el deseo de conocer lo antes posible esa parte de la presente obra.

Se esperaba poder publicar esta tercera parte junto con la quinta, pero tampoco esto fue posible, así que hay que pedir la indulgencia del lector debido a esta doble interrupción del orden natural.

Se han añadido a ambos libros incompletos de la obra acerca de la guerra algunos artículos que sin duda no forman parte de la misma, pero sí guardan tan estrecha relación con ella que espero que sean bienvenidos.

El primero de estos artículos vino motivado por las clases que el autor tuvo el honor de impartir a Su Alteza Real el Príncipe Heredero en los años 1810, 11 y 12. El mismo contiene, en primer lugar, el esbozo que el autor presentó al general von Gaudi, preceptor del príncipe; en segundo lugar, el resumen del conjunto con el que concluyó esas lecciones. Hemos dicho ya en el prefacio al primer volumen que este trabajo contiene por así decirlo el *germen* de toda la obra acerca de la guerra, y ya sólo por eso bien podría tener un interés especial para la mayoría de los lectores. Su Alteza Real el Príncipe Heredero tuvo la bondad de permitir que ese artículo se imprimiera, por lo que vuelvo a poner a los pies del mismo mi más rendida gratitud.

Berlín, 5 de diciembre de 1833.

Marie von Clausewitz[307]

APUNTES PARA EL LIBRO SÉPTIMO

EL ATAQUE

CAPÍTULO PRIMERO

EL ATAQUE EN RELACIÓN A LA DEFENSA

Cuando dos conceptos forman una verdadera oposición lógica, y por tanto el uno se convierte en complemento del otro, en el fondo del uno se desprende ya el otro; pero aunque la limitación de nuestro espíritu no permita abarcarlos a ambos de una mirada y encontrar en la totalidad del uno la totalidad del otro por medio de la mera oposición, en cualquier caso siempre caerá del uno sobre el otro una luz importante, y para muchas partes suficiente. Así, creemos que los primeros capítulos dedicados a la defensa arrojan una luz suficiente sobre el ataque en todos los puntos que tocan. Pero no será así continuamente en todos los objetos; el sistema intelectual nunca ha podido agotarse por completo, y por eso, es natural que, allá donde la oposición no está tan directamente en la raíz del concepto como en los primeros capítulos, de lo dicho al hablar de la defensa no se desprenda directamente aquello que se puede decir del ataque. Un cambio de perspectiva nos aproxima a los objetos, y por eso es natural contemplar desde un punto de vista cercano aquello que se ha contemplado desde uno lejano. Por tanto, será un complemento del sistema intelectual en el que no pocas veces lo que se ha dicho del ataque arroje nueva luz sobre la defensa. Así, la mayoría de las veces en el ataque tendremos ante nosotros los mismos objetos que hemos tenido en la defensa. Pero no es nuestra intención, ni está en la naturaleza del caso, volver del revés o aniquilar —al estilo de la mayoría de los manuales de ingeniería— al hablar del ataque todos los valores positivos que hemos encontrado en la defensa, y demostrar que contra todo medio de defensa existe algún medio infalible de ataque. La defensa tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles; si los primeros no son insuperables, sí cuestan un precio desproporcionado, y eso ha de seguir siendo cierto desde cualquier punto de vista si no queremos incurrir en contradicción. Además, no es nuestra intención agotar el juego de esos medios; todo medio de defensa conlleva un medio de ataque, pero a menudo eso es tan

evidente que no es necesario pasar del punto de vista de la defensa al del ataque para percatarse de ello; lo uno se desprende de lo otro. Nuestra intención es indicar para cada objeto las peculiares circunstancias del ataque en tanto no se desprenden directamente de la defensa, y esa forma de tratar el asunto tiene que conducirnos necesariamente a algunos capítulos que no tengan correspondencia en la defensa.

CAPÍTULO SEGUNDO

NATURALEZA DEL ATAQUE ESTRATÉGICO

Hemos visto que la defensa en la guerra en general, y por tanto también la estratégica, no es una absoluta espera y rechazo, es decir, no es una pasividad completa, sino relativa, penetrada en consecuencia de principios más o menos ofensivos. Asimismo, el ataque no es un todo homogéneo, sino incesantemente entremezclado con la defensa. La diferencia es que no cabe imaginar la defensa sin contragolpe, que este es un componente necesario de la misma. No es así en el caso del ataque; el golpe o acto del ataque es en sí un concepto integral, la defensa no le es necesaria en sí misma, pero el espacio y el tiempo a los que está vinculado le acarrean la defensa como un mal necesario.[308] Porque, *en primer lugar,* no puede ser proseguido en sucesión constante hasta su culminación, sino que exige puntos de descanso, y en ese tiempo de descanso en el que está neutralizado se produce de por sí el estado de defensa. *En segundo lugar,* el espacio que el poder que avanza deja detrás de sí y necesita para su existencia no siempre está cubierto en sí por el ataque, sino que tiene que ser protegido especialmente.

Por consiguiente, el acto del ataque es en la guerra, especialmente en la estrategia, un constante cambiar y vincular ataque y defensa, en el que esta última no ha de considerarse tanto una preparación eficaz para el ataque como una intensificación del mismo, y por tanto no un principio activo sino un mal necesario, el peso retardador que produce la mera gravidez de la masa; es su pecado original, su principio tanático. Decimos un peso *retardador* porque, aunque la defensa no haga nada por el ataque, tiene que retrasar su efecto por la mera pérdida de tiempo que representa. Pero, ¿puede este componente de la defensa que está contenido en todo ataque actuar de forma positivamente desventajosa sobre el mismo? Si decimos que *el ataque es la forma más débil, la defensa la forma más fuerte* de guerra, de ello parece deducirse que ésta no podrá influir de forma positivamente desventajosa sobre aquel,

porque mientras aún se tengan energías para la forma más débil tanto más tendrán que alcanzar para la más fuerte. Esto es cierto en general, es decir, en lo esencial, y discutiremos más en detalle su determinación concreta en el capítulo dedicado *al punto culminante de la victoria;* pero no tenemos que olvidar que esa superioridad de la *defensa estratégica* se debe en parte a que el ataque mismo no puede ser sin mezcla de defensa, y de una defensa de tipo mucho más débil; lo que de la defensa tiene que arrastrar consigo son los peores elementos de la misma; de éstos ya no se puede afirmar lo que vale para el conjunto, y así se comprende que estos elementos de la defensa puedan convertirse positivamente en un principio debilitador del ataque. Son precisamente esos momentos de débil defensa en el ataque aquellos en los que la actividad positiva del principio ofensivo debe intervenir *en la defensa*. En qué distinta situación se encuentran, durante las 12 horas de descanso que suelen suceder a un día de trabajo, el defensor en su posición escogida, preparada y bien conocida, y el atacante en su campo de marcha, al que ha llegado a tientas como un ciego, o durante el descanso más prolongado que puede exigir un nuevo dispositivo de manutención, la espera de refuerzos, etc., durante el que el defensor está en las cercanías de sus fortalezas y abastecimientos y el atacante igual que un pájaro en una rama. Pero todo ataque tiene que terminar con una defensa; su condición depende de las circunstancias; éstas pueden ser muy favorables si las fuerzas armadas enemigas han sido destruidas, pero también muy difíciles si no es este el caso. Aunque esta defensa ya no forma parte del ataque mismo, su condición tiene que repercutir sobre él y ayudar a establecer su valor.

El resultado de esta consideración es que en cada ataque hay que tener en cuenta la defensa necesariamente inherente al mismo, para ver con claridad los perjuicios a los que está sometido y poder prepararse para ellos.

En cambio, en otro sentido el ataque es siempre el mismo.[309] La defensa en cambio tiene sus niveles, cuanto más deba agotarse el principio de la espera. Esto arroja formas que se diferencian esencialmente unas de otras, como hemos desarrollado en el capítulo relativo a las formas de resistencia.

Dado que el ataque sólo tiene *un* principio activo y la defensa sólo es un peso muerto que se le adhiere, tal diferencia no se da en él. Desde luego, en la energía del ataque, en la rapidez y fuerza del

golpe, hay una inmensa diferencia, pero sólo es una diferencia de grado, no de tipo. Sin duda se podría pensar que también el atacante eligiera la forma defensiva para alcanzar mejor su objetivo, que por ejemplo se situara en una buena posición para dejarse atacar en ella; pero estos casos son tan raros que no merece la pena tenerlos en cuenta en nuestra agrupación de conceptos y de cosas, en la que siempre partimos de la práctica. Así que en el ataque no tiene lugar una intensificación como la que ofrecen las formas de resistencia.

Finalmente, el alcance de los medios de ataque sólo reside por regla general en la fuerza armada; naturalmente, hay que contar como parte de ella las fortalezas situadas en las cercanías del teatro bélico enemigo, que tienen una notable influencia en el ataque. Pero esta influencia se va debilitando con el avance, y es comprensible que, al atacar, las propias fortalezas nunca puedan representar un papel tan esencial como en la defensa, donde a menudo resultan fundamentales. La asistencia del pueblo se puede vincular al ataque en aquellos casos en los que los habitantes sean más propicios al atacante que a su propio ejército; por fin, el atacante también puede tener aliados, pero son el resultado de unas circunstancias especiales o casuales, no una ayuda derivada de su propia naturaleza. Por tanto, si hemos incluido fortalezas, levantamientos populares y aliados entre los medios de la defensa, no podemos hacerlo también entre los del ataque; allí forman parte de la naturaleza del asunto, aquí se encuentran raras veces, y en la mayoría de los casos de forma casual.

CAPÍTULO TERCERO

DEL OBJETO DEL ATAQUE ESTRATÉGICO

La derrota del enemigo es el objetivo de la guerra, la aniquilación de la fuerza enemiga el medio. Esto es así tanto en el ataque como en la defensa. Aquella conduce, mediante la aniquilación de la fuerza enemiga, al ataque, y éste a la conquista del país; por tanto este es su objeto, pero no tiene por qué ser el país entero, sino que puede limitarse a una parte, una provincia, una franja de terreno, una fortaleza, etc. Todas estas cosas pueden tener suficiente valor como peso político a la hora de la paz, ya sea para retenerlas o para intercambiarlas.

El objeto del ataque estratégico puede ir pues, bajando innumerables escalones, desde la conquista del país entero hasta la plaza más insignificante. En cuanto este objeto ha sido alcanzado y el ataque cesa, empieza la defensa. Por tanto, se podría imaginar un ataque estratégico como una unidad determinada y limitada. Pero no es así si tomamos la cosa desde el punto de vista práctico, es decir, a partir de sus manifestaciones reales. En ellas, los momentos de ataque, es decir, las intenciones y las medidas, discurren de manera tan imprecisa en la defensa como los planes de la defensa en el ataque. Raras veces, o al menos no siempre, el general define exactamente lo que quiere conquistar, sino que lo hace depender de los acontecimientos. A menudo su ataque le lleva más lejos de lo que había pensado, sin por eso abandonar su plan y pasar a una auténtica defensa. Se ve pues que la defensa exitosa puede pasar imperceptiblemente a ser ataque, y que lo mismo pasa, al contrario, con el ataque. Hay que tener presentes estas gradaciones si no se quiere hacer un empleo erróneo de lo que decimos del ataque en general.

CAPÍTULO CUARTO

FUERZA DECRECIENTE DEL ATAQUE

Este es un objeto principal de la estrategia; de su correcta apreciación en el caso concreto depende el correcto juicio acerca de lo que se puede hacer.

El debilitamiento del poder absoluto se produce:

1. Por la finalidad del ataque de ocupar el país enemigo mismo; esto no se produce, en la mayoría de los casos, hasta la primera decisión, pero el ataque no termina con ella.
2. Por la necesidad de los ejércitos atacantes de ocupar el país a sus espaldas para asegurarse las líneas de comunicación y poder vivir.
3. Por las pérdidas en combates y debido a las enfermedades.
4. Por la distancia a las fuentes de suministro.
5. Por asedios, sitios de fortalezas.
6. Por abandono de los esfuerzos.
7. Por pérdida de aliados.

Pero frente a estas dificultades se encuentran también algunas que pueden reforzar el ataque. Sin embargo, está claro que la compensación de esas distintas magnitudes determina el resultado general; así por ejemplo el debilitamiento de la defensa puede ser compensado o superado en parte o por entero. Raras veces ocurre esto último; sólo que no siempre hay que compensar todas las fuerzas que se hallan en el campo, sino las enfrentadas en cabeza o en los puntos decisivos. Ejemplos de distinto tipo: los franceses en Austria y Prusia, en Rusia; los aliados en Francia, los franceses en España.

CAPÍTULO QUINTO

PUNTO CULMINANTE DEL ATAQUE

El éxito en el ataque es el resultado de una superioridad dada, bien entendido que sumadas las fuerzas físicas y morales. Hemos mostrado en el capítulo anterior que la fuerza del ataque se va agotando poco a poco; posiblemente la superioridad pueda crecer mientras esto ocurre, pero en la gran mayoría de los casos disminuirá. El atacante adquiere ventajas para la paz que han de servirle para algo en las negociaciones, pero que tiene que pagar en metálico con sus fuerzas armadas. Si mantiene esta ventaja de la decreciente superioridad del ataque hasta la paz, habrá alcanzado su objetivo. Hay ataques estratégicos que han conducido directamente a la paz, pero son los menos, y la mayoría sólo llevan hasta un punto en que las fuerzas alcanzan para mantenerse a la defensiva y esperar la paz. Más allá de este punto está el vuelco, el retroceso; la fuerza de un retroceso así es normalmente mucho más grande de lo que era la fuerza del golpe. A esto llamamos punto culminante del ataque. Dado que el objetivo del ataque es la posesión del país enemigo, se deduce que el avance tiene que durar hasta que la superioridad se haya agotado; esto impulsa hasta la meta, y puede fácilmente llevar más allá. Si se piensa en cuántos elementos está compuesta la ecuación de fuerzas, se comprende lo difícil que es en algunos casos saber quién de los dos tiene la superioridad de su lado. A menudo, todo pende del hilo de seda de la imaginación.

Todo depende pues de sentir cuál es el punto culminante con la fina discreción del juicio. Aquí topamos con una aparente contradicción. La defensa es más fuerte que el ataque, así que habría que creer que éste nunca podría llevar demasiado lejos, porque mientras se siga siendo lo bastante fuerte para la forma más débil, tanto más se será para la más fuerte[310].

CAPÍTULO SEXTO

ANIQUILACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS ENEMIGAS

La aniquilación de las fuerzas armadas enemigas es el medio para el fin.— Lo que se entiende por ello.— Precio que cuesta. —Distintos puntos de vista posibles:

1. aniquilar tan sólo tanto como necesite el objeto del ataque,
2. o tanto como sea posible;
3. cuando la conservación de las propias sea el punto de vista principal[311],
4. esto puede ir tan lejos como para que el ataque *sólo en ocasión favorable* emprenda algo encaminado a la aniquilación de las fuerzas enemigas; esto también puede ser el caso en el objeto del ataque, y ya se ha dicho en el capítulo tercero.

El único medio para la destrucción de las fuerzas armadas enemigas es el combate, pero desde luego de una doble manera: 1, directamente; 2, indirectamente, mediante combinación de combates. Así que, si la batalla es el medio principal, no es el único. La toma de una fortaleza, de un trozo de terreno, es ya en sí una destrucción de las fuerzas enemigas, pero también puede conducir a una mayor, es decir, serlo también indirectamente.

La ocupación de una franja de terreno no defendida puede considerarse, además del valor que tiene como realización directa de un fin, destrucción de la fuerza armada enemiga. La maniobra del enemigo para salir de un terreno ocupado por él no es algo muy distinto y sólo puede ser considerado desde el mismo punto de vista, no como un éxito de las armas propiamente dicho. La mayoría de las veces se sobrestiman estos medios: raras veces tienen el valor de una batalla; y sin embargo, siempre hay que temer que se pase por alto la situación desventajosa a la que conducen; debido al escaso coste que tienen, son seductores.

Han de ser consideradas pequeñas apuestas que conducen a un escaso beneficio y son adecuadas para unas circunstancias limitadas y unos motivos débiles. En ese caso, está claro que son mejores que las batallas sin finalidad. Victorias cuyos éxitos no pueden ser agotados.[312]

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA BATALLA OFENSIVA

Lo que hemos dicho de la batalla defensiva arroja ya una gran luz sobre la batalla ofensiva.

Hemos tenido presente la batalla allá donde la defensa es más marcadamente fuerte para hacer sensible la esencia de la misma, pero son las menos las batallas que son así, la mayoría son encontronazos a medias en los que el carácter defensivo se pierde mucho. Pero no ocurre así con la batalla ofensiva; conserva su carácter en toda circunstancia y puede afirmarla con tanto mayor audacia cuanto que el defensor no se encuentra en su verdadero ser[313]. Por eso en la batalla defensiva no claramente declarada y en los verdaderos encuentros siempre queda algo de la diferencia en el carácter de la batalla por parte del uno y del otro. La principal peculiaridad de la batalla ofensiva es el envolvimiento o la elusión, es decir, al mismo tiempo, el ofrecimiento de la batalla.

Es obvio que el combate con líneas envolventes tiene en sí grandes ventajas; esto es un objeto de la táctica. El ataque no puede renunciar a esas ventajas porque la defensa tenga un medio en contra, porque no puede emplear ese medio al estar demasiado relacionado con las demás circunstancias de la defensa. Para envolver a su vez con ventaja a la parte envolvente, hay que encontrarse en una posición escogida y bien equipada. Pero, lo que es mucho más importante, no todas las ventajas que la defensa ofrece llegan realmente a aplicarse; la mayoría de las defensas son un pobre recurso de emergencia, y la mayoría de las veces los defensores se encuentran en una situación de mucha angustia y amenaza cuando, esperando lo peor, salen al paso del ataque. La consecuencia es que las batallas con líneas envolventes o incluso con frentes paralelos, que en realidad deberían ser consecuencia de una situación ventajosa de las líneas de comunicación, son normalmente la consecuencia de la superioridad moral y física. Marengo, Austerlitz, Jena. En la primera de esas batallas, la base del atacante,

aunque no superior a la de la defensa, si es la mayoría de las veces muy grande debido a la proximidad de la frontera, así que puede arriesgar algo.[314] El ataque lateral, es decir, el ataque con frente paralelo, es por otra parte más eficaz que el envolvente. Es una idea equivocada que un avance estratégico envolvente tenga que estar unido a él de antemano, como en Praga. Esto raras veces tiene nada en común con ello y es algo muy precario, de lo que hablaremos más en detalle al hablar del ataque a un teatro bélico. Así como en la batalla defensiva el general tiene la necesidad de aplazar lo más posible la decisión, de ganar tiempo, porque normalmente una batalla defensiva indecisa está ganada con la puesta de sol, en la batalla ofensiva el general tiene necesidad de acelerar la decisión; pero por otra parte el apresuramiento conlleva un gran peligro, porque conduce al despilfarro de las fuerzas. Una peculiaridad de la batalla ofensiva es en la mayor parte de los casos la incertidumbre acerca de la situación del adversario; es un verdadero andar a tientas hacia circunstancias desconocidas. Austerlitz, Wagram, Hohenlinden, Jena, Katzbach. Cuanto más lo es, tanto más concentración de las fuerzas, tanto más elusión que envolvimiento. Que los principales frutos de la victoria se alcanzan sólo en la persecución lo enseña ya el duodécimo capítulo del Libro Cuarto. Por la naturaleza del asunto, en la batalla ofensiva la persecución es más parte integrante de toda la acción que en la batalla defensiva.

CAPÍTULO OCTAVO

PASOS DE RÍOS

1. Un río importante que corta la dirección del ataque siempre es algo muy incómodo para el atacante; porque, cuando lo ha superado, la mayoría de las veces se ve limitado a un puente y por tanto, si no quiere quedarse pegado al mismo, estará muy limitado en su acción. Si piensa incluso en dar batalla al enemigo al otro lado, o puede esperar que éste le saldrá al paso, correrá grandes peligros; así que, sin una importante superioridad física y moral, un general no se pondrá en esa situación.

2. De esta dificultad del mero dejar atrás el río surge también la posibilidad de defenderlo realmente, con mucha mayor frecuencia de lo que normalmente sería el caso. Si se presupone que esta defensa no se contempla como la única salvación, sino que está organizada de tal modo que incluso si fracasa sigue siendo posible la resistencia en las proximidades del río, a la resistencia que el atacante puede sufrir a causa de la defensa del río se añaden en su cálculo las ventajas de las que hemos hablado en el punto 1, y ambas cosas juntas hacen que se vea a los generales mostrar tanto respeto ante un río defendido.

3. Pero hemos visto en el libro anterior que en ciertas condiciones la verdadera defensa del río promete muy buen éxito, y si contemplamos la experiencia tenemos que confesar que estos éxitos se producen aún más frecuencia de lo que la teoría promete, porque en ésta sólo se cuenta con las circunstancias reales tal como se encuentran, mientras en la ejecución al atacante todo suele parecerle un poco más difícil de lo que en realidad es, y todo se convierte por tanto en un freno a su acción.

Si hablamos de un ataque que no persigue una gran decisión y no es ejecutado con energía radical, se puede decir que en su ejecución habrá un montón de pequeños impedimentos y azares, que la teoría no contempla en absoluto, que irán en perjuicio del atacante, porque es el que actúa, y por tanto aquel con el que primero se entra en conflicto. No hay más que pensar en lo a menudo que se

han defendido con éxito ríos lombardos en sí insignificantes. Si en la Historia bélica también hay defensas de ríos que no han aportado lo que se esperaba de ellas, se debe a que a veces se ha exigido un efecto completamente exagerado de este medio, que no se basaba en absoluto en su naturaleza táctica sino tan sólo en su eficacia, conocida por experiencia, que se quería extender sobre toda medida.

4. Sólo cuando el defensor comete el error de buscar su única salvación en la defensa de su río, y se pone en el caso de ir a parar cuando salta por los aires a una gran confusión y a una especie de catástrofe, sólo entonces puede considerarse la defensa fluvial como una forma favorable al ataque, porque es en todo caso más fácil forzar una defensa fluvial que ganar una batalla común.

5. De lo dicho hasta ahora se desprende que las defensas fluviales llegan a tener un gran valor cuando no se busca una gran decisión, pero allá donde cabe esperarla de la superioridad o la energía del adversario este medio, si es mal empleado, puede tener un valor positivo para el atacante.

6. Las menos de las defensas fluviales son de tal modo que no pueden ser rehuidas, ya sea en general en toda la línea defensiva o en particular en un punto concreto. Por tanto, al atacante superior, que sale a dar grandes golpes, siempre le queda el recurso de hacer una demostración en un punto y pasar a otro y luego compensar las primeras situaciones desventajosas que puedan afectarle mediante su superioridad numérica y un avance sin contemplaciones, porque también esto último le resulta posible por su superioridad. Un verdadero forzado táctico de un río defendido, desalojando un puesto principal enemigo mediante un fuego y una bravura superiores, se produce raras veces o nunca, y la expresión «cruce por la fuerza» siempre ha de ser entendida en sentido estratégico, por cuanto el atacante, con su cruce por un punto no defendido o poco defendido, supera dentro de la línea dispuesta todas las desventajas que según la intención del defensor iban a surgirle de ese cruce. En cambio, lo peor que puede hacer el atacante es un verdadero cruce por varios puntos, si no están muy juntos y permiten un golpe común; porque, como el defensor tiene que estar necesariamente dividido, el atacante pierde su ventaja natural con la división de sus fuerzas. Por eso perdió Bellegarde en 1814 la batalla de Mincio, donde casualmente

ambos ejércitos cruzaron simultáneamente el río por distintos puntos, y los austriacos más divididos que los franceses.

7. Si el defensor se queda a este lado del río, se entiende que hay dos vías para vencerlo estratégicamente: o cruzando por algún punto, superando por tanto al defensor en su mismo medio, o dando una batalla. En el primer caso, las relaciones entre la base y las líneas de comunicación serán decisivas, pero desde luego a menudo se ve que los dispositivos especiales deciden más que las condiciones generales; quien sepa elegir mejores puestos, instalarse mejor, quien mejor sea obedecido, quien marche más rápido, etc., puede luchar con ventaja contra las circunstancias generales. En lo que concierne al segundo recurso, presupone en el atacante los medios, las circunstancias y la decisión para dar una batalla; sin embargo, allá donde se pueden presuponer el defensor no arriesgará fácilmente este tipo de defensa fluvial.

8. Como resultado final, tenemos que decir que aunque el paso de un río no tiene de por sí grandes dificultades en la mayoría de los casos, en todos aquellos que no conllevan una gran decisión se le unen tantos reparos referidos a las consecuencias y circunstancias remotas que es fácil hacer detenerse al atacante, de forma que o bien deje al defensor a este lado del río o en todo caso cruce pero se mantenga pegado a él. Porque que ambas partes se mantengan largo tiempo en distintas orillas del río es algo que se da en pocos casos.

Pero incluso en los casos de gran decisión un río es un objeto importante; debilita y perturba siempre la ofensiva, y lo más favorable en este caso es que el defensor se vea erróneamente inducido a verlo como un barrera táctica y hacer de su defensa el acto principal de su resistencia, de forma que al atacante se le da la ventaja de dar el golpe decisivo con facilidad. Desde luego, en el primer momento este golpe nunca será una completa derrota del adversario, pero consistirá en distintos combates ventajosos, y éstos producirán unas circunstancias generales muy malas para el adversario, como en 1796 para los austriacos en el Bajo Rin.

CAPÍTULO NOVENO

ATAQUE DE POSICIONES DEFENSIVAS

En el libro dedicado a la defensa se ha expuesto de manera suficiente hasta qué punto las posiciones defensivas pueden obligar a atacarlas o abandonar el avance. Sólo aquellas que lo hacen son oportunas y adecuadas para consumir en todo o en parte o neutralizar la fuerza ofensiva, y por consiguiente el ataque nada puede contra ellas, es decir, no hay a su alcance medio alguno para compensar esa ventaja. Pero no todas las posiciones defensivas que se dan son realmente así. Si el atacante ve que puede conseguir su objetivo sin atacarlas, el ataque sería un error; si no puede conseguir su objetivo, cabe preguntarse si el adversario puede maniobrar mediante una amenaza de flanco. Sólo cuando estos medios son ineficaces uno se decide a atacar una buena posición, y en ese caso el ataque lateral siempre suele ofrecer algo menos de dificultad; pero la elección entre ambos lados la decide la situación y orientación de las respectivas líneas de retirada, es decir, la amenaza de la retirada enemiga y el aseguramiento de la propia. Ambas cosas pueden estar en competencia, y entonces la primera consideración tiene una ventaja natural, porque es ella misma de naturaleza ofensiva, es decir, homogénea con el ataque, mientras la otra es de naturaleza defensiva. Pero es cierto y ha de ser considerado una verdad principal aquí que *atacar a un adversario capaz en una buena posición es cosa precaria.* Desde luego, no faltan ejemplos de tales batallas, y felices, como Torgau, Wagram (no mencionamos Dresde porque no calificaríamos de capaz al adversario en la misma); pero en conjunto el riesgo es muy escaso y desaparece ante el sinnúmero e casos en los que hemos visto a los más decididos generales presentar sus saludos a buenas posiciones.[315]

Pero no hay que confundir el objeto que tenemos presente con las batallas habituales. La mayoría de las batallas son auténticos choques en los que sin duda uno espera, pero en una posición no preparada.[316]

CAPÍTULO DÉCIMO

ATAQUE A CAMPOS ATRINCHERADOS

Durante un tiempo, estuvo de moda hablar con mucho menosprecio de las trincheras y sus efectos. Las líneas de tipo cordón de las fronteras francesas, que a menudo fueron desbordadas, el campo atrincherado de Breslau, en el que el duque de Bevern perdió la batalla, la batalla de Torgau y varios otros casos han causado este juicio, y las victorias de Federico el Grande, obtenidas mediante movimiento y medios ofensivos, lanzaron una sombra sobre toda defensa, todo combate inmóvil y concretamente todas las trincheras que incrementó aún más ese menosprecio. Desde luego, si unos miles de hombres han de defender varias millas de terreno, o cuando las trincheras no son más que túneles invertidos, no sirven para nada, y la confianza puesta en ellas causa una peligrosa laguna. Pero, ¿acaso no es contradicción, o más bien insensatez, extender esto con la mentalidad de un vulgar fanfarrón, como hace Tempelhoff, al concepto mismo de atrincheramiento? ¿Para qué sirven entonces las trincheras, si no son adecuadas para reforzar la defensa? ¡No! No sólo la razón, sino cientos y miles de experiencias, demuestran que una trinchera bien hecha, bien guarnecida, bien defendida, *ha de ser considerada un punto por regla general inexpugnable*, y así es contemplado por el atacante. Partiendo de ese elemento de la eficacia de una sola trinchera, no cabe dudar de que el ataque a un campo atrincherado es una tarea muy difícil, la mayoría de las veces imposible, para el atacante.

Forma parte de la naturaleza de los campos atrincherados estar débilmente guarnecidos; pero con buenos obstáculos del terreno y unas buenas trincheras es posible defenderse incluso contra un enemigo muy superior en número. Federico el Grande consideró imposible atacar el campo de Pirna aunque podía emplear en ello el doble de su guarnición, y si luego se ha afirmado de vez en cuando que habría podido ser tomado, la única prueba de esta afirmación es el muy mal estado de las tropas sajonas, que por supuesto no

demuestra nada contra la eficacia de las trincheras. Pero queda la cuestión de si aquellos que después no sólo consideraban el ataque posible, sino incluso fácil, se habrían decidido a él en el momento.

Creemos pues que el ataque a un campo atrincherado se encuentra entre los medios muy inusuales de la ofensiva. Sólo cuando las trincheras han sido abiertas a toda prisa y no están ni terminadas ni reforzadas con obstáculos al acceso, o si, como ocurre a menudo, todo el campo no es más que un esquema de lo que debería ser, una ruina a medio hacer, el ataque puede ser aconsejable e incluso convertirse en un camino para vencer con facilidad al enemigo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

ATAQUE A UNA MONTAÑA

Lo que una montaña representa en las relaciones estratégicas generales, tanto en la defensa como incluso en el ataque, se desprende suficientemente de los capítulos cinco y siguientes del Libro Sexto. También hemos tratado de desarrollar allí el papel que una montaña representa como auténtica línea de defensa, y de ello se desprende cómo ha de ser considerada en su importancia por parte del ataque. Por eso nos queda poco que decir aquí sobre este importante objeto. Nuestro resultado principal allí era que la defensa tiene que adoptar el punto de vista muy distinto de un combate subordinado o de una batalla principal, que en el primer caso el ataque a una montaña sólo puede ser considerado un mal necesario porque tiene en contra todas las circunstancias, pero en el segundo las ventajas se encuentran de parte del ataque.

Un ataque pues que esté equipado con las energías y la decisión de dar una batalla saldrá al paso de su adversario en las montañas y sin duda encontrará lo que esperaba.

Pero tenemos que volver aquí una vez más a que será difícil prestar oídos a ese resultado, porque va en contra de la apariencia y, a primera vista, también en contra de toda experiencia. Porque ni en la mayoría de los casos se ha visto que un ejército que avanza al ataque, busque o no una batalla principal, haya tenido la suerte inaudita de que el enemigo no haya ocupado las montañas y se apresure entonces a adelantársele, ni nadie hallará en ese adelanto una contradicción con los intereses del atacante. Esto es muy aceptable desde nuestro punto de vista, sólo que hay que distinguir con más precisión.

Un ejército que sale al encuentro del enemigo para ofrecerle una batalla principal tendrá, si tiene que atravesar una montaña no guarnecida, la natural preocupación de que el enemigo ocupe en el último momento aquellos pasos de los que piensa servirse; en ese caso, el atacante ya no tendría las mismas ventajas que le hubiera

ofrecido una posición habitual de montaña de su adversario. Porque la de ahora ya no está antinaturalmente extendida, ya no está insegura acerca del camino que tomará el atacante, que ha podido hacer la elección de su ruta sin tener en cuenta la disposición enemiga, y por tanto esta batalla en la montaña ya no está equipada de todas las ventajas para el atacante de las que hemos hablado en el Libro Sexto; en estas circunstancias, el defensor podría encontrarse en una posición inexpugnable. De este modo, dispondría del medio para extraer de la montaña un uso ventajoso para su batalla principal. Esto sería posible en todo caso, pero si se piensa en la dificultad que tendría para el defensor asentarse en el último momento en una buena posición en la montaña, sobre todo si antes la había dejado completamente sin guarnecer, se considerará sin duda completamente indigno de confianza este medio de defensa, y se considerará *muy improbable* incluso que el atacante tenga que temerlo. Pero por eso, porque este caso es muy improbable, sigue siendo natural temerlo. Porque en la guerra suele darse el caso de que una preocupación sea muy natural y sin embargo bastante superflua.

Pero otro objeto que el atacante tiene que temer es la defensa de montaña temporal ofrecida por una vanguardia o una cadena de puestos avanzados. También este medio mostrará su interés en los menos de los casos, pero el atacante no está en condiciones de distinguir si este será el caso o no, y por eso teme lo peor.

Además, nuestra opinión no contradice en este punto en modo alguno la posibilidad de que una posición se vuelva completamente inatacable debido al carácter montañoso del terreno; hay posiciones tales que no por eso están en las montañas: Pirna, Schmottseifen, Meissen, Feldkirch; y precisamente porque no están en las montañas, son las más útiles. Pero también se puede muy bien pensar que tales posiciones puedan encontrarse en la montaña, allá donde los defensores podrían librarse de las desventajas naturales de las posiciones montañosas, por ejemplo, en elevadas *mesetas,* pero son extremadamente raras, y podríamos no tener presentes más que la mayoría.

Vemos precisamente en la Historia bélica lo poco adecuada que es la montaña para las batallas defensivas decisivas, porque cuando los grandes generales han querido buscar una batalla así han preferido instalarse en la llanura, y en toda la Historia bélica no se

encuentran otros ejemplos de combates decisivos en las montañas que los de las guerras revolucionarias, donde al parecer una errónea aplicación y analogía ha llevado al uso de las posiciones de montaña incluso allá donde había que contar con combates decisivos. Años 1793 y 1794 en Vogesen y 1795, 96 y 97 en Italia. Todo el mundo ha acusado a Melas de no haber ocupado los pasos de los Alpes en 1800; pero esto son críticas de primera intención, de juicio simple, se podría decir que infantil, por la mera apariencia. En el lugar de Melas, Bonaparte tampoco los habría ocupado.

La disposición para un ataque de montaña es en su mayor parte de naturaleza táctica, sólo que creemos tener que indicar lo siguiente para los primeros contornos, es decir, para aquellas partes más cercanas a la estrategia y que coinciden con ella:

1. Como en la montaña no se puede rehuir la carretera como en otros
terrenos y convertir uno en dos o tres si las necesidades del momento exigen dividir la masa de las tropas, sino que la mayor parte del tiempo se está metido en largos desfiladeros, el avance tiene que hacerse por varias carreteras, o más bien por un frente algo más ancho.
2. Naturalmente, el ataque contra una posición de montaña muy extensa se hará con las fuerzas concentradas; no cabe pensar en un envolvimiento del conjunto, y si ha de producirse una victoria significativa tiene que ser más por la ruptura de la línea enemiga y el rechazo de las alas que por un corte envolvente. El avance rápido e imparable hacia la principal ruta de retirada del enemigo es la aspiración natural del atacante.
3. Pero si hay que atacar al enemigo en una posición menos concentrada en la montaña, los envolvimientos son una parte muy esencial del ataque, porque los golpes en el frente alcanzarán la mayor fuerza del defensor; en cambio, en los envolvimientos hay que perseguir más un verdadero corte que en un ataque táctico lateral o por la espalda, porque incluso en ese caso las posiciones de montaña son capaces de gran resistencia si no faltan las fuerzas; y sólo cabe esperar el éxito más rápido de la preocupación que se causa al enemigo al hacer que pierda su retirada; y esa

preocupación surge antes en la montaña y es más fuerte, porque llegado el peor de los casos no es posible abrirse paso puñal en mano. Pero la mera demostración no es aquí medio suficiente; en todo caso haría maniobrar al enemigo, pero no arrojaría especial éxito, así que hay que buscar un verdadero corte.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

ATAQUE CONTRA LÍNEAS DE CORDÓN

Si en su defensa y en su ataque debe contenerse una decisión principal, conceden al atacante una verdadera ventaja, porque su extensión antinatural contradice, aún más que la defensa directa de ríos o montañas, todos los requisitos de una batalla decisiva. Las líneas del príncipe Eugenio en Denain en 1712 se cuentan sin duda entre éstas, porque su pérdida fue completamente comparable a una batalla perdida, pero es difícil que Villars hubiera conseguido esta victoria en una posición concentrada contra el Príncipe Eugenio. Allá donde en el ataque no se dan los medios para una batalla decisiva, se respetan incluso las líneas cuando están ocupadas por el ejército principal enemigo, como las de Stollhofen al mando de Luis de Baden fueron respetadas por el propio Villars en el año 1703. Pero si sólo están ocupadas por una fuerza subordinada, todo dependerá de la fuerza del cuerpo que pueda emplearse para atacarlas. En ese caso la resistencia no suele ser tan grande, pero desde luego el resultado de la victoria raras veces merece mucho la pena.

Las líneas de circunvalación de los asedios tienen un carácter propio, de lo que se hablará en el capítulo dedicado al ataque a un teatro bélico.

Todas las disposiciones parecidas a un cordón, como líneas reforzadas de puestos avanzados, etc., tienen siempre la peculiaridad de que son fáciles de romper; pero cuando esto no se hace para avanzar y obtener una decisión, aportan sólo un débil éxito, que la mayor parte de las veces no merece el esfuerzo empleado en él.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

MANIOBRAS

1. Ya en el capítulo trigésimo del Libro Sexto se tocó este asunto. En cualquier caso, aunque común al defensor y al atacante, es un poco más de naturaleza ofensiva que defensiva, de ahí que queramos caracterizarlo más en detalle aquí.

2. La maniobra no se opone a la ejecución violenta del ataque mediante grandes combates, sino a toda aquella ejecución del ataque que se deriva directamente de los medios del mismo, ya sea un efecto sobre las líneas de comunicación enemigas, sobre la retirada, una diversión, etc.

3. Si nos atenemos al uso lingüístico, hay en el concepto de la maniobra una eficacia que en cierto modo surge de la nada, es decir, del *equilibrio,* y sólo es *provocada* por el error que se hace cometer al enemigo. Son las primeras jugadas de una partida de ajedrez. Es por tanto un juego de fuerzas iguales para provocar una buena oportunidad de éxito y emplearla luego mediante la superioridad sobre el adversario.

4. Sin embargo, los intereses que hay que considerar aquí, en parte como objetivos, en parte como puntos de apoyo de la acción, son principalmente:

a) el suministro que se trata de cortar o limitar al adversario;

b) la reunión con otros cuerpos;

c) la amenaza a otras conexiones con el interior del país o con otros ejércitos y cuerpos;

d) la amenaza a la retirada;

e) el ataque a puntos concretos con fuerzas superiores.

Estos cinco intereses pueden asentarse en los menores detalles de la situación individual y convertirse así en el objeto en torno al cual gira todo durante un tiempo. Un puente, una carretera, una trinchera, representan entonces a menudo el papel principal. Es fácil

apreciar en cada caso que sólo la relación que tienen con uno de los objetos mencionados les da su importancia.

f) El resultado de una maniobra afortunada es para el atacante, o más bien para la parte activa, que también puede ser la defensa, un trocito de tierra, un almacén, etc.

g) En la maniobra estratégica se presentan dos contraposiciones que tienen el aspecto de maniobras distintas y han sido empleadas para derivar máximas y reglas erróneas, cuando son cuatro miembros, en el fondo componentes necesarios del asunto, y han de ser contemplados como tal. La primera contraposición es el envolvimiento y la acción sobre las líneas interiores, la segunda la cohesión de las fuerzas y su expansión en muchos puestos.

h) En lo que a la primera contraposición se refiere, no se puede decir que uno de los dos miembros merezca una ventaja general sobre el otro; porque, en parte, es natural que la persecución de uno provoque el otro como un contrapeso natural, como su verdadero antídoto; en parte el envolvimiento es homogéneo con el ataque, y la permanencia en las líneas interiores con la defensa, y por tanto la mayoría de las veces aquél atraerá más al atacante y ésta al defensor. Aquella forma será la preponderante, la que más se maneje.

i) Los miembros de la otra contraposición tampoco se pueden subordinar el uno al otro. Al más fuerte le está permitido extenderse a lo largo de varios puestos. Con eso se procurará en muchos sentidos una cómoda presencia y acción estratégicas y cuidará las energías de sus tropas. El más débil tiene que concentrarse más y tratar de causar mediante el movimiento el daño que de lo contrario sufriría él. Esta mayor movilidad presupone un grado superior de preparación en las marchas. El más débil tiene por tanto que agotar más sus fuerzas físicas y morales: un resultado último que naturalmente nos encontraremos siempre que hayamos sido consecuentes, y que por eso puede considerarse en cierto modo como la prueba lógica del razonamiento. Federico el Grande contra Daun en 1759 y 1760 y contra Laudon en 1761, y Montecuccoli contra Turenne en 1673 y 1675, han sido considerados siempre los acontecimientos más perfectos de este tipo, y de ellos hemos extraído principalmente nuestras ideas.

j) Así como los cuatro miembros de las dos contradicciones ideadas no deben ser objeto de abuso que conduzca a falsas máximas y reglas, también tenemos que advertir en contra de dar a otras

circunstancias generales, por ejemplo, la base, el terreno, etc., una importancia y una influencia que no se dan en realidad. Cuanto menores sean los intereses de los que se trata, tanto más importantes se vuelven los detalles del lugar y del momento, tanto más retrocede lo grande y general, que en cierto modo no tiene sitio en el cálculo pequeño. ¿Hay, en general, una situación más absurda que la de Turenne en el año 1675, cuando estaba con la espalda contra el Rin en una extensión de 3 millas y tenía sus puentes de retirada en su ala extrema derecha? Sin embargo, sus medidas cumplieron su finalidad, y no falta razón para atribuirles un alto grado de arte y pericia. Sin embargo, sólo se comprenden este éxito y este arte cuando se presta más atención a lo concreto y se tiene en cuenta conforme al valor que tendría que tener en el caso individual.

k) Por tanto, estamos convencidos de que no hay ningún tipo de reglas para maniobrar, que ningún modo, ningún principio general puede determinar el valor de la acción, sino que la actividad superior, la precisión, el orden, la obediencia, el denuedo en las circunstancias más individuales y más pequeñas pueden encontrar los medios de procurarse ventajas sensibles, y que por tanto de esas cualidades dependerá principalmente la victoria en esta competición.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

ATAQUE A PANTANOS, ZONAS INUNDADAS, BOSQUES

Los pantanos, es decir, las praderas intransitables que sólo están recorridas por unos pocos diques, ofrecen al ataque táctico dificultades propias, como ya hemos dicho al hablar de la defensa. Su anchura no permite expulsar al enemigo con fuego artillero desde la otra orilla y construir medios propios de paso. La consecuencia estratégica es que hay que evitar atacarlos y tratar de rodearlos. Allá donde el cultivo sea tan grande, como ocurre en algunas depresiones, que los pasos sean innumerables, la resistencia del defensor seguirá siendo sin duda relativamente fuerte, pero tanto más débil y por tanto completamente inadecuada para una decisión absoluta. En cambio, cuando la depresión, como en Holanda, esté intensificada por una zona inundada, la resistencia podrá crecer hasta lo absoluto y echar a perder cualquier ataque. Holanda lo demostró en el año 1672, cuando después de la conquista y ocupación de todas las fortalezas situadas fuera de la línea de inundación quedaban aún 50.000 hombres de tropas francesas que, primero al mando de Condé y después de Luxemburgo, no estuvieron en condiciones de franquear la línea de inundación, aunque sólo estaba defendida por quizá 20.000 hombres. Si la campaña de Prusia contra los holandeses de 1787, al mando del duque de Braunschweig, muestra un resultado completamente opuesto, que estas líneas fueron superadas casi sin superioridad numérica y con unas pérdidas muy insignificantes, hay que buscar la causa en el estado de división causada por opiniones políticas de los defensores y en la falta de unidad de mando, y sin embargo nada es más evidente que el éxito de la campaña, es decir, la penetración a través de la última línea de inundación hasta los muros de Amsterdam, se apoyó en una punta tan fina que es imposible sacar una conclusión de ella. Esa punta fue el desguarnecido Mar de Haarlem. Por medio de éste el duque rodeó la línea de defensa y cayó sobre la espalda del puesto de Amstelveen.

Si los holandeses hubieran tenido unos cuantos barcos en ese mar, el duque nunca habría llegado ante Amsterdam[317], porque estaba *au bout de son latin*. Qué influencia habría tenido esto sobre la conclusión de la paz es algo que no nos importa nada aquí, pero está claro que no se podría seguir hablando de superación de la última línea de inundaciones.

Desde luego el invierno es el enemigo natural de este medio de defensa, como los franceses demostraron en 1794 y 1795, pero para eso hace falta un invierno *riguroso*.

Asimismo, hemos incluido los bosques de escasa accesibilidad entre los medios que ofrecen un vigoroso apoyo a la defensa. Si son de escasa profundidad, el atacante puede penetrar por unos cuantos caminos adyacentes y alcanzar la mejor zona, porque la fortaleza táctica de los distintos puntos no será grande, dado que un bosque nunca puede ser tan absolutamente impenetrable como un río o pantano. Pero si, como en Rusia y Polonia, una franja importante de terreno está casi completamente cubierta de bosque y la fuerza del atacante no puede sacarle de ella, su situación será muy incómoda. No hay más que pensar en cuántas dificultades de suministro tendrá que afrontar, y lo poco en condiciones que estará de hacer sentir su superioridad numérica en la oscuridad de los bosques, a un adversario omnipresente. Sin duda es una de las peores situaciones en que se puede encontrar el ataque.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

ATAQUE A UN TEATRO BÉLICO CON DECISIÓN

La mayoría de los objetos se han tocado ya en el Libro Sexto, y arrojan por mero reflejo su correspondiente luz sobre el ataque.

El concepto de un teatro bélico cerrado tiene de todos modos una relación más estrecha con la defensa que con el ataque. Algunos puntos principales, *objeto del ataque, esfera de influencia de la victoria,* se han tratado ya en ese libro, y el más fundamental y esencial, sobre la naturaleza del ataque, sólo se podrá presentar al hablar del plan de guerra; pero aún nos quedan aquí algunas cosas que decir, y vamos a empezar una vez más con la campaña que tiene la intención de lograr una gran decisión.

1. El objetivo inmediato del ataque es una victoria. Todas las ventajas que el defensor encuentra en la naturaleza de su situación el atacante sólo puede compensarlas con su superioridad, y en todo caso con la moderada primacía que da al ejército la sensación de ser el que ataca y el que avanza. La mayoría de las veces esto se sobrestima mucho, porque no dura demasiado tiempo y no se sostiene ante las dificultades reales. Se entiende que presuponemos que el defensor proceda de forma tan adecuada y exenta de errores como el atacante. Queremos con esta observación alejar la oscura idea de asalto y sorpresa que suele imaginarse en el ataque como abundante fuente de victorias, y que sin embargo no se produce sin especiales circunstancias individuales. Lo que sucede con el verdadero asalto estratégico, ya lo hemos dicho en otro lugar. Por tanto, si al ataque le falta la superioridad física, tiene que tener una moral para compensar ese perjuicio, y cuando ésta también falta el ataque no está motivado y no tendrá fortuna.

2. Así como la cautela es el verdadero genio de la defensa, así lo es la audacia y la confianza en el atacante; no es que las cualidades opuestas puedan faltarles a ambos, sino que se les aparejan con una

afinidad mayor.[318] Todas estas cualidades son necesarias porque la acción no es un constructo matemático, sino una actividad en regiones oscuras, o como máximo en penumbra, donde uno tiene que confiarse a aquel dirigente que sea más adecuado para nuestro destino. Cuanto más moralmente débil se muestra el defensor, tanto más audaz tiene que volverse el atacante.

3. La victoria incluye el encuentro del poder principal enemigo con el propio. Esto tiene menos duda en el ataque que en la defensa, porque el atacante busca al defensor, que normalmente espera, en su posición. Sólo que hemos afirmado (al hablar de la defensa) que no debe buscarlo cuando el defensor se haya situado *erróneamente,* porque puede estar seguro de que éste le buscará *a él*, y entonces tendrá la ventaja de encontrarlo desprevenido. Aquí todo depende de la carretera y dirección más importante, y este punto no lo hemos discutido al hablar de la defensa y remitido a este capítulo. Así que vamos a decir lo necesario aquí.

4. Ya hemos dicho antes cuáles puedan ser los objetos más concretos del ataque y por tanto los *fines* de la victoria; si están dentro del teatro bélico que es atacado y dentro de la probable esfera de la victoria, los caminos hacia ellos son las direcciones naturales del golpe. Pero no tenemos que olvidar que el objeto del ataque suele alcanzar su importancia con la victoria, que la victoria ha de ser por tanto pensada siempre en unión con él; por eso, al atacante no le importa alcanzar meramente su objeto, sino alcanzarlo como vencedor, y así la dirección de su golpe no tendrá que afectar tanto al objeto mismo como al *camino* que el ejército enemigo tiene que tomar hacia él. Este camino es el objeto más próximo para nosotros. Alcanzar al ejército enemigo antes de que alcance ese objeto, cortarlo de él y golpearle en esa situación es lo que da la victoria potenciada. Por tanto, si el objetivo principal del ataque fuera la capital enemiga, y el defensor no se hubiera situado entre ella y el atacante, éste haría mal en ir directamente contra la capital, sino que haría mejor en orientarse a la unión entre el ejército enemigo y la capital y buscar allí la victoria que ha de llevarle a ella.

Si no hay ningún objeto grande dentro de la esfera de victoria del ataque, la comunicación del ejército enemigo con el siguiente gran objeto es el punto que tiene la importancia predominante. Así que

todo atacante se preguntará: si he tenido suerte en la batalla, ¿qué hago con la victoria? El objeto de conquista a que ésta conduce será entonces la dirección natural del golpe. Si el defensor se ha situado en esta dirección, ha hecho bien, y no queda más remedio que irlo a buscar allí. Si su posición fuera demasiado fuerte, el atacante tendría que tratar de rehuirla, es decir, hacer de la necesidad virtud. Pero si el defensor no está en el sitio adecuado, el atacante elegirá esa dirección y se dará la vuelta en cuanto llegue a la altura del defensor, y siempre que éste no se haya desplazado de costado entretanto, en la dirección de su línea de comunicación con el objeto, para buscar allí al ejército enemigo; si se hubiera quedado completamente inmóvil, el atacante tendría que volverse contra él para atacarlo desde atrás.

Entre todos los caminos cuya elección es objeto del ataque, las grandes carreteras comerciales son siempre los mejores y más naturales. Allá donde trazan un giro demasiado fuerte, hay que elegir para esos lugares los caminos más rectos, aunque sean más estrechos, porque una carretera de retirada que se aparte mucho de la línea recta tiene siempre grandes reparos.

5. El atacante que sale en busca de una gran decisión no tiene motivos para dividir su poder, y la mayoría de las veces en que esto ocurre de todos modos ha de ser considerado un error de falta de claridad. Así que debe avanzar con sus columnas en una anchura tal que todas puedan batirse al mismo tiempo. Si el enemigo mismo ha dividido su poder, esto será tanto más ventajoso para el atacante, sólo que desde luego podrá haber pequeñas demostraciones, que son en cierto modo los *fausses attaques* estratégicos y tienen la finalidad de retener esa ventaja; en ese caso, la división de las fuerzas estaría justificada.

La división, de todos modos necesaria, en varias columnas tiene que ser utilizada para el orden envolvente del ataque táctico, porque esta forma es natural al ataque y no debe ser desperdiciada sin necesidad. Pero tiene que mantener su naturaleza táctica, porque un envolvimiento estratégico mientras se da un gran golpe es un completo despilfarro de fuerzas. Sólo sería disculpable si el atacante fuera tan fuerte como para no poder dudar del éxito.

6. Pero también el ataque tiene su cautela, porque el atacante también tiene una retaguardia, tiene comunicaciones que han de ser aseguradas. Este aseguramiento tiene en lo posible que ser del tipo que se desplaza, es decir, tiene que ser prestado *eo ipso* por el ejército mismo. Si hay que destinar a ello fuerzas especiales, es decir, si se provoca una división de las fuerzas, esto no puede más que dañar la energía del golpe mismo. Dado que un ejército considerable siempre suele avanzar en la anchura de al menos un día de marcha, si las líneas de comunicación con la retirada no se separan demasiado de la perpendicular la cobertura de las mismas vendrá proporcionada ya por el frente del ejército.

Los peligros de esta forma a los que está expuesto el atacante tienen que medirse principalmente por la situación y el carácter del adversario. Donde todo está sometido a la presión atmosférica de una gran decisión, al defensor le queda poco margen para empresas de este tipo; por eso, en los casos habituales el atacante no tendrá mucho que temer. Pero cuando el avance ha pasado el atacante pasa poco a poco al estado de defensa, y entonces la cobertura de la retaguardia va convirtiéndose cada vez más en cuestión principal. Porque dado que la retaguardia de un atacante es por naturaleza más débil que la del defensor, éste puede empezar mucho antes, antes de pasar al verdadero ataque, e incluso mientras aún está cediendo terreno, a actuar sobre las líneas de comunicación del atacante.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

ATAQUE A UN TEATRO BÉLICO SIN DECISIÓN

1. Aunque la voluntad y las energías no alcancen para una gran decisión, puede existir determinada intención de un ataque estratégico orientado a cualquier objeto menor. Si el ataque se logra, con la consecución de este objeto todo alcanza la calma y el equilibrio. Si se encuentran en alguna medida dificultades, la detención del avance general se produce antes. Entonces ocupa su lugar una mera ofensiva ocasional o incluso una maniobra estratégica. Éste es el carácter de la mayoría de las campañas.

2. Los objetos que representan el designio de una ofensiva así son:

a) Una franja de terreno. Ventajas de mantenimiento, incluyendo contribuciones, cuidado del país, compensaciones de cara a la paz, son las ventajas que se obtienen de esto. A veces se enlaza también el concepto del honor de las armas, como aparece sin cesar en las campañas de los generales franceses bajo el mando de Luis XIV. Representa una diferencia muy esencial que la franja de terreno se pueda afirmar o no. Normalmente lo primero sólo ocurre cuando se anexa al teatro bélico propio y se convierte en complemento natural del mismo. Sólo esos territorios entran en consideración como moneda de cambio en el momento de la paz, los otros sólo se ocupan normalmente mientras dura una campaña y han de ser abandonados en invierno.

b) Un importante almacén enemigo. Aunque no sea importante, bien puede ser visto como objeto de una ofensiva que determine toda una campaña. Sin duda trae consigo pérdida al defensor y ganancia al atacante, pero la principal ventaja de este último reside en que con su toma el defensor se ve obligado a retroceder un trecho y abandonar una franja de terreno que de lo contrario habría mantenido. La conquista del almacén es por tanto más bien el medio,

y sólo es aducido aquí como fin porque se convierte en el próximo destino determinado de la acción.

c) La conquista de una fortaleza. Hemos hecho tratar un capítulo propio acerca de la conquista de las fortalezas, y a él remitimos. Por los motivos allí desarrollados, es comprensible que las fortalezas sean siempre el objeto más excelente y deseado de aquellas guerras de ataque y campañas que *no* pueden orientarse a una total derrota del adversario o a la conquista de una parte importante de su territorio; así, es fácil de explicar que en los Países Bajos, abundantes en fortalezas, todo girase siempre en torno a la ocupación de una u otra de ellas, y de tal modo que la mayoría de las veces la sucesiva conquista de toda la provincia *ni siquiera se trasluciera como línea principal,* sino que cada fortaleza fuera considerada una magnitud aislada con valor en sí, y se prestase más atención a la comodidad y facilidad de la empresa que al valor de la plaza.

Sin embargo, el asedio de una plaza no del todo insignificante siempre es una empresa importante, porque causa grandes gastos dinerarios, y éstos tienen que ser muy tenidos en cuenta en las guerras, en las que no siempre se trata del conjunto. De ahí que un asedio así se encuentre entre los objetos importantes de un ataque estratégico. Cuanto más insignificante sea la plaza, o cuanto menos en serio se tome el asedio, cuantos menos preparativos se hayan hecho para él, cuanto más se haya hecho todo de pasada, tanto menor se vuelve el objetivo estratégico, tanto más adecuadas unas fuerzas e intenciones enteramente débiles, y a menudo todo se reduce a una mera finta para salvar la campaña con honor, porque como atacante hay que hacer algo.

d) Un combate o encuentro ventajoso, o incluso una *batalla* en aras de los trofeos o del mero honor de las armas, y a veces también por la pura ambición del general de que se produzca, sólo podría ponerla en duda aquel que no supiera Historia bélica. En las campañas de los franceses de la época de Luis XIV, la mayoría de las batallas ofensivas son de ese tipo. Pero es necesario observar que estas cosas no carecen de peso objetivo, no son un mero juego de la vanidad; tienen una influencia muy determinada sobre la paz, y por tanto conducen a la meta de manera bastante directa. El honor de las armas, la superioridad moral del ejército y del general, son cosas

cuyo efecto es invisible, pero que impregnan incesantemente todo el acto bélico.

El objetivo de un combate así presupone, desde luego: a) que se tenga bastante expectativa de victoria; b) que no se ponga demasiado en juego en caso de perderlo. Naturalmente, no hay que confundir una batalla así, que se libra en circunstancias estrechas y con un objetivo limitado, con victorias que no se aprovechan por pura debilidad moral.

3. Con la excepción del último de estos objetos (d), todos pueden alcanzarse sin un combate significativo[319], y normalmente son perseguidos sin él por el agresor. Los medios de que dispone el atacante sin un combate decisivo afectan a todos los intereses que el defensor tiene en su teatro bélico: la amenaza a sus líneas de comunicación, ya sea con objetos de mantenimiento como almacenes, fértiles provincias, vías de agua, etc., o con otro cuerpo o con puntos importantes, como puentes, pasos de montaña, etc.; la toma de fuertes posiciones de las que no nos puede volver a expulsar, y que le resultan incómodas; la toma de ciudades importantes, fértiles franjas de terreno, regiones inquietas que podrían ser inducidas a la rebelión; la amenaza sobre aliados débiles, etc.[320] En tanto el ataque interrumpe realmente esas comunicaciones —y ello de tal modo que el defensor no puede volver a abrirlas sin sacrificios importantes al disponerse a tomar esos puntos—, fuerza al defensor a adoptar otra posición más atrás o hacia un lado para cubrir aquellos objetos y entregar preferiblemente otros menores. Así se deja libre una franja de terreno, un almacén, se deja al descubierto una fortaleza; entregados aquéllos a la conquista, ésta al asedio. Puede haber combates mayores y menores, pero no se buscan ni tratan como objetivo, sino como un mal necesario, y no pueden superar un cierto grado de magnitud e importancia.

4. La incidencia del defensor sobre las líneas de comunicación del atacante es una forma de reacción que en las guerras con gran decisión sólo puede darse cuando las líneas de operaciones se hacen muy grandes; en cambio, está más en la naturaleza del caso en guerras sin gran decisión. Sin duda las líneas de comunicación del adversario raras veces serán aquí muy largas, pero tampoco se trata de causar grandes pérdidas al adversario, a menudo una mera perturbación y reducción de sus abastecimientos hace ya efecto, y lo

que les falta en longitud a las líneas lo sustituye en alguna medida la cantidad de tiempo que se puede dedicar a esa forma de combatir al adversario; por eso la cobertura de sus flancos estratégicos es un objeto importante para el atacante. Si, por tanto, se produce entre el atacante y el defensor una lucha de este tipo, una sobrepuja, el atacante tiene que compensar sus desventajas naturales con su superioridad. Si le quedan fuerzas y decisión para arriesgar un golpe importante contra un cuerpo enemigo o contra el propio ejército principal enemigo, con ese peligro que hace pender sobre la cabeza de su adversario es como mejor podrá cubrirse.

5. Finalmente, tenemos que recordar una ventaja importante que el atacante tiene sobre su adversario en guerras de este tipo, y es poder valorar su intención y su capacidad mejor de lo que él puede hacer a su vez. Es mucho más difícil prever en qué grado será un atacante emprendedor y audaz que si el defensor tiene algo grande en mente. Normalmente, desde un punto de vista práctico, en la elección misma de esta forma de guerra hay una garantía de que no se quiere nada positivo; además, los preparativos para una gran reacción son mucho más distintos de los preparativos de defensa habituales que los de un ataque con intenciones mayores o menores; finalmente, el defensor se ve forzado a adoptar antes sus medidas y el atacante tiene la ventaja de la sorpresa.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

ATAQUE A FORTALEZAS

Naturalmente, el ataque a fortalezas no puede ocuparnos aquí desde el punto de vista de los trabajos de fortificación sino, en primer lugar, en relación con la finalidad estratégica vinculada a él; en segundo lugar, a la elección entre varias fortalezas; en tercer lugar, a la forma de cubrir el asedio.

Que la pérdida de una fortaleza debilita la defensa enemiga, especialmente cuando representa una pieza esencial de la misma; que el atacante obtiene grandes comodidades de su posesión al poder emplearla como almacén y polvorín, cubrir con ella franjas de terreno y acuartelamientos, etc.; que, si su ataque ha de terminar convertido en defensa, se convierte en uno de los pilares más fuertes de la misma; todas estas relaciones de las fortalezas con el teatro bélico a lo largo de la guerra se desprenden suficientemente de lo dicho en el libro sobre la defensa acerca de las fortalezas; el reflejo de esto arrojará la necesaria luz sobre el ataque.

También en relación con la conquista de plazas fuertes hay una gran diferencia entre las campañas que persiguen una gran decisión y las otras. Allí, esta conquista ha de ser considerada siempre un mal necesario. Se asedia sólo lo que no se puede dejar sin asediar mientras aún quede algo que decidir. Sólo cuando la decisión está completamente dada, la crisis, la tensión de las fuerzas ha pasado por largo tiempo y se ha producido por tanto un estado de calma, la conquista de las plazas fuertes sirve como consolidación de la conquista hecha, y entonces puede llevarse a cabo, sin duda no sin esfuerzo y gasto de energías, pero sin peligro. Durante la crisis misma, el asedio a una fortaleza es una elevada intensificación del la misma en perjuicio del atacante; es evidente que nada debilita tanto sus fuerzas, y por tanto nada es tan eficaz a la hora de robarle su superioridad durante un tiempo. Pero hay casos en los que la conquista de una u otra fortaleza es completamente imprescindible si el ataque ha de proseguir, y en ellos el asedio ha de considerarse una

prosecución intensiva del ataque; la crisis se hace entonces tanto mayor cuanto menos está decidida de antemano. Lo que aún haya que considerar acerca de este objeto forma parte del libro dedicado al plan de guerra.

En las campañas con un objetivo limitado, normalmente la fortaleza no es el medio, sino el fin de la misma; se contempla como una pequeña conquista autónoma, y como tal tiene las siguientes ventajas respecto a cualquier otra:

1. Que la fortaleza es una pequeña conquista, muy determinada y limitada, que no obliga a mayor esfuerzo y por tanto no hace temer ningún retroceso.
2. Que se puede hacer valer como moneda de cambio a la hora de la paz.
3. Que el asedio es una prosecución intensiva del ataque, o al menos lo parece, sin que el debilitamiento de las fuerzas aumente como cualquier otro avance lleva consigo.
4. Que el asedio es una empresa sin catástrofe.

Todas estas cosas hacen que la conquista de una o varias plazas enemigas sea muy habitualmente objeto de aquellos ataques estratégicos que no pueden proponerse una finalidad mayor.

Los motivos que determinan la elección de la fortaleza que ha de ser asediada, en caso de que ésta pueda ser dudosa, son:

a) Que sea cómoda de retener, es decir, que cotice como moneda de cambio a la hora de la paz.
b) Los medios de conquista. Sólo las pequeñas fortalezas admiten medios pequeños, y es mejor tomar realmente una pequeña que fracasar ante una grande.
c) La fuerza fortificadora. Está claro que no siempre guarda relación con la importancia; nada sería más necio que despilfarrar fuerzas ante una plaza muy fuerte de escasa importancia si se puede hacer objeto del ataque una no tan fuerte.
d) La fuerza de su armamento, es decir, también de su guarnición. Si la fortaleza está débilmente guarnecida y armada, naturalmente su conquista es más fácil; pero hay que observar que la fuerza de la guarnición y el armamento han de ser incluidas también entre aquellas cosas que

codeterminan la *importancia* de la plaza, porque guarnición y armamento forman parte directamente de las fuerzas armadas enemigas, lo que no ocurre en la misma medida con las obras de fortificación.
La conquista de una fortaleza con una guarnición fuerte puede compensar los sacrificios que cuesta mucho más que la de una con obras especialmente fuertes.

e) La facilidad de transporte de los medios de asedio. La mayoría de los asedios fracasan por falta de medios, y estos faltan la mayoría de las veces debido a las dificultades del transporte. El asedio de Landrecies en 1712 por parte del príncipe Eugenio y el asedio de Olmütz en 1758 por Federico el Grande son los ejemplos más destacados.

f) Finalmente, ha de considerarse como un punto más la facilidad de la cobertura.

Hay dos formas sustancialmente distintas de cubrir el asedio: mediante el atrincheramiento del ejército de asedio, es decir, mediante una línea de circunvalación, y mediante lo que se llama línea de observación. La primera está completamente pasada de moda, aunque está claro que hay algo principal que habla en su favor: que de esta forma el poder del atacante no sufre el debilitamiento por división que es una gran desventaja del que asedia. Pero desde luego el debilitamiento tiene lugar de otro modo en un grado muy notable.

1. La posición en torno a la fortaleza exige por regla general una extensión demasiado grande para la fuerza del ejército.

2. La guarnición, que, añadida su fuerza al ejército de rescate enemigo, no arrojaría nada más que el poder que se oponía originariamente al nuestro, ha[321] de ser considerada *en estas circunstancias* como un cuerpo enemigo en mitad de nuestro campo que, protegido por sus muros, es *invulnerable* o al menos no arrollable, lo que incrementa mucho su eficacia.

3. La defensa de una línea de circunvalación no permite más que la más absoluta defensa, porque la más desfavorable y débil de todas las formas de disposición posibles, en un círculo con el frente hacia fuera, contradice hasta el extremo todo ataque ventajoso[322]. Así que no queda más que defenderse hasta el extremo en las

trincheras. Es fácilmente comprensible que estas circunstancias puedan causar un debilitamiento de la defensa mucho mayor que la reducción del ejército en un tercio de sus combatientes que quizá se produciría con un ejército de observación. Si se piensa en la general predilección que se tiene desde Federico el Grande por la llamada ofensiva (que en realidad no siempre lo es), por los movimientos y las maniobras, y la repulsión a las trincheras, no sorprenderá que las líneas de circunvalación estén completamente pasadas de moda. Pero ese debilitamiento de la resistencia táctica no es en modo alguno la única desventaja de la misma, y sólo hemos enumerado los prejuicios, que también se abren paso aquí, junto a esa desventaja, porque están muy emparentados con ella. En el fondo, una línea de circunvalación sólo cubre de todo el teatro bélico el espacio que encierra, todo lo demás queda más o menos en manos del enemigo si no se envían destacamentos especiales a cubrirlo, lo que produciría una división de las fuerzas que se quiere evitar. Así que el sitiador siempre estará preocupado y turbado por los suministros necesarios para el asedio, y la cobertura del mismo mediante líneas de circunvalación —cuando el ejército y las necesidades del asedio son considerables en alguna medida y cuando el enemigo está en campaña con un poder digno de mención— no puede imaginarse salvo en circunstancias como las de los Países Bajos, donde todo un sistema de fortificaciones próximas y líneas tendidas entre ellas cubre el resto del teatro bélico y acorta en alto grado las líneas de suministro. En la época anterior a Luis XIV, la disposición de una fuerza armada aún no estaba vinculada al concepto de teatro bélico. Concretamente, durante la Guerra de los Treinta Años los ejércitos iban esporádicamente de aquí para allá, ante esta o aquella fortaleza en cuyas cercanías no se encontraba en ese momento un cuerpo enemigo, y la asediaban mientras alcanzaban para hacerlo los medios de asedio que llevaban consigo, y hasta que un ejército enemigo se acercaba al rescate. Entonces, las líneas de circunvalación estaban dentro de la naturaleza del asunto.

En lo sucesivo, sólo podrán volver a ser utilizadas en unos pocos casos, concretamente cuando las circunstancias son de índole similar; cuando el enemigo en campaña es muy débil, cuando el concepto de teatro bélico desaparece en alguna medida frente al del asedio mismo, será natural mantener unidas las fuerzas en el asedio, porque indiscutiblemente éste gana así un alto grado de energía.

Las líneas de circunvalación de Cambrai y Valenciennes, en tiempos de Luis XIV, sirvieron de poco cuando Turenne asaltó aquéllas contra Condé, y Condé éstas contra Turenne; pero tampoco se puede ignorar la infinidad de casos en que fueron respetadas, incluso cuando se había hecho el más apremiante llamamiento al rescate y el general del defensor era un hombre muy emprendedor, como en 1708, cuando Villars no se atrevió a atacar a los aliados en sus líneas delante de Lille. También Federico el Grande en Olmütz en 1758 y en Dresde en 1760 tenía, aunque no una auténtica línea de circunvalación, sí un sistema que coincidía en lo esencial con una, asediaba y cubría con el mismo ejército. La lejanía del ejército austriaco en Olmütz le indujo a ello, pero la pérdida de su convoy en Domstadtl le hizo arrepentirse; en 1760, en Dresde, este procedimiento estuvo motivado por el menosprecio que sentía por el ejército imperial y por la prisa con la que quería tomar Dresde.

Finalmente, una desventaja de las líneas de circunvalación es que en un caso desgraciado es difícil salvar la artillería de asedio. Si la decisión se da a uno o dos días de marcha del lugar asediado, el levantamiento del sitio puede tener lugar antes de que llegue el enemigo, y se gana una ventaja de un día de marcha para el gran convoy.

Al disponer un ejército de observación, hay que tener en cuenta la pregunta: ¿A qué distancia del asedio? Esta cuestión se verá respondida en la mayoría de los casos por el terreno o por la posición de otros ejércitos y cuerpos con los que el ejército de asedio quiere seguir en contacto. De lo contrario, es fácil advertir que la mayor distancia cubre mejor el asedio, pero la menor, que no asciende a más de unas pocas millas, también permite con más facilidad que ambos ejércitos se apoyen.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

ATAQUE A CONVOYES

El ataque y la defensa de un convoy son un objeto de la táctica; así que no tendríamos nada que decir aquí si el objeto no tuviera en cierto modo que ser primeramente demostrado como posible, lo que sólo puede hacerse a partir de motivos y circunstancias estratégicas. Ya al hablar de la defensa tuvimos que hablar de ello en este sentido, aunque lo poco que hay que decir se pudiera resumir a voluntad para el ataque y la defensa, y el primero dé al asunto su importancia principal.

Un convoy mediano, de 3 a 400 carros, carguen lo que carguen, ocupa alrededor de media milla, uno más importante varias millas. ¿Cómo hay que pensar en cubrir una distancia así con tan pocas tropas como las normalmente destinadas a escolta? Si se añade a esta dificultad la inmovilidad de esta masa, que sólo se arrastra a paso lento, teniendo además que temer siempre el riesgo de confusión, y finalmente que hay que hacer una cobertura parcial de cada parte, porque en cuanto una de ellas es alcanzada por el enemigo se atasca todo y se produce la confusión, cabe preguntarse con razón: ¿cómo es siquiera posible la cobertura y defensa de una cosa así? O, en otras palabras: ¿Por qué no son tomados todos los que son atacados, y por qué no son atacados todos los que hay que cubrir, es decir, los que son accesibles para el enemigo? Es evidente que todos los medios tácticos de información, como el poquísimo práctico acortamiento mediante constantes marchas arriba y abajo que propone Tempelhoff, o el mucho mejor de la división en varias columnas que aconseja Scharnhorst, son sólo una débil ayuda contra el mal capital.

La explicación está en que la mayoría de los convoyes disfrutan, ya por su situación estratégica, de una seguridad general que les hace aventajar a cualquier otra parte expuesta al ataque enemigo, y da una eficacia mucho mayor a sus escasos medios de defensa. Y es que siempre se realizan más o menos a espaldas del ejército propio, o al

menos a gran distancia del enemigo. La consecuencia es que sólo pueden enviarse débiles tropas a atacarlo, y que están obligadas a cubrirse con fuertes reservas[323] para no perder flanco y retaguardia a manos de un enemigo que acuda de otro lugar. Si a esto se añade que precisamente el desvalimiento de tales convoyes hace muy difícil llevárselos, que el atacante tiene que conformarse en la mayoría de los casos con cortar las cuerdas, ahuyentar a los caballos, saltar carros de pólvora por los aires, etc., para detener y desorganizar el conjunto, pero sin que realmente se pierda, se ve aún más cómo la seguridad de un convoy así reside más en estas circunstancias generales que en la resistencia de su cobertura. Si se añade esa resistencia de la cobertura, que sin duda no puede proteger su convoy directamente mediante una intervención decidida, pero sí perturbar el sistema del ataque enemigo, atacar los convoyes parece, en vez de fácil e infalible, bastante difícil y de inciertas consecuencias.

Aún queda un punto importante, y es el peligro de que el ejército enemigo o un cuerpo del mismo tome venganza sobre el atacante y le castigue por la empresa con una derrota. Esta preocupación refrena un montón de empresas sin que la causa salga a la luz, así que se busca la seguridad en la cobertura y no cabe asombrarse lo bastante de cómo una constitución tan digna de lástima como la de una cobertura puede insuflar tal respeto. Para percibir la verdad de esta afirmación, hay que pensar en la famosa retirada que Federico el Grande hizo en 1758, después del asedio de Olmütz, a través de Bohemia, donde la mitad de su ejército se había disuelto en pelotones para cubrir un tren de 4.000 carromatos. ¿Qué impidió a Daun atacar esa aberración? El temor a que Federico el Grande le pisara los talones con la otra mitad y le involucrara en una batalla que Daun no buscaba. ¿Qué impidió a Laudon atacar en Zischbowitz el convoy, a cuyo costado estaba siempre, antes y con más osadía de lo que lo hizo? El temor a pillarse los dedos.[324] A diez millas de distancia de su ejército principal y completamente separado de él por el ejército prusiano, se creyó en peligro de sufrir una dura derrota si el rey, al que Daun no preocupaba en modo alguno, dirigía contra él la mayor parte de sus fuerzas.

Sólo cuando la situación estratégica de un ejército lo envuelve en la necesidad antinatural de recibir sus convoyes de forma completamente lateral o incluso por su frente, esos convoyes estarán

en un peligro realmente grande, y en consecuencia serán objeto ventajoso de ataque para su adversario si su situación le permite destacar fuerzas para ello. La misma campaña muestra, en el eliminado convoy de Domstadtl, el completo éxito de una empresa así. La carretera hacia Neisse estaba al costado izquierdo de la disposición prusiana, y las fuerzas del rey estaban tan neutralizadas por el asedio y el cuerpo enfrentado a Daun que sus partidarios no tenían nada que temer y pudieron dedicarse a su ataque con todas sus fuerzas.

Cuando asedió Landrecies en 1712, el príncipe Eugenio atendió sus necesidades desde Bouchain pasando por Denain, es decir, en realidad desde el frente de su disposición estratégica. Es sabido qué medios empleó para conseguir una cobertura tan difícil en estas circunstancias, y en qué dificultades se encontró, que terminaron con un vuelco en toda regla de la situación.

El resultado que extraemos es pues que el ataque a convoyes, por fácil que pueda parecer desde el punto de vista táctico, no tiene tanto a su favor por motivos estratégicos, y sólo promete éxitos significativos en los casos inusuales de unas líneas de comunicación muy expuestas.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

ATAQUE A UN EJÉRCITO ENEMIGO EN SUS CUARTELES

No hemos tratado este objeto en la defensa porque una línea de acuartelamiento no puede ser considerada un medio de defensa, sino un mero estado del ejército, y uno que conlleva muy escasa disponibilidad para la batalla[325]. Nos hemos conformado por tanto, en relación con esta disponibilidad[326], con lo que tuvimos que decir acerca de este estado de un ejército en el capítulo decimotercero del Libro Quinto.

Aquí, al hablar del ataque, tenemos que pensar en un ejército enemigo en sus cuarteles como en un objeto especial; en parte porque un ataque así es de un tipo muy singular, en parte porque puede ser considerado un medio estratégico de especial eficacia. No hablamos pues aquí del ataque a un cuartel enemigo aislado o a un pequeño cuerpo repartido en unos pocos pueblos, porque las disposiciones para esto son de naturaleza enteramente táctica, sino del ataque a una fuerza armada importante, repartida en acuartelamientos más o menos extensos, de forma que el objetivo ya no es el asalto al cuartel individual, sino el impedir la concentración.

El ataque a un ejército enemigo en sus cuarteles es por tanto el asalto a un ejército no concentrado. Para que el asalto se considere un éxito, el ejército enemigo ya no tiene que alcanzar el punto de reunión predeterminado, es decir, tiene que verse obligado a elegir otro situado más atrás; como esta retirada en un momento de apremio raras veces será de un día de marcha, y normalmente de varios, la pérdida de terreno producida no es banal, y ésta es la primera ventaja que obtiene el atacante.

Este asalto, referido a las condiciones generales, puede ser en todo caso, al principio, asalto simultáneo a varios cuarteles sueltos; pero desde luego no a todos y no a muchos, porque ya esto último presupondría tal expansión y dispersión del ejército de ataque que no sería aconsejable en ningún caso. Así que sólo podrían ser

asaltados los cuarteles enemigos más adelantados situados en la dirección de las columnas que avanzan, e incluso esto raras veces saldrá bien en muchos y en medida completa, porque la aproximación de un poder importante no puede hacerse tan de improviso. Sin embargo, no puede pasarse por alto este elemento del ataque, y contamos los éxitos que de ello se derivan como la segunda ventaja de un ataque así.

Una tercera ventaja son los combates parciales a los que se ve movido el enemigo, y en los que puede sufrir grandes pérdidas. Porque una masa de tropa considerable no se concentra en batallones sueltos en el principal punto de reunión, sino que normalmente se reúne primero en brigadas o divisiones o incluso en cuerpos, y estas masas no pueden correr a la cita en apresurada fuga, sino que se ven obligadas a aceptar el combate cuando una columna enemiga da con ellas; sin duda podrá considerárseles vencedoras si la columna agresora no era lo bastante fuerte, pero incluso venciendo pierden tiempo, y en general es fácil comprender que un cuerpo en tales circunstancias, y dada la tendencia general a ganar un punto situado a retaguardia, no puede hacer especial uso de su victoria. Pero también pueden ser vencidas, y esto es en sí lo más probable, porque no tienen tiempo para prepararse para una buena resistencia. Así que bien cabe pensar que un asalto bien preparado y ejecutado del atacante puede alcanzar mediante estos combates parciales importantes trofeos, que luego serán parte principal del éxito general.

Finalmente, la cuarta ventaja y la clave de arco de todo es una cierta desorganización momentánea del ejército enemigo y un desánimo causado en el mismo que raras veces permiten hacer uso de las fuerzas por fin reunidas, sino que normalmente fuerzan a los asaltados a ceder aún más terreno e iniciar una etapa completamente nueva en sus operaciones.

Estos son los singulares éxitos de un ataque logrado a los cuarteles enemigos, es decir, de uno en el que el adversario no ha estado en condiciones de reunir su ejército sin pérdidas allá donde entraba en sus planes. Pero el logro tendrá muchos grados, según la naturaleza del caso, y así los éxitos serán en un caso muy significativos, en otro apenas dignos de mención. Pero incluso allá donde sean significativos, porque la empresa haya salido muy bien, raras veces serán comparables al éxito de una batalla ganada, en

parte porque los trofeos raras veces serán tan grandes, en parte porque la impresión moral no puede ser tan elevada.

Hay que tener presente este resultado global para no prometerse más de tal empresa de lo que puede procurar. Algunos la consideran el non plus ultra de la eficacia ofensiva; pero no lo es, como nos enseña esta consideración más detallada y también la Historia bélica.

Uno de los asaltos más brillantes es el que el duque de Lorena acometió en 1643 en Tuttlingen contra los cuarteles franceses al mando del general Rantzau. El cuerpo contaba 16.000 hombres, perdió al comandante general y a 7.000 de ellos. Fue una completa derrota. La falta de todo puesto avanzado fue lo que permitió este éxito.

El asalto que Turenne sufrió en el año 1645[327] en Mergentheim (Marienthal, como lo llaman los franceses) fue en sus efectos igual que una derrota, porque perdió 3.000 de 8.000 hombres, lo que principalmente se debió a que se dejó llevar a una inoportuna resistencia con las tropas reunidas. Por eso, no se puede contar a menudo con efectos similares; fue más el éxito de un encuentro mal meditado que del verdadero asalto, porque Turenne hubiera podido eludir el combate y reunirse en otro sitio con sus tropas enviadas a cuarteles alejados.

Un tercer asalto que se ha hecho famoso es el que Turenne acometió contra los aliados instalados en Lorena al mando del Gran Elector, el general imperial Bournonville y el duque de Lorena en el año 1674. Los trofeos fueron muy escasos, las pérdidas de los aliados no superaron los 2 o 3.000 hombres, lo que con un poder de 50.000 no podía resultar decisivo; pero no creían poder seguir oponiendo resistencia en Alsacia, y se retiraron cruzando el Rin. Este éxito estratégico era todo lo que Turenne necesitaba, pero no hay que buscar sus causas en el asalto propiamente dicho. Turenne sorprendió más los planes del adversario que a las tropas del mismo, la desunión de los generales aliados y la cercanía del Rin hicieron el resto. Esta situación merece ser considerada con más detalle, porque suele ser mal interpretada.

En 1741, Neipperg asaltó al rey[328] en sus cuarteles, pero todo el éxito residió en que el rey tuvo que librar con él la batalla de Mollwitz sin reunir del todo sus fuerzas y con el frente invertido.

En 1745, Federico el Grande asaltó al duque de Lorena en sus cuarteles de la Lusacia; el éxito principal fue causado por el

verdadero asalto a uno de los cuarteles más importantes, concretamente el de Hennersdorf, que causó a los austriacos unas pérdidas de 2.000 hombres; el éxito general fue que el duque de Lorena regresó a Bohemia a través de la Alta Lusacia, lo que no le impidió volver a Sajonia por la orilla izquierda del Elba, con lo que, sin la batalla de Kesselsdorf, no se habría logrado ningún éxito importante.

En 1758, el duque Fernando asaltó los cuarteles franceses; el éxito inmediato fue la pérdida de unos miles de hombres, y que los franceses tuvieron que instalarse detrás del Aller. Sin duda la impresión moral puede haber sido algo mayor, y haber tenido influencia sobre el posterior abandono de toda Westfalia.

Si queremos sacar de estos distintos ejemplos una conclusión acerca de la eficacia de un ataque así, sólo hay que tener en cuenta las dos primeras batallas ganadas. Pero los cuerpos eran pequeños y la falta de puestos avanzados en la forma de dirigir la guerra entonces fueron una circunstancia muy favorecedora. Los otros cuatro casos, aunque hayan de contarse entre las empresas completamente logradas, no son equiparables al éxito de una batalla ganada. El éxito general sólo podía producirse aquí ante un adversario de débil voluntad y carácter, y por eso en el caso de 1741 no se produjo.

En el año 1806, el ejército prusiano tenía el plan de atacar de ese modo a los franceses en Franconia. El caso era sin duda adecuado para obtener un resultado suficiente. Bonaparte no estaba, los cuerpos franceses ocupaban acuartelamientos muy extensos; en estas circunstancias, si mostraba gran decisión y rapidez, el ejército prusiano bien podía contar con empujarlos con más o menos pérdidas al otro lado del Rin. Pero eso también era todo; si hubiera contado con más, por ejemplo, con explotar su ventaja más allá del Rin o alcanzar tal superioridad moral que los franceses ya no se atrevieran a volver a presentarse en la orilla derecha del Rin en esa campaña, la cuenta hubiera carecido por completo de razón suficiente.

En 1812, a principios de agosto, los rusos quisieron asaltar desde Smolensko los cuarteles franceses, cuando Napoleón quiso que su ejército hiciera una parada en la región de Vitebsk. Pero les faltó valor en la ejecución, y fue una suerte para ellos, porque el general francés no sólo era con su centro superior en más del doble al suyo,

sino también el general más decidido que jamás ha existido, y porque la pérdida de unas cuantas millas no podía decidir absolutamente nada, y no había lo bastante cerca ningún lugar hasta el que perseguir su éxito y poder asegurarlo en alguna medida; y tampoco se trataba de una campaña que se arrastra cansadamente hacia su fin, sino del primer plan de un atacante que quiere derrotar por completo a su adversario. Por tanto, las pequeñas ventajas que puede otorgar un asalto a los cuarteles no pueden guardar más que la mayor desproporción con la tarea... es imposible que compensen tanta desigualdad de fuerzas y circunstancias. Pero este intento muestra cómo una idea oscura de estos medios puede inducir a una aplicación completamente errónea de los mismos.

Lo dicho hasta ahora saca a la luz el objeto como medio estratégico. Pero está en la naturaleza del mismo que su ejecución no sea meramente táctica, sino que vuelva a participar de la estrategia, en tanto que un ataque así se hace normalmente en una anchura considerable y el ejército que lo ejecuta puede batirse, y la mayor parte de las veces lo hará, antes de estar reunido, de forma que el conjunto se convierte en un aglomerado de combates sueltos. Así que ahora tenemos que decir unas palabras sobre la organización más natural de un combate así.

La primera condición es por tanto atacar los frentes enemigos en una cierta anchura, porque sólo así se asaltarán de verdad varios acuartelamientos, se cortará la comunicación con otros y se podrá llevar al ejército enemigo la desorganización que se persigue. El número y distancia de las columnas dependerá de las circunstancias individuales.

Segundo. La dirección de las distintas columnas tiene que ser concéntrica hacia un punto en el que se quiere reunirse; porque el adversario termina más o menos reuniéndose, así que nosotros también tenemos que hacerlo. Este punto de reunión será posiblemente el punto de conexión enemigo o estará sobre la línea de retirada del ejército enemigo, naturalmente donde mejor será allá donde corte algún segmento de terreno.

Tercero. Allá donde coincidan con fuerzas enemigas, las distintas columnas tienen que atacarlas con gran decisión, con osadía y audacia, porque tienen a su favor las circunstancias generales, y la osadía siempre es adecuada. La consecuencia es que el

jefe de las distintas columnas tiene que tener gran libertad y plenos poderes en ese sentido.

Cuarto. Los planes de ataque táctico contra el primer cuerpo enemigo que se presente tienen que estar siempre dirigidos al envolvimiento, porque de la separación y el corte se espera siempre el éxito principal.

Quinto. Las distintas columnas tienen que estar formadas por todas las armas y no pueden ser demasiado débiles en caballería, incluso puede ser bueno que toda la caballería de reserva esté repartida entre ellas; porque sería un gran error creer que ésta puede representar como tal un papel principal en esta empresa. El primer pueblo, el más mínimo puente, el más insignificante matorral la detiene.

Sexto. Si está en la naturaleza de un ataque que el atacante no puede tener su vanguardia demasiado adelantada, esto sólo vale para la aproximación. Si el combate en la línea de cuarteles enemiga realmente ha empezado, es decir, si se ha ganado ya lo que se esperaba del asalto propiamente dicho, las columnas tienen que adelantar todo lo posible vanguardias de todas las armas, porque con sus movimientos mucho más rápidos pueden aumentar mucho la confusión del enemigo. Sólo así se estará en condiciones de arrebatar aquí y allá el séquito de equipaje, artillería, avanzadillas y porteadores que suele llevar consigo un acantonamiento levantado a toda prisa, y esas vanguardias tienen que convertirse en medio principal de envolvimiento y corte.

Séptimo. Finalmente, en caso de producirse una desgracia[329] hay que ordenar la retirada y reunión del ejército.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

DIVERSIÓN

El uso lingüístico entiende por diversión un ataque al territorio enemigo en el que se retiran fuerzas del punto principal. Sólo cuando ésta, y no el objeto que se ataca y conquista[330], es la intención principal, se trata de una empresa singular, de lo contrario sigue siendo un ataque normal.

Naturalmente, la diversión tiene siempre que tener un objeto de ataque, porque sólo el valor de ese objeto puede mover al enemigo a enviar hasta allí tropas; además, estos objetos son una indemnización por las energías empleadas en caso de que la empresa no funcione como tal diversión.

Estos objetos de ataque pueden ser fortalezas, almacenes importantes o ciudades grandes y ricas, especialmente capitales, contribuciones de todo tipo, finalmente asistencia a súbditos descontentos del enemigo.

Es fácil comprender que las diversiones pueden ser útiles, pero sin duda no siempre lo son, sino que a veces son incluso nocivas. La condición básica es que retiren más fuerzas enemigas del teatro bélico principal de las que nosotros empleamos en la diversión, porque si sólo retiran el mismo número cesa la eficacia de la diversión propiamente dicha y la empresa se convierte en un ataque subordinado. Incluso allá donde se dispone un combate secundario, porque debido a las circunstancias se tiene la expectativa de hacer relativamente mucho con pocas fuerzas, como tomar con facilidad una fortaleza importante, ya no hay que llamarlo diversión. Desde luego, suele llamarse diversión que mientras un Estado se defiende de otro sea atacado por un tercero, pero un ataque así no se distingue de un ataque normal más que en su orientación, y por tanto no hay motivo alguno para darle un nombre especial porque en la teoría las denominaciones propias tienen que designar algo peculiar.

Sin embargo, si fuerzas débiles han de atraer a otras más fuertes, tiene que haber circunstancias peculiares que den motivo para ello, y

por tanto para la finalidad de una diversión no basta con enviar cualquier fuerza a un punto hasta entonces intacto.

Si el atacante trata de asediar alguna provincia enemiga que no forma parte del teatro bélico principal con una pequeña tropa de 1.000 hombres, para recaudar contribuciones, etc., por supuesto cabe prever que el enemigo no pueda impedirlo enviando otros 1.000 hombres, sino que, si quiere asegurar la provincia contra las correrías, tendrá que enviar más. Pero, hay que preguntar, ¿no puede el defensor, en vez de asegurar su provincia, restablecer el equilibrio enviando un destacamento igual a asolar la correspondiente provincia de nuestro país? Por tanto, si queremos que haya ventaja para el atacante, hay que establecer de antemano que en la provincia del defensor haya más que obtener o amenazar que en la nuestra. Si este es el caso, no puede dejar de ocurrir que una diversión muy débil requiera más fuerzas enemigas que suyas. En cambio, de la naturaleza del asunto se desprende que esta ventaja desaparece cuanto más crecen las masas, porque 50.000 hombres no sólo pueden defender con éxito una provincia mediana contra 50.000, sino incluso contra una cifra algo[331] mayor. Por tanto, en caso de diversiones más fuertes la ventaja se vuelve muy dudosa, y cuanto mayores sean tanto más decididamente ventajosas tienen que ser las demás circunstancias si de la diversión ha de salir algo bueno.

Estas circunstancias ventajosas pueden ser:

a) Fuerzas que el atacante pueda dejar disponibles para la diversión sin debilitar el ataque principal.
b) Puntos del defensor que sean de gran importancia y puedan ser amenazados por la diversión.
c) Súbditos descontentos del defensor.
d) Una provincia rica que pueda aportar medios bélicos considerables.

Si ha de acometerse una diversión que, examinada conforme a estos distintos criterios, prometa éxito, encontraremos que la ocasión para ello no es frecuente.

Pero aún queda un punto principal. Toda diversión lleva la guerra a una región a la que no habría llegado sin ella; por eso, siempre despertará más o menos fuerzas enemigas que de lo contrario se habrían mantenido en reposo, pero esto será altamente

sensible si el adversario está equipado para la guerra mediante milicias y medios de armamento nacional. Forma parte de la naturaleza del asunto, y la experiencia lo enseña suficientemente, que si una región se ve repentinamente amenazada por una sección enemiga y no tiene nada preparado para su defensa, todos los funcionarios capaces que se encuentren en ella, todos los medios extraordinarios posibles se movilizarán y pondrán en marcha[332] para rechazar el mal. Surgirán pues aquí nuevas fuerzas de resistencia, y tales que se acercan a la guerra popular y pueden despertarla fácilmente.

Este punto tiene que ser tenido en cuenta en toda diversión, para que no cavemos nuestra propia tumba.

La empresa acometida sobre el norte de Holanda en el año 1799, sobre Walcheren en 1809, sólo se justifica, en tanto que diversiones, porque no se podían emplear en otra cosa las tropas inglesas, pero no cabe duda de que aumentaron la suma de los medios de resistencia de los franceses, y lo mismo haría cualquier desembarco en Francia. En todo caso, que la costa francesa esté amenazada tiene grandes ventajas, porque neutraliza un número importante de tropas destinadas a vigilarla; pero el desembarco con un poder importante sólo será justificable si se puede contar con el apoyo de una provincia contra su Gobierno.

Cuanto menos estemos ante una gran decisión, tanto más admisibles serán las diversiones, pero desde luego tanto menor también el beneficio que saquemos de ellas. No son más que un medio de poner en movimiento una masa demasiado estancada.[333]

Ejecución

1. Una diversión puede encerrar un verdadero ataque, y entonces su ejecución no está acompañada de ningún carácter especial salvo la audacia y rapidez.

2. Pero también puede tener la intención de parecer más de lo que es, al ser demostración al mismo tiempo. Sólo un agudo entendimiento, que conozca bien las circunstancias y a los hombres, puede indicar los especiales medios que hay que aplicar aquí. Está en la naturaleza del caso que siempre será necesaria una gran dispersión de las fuerzas.

3. Si las fuerzas no son del todo insignificantes y la retirada está limitada a ciertos puntos, será una condición esencial una reserva

conectada con todos ellos.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

INVASIÓN

Lo que tenemos que decir casi consiste tan sólo en explicar la palabra. En los escritores modernos, hallamos que se usa con mucha frecuencia esta expresión, incluso con la pretensión de designar con ella algo singular: en los franceses, aparece incesantemente la expresión *guerre d'invasion*. Designan con ella todo ataque que penetra mucho en territorio enemigo, y querrían plantearla como contraposición a una metódica, es decir, a una que sólo roe la frontera. Pero esto es un galimatías antifilosófico. Que un ataque se detenga en la frontera, penetre profundamente en territorio enemigo, se ocupe sobre todo de tomar plazas fuertes o busque el núcleo del poder enemigo y lo persiga incesantemente no depende de una manía, sino que es consecuencia de las circunstancias, o al menos la teoría no puede aceptar otra cosa. En ciertos casos, la amplia penetración puede ser más metódica e incluso más cautelosa que la detención junto a la frontera, en la mayoría no es más que el éxito feliz de un *ataque* acometido con energía, y en consecuencia no es distinto de éste.

SOBRE EL PUNTO CULMINANTE DE LA VICTORIA[334]

No en todas las guerras el vencedor está en condiciones de derrotar por completo a su adversario. A menudo, y la mayoría de las veces, se alcanza un punto culminante de la victoria. La gran masa de las experiencias lo demuestra suficientemente; pero como este objeto es especialmente importante para la teoría de la guerra y es el punto de apoyo de casi todos los planes de campaña, porque en su superficie flota, como en los colores tornasolados, un juego de luz de aparentes contradicciones, vamos a fijarnos más en él y a ocuparnos de sus fundamentos internos.

Por regla general, la victoria surge de una preponderancia de la suma de todas las fuerzas físicas y morales, e indiscutiblemente

aumenta esa preponderancia, porque de lo contrario no se buscaría ni compraría a tan alto precio. Esto hace inobjetable la victoria *misma*, también sus consecuencias lo hacen, pero éstas no hasta el extremo, sino en la mayoría de los casos sólo hasta un cierto punto. Este punto puede estar muy próximo, a veces tan próximo que todas las consecuencias de la batalla victoriosa pueden limitarse al aumento de la superioridad moral. Tenemos que analizar cómo sucede esto.

En el avance del acto bélico, la fuerza armada encuentra incesantemente elementos que la aumentan y otros que la disminuyen. Lo que se busca es el predominio. Como toda disminución de la fuerza tiene que entenderse como un incremento de la enemiga, se desprende por sí mismo que esta doble corriente de flujo y aflujo se produce lo mismo al avanzar que al retroceder.

Se trata de analizar la causa principal de este cambio en un caso para poder codecidir sobre el otro.

Al avanzar, las principales causas de refuerzo son:

1. La pérdida que la fuerza armada enemiga sufre, porque normalmente es mayor que la nuestra.
2. La pérdida que sufre el enemigo en fuerzas muertas, como almacenes, polvorines, puentes, etc., y que no compartimos con él en absoluto.
3. Desde el momento en que pisamos territorio enemigo, la pérdida de provincias, y en consecuencia de fuentes de nuevas fuerzas.
4. Para nosotros, el beneficio de una parte de esas fuentes; en otras palabras: la ventaja de vivir a costa del enemigo.
5. La pérdida de cohesión interior y movimiento regular de todas las partes en el enemigo.
6. Los aliados del adversario lo abandonan, y otros se vuelven hacia nosotros.
7. Finalmente, el desánimo del adversario, que hace que en parte se le caigan las armas de las manos.

Las causas de debilitamiento son:

1. Que estamos obligados a asediar, asaltar u observar las fortalezas enemigas; o que el enemigo hacía lo mismo antes de la victoria y se lleva consigo esos cuerpos en su retirada.

2. Desde el momento en que pisamos territorio enemigo, la naturaleza del teatro bélico cambia, se vuelve hostil; tenemos que ocuparlo, porque sólo nos pertenece en la medida en que lo hayamos ocupado, y sin embargo toda la maquinaria ofrece por doquier dificultades que tienen que conducir necesariamente al debilitamiento de sus efectos.
3. Nos alejamos de nuestras fuentes, mientras el adversario se acerca a las suyas; esto causa detenciones para reponer las fuerzas gastadas.
4. El peligro del Estado amenazado convoca a otros poderes a su protección.
5. Finalmente, el mayor esfuerzo del adversario debido a la magnitud del peligro, y en cambio una cejación en los esfuerzos del Estado victorioso.

Todas estas ventajas y desventajas pueden coexistir, salen en cierto modo unas al paso de otras y siguen su camino en direcciones opuestas. Sólo las últimas se encuentran como verdaderos opuestos, no pueden pasar de largo, se excluyen mutuamente. Sólo esto ya muestra lo infinitamente variados que pueden ser los efectos de la victoria, según aturdan al adversario o lo empujen a hacer mayores esfuerzos.

Vamos a tratar de caracterizar con unos comentarios cada uno de los puntos.

1. La pérdida de la fuerza enemiga después de una derrota puede ser muy fuerte en el primer momento e ir reduciéndose después, hasta que llega un punto en el que entra en equilibrio con la nuestra, pero también puede crecer cada día en progresión geométrica. La diferencia de situaciones y circunstancias decide. En general, se puede decir que en un buen ejército será más habitual lo primero, y en uno malo lo otro; después del espíritu del ejército, lo más importante a ese respecto es el espíritu del Gobierno. En la guerra, es muy importante distinguir ambos casos, para no terminar donde habría que empezar y viceversa.

2. Igualmente puede disminuir y aumentar la pérdida del enemigo en fuerzas muertas, y esto depende de la situación y condición casual de sus lugares de abastecimiento. Por lo demás, a

fecha de hoy este objeto ya no puede medirse en importancia con los otros.

3. La tercera ventaja tiene que aumentar necesariamente con el avance, incluso se puede decir que sólo entra en consideración cuando ya se ha penetrado profundamente en el Estado enemigo, es decir, cuando se tiene a las espaldas entre un cuarto y un tercio de sus tierras. Por lo demás, entra en consideración el valor interior que las provincias tienen en relación a la guerra.

La 4ª ventaja también tiene que crecer con el avance.

Sin embargo, hay que observar acerca de estas dos últimas que su influencia sobre las fuerzas comprendidas en la lucha raras veces se percibe con rapidez, sino que actúan más bien lentamente y dando un rodeo, y que por tanto no se puede tensar demasiado el arco a cuenta de ellas, es decir, no conviene ponerse en una situación demasiado peligrosa.

La 5ª ventaja sólo entra en consideración cuando ya se ha avanzado de forma significativa, y la forma del país enemigo da ocasión de separar de la masa principal algunas provincias, que suelen perecer pronto como miembros amputados.

De la 6ª y la 7ª es al menos probable que crezcan con el avance; por lo demás, hablaremos de ellas más abajo.

Pasamos ahora a las causas de debilitamiento.

1. El asedio, asalto y sitio de fortalezas crecerá en la mayoría de los casos con el avance. Sólo este debilitamiento actúa tan poderosamente sobre el *estado de las fuerzas en cada momento* que fácilmente puede compensar todas las ventajas. Desde luego, en los últimos tiempos se ha empezado a asaltar fortalezas con muy poca gente o a observarlas con menos aún[335]; también el enemigo tiene que dotarlas de guarniciones. Sin embargo, siguen siendo un importante principio de seguridad. Las guarniciones suelen consistir en su mitad en gentes que antes no participaban[336]; ante aquellas que están situadas en la vía de comunicación hay que dejar el doble de guarnición, y si se quiere asediar formalmente o rendir por hambre aunque sólo sea una importante, costará un pequeño ejército.

2. La segunda causa, la instauración de un teatro bélico en territorio enemigo, crece necesariamente con el avance[337] y es aún más eficaz que la segunda, si no para el estado momentáneo de las tropas, sí para la situación permanente de las mismas[338].

Sólo podemos considerar nuestro teatro bélico aquella parte del territorio enemigo que hemos ocupado, es decir, donde o tenemos pequeños cuerpos en campo abierto o, de vez en cuando, hemos dejado guarniciones en las ciudades más importantes, en los nudos de comunicaciones, etc.; por pequeñas que sean las guarniciones que dejamos atrás, debilitan considerablemente las fuerzas. Pero esto es lo menos importante.

Todo ejército tiene flancos estratégicos, concretamente el terreno que se extiende a ambos lados de sus líneas de comunicación; como el ejército enemigo también los tiene, la debilidad de estas partes no es sensible. Pero esto sólo ocurre en el propio país; en cuanto uno se encuentra en el enemigo, la debilidad se hace sentir, porque con una línea muy larga, poco o nada cubierta, la más insignificante de las empresas promete algún éxito, y esta empresa puede surgir en todas partes en territorio enemigo.

Cuanto más se avanza, tanto más largos se hacen estos flancos, y el peligro que surge de ellos crece en progresión geométrica; porque no sólo son difíciles de cubrir, sino que el espíritu emprendedor del enemigo se ve provocado por las largas líneas de comunicación sin asegurar, y las consecuencias que su pérdida puede tener en caso de retirada son altamente inquietantes.

Todo esto contribuye a imponer al ejército que avanza un nuevo peso con cada paso que da, de forma que, si no ha empezado con una inusual superioridad, se siente cada vez más encerrado en sus planes, cada vez más debilitado en su empuje y finalmente incierto y preocupado en su situación.

3. La tercera causa, el alejamiento de las fuentes a partir de las cuales una fuerza que se debilita incesantemente tiene que alimentarse también incesantemente, crece con la distancia. Un ejército conquistador se parece en esto a la luz de una lámpara; cuanto más desciende el nivel del aceite que la alimenta y se aleja el foco, tanto menor se hace éste, hasta que termina por extinguirse por entero.[339]

Desde luego, la riqueza de las provincias conquistadas puede disminuir mucho este mal, pero nunca abolirlo del todo, porque siempre hay un montón de objetos que hay que hacer venir de casa, concretamente hombres, porque las prestaciones del país enemigo no son *en la generalidad de los casos* tan rápidas y seguras como las del propio país, porque no se puede conseguir con tanta rapidez ayuda para una necesidad inopinada, porque no se pueden descubrir y corregir tan pronto los malentendidos y errores de todo tipo.

Si el general no encabeza su ejército, como se ha convertido en costumbre en las últimas guerras, si ya no está cercano al mismo, surge una nueva desventaja muy grande de la pérdida de tiempo que lleva consigo el andar recabando información, porque el mayor poder que tenga un caudillo no alcanza a llenar el ancho espacio de su esfera de influencia.

4. El cambio de las conexiones políticas. Si estos cambios, provocados por la victoria, son del tipo desventajoso para el vencedor, estarán probablemente en relación directa con sus progresos, igual que ocurre cuando le son favorables. Aquí todo depende de las conexiones, intereses, costumbres y orientaciones políticas existentes, de príncipes, ministros, favoritos y favoritas, etc.[340] En general sólo se puede decir que, cuando un gran Estado que tiene pequeños aliados resulta vencido, estos suelen llamarse a andana, y en ese sentido el vencedor se hace más fuerte a cada golpe; pero si el Estado vencido es más pequeño, le saldrán muchos protectores si está amenazado en su existencia, y otros que han ayudado a sacudirlo dejarán de hacerlo cuando crean que es demasiado.[341]

5. La mayor resistencia que se provoca en el enemigo. Ora al enemigo se le caen las armas de la mano, de espanto y estupor, ora se apodera de él un paroxismo entusiástico, todo el mundo se lanza a las armas, y la resistencia es mucho mayor después de la primera derrota que antes de la misma. El carácter del pueblo y del Gobierno, la naturaleza del país, las conexiones políticas del mismo, son los datos a partir de los cuales hay que adivinar la probabilidad.

¡Qué infinitamente distintos hacen estos dos últimos puntos los planes que se pueden y se deben hacer en la guerra en uno y otro caso! Mientras el uno arruina su suerte por pusilanimidad y por el

llamado procedimiento metódico[342], el otro se hunde hasta las orejas y tiene después el aspecto de alguien a quien se acaba de sacar del agua, consternado y perplejo.

Todavía tenemos que mencionar aquí la laxitud que no pocas veces se produce en casa del vencedor cuando el peligro está alejado, mientras, por el contrario, serían necesarios nuevos esfuerzos para apoyar la victoria. Si se lanza un vistazo general a estos principios distintos y contrapuestos, resulta sin duda que la utilización de la victoria, el avance en la guerra de ataque concreta en la generalidad de los casos la superioridad con la que se ha empezado o que se ha adquirido con la victoria.

Aquí tiene que surgirnos necesariamente una pregunta: si es así, ¿qué impulsa al vencedor a proseguir su ruta victoriosa, a avanzar en la ofensiva? ¿Puede llamarse a esto realmente utilización de la victoria? ¿No sería mejor detenerse cuando aún no se ha producido ninguna disminución de la preponderancia obtenida?

Naturalmente, a esto hay que responder que la preponderancia de las fuerzas no es el fin, sino el medio. El fin es o derrotar al enemigo o quitarle al menos una parte de sus tierras para ponerse con eso en ventaja *sin duda no para el estado momentáneo de las fuerzas,* sino para el estado de la guerra y la paz.[343] Incluso si queremos derrotar por completo al adversario, tenemos que aceptar que quizá cada paso hacia delante debilite nuestra superioridad, de lo que no se desprende necesariamente que tenga que llegar a cero antes de la caída del adversario; la caída del adversario puede producirse antes, y si se pudiera alcanzar con el último mínimo de superioridad sería un error no haberlo aplicado.

La superioridad, pues, que se tiene o se adquiere en la guerra, sólo es el medio, no el fin, y tiene que ser empleado para éste. Pero hay que conocer el punto al que llega para no ir más allá de él y cosechar vergüenza en vez de nuevas ventajas.

No tenemos que nombrar especiales casos de la experiencia para demostrar que ocurre lo mismo con el agotamiento de la superioridad estratégica en el ataque estratégico; la masa de manifestaciones nos ha obligado más bien a buscar las razones internas para ello. Sólo que, desde la aparición de Bonaparte, conocemos campañas entre pueblos civilizados en las que la superioridad se mantuvo ininterrumpidamente hasta la caída del adversario; ante ella, toda campaña terminaba con que el ejército

vencedor trataba de buscar un punto en el que pudiera mantenerse con el mero equilibrio, y que en este cesaba el movimiento de la victoria o incluso se hacía necesaria una retirada. Este punto culminante de la victoria aparecerá en lo sucesivo en todas las guerras en las que la derrota del adversario no pueda ser el objetivo, y así serán siempre la mayoría de las guerras. Es pues el objetivo natural de todos los planes de campaña el punto de inflexión entre el ataque y la defensa.

Ahora bien, la superación de este objetivo no es sólo un esfuerzo *inútil,* que no arroja éxito alguno, sino uno *deplorable*, que causa retrocesos, y esos retrocesos son, según una experiencia completamente general, siempre de un efecto desproporcionado. Esta última manifestación es tan general, parece tan natural y comprensible por nuestro propio bien, que podemos atrevernos a indicar detalladamente sus causas. La falta de organización en el territorio recién conquistado y el fuerte contraste que una pérdida importante causa en los ánimos frente al nuevo éxito esperado son en todo caso las más importantes. Las fuerzas morales, ánimo por un lado —que a menudo se eleva hasta la arrogancia—, abatimiento por el otro, suelen cobrar aquí un juego inusualmente vivaz. Eso incrementa las pérdidas en la retirada, y por regla general se da gracias al cielo si se sale de allí con la devolución de lo conquistado, sin sufrir pérdidas de territorio propio.

Aquí tenemos que salir al paso de una aparente contradicción que suele darse, y es que se podría creer que mientras el avance prosigue en el ataque sigue habiendo superioridad, y como la defensa, que se produce al final del camino victorioso, es una forma de guerra más fuerte que el ataque, habría tanto menos peligro de convertirse inopinadamente en el más débil. Y sin embargo lo que ocurre, y tenemos que [confesarlo][344] si tenemos presente la Historia, es que el mayor riesgo de vuelco se produce en el momento en que el ataque cede y deja paso a la defensa. Vamos a examinar los motivos.

La superioridad que hemos atribuido a la forma de guerra defensiva reside:

1. En la utilización del terreno.
2. En la posesión de un teatro bélico organizado.
3. En la asistencia del pueblo.

4. En la ventaja de la espera.

Está claro que estos principios no siempre estarán presentes y serán eficaces en la misma medida, y que en consecuencia una defensa no siempre será igual, que en consecuencia no siempre tendrá la misma superioridad sobre el ataque. Concretamente ha de ser este el caso en una defensa que comienza después de un ataque agotado, y cuyo teatro bélico suele estar a la cabeza de un triángulo ofensivo muy adelantado. De los cuatro principios mencionados éste sólo mantiene inalterado el primero, la utilización del terreno, el segundo suele desaparecer, el tercero se vuelve negativo y el cuarto se debilita mucho. Sólo acerca del último unas pocas palabras de explicación.

Cuando el equilibrio imaginario en el que pasan a menudo campañas enteras, porque el que tiene que actuar no tiene la necesaria decisión, y en el que encontramos la ventaja de la espera, se ve perturbado por un acto ofensivo que lesiona el interés enemigo, que fuerza su voluntad a actuar, la probabilidad de que se mantenga en una indecisión ociosa disminuye mucho. Una defensa que se organiza en suelo conquistado tiene un carácter mucho más desafiante que una que está en su casa; en cierto modo tiene inoculado el principio ofensivo, y eso debilita su naturaleza. Daun no habría concedido en Bohemia la tranquilidad que concedió a Federico II en Silesia y Sajonia.

Es evidente pues que la defensa que está entretejida con una empresa ofensiva estará debilitada en todos sus principios básicos y por tanto ya no tendrá la superioridad sobre ella que le corresponde originariamente.

Igual que ninguna campaña defensiva está hecha de meros elementos defensivos, ninguna campaña ofensiva está hecha de puros elementos ofensivos porque, además de los cortos entreactos de cada campaña en los que ambos ejércitos se hallan a la defensiva, todo ataque que no llegue hasta la paz tendrá que terminar necesariamente con una defensa.

De este modo, es la defensa misma la que contribuye al debilitamiento del ataque. Esto es tanto menos una sutileza ociosa cuanto que más bien consideramos como la principal desventaja del ataque verse luego forzado a una defensa completamente desventajosa.

Y esto explica cómo la diferencia originaria entre la fuerza de la forma de guerra ofensiva y la defensiva se va reduciendo poco a poco. Ahora vamos a ver cómo puede desaparecer por completo y pasar por un breve período a la magnitud opuesta.

Si se nos permite extraer un concepto auxiliar de la Naturaleza, podremos explicarnos con mayor concisión.

Se trata del tiempo que en la Física necesita toda fuerza para mostrarse eficaz. Una fuerza que, aplicada lenta y gradualmente, fuera suficiente para detener un cuerpo móvil, será arrollada por él si le falta tiempo. Esta ley física es una imagen acertada para alguna manifestación de nuestra vida interior. Si se nos mueve a adoptar cierta dirección intelectual, no cualquier motivo estará en condiciones de producir un cambio o un frenazo en ella. Se necesita tiempo, tranquilidad, impresión persistente en la conciencia. Así es también en la guerra. Una vez que el alma tiene una determinada dirección hacia la meta, o de vuelta a un puerto de rescate, fácilmente ocurre que los motivos que fuerzan al uno a detenerse y justifican al otro para la empresa no sean fácilmente sentidos con toda su fuerza, y dado que la acción sigue avanzando, dentro de la corriente del movimiento se rebasa el límite del equilibrio, la línea de la culminación, sin percatarse de ello; incluso puede ocurrir que al atacante, apoyado por las fuerzas morales que hay preferentemente en el ataque, seguir avanzando le resulte, a pesar de haber agotado sus fuerzas, menos fatigoso que detenerse, igual que a los caballos que suben una carga montaña arriba. Con esto creemos haber mostrado sin contradicción interna cómo el atacante puede ir más allá de aquel punto que en el momento de la detención y la defensa aún le promete éxito, es decir, equilibrio. Es importante pues situar correctamente este punto al diseñar la campaña, tanto para el atacante, para que no acometa nada que esté por encima de su capacidad, que no contraiga deudas, en cierto modo, como para el defensor, para reconocer y aprovechar esa desventaja en la que el atacante se ha puesto.

Vamos ahora a volver la vista hacia todos los objetos que el general ha de tener presentes a la hora de hacer esta valoración, y recordamos que en cierto modo tiene que apreciar la dirección y el valor de los más importantes echando un vistazo a muchas otras circunstancias próximas y lejanas, tiene en cierto modo que *adivinarlas*: adivinar si después del primer golpe el ejército enemigo

mostrará un núcleo más sólido, una creciente densidad, o si, como las botellas boloñesas, se disolverá en polvo en cuanto se hiera su superficie; adivinar hasta dónde llegará el debilitamiento y parálisis producido por el agotamiento de algunas fuentes, la interrupción de algunas comunicaciones en el Estado enemigo; adivinar si el adversario se desplomará sin sentido ante el ardiente dolor de la herida que le ha infligido o si se revolverá furioso como un toro herido; adivinar si las otras potencias están espantadas o indignadas, y qué conexiones políticas se formarán o disolverán... digamos que tendrá que acertar estas y otras muchas cosas con la discreción de su juicio como el arquero su diana, y tenemos que confesar que semejante acto del espíritu humano no es cosa de poco. Al juicio se le ofrecen mil erróneos caminos que se pierden en todas direcciones; y lo que no hacen la cantidad, complicación y variedad de los objetos lo hacen el peligro y la responsabilidad.

Y así ocurre que la gran mayoría de los generales prefiera quedarse muy por detrás de su objetivo antes que acercarse demasiado a él, y que a menudo un hermoso valor y un elevado espíritu emprendedor vayan más allá y yerren por tanto su finalidad. Sólo quien con escasos medios hace grandes cosas ha acertado felizmente.

LIBRO OCTAVO[345]

PLAN
DE GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

En el capítulo dedicado a la esencia y fin de la guerra hemos esbozado en cierto modo su concepto global y apuntado sus relaciones con las cosas que la rodean, para empezar con una concepción básica correcta. Hemos dejado entrever las múltiples dificultades con las que topa el entendimiento, reservándonos una consideración más detallada de las mismas, y nos hemos detenido en el resultado de que la derrota del enemigo, y en consecuencia la aniquilación de su fuerza armada, es el objetivo principal de todo el acto bélico. Esto nos ha puesto en condiciones de mostrar en el capítulo siguiente que el único medio del que se sirve el acto bélico es el combate. Creemos de este modo haber ganado provisionalmente un punto de partida correcto.

Después de haber recorrido una por una las circunstancias y formas más dignas de consideración que se dan en el acto bélico al margen del combate, con el fin de indicar con más precisión su valor —en parte conforme a la naturaleza del caso, en parte según la experiencia que ofrece la Historia bélica—, de limpiarlas de ideas indeterminadas y ambiguas que suelen ir unidas a ellas y de presentar también en ellas como es debido el verdadero objetivo del acto bélico, la aniquilación del enemigo, como la cuestión principal, regresamos ahora al conjunto de la guerra, en tanto que nos proponemos hablar del plan de guerra y de campaña, y nos vemos por tanto forzados a enlazar con las ideas de nuestro Llibro Primero.

En estos capítulos, que han de tratar la cuestión global, está contenida la estrategia más propia, más amplia e importante de la misma. Entramos a este ámbito más íntimo, en el que coinciden todos los demás hilos, no sin temor.

De hecho, este temor no es sino justificado.

Cuando se ve, por una parte, lo extremadamente sencilla que parece la acción bélica, cuando se oye y se lee cómo los más grandes generales se expresan al respecto del modo más simple y sencillo,

cómo el gobernar y mover esa pesada máquina compuesta por cientos de miles de eslabones no parece en su boca más que hablar de un solo individuo, de forma que el inmenso acto de la guerra se individualiza en una especie de combate singular, cuando se hallan indicados los motivos de su acción ora con unas cuantas ideas sencillas, ora con algún movimiento del ánimo, cuando se ve esa forma fácil, segura, se podría decir que frívola, con la que abordan este objeto... y por otra parte el gran número de circunstancias que agitan el entendimiento analítico, las grandes distancias, a menudo indeterminadas, hacia las que avanzan los distintos hilos, y el sinnúmero de combinaciones que tenemos ante nosotros cuando se piensa en la obligación de la teoría de recoger estas cosas de forma sistemática, es decir, clara e íntegra, y llevar siempre la acción hacia la necesidad del motivo suficiente, nos asalta con fuerza irresistible el temor a vernos arrastrados a una pedantería de maestro de escuela, de arrastrarnos hacia los espacios inferiores de unos conceptos pesados y, por tanto, no encontrarnos jamás con el gran general en su fácil visión del asunto. Si ese ha de ser el resultado de los esfuerzos teóricos, sería igual de bueno, por no decir mejor, no haberlos planteado; atraen sobre la teoría el menosprecio del talento y pronto caen en el olvido. Y por otra parte esa fácil visión del general, esa forma sencilla forma de entender las cosas, esa personificación de toda la acción bélica, es tan enteramente el alma de toda buena dirección de la guerra que sólo de esa forma grandiosa cabe imaginar la libertad de espíritu que es necesaria para dominar los acontecimientos y no ser dominado por ellos.

Con algún temor, proseguimos nuestro avance; podremos hacerlo tan sólo si seguimos el camino que nos hemos marcado desde el principio. La teoría debe iluminar con una clara mirada la masa de los objetos para que el entendimiento se oriente fácilmente en ellos. Debe arrancar las malas hierbas que el error ha hecho brotar por doquier, debe mostrar las relaciones entre las cosas, separar lo importante de lo no importante. Allá donde las ideas se reúnen por sí mismas en el núcleo de verdad al que llamamos principio, donde mantienen por sí mismas una línea tal que conforma una regla, la teoría debe indicarlo.

Lo que el espíritu se lleva consigo de ese paseo subterráneo entre las concepciones fundamentales del asunto, los rayos de luz que despiertan en él, es el provecho que la teoría le aporta. No puede

darle fórmulas para resolver sus tareas, no puede limitar su camino a una estrecha línea de necesidad mediante principios que hace desfilar por uno y otro lado. Le permite echar una mirada a la masa de los objetos y sus relaciones y vuelve a enviarlo luego a las regiones superiores de la acción, para actuar con la actividad unida de todos conforme a la medida de unas fuerzas que se le han vuelto naturales y hacerse consciente de lo *verdadero* y *correcto* como de un único y claro pensamiento que, creado por la impresión global de todas esas fuerzas, parece más un producto del peligro que del pensamiento.

CAPÍTULO SEGUNDO

GUERRA ABSOLUTA Y REAL

El plan de guerra reúne todo el acto bélico, a través de él se convierte en acción única, que tiene que tener un fin último y definitivo en el que se compensen todas las finalidades particulares. No se empieza una guerra, o no se debería razonablemente empezarla, sin decirse qué se quiere alcanzar con ella y en ella; lo primero es la finalidad, lo segundo el objetivo. Esta idea principal marca todas las direcciones, el volumen de medios, la medida de energías, y manifiesta su influencia hasta en los eslabones más pequeños de la acción.

Hemos dicho en el primer capítulo que la derrota del adversario es el fin natural del acto bélico, y que, si se quiere mantener el rigor filosófico del concepto, en el fondo no puede haber otro.

Como esta idea tiene que ser pensada por las dos partes enfrentadas en el conflicto, de ello se desprendería que en el acto bélico no puede haber detenciones y no puede producirse la calma hasta que una de las dos partes haya sido realmente derrotada.

En el capítulo dedicado a la detención en el acto bélico, hemos demostrado que el mero principio de la enemistad, aplicado a los titulares del mismo, los hombres, y a todas las circunstancias de las que la guerra está compuesta, sufre por motivos internos de su maquinaria una moderación y una parada.

Pero esta modificación no basta ni con mucho para llevarnos del concepto originario de la guerra a la forma concreta de la misma, tal como la encontramos casi por doquier. La mayoría de las guerras aparecen tan sólo como una mutua indignación en la que cada uno echa mano a las armas para protegerse e insuflar temor al otro, y ocasionalmente asestarle un golpe. No son pues dos elementos mutuamente destructivos que se han puesto en contacto, sino tensiones entre elementos aún separados que se descargan en pequeños golpes concretos.

¿Cuál es la divisoria aislante que impide la descarga total? ¿Por qué la idea filosófica no basta? Esa divisoria reside en el gran número de cosas, fuerzas, relaciones, que la guerra toca en la vida del Estado, y por cuyas incontables sinuosidades no se puede seguir la consecuencia lógica como por el sencillo hilo de unas cuantas conclusiones; en esas sinuosidades se atasca, y el hombre que está acostumbrado a actuar en las cosas grandes y pequeñas más conforme a distintas ideas y sentimientos predominantes que conforme a la rigurosa sucesión lógica apenas es consciente aquí de su falta de claridad, imperfección e inconsecuencia.

Pero si la inteligencia de la que parte la guerra pudiera realmente examinar todas esas circunstancias sin perder su objetivo de vista ni por un momento, todas las demás inteligencias del Estado que entran en consideración no podrían hacerlo, surgiría por tanto una resistencia, y con ello sería necesaria una fuerza para superar la inercia de toda la masa, y en la mayoría de los casos esta fuerza será insuficiente.

Esta inconsecuencia se produce en una de las dos partes, o en la otra, o en las dos, y esa es la causa de que la guerra se convierta en algo completamente distinto de lo que debería ser por su concepto, en algo incompleto, en un ser sin cohesión interior.

Así hallamos que ocurre casi por doquier, y se podría dudar de que nuestra idea de la esencia absoluta que le corresponde tuviera alguna realidad, si no hubiéramos visto precisamente en nuestros días la verdadera guerra en esa absoluta perfección. Tras una breve introducción, llevada a cabo por la Revolución Francesa, el brutal Bonaparte la llevó rápidamente a ese punto. Bajo su mando, se avanzaba sin descanso hasta que el enemigo sucumbía; y casi también sin descanso se producían los contragolpes. ¿No es natural y necesario que esta manifestación nos devuelva al concepto original de la guerra, con todas sus rigurosas consecuencias?

¿Hemos de quedarnos aquí, y juzgar por esto todas las guerras, por mucho que se aparten de ello? ¿Derivar de aquí todas las exigencias de la teoría?

Ahora tenemos que decidirnos porque no podemos decir una sola palabra inteligente sobre el plan de la guerra sin habernos aclarado acerca de si la guerra debe ser sólo así o de otra manera.

Si nos decidimos por lo primero, nuestra teoría se acercará más en todo a lo necesario, será una cosa clara, convenida. Pero, ¿qué

diremos entonces de todas las guerras que han tenido lugar desde Alejandro y algunas campañas de los romanos hasta Bonaparte? Tendríamos que descartarlas en bloque, y sin embargo, quizá no pudiéramos hacerlo sin avergonzarnos de nuestra presunción. Lo que es peor, tendríamos que decirnos que quizá en la próxima década vuelva a haber una guerra de ese tipo, a pesar de nuestra teoría, y que esa teoría será muy lógica, pero se mostrará impotente contra la fuerza de las circunstancias. Así que tendremos que arreglárnoslas para no limitarnos a construir la guerra como debe ser a partir de su mero concepto, sino dejando su lugar a todo lo ajeno que se inmiscuye y une a ella, toda la pesadez y fricción natural de las piezas, toda la inconsecuencia, falta de claridad y desánimo del espíritu humano; tendremos que entender la idea de que la guerra y la forma que se le da se derivan de las ideas, sentimientos y relaciones que la preceden en ese instante, tendremos que admitir, si queremos ser enteramente veraces, que este fue el caso allá donde adoptó su figura absoluta, es decir, bajo Bonaparte.

Tenemos que hacerlo, tenemos que admitir que la guerra surge y recibe su forma no de una ecuación finita de todas las innumerables circunstancias que afecta, sino de algunas de entre ellas que predominan en ese momento, de donde se deriva que se basa en un juego de posibilidades, probabilidades, fortuna e infortunio, en el que a menudo se pierde por entero la rigurosa sucesión lógica, y en el que resulta un instrumento intelectual muy torpe e incómodo[346]; se desprende también que la guerra puede ser una cosa que sea ora más, ora menos guerra.

Todo esto tiene que admitirlo la teoría, pero es su obligación situar en la cúspide la forma absoluta de la guerra y emplearla como un punto de referencia general, para que aquel que quiera aprender algo de la teoría se acostumbre a no perderla nunca de vista, a considerarla la medida originaria de todas sus esperanzas y temores, para acercarse a ella donde *pueda* o donde *tenga* que hacerlo.

Es tan cierto que una idea principal, que subyace a nuestro pensamiento y acción, le da cierto tono y carácter incluso allá donde los siguientes motivos de decisión proceden de regiones completamente distintas, como que el pintor puede dar a su imagen este o aquel matiz mediante los colores que emplea de base.

Que la teoría pueda hacer esto ahora de manera eficaz, se lo debe a las últimas guerras. Sin estos ejemplos y advertencias de la fuerza

destructora del elemento desencadenado, se quedaría ronca de gritar en vano; nadie consideraría posible lo que todos hemos vivido.

¿Se habría atrevido Prusia en el año 1798 a penetrar en Francia con 70.000 hombres, si hubiera sospechado que el contragolpe en caso de fracaso sería tan fuerte como para echar por tierra el viejo equilibrio europeo?

¿Habría empezado Prusia en el año 1806 la guerra contra Francia con 100.000 hombres si hubiera ponderado que el primer pistoletazo iba a ser la chispa en la mecha de una mina que iba a hacerla saltar por los aires?

CAPÍTULO TERCERO

A. COHESIÓN INTERNA DE LA GUERRA

Según se tenga presente la forma absoluta de la guerra o una de las formas reales más o menos alejadas de ella, surgen dos concepciones distintas del éxito de la misma.

En la forma absoluta de la guerra, donde todo ocurre por razones necesarias, todo se ensambla con rapidez, donde no hay, si puede decirse así, espacios intermedios neutrales y sin esencia, sólo hay, debido a las múltiples interacciones que la guerra encierra en sí[347], debido a la cohesión que, en sentido estricto, guarda toda la serie de combates sucesivos[348], debido al punto culminante de cada victoria, más allá del cual se entra en el ámbito de las pérdidas y derrotas[349], debido a todas estas circunstancias naturales de la guerra, digo, sólo hay un éxito, y es el *éxito final*. Hasta ese momento nada está decidido, nada ganado, nada perdido. Es aquí donde hay que decirse incesantemente: el fin corona la obra. En esta concepción, la guerra es pues un todo indivisible cuyos miembros (los distintos éxitos) sólo tienen valor en relación con ese todo. La conquista de Moscú y de media Rusia en 1812 sólo tenía valor para Bonaparte si le procuraba la paz perseguida. Pero no era más que un fragmento de su plan de campaña, y en éste faltaba aún una pieza, y era la destrucción del ejército ruso; de haberse añadido ésta a los demás éxitos, la paz era tan cierta como pueden serlo cosas de este tipo. Bonaparte ya no pudo alcanzar esta segunda mitad, porque había perdido antes la oportunidad de hacerlo, y así toda la primera no sólo le resultó inútil, sino funesta...

A esta idea de la conexión entre los éxitos en la guerra, que puede considerarse extrema, se le opone otra extrema, según la cual la misma está formada de éxitos válidos por sí mismos, en los que, como en el juego entre las partes, los precedentes no tienen influencia alguna sobre los siguientes. Aquí sólo importa por tanto la suma de los éxitos, y se puede dejar atrás cada uno de ellos como una marca en un marcador.

Igual que la primera forma de pensar extrae su verdad de la naturaleza del caso, hallamos la segunda en la Historia. Hay un sinnúmero de casos en los que se ha podido obtener una pequeña y moderada ventaja sin que a ello se uniera ninguna otra condición agravante. Cuanto más moderado es el elemento bélico, tanto más frecuentes se hacen estos casos, pero igual que en una guerra la primera de las concepciones no es completamente cierta, tampoco hay guerras en las que la última se dé por doquier y la primera sea prescindible.

Si nos atenemos a la primera de estas dos formas de pensar, tenemos que advertir la necesidad de que cada guerra sea entendida de antemano como un todo, y de que al dar el primer paso adelante el general ya tenga en mente el objetivo hacia el que todas las líneas confluyen.

Si admitimos la segunda forma de pensar, se pueden perseguir ventajas subordinadas por sí mismas y dejar el resto a los resultados ulteriores.

Como ninguna de estas dos formas de pensar carece de resultados, la teoría tampoco puede prescindir de ninguna de ellas. La diferencia que hace en el uso de la misma consiste en que exige que la primera sea el fundamento que subyace a todo y la última sólo se emplee como una modificación justificada por las circunstancias.

Cuando Federico el Grande, en los años 1742, 1744, 1757 y 1758, lanzó desde Silesia y Sajonia una nueva cuña ofensiva hacia el Estado austriaco de la que sabía muy bien que no podía conducir a una nueva y duradera conquista como la de Silesia y Sajonia, lo hizo porque con eso no perseguía la derrota del Estado austriaco, sino un fin subordinado, ganar tiempo y energías, y podía perseguir ese fin subordinado sin el temor a poner con ello en juego toda su existencia.[350] En cambio, cuando Prusia en 1806 y Austria en 1805 y 1809 se propusieron un objetivo mucho más modesto, como empujar a los franceses al otro lado del Rin, no podían hacerlo razonablemente sin recorrer mentalmente toda la serie de acontecimientos que tanto en caso de éxito como de fracaso enlazarían con toda probabilidad con el primer paso y conducirían a la paz. Esto era del todo imprescindible, tanto para saber cómo perseguir sin peligro la victoria como para saber cómo y dónde estarían en condiciones de detener la victoria enemiga.

Cuál es la diferencia entre ambas situaciones lo muestra una atenta observación de la Historia. En el siglo XVIII, en tiempos de las Guerras Silesias, la guerra era aún una mera cuestión de gabinete, en la que el pueblo sólo participaba como ciego instrumento; a principios del XIX estaban en la balanza los pueblos de ambas partes. Los generales que se enfrentaban a Federico el Grande eran hombres que actuaban por encargo, y por eso mismo hombres en los que la cautela era un rasgo de carácter predominante; el adversario de austriacos y prusianos era, por decirlo en pocas palabras, el propio Dios de la guerra.

¿No tendrían tan distintas situaciones que haber promovido consideraciones completamente distintas? ¿No tenían que dirigir la mirada, en los años 1805, 1806 y 1809, hacia el máximo fracaso como posibilidad cercana, incluso como gran probabilidad, y llevar por tanto a esfuerzos y planes completamente distintos que aquellos cuyo objeto podían ser unas cuantas fortalezas y una provincia mediana?

No lo hicieron en la medida adecuada, por más que las potencias Prusia y Austria sentían suficientemente al hacer sus preparativos la presión tormentosa de la atmósfera política. No pudieron porque por aquel entonces la Historia aún no había desarrollado con tanta claridad esas consideraciones. Precisamente aquellas campañas de 1805, 1806 y 1809, así como las posteriores, son las que nos han facilitado tanto abstraer de ellas el concepto de la guerra moderna, de la guerra absoluta, en su demoledora energía.

La teoría exige pues que en toda guerra se examinen primero su carácter y sus grandes contornos, según la probabilidad que arrojan las magnitudes y circunstancias políticas. Cuanto más se aproxime esa probabilidad por su carácter a la guerra absoluta, cuanto más abarquen los contornos de la masa a los Estados que hacen la guerra y los arrastren a su torbellino, tanto más fácil será la cohesión de sus situaciones, tanto más necesario no dar el primer paso sin pensar en el último.

CAPÍTULO TERCERO

B. DE LA MAGNITUD DE LA FINALIDAD Y DEL ESFUERZO BÉLICOS

La presión a la que tenemos que someter a nuestro adversario se regirá por la magnitud de nuestras exigencias políticas y las suyas. Si éstas fueran mutuamente conocidas, darían la misma medida de esfuerzo; sólo que no siempre están tan a la vista, y este puede ser un primer motivo para la diferencia en los recursos que ambas partes movilizan.

La situación y circunstancias de los Estados no son iguales entre sí, esto puede ser un segundo motivo.

La fuerza de voluntad, el carácter, las capacidades de los Gobiernos tampoco son iguales, este es un tercer motivo.

Estas tres consideraciones aportan una incertidumbre al cálculo de la resistencia que se hallará, y en consecuencia de los medios que hay que emplear y del objetivo que es posible fijarse.

Dado que en la guerra, de unos esfuerzos insuficientes puede salir no sólo la falta de éxito, sino un daño positivo, esto impulsa a ambas partes a superarse mutuamente, de donde surge una interacción.

Esto podría conducir al objetivo supremo de los esfuerzos si éste se pudiera determinar. Pero entonces se perdería la consideración de la magnitud de las exigencias políticas, el medio perdería toda relación con el fin y en la mayoría de los casos esta intención de un esfuerzo supremo fracasaría ante el contrapeso de las propias relaciones internas.

De este modo, el que emprende la guerra[351] vuelve a encaminarse a un sendero intermedio, en el que actúa en cierto modo conforme al principio directo, para emplear aquellas fuerzas y fijarse en la guerra aquel objetivo que baste para la consecución de su finalidad política. Para hacer posible este principio, tiene que renunciar a toda necesidad absoluta del éxito, eliminar del cálculo todas las posibilidades remotas.

Aquí por tanto la actividad del entendimiento abandona el ámbito de la ciencia rigurosa, de la Lógica y la Matemática, y se convierte, en el sentido amplio de la palabra, en arte, es decir, en la capacidad de encontrar mediante la discreción del juicio, de entre una multitud inabarcable de objetos y circunstancias, las más importantes y decisivas. Esta discreción del juicio consiste más o menos, indiscutiblemente, en una oscura comparación entre todas las magnitudes y circunstancias, que elimina las remotas y poco importantes y averigua las próximas y más importantes con más rapidez que si se hiciera por la vía de la conclusión rigurosa.

Por tanto, para conocer la medida de los recursos que tenemos que movilizar para la guerra, tenemos que pensar en la finalidad política de los mismos por nuestra parte y por parte del enemigo, tenemos que tomar en consideración las fuerzas y circunstancias del Estado enemigo y del nuestro, el carácter de su Gobierno, de su pueblo, las capacidades de ambos, y todo ello también de nuestra parte, las conexiones políticas con otros Estados y los efectos que la guerra puede provocar en ellas. Es fácil entender que ponderar estos objetos variados y de variado entrecruzamiento es una gran tarea, que es una verdadera luz del genio encontrar entre ellos lo correcto, mientras sería enteramente imposible hacerse dueño de esta variedad mediante una mera reflexión académica.

En este sentido, Bonaparte dijo, de forma enteramente correcta, que se trataba de una operación algebraica ante la que retrocedería el propio Newton.

Si la multiplicidad y magnitud de las circunstancias y la inseguridad respecto a la medida adecuada dificultan en alto grado la obtención de un resultado favorable, no tenemos que pasar por alto que la inmensa e incomparable *importancia* del asunto aumenta, si no la complicación y dificultad de la tarea, sí el mérito de la solución. La libertad y actividad del espíritu no aumentan en el hombre normal a causa del peligro y la responsabilidad, sino que disminuyen; allá donde estas cosas dan alas al juicio y lo refuerzan, no podemos dudar de que estamos ante una rara grandeza del alma.

Así que tenemos que empezar por conceder que el juicio acerca de una guerra inminente, acerca del objetivo que puede tener, de los medios que son necesarios, sólo puede surgir de la consideración global de todas las circunstancias, en las que también están entretejidos los rasgos más individuales del momento, y que ese

juicio, como todo en la vida bélica, nunca puede ser puramente objetivo, sino que se ve determinado por las cualidades de espíritu y de ánimo de los príncipes, estadistas, generales, ya estén reunidos en una misma persona o no.

El objeto se hace general, y más capaz de un tratamiento abstracto, cuando atendemos a las condiciones generales de los Estados, que éstos han recibido de su tiempo y circunstancias. Tenemos que permitirnos en este punto una fugaz mirada a la Historia.

Tártaros semibárbaros, repúblicas del mundo antiguo, señores feudales y ciudades comerciales de la Edad Media, reyes del siglo XVIII, finalmente príncipes y pueblos del XIX: todos hacen la guerra a su modo, la hacen de forma distinta, con otros medios y persiguiendo otro objetivo.

Las hordas tártaras buscan nuevos asentamientos. Se trasladan con todo su pueblo, con mujeres y niños, son por tanto proporcionalmente tan numerosas como ningún otro ejército, y su objetivo es la sumisión o expulsión del adversario. Con esos medios, pronto lo aplastarían todo ante sí si unieran a ello un superior estado cultural.

Las antiguas repúblicas, con la excepción de Roma, son de escaso tamaño; aún más pequeño es el tamaño de su ejército, porque excluye a la gran masa, la plebe; son demasiado numerosas y están demasiado cercanas entre sí como para no hallar en el equilibrio natural en el que, según una ley enteramente general, se sitúan siempre las pequeñas partes separadas, obstáculos a las grandes empresas; de ahí que sus guerras se limiten a devastaciones de las tierras llanas y tomas de algunas ciudades para asegurarse una moderada influencia en ellas en lo sucesivo.

Sólo Roma representa una excepción, pero sólo en sus últimos tiempos. Durante mucho tiempo, lucha con pequeñas hordas por el botín y por las alianzas con sus vecinos. Se engrandece, más por las alianzas que establece, y en las que los pueblos vecinos se van fundiendo poco a poco con ella en un todo, que por verdaderos sometimientos. Sólo cuando se ha extendido de esta forma por todo el sur de Italia empieza a avanzar de verdad conquistando. Cartago cae, España y las Galias son conquistadas, Grecia sometida, y su imperio se extiende por Asia y Egipto. En esta época, sus fuerzas armadas son inmensas, sin que lo sean sus esfuerzos: son disputados

con sus riquezas; ya no se parece a las antiguas repúblicas y ya no se parece a sí misma. Está sola.

Igualmente únicas en su especie son las guerras de Alejandro. Con un pequeño ejército, pero magnífico en su perfección interior, derriba los carcomidos edificios de los Estados asiáticos. Sin descanso ni respeto, recorre la ancha Asia y llega hasta la India. Las repúblicas no pudieron hacer tal cosa; eso sólo podía hacerlo con tanta rapidez un rey, que en cierto modo era su propio *condottiero*.

Las grandes y pequeñas monarquías de la Edad Media libraban sus guerras con señores feudales. Entonces, todo estaba limitado a un tiempo muy corto; lo que no se podía hacer en él, había que considerarlo irrealizable. El propio ejército feudal consistía en un engarce de vasallajes; el vínculo que lo mantenía unido era a medias obligación legal, a medias alianza voluntaria, y el conjunto una auténtica confederación. El armamento y la táctica se basaban en la ley del más fuerte, en la lucha del individuo, y por tanto eran poco adecuados para una gran masa. En general, nunca ha habido una época en la que el vínculo estatal fuera tan laxo y cada ciudadano tan autónomo. Todo esto condicionaba la guerra de esta época del modo más concreto. Se llevaban a cabo con relativa rapidez, se daba poco la ociosidad en campaña, pero la mayoría de las veces el objetivo consistía en el castigo, no en la derrota del enemigo; se ahuyentaban sus rebaños, se quemaban sus castillos y se volvía a casa.

Las grandes ciudades comerciales y las pequeñas repúblicas produjeron a los *condottieri*. Se trataba de un poder militar caro, y por tanto muy limitado en volumen. Aún era menor su fuerza intensiva; tampoco cabía hablar de suprema energía y esfuerzo, porque la mayor parte de las veces todo eran meras fintas. En una palabra: el odio y la enemistad ya no movían al Estado a la actividad personal, sino que se convertían en un objeto más de su comercio; la guerra perdió una gran parte de su peligro, cambió su naturaleza, y nada de lo que se puede determinar a partir de esa naturaleza encajaba con ella.

El sistema feudal fue contrayéndose poco a poco en un determinado dominio territorial, el vínculo del Estado se hizo más estrecho, las obligaciones personales se convirtieron en materiales, el dinero ocupó poco a poco el lugar de la mayoría de las personas, y los señores feudales se convirtieron en mercenarios. Los *condottieri* fueron la transición a esto, y por eso fueron durante un tiempo el

instrumento de los Estados más grandes; pero no pasó mucho tiempo antes de que el soldado arrendado por breve tiempo se convirtiera en *mercenario permanente,* y el poder militar pasó al ejército permanente fundado en las arcas del Estado.

Es natural que el lento avance hacia esta meta causara un múltiple entrelazamiento de las tres clases de poder militar. Bajo Enrique IV encontramos juntos feudatarios, *condottieri* y ejército permanente. Los *condottieri* se mantuvieron hasta la Guerra de los Treinta Años, incluso con algunos débiles rastros hasta el siglo XVIII.

Tan peculiares como el poder militar de esas distintas épocas eran las demás circunstancias de los Estados de Europa. En el fondo, esta parte del mundo estaba disgregada en una masa de pequeños Estados que eran en parte inquietas repúblicas, en parte pequeñas monarquías muy limitadas e inseguras en su poder. Un Estado así no podía considerarse una verdadera unidad, sino un conglomerado de fuerzas unidas por laxos vínculos. Un Estado así no puede pensar como una inteligencia que actúa conforme a sencillas leyes lógicas.

Desde este punto de vista hay que considerar la política exterior y las guerras de la Edad Media. No hay más que pensar en las constantes campañas del emperador alemán contra Italia durante medio milenio, sin que de ellas se desprendiera una conquista de este país o sin que esa fuera siquiera su intención. Es fácil considerar esto como un error renovado, como una visión errónea de aquellos tiempos, pero es más razonable verlo como una sucesión de cien grandes causas que podemos imaginar, pero no podemos entender con la vitalidad de los que se veían envueltos en aquel conflicto. Mientras los grandes Estados que surgen de ese caos necesitan tiempo para formarse y ensamblarse, su energía y esfuerzo sólo se dedican *a esto;* no hay tantas guerras contra un enemigo exterior, y las que hay llevan el sello de un vínculo estatal inmaduro.

Las guerras de los ingleses contra Francia son las primeras, y sin embargo Francia aún no puede considerarse entonces una verdadera monarquía, sino un conglomerado de ducados y condados; Inglaterra, aunque parece más unida, lucha con los señores feudales y con muchos disturbios internos.

Bajo Luis XI, Francia da el mayor paso hacia su unidad interior, bajo Carlos VIII aparece como poder conquistador en Italia y bajo Luis XIV ha llevado su Estado y su ejército permanente al grado máximo.

España inicia su unidad bajo Fernando el Católico, y de pronto, mediante alianzas matrimoniales casuales, surge bajo Carlos V la gran monarquía española, formada por España, Borgoña, Alemania e Italia. Lo que a este coloso le falta en unidad y vínculo estatal lo suple con dinero, y el poder militar permanente del mismo entra en contacto con el poder militar permanente de Francia. El gran coloso español se disgrega tras la abdicación de Carlos V en dos partes, España y Austria. Esta última, reforzada por Bohemia y Hungría, emerge como gran potencia y arrastra tras de sí como una chalupa la Confederación Germánica.

El final del siglo XVII, la era de Luis XIV, puede considerarse el punto de la Historia en el que el poder militar permanente tal como lo encontramos en el XVIII ha alcanzado su punto culminante. Este poder militar estaba basado en el reclutamiento y el dinero. Los Estados se habían conformado como unidades plenas y los Gobiernos, al transformar en tributos monetarios el rendimiento de sus súbditos, habían concentrado todo su poder en sus arcas. Debido al rápido avance de la civilización y a una administración que no hacía más que extenderse, este poder se había hecho muy grande en comparación con los anteriores. Francia salió a campaña con unas tropas permanentes de varios cientos de miles de hombres, y en proporción lo hicieron las demás potencias.

También las demás relaciones del Estado se habían configurado de distinta forma. Europa estaba repartida entre una docena de reinos y un par de repúblicas; cabía pensar que dos de ellos mantuvieran una gran lucha entre sí sin que diez veces más se vieran afectados, como ocurría antaño. Las posibles combinaciones de las circunstancias políticas seguían siendo muy variadas, pero eran previsibles y se podían establecer por probabilidades cada cierto tiempo.

Las relaciones interiores se habían simplificado casi en todas partes en una sencilla monarquía, los derechos estamentales y su influencia habían desaparecido poco a poco, y el gabinete era una unidad perfecta que representaba al Estado hacia fuera. Había llegado pues el momento de que un instrumento eficaz y una voluntad independiente pudieran dar a la guerra una forma que correspondiera a su concepto.

También aparecieron en esta época tres nuevos Alejandros: Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande, que intentaron por medio de un ejército modesto y muy perfecto crear grandes monarquías a partir de pequeños Estados y derrotar a todos a su paso. Si hubieran tenido que vérselas con imperios asiáticos, habrían sido aún más parecidos en su papel a Alejandro. En cualquier caso, teniendo en cuenta lo que se puede arriesgar en la guerra, puede vérseles como predecesores de Bonaparte.

Sólo que lo que la guerra ganaba por una parte en fuerza y consecuencia lo perdía por la otra.

Los ejércitos se mantenían a cuenta del Tesoro, que el príncipe consideraba como su caja privada, o al menos como un objeto perteneciente al Gobierno y no al pueblo. Las relaciones con los otros Estados afectaban en la mayoría de los casos, con la excepción de unos cuantos asuntos comerciales, a los intereses del Tesoro o del Gobierno, y no del pueblo; al menos, esos eran los conceptos imperantes por doquier. El gabinete se veía pues como el poseedor y administrador de grandes bienes que siempre trataba de acrecentar, sin que los súbditos pudieran tener un interés especial en ese acrecentamiento. El pueblo, pues, que en las correrías de los tártaros lo es todo en la guerra, y en las antiguas repúblicas y en la Edad Media —aunque según su concepto estaba limitado a los verdaderos ciudadanos— había sido mucho, no era en este estado de cosas del XVIII directamente nada, sino que sólo tenía una influencia indirecta en la guerra mediante sus virtudes o defectos generales.

De este modo, en la misma medida en que el Gobierno se separaba del pueblo y se veía a sí mismo como el Estado, la guerra se convirtió en cosa de los gobiernos, que la llevaban a cabo mediante los táleros que había en sus arcas y los vagabundos ociosos de sus provincias y las provincias vecinas. La consecuencia era que los recursos que podían movilizar tenían una medida bastante determinada, que el uno podía conocer los del otro, y sin duda tanto en su alcance como en la medida de su duración; esto arrebataba a la guerra el más peligroso de sus aspectos: la tendencia al extremo y a la oscura serie de posibilidades vinculada a él.

Se conocían aproximadamente los recursos económicos, el Tesoro, el crédito del adversario; se conocía el tamaño de su ejército. No eran posibles aumentos importantes en el momento de la guerra. Puesto que se conocían los límites de las fuerzas enemigas, uno se

sabía bastante a salvo de una total derrota, y en tanto se sentían los límites de las propias uno se veía limitado a un objetivo modesto. Protegido del extremo, ya no se necesita arriesgar al extremo. La necesidad ya no empuja a ello, así que sólo el valor y la ambición pueden hacerlo. Pero éstos encuentran un poderoso contrapeso en las circunstancias del Estado. Hasta los generales reales tenían que manejar cuidadosamente los instrumentos de la guerra. Si el ejército resultaba destruido, no se podía reunir uno nuevo, y aparte del ejército no había nada. Esto exigía gran cautela en todas las empresas. Sólo cuando parecía darse una decidida ventaja se hacía uso del valioso instrumento: procurar esta ventaja era el arte del general; pero mientras no se conseguía se flotaba en cierto modo en la nada absoluta, ano había ningún motivo para actuar, y todas las fuerzas, todos los motivos, parecían descansar. El motivo originario del agresor se extinguía en la cautela y el reparo.

Así, la guerra se convirtió esencialmente en un verdadero juego, en el que el tiempo y el azar mezclaban las cartas; por su importancia, no era más que una diplomacia reforzada, una forma más recia de negociar, en la que las batallas y los asedios eran las notas principales que se intercambiaban. Ponerse en una moderada ventaja para hacer uso de ella al concluir la paz era el objetivo hasta del más ambicioso.

Esta forma limitada y encogida de guerra derivaba, como hemos dicho, de la estrecha base en la que se apoyaba. Que generales y reyes destacados como Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande, con unos ejércitos también destacados, no pudieran sobresalir más de la masa de manifestaciones totales, que también ellos tuvieran que conformarse con mantenerse dentro del nivel general del éxito medio, formaba parte del equilibrio político de Europa. Lo que antes, cuando había multitud de pequeños Estados, lo había hecho el interés directo, completamente natural, la cercanía, el contacto, la unión por parentesco, el conocimiento personal, para impedir a cada uno engrandecerse con rapidez, lo hacía ahora, cuando los Estados eran mayores y sus centros estaban más alejados entre sí, la mayor complejidad de los asuntos. Los intereses políticos, atracciones y repulsiones se habían convertido en un sistema muy refinado, de forma que no se podía disparar un cañonazo en Europa sin que todos los gabinetes tomaran parte en ello.

Por tanto, un nuevo Alejandro tenía que tener, además de su buena espada, una buena pluma, y aún así raras veces llegaba lejos con sus conquistas.

Pero incluso Luis XIV, aunque tenía la intención de poner patas arriba el equilibrio europeo y a finales del siglo XVII había llegado ya al punto de preocuparse poco de la enemistad general, llevó la guerra al modo tradicional, porque su poder bélico era sin duda el del mayor y más rico de los monarcas, pero por su naturaleza era igual que el de los otros.

Los saqueos y devastaciones del territorio enemigo, que representaban un papel tan grande en los tártaros, en los pueblos antiguos e incluso en la Edad Media, ya no formaban parte del espíritu de los tiempos. Se consideraba, con razón, una brutalidad inútil, que podía ser fácilmente vengada y hacía más daño a los súbditos enemigos que al Gobierno enemigo, por lo que carecía de efectos y sólo servía para hacer retroceder eternamente a los pueblos en su estado de civilización. Por tanto, no sólo por sus medios sino por sus fines, la guerra estaba cada vez más limitada al ejército mismo. El ejército, con sus fortalezas y algunas posiciones, era un Estado dentro del Estado, en el interior del cual se consumía lentamente el elemento bélico. Toda Europa estaba satisfecha con esa orientación, y la consideraba una consecuencia necesaria del progreso del espíritu[352]. Aunque se trataba de un error, porque el progreso del espíritu[353] nunca puede llevar a una contradicción, nunca puede hacer que dos y dos sean cinco, como ya hemos dicho y aún diremos en lo sucesivo, ese cambio tuvo en todo caso un efecto benéfico para los pueblos; sólo que no cabe ignorar que también hizo que la guerra fuera más mero asunto del Gobierno y alejara aún más el interés del pueblo. El plan de guerra de un Estado solía consistir en esa época, si era el atacante, en apoderarse de una u otra provincia enemiga; si era el defensor, en impedirlo; el plan de campaña concreto: conquistar esta o aquella fortaleza enemiga o impedir la conquista de una propia; sólo si eso hacía inevitable una batalla, se buscaba y ofrecía. Quien sin ese carácter de inevitabilidad buscaba una batalla por mero deseo de victoria estaba considerado un general osado. Normalmente la campaña se pasaba en un asedio o, en el mejor de los casos, en dos, y en los cuarteles de invierno, que eran considerados una necesidad neutral, en la que la mala situación

de uno nunca podía convertirse en una ventaja del otro, en la que las relaciones mutuas cesaban casi por entero; los cuarteles de invierno formaban una determinada delimitación de la actividad que tenía que tener lugar en una campaña.

Si las fuerzas guardaban demasiado equilibrio, o si el que llevaba la iniciativa era decididamente el más débil, tampoco se producía la batalla ni el asedio, y entonces toda la actividad de una campaña giraba en torno a la conservación de ciertas posiciones y almacenes y al agotamiento regular de ciertas regiones.

Mientras la guerra se libró en general así y las naturales limitaciones de su fuerza estuvieron siempre tan próximas y visibles, nadie encontró nada contradictorio en ello, sino todo en el orden más hermoso, y la crítica, que empezó en el siglo XVIII a frecuentar el campo del arte de la guerra, se dirigía hacia el caso concreto sin preocuparse mucho del principio y fin del asunto. Así, hubo grandeza y perfección de todo tipo, e incluso el mariscal de campo Daun, que principalmente contribuyó a que Federico el Grande alcanzara sus fines por completo y Maria Teresa errara completamente los suyos, pudo ser considerado un gran general. Sólo de vez en cuando se abría paso un juicio más radical, concretamente el sano entendimiento humano, que opinaba que con su superioridad tenía que haber logrado algo positivo o que, con todo su arte, dirigía mal la guerra.

Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución Francesa. Austria y Prusia lo intentaron con su arte de la guerra diplomático; pronto se mostraron insuficientes. Mientras según la forma habitual de ver las cosas se ponían esperanzas en un poder bélico muy debilitado, en el año 1793 se mostró uno del que no se tenía idea alguna. Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de 30 millones, que se consideraban todos ciudadanos. Sin entrar aquí en las circunstancias concretas que acompañaban a esa gran manifestación, vamos a quedarnos tan sólo con los resultados que aquí nos importan. Con esa participación del pueblo en la guerra, en vez del gabinete y su ejército fue todo el pueblo el que puso su peso natural en la balanza. Ahora los medios que se aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso; la energía con la que se podía librar la guerra misma ya no tenía contrapeso alguno, y en consecuencia el riesgo para el adversario era extremo.

Si toda la guerra revolucionaria ha pasado antes de hacer sensible su fuerza y alcanzar la total claridad, si los generales revolucionarios no avanzaron imparables hasta el objetivo último y no destruyeron las monarquías europeas, si los ejércitos alemanes tuvieron ocasión de vez en cuando de resistir con fortuna y contener la corriente de la victoria, realmente ello sólo se debió a la imperfección técnica con la que los franceses tenían que luchar, y que empezaba por mostrarse en los soldados de a pie, luego en los generales y, en la época del Directorio, en el Gobierno mismo.

Como en manos de Bonaparte todo esto alcanzó su perfección, este poder bélico apoyado en toda esa fuerza popular avanzó destructor por Europa con tal seguridad y confianza que, donde sólo se le opuso el viejo poder militar, ni siquiera hubo un momento de duda. La reacción se produjo justo a tiempo. En España, la guerra se convirtió por sí misma en causa popular. En Austria, el Gobierno empezó en el año 1809 a hacer esfuerzos inusuales con reservas y reclutamientos que se acercaron a la meta y superaron todo lo que ese Estado había creído posible antes. En Rusia, en 1812 se tomó como modelo el ejemplo de España y Austria; las enormes dimensiones de ese imperio permitieron ser eficaces a los tardíos preparativos y aumentaron esa eficacia por la otra parte. El éxito fue espléndido. En Alemania, Prusia fue la primera en rehacerse, convirtió la guerra en causa popular y reunió fuerzas que, con la mitad de habitantes y ningún dinero ni crédito, eran el doble de grandes que las de 1806. El resto de Alemania siguió antes o después el ejemplo de Prusia, y Austria, aunque esforzándose menos que en el año 1809, compareció también con fuerza inusual. Así ocurrió que Alemania y Rusia se enfrentaron a Francia en los años 1813 y 1814, contando todo lo que había en actividad y lo que se consumió en esas dos campañas, con alrededor de un millón de hombres.

En estas circunstancias, también la energía en la dirección de la guerra era distinta, y si sólo alcanzó parcialmente la francesa y en otros puntos imperó la timidez, la marcha de las campañas no se atuvo en general al viejo estilo, sino al nuevo. En ocho meses, el teatro bélico fue desplazado del Oder al Sena, la orgullosa París tuvo que inclinar la cerviz por primera vez y el terrible Bonaparte yacía encadenado en el suelo.

Desde Bonaparte, al volverse, primero por una parte y luego por otra, una cuestión de todo el pueblo, la guerra ha asumido una

naturaleza completamente distinta, o más bien se ha alimentado mucho de su verdadera naturaleza, de su absoluta perfección. Los medios movilizados no tenían límite visible alguno, sino que éste se perdía en la energía y el entusiasmo de los Gobiernos y sus súbditos. La energía en la dirección de la guerra había aumentado enormemente, tanto por el volumen de los recursos y el ancho campo del posible éxito como por la fuerte agitación de los ánimos, el objetivo del acto bélico era la derrota del adversario; sólo cuando éste yacía impotente en el suelo se creía poder detenerse y discutir sobre los fines mutuos.

Así pues, el elemento bélico, liberado de todas las barreras convencionales, se había desencadenado con toda su fuerza natural. La causa era la participación de los pueblos en esta gran cuestión de Estado; y esa participación surgía en parte de las circunstancias que la Revolución Francesa había suscitado en el interior de los países, y en parte del peligro con el que todos los pueblos estaban amenazados por los franceses.

Podría ser difícil decidir si siempre seguirá siendo así, si todas las futuras guerras de Europa se librarán siempre con todo el peso de los Estados y en consecuencia sólo en torno a grandes intereses cercanos a los pueblos, o si poco a poco volverá a producirse una disgregación entre Gobierno y pueblo, y en absoluto vamos a atrevernos a tal decisión. Pero se nos dará la razón si decimos que las barreras que en cierto modo sólo se apoyaban en la inconsciencia de lo que era posible no son fáciles de volver a levantar una vez arrancadas, y que, al menos en cada ocasión en que se discuta un gran interés, la mutua enemistad se resolverá del modo en que lo ha sido en nuestros días.

Concluimos aquí nuestra panorámica histórica, que no hemos hecho para indicar para cada época y a toda velocidad unos cuantos principios de dirección de la guerra, sino sólo para mostrar cómo cada época tenía sus propias guerras, sus propias condiciones limitativas, su propia parcialidad. Cada una tendría por tanto también su propia teoría de la guerra, aunque en todas partes, antes y después, se expusiera para discutirla conforme a principios filosóficos. Las anécdotas de cada época tienen que ser por tanto juzgadas teniendo en cuenta sus peculiaridades, y sólo aquel que se sitúe en cada época, no tanto mediante un temeroso estudio de todas las pequeñas circunstancias como mediante una acertada mirada a

las grandes, estará en condiciones de entender y hacer honor a sus generales.

Pero esta dirección de la guerra condicionada por las circunstancias peculiares de los Estados y del poder bélico tiene que llevar en sí algo más general, o más bien algo enteramente general, que es con lo que tiene que tratar ante todo la teoría.

La última época, en la que la guerra alcanzó su violencia absoluta, es la que más cosas de validez y necesidad general aporta. Pero es tan improbable que todas las guerras conserven en lo sucesivo este carácter grandioso como que las amplias barreras que se les abrieron puedan volver a cerrarse por completo. Por tanto, una teoría que sólo se detuviera en esta guerra absoluta excluiría o condenaría como error todos los casos en los que influencias ajenas cambian su naturaleza. Esta no puede ser la finalidad de la teoría, que ha de ser la doctrina de una guerra no en circunstancias ideales, sino reales. Por tanto, al lanzar su mirada analítica, clasificadora y ordenadora sobre los objetos, la teoría siempre tendrá presente la variedad de circunstancias de las que puede partir la guerra, e indicará por tanto las grandes líneas de la misma de tal modo que la necesidad de la época y del momento tengan su lugar en ella.

Según esto, tenemos que decir que el objetivo que el que emprende la guerra se fija, los recursos que moviliza, se rigen por los rasgos enteramente individuales de su situación, pero llevan en sí precisamente el carácter de la época y de sus condiciones generales, en fin, que *siguen sometidos a las conclusiones generales que tienen que extraerse de la naturaleza de la guerra*.

CAPÍTULO CUARTO

DETERMINACIÓN CONCRETA DEL OBJETIVO BÉLICO. SOMETIMIENTO DEL ENEMIGO

El objetivo de la guerra siempre debería ser conceptualmente el sometimiento del adversario; esta es la idea básica de la que partimos.

¿En qué consiste ese sometimiento? Para lograrlo, no siempre es necesaria la entera conquista del Estado enemigo. Si se hubiera llegado a París en el año 1792, la guerra con el partido revolucionario habría terminado, según toda probabilidad humana; ni siquiera era preciso vencer previamente a sus ejércitos porque esos ejércitos aún no podían considerarse una única potencia. En cambio, en el año 1814 no se habría conseguido todo con tomar París mientras Bonaparte hubiera estado a la cabeza de un ejército considerable; pero como su ejército estaba agotado en su mayoría, en los años 1814 y 1815 la toma de París lo decidió todo. Si en el año 1812 Bonaparte hubiera podido destruir en condiciones al ejército ruso de 120.000 hombres que estaba en la carretera de Kaluga antes o después de la toma de Moscú, como destruyó en 1805 el ejército austriaco y en 1806 el prusiano, la posesión de aquella capital hubiera traído con toda probabilidad la paz, aunque aún quedaba por conseguir una inmensa franja de terreno. En el año 1805 decidió la batalla de Austerlitz; es decir, que la posesión de Viena y dos tercios de los Estados austriacos no era suficiente para ganar la paz; pero por otra parte después de aquella batalla la integridad de toda Hungría no era suficiente para impedirla. La derrota del ejército ruso era el último golpe necesario; el zar Alejandro no tenía otro en las cercanías, así que la paz era una consecuencia indudable de la victoria. Si el ejército ruso se hubiera encontrado ya junto al Danubio con los austriacos y compartido su derrota, probablemente no habría sido necesaria la conquista de Viena, y la paz se hubiera concluido ya en Linz.

En otros casos no basta con la total conquista del Estado, como en el año 1807 en Prusia, donde el golpe contra el poder ruso que venía en su ayuda en la dudosa victoria de Eylau no fue lo bastante decisivo, y la victoria indudable de Friedland tuvo que ser lo que había sido la de Austerlitz un año antes.

Vemos que también aquí el éxito no se puede determinar a partir de causas generales; las individuales, que ningún ser humano que no esté presente puede pasar por alto, y muchas morales que nunca se discuten, incluso los mínimos rasgos e incidentes que la Historia sólo recoge como anécdotas son a menudo decisivas. Lo que la teoría puede decirse aquí es lo siguiente: se trata de tener presentes las circunstancias predominantes en ambos Estados. A partir de ellas se formará un cierto centro de gravedad, un centro de fuerza y movimiento del que depende el conjunto, y a ese centro de gravedad del adversario tiene que dirigirse el golpe concentrado de todas las fuerzas.

Lo pequeño depende siempre de lo grande, lo carente de importancia de lo importante, lo casual de lo esencial. Esto ha de guiar nuestra mirada.

Alejandro, Gustavo Adolfo, Carlos XII, Federico el Grande, tenían su centro de gravedad en su ejército; si éste hubiera sido destruido, mal hubieran podido representar su papel; en los Estados desgarrados por disputas internas, suele estar en la capital; en Estados más pequeños que se apoyan en otros poderosos, reside en el ejército de esos aliados; en el caso de alianzas está en la unidad del interés; en el caso de sublevaciones populares, en la persona del líder principal y en la opinión pública. Contra esas cosas hay que dirigir el golpe. Si eso ha hecho perder el equilibrio al adversario, no hay que darle tiempo para recuperarlo; el golpe tiene que ser continuado siempre en esa dirección o, en otras palabras, el vencedor tiene que dirigirlo siempre por completo contra el todo, y no contra una parte del adversario. No se derriba realmente al adversario conquistando con cómoda calma y superioridad una provincia enemiga y prefiriendo la posesión más asegurada de esta pequeña conquista a los grandes éxitos, sino buscando una y otra vez el núcleo del poder enemigo, apostándolo todo para ganarlo todo.

Pero sea cual sea el núcleo principal del adversario contra el que haya que dirigir nuestra eficacia, la derrota y destrucción de su

fuerza armada sigue siendo el comienzo más seguro, y pieza muy esencial en todos los casos.

Por eso, creemos que según la gran masa de la experiencia las siguientes circunstancias son las que consiguen principalmente el sometimiento del adversario:

1. La destrucción de su ejército, cuando constituye en alguna medida una potencia.
2. La toma de la capital enemiga, cuando no es sólo el punto central de los poderes del Estado, sino también la sede de las corporaciones y partidos políticos.
3. Un golpe eficaz contra el principal aliado, cuando éste es en sí más importante que el adversario.

Hasta ahora siempre hemos pensado en el adversario en la guerra como unidad, lo que era admisible para las relaciones más generales. Pero después de haber dicho que el sometimiento del adversario reside en la superación de su resistencia reunida en su centro de gravedad tenemos que abandonar este presupuesto y diferenciar el caos en el que tenemos que vérnoslas con más de un adversario.

Cuando dos o tres Estados se alían contra un tercero, esto forma *una* sola guerra desde el punto de vista político; sin embargo, también esta unidad política tiene sus grados.

La cuestión es si cada Estado tiene un interés propio y una fuerza autónoma para perseguirlo o si los intereses y las fuerzas de los demás se apoyan sólo en el interés y la fuerza del primero de ellos. Cuanto más sea este último el caso, tanto más fácilmente podremos contemplar los distintos adversarios como uno solo, tanto más podremos simplificar nuestra empresa principal en un golpe principal; y mientras esto sea posible seguirá siendo el medio más radical para el éxito.

Plantearíamos por tanto el principio de que, mientras estemos en condiciones de vencer a los demás adversarios en uno, la derrota de este uno tiene que ser el objetivo de la guerra, porque encontramos en ese uno el centro de gravedad común de toda la guerra.

Hay muy pocos casos en los que esta forma de pensar no sea admisible, en los que esta reducción de varios centros de gravedad a

uno carezca de realidad. Pero donde no es así no queda desde luego más remedio que considerar la guerra como dos o varias, de las que cada una tiene su propio objetivo. Como este caso de autonomía de varios enemigos presupone en consecuencia gran superioridad de todos, no podrá hablarse en ese caso de sometimiento del adversario.

Nos dirigimos ahora con más claridad a la cuestión de cuándo será posible y aconsejable un objetivo así.

En primer lugar, nuestra fuerza armada tiene que ser suficiente:

1. para conseguir una victoria decisiva sobre el enemigo;
2. para hacer el gasto de energía necesario para perseguir la victoria hasta el punto en el que ya no cabe pensar en restablecer el equilibrio.

Por tanto, tenemos que estar seguros, conforme a nuestra situación política, de no despertar con un éxito así enemigos que puedan forzarnos a dejar al primer adversario.

Francia pudo someter por completo a Prusia en el año 1806 aunque con eso se hubiera echado al cuello todo el poder militar ruso, porque estaba en condiciones de defenderse en Prusia contra Rusia.

Lo mismo podía Francia en 1808 en España en relación con Inglaterra, pero no en relación con Austria. En 1809 tuvo que debilitarse considerablemente en España, y hubiera tenido que abandonar por completo si no hubiera tenido contra Austria una gran superioridad física y moral.

Así pues, hay que considerar esas tres instancias para no perder ante la última el proceso que se ha ganado ante las anteriores y luego ser condenado en costas.

Ante esta consideración de las fuerzas y de lo que se puede hacer con ellas se plantea a menudo la idea de contemplar el tiempo, según una analogía con la Dinámica, como un factor de las fuerzas, y decir que la mitad del esfuerzo, la mitad de las fuerzas bastaría para conseguir en dos años lo que puede conseguirse con el conjunto en uno. Esta opinión, que subyace con más o menos claridad a los diseños bélicos, es completamente errónea.

El acto bélico necesita su tiempo, como todo en el mundo[354]; no se puede ir a pie en ocho días de Vilna a Moscú, se entiende; pero no

hay ni rastro de interacción entre tiempo y fuerza, como la que tiene lugar en la Dinámica.

El tiempo es necesario a ambos beligerantes, y sólo hay que preguntarse cuál de ellos será el primero en poder esperar *especiales ventajas* de él según su posición; está claro, considerando la peculiaridad de un caso contra los otros, que será el más débil; desde luego no conforme a leyes dinámicas, sino psicológicas. La envidia, los celos, la preocupación, y de vez en cuando también la nobleza, son los paladines naturales del infeliz, por una parte despertarán amigos para él, por otra debilitarán y romperán la alianza de sus enemigos. Así que el tiempo reportará más ventajas al conquistado que al conquistador. Además, hay que tener en cuenta que la utilización de una primera victoria, como hemos visto en otro sitio, exige un gran gasto de energía; éste no sólo quiere hacerse, quiere ser conservado como una gran casa; no siempre las fuerzas que nos han llevado a poseer una provincia enemiga son suficientes para compensar ese aumento de los gastos, poco a poco el esfuerzo va haciéndose más costoso, por último puede llegar a ser insuficiente, y por tanto el tiempo puede producir por sí mismo un vuelco.

Lo que Bonaparte extrajo de los rusos y polacos, en dinero y otros recursos, en el año 1812, ¿podía procurarle los cientos de miles de hombres que hubiera tenido que enviar a Moscú para afirmarse?

Pero si las provincias conquistadas son lo bastante importantes, si en ellas hay puntos que son esenciales para las no conquistadas, de forma que el mal sigue extendiéndose por sí mismo igual que un cáncer, desde luego es posible que el conquistador gane más que pierda en este estado aunque no ocurra nada más. Si no viene ninguna ayuda exterior, el tiempo puede completar la obra iniciada; lo que aún no ha sido conquistado quizá caiga por sí mismo. Así que el tiempo también puede ser un factor de las fuerzas, pero este es el caso cuando al débil ya no le es posible contragolpe alguno, cuando ya no cabe imaginar un vuelco, y cuando por tanto ese factor de sus fuerzas ya no tiene valor para el conquistador; porque ha hecho lo principal, el riesgo del punto culminante ha pasado, en una palabra: el adversario ya estaba vencido.

Con este razonamiento, hemos querido aclarar que ninguna conquista puede llevarse a cabo lo bastante rápido; que su distribución en un *mayor espacio de tiempo* absolutamente necesario para culminar la acción *no la facilita, sino que la dificulta*.

Si esta afirmación es correcta, también lo es la de que si se es lo bastante fuerte como para llevar a cabo cierta conquista hay que serlo también para hacerlo de una vez, sin detenciones. Se entiende que no mencionamos aquí puntos de descanso sin importancia para reunir las tropas y tomar esta o aquella medida.

Con esta idea, que da a la guerra de ataque un carácter esencial de rápida e imparable decisión, creemos haber rehuido en sus fuentes *aquella* opinión que contrapone a la conquista incontenible y progresiva la lenta, calificada de metódica, como más asegurada y cautelosa. Pero nuestra afirmación quizá tenga tanto el aspecto de una paradoja, incluso para quienes nos hayan seguido de buen grado hasta aquí, es a primera vista tan opuesta, y ataca una opinión tan profundamente enraizada como un viejo prejuicio, y que ha sido mil veces repetida en libros, que consideramos adecuado analizar más en detalle las aparentes razones que se nos oponen.

Desde luego, es más fácil alcanzar un objetivo próximo que uno lejano; pero si el cercano no corresponde a nuestra intención, de ello no se deduce que un corte, un punto de descanso nos ponga en la tesitura de recorrer con más facilidad la segunda mitad del camino. Un pequeño salto es más fácil que uno grande, pero no por eso alguien que quiera saltar un ancho foso empezará con un pequeño salto.

Si contemplamos con más detalle lo que subyace al concepto de lo que se llama guerra de ataque metódica, se trata normalmente de los siguientes objetos:

1. Conquista de las fortalezas enemigas con las que uno se encuentra.
2. Acumulación de los víveres necesarios.
3. Fortificación de puntos importantes, como *almacenes, puentes, posiciones,* etc.
4. Descanso de las fuerzas en invierno y cuarteles de reposo.
5. Espera de los refuerzos del año siguiente.

Si para la consecución de todos esos fines se establece un corte en toda regla en el curso del ataque, un punto de descanso en el movimiento, se cree tener una nueva base y nuevas fuerzas, como si el propio Estado fuera detrás de su ejército, y como si éste obtuviera nuevo impulso con cada nueva campaña.

Todos estos encomiables fines pueden hacer más cómoda la guerra de ataque, pero no la hacen más segura en sus consecuencias y en la mayoría de los casos no son más que denominaciones aparentes para ciertos contrapesos en el ánimo del general o en la indecisión del gabinete. Vamos a tratar de abordarlos desde el ala izquierda:

1. La espera de nuevas fuerzas es igual de buena, y bien se puede decir que más, en el caso del adversario. Además, está en la naturaleza del caso que un Estado pueda alistar en un año más o menos las mismas fuerzas armadas que alista en dos; porque lo que realmente crecen las fuerzas del Estado[355] en este segundo año es muy insignificante en proporción al conjunto.
2. El adversario descansa al mismo tiempo que nosotros.
3. La fortificación de ciudades y posiciones no es obra del ejército, y por tanto no es motivo para detenerse.
4. Tal como los ejércitos se abastecen hoy en día, los almacenes son más necesarios cuando está detenido que cuando avanza. Mientras esto sucede felizmente, siempre se entra en posesión de las reservas enemigas, que sirven de ayuda cuando la región es pobre.
5. La conquista de las fortalezas enemigas no puede ser considerada una detención del ataque; es un avance muy intensivo, y por tanto la detención externa provocada por eso no es realmente el caso del que hablamos, no es una detención y moderación de la fuerza. Si lo más oportuno es un asedio en toda regla o un mero sitio, o incluso una mera observación de una u otra plaza, sigue siendo una cuestión que sólo se puede decidir teniendo en cuenta las circunstancias particulares. Sólo podemos decir en general que a la hora de responder esta pregunta tiene que decidir otra: si con el mero sitio y el ulterior avance se correría un peligro demasiado grande. Cuando no es así, cuando queda espacio para la expansión de las fuerzas, se hará menor en ahorrarse el asedio en toda regla hasta el final de todo el movimiento de ataque. Así pues, no hay que dejarse seducir por la idea de poner rápidamente a salvo lo conquistado, dejarlo a un lado y perder al hacerlo cosas más importantes.

Desde luego, da la impresión de que al seguir avanzando se volviera a poner en juego lo conseguido. Creemos pues que en la guerra de ataque no hay corte, no hay punto de descanso, no hay escala natural, sino que allá donde son inevitables tienen que ser contemplados como un mal que no hace el éxito más cierto, sino más incierto, que, si queremos atenernos estrictamente a la verdad, por regla general desde un punto de detención que hemos tenido que buscar por debilidad no hay un segundo impulso hacia la meta, que, si este segundo impulso es posible, la escala no era necesaria, y que cuando un objetivo de las fuerzas está demasiado lejos al principio siempre seguirá estando demasiado lejos.

Decimos que esa es la verdad general, y sólo queremos con eso alejar de nosotros la idea de que el tiempo pudiera hacer por sí mismo algo a favor del atacante. Pero como las relaciones políticas pueden cambiar de un año para otro, ya sólo por eso habrá frecuentes casos que se sustraigan a esta verdad general.

Quizá dé la impresión de que hemos perdido nuestro punto de vista general y sólo tenemos presente la guerra de ataque; pero no es esa nuestra opinión. Desde luego, aquel que pueda fijarse como objetivo la total derrota de su adversario no se verá fácilmente en el caso de refugiarse en la defensa, cuyo primer objetivo es sólo la conservación de lo que se posee; sólo que, como tenemos que insistir en declarar que una defensa sin todo principio positivo tanto en la estrategia como en la táctica es una contradicción interna, y por tanto siempre se tratará de que toda defensa intente con todas sus fuerzas pasar al ataque en cuanto haya gozado de las ventajas propias de la defensa, tenemos que aceptar que el objetivo que puede tener ese ataque, y que ha de considerarse el verdadero fin de la defensa, por pequeña o grande que sea, es la derrota del enemigo, y decir que puede haber casos en los que el beligerante, aunque tenga presente ese gran objetivo, prefiera servirse al principio de la forma defensiva. Que esa idea no carece de realidad puede demostrarse fácilmente mediante la campaña de 1812. El zar Alejandro quizá no pensaba hundir por completo a su adversario mediante la guerra a la que se entregaba, como posteriormente ocurrió; pero, ¿habría sido imposible tal pensamiento? ¿No habría seguido siendo siempre muy natural que los rusos iniciasen la guerra a la defensiva?

CAPÍTULO QUINTO

CONTINUACIÓN. OBJETIVO LIMITADO

Hemos dicho en el capítulo anterior que por sometimiento del enemigo entendemos el verdadero fin absoluto del acto bélico, cuando lo consideramos admisible; ahora vamos a considerar lo que queda cuando no se han cumplido esas condiciones de admisibilidad.

Estas condiciones presuponen una gran superioridad física o moral o un gran espíritu emprendedor, una inclinación por los grandes desafíos. Donde no se da todo esto, el objetivo del acto bélico sólo puede ser de dos clases, o la conquista de alguna parte pequeña o mediana de los países enemigos o la conservación del propio hasta mejor ocasión; este último es el caso habitual de la guerra defensiva.

Cuándo es adecuado uno u otro nos lo recuerda ya la expresión que hemos empleado al hablar del último. *La espera de mejor ocasión* presupone que esperamos tal ocasión del futuro, y por tanto esa espera, es decir, la guerra defensiva, está motivada por esa expectativa; en cambio la guerra ofensiva, es decir, la utilización del momento presente, se impone allá donde el futuro no nos ofrece a nosotros, sino al enemigo, expectativas mejores.

El tercer caso, que quizá es el más usual, sería aquel en el que ambas partes no tienen nada determinado que esperar del futuro, en el que por tanto no se puede tomar a partir de él disposición alguna. En este caso, la guerra ofensiva se impondrá con toda evidencia a aquel que políticamente sea el atacante, es decir, el que tenga el motivo positivo; porque para ese fin se ha armado, y todo el tiempo que se pierde sin motivo suficiente lo pierde *él*.

Hemos decidido aquí basándonos en motivos para la guerra ofensiva o defensiva que no tienen nada que ver con la relación de fuerzas, y no obstante podría parecer mucho más natural hacer depender esto de la relación de fuerzas[356]; pero creemos que precisamente entonces nos apartaríamos del camino correcto. Nadie discutirá la corrección lógica de nuestra sencilla conclusión, ahora vamos a ver si conduce al absurdo en el caso concreto.

Imaginemos un pequeño Estado que ha entrado en conflicto con fuerzas muy superiores, pero prevé que su situación empeorará a cada año que pase; ¿no tendrá, si no puede evitar la guerra, que aprovechar el tiempo en que su situación aún es menos mala? Tendrá pues que atacar; pero no porque el ataque *en sí* le otorgue ventajas, más bien aumentará todavía más la desigualdad de fuerzas, sino porque tiene la necesidad, o bien de liquidar del todo el asunto[357] antes de que lleguen tiempos peores, o de conseguir al menos momentáneamente ventajas de las que después poder vivir. Esta teoría no puede parecer absurda. Si ese pequeño Estado estuviera completamente seguro de que el adversario avanzará contra él, puede y quiere servirse de la defensa para alcanzar su primer éxito y no está en peligro de perder tiempo.

Además, si imaginamos un pequeño Estado en guerra con uno mayor y el futuro sin ninguna influencia sobre sus decisiones, si el pequeño Estado es políticamente el atacante tenemos que exigir de él que avance hacia su meta.

Si ha tenido la audacia de proponerse un fin positivo contra uno más poderoso, tiene que actuar, es decir, atacar al adversario, si éste no le ahorra la molestia. Esperar sería absurdo; tendría que ocurrir que hubiera cambiado su decisión política en el momento de la ejecución, un caso que se da con frecuencia y no contribuye poco a dar a las guerras un determinado carácter[358] con el que el filósofo no sabe qué hacer.

Nuestra consideración acerca del objetivo limitado nos conduce a la guerra ofensiva con él y a la guerra defensiva; vamos a considerar ambas en capítulos separados. Pero antes tenemos que volvernos a otro asunto.

Hasta ahora hemos derivado la modificación del objetivo bélico meramente de motivos internos. Sólo hemos tomado en consideración la intención política en tanto quiere algo positivo o no. En el fondo, todo lo demás que hay en la intención política es algo ajeno a la guerra, sólo que ya hemos concedido en el capítulo segundo del Libro Primero («Fin y medios en la guerra») que la naturaleza de la finalidad política, la magnitud de nuestra pretensión o la enemiga y toda nuestra situación política tiene de facto la más decisiva de las influencias en la dirección de la guerra, y por eso vamos a dedicarnos especialmente a ello en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SEXTO

A. INFLUENCIA DE LA FINALIDAD POLÍTICA SOBRE EL OBJETIVO BÉLICO

Nunca se verá que un Estado que defiende la causa de otro lo haga tan seriamente como la suya propia. Se enviará un mediano ejército auxiliar; si no tiene suerte, se considerará el asunto bastante liquidado y se tratará de salir de él a tan bajo coste como sea posible.

Es tradicional en la política europea que los Estados se comprometan a la mutua asistencia en alianzas de protección y defensa, pero no como si la enemistad y el interés del uno debieran ser lo mismo para el otro, sino prometiéndose mutuamente de antemano, sin tener en cuenta el objeto de la guerra y los esfuerzos del adversario, un determinado poder militar, normalmente muy mediano. En esta clase de alianza no se considera al aliado envuelto en una verdadera guerra con el adversario, que necesariamente tendría que empezar con una declaración de guerra y terminar con la firma de una paz. Pero tampoco este concepto está nítidamente definido en ningún sitio, y el uso oscila.

La cosa tendría una especie de cohesión interior y crearía menos problemas a la teoría de la guerra si esa prometida ayuda de 10, 20 o 30.000 hombres se entregara por completo al Estado envuelto en la guerra, de forma que pudiera utilizarla conforme a sus necesidades; entonces se le podría considerar como una tropa mercenaria. Pero el uso está muy alejado de esto. Normalmente las tropas auxiliares tienen su propio general, que sólo depende de su corte, que le fija el objetivo que mejor se conjuga con la medianía de sus intenciones.

Pero incluso cuando dos Estados son realmente beligerantes contra un tercero, eso no siempre quiere decir que tengamos que considerar nuestro enemigo a ese tercero, que tengamos que aniquilarlo para que no nos aniquile, sino que a menudo la cosa se despacha como un asunto comercial; cada uno deposita, en la proporción del riesgo que tiene que afrontar y de las ventajas que

espera, una acción de 30 a 40.000 hombres, y hace como si no pudiera perder nada más que eso.

Este punto de vista no sólo tiene lugar cuando un Estado socorre a otro en un asunto que le resulta bastante ajeno, sino incluso en el caso de que ambos tengan un gran interés común, no puede venderse sin respaldo diplomático y los negociadores suelen ponerse de acuerdo en una escasa asistencia conforme a tratado, y usar el resto de sus fuerzas bélicas conforme a las especiales consideraciones a las que la política podría llevarles.

Esta forma de considerar la guerra de alianzas estaba muy generalizada, y sólo ha tenido que dejar paso a la forma natural en los últimos tiempos, cuando el más extremo riesgo empujaba a los ánimos a la vía natural, como *contra* Bonaparte, y donde la violencia sin límite los empujaba a ello, como *con*[359] Bonaparte. Es un aborto, una anomalía, porque en el fondo la guerra y la paz son conceptos que no permiten gradación; y sin embargo no es una mera tradición diplomática, a la que la razón podría imponerse, sino que está profundamente arraigada en la limitación y debilidad naturales del ser humano.

Finalmente, incluso en la propia guerra la causa política de la misma tiene una poderosa influencia sobre su forma.

Si sólo queremos un pequeño sacrificio de nuestro enemigo, nos conformamos con obtener mediante la guerra un escaso equivalente, y creemos poder alcanzarlo con unos esfuerzos moderados. Más o menos lo mismo deduce el adversario. Si el uno o el otro considera que se ha equivocado algo en sus cálculos, que no es un tanto superior al adversario, como quería, sino más débil, si en un momento dado le faltan dinero y otros recursos, suficiente impulso moral para una mayor energía, se las apaña como puede, espera del futuro acontecimientos favorables, aunque no tenga ningún derecho a esperarlos, y entretanto la guerra se arrastra sin fuerza como un cuerpo enfermo.

Así ocurre que la interacción, la sobrepuja, lo violento e imparable de la guerra, se pierde en el estancamiento de unos motivos débiles, y que ambas partes se mueven con una especie de seguridad en unos círculos muy empequeñecidos.

Si se admite esta influencia de la finalidad política sobre la guerra, como hay que admitirla, ya no hay fronteras, y hay que aceptar descender incluso a aquellas guerras que consisten en *la*

mera amenaza al adversario y en la *subsidiariedad a la negociación*[360].

Está claro que, si quiere seguir siendo una consideración filosófica, la teoría de la guerra se encuentra aquí en apuros. Todo lo que de necesario hay en el concepto de guerra parece huir de ella, y corre el riesgo de quedarse sin ningún punto de apoyo. Pero pronto se ve la escapatoria natural. Cuanto más se añade al acto bélico un principio moderador, o más bien cuanto más débiles se hacen los motivos de la actuación, tanto más se transforma la acción en pasión, tanto menos cosas ocurren, tanto menos necesita principios que la guíen. Todo el arte de la guerra se transforma en mera cautela, y ésta se dirigirá principalmente a que el vacilante equilibrio no se incline de pronto en perjuicio nuestro y esa guerra a medias no se transforme en una completa.

CAPÍTULO SEXTO

B. LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA

Después de habernos tenido que ocupar hasta ahora de la discrepancia entre la naturaleza de la guerra y otros intereses del individuo y del vínculo social, ora hacia una parte, ora hacia otra, para no postergar ninguno de esos elementos opuestos, una discrepancia que tiene su fundamento en el ser humano mismo, y que por tanto el entendimiento filosófico no puede resolver, vamos a buscar aquella unidad en la que se reúnen en la vida práctica esos elementos contradictorios, en tanto se neutralizan mutuamente en parte. Habríamos planteado esa unidad de antemano si no hubiera sido necesario destacar con claridad precisamente aquellas contradicciones y contemplar por separado sus distintos elementos. Esta unidad es el *concepto de que la guerra sólo es una parte del tráfico político, y que por tanto no es algo autónomo*.

Se sabe, por supuesto, que la guerra sólo es provocada por el tráfico político de los Gobiernos y los pueblos; pero normalmente esto se imagina de tal modo que con ella cesa aquel tráfico y se produce un estado completamente distinto, sometido a sus propias leyes.

Nosotros afirmamos, por el contrario, que la guerra no es más que la prosecución del tráfico político con la intervención de otros medios. Decimos con la intervención de otros medios para afirmar con ello al mismo tiempo que ese tráfico político no cesa con la guerra misma, no se transforma en algo completamente distinto, sino que mantiene su esencia sean cuales sean los medios de que se sirva, y que las líneas principales que siguen los acontecimientos bélicos y a las que están vinculados no son más que sus líneas, que se extienden a lo largo de la guerra hasta llegar a la paz. ¿Cómo podría imaginarse que fuera de otro modo? ¿Acaso con las notas diplomáticas cesan las relaciones políticas entre los distintos pueblos y Gobiernos? ¿No es la guerra tan sólo otra forma de la escritura y

lenguaje de su pensamiento? Tiene, naturalmente, su propia gramática, pero no su propia lógica.

Según esto, nunca se puede separar la guerra del tráfico político, y si esto ocurre en algún momento se rompen en cierto modo los hilos de la relación, y surge una cosa sin sentido ni finalidad.

Esta concepción sería imprescindible incluso si la guerra fuera enteramente guerra, si fuera por entero el elemento libre de la enemistad, porque, ¿acaso todos los objetos en los que se basa y que determinan sus direcciones principales —poder propio, poder del adversario, alianzas de ambos, carácter del pueblo y del Gobierno, etc.—, tal como los hemos enumerado en el capítulo primero del Libro Primero, no son de naturaleza política, y no dependen con tanta precisión de todo el tráfico político que es imposible separarlos de él? Pero esta concepción se vuelve doblemente imprescindible si tenemos en cuenta que la guerra real no es una aspiración consecuente, orientada al extremo, como debería ser según su concepto, sino un aborto, una contradicción en sus términos; que como tal no puede seguir sus propias leyes, sino que ha de ser considerada como parte de otro todo... y ese todo es la política.

La política, en tanto que se sirve de la guerra, elude todas las estrictas conclusiones que se desprenden de su naturaleza, se ocupa poco de las posibilidades finitas y se atiene sólo a las probabilidades próximas. Si eso lleva mucha incertidumbre a toda la acción, si la convierte en una especie de juego, la política de todo gabinete alberga la confianza de superar al adversario en habilidad y vista en ese juego.

Así, la política hace un mero instrumento del elemento de la guerra, que todo lo arrolla; del terrible valor de la batalla, que pide ser levantado del suelo con ambas manos y toda la fuerza del cuerpo, para golpear con ella una vez y no más, hace una daga ligera y manejable, que a veces se convierte en florete y con la que puede alternar golpes, fintas y paradas.

Así se resuelven las contradicciones en las que la guerra involucra al ser humano, por naturaleza temeroso, si es que esto se puede considerar una solución.

Si la guerra obedece a la política, asumirá su carácter. En tanto se haga más grandiosa y más poderosa, así lo será también la guerra, y esto puede llegar hasta la cumbre en la que la guerra alcanza su figura absoluta.

Así pues, con esta concepción no necesitamos perder la guerra de vista en esta forma; más bien su imagen tiene que flotar constantemente en un segundo plano.

Sólo mediante esta concepción la guerra vuelve a ser una unidad, sólo con ella se pueden considerar todas las guerras como cosas de *un mismo* tipo, y sólo a través de ellas se da el juicio del estado y perspectiva correcto y preciso a partir del cual deben hacerse y valorarse los grandes planes.

Desde luego, el elemento político no desciende profundamente a los detalles de la guerra, no se destacan avanzadillas de caballería ni se dirige una patrulla conforme a consideraciones políticas; pero tanto más decidida es la influencia de este elemento en el diseño de toda la guerra, de la campaña y a menudo incluso de la batalla.

Por eso no nos hemos apresurado a plantear ese punto de vista desde el principio. En los distintos objetos, nos habría servido de poco haber dispersado en cierto modo nuestra atención; en el plan de guerra y de campaña es imprescindible.

No hay nada tan importante en la vida como averiguar exactamente la perspectiva desde la que hay que entender y valorar las cosas, y atenerse a ella; porque sólo desde *una* perspectiva podemos entender con unidad la masa de las manifestaciones, y sólo la unidad de perspectiva puede asegurarnos contra las contradicciones.

Por tanto, si en los diseños bélicos no es admisible la perspectiva doble y múltiple desde la que observar las cosas, ahora con el ojo del soldado, ahora con el del administrador, ahora con el del político, etc., cabe preguntarse si es necesariamente a la de la *política* a la que ha de subordinarse todo lo demás.

Se presupone que la política reúne en sí y equilibra todos los intereses de la administración interior, incluso de la Humanidad, y todo lo demás que el entendimiento filosófico pueda expresar, porque la política no es nada en sí misma, sino un mero administrador de todos estos intereses contra otros Estados. No nos interesa aquí si tiene una orientación errónea, si pueden servir preferentemente a la ambición, al interés privado, a la vanidad de los gobernantes; porque en ningún caso es el arte de la guerra el que puede servirle de preceptor, y sólo podemos contemplar aquí la política como representante de todos los intereses de toda la sociedad.

Así que sólo queda la cuestión de si en los diseños bélicos el punto de vista político deja paso al puramente militar (si es que cabe imaginar tal punto de vista), es decir, si tiene que desaparecer por entero o subordinarse a éste, o si debe seguir siendo el dominante y el militar subordinarse a él.

Sólo sería imaginable que la perspectiva política cesara por entero con la guerra si las guerras fueran luchas a vida o muerte por pura enemistad; tal como son, no son más que manifestaciones de la política misma, como hemos indicado arriba. La subordinación del punto de vista político al militar sería absurda, porque la política ha engendrado la guerra; ella es la inteligencia, y la guerra sólo el instrumento, y no al revés. Por tanto, sólo es posible la subordinación del punto de vista militar al político.

Si pensamos en la naturaleza de la guerra real, recordaremos lo dicho en el tercer capítulo de este libro, *que toda guerra ha de ser entendida, ante todo, conforme a la probabilidad de su carácter y sus líneas principales, tal como se desprenden de las magnitudes y circunstancias políticas*, y que a menudo, como bien podemos afirmar en nuestros días, la guerra ha de ser considerada *la mayor parte de las veces* como un todo orgánico, del que no se pueden separar distintos miembros, donde por tanto cada actividad confluye con el todo y tiene que emanar de la idea de ese todo, por lo que nos resulta enteramente cierto y claro que el punto de vista supremo de la dirección de la guerra, del que emanan sus líneas principales, no puede ser otro que el de la política.

Desde ese punto de vista los diseños surgen de una sola vez, la comprensión y valoración de los mismos se hace más sencilla, más natural, la convicción más rotunda, los motivos más satisfactorios y la Historia más comprensible.

Desde ese punto de vista, la disputa entre los intereses políticos y bélicos ya no está, al menos, en la naturaleza del asunto, y allá donde se produce ha de ser considerada una imperfección de criterio. Decir que la política plantea a la guerra exigencias a las que no puede responder iría contra el presupuesto de que conoce el instrumento que quiere utilizar, es decir, contra un presupuesto natural, completamente imprescindible. Pero si juzga correctamente el curso de los acontecimientos bélicos está haciendo lo que le corresponde, y sólo puede ser determinar qué acontecimientos y qué dirección de los mismos corresponden al objetivo de la guerra.

En una palabra, el arte de la guerra llevado a su punto máximo se convierte en política, pero naturalmente en una política que, en vez de escribir notas diplomáticas, libra batallas.

Teniendo en cuenta esto, es inadmisible e incluso nociva la distinción según la cual un gran acontecimiento bélico o el plan para él ha de ser sometido a un *juicio puramente militar*; es un procedimiento absurdo llamar a consejo en los planes de guerra a militares para que juzguen de manera *puramente militar*, como sin duda hacen los gabinetes; pero aún más absurda es la exigencia de los teóricos de que se remitan al general los recursos bélicos disponibles para hacer conforme a ellos un diseño puramente militar de la guerra o campaña. La experiencia universal también enseña que a pesar de la gran variedad y elaboración del actual sector bélico las líneas principales de la guerra han de ser determinadas siempre por los gabinetes, es decir, por una autoridad, si se quiere hablar en términos técnicos, sólo política, y no militar.

Esto es enteramente conforme a la naturaleza de las cosas. Ninguno de los diseños principales que son necesarios para una guerra pueden hacerse sin conocimiento de las circunstancias políticas, y en realidad se está diciendo algo enteramente distinto de lo que se quiere decir cuando, como ocurre a menudo, se habla de la nociva influencia de la política sobre la dirección de la guerra. No es esa influencia, sino la política misma, lo que habría que criticar. Si la política es correcta, es decir, si acierta con su objetivo, sólo puede tener efectos ventajosos sobre la guerra; y cuando esa influencia la aleja de la meta sólo hay que buscar la causa en una política equivocada.

Sólo cuando la política se promete de ciertos medios y medidas bélicas un efecto erróneo, que no corresponde a su naturaleza, puede tener con sus disposiciones una influencia nociva sobre la guerra. Lo mismo que alguien dice a veces algo incorrecto[361] en una lengua que no domina aunque su pensamiento sea correcto, a menudo la política dispone cosas que no corresponden a su propia intención.

Esto ha ocurrido con infinita frecuencia, y hace visible cómo cierta comprensión de la guerra no debería ir separada de la dirección del tráfico político.[362]

Pero antes de decir una palabra más tenemos que guardarnos de una mala interpretación que es muy fácil. Estamos muy lejos de creer que un ministro de la Guerra enterrado en expedientes, o un erudito

ingeniero, o incluso un soldado capaz en el campo de batalla, serán por ello el mejor ministro si el príncipe mismo no lo es; o, en otras palabras, no queremos que esa cierta comprensión de la guerra sea la principal cualidad del mismo[363]; una mente espléndida y destacada, un carácter fuerte, esas son las cualidades principales; la comprensión de la guerra se puede complementar de uno u otro modo. Francia nunca ha estado peor aconsejada en su actuación política y bélica que bajo los hermanos Belle-Isle y el duque de Choiseul, aunque los tres eran buenos soldados.

Si una guerra ha de corresponder por entero a las intenciones de la política, y si la política ha de ser enteramente adecuada a los medios de la guerra, allá donde el estadista y el soldado no están reunidos en una persona sólo queda un buen medio, y es hacer miembro del gabinete al comandante en jefe para que tome parte en los principales momentos de su actuación. Pero a su vez esto sólo es posible cuando el gabinete, es decir, el Gobierno, se encuentra próximo al escenario[364], para que las cosas puedan despacharse sin pérdida de tiempo perceptible.

Así lo hizo el emperador de Austria en el año 1809, y así lo hicieron los monarcas aliados en los años 1813, 1814 y 1815, y esta organización demostró por completo su eficacia.

Resulta peligrosa en grado superlativo la influencia en el gabinete de un militar distinto del comandante en jefe; raras veces conducirá a una acción sana y eficaz. El ejemplo de Francia, donde Carnot dirigió desde París los asuntos de la guerra en 1793, 1794 y 1795, es claramente desechable, porque el terror sólo está a disposición de Gobiernos revolucionarios.

Vamos a concluir ahora con una consideración histórica.

Cuando, en los años noventa del siglo pasado, se produjo un notable vuelco en el arte de la guerra europeo, de resultas del cual los mejores ejércitos vieron cómo una parte de su arte se volvía inútil, y se produjeron éxitos bélicos de cuya magnitud no se tenía idea hasta la fecha, pareció que toda clase de cálculos erróneos pesaban sobre el arte de la guerra. Era evidente que, encerrado por la costumbre en estrechos círculos conceptuales, había sido arrollado por posibilidades que estaban fuera de esos círculos, pero desde luego no fuera de la naturaleza de las cosas.

Aquellos observadores de mirada más amplia atribuyeron esa manifestación a la influencia general que la política había tenido

desde hacía siglos sobre el arte de la guerra para mayor perjuicio del mismo, y que había reducido este a un aborto, a menudo una auténtica fantasmagoría. El hecho era cierto, pero era erróneo considerarlo una situación surgida casualmente, evitable. Otros creían poder explicarlo todo a partir de la momentánea influencia de la política individual de Austria, de Prusia, de Inglaterra, etc.

Pero, ¿es cierto que el asalto por el que se sentía afectada la inteligencia entra dentro de la dirección de la guerra, y no de la política misma? Es decir, para hablar en nuestros términos: ¿Surgió la desgracia de la influencia de la política sobre la guerra o de la política errónea misma?

Sin embargo, está claro que no hay que buscar tanto las inmensas repercusiones exteriores de la Revolución Francesa en los nuevos medios y concepciones de su dirección bélica como en el total cambio en el arte del Estado y la Administración, en el carácter del Gobierno, en el estado del pueblo, etc. Que los otros Gobiernos vieran incorrectamente todas estas cosas, que quisieran mantener con medios habituales el equilibrio con fuerzas que eran nuevas y abrumadoras; todo eso son errores de la política. ¿Se hubiera podido advertir y corregir esos errores desde el punto de vista de una concepción puramente militar de la guerra? Imposible. Porque aunque realmente hubiera habido un estratega filosófico que quisiera derivar todas esas consecuencias a partir meramente de la naturaleza del elemento hostil, y hacer así una profecía de lejanas posibilidades, habría sido puramente imposible dar el menor crédito a semejantes quimeras.[365]

Sólo cuando la política se elevó a una correcta valoración de las fuerzas que habían despertado en Francia y de las nuevas relaciones surgidas en la política europea pudo prever el resultado que saldría de ellas para las grandes líneas de la guerra, y sólo así pudo encaminarse hacia el necesario volumen de recursos y la elección de las mejores vías.

Se puede decir pues que los veinte años de victorias de la Revolución son principalmente la consecuencia de la errónea política de los Gobiernos que se le opusieron.

Desde luego, estos errores sólo se manifestaron una vez dentro de la guerra, y las manifestaciones de la misma contradijeron completamente las expectativas de la política. Pero esto no ocurrió porque la política dejara de buscar consejo en el arte de la guerra.

Ese arte en el que podía creer un político, es decir, el perteneciente al mundo real, a la política de su tiempo, el instrumento bien conocido del que se había servido hasta entonces, *ese* arte de la guerra, digo, estaba naturalmente incurso en el mismo error de la política, y no podía por tanto enseñar nada mejor. Es cierto que la guerra misma ha sufrido cambios importantes, en su esencia y en sus formas, que le han acercado a su forma absoluta; pero estos cambios no se han producido porque el Gobierno francés se haya en cierto modo emancipado, liberado de la tutela de la política, sino que han surgido de la nueva política que partió de la Revolución Francesa tanto para Francia como para toda Europa. Esa política movilizó otros recursos, otras energías, y por tanto hizo posible una energía en la dirección que además habría sido imposible imaginar.

Así pues, los verdaderos cambios en el arte de la guerra son consecuencia del cambio en la política y, muy lejos de demostrar la posible separación entre ambas, son más bien una fuerte prueba de su íntima unión.

Lo diremos una vez más: la guerra es un instrumento de la política; tiene que tener necesariamente su carácter, tiene que medirse por su medida; de ahí que la dirección de la guerra en sus contornos principales sea la política misma, que cambia la pluma por la daga, pero no por eso ha dejado de pensar conforme a sus propias leyes.

CAPÍTULO SÉPTIMO

OBJETIVO LIMITADO.
GUERRA OFENSIVA

Incluso cuando tampoco el sometimiento del adversario puede ser el objetivo, sí puede serlo uno directamente positivo, y ese objetivo positivo sólo puede consistir en la conquista de una parte de los países enemigos.

La utilidad de tal conquista consiste en que debilitamos las fuerzas estatales enemigas, y en consecuencia también sus fuerzas armadas, y acrecentamos las nuestras; que por tanto hacemos en parte la guerra a costa suya. Además, en que al concluir la paz la posesión de provincias enemigas ha de considerarse un beneficio en efectivo, porque podemos o retenerlas o cambiarlas por otras ventajas.

Esta idea de una conquista del Estado enemigo es muy natural, y no tendría nada en contra suya si el estado de defensa que tiene que seguir al ataque no pudiera suscitar frecuentes reparos.

En el capítulo dedicado al punto culminante de la victoria hemos expuesto ya suficientemente de qué forma una ofensiva así debilita las fuerzas armadas, y que puede seguirle un estado que puede procurar peligrosas consecuencias.

Este debilitamiento de nuestra fuerza armada mediante la conquista de una franja de terreno enemiga tiene sus grados, y éstos dependen la mayor parte de las veces de la situación geográfica de tal franja de terreno. Cuanto más sea un suplemento de nuestros propios territorios, esté dentro de los mismos o los prolongue, cuanto más esté en la dirección en que va la fuerza principal, tanto menos debilitará nuestra fuerza. Sajonia, en la Guerra de los Siete Años, era un suplemento natural al teatro bélico prusiano, y las fuerzas de Federico el Grande no sólo no se vieron disminuidas por su ocupación, sino reforzadas, porque está más cerca de Silesia que de Brandeburgo y sin embargo le cubre al mismo tiempo.

Incluso Silesia, después de que Federico el Grande la conquistara en los años 1740 y 1741, no debilitó sus fuerzas, porque por su forma y situación, así como por la condición de sus fronteras, solamente ofrecía a los austriacos una estrecha punta mientras no fueran dueños de Sajonia, y ese estrecho punto de contacto estaba de todos modos en la dirección que tenían que tomar los mutuos impulsos principales.

En cambio, si la franja de terreno conquistada se extiende en medio de las otras provincias enemigas, tiene una situación excéntrica y un terreno desfavorable, el debilitamiento crece tan visiblemente que no sólo facilita una batalla victoriosa al enemigo, sino que se la hace innecesaria.

Los austriacos tuvieron que despejar Provenza sin luchar cada vez que hicieron un intento sobre ella desde Italia. Los franceses, en el año 1744, dieron gracias a Dios por salir de Bohemia sin haber perdido una batalla. Federico el Grande no pudo sostenerse en 1758 en Bohemia y Moravia con las mismas fuerzas que en 1757 le habían dado tan brillantes éxitos en Silesia y Sajonia. En general, los ejemplos de ejércitos que no pudieron sostenerse en la franja de terreno conquistada porque sus fuerzas se habían debilitado se cuentan entre los habituales, y por tanto no vale la pena destacar otros.

Por tanto, al preguntarnos si hemos de plantearnos semejante objetivo, de lo que se trata es de si podemos prometernos seguir en posesión de lo conquistado o si una posesión pasajera (invasión, diversión) compensa suficientemente las energías empleadas, especialmente si no hay que temer un fuerte contragolpe que nos haga perder por completo el equilibrio. En el capítulo dedicado al punto culminante hemos hablado de cuántas cosas hay que tener en cuenta en cada caso concreto.

Solamente tenemos que añadir una cosa.

Una ofensiva así no siempre es adecuada para recuperar lo que perdemos en otros puntos. Mientras nos dedicamos a una conquista parcial, el enemigo puede hacer lo mismo en otros puntos, y si nuestra empresa no es de importancia predominante no obligará al enemigo a abandonar la suya. Así pues, hay que proceder a una reflexión madura para saber si no perdemos por una parte más de lo que ganamos por la otra.

En sí, siempre se pierde más por la conquista enemiga de lo que se gana con la propia, aunque el valor de ambas provincias fuera exactamente el mismo, porque un montón de fuerzas pierden su eficacia en cierto modo como *feux froids*[366]. Sólo que, como ese también es el caso para el adversario, en realidad no debiera ser motivo para pensar más en la conservación que en la conquista. Y sin embargo es así. La conservación de lo propio siempre resulta más próxima, y el dolor que sufre nuestro Estado sólo se ve compensado y en cierto modo neutralizado por la revancha cuando promete porcentajes notables, es decir, cuando es mucho mayor.

La consecuencia de todo es que semejante ataque estratégico, que sólo tiene un fin moderado, puede desprenderse mucho menos de la defensa de los otros puntos no cubiertos directamente por él que uno que va dirigido contra el centro de gravedad del Estado enemigo; así que nunca se puede llevar tan lejos la reunión de las fuerzas en el tiempo y el espacio. Para que al menos pueda tener lugar en el tiempo, surge la necesidad de proceder ofensivamente desde todos los puntos en alguna medida adecuados para ello, y simultáneamente, y por tanto a ese ataque se le escapa la otra ventaja de poder servirse de fuerzas mucho más escasas mediante la defensa en algunos puntos. De este modo, con un objetivo tan mediano todo se mantiene más equilibrado; el acto bélico ya no puede comprimirse en una acción principal y esta guiarse por puntos de vista principales; se extiende más, la fricción se hace mayor en todas partes y el azar gana más espacio en todas partes.

Esta es la tendencia natural del asunto. El general se ve rebajado por ella, cada vez más neutralizado. Cuanto más se sienta a sí mismo, cuantos más medios auxiliares internos y fuerza exterior tenga, tanto más tratará de librarse de esta tendencia para dar una importancia predominante a un solo punto, aunque esto sólo fuera posible mediante un mayor riesgo.

CAPÍTULO OCTAVO

OBJETIVO LIMITADO. DEFENSA

El objetivo final de la guerra defensiva nunca puede ser una negación absoluta, como ya hemos dicho antes. También tiene que haber, incluso para el más débil, algo con lo que poder hacer sensible a su adversario, con lo que poder amenazarle.

Desde luego, se podría decir que ese objetivo podría ser el agotamiento del adversario, porque como éste quiere lo positivo, en el fondo toda empresa fallida, aunque no tenga más consecuencia que la pérdida de las fuerzas empleadas en ella, es ya un retroceso, mientras la pérdida que sufre el atacado no ha sido en vano, porque su objetivo era la conservación y ha alcanzado ese objetivo. Así, se diría que para el defensor su finalidad positiva reside en la mera conservación.[367] Esta concepción podría ser válida si estuviéramos en condiciones de decir: después de un número determinado de intentos vanos, el atacante tiene que agotarse y ceder. Sólo que esa necesidad es precisamente la que falta.[368] Si perseguimos el agotamiento real de las fuerzas, el defensor está en *desventaja* en la comparación global. El ataque debilita, pero sólo en el sentido de que pueda haber un punto de inflexión; si ya no se piensa en que lo haya, el debilitamiento es mayor en el defensor que en el atacante, en parte porque es el más débil, y a igualdad de pérdida pierde más que el otro, en parte porque normalmente éste le quita una parte de sus tierras y fuentes auxiliares.

Por tanto, no puede desprenderse de esto motivo alguno de renuncia del adversario, y no queda más que la idea de que si el atacante repite sus golpes mientras el defensor no hace más que rechazarlos este no puede contrapesar en modo alguno el riesgo de que antes o después uno pueda salirle bien.

Por consiguiente, aunque en realidad el agotamiento o más bien el cansancio del más fuerte ha traído a menudo la paz, ello se debe a esa imperfección que la guerra tiene la mayoría de las veces, y no puede considerarse filosóficamente el objetivo general y último de

cualquier defensa, por lo que no queda más que decir que ésta encuentra su finalidad en el concepto de la espera, que es su verdadera característica. Este concepto encierra en sí un cambio en las circunstancias, una mejora de la situación, que allá donde no puede conseguirse por medios internos, es decir, por la resistencia misma, sólo cabe esperar del exterior. Esta mejora desde el exterior nunca puede ser otra que otras circunstancias políticas; o surgen nuevas alianzas para el defensor, o se disuelven otras que estaban dirigidas contra él.

Este es pues el objetivo del defensor en caso de que su debilidad no le permita pensar en un contragolpe importante. Pero no toda defensa es así, conforme al concepto que hemos dado de ella. Según éste, es la forma más fuerte de guerra, y por tanto puede emplearse, en aras de esa fuerza, también cuando se tiene la vista puesta en un contragolpe más o menos fuerte.

Hay que separar de antemano estos dos casos, porque tienen influencia sobre la defensa.

En el primer caso, el defensor trata de poseer y mantener intacto su territorio todo el tiempo posible, porque es como más tiempo gana, y ganar tiempo es el único camino hacia su meta. Aún no puede incluir en su plan de guerra el objetivo positivo, lo más que puede alcanzar, lo que le dará ocasión de imponer sus intenciones a la hora de la paz. En esa pasividad estratégica, las ventajas que puede alcanzar en algunos puntos son meros golpes rechazados; la superioridad que obtiene en algunos puntos la traslada a otros, porque normalmente la necesidad impera en todos los rincones y lugares; si no tiene ocasión para ello, a menudo sólo le queda el pequeño beneficio de que el enemigo le dejará en paz por un tiempo.

Las pequeñas empresas ofensivas, que persiguen menos una posesión permanente que una ventaja temporal como margen para posteriores pérdidas, invasiones, diversiones, empresas contra una fortaleza aislada, pueden tener espacio en este sistema defensivo —si el defensor no es demasiado débil— sin modificar la esencia y objetivo del mismo.

En cambio, en el segundo caso, en el que la defensa ya tiene inoculada una intención positiva, adopta también un carácter positivo, y tanto más cuanto mayor sea el contragolpe que las circunstancias permiten. En otras palabras: cuanto más haya surgido la defensa de la libre elección, para dar con más seguridad el primer

golpe, tanto más audaces lazos puede tender el defensor a su adversario. El más audaz y, cuando sale bien, el más eficaz, es la retirada al interior del país; y este medio es al mismo tiempo aquel que más alejado está del otro sistema.

No hay más que pensar en la diferencia de situaciones en la que se encontraron Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años y Rusia en el año 1812.

Cuando empezó la guerra, Federico tenía una especie de superioridad debido a su rapidez; esto le procuró la ventaja de apoderarse de Sajonia, que por otra parte era hasta tal punto un complemento natural de su teatro bélico que la posesión de la misma no disminuyó, sino que acrecentó sus fuerzas.

Al empezar la campaña de 1757, trató de proseguir su ataque estratégico, lo que, mientras los rusos y franceses aún no habían llegado al teatro bélico de Silesia, Brandeburgo y Sajonia, no era imposible. El ataque fracasó, y él se vio lanzado a la defensa durante el resto de la campaña, tuvo que abandonar Bohemia y liberar de enemigos su propio teatro bélico, lo que sólo logró volviéndose con el mismo ejército contra los[369] austriacos, y esta ventaja sólo la debió a la defensa.

En el año 1758, cuando sus enemigos ya habían estrechado el círculo en torno a él y sus fuerzas empezaban a encontrarse en una situación muy desigual, quiso intentar aún una pequeña ofensiva en Moravia; pensaba tomar Olmütz antes de que sus adversarios estuvieran del todo en armas, no con la esperanza de conservarla o incluso de seguir avanzando desde allí, sino de utilizarla como un bastión exterior, un *contre-approche* contra los austriacos, que tendrían que emplear el resto de la campaña, quizá incluso una segunda, en volver a tomarla. También ese ataque fracasó. Federico abandonó entonces la idea de toda ofensiva real, porque sintió que sólo aumentaría la desproporción de fuerzas. Su plan de guerra fue, en líneas generales, una disposición contraída en el centro de sus territorios, en Sajonia y Silesia, una utilización de las líneas cortas para aumentar de pronto las fuerzas presentes en los puntos amenazados, una batalla allá donde se hiciera inevitable, pequeñas invasiones cuando hubiera ocasión, y luego una tranquila espera, un ahorrar recursos para tiempos mejores. Poco a poco, la ejecución fue haciéndose cada vez más pasiva. Como veía que incluso las victorias le costaban demasiado, trató de pasarse con menos; sólo le

importaba ganar tiempo, sólo conservar aquello que aún poseía, economizó cada vez más el terreno y no rehuyó pasar a un verdadero sistema de cordón. Ese nombre merecen tanto las posiciones del príncipe Enrique en Sajonia como las del rey en las montañas de Silesia. En sus cartas al marqués d'Argens se ve la impaciencia con la que espera los cuarteles de invierno, y cuánto se alegra de poder retirarse a ellos sin haber sufrido pérdidas considerables.

Quien quisiera reprochar esto a Federico y no ver en ello más que el descenso de su valor estaría haciendo, nos parece a nosotros, un juicio muy irreflexivo.

Si el campo atrincherado de Bunzelwitz, las posiciones del príncipe Enrique en Sajonia y las del rey en las montañas de Silesia ya no nos parecen ahora medidas en las que se pueda poner una última esperanza, porque un Bonaparte pronto atravesaría esa telaraña táctica, no hay que olvidar que los tiempos han cambiado, que la guerra se ha vuelto distinta, animada por otras fuerzas, y que por tanto entonces podían ser eficaces posiciones que ya no lo son, pero que también hay que tener en cuenta el carácter del adversario. Contra el ejército imperial, contra Daun y Buturlin, el uso de medios que el propio Federico no habría tomado en consideración podía ser de suprema sabiduría.

El éxito ha justificado esta opinión. Con su tranquila espera, Federico alcanzó su objetivo y eludió las dificultades contra las que se habrían estrellado sus fuerzas.

La proporción de fuerzas que los rusos tenían que oponer a los franceses en el año 1812 al empezar la campaña aún era mucho más desfavorable de lo que lo había sido para Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años. Sólo que los rusos tenían la expectativa de reforzarse considerablemente a lo largo de la campaña. Bonaparte tenía toda Europa llena de secretos enemigos, su poder había llegado al punto supremo, una guerra devoradora le ocupaba en España, y la ancha Rusia permitía llevar al extremo el debilitamiento de las fuerzas enemigas mediante una retirada de 100 millas. En esas grandiosas circunstancias, no sólo había que contar con un fuerte contragolpe si la empresa francesa no salía bien (¿y cómo podía salir bien, si el zar Alejandro no hacía la paz o sus súbditos no se rebelaban?), sino que ese contragolpe podía causar la derrota del adversario. Por tanto, la mayor sabiduría no hubiera podido indicar

un plan de guerra mejor que el que los rusos siguieron sin pretenderlo.

Que entonces no se pensara así y se considerase una extravagancia semejante opinión no es actualmente ningún motivo para no considerarla correcta. Si hemos de aprender de la Historia, tenemos que considerar posibles las cosas que realmente han ocurrido en lo sucesivo, y cualquiera que quiera tener juicio en tales cosas aceptará que una serie de grandes acontecimientos que siguieron a la marcha sobre Moscú no son una serie de casualidades. Si a los rusos les hubiera sido posible defender sus fronteras a duras penas, el hundimiento del poder francés y el vuelco de la suerte hubiera seguido siendo probable, pero sin duda no se habría producido de forma tan violenta y decisiva. Rusia compró esa enorme ventaja con sacrificios y peligros (que naturalmente hubieran sido mucho mayores para cualquier otro país, imposibles para la mayoría).

Siempre se logrará un gran éxito positivo mediante medidas positivas, orientadas a la *decisión* y no a la mera espera; en pocas palabras: también en la defensa un gran beneficio se obtiene sólo con una elevada apuesta.

CAPÍTULO NOVENO

PLAN DE GUERRA CUANDO EL OBJETIVO ES EL SOMETIMIENTO[370] DEL ENEMIGO

Después de haber caracterizado con más detalle los distintos objetivos que puede tener la guerra, vamos a repasar la disposición de toda la guerra para los tres distintos escalones que se desprenden de aquellos objetivos.

Después de todo lo que hemos dicho ya hasta ahora sobre el objeto, hay dos principios generales que abarcan todo el plan de guerra y sirven de orientación a todos los demás.

El primero es: reducir el peso del poder enemigo a tan pocos centros de gravedad como sea posible, si puede ser a uno; a su vez, reducir el golpe contra esos centros de gravedad a tan pocas acciones principales como sea posible, si puede ser a una; finalmente, mantener las acciones subordinadas todo lo subordinadas que sea posible. En una palabra, el primer principio es: actuar de forma tan concentrada como sea posible.

El segundo principio: actuar tan rápido como sea posible, es decir, no hacer ninguna parada ni dar ningún rodeo sin razón suficiente.

La reducción del poder enemigo a un centro de gravedad depende:

En primer lugar, de la situación política del mismo. Si son ejércitos de un mismo señor, la mayor parte de las veces no ofrece ninguna dificultad; si son ejércitos aliados, de los que el uno actúa como mero aliado sin interés propio, la dificultad no es mucho mayor; si son aliados con fines comunes, depende del grado de amistad; ya hemos hablado de esto.

En segundo lugar, de la situación del teatro bélico en el que comparecen los distintos ejércitos enemigos.

Si las fuerzas enemigas están unidas en un ejército en un mismo teatro bélico forman de facto una unidad, y no hace falta preguntar

nada más; si están en un mismo teatro bélico, en ejércitos separados que pertenecen a distintas potencias, la unidad ya no es absoluta, pero sigue habiendo una cohesión suficiente entre las partes como para arrastrar a *una* parte mediante un golpe decidido contra la otra. Si los ejércitos están dispuestos en teatros bélicos separados, tampoco aquí falta la decidida influencia del uno sobre el otro; si los teatros bélicos están muy distantes entre sí, si hay tramos neutrales, grandes montañas, etc., entre ellos, la influencia es muy dudosa, y por tanto improbable; si están en lados completamente distintos del Estado en guerra, de forma que las acciones contra los mismos divergen en líneas excéntricas, casi desaparece toda huella de cohesión.

Si Prusia estuviera en guerra con Rusia y Francia al mismo tiempo, eso sería en cuanto a la dirección de la guerra tan bueno como si fueran dos guerras distintas; en todo caso, la unidad aparecería en las negociaciones.

En cambio, el poder militar sajón y el austriaco en la Guerra de los Siete Años debían ser considerados como uno solo; lo que sufría el uno tenía que sentirlo el otro, en parte porque los teatros bélicos estaban en la misma dirección para Federico el Grande, en parte porque Sajonia no tenía ninguna autonomía política.

Con tantos enemigos como Bonaparte tenía que combatir en el año 1813[371], todos estaban más o menos en la misma dirección, y los teatros bélicos de sus ejércitos mantenían una conexión próxima y una fuerte interrelación. Si hubiera podido arrollar al poder principal en algún punto reuniendo sus fuerzas, hubiera decidido sobre todas las partes. Si hubiera batido al ejército bohemio, si hubiera avanzado a través de Praga sobre Viena, Blücher no habría podido quedarse en Sajonia ni con la mejor voluntad, porque se habría reclamado su auxilio en Bohemia, y al príncipe de Suecia le habría faltado incluso buena voluntad para quedarse en Brandeburgo.

En cambio, para Austria siempre será difícil, si hace la guerra a un tiempo contra Francia en el Rin y en Italia, decidir con un golpe exitoso en uno de esos teatros bélicos sobre el otro. En parte, Suiza y sus montañas separan demasiado ambos teatros, en parte la dirección de las carreteras de ambos es excéntrica. Francia en cambio puede codecidir con un éxito decisivo en el uno sobre el otro, porque la dirección de sus fuerzas en ambos es concéntrica contra Viena y el centro de gravedad de la monarquía austriaca; además, se

puede decir que se puede codecidir más fácilmente desde Italia sobre el teatro bélico renano que a la inversa, porque el golpe desde Italia afecta más al centro y el del Rin más a las alas del poder austriaco.

De esto se desprende que el concepto de poder enemigo separado y cohesionado recorre todos los escalones, y que por tanto en cada caso hay que examinar qué influencia tendrán las circunstancias de un teatro bélico sobre el otro, según lo cual se podrá saber hasta qué punto se pueden reducir a uno los distintos centros de gravedad del poder enemigo.

Sólo hay una excepción al principio de dirigir todo el poder contra el centro de gravedad enemigo: cuando hay empresas secundarias que prometen *inusuales ventajas,* y presuponemos que una decidida superioridad nos pone en condiciones de obtenerlas sin arriesgar demasiado en el punto principal.

Cuando el general Bülow marchó hacia Holanda en el año 1814, se podía prever que los 30.000 hombres de su cuerpo no sólo neutralizarían a otros tantos franceses, sino que también darían ocasión a holandeses e ingleses de comparecer con fuerzas que de lo contrario no habrían sido eficaces.

Así pues, el primer punto de vista en el diseño de la guerra[372] será averiguar los centros de gravedad del poder enemigo y, en lo posible, reducirlos a uno. El segundo será reunir en una acción principal las fuerzas que hay que utilizar contra ese centro de gravedad.

Aquí sólo podemos encontrar las siguientes razones para una división y separación de las fuerzas:

1. La disposición originaria de las fuerzas, es decir, también los campamentos de los Estados comprendidos en el ataque.

Si la reunión de las fuerzas armadas causa rodeos y pérdida de tiempo y el peligro de un avance por separado no es demasiado grande, éste puede estar justificado, porque provocar una innecesaria reunión de las fuerzas con gran pérdida de tiempo y privar así al primer golpe de su frescura y rapidez iría contra el segundo principio que nos hemos fijado. En todos los casos en los que se tiene la expectativa de sorprender en alguna medida al enemigo, esto merecerá especial consideración.

Pero el caso aún es más importante cuando el ataque es emprendido por Estados aliados que no están en una misma línea

contra el Estado atacado, sino en líneas contiguas. Si Prusia y Austria emprendieran la guerra contra Francia, sería una medida muy forzada[373], derrochadora de tiempo y energías, que el ejército de ambas potencias quisiera partir de un mismo punto, dado que la dirección natural de los prusianos va al corazón de Francia desde el Bajo Rin, y la de los austriacos desde el Alto. Así que la reunión no podría conseguirse aquí sin sacrificio, y hay que preguntarse en cada caso si es necesario hacer ese sacrificio.

2. El avance separado puede ofrecer mayores éxitos.

Como aquí hablamos del avance separado contra *un mismo* centro de gravedad, esto presupone un avance *concéntrico*. Un avance separado por líneas paralelas o excéntricas entra en el apartado de las *empresas accesorias,* de las que ya hemos hablado.

Ahora bien, todo ataque concéntrico, tanto en la estrategia como en la táctica, tiene tendencia a éxitos *mayores*; porque si sale bien la consecuencia no es un simple arrojar, sino más o menos cortar en dos los ejércitos enemigos. El ataque concéntrico siempre es por tanto el más exitoso pero, debido a estar separadas sus partes y al mayor tamaño del teatro bélico, también el más arriesgado; ocurre con esto como con el ataque y la defensa, la forma más débil guarda para sí el mayor éxito.

Se trata pues de si el atacante se siente lo bastante fuerte como para aspirar a ese gran objetivo.

Cuando Federico el Grande quiso avanzar en Bohemia en el año 1757, lo hizo con las fuerzas divididas desde Sajonia y Silesia. Las dos razones principales eran: que sus fuerzas estaban asentadas en invierno y que una contracción de las mismas en un punto habría privado al golpe de la sorpresa, y después, que con ese avance concéntrico cada uno de los dos teatros bélicos austriacos quedaba amenazado en su flanco y retaguardia. El peligro al que Federico el Grande se exponía era que uno de sus dos ejércitos fuera aniquilado por una fuerza superior; si los austriacos *no* entendían esto, o bien podían aceptar la batalla sólo en el centro o estaban en peligro de ser arrojados de su línea de retirada por uno u otro lado y sufrir una catástrofe; y este era el elevado éxito que ese avance prometía al rey. Los austriacos prefirieron la batalla en el centro, pero Praga, donde se situaron, estaba demasiado sometida a la influencia del ataque envolvente, que, como se curaron demasiado en salud, tuvo tiempo

de desarrollar sus últimas consecuencias. El resultado fue, cuando perdieron la batalla, una verdadera catástrofe, porque bien puede considerarse así el que dos tercios del ejército con su comandante en jefe tuvieran que encerrarse en Praga.

Este éxito brillante al iniciar la campaña residió en la osadía del ataque concéntrico. Si Federico consideró suficiente la precisión de sus propios movimientos, la energía de sus generales, la superioridad moral de sus tropas por un lado, y la lentitud de los austriacos por otra, como para prometer éxito a su plan, ¡quién puede reprochárselo! Esas magnitudes morales no podían ser eliminadas del cálculo y atribuir sencillamente la causa del éxito a la sencilla forma geométrica del ataque. No hay más que pensar en la no menos brillante campaña de Bonaparte en el año 1796, cuando los invasores fueron castigados de forma tan llamativa por una penetración concéntrica en Italia. Los medios de que disponía el general francés también estaban —excepto los morales— a disposición del general austriaco en el año 1757, y más, porque él no era, como Bonaparte, más débil que su adversario. Por tanto, cuando cabe temer que un avance concéntrico separado dé al adversario la posibilidad de romper la desigualdad de fuerzas por medio de las líneas interiores, no cabe aconsejarlo, y cuando tenga que tener lugar debido a la situación de las fuerzas, ha de considerarse un mal necesario.

Si echamos un vistazo desde este punto de vista al plan que se hizo en el año 1814 para avanzar sobre Francia, es imposible que lo aprobemos. Los ejércitos ruso, austriaco y prusiano se encontraban en un punto, en Frankfurt am Main, en la dirección más recta y natural hacia el centro de gravedad de la monarquía francesa. Fueron separados para penetrar en Francia con un ejército desde Mainz, con otro a través de Suiza. Como las fuerzas del enemigo eran tan débiles que no podía pensar en defender la frontera, toda la ventaja que cabía esperar de ese avance concéntrico, si se lograba, era que si se conquistaba con un ejército Lorena y Alsacia se tomara con el otro el Franco Condado. ¿Merecía esa pequeña ventaja el esfuerzo de marchar a través de Suiza? Sabemos que hubo otros motivos, por otra parte igual de malos, que decidieron a favor de esa marcha; pero nos quedaremos aquí en el elemento que estamos tratando en este instante.

Por otra parte, Bonaparte era hombre que entendía muy bien la defensa contra un ataque concéntrico, como había demostrado su

magistral campaña de 1796, y si se era muy superior en número a él, se le concedía en todo momento la superioridad moral[374]. Llegó a Châlons muy tarde con su ejército, y consideró muy despreciativamente a sus adversarios, y sin embargo, poco faltó para que alcanzara sin reunirse a los dos ejércitos; ¿y cómo aún así los encontró debilitados en Brienne? Blücher aún tenía entre manos 27.000 de sus 65.000 hombres, y el ejército principal de 200.000 aún tenía 100.000. Era imposible dar mejor juego al adversario. Desde el momento en que se avanzó hacia la acción, no había ninguna necesidad más sensible que reunirse.[375]

Después de todas estas consideraciones, creemos que, si bien el ataque concéntrico es en sí el medio para obtener grandes éxitos, sólo debe emanar principalmente de la originaria división de las fuerzas, y que habrá pocos casos en los que se tenga razón al abandonar por él la más corta y más sencilla dirección de las fuerzas.

3. La extensión de un teatro bélico puede ser una razón para el avance separado.

Si un ejército atacante avanza desde un punto y sigue penetrando con éxito en el país enemigo, el espacio que domina no se limitará exactamente al camino que traza, sino que se ampliará un poco, pero esto dependerá de la densidad y cohesión del Estado enemigo, si podemos servirnos de esta imagen. Si el Estado enemigo tiene una cohesión escasa, si su pueblo es blando y no está acostumbrado a la guerra, se abrirá a nuestro ejército victorioso un amplio espacio de terreno sin que tengamos que hacer gran cosa; pero si tenemos que vérnoslas con un pueblo bravo y fiel, el espacio detrás de nuestro ejército será más o menos un estrecho triángulo.

Para prevenir este mal, el que avanza tiene necesidad de disponer su avance en una cierta anchura. Si el poder enemigo está reunido en un punto, esta anchura sólo puede mantenerse mientras no estemos en contacto con él, y tiene que estrecharse al llegar a su punto de disposición; esto es comprensible por sí mismo.

Pero si el enemigo se ha dispuesto él mismo en una cierta anchura, una distribución igual de nuestras fuerzas no tendría en sí nada de absurdo. Hablamos aquí de un teatro bélico o de varios próximos entre sí. Al parecer, este es el caso cuando, en nuestra opinión, la empresa principal debe codecidir sobre los puntos accesorios.

¿Puede ser esto *siempre* lo que importa, y es posible exponerse al peligro que surge cuando la influencia del punto principal sobre los accesorios no es lo bastante grande? ¿No merece la necesidad de una cierta anchura del teatro bélico una especial consideración?

Aquí, como en todas partes, es imposible agotar el número de combinaciones que podrían producirse; pero afirmamos que con pocas excepciones la decisión sobre los puntos principales afectará a los accesorios. Conforme a este principio ha de disponerse la acción en todos los casos en los que lo contrario no es evidente.

Cuando Bonaparte penetró en Rusia, podía con razón creer que podría arrastrar a las fuerzas armadas rusas del alto Düna arrollando a su fuerza principal. Al principio sólo les opuso el cuerpo de Oudinot, pero Wittgenstein pasó al ataque y Bonaparte se vio obligado a enviar también su Sexto Cuerpo.

En cambio, había dirigido desde el principio una parte de sus fuerzas contra Bagration; pero éste se vio arrastrado por el retroceso del centro y Bonaparte pudo recuperar esas fuerzas. Si Wittgenstein no hubiera tenido que cubrir la segunda capital, también[376] habría seguido a Barclay.

En los años 1805 y 1809, Bonaparte había codecidido en Ulm y Regensburg sobre Italia y Tirol, aunque el primero era un teatro bélico bastante apartado y autónomo. En el año 1806, decidió en Jena y Auerstedt sobre todo lo que podía ocurrir contra él en Westfalia, Hessen y la ruta de Frankfurt.

Entre la multitud de circunstancias que podrían tener influencia sobre la resistencia de las partes laterales destacan principalmente dos:

La primera es: si, como en Rusia, un país de grandes dimensiones y relativamente grandes fuerzas, se puede retrasar largo tiempo el golpe decisivo en el punto principal y no se está obligado a apresurarlo todo.

La segunda: si, como en el año 1806 en Silesia, un punto lateral obtiene una autonomía inusual debido a una masa de fortalezas. Y sin embargo Bonaparte trató ese punto con gran menosprecio, al enviar allí sólo 20.000 hombres al mando de su hermano Jerónimo al tener que dejarla atrás en su marcha sobre Varsovia.

Si en un caso dado resulta que el golpe sobre el punto principal no sacudirá previsiblemente los laterales o no los ha sacudido, ello significa que el enemigo ha situado realmente fuerzas en esos

puntos, y éstos tendrán que contraponerse como un mal necesario a otros más adecuados, porque no puede abandonar absolutamente sus líneas de comunicación.

Sin embargo, la cautela aún puede ir un paso más allá; puede exigir que el avance contra el punto principal vaya al mismo ritmo que el avance sobre los secundarios, y que en consecuencia la empresa principal se detenga cuando los puntos secundarios del enemigo no acaban de ceder.

Este principio no contradiría directamente el nuestro de reunir todo lo posible en una acción principal, pero el espíritu del que surge es completamente contrario a aquel que orienta el nuestro. De este principio surgiría tal medición de los movimientos, tal parálisis de la fuerza de choque, tal juego de azares, tal pérdida de tiempo, que en la práctica no es conjugable con una ofensiva orientada al sometimiento del adversario.

La dificultad aún se hace mayor cuando las fuerzas de esos puntos secundarios pueden retirarse de manera excéntrica... ¿qué sería entonces de la unidad de nuestro golpe?

Por tanto, tenemos que declararnos en contra de la dependencia del ataque principal de los secundarios como principio, y afirmar que un ataque dirigido al sometimiento del adversario que no tenga la audacia de lanzarse como una flecha contra el corazón del Estado enemigo no puede alcanzar su objetivo.

4. Finalmente, la facilidad del mantenimiento es un cuarto motivo para el avance separado.

Desde luego, es mucho más cómodo avanzar con un pequeño ejército por una provincia acomodada que con uno grande por una pobre; pero con las medidas adecuadas y un ejército acostumbrado a las privaciones esto último no es imposible, y por tanto lo primero nunca debería influir tanto sobre nuestras decisiones como para exponernos a un gran peligro.

Con esto hemos concedido sus derechos a los motivos para la separación de las fuerzas, mediante la cual una acción principal se descompone en muchas, y no osaremos protestar si conforme a uno de esos motivos la separación se hace con clara conciencia de su finalidad y cuidadosa ponderación de sus ventajas y desventajas.

Pero si, como ocurre habitualmente, un erudito estado mayor hace el plan por pura costumbre, si los distintos teatros bélicos han

de ser ocupados como las casillas del ajedrez, cada uno con su pieza, antes de que empiecen las jugadas, si esas jugadas se acercan a sus objetivos con una imaginaria combinatoria en complicadas líneas y relaciones, si los ejércitos tienen que separarse para hacer consistir todo su arte en volver a reunirse con el mayor peligro quince días después... entonces, es una abominación abandonar el camino directo, simple y sencillo para precipitarse intencionadamente a la pura confusión. Esta necedad se produce tanto más fácilmente cuanto menos dirige la guerra el comandante en jefe y la lleva a cabo, tal como hemos apuntado en el primer capítulo, como una acción sencilla de su individualidad, equipada con fuerzas inmensas, cuanto más ha surgido por tanto todo el plan de la fábrica de un estado mayor carente de práctica y de las ideas de una docena de semiignorantes...

Aún tenemos que considerar la tercera parte de nuestro primer principio: mantener las partes subordinadas tan subordinadas como sea posible.

En tanto se trata de reducir todo el acto bélico a un objetivo sencillo y se intenta alcanzarlo en lo posible por medio de *una* gran acción, se arrebata a los demás puntos de contacto de los Estados enfrentados una parte de su autonomía; se convierten en acciones subordinadas. Si se pudiera concentrar absolutamente todo en una, esos puntos de contacto quedarían completamente neutralizados; pero eso raras veces es posible, y por tanto se trata de mantenerlos tan controlados como para que no sustraigan muchas energías a la causa principal.

Empezamos por decir que el plan de guerra tiene que tener esa tendencia cuando no es posible reducir toda la resistencia enemiga a un centro de gravedad, cuando por tanto se está en el caso de, como ya hemos dicho una vez, tener que librar dos guerras casi enteramente distintas al mismo tiempo. Una de ellas siempre ha de ser considerada la *principal,* aquella hacia la que se dirigen preferentemente las fuerzas y actividades.

Con esta opinión, es razonable dirigirse de manera *ofensiva* sólo contra esta parte principal, pero mantenerse a la defensiva en las otras. Sólo allá donde circunstancias inusuales invitasen a un ataque sería este justificable.

Además, esta defensa que tiene lugar en los puntos subordinados se librará con tan pocas fuerzas como sea posible y

tratará de servirse de todas las ventajas que esta forma de resistencia puede otorgar.

Este criterio será tanto más válido en todos aquellos teatros bélicos en los que comparezcan ejércitos de distintas potencias, pero tales que se ven incluidos en los centros de gravedad generales.

Según esto, en los teatros secundarios no puede haber defensa contra *aquel* enemigo a quien va dirigido el golpe principal. El propio ataque principal y los ataques subordinados inducidos por otras consideraciones forman ese golpe y hacen superflua toda defensa de puntos que no son cubiertos directamente por ellos. Lo que importa es la decisión principal, ella compensa toda pérdida. Si las fuerzas alcanzan para buscar razonablemente esa decisión, la *posibilidad de errar* no puede ser más que un motivo para guardarse en todo caso de daños en otros puntos; porque ese fracaso se hace mucho más probable *precisamente por ellos,* y por tanto surge una contradicción en nuestra acción.

Sin embargo, ese predominio de la acción principal sobre las subordinadas debe tener lugar también en los distintos miembros de todo el ataque. Como en la mayoría de los casos son motivos de otro tipo los que determinan qué fuerzas deben avanzar desde un teatro bélico y cuáles desde otro contra el centro de gravedad común, aquí sólo se puede decir que tiene que haber una *aspiración* a que *prevalezca* la acción principal, y que todo será más sencillo y sometido a menos azares cuanto más pueda alcanzarse esa prevalencia.

El segundo principio afecta al rápido empleo de las fuerzas armadas.

Todo gasto de tiempo inútil, todo rodeo inútil es un despilfarro de fuerzas, y por tanto una abominación estratégica.

Pero más importante es recordar que el ataque tiene casi su única ventaja en la sorpresa con que puede incidir la apertura del escenario. Sus ejes más fuertes son lo repentino e imparable, y allá donde se trata de someter al adversario raras veces puede carecer de ellos.

Por tanto, la teoría exige el camino más corto hacia el objetivo y excluye por entero de su consideración las innumerables discusiones sobre derecha e izquierda, aquí o allá.

Si recordamos lo que hemos dicho acerca del corazón de los Estados en el capítulo dedicado al objeto del ataque estratégico,

además de lo que aparece en el capítulo cuarto de este libro sobre la influencia del tiempo, creemos que no hace falta más para mostrar que aquel principio merece realmente la influencia que reclamamos para él.

Bonaparte nunca actuó de otro modo. La carretera principal más próxima de ejército a ejército o de capital a capital era siempre el camino preferido por él.

Y, ¿en qué consistirá la acción principal a la que lo hemos reducido todo, y para la que hemos reclamado una ejecución rápida y directa?

Hemos dicho en el capítulo cuarto lo que es el sometimiento del enemigo, hasta donde se puede hacer en general, y sería inútil repetirlo. Sea cual sea el final del mismo en cada caso, el principio es el mismo en todas partes: la aniquilación de la fuerza armada enemiga, es decir, una gran victoria sobre la misma y su destrucción. Cuanto antes, es decir, cuanto más cerca de nuestras fronteras se busque esta victoria, tanto más *fácil* es; cuanto más tarde, es decir, cuanto más en territorio enemigo se combata, tanto más *decisiva* resulta. Aquí como en todo, la facilidad del éxito y la magnitud del mismo están en equilibrio.

Si, por tanto, no somos tan superiores a la fuerza armada enemiga como para que la victoria sea indudable, tenemos que buscar en lo posible su fuerza principal. Decimos en lo posible porque, si esa búsqueda conllevara rodeos demasiado grandes, falsas direcciones y pérdida de tiempo para nosotros, fácilmente podría convertirse en un error. Si el poder principal enemigo no se encuentra en nuestro camino y si, porque va en contra de nuestro interés, no podemos buscarlo, podemos estar seguros de encontrarlo más adelante, porque no dejará de lanzarse sobre nosotros. En ese caso, como acabamos de decir, nos batiremos en circunstancias menos ventajosas; un mal al que tenemos que someternos. Si aún así ganamos la batalla, será tanto más decisiva.

De esto se desprende que, en el caso que decimos, eludir intencionadamente al poder principal enemigo cuando se encuentra en nuestro camino sería un error, por lo menos si con eso se persiguiera facilitar la victoria.

En cambio, de lo dicho arriba se deduce que en el caso de una superioridad muy decidida del poder principal enemigo se le podría eludir intencionadamente para librar luego una batalla más decisiva.

Hemos hablado de una victoria total, es decir, de una derrota del enemigo, y no de una mera batalla ganada. Pero una victoria así requiere un ataque envolvente o una batalla con frentes paralelos, porque ambos dan un carácter decisivo a la solución. Por tanto, forma parte del carácter esencial del plan de guerra que nos preparemos a ello tanto en lo que concierne a la masa de tropas necesaria como a las direcciones que hay que darle, de lo que hablaremos en el capítulo dedicado al plan de campaña.

Sin duda no es imposible que batallas con frentes rectos también lleven a completas derrotas, y no faltan ejemplos en la Historia bélica, sólo que el caso es raro, y se hace más raro cuanto más se parecen los ejércitos en formación y en destreza. Ahora ya no se atrapan, como en Blenheim, veintiún batallones en un pueblo.

Una vez librada la gran batalla, no cabe pensar en descansar, en tomar aliento, en reflexionar, asentar, etc., sino tan sólo en la persecución, en los nuevos golpes que son necesarios, en la toma de la capital enemiga, en el ataque a los ejércitos auxiliares enemigos, o en todo lo que parezca un punto de apoyo del Estado enemigo.

Si la corriente de la victoria nos lleva ante fortalezas enemigas, dependerá de nuestra fuerza si han de ser asediadas o no. En caso de gran superioridad, sería una pérdida de tiempo no apoderarse de ellas lo antes posible; pero si no estamos seguros del ulterior éxito de la cabecera tenemos que ocuparnos lo menos posible de las fortalezas, y eso excluye el asedio concienzudo de las mismas. Desde el momento en que el asedio de las fortalezas nos obliga a detener el avance del ataque, *por regla general* este ha alcanzado su punto culminante. Por eso reclamamos un avance rápido e incansable y una persecución del poder principal; ya hemos desechado que ese avance sobre los puntos principales se rija por el éxito en los puntos secundarios; la consecuencia será por tanto que en todos los casos habituales nuestro ejército principal sólo conserve a sus espaldas una estrecha franja de terreno que pueda llamar suya, y sea por tanto su teatro bélico. Ya hemos mostrado antes la forma en que este impulso se debilita en la cabecera, los riesgos que esto conlleva para el atacante. ¿No podrá alcanzar esta dificultad, este contrapeso interior, un punto que impida seguir avanzando? Puede ser. Pero, igual que hemos afirmado arriba que sería un error querer evitar de antemano este angosto teatro bélico y quitar con ese fin al ataque la fuerza de su rapidez, así afirmamos también ahora que mientras el general aún

no haya vencido a su adversario, mientras crea ser lo bastante fuerte para alcanzar su meta, tiene que perseguirla. Quizá lo haga con un peligro creciente, pero también con un creciente tamaño del éxito. Si llega un punto en el que no se atreva a seguir avanzando, en que crea tener que cuidar de su retaguardia, extenderse por la derecha y por la izquierda, muy probablemente sea su punto culminante. En ese momento se ha agotado el impulso, y si el adversario no ha sido derrotado, muy probablemente nada saldrá de ello.

Todo lo que se hace para ampliar intensivamente el ataque, con la conquista de fortalezas, pasos, provincias, sigue siendo un lento avance, pero sólo relativo, ya no absoluto. El enemigo ya no está en fuga, quizá ya se está armando para renovada resistencia, y por eso ya es posible que, aunque el atacante siga avanzando de manera intensiva, el defensor, al hacerlo también, le gane algo todos los días. En pocas palabras, y volvemos sobre ello: por regla general, después de una parada necesaria no hay un segundo impulso.

Por tanto, la teoría sólo exige que, mientras subsista la idea[377] de derrotar al enemigo, se avance sin descanso contra él; si el general abandona esta meta porque considera demasiado grande el peligro, hace bien en detenerse y expandirse. La teoría sólo reprochará esto si lo hace para mejor derrotar al adversario.

No somos tan necios como para afirmar que no hay ejemplos de Estados que hayan sido llevados poco a poco al extremo. En primer lugar, nuestra frase no es una verdad absoluta que haga imposible la excepción, sino que se basa sólo en el éxito probable y usual; por tanto, hay que distinguir si la decadencia de un Estado se ha producido poco a poco, en términos históricos, o si era el objetivo de la primera campaña. Aquí sólo hablamos de este último caso, porque sólo en él tiene lugar aquella tensión de las fuerzas que o bien arrolla el centro de gravedad de la carga o está en peligro de ser arrollada por él. Si se consigue una moderada ventaja en el primer año, se añade otra a esta en el siguiente y se avanza así poco a poco hacia el objetivo, en ningún sitio hay un peligro eminente, pero a cambio está repartido en muchos puntos. Cada intermedio entre un éxito y otro da al enemigo nuevas expectativas; los efectos del éxito anterior tienen muy escasa influencia sobre el posterior, a menudo ninguna, a menudo una negativa, porque el enemigo se recupera o incluso se inflama para una mayor resistencia o recibe nueva ayuda exterior, mientras que allá donde todo ocurre de un tirón el éxito de ayer

arrastra el de hoy, el incendio se prende con el incendio. Si hay Estados que han sido vencidos mediante golpes sucesivos, y en los que por tanto el tiempo se ha mostrado funesto para el defensor, del que es ángel guardián, mucho más numerosos son los ejemplos en los que la intención del atacante ha errado por completo al hacer esto. No hay más que pensar en el éxito de la Guerra de los Siete Años, en la que los austriacos trataron de alcanzar su objetivo con tanta comodidad, precaución y cautela que lo erraron por entero.

No podemos por tanto compartir en absoluto la opinión de que la preocupación por un teatro bélico convenientemente organizado acompañe siempre al impulso de avanzar y tenga en cierto modo que mantenerse en equilibrio con él, sino que vemos las desventajas nacidas de esto como un mal inevitable que sólo merece ser tenido en cuenta cuando ya no tenemos esperanzas de avanzar.

El ejemplo de Bonaparte en el año 1812, muy lejos de alejarnos de nuestra afirmación, más bien nos ha reforzado en ella.

Su campaña no fracasó por haber avanzado demasiado rápido y demasiado lejos, como dice la opinión habitual, sino porque los distintos medios para el éxito fallaron. El imperio ruso no es un país que se pueda conquistar formalmente, es decir, mantener ocupado, al menos no con las fuerzas de los actuales Estados europeos, ni siquiera con los 500.000 hombres que Bonaparte encabezó para hacerlo. Un país así sólo puede ser vencido por su propia debilidad y por los efectos de la división interna. Para golpear en los puntos débiles de la realidad política es necesaria una sacudida que vaya hasta el corazón del Estado. Sólo si Bonaparte llegaba hasta Moscú con su recio golpe podía esperar sacudir el valor del Gobierno y la lealtad y constancia del pueblo. En Moscú esperaba hallar la paz, y este era el único objetivo razonable que podía fijarse en esta guerra.

Así que dirigió su poder principal contra el poder principal de los rusos, que retrocedía a trompicones ante él sobre el campo de Drissa y sólo se detuvo al llegar a Smolensko. Arrastró consigo a Bagration, los batió a ambos[378] y tomó Moscú. Actuó como siempre había actuado; sólo de esa forma se había convertido en soberano de Europa, y sólo de esa forma había podido serlo.

Por tanto, quien admire a Bonaparte por todas sus campañas anteriores como el más grande de los generales no debe sentirse por encima de él en ésta.

Es legítimo juzgar un acontecimiento por su éxito, porque esta es la mejor de las críticas (véase el capítulo quinto del Libro Segundo), pero ese juicio extraído meramente del éxito no se tiene que querer demostrar después con la sabiduría humana. Buscar las causas de una campaña fallida aún no significa hacer una crítica de la misma; sólo si se demuestra que esas causas no hubieran debido ser ignoradas o pasadas por alto, se hace la crítica y se sitúa uno por encima del general.

Afirmamos que quien considere absurda la campaña de 1812 sólo por su terrible revés, mientras hubiera visto en ella las más sublimes combinaciones en caso de éxito, muestra una total incapacidad de juicio.

Si Bonaparte se hubiera detenido en Lituania, como pretenden la mayoría de los críticos, para asegurarse primero las fortalezas —de las que, por otra parte, casi no había ninguna salvo Riga, totalmente al margen, porque Bobruisk es un rincón pequeño e insignificante—, se habría visto envuelto todo el invierno en un triste sistema de defensa; entonces, esa misma gente habría sido la primera en gritar: ¡este ya no es el viejo Bonaparte! Cómo, ¿ni siquiera ha logrado una primera batalla, él, que solía sellar sus conquistas, con las victorias de Austerlitz y Friedland, ante los últimos muros de los Estados enemigos? ¿Dejó, titubeante, de tomar la capital enemiga, una Moscú despojada y lista para caer, dejando así subsistir el núcleo en torno al que podía congregarse una nueva resistencia? ¿Tuvo la suerte inaudita de arrollar ese coloso lejano e inmenso como se asalta una ciudad vecina, o como Federico el Grande arrolló la pequeña y cercana Silesia, y no empleó esa ventaja, se detuvo en medio de su carrera triunfal, como si un mal espíritu se le hubiera pegado a los talones? Así habría juzgado esa gente, porque así son los juicios de la mayoría de los críticos.

Nosotros decimos: la campaña de 1812 no tuvo éxito porque el Gobierno enemigo se mantuvo firme y el pueblo fiel y constante, es decir, porque no podía tener éxito. Puede haber sido un error de Bonaparte haberla emprendido, o al menos el éxito ha mostrado que se engañó en sus cálculos, pero afirmamos que, si había que buscar ese objetivo, no había en líneas generales otra forma de alcanzarlo.

En vez de desatar en el este una interminable y costosa guerra defensiva como la que ya tenía que librar en el oeste, Bonaparte ensayó el único medio para ese fin: ganar la paz con un golpe

intrépido al perplejo adversario. Que su ejército sucumbiera era el riesgo al que se exponía, era la apuesta del juego, el precio de la gran esperanza. Si por su culpa esa destrucción de sus fuerzas fue mayor de lo que hubiera sido necesario, no hay que situar esa culpa en el amplio avance, porque ese era el fin y era inevitable, sino en el tardío inicio de la campaña, en el despilfarro de hombres de su táctica, en la falta de cuidado en el mantenimiento del ejército y el acondicionamiento de la ruta de retirada, y finalmente en la algo retrasada partida de Moscú.

Que los ejércitos rusos pudieran presentársele ante el Beresina para cortarle en toda regla la retirada no es un argumento sólido en contra nuestra. En primer lugar, precisamente esto ha demostrado lo difícil que es conseguir un verdadero corte, porque incluso en las peores circunstancias imaginables el cortado termina abriéndose camino, y sin duda ese acto ha contribuido a aumentar su catástrofe, pero no la supuso esencialmente.[379] En segundo lugar, sólo la rara condición del terreno ofrecía los medios para llegar tan lejos, y sin los pantanos del Beresina, que atraviesan la gran carretera con sus inaccesibles bordes boscosos, el corte aún habría sido menos posible. En tercer lugar, no hay ningún medio para asegurarse de otra manera contra semejante posibilidad que presentar nuestro poder en una cierta anchura, lo que nosotros ya hemos desechado antes; porque, una vez que se ha pasado a avanzar por el centro y cubrirse los flancos mediante ejércitos que se dejan a derecha e izquierda, en caso de cualquier posible incidente de uno de esos ejércitos habría que retroceder con la cabecera, y en ese caso no podría salir mucho del ataque.

No se puede decir que Bonaparte descuidara sus flancos. Contra Wittgenstein, se mantuvo como fuerza superior: ante Riga había un cuerpo de asedio adecuado, que incluso era superfluo allí, y en el sur Schwarzenberg tenía 50.000 hombres, con los que era superior a Tormassov e incluso estaba casi a la altura de Tschitschagov; a esto se añadían otros 30.000 hombres al mando de Victor en el centro de la retaguardia. Incluso en el mes de noviembre, es decir, en el momento decisivo, cuando las fuerzas rusas se habían reforzado y las francesas estaban ya muy debilitadas, la superioridad de los rusos a retaguardia del ejército de Moscú aún no era tan extraordinaria. Wittgenstein, Tschitschagov y Sacken formaban juntos un poder de 110.000 hombres. Schwarzenberg, Reynier, Victor, Oudinot y St-Cyr

aún tenían 80.000 hombres efectivos. Ni el más cauteloso de los generales hubiera dedicado fuerzas mayores a sus flancos durante el avance. Si de los 600.000 hombres que cruzaron el Njemen en el año 1812 Bonaparte hubiera traído de vuelta, en vez de los 50.000 que volvieron a cruzarlo con Schwarzenberg, Reynier y Macdonald, 250.000, lo que era posible de haber evitado los errores que le hemos reprochado, habría seguido siendo una campaña desdichada, pero la teoría no habría podido objetar nada, porque perder más de la mitad de un ejército no es nada inusual en un caso así y sólo llama la atención por lo elevado de la escala.

Hasta aquí sobre la acción principal, su tendencia necesaria y sus inevitables peligros. En lo que a las acciones subordinadas se refiere, ante todo decimos que todas tienen que tener un objetivo común, pero que ese objetivo tiene que plantearse de tal modo que no paralice las actividades de las distintas partes. Si se avanza desde el Alto y el Medio Rin y desde Holanda sobre Francia para encontrarse en París, y cada uno de los ejércitos no debe arriesgar nada, sino mantenerse en la medida de lo posible intacto hasta que se haya producido la reunión, llamamos a esto un plan *funesto*. Surge necesariamente una ponderación de ese triple movimiento[380] que lleva titubeo, indecisión y timidez al avance de cada una de las partes. Es mejor dar a cada parte lo que le corresponde y poner la unidad sólo allá donde esas distintas actividades se unen por sí mismas.

Esta separación para volver a unirse al cabo de unos días de marcha se da en casi todas las guerras, y sin embargo, en el fondo carece de todo sentido. Si se está separado hay que saber por qué, y ese *por qué* tiene que ser cumplido y no puede consistir en la reunión ulterior como en un ejercicio de equitación.[381] Así pues, si el poder militar avanza para el ataque por teatros bélicos separados, a cada ejército hay que darle una misión autónoma en cuyo objeto pueda agotar su fuerza ofensiva. Se trata de que *esto último* ocurra en todas partes, y no de que todas obtengan relativas[382] ventajas.

Si su papel le resulta demasiado pesado a uno de los ejércitos porque el enemigo ha hecho una defensa distinta de la que creíamos, si sufre desgracias, esto no tiene por qué ni debe tener influencia alguna sobre la actividad de los otros, o desde el principio la probabilidad del éxito general se volvería en contra de ellas. Sólo cuando la mayoría ha tenido mala fortuna o la han sufrido las partes

principales esto debe y tiene que tener influencia sobre las otras: entonces es cuando se ha dado el caso de un plan errado.

La misma regla vale para aquellos ejércitos y secciones que originariamente están destinadas a la defensa y, por un éxito de la misma, podrían pasar al ataque, si no es preferible trasladar sus fuerzas superfluas al punto principal de la ofensiva, lo que depende principalmente de la situación geográfica del teatro bélico.

Pero, ¿qué pasa en estas circunstancias con la forma geométrica y la unidad de todo el ataque, con los flancos y la retaguardia de las secciones vecinas a una parte vencida?

Eso es precisamente lo que queremos combatir ante todo. Ese encajar un gran ataque en un cuadrado geométrico es un extravío por un sistema intelectual erróneo.

Hemos mostrado en el capítulo decimoquinto del Libro Tercero que el elemento geométrico no es tan eficaz en la estrategia como en la táctica, y aquí sólo queremos repetir el resultado de que especialmente en el ataque los verdaderos éxitos en los distintos puntos merecen más consideración que la forma que pueda surgir poco a poco del ataque debido a la variedad de los éxitos.

Sin embargo, en todos los casos es cosa hecha que en los grandes espacios de la estrategia las consideraciones y decisiones que provoca la situación geométrica de las partes pueden quedar en manos del comandante en jefe; que por tanto ninguno de los comandantes inferiores tiene derecho a preguntar qué hace o deja de hacer su vecino, sino que se le puede indicar que persiga su objetivo a toda costa. Si realmente esto causa una fuerte desproporción, siempre puede darse ayuda desde arriba en el momento oportuno. Y con esto se aleja el mal principal de esta forma de actuación separada: que con las cosas reales se mezcle a lo largo de los acontecimientos una multitud de temores y presupuestos, que cada azar no afecte sólo a la parte a la que alcanza sino por simpatía a todo el conjunto, y que se abra un amplio margen a las debilidades personales y la enemistad personal entre los comandantes inferiores.

Creemos que sólo se considerará paradójica esta idea si aún no se ha tenido presente durante largo tiempo y con la debida seriedad la Historia bélica, si no se ha separado lo importante de lo carente de importancia y no se ha tenido en cuenta toda la influencia de las debilidades humanas.

Si ya en la táctica es difícil mantener el feliz éxito de un ataque en varias columnas separadas mediante la exacta concordancia de todas las partes, según el juicio de todos los expertos, mucho más difícil, o más bien enteramente imposible, lo será en la estrategia, donde la separación es mucho mayor. Si la constante coherencia de todas las partes fuera una condición necesaria del éxito, habría que desechar por completo un ataque estratégico así. Pero, por una parte, no depende de nuestra voluntad desecharlo por completo, porque pueden decidir circunstancias sobre las que no tenemos poder alguno, y por otra incluso en la táctica esa constante coherencia de todas las partes no es ni siquiera necesaria en cada momento del proceso, y lo es mucho menos, como hemos dicho, en la estrategia. Por tanto, hay que prescindir de ella e insistir tanto más en que a cada parte se le asigne un trabajo autónomo.

A esto tenemos que añadir aún una observación importante que afecta al buen reparto de los papeles.

En los años 1793 y 1794, el poder principal austriaco se encontraba en los Países Bajos, el prusiano en el Alto Rin. Las tropas austriacas viajaron desde Viena a Condé y Valenciennes y se cruzaron con las prusianas, que tenían que ir de Berlín a Landau. Sin duda los austriacos tenían que defender allí sus provincias belgas, y si hacían conquistas en el Flandes francés les venían muy bien, pero este interés no era lo bastante fuerte. Tras la muerte del príncipe Kaunitz, el ministro austriaco Thugut impuso la medida de abandonar por completo los Países Bajos para concentrar más sus fuerzas. De hecho, los austriacos estaban casi al doble de distancia de Flances que de Alsacia, y en una época en que las fuerzas se movían en unos límites muy modestos y había que mantenerlo todo con dinero en efectivo, esto no era ninguna nimiedad.[383] Pero evidentemente la intención del ministro Thugut era otra:[384] quería, al hacer apremiante el peligro, poner a las potencias interesadas en la defensa de los Países Bajos y del Bajo Rin, Holanda, Inglaterra y Prusia, en el brete de hacer mayores esfuerzos. Se engañó en su cálculo, porque en aquel momento no había forma de involucrar al gabinete prusiano. Pero este devenir muestra la influencia del interés político sobre la marcha de la guerra.

Prusia no tenía nada que defender ni nada que conquistar en Alsacia. En el año 1792, había emprendido la marcha hacia Champaña a través de Lorena en un sentido caballeresco. Cuando ya

no pudo mantenerla debido a la presión de las circunstancias, continuó la guerra con mediano interés. Si las tropas prusianas se hubieran encontrado en los Países Bajos, habrían estado en contacto directo con Holanda, que podían a medias considerar como su propio país, ya que lo habían sometido en el año 1787; cubrieron el Bajo Rin y en consecuencia aquella parte de la monarquía prusiana más próxima al teatro bélico. También con Inglaterra mantenía Prusia una fuerte alianza debido a los subsidios, que en estas circunstancias no podía degenerar tan fácilmente en la alevosía de la que el gabinete prusiano se hizo culpable en aquella ocasión.

Se habría podido esperar, por tanto, un efecto mucho mejor si los austriacos se hubieran presentado con su poder principal en el Alto Rin, los prusianos con todo su poder en los Países Bajos, y los austriacos hubieran dejado sólo un cuerpo mediano.

Si en el año 1814, en vez del emprendedor Blücher, el general Barclay hubiera estado a la cabeza del ejército de Silesia y Blücher se hubiera quedado con el ejército principal al mando de Schwarzenberg, quizá la campaña hubiera fracasado por completo.

Si el emprendedor Laudon, en vez de tener su teatro bélico en el punto más fuerte de la monarquía prusiana, es decir, Silesia, se hubiera encontrado en el lugar del ejército imperial, quizá toda la Guerra de los Siete Años habría tomado otra dirección. Para aproximarnos a estas cuestiones, tenemos que considerar los distintos casos conforme a sus principales diferencias.

La primera es: si hacemos la guerra en común con otras potencias que no sólo son nuestros aliados, sino que tienen un interés autónomo.

La segunda: si un ejército aliado ha venido en apoyo nuestro.

La tercera: si sólo se habla de la singularidad personal de los generales.

Para los dos primeros casos, se puede plantear la cuestión de si es mejor mezclar completamente las tropas de las distintas potencias, de forma que los distintos ejércitos estén formados por cuerpos de distintas potencias, como se hizo en los años 1813 y 1814, o si hay que separarlos todo lo posible para que cada uno actúe con autonomía.

Está claro que lo primero es lo más saludable, pero presupone un grado de amistad e interés común que raras veces se produce. Con esta estrecha unión entre las fuerzas, a los gabinetes les resulta

mucho más difícil diferenciar sus intereses, y en lo que concierne a la nociva influencia de las opiniones egoístas entre los generales, en estas circunstancias sólo puede mostrarse entre los comandantes subordinados, y por tanto sólo en el terreno de la táctica, e incluso aquí no tan impune y libremente como en el caso de una total separación. En este último, pasa a la estrategia y repercute por tanto de forma decisiva. Pero, como hemos dicho, para esto hace falta una rara entrega por parte del Gobierno. En el año 1813, la necesidad empujaba a todos en esa dirección, y sin embargo no se ensalzará lo bastante que el zar de Rusia, que tenía las fuerzas más potentes y tuvo el mayor mérito en el vuelco de la suerte, sometiera sus tropas a los generales prusianos y austriacos, sin tener la ambición de comparecer con un ejército ruso autónomo.

Si no se puede mantener una reunión de fuerzas así, una separación total de las mismas es mejor que una separación a medias, y lo peor siempre es que dos generales independientes de distintas potencias se encuentren en un mismo teatro bélico, como ocurrió a menudo en la Guerra de los Siete Años con los rusos, los austriacos y el ejército imperial. En caso de total separación de las fuerzas, las cargas que hay que soportar también están más separadas, y cada uno se ve más impelido a la actividad por los suyos y por la fuerza de las circunstancias; pero si se encuentran en conexión, o incluso en un mismo teatro bélico, ese no es el caso, y además la mala voluntad del uno paraliza las fuerzas del otro.

En el primero de los tres casos indicados, la total separación no tendrá dificultad alguna, porque el interés natural de cada potencia suele asignar ya una dirección distinta a sus fuerzas; en el segundo caso puede fallar, y entonces no queda más remedio, por regla general, que someterse por entero al ejército auxiliar, si sus fuerzas son en alguna medida adecuadas para ello, como hicieron los austriacos al final de la campaña de 1815 y los prusianos en la campaña de 1807.

En lo que a la singularidad personal de los generales se refiere, todo pasa aquí a lo individual, pero no podemos omitir la observación general de que no se debe situar a la cabeza de los ejércitos subordinados, como suele ocurrir, a los más cautelosos y precavidos, sino a los *más emprendedores,* porque, y volvemos sobre ello: para la eficacia estratégica separada, nada es más importante que el que cada parte trabaje con eficacia, manifieste la plena eficacia

de sus fuerzas, y los errores que puedan cometerse en un punto se compensen con la destreza[385] en otros. Pero sólo se está seguro de la plena actividad de todas las partes cuando los generales son gente rápida, emprendedora, a los que impulsa el instinto interior, el propio corazón[386], porque una consideración meramente objetiva y fría de la necesidad de actuar raras veces basta.

Finalmente, no queda más que la observación de que, si las circunstancias lo permiten, las tropas y generales deben ser empleados, según sus peculiaridades, conforme a su destino y a la naturaleza del terreno.

Ejércitos permanentes, buenas tropas, caballería numerosa, viejos, cautelosos y expertos generales en terrenos abiertos; milicias, población armada, chusma reunida[387], generales jóvenes y emprendedores en bosques, montañas y pasos, ejércitos auxiliares en ricas provincias, donde les parezca.

Lo que hemos dicho hasta ahora sobre el plan de guerra en general y en este capítulo en particular sobre aquello que estaba orientado a la derrota del enemigo tenía la intención de elevar por encima de todo el objetivo de la guerra e indicar después los principios que deben servir de guía a la hora de organizar los medios y vías. Queremos inducir con ello una clara conciencia de lo que se quiere y debe en una guerra así. Queremos resaltar lo necesario y general, dejar margen a lo individual y casual, pero alejar lo *arbitrario, infundado, juguetón, fantasioso o sofista*.[388] Si hemos alcanzado ese fin, consideramos cumplida nuestra tarea.

Quien esté muy confuso por no encontrar aquí nada relativo al vadeo de ríos, el dominio de la montaña por medio de sus puntos predominantes, la evitación de las posiciones fijas y la llave del país, no nos ha entendido, y confesamos que creemos que alguien así tampoco ha entendido las grandes cuestiones de la guerra.

En los libros anteriores, hemos caracterizado estos objetos en general y hemos encontrado que en la mayoría de los casos son de una naturaleza mucho más débil de lo que podría hacer creer su fama. Tanto menos podían y debían representar un gran papel en una guerra cuyo objetivo es el sometimiento del enemigo, un papel que tuviera influencia sobre todo el diseño de la guerra.

Al final de este libro dedicaremos un capítulo propio a la institución del mando supremo.

Vamos a concluir este capítulo con un ejemplo.

Si Austria, Prusia, la Confederación Germánica, los Países Bajos e Inglaterra deciden una guerra contra Francia, pero Rusia se mantiene neutral —un caso repetido desde hace ya ciento cincuenta años—, estarán en condiciones de librar una guerra ofensiva orientada al sometimiento del adversario. Porque, por grande y poderosa que sea Francia, puede darse el caso de que la mitad mayor de su reino se vea inundada de ejércitos enemigos y la capital se vea reducida en su posesión y constreñida a fuentes auxiliares insuficientes, sin que aparte de Rusia haya una potencia que pudiera apoyarla con eficacia. España está demasiado lejos y en situación demasiado desventajosa; los Estados italianos son por el momento demasiado débiles e impotentes.

Los países mencionados tienen, sin contar sus posesiones fuera de Europa, más de 75.000.000 de habitantes, mientras Francia sólo tiene 30.000.000[389], y el ejército que tendrían que movilizar para una guerra en serio contra Francia podría ser, sin exageración, el siguiente:

Austria	250.000 hombres
Prusia	200.000 hombres
El resto de Alemania	150.000 hombres
Los Países Bajos	75.000 hombres
Inglaterra	50.000 hombres
Suma	725.000 hombres

Si comparecieran efectivamente, con toda probabilidad serían ampliamente superiores al poder que Francia pudiera oponerles, porque este país en ningún momento tuvo bajo Bonaparte una masa de combatientes de fuerza similar. Si pensamos ahora en lo que se pierde en guarniciones de fortalezas y depósitos para vigilar la costa, etc., no se pondrá en duda la probabilidad de una importante superioridad en el teatro bélico principal, y en ésta se basa principalmente la finalidad de someter al enemigo.

El centro de gravedad del reino francés está en su poder bélico y en París. Vencer a aquel en una o varias batallas principales, conquistar París, empujar los restos del ejército enemigo al otro lado del Loira, tiene que ser el objetivo de los aliados. El corazón de la monarquía francesa está entre París y Bruselas, allí la frontera sólo está a 30 millas de la capital. Una parte de los aliados, los ingleses, neerlandeses, prusianos y los Estados del norte de Alemania, tienen allí su punto de disposición natural, sus países están en parte en las cercanías, en parte justo detrás. Austria y el sur de Alemania sólo pueden librar su guerra con comodidad desde el Alto Rin. La dirección más natural va a parar a Troyes y París o a Orleáns. Ambos golpes, tanto el que se da desde los Países Bajos como el que se da desde el Alto Rin, son por tanto completamente directos y no forzados, cortos y enérgicos, y ambos llevan al centro de gravedad del poder enemigo. Así que habría que repartir todo el poder enemigo entre estos dos puntos.

Sólo dos consideraciones apartan de esta sencillez del plan.

Los austriacos no dejarán al descubierto Italia, querrán seguir siendo en todo caso dueños de los acontecimientos allí. Por tanto, no cubrirán Italia indirectamente por medio de un ataque al corazón de Francia. Dada la situación política del país, no cabe desechar esta intención secundaria; pero sería un error enteramente decidido unir a esta la vieja idea, a menudo ya intentada, de un ataque al sur de Francia desde Italia, y dar por esa razón al poder italiano una magnitud que no necesitaba para el mero aseguramiento contra los casos de desgracia extrema en la primera campaña. Sólo ese poder debe permanecer en Italia, sólo ese debe sustraerse a la empresa principal, si no se quiere ser infiel a la idea principal, *unidad de plan, unidad de poder*. Querer conquistar Francia desde el Ródano es como querer levantar un mosquetón cogiéndolo por la punta de la bayoneta; pero incluso como empresa secundaria un ataque al sur de Francia es desechable, porque sólo despierta nuevas fuerzas contra nosotros. Cada vez que se ataca una provincia alejada, se remueven intereses y actividades que antes estaban dormidas. Sólo cuando se ve que las fuerzas dejadas en Italia con fines de mero aseguramiento del país son demasiado grandes y tendrían por tanto que permanecer ociosas, está justificado un ataque al sur de Francia desde allí.

Por eso, repetimos: el poder italiano tiene que mantenerse tan débil como permitan las circunstancias, y es suficiente con que sirva

para que los austriacos no puedan perder todo el país en una sola campaña. Supongamos que ese poder, en nuestro ejemplo, cuenta con 50.000 hombres.

La otra consideración es la situación de Francia como país costero; ya que Inglaterra tiene la preponderancia en el mar, se desprende de ello una gran vulnerabilidad de Francia a lo largo de toda su costa atlántica y en consecuencia una ocupación más o menos fuerte de la misma. Por débil que sea su organización, con ella se triplica la frontera francesa, y no puede dejar de ocurrir que con eso se sustraiga al ejército francés en sus teatros bélicos un montón de fuerzas. 20 o 30.000 hombres de tropas de desembarco disponibles con los que los ingleses amenazasen Francia absorberían quizá el doble o triple de fuerzas francesas, con lo que hay que pensar no sólo en tropas, sino también en el dinero, cañones, etc., que requieren la flota y las baterías costeras. Supongamos que los ingleses emplean en ello 25.000 hombres.

Nuestro plan de guerra sería pues, de forma muy sencilla:
Primero: Que en los Países Bajos se congregaran
200.000 hombres de tropas prusianas,
75.000 de tropas neerlandesas,
25.000 de tropas inglesas,
50.000 de tropas aliadas del norte de Alemania,

en total 350.000 hombres, de los que alrededor de 50.000 se emplearan para guarnecer las fortalezas fronterizas y 300.000 para avanzar sobre París y ofrecer una batalla principal a los ejércitos franceses.

Segundo: Que 200.000 austriacos y 100.000 tropas del sur de Alemania se concentrasen en el Alto Rin y avanzaran de forma simultánea al ejército neerlandés, contra el Alto Sena y desde allí contra el Loira, para ofrecer también una batalla principal al ejército enemigo. En el Loira, quizá estos dos golpes se unieran en uno.

Con esto queda establecida la cuestión principal; el resto de lo que tenemos que decir atañe principalmente a la distancia respecto a las ideas erróneas y consiste en lo siguiente:

Primero: La tendencia de los generales tiene que ser buscar la batalla principal prescrita y librarla con una relación de poder y en unas circunstancias que prometan una victoria decisiva; a este fin

tienen que sacrificarlo todo y servirse de los menos asedios, cercos, ocupaciones, etc., que sea posible. Si, como hizo Schwarzenberg en el año 1814, se separan en radios excéntricos en cuanto pisen territorio enemigo, todo está perdido, y en el año 1814 los aliados sólo debieron al desmayo de Francia no perderlo todo en los primeros quince días. El ataque debe ser como una flecha impulsada con fuerza, y no como una pompa de jabón que se ensancha hasta explotar.

Segundo: Hay que dejar a Suiza a sus propias fuerzas. Si se mantiene neutral, se tiene un buen punto de apoyo en el Alto Rin; si es atacada por Francia, venderá cara su piel, lo que es muy adecuado en más de un sentido. Nada sería más necio que querer conceder a Suiza, por ser el país más alto de Europa, una influencia geográfica dominante sobre los acontecimientos bélicos. Una influencia así sólo se da sen ciertas condiciones, muy restringidas, que no se dan aquí en absoluto. Mientras los franceses sean atacados en el corazón de su país, no podrán emprender ninguna ofensiva robusta desde Suiza ni hacia Italia ni hacia Suabia, y la elevada situación de ese país no puede ser tomada en consideración como una circunstancia decisiva. La ventaja del dominio estratégico es importante principalmente en la defensa, y lo que queda de esa importancia para el ataque puede mostrarse de un solo golpe. Quien no sepa esto no ha pensado el asunto hasta tenerlo claro, y si en el futuro consejo del gobernante y general se hallara un erudito oficial de estado mayor que sacara a relucir tal sabiduría con preocupado ceño, la declaramos de antemano vana necedad y deseamos que en ese mismo consejo pueda encontrarse algún viejo y capaz soldado, un hijo del sano entendimiento humano, que le quite la palabra de la boca.

Tercero: Pasamos prácticamente por alto el espacio entre ambos ataques. Mientras 600.000 hombres se concentran a 30 y 40 millas de París para avanzar hacia el corazón del Estado francés, ¿hay que pensar en cubrir el Medio Rin, es decir, Berlín, Dresde, Viena y Munich? Eso sería absurdo. ¿Hay que cubrir la línea de comunicación? Eso no carecería de importancia; pero lógicamente pronto se puede llegar a tener que dar a esa cobertura la fuerza e importancia de un ataque y, en vez de avanzar sobre dos líneas, a lo que fuerza la situación de los Estados, avanzar sobre tres, a lo que no les fuerza, y esas tres quizá se convertirán en cinco o incluso siete, y toda la vieja letanía volverá a estar a la orden del día.

Cada uno de nuestros dos ataques tiene su objetivo; las fuerzas empleadas en ellos son con toda probabilidad notablemente superiores a las enemigas; si cada uno sigue su fuerte camino hacia delante, sólo puede ocurrir que sean mutuamente ventajosos. Si uno de los dos ataques resultara desdichado porque el enemigo ha repartido su poder de forma desigual, cabe esperar con razón que el éxito del otro repare por sí mismo esa desdicha, y esta es la verdadera relación entre ambos. Debido a la distancia, no podrían tener una relación que se extendiera a los acontecimientos de cada día; no lo necesitan, y por eso la comunicación directa, o más bien recta, entre ellos no tiene gran valor.

El enemigo, que ha sido atacado en lo más íntimo, no podrá de todos modos emplear fuerzas dignas de mención en interrumpir esa comunicación; más bien todo lo que hay que temer es que esa interrupción se produzca mediante la colaboración de los habitantes apoyados por partidas, de forma que esa finalidad no le cueste al enemigo verdaderas fuerzas combatientes. Para salir al paso de esto, es suficiente con que desde Tréveris un cuerpo de caballería de 10 a 15.000 hombres mantenga la dirección de Reims; será suficiente con arrollar a los partidarios y mantenerse a la altura del gran ejército. No debe ni cercar ni observar fortalezas, sino marchar entre ellas, no tener una base fija y rehuir en cualquier dirección el encuentro con fuerzas superiores. De ese modo, nunca podrá ocurrirle una gran desgracia, y si le ocurriera no sería, una vez más, una gran desgracia para el conjunto. En estas circunstancias, probablemente baste con un cuerpo así para formar un punto intermedio entre los dos ataques.

Cuarto: Las dos empresas secundarias, el ejército austriaco en Italia y el ejército inglés de desembarco, pueden abandonar su fin de la mejor manera. Si no se mantienen ociosos, ya se ha cumplido su finalidad principal, y en ningún caso debería hacerse depender de ello en modo alguno uno de los dos grandes ataques.

Seguimos firmemente convencidos de que de ese modo se puede derrotar y castigar a Francia cada vez que se le ocurra volver a la insolencia con la que ha oprimido a Europa durante 150 años. Sólo más allá de París, junto al Loira, se pueden mantener las condiciones necesarias para la tranquilidad de Europa. Sólo así se manifestará con rapidez la proporción natural de 30 a 75 millones, pero no si cada país, como ha ocurrido durante 150 años, se rodea de

Dunkerque a Génova de un cinturón de ejércitos, fijándose cincuenta pequeños objetivos de los que ninguno es lo bastante fuerte como para superar la inercia, la fricción, las influencias ajenas, que se engendran por doquier, pero especialmente en los ejércitos aliados, y se regeneran eternamente.

El lector se dará cuenta por sí mismo de lo poco que las disposiciones provisionales del ejército federal alemán responden a esa disposición. En esa organización, la parte federativa de Alemania forma el núcleo del poder alemán, y Prusia y Austria, debilitadas por él, pierden su peso natural. En la guerra, un Estado federado es un núcleo muy débil; en él no cabe imaginar ninguna unidad, ninguna energía, ninguna opción razonable del general, ninguna autoridad, ninguna responsabilidad.

Austria y Prusia son los dos centros naturales de impulso para el Reich alemán, constituyen el punto de oscilación[390], la fuerza de la hoja, son Estados monárquicos, acostumbrados a la guerra, tienen sus intereses determinados, autonomía de poder, predominan respecto a los otros. Esas son las líneas naturales que tiene que seguir la organización, y no una falsa idea de unidad; esta es aquí completamente imposible, y quien desperdicia lo posible en aras de lo imposible es un necio.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1780

Austria y Rusia aproximan sus posiciones.

Muere la emperatriz María Teresa de Austria y le sucede su hijo José II, 29.XI.

Franz Joseph Haydn estrena su *Sinfonía de los juguetes*.

El día 1 de junio, nace Carl Phlipp Gottlieb von Clausewitz, en la localidad de Burg, cerca de Magdeburgo, en Prusia.

1785

Los Hohenzollern de Prusia tratan de sustituir a los Habsburgo a la cabeza del imperio.

1786

Muere Federico II el Grande, el artífice del poderío del reino de Prusia. Le sucede Federico Guillermo II.

1792

Austria y Prusia se alían contra Francia. Gustavo III de Suecia es asesinado y Rusia invade Polonia, 7.II.

Francisco II de Austria sucede a su hermano Leopoldo II como cabeza del sacro imperio romano germánico, 1. III.

Asesinato de Gustavo III de Suecia, 29.III.

Las masas revolucionarias de París invaden Las Tullerías, 20.VI.

Francia declara la guerra a Prusia, 8.VII. Los ejércitos prusiano y austriaco penetran en territorio francés.

Prisión de la familia de Luis XVI, 13.VIII.

Los prusianos toman Verdún, 2, IX.

La Batalla de Valmy detiene la ofensiva prusiana, 20.IX.

Proclamación de la República francesa y entrada en vigor del Calendario Revolucionario, 22, IX.

Thomas Paine es juzgado por la publicación de *Los derechos del hombre* y Rouget de Lisle compone *La marsellesa*.

Nace el poeta Percy Bysshe Shelley.

Se enrola en el Ejército prusiano.

1793

Ejecución de Luis XVI, 21, I.

Prusia y Rusia se reparten Polonia, 23.I.

Gran Bretaña, Austria, Prusia, Holanda, España y Cerdeña forman la Primera Coalición contra Francia, 13.II.

El sacro imperio romano declara la guerra a Francia, 26.III.

Se efectúa la Segunda Partición de Polonia, 7.V.

Asesinato de Jean-Paul Marat, 23.VII.

Ejecución de María Antonieta, 16.X.

Napoleón Bonaparte desembarca en Tolón, 19.XII.

Paganini debuta como virtuoso del violín. El Louvre de París se convierte en Galería Nacional.

Abanderado en el asedio de Maguncia, durante la Campaña del Rin.

1794

Prusia retira sus tropas de la guerra, 25.X.

Prusia y España realizan conversaciones de paz por separado, 8.XII.

Con *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe, nace la novela gótica.

Muere el gran historiador de la Antigüedad, Edward Gibbon.

Durante su vida cuartelaria, inicia un periodo de reflexión y estudio.

1797

Federico Guillermo III, rey de Prusia.

1801

La Paz de Luneville entre Austria y Francia sentencia al sacro imperio romano germánico, 9.II.

Prusia se adhiere a la neutralidad armada del Norte, 29.III.

Concluye la guerra de las naranjas, entre España y Portugal, 6.VI.

Hegel y Schelling crean el *Diario crítico de Filosofía*.

Pestalozzi publica sus tratados pedagógicos.

Schiller estrena *La doncella de Orleans*.

Ingresa en la Escuela General de Guerra de Berlín, dirigida por Scharnhorst, que sería su mejor amigo.

Estudia Filosofía y Literatura y establece las bases de su concepción de la estrategia.

En la corte, conoce a la condesa Marie von Brühl, con la que contrae matrimonio.

1806

Tratado franco-prusiano contra Inglaterra, 15.II.

Inglaterra declara la guerra a Prusia, 1.IV.

Establecimiento de la Confederación del Rin, bajo protección de Francia, 12.VII.

Desaparece el sacro imperio romano germánico, 6.VIII.

Tras lanzar un ultimátum a Francia, 1.X, Prusia le declara la guerra, 9.X.

Victorias francesas sobre Prusia, en Jena, y sobre Sajonia, en Auerstadt, 14.X.

Napoleón hace su entrada en Berlín, 27.X.

Por los Decretos de Berlín, Napoleón establece el Sistema Continental y el bloqueo naval de Gran Bretaña, 21.XI.

Nace el futuro economista John Stuart Mill.

Participa en la Campaña de Jena, es hecho prisionero en Prenzlau e internado en Francia.

1807

El Tratado de Tilsit hace perder a Prusia la mitad de su territorio.

Imposición de medidas renovadoras en todos los órdenes y abolición de la servidumbre.

1808-1809

Los franceses ocupan Roma, 2.II, e inician su penetración en España, 16.II.

Levantamiento del pueblo de Madrid contra la ocupación francesa, 2.V.

Napoleón impone a Prusia la limitación de sus fuerzas armadas, 8.IX.

En el Congreso de Erfurt, Napoleón reúne a Alejandro I de Rusia y a los reyes de Baviera, Sajonia, Westfalia y Württemberg.

Entrevista en Erfurt entre Goethe y Bonaparte.

Fichte publica sus *Discursos a la nación alemana* y Goethe, la primera parte de *Fausto*.

Beethoven estrena su sinfonía *Pastoral*.

Liberado de su internamiento, regresa a Prusia.

1810

Prosigue la imposición de profundas reformas en todas las estructuras del Estado prusiano.

Por impulso del filósofo Fichte, la Universidad de Berlín se convierte en el centro del nacionalismo alemán.

Es nombrado profesor en la Escuela de Guerra.

Es uno de los mayores promotores de la reforma del Ejército prusiano y le es confiada la educación militar del *konprinz*, el príncipe heredero Federico Guillermo II.

1812

Prusia permite el paso del ejército francés, aporta tropas en la guerra contra Rusia y se adhiere al Sistema Continental, 24.II.

El Emperador cruza el río Niemen y entra en territorio ruso, 24.VI.

Derrotas rusas en las batallas de Esmolensko, 18.VIII, y Borodino, 7.IX.

Napoleón entra en la incendiada Moscú, 14.IX, que los franceses abandonan el 19.X.

En la Convención de Tauroggen, el general prusiano Von York rompe con Francia e impone la neutralidad, 30.XII.

Nacen el novelista Charles Dickens y Alfred Krupp, el padre de la saga de los grandes fabricantes alemanes de armas.

Emancipación de los judíos de Prusia.

Escribe sus patrióticas *Confesiones*, dimite de su cargo y se integra como «prusiano libre» en el Ejército ruso.

Agregado al Estado Mayor del Zar, tiene un destacado papel en Tauroggen.

1813

Por la Alianza de Kalisch, Prusia y Rusia acuerdan una acción conjunta contra Francia y la Confederación del Rin, 28.II.

Tras la sublevación de la Prusia Oriental,

Federico Guillermo III proclama la movilización en masa y declara la guerra a Francia, 17.III.

Prusianos y rusos ocupan Dresde, 27.III.

Victoria napoleónica en Lützen sobre prusianos y rusos, 2.V.

Metternich consigue el armisticio de Poischwitz entre Prusia y Francia, 4.VI.

Tratado de Reichenbach entre Prusia y Rusia, 27.VI.

Congreso de Praga entre Prusia, Francia y Austria, 28.VII.

En la Batalla de Dresde, Napoleón derrota al ejército aliado, 27.VIII.

El Tratado de Teplitz une a Prusia, Rusia y Austria contra Francia, 9.IX.

Gran derrota de los franceses en la Batalla de las Naciones, junto a Leipzig, 19.X.

En la Declaración de Francfort, los aliados anuncian la invasión de Francia, 1.XII.

Nacen Soren Kierkegaard, Richard Wagner y Giuseppe Verdi.

Oficial de enlace ruso y jefe de Estado Mayor de la Legión Alemana del Ejército del Norte.

1814

Tras la Batalla de Laon, los ejércitos aliados entran en París, 31. III.

Por la Primera Paz de París, Francia reconoce la independencia de los estados alemanes, 30.V.

Inauguración del Congreso de Viena, 1.XI.

El Reino de Prusia es dividido en provincias.

Pío VII restaura la Inquisición y amplía el Índice.

Goya pinta *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos del 3 de mayo* y Beethoven estrena *Fidelio*.

Nace Mijail Bakunin.

Tras el armisticio, se reintegra como coronel prusiano.

1815

Austria, Inglaterra y Francia se enfrentan a Prusia y Rusia acerca de Polonia, 3.I.

Napoleón regresa a París y comienzan Los Cien Días, 20.III.

Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia se alían contra Francia.

Federico Guillermo III promete una Constitución para Prusia, 25.V.

El Congreso de Viena restaura la integridad territorial de Prusia, 9.VI. El Reino se perfila como futuro motor de la unidad de los pueblos alemanes.

Definitiva derrota de Napoleón en Waterloo, 18.VI, y segunda abdicación, 22.VI.

Prusia, Rusia y Austria crean la antiliberal Santa Alianza.

Renovación de la Cuádruple Alianza, 20.XI.

Obra económica de Malthus y literaria de Hoffmann y Wordsworth.

Nace Otto von Bismarck.

Es jefe de cuerpo durante la Campaña de Waterloo.

Participa en los combates de Wavre y Coblenza.

1818

Prusia suprime las aduanas internas, 28.V.

La Conferencia de Aquisgrán, 21,IX, discute las indemnizaciones francesas, previas a la evacuación de su territorio, 30.XI.

Renovación de la Cuádruple Alianza, 15.XI.

Hegel sustituye a Fichte como profesor de Filosofía en Berlín.

Creación del Museo del Prado.

Byron publica *Don Juan* y Mary Shelley, *Frankenstein*.

Nace Karl Marx.

Alcanza el grado de general y es director administrativo de la Escuela General de Guerra de Berlín.

Elaboración de los grandes trabajos de teoría estratégica, que configurarán *De la guerra*.

1830

En París, la revolución destrona a Carlos X e impone a Luis Felipe de Orleans, 27.VII-7.VIII.

Insurrección de Polonia contra el dominio ruso, 29.XI.

Primera epidemia de cólera en Europa.

Comte presenta su filosofía positivista.

Stendhal publica *Rojo y negro* y Victor Hugo estrena *Hernani*.

Inspector regional de Artillería en Breslau, Silesia.

En Poznan, como jefe de Estado Mayor, observa el alzamiento de los patriotas polacos.

1831

Los rusos aplastan la insurrección polaca, 8.IX.

Viajes científicos de Darwin.

Balzac continúa *La comedia humana*.

Muere Clausewitz de cólera en Breslau, el 16 de noviembre.

1832

Su viuda inicia la publicación póstuma de sus obras.

PRINCIPALES BATALLAS CITADAS EN ESTE LIBRO

ARCIS SUR AUBE, 20 y 21 de marzo de 1814. Es la última batalla de Napoleón durante la campaña de Francia y se desarrolló cerca de la ciudad de Arcis sur Aube, en la Champaña francesa. Napoleón, acosado por varios ejércitos austriacos y prusianos, decidió atacar con 28.000 hombres el ejército al mando del mariscal de campo Schwazemberg, que contaba con 80.000 soldados. El mariscal Ney consiguió expulsar a los austriacos, al mando del general Wrede, de la ciudad. Un duro combate de caballería cerró las operaciones del día 20. Schwazemberg, de noche, llegó al frente con el grueso de sus fuerzas, pero temiéndose una trampa del Emperador no sacó partido a su superioridad numérica, dando tiempo a los franceses a retirarse en orden al otro lado del río, cubiertos por los hombres del mariscal Oudinot. Las bajas francesas fueron de 3.000 hombres y las austriacas de 4.000.

ASPERN, 21-22 de mayo de 1809. Se puede considerar como un serio revés para Napoleón, aunque no una verdadera derrota. Después de tomar Viena el 13 de mayo, el Emperador necesitaba encontrar al archiduque Carlos y destruir su ejército; para ello, tuvo que buscar un paso para cruzar el Danubio, ya que el ejército austriaco en retirada había realizado una eficiente destrucción de todos los puentes que cruzaban el gran río. El paso se situó en la isla de Lobau, que los franceses ocuparon para construir un puente. El 20 de mayo, el mariscal Massena, al frente del IV cuerpo de ejército, cruzó el río ocupando las poblaciones de Aspern y Essling, donde, con 24.000 hombres y 60 cañones, se creo una cabeza de puente. El 21 de mayo por la mañana se vieron sorprendidos con la llegada de más de 95.000 austriacos con 200 cañones, mientras que los refuerzos franceses se retrasaron por los continuos ataques austriacos al puente. Fortificados entre las dos ciudades, el IV cuerpo de Massena contuvo el ataque austriaco. El 22, gran parte del ejército de Bonaparte había cruzado ya, pero el III cuerpo de ejército del mariscal Davout no pudo hacerlo, al ser destruido el puente antes de que ellos tuvieran tiempo de cruzar, de modo que el Emperador no pudo pasar al contraataque, por lo que los austriacos consiguieron finalmente empujar a las

tropas napoleónicas a la isla de Lobau. Esta retirada se hizo en perfecto orden, lo que minimizó las bajas, pero supuso un revés para el siempre victorioso Napoleón, que perdió más de 18.000 hombres. Los ejércitos austriacos perdieron 27.000.

AUERSTEDT, 14 de octubre de 1806. Mientras Napoleón se enfrentaba al grueso del ejército prusiano en Jena, el mariscal Davout, cuyas órdenes eran las de rodear el campo para coger al enemigo en una tenaza, se encontró en Auerstedt con un ejército prusiano de 55.000 hombres. Al tiempo que Napoleón, con un ejército el doble de grande, destruía el grueso del ejército de los Hohenlohe, Davout entraba en combate contra las mejores tropas prusianas, a cuya cabeza se encontraban el mismo rey y el duque de Brunswick. El mariscal francés sólo contaba con 30.000 hombres, pero los prusianos no aprovecharon su superioridad, perdiendo el tiempo en infructuosas maniobras. Dos cargas de caballería se estrellaron contra las fuertes líneas francesas, mientras que el mariscal francés, que ignoraba su clara inferioridad, atacaba por las alas para rodear al ejército real que, desmoralizado, fue destruido. Los prusianos perdieron 13.000 hombres —3.000 prisioneros y 10.000 muertos—, entre ellos el propio duque de Brunswick, que cayó a las 17 horas. Los franceses sufrieron 7.000 bajas.

AUSTERLITZ, 2 de diciembre de 1805. Esta batalla es el punto culminante de la campaña de 1805 en Alemania. Tuvo lugar en Moldavia y en ella participaron tres emperadores: Napoleón, Alejandro I, zar de Rusia, y Franscico I de Austria. En la batalla se enfrentaron 75.000 hombres por la *Grande Armée* y unos 100.000 hombres por el ejército coaligado contra Napoleón. Éste dejó que los austro-rusos tomaran la iniciativa, y alineó sólo 50.000 hombres frente a Koutouzof, evidentemente preparándose para la retirada. Pero ahí estaba la trampa. En realidad, el Emperador francés estaba preparando varias líneas de frente para la batalla, por lo que se dejó rodear por los aliados el 1 de diciembre. El 2, a las 7 horas, los aliados, concentrados en las zonas bajas del campo de batalla, emprenden la ofensiva contra los franceses, quienes, siguiendo las órdenes de Bonaparte, se limitan a responder al fuego en el valle, mientras el centro del ejército francés, al mando del general Soult, ocupa entre las 8.30 y las 11 horas, la meseta que domina el campo de batalla. Con ello empiezan a cortar la comunicación del ala izquierda aliada del resto del ejército, mientras que más al norte el ala derecha francesa, al mando de Lannes (infantería) y Murat (caballería), ataca este mismo ala izquierda aliado, cortando con una carga de caballería el

último y reducido contacto que los rusos mantenían con el grueso del ejército, en el pequeño pueblo de Austerlitz. La dispersión del ala izquierda rusa lleva a la ruptura del centro del ejército aliado, que termina desastrosamente derrotado. Los franceses perdieron, pese a todo, 9.000 hombres, mientras que las bajas de los aliados ascendieron a 27.000, de los que 12.000 fueron hechos prisioneros (entre ellos 20 generales); también fueron confiscados 180 cañones, pérdidas catastróficas que llevarán a los rusos y a los austriacos a concluir un armisticio dos días después.

Blenheim, 13 de agosto de 1704. Esta batalla supone la gran victoria de John Churchill, primer duque de Malborough, y del príncipe Eugenio de Saboya, durante la Guerra de Sucesión española, y la primera gran derrota de los ejércitos de Luis XIV en cincuenta años. Los combates se desarrollaron cerca de la ciudad de Blenheim, en las orillas del Danubio. Enfrentó a 52.000 ingleses y austriacos contra 60.000 franceses y bávaros a las órdenes del mariscal conde de Tallard, quien amenazaba la misma Viena, por lo que Malborough y Eugenio de Saboya juntaron sus respectivos ejércitos, tomando por sorpresa a los franceses, apoyados a su derecha en Blenheim y a la izquierda en la ciudad de Lützingen. Mientras Eugenio realizaba ataques de distracción, Malborough intentó infructuosamente dos veces el asalto de Blenheim. Pero aunque no consiguiera conquistar la ciudad, sí consiguió que Tallard moviese sus reservas para fortalecer su defensa, por lo que el siguiente y sangriento ataque al centro francés, culminado con una irrefrenable carga de caballería, terminó con la ruptura del frente y con la captura del mismo Tallard. El combate se saldó con 12.000 bajas por parte de los aliados y 18.000 franco-bávaras, a lo que se unieron 13.000 prisioneros. La batalla salvó a Viena, mostró que los ejércitos de Luis XIV ya no eran invencibles y creó la fructífera colaboración entre Malborough y Eugenio.

Borodino, 7 septiembre de 1812. A menos de 150 km de Moscú tuvo lugar la batalla de Borodino, la más importante de la campaña rusa de Napoleón, cuyas fuerzas ascendían a 130.000 hombres, con 28.000 jinetes y 587 cañones, enfrentados a los ejércitos rusos, a las órdenes de Kutuzov, que contaban con 135.000 hombres, 25.000 jinetes y 624 cañones. Kutuzov planteó la batalla para impedir la entrada de los franceses en Moscú. El combate se desarrolló fundamentalmente en el centro de los ejércitos, con continuas cargas del ejército francés, aunque el infructuoso contraataque de caballería rusa se hizo contra el ala

izquierda del ejército de Napoleón. Tras casi catorce horas de batalla, ésta se terminó con la retirada rusa. Los rusos perdieron 15.000 hombres, entre ellos tres generales, y tuvieron más de 25.000 heridos. Por su parte, el ejército francés perdió 10.000 hombres, también varios generales, y hubo más de 20.000 heridos. Esta batalla está considerada una victoria táctica francesa, pero una derrota estratégica ya que, un mes después, Napoleón tendría que emprender la penosa retirada de Rusia.

Breslau, 22 de noviembre de 1757. Derrota de los ejércitos prusianos de Federico II el Grande durante la Guerra de los Siete Años delante de la ciudad de Breslau, frente a las tropas imperiales austriacas. El ejército prusiano contaba sólo con 28.000 hombres al mando del general Bevern frente a un gran ejército imperial de 84.000 soldados. Los prusianos mantuvieron el campo cierto tiempo, pero hubieron de retirarse dejando en Breslau una guarnición de 6.000 hombres, que se rendiría el 24 de noviembre. En esta batalla los prusianos sufrieron 5.000 bajas, y el mismo Bevern fue hecho prisionero. Por su parte, los austriacos perdieron 4.000 hombres.

Brienne, 29 de enero de 1814. Durante la campaña aliada de Francia, mientras los aliados avanzaban en tres direcciones diferentes, los planes de Napoleón eran derrotarlos individualmente por turno. El primero era el ejército prusiano de Blucher, que contaba con 25.000 hombres. Contra éstos enfrentó a más de 30.000, en su mayoría nuevos reclutas sin experiencia de guerra. El plan francés consistió en un ataque principal por el flanco, gracias al cual se consiguió conquistar el castillo de Brienne, donde estuvieron a punto de hacer prisionero al mariscal prusiano. Por su parte, una carga de jinetes cosacos estuvo a punto de capturar al Emperador. El combate se saldó con la pérdida de 4.000 prusianos y 3.000 franceses. Una pequeña victoria francesa.

Czaslau, 17 de mayo de 1742. Durante la Guerra de Sucesión austriaca, en esta batalla se enfrentaron los ejércitos prusianos de Federico II, con 28.000 hombres, y los austriacos al mando del príncipe Carlos de Lorena, con 30.000. Los austriacos iban ganando, pero mientras la caballería estaba ocupada saqueando un campamento prusiano capturado, apareció Federico II con la reserva prusiana, y su caballería decantó la victoria en favor de los prusianos, a costa de perder a casi todos sus jinetes, lo que a su vez impidió al rey de Prusia perseguir a los ejércitos imperiales, y así aprovechar estratégicamente la victoria.

DENAIN, BATALLA DE, Y LANDRECIES, ASEDIO DE, 24 de julio de 1712. Inesperada victoria de las tropas francesas, cuyo comandante era el mariscal-duque de Villars, sobre los ejércitos austro-holandeses a las órdenes del príncipe Eugenio. Estas fuerzas coaligadas amenazaban, desde la ciudad de Denain, la plaza fuerte de Landrecies, último bastión francés antes de París. En una atrevida maniobra, el duque de Villars rodeó por el oeste la ciudad, cargando a bayoneta por sorpresa, con 52 batallones, contra las tropas enemigas. Los austro-holandeses tuvieron que huir abandonando Denain y dejando 10.000 hombres muertos. Esta victoria en el último momento permitió a Luis XIV alcanzar unas condiciones más favorables y honorables en el tratado de Utrecht, iniciado el 29 de enero de 1712, que ponía fin a la Guerra de Sucesión española.

DENNEWITZ, 6 de septiembre de 1813, antecedente de la decisiva batalla de Leipzig. En Dennewitz se enfrentaron un ejército francés de 58.000 hombres, al mando del mariscal Ney, con la orden de volver a ocupar Berlín, contra un ejército prusiano al mando de Von Bülow, que contaba con unos 50.000 hombres. La batalla se produjo por el deficiente reconocimiento de los franceses, que se encontraron con un ejército prusiano desplegado en orden de batalla frente a Dennewitz. Mientras la victoria se decantaba del lado francés, Ney cometió un grave error al entrar personalmente en combate, ya que perdió la visión táctica del campo, permitiendo un contraataque de los prusianos, que además se vieron reforzados por un ejército sueco, al mando del antiguo mariscal de Napoleón, Bernadotte. Los franceses perdieron 10.000 hombres por unos 7.000 soldados aliados. La derrota de Dennewitz forzó al Emperador francés a concentrar todas sus tropas alrededor de Leipzig.

DRESDE, 26 y 27 de agosto de 1813. Mientras que el Emperador persigue a las tropas en retirada de Blücher, un ejército austro-ruso al mando de Schwarzenberg y de Alejandro I en persona, se dirige hacia Dresde para tomarla al asalto; por ello Napoleón tiene que dar la vuelta. Los soldados aliados (unos 90.000) empiezan el asalto de Dresde con las primeras luces del 26, pero a las 10 de la mañana llega Napoleón, que desbarata el asalto y provoca la retirada de los austro-rusos a sus posiciones iniciales. El 27 por la mañana el Emperador francés cuenta, gracias a los refuerzos, con 95.000 hombres que prepara para atacar a las 10. El ataque principal se realiza sobre el ala derecha de los aliados, separada del grueso del ejército por un desnivel. A las 15 horas los aliados aceptan su derrota y tienen que

huir por las montañas de Bohemia perseguidos por los franceses, que habían perdido 8.000 hombres frente a 27.000 bajas aliadas.

DRISSA, 25-26 de julio de 1812. Más que una batalla, podemos considerarlo una escaramuza entre las tropas de Napoleón y el ejército ruso, previa a la más importante batalla de Smolensko. El plan de Napoleón era mantener separados a los ejércitos de Barclay y de Bagration, pero estos últimos evacuaron el campamento de Drissa antes de la llegada de los franceses, por lo que pudieron unirse al grueso de las fuerzas de Barclay, y, a pesar de que Napoleón consiguió derrotar a la retaguardia del ejército ruso cerca de Ostrowno, los rusos no plantearon batalla, por lo que la maniobra del Emperador fracasó, aunque tendría una nueva oportunidad en Smolensko.

EYLAU, 8 de febrero de 1807. Tras la victoria sobre los prusianos, Napoleón necesita derrotar a los rusos, aliados de éstos, para confirmar su victoria en la campaña de Prusia. Para ello persigue a las tropas del Zar por toda Polonia, después de conquistar Varsovia, pero los rusos no quieren plantear una batalla decisiva, hasta que, por un error del Zar, el mariscal Ney da con ellos cerca de Könisberg, por lo que avisa a Bonaparte, que prepara la batalla al sudeste de Könisberg, cerca de la pequeña localidad de Eylau. Los rusos cuentan con 80.000 hombres y una muy fuerte artillería, mientras que las tropas napoleónicas sólo cuentan con 50.000. Al principio de la batalla, la derecha del ejército francés empieza masacrando el ala izquierda rusa pero durante el avance se produce una tormenta de nieve que los separa del Emperador. Éste se encuentra en peligro ante el avance de los granaderos rusos, por lo que recurrirá a la caballería de Murat y la Guardia Imperial, que estaba en reserva, que tras un duro combate aniquilarán a estos granaderos. Por otro lado, el mariscal Davout, que quería rodear el ala izquierda rusa, se ve en peligro ante la llegada de 8.000 granaderos prusianos a los que a duras penas consigue mantener a raya hasta la llegada de ayuda por parte del mariscal Ney. Con la llegada de Ney, el ala izquierda rusa cae definitivamente, por lo que los rusos deciden retirarse. Eylau es una victoria según Napoleón, ya que los rusos se retiraron, pero el ejército francés había perdido 25.000 hombres, entre ellos 20 importantes generales, mientras que las pérdidas rusas se elevaban a 20.000. Una enorme carnicería que demostraba que las tropas imperiales no eran invencibles.

FLEURUS, 1 de julio de 1690. Tuvo lugar durante la Guerra de la Liga de los Augsburgo, entre los ejércitos franceses del duque de Luxemburgo y las tropas coaligadas holandesas y alemanas, al mando del príncipe Waldeck. Ambos ejércitos contaban con unos 40.000 soldados, pero el genio militar de Luxemburgo era superior, y así mientras los aliados esperaban quietos en sus posiciones a los franceses, éstos los envolvían para atacarlos por detrás. Al darse cuenta Waleck, demasiado tarde, de la estratagema francesa, hizo girar el ala izquierda germano-holandesa para enfrentarse a la carga enemiga, desguarneciendo con ello sus defensas. Mientras el ala izquierda aliada se rompía y se dispersaba ante la carga de caballería del ala derecha del ejército francés, la izquierda y el centro de éste lo tenían más difícil. Waleck derrotó a las tropas francesas en el centro, pero no fue capaz de aprovechar esta victoria parcial al ver el desastre de su ala izquierda, permitiendo así a las tropas de Luxemburgo reagruparse y reiniciar el ataque. Entonces recurrió a sus reservas, pero no pudo hacer nada más que ver cómo era derrotado el ejército coaligado ante el duque de Luxemburgo que, a raíz de esta batalla, sería considerado como invencible. Los aliados perdieron 9.000 hombres y 5.000 fueron hechos prisioneros. Los franceses tuvieron 3.000 bajas.

FLEURUS, 26 de junio de 1794. Un ejército coaligado de ingleses, austriacos y hannoverianos —con 50.000 hombres— mandados por el príncipe de Sajonia-Coburgo, contra el ejército republicano francés —con 90.000— comandados por el general Jourdan. Los coaligados entraron en batalla cuando fueron a intentar levantar el sitio de Charleroi, sin saber aún que esta ciudad se había rendido a los ejércitos revolucionarios franceses. Durante la batalla, fue derrotada el ala derecha francesa, pero el centro y la izquierda resistieron tenazmente, por lo que, al enterarse de la rendición de Charleroi, el príncipe de Sajonia-Coburgo decidió retirarse de Bélgica. Ambos bandos perdieron unos 5.000 hombres. Una de las particularidades de esta batalla es que fue la primera vez que se utilizó un globo aerostático de observación, algo que no se hará corriente hasta la Guerra de Secesión estadounidense.

FRIEDLAND, 14 de junio de 1807. Tuvo lugar entre las tropas imperiales de Napoleón, que contaban con 97.000 hombres, y las tropas rusas al mando del general Levin Bennigsen, que contaba con 58.000. La batalla se produjo por voluntad de Napoleón, para terminar con el ejército ruso que se le había escapado en Eylau unos meses antes. Aún en retirada, el ejército ruso estaba siendo acosado

por 17.000 franceses al mando del general Lannes, por lo que decidieron enfrentarse a ellos. A su clara inferioridad, los franceses consiguieron mantener un frente defensivo hasta la llegada de Napoleón con 80.000 hombres más. A las dos horas de su llegada, el ala izquierda rusa había sido destruida, replegándose el resto de las tropas hacia Friedland, cerca de Koenigsberg, y una hora más tarde el ejército ruso se batía en una desordenada retirada. Los rusos perdieron 25.000 hombres mientras que las bajas francesas sólo se elevaron a unas 10.000.

LUTZEN (O BATALLA DE GÖRSCHEN), 2 de mayo de 1813. Napoleón decidió interceptar una importante fuerza ruso-prusiana de más de 100.000 hombres comandados por el conde Wittgenstein y el general Blucher, que se dirigía contra la pequeña guarnición de Leipzig. Para atraer su atención, Napoleón decidió dejar en la ciudad de Lutzen el III cuerpo de ejército al mando de Ney como cebo para los generales aliados, que rápidamente atacaron al pequeño ejército, muy bien fortificado en los pueblos de alrededor de la ciudad. La batalla se hizo muy intensa, por lo que el mariscal francés se vio obligado a mandar sus reservas al frente mientras Bonaparte también tuvo que mandar refuerzos. Cuando el Emperador llegó, había más de 110.000 soldados franceses presionando a los aliados por los flancos; por la tarde los aliados tuvieron que emprender la retirada. Hubo unos 20.000 muertos en cada campo, pero las bajas aliadas podrían haber sido mucho mayores si no hubiera intervenido su caballería, que paralizó a las tropas francesas.

GROSSBEEREN, 23 de agosto de 1813, en Grossbeeren, a 15 km al sur de Berlín. El mariscal Oudinot, comandante de las fuerzas francesas destacadas para Berlín, tenía orden de ocupar de nuevo la ciudad, desarmar a la milicia ciudadana e incluso, si había resistencia, destruir la ciudad. Para ello contaba con unos 70.000 hombres y una fuerte artillería. Por su parte, la fuerza prusiana que tenía que defender sus hogares ascendía a 98.000 soldados, entre cuyos mandos se encontraba el mariscal Bernadotte, antiguo general de Napoleón y ahora aliado como rey de Suecia. Los franceses, subestimando las fuerzas de Prusia, atacaron los primeros; para añadir dificultad a la labor, se desató una fuerte tormenta que aumentó el caos en las líneas francesas, de modo que los prusianos pudieron pasar a la ofensiva con ataques frontales. La batalla acabó con la retirada nocturna del ejército de Ney, mientras las caballerías de ambos ejércitos se enfrentaban en una caótica lucha. Los franceses perdieron 3.000 soldados y parte de su artillería; los

prusianos perdieron 1.000. Aunque como batalla no tuvo mucha importancia, sí fue importante para elevar la moral de la tropa, al ser la primera que ganaban los prusianos desde que habían entrado en guerra con Napoleón.

HANAU, 30 de octubre de 1813. En retirada después del desastre de la batalla de Leipzig, los bávaros decidieron cambiar de bando pasándose al de los aliados. Mientras la mayor parte de las fuerzas aliadas perseguían a Napoleón a bastante distancia, un pequeño ejército austro-bávaro era el único obstáculo del Emperador para llegar a Frankfurt y luego a Francia. Este pequeño ejército, al mando del general bávaro Wrede, estaba formado por 30.000 hombres, la mitad austriacos y la mitad bávaros. Por su parte, Napoleón contaba con 100.000 hombres. Varios errores de Wrede permitieron una fácil victoria del Emperador. Por un lado, las fuerzas aliadas estaban divididas por un río, unidas sólo por un pequeño puente; por otro, tenían poca munición para su artillería y, además, Wrede había desplegado sus tropas cerca de un pequeño bosque que daría una excelente cobertura a los franceses. Atrapados por el río, los aliados fueron derrotados. Perdieron 9.000 hombres y la mayor parte de su artillería, mientras que las bajas de Napoleón ascendieron 6.000.

HOCHKIRCH, 14 de octubre. Derrota de los ejércitos prusianos al mando de Federico II durante la Guerra de los Siete Años ante los ejércitos austriacos de Von Daun. El general austriaco, que tenía fama de precavido, en este caso no lo fue, y utilizó bien su superioridad numérica ante el rey Federico II, quien confiaba en que, una vez más, Daun sería demasiado lento. Por suerte para los prusianos, su rey y el general Ziethen encontraron una vía de escape, a pesar de lo cual perdieron la mayor parte de la artillería y unos 10.000 hombres; las bajas austriacas también fueron grandes, con 8.000 muertos. Daun volvió enseguida a ser excesivamente precavido y no supo aprovechar la oportunidad de la debilidad prusiana para penetrar en sus líneas.

HOHENLINDEN, 3 de diciembre de 1800. El general Moreau, al mando de 100.000 franceses, se enfrentó cerca de la ciudad de Munich a las tropas austriacas del archiduque Juan, formadas por 130.000 hombres. Para desgracia de los austriacos, la carrera hacia Munich la ganaron los franceses, por lo que se pudieron fortificar cerca de Hohenlinden en la carretera hacia la capital bávara. Además, una espesa nieve y el terreno pantanoso obstaculizaban los movimientos austriacos, que se vieron flanqueados por el enemigo, recibiendo fuego por los dos

lados; perdieron en la batalla más de 18.000 hombres, mientras que los franceses perdieron sólo 5.000. Este triunfo le permitió a Moreau llegar hasta la misma ciudad de Salzburgo, hecho que, unido a la reciente victoria francesa de Marengo, acabó con la resistencia de los austriacos, que firmaron el armisticio de Steyr el 25 de diciembre.

JENA, 14 de octubre de 1806. Batalla decisiva, junto con la de Auerstedt que se desarrolló a la vez, a 20 km de distancia. En Jena se enfrentaron un ejército prusiano de 55.000 hombres, al mando del príncipe Federico de Hohenlohe, con Napoleón y el mariscal Massena, que contaban en un principio con 46.000 hombres (54.000, sumando los refuerzos que llegaron durante la batalla). El ataque de Napoleón estuvo apoyado por una fuerte batería de artillería colocada, con grandes esfuerzos, en lo alto de Landgrafenberg, que domina todo el campo de batalla. Mientras que los ejércitos prusianos se deshacían ante el fuerte ataque francés, la artillería a caballo del general Lannes precipitó la caótica retirada prusiana, colocando sus cañones incluso por delante de la infantería francesa para disparar a bocajarro contra las tropas de Prusia. Casi sin haber entrado en combate realmente, Napoleón consiguió una gran victoria, perdiendo 5.000 hombres, mientras las bajas prusianas fueron de más de 25.000. Jena, junto con la batalla de Auerstedt, supuso la aniquilación en un solo día de los ejércitos prusianos.

KATZBACH, 26 de agosto de 1813. Mientras Napoleón empezaba su exitosa batalla de Dresde, el mariscal Macdonald, con una fuerza de 100.000 hombres, se enfrentaba con un ejército aliado, ligeramente superior, al mando del mariscal Blucher. Se encontraron por sorpresa en medio de una fuerte tormenta que aumentó la confusión y el caos en ambos ejércitos. El primero que se reorganizó fue el mariscal francés, que empezó el ataque mandando dos tercios de su ejército a flanquear al enemigo por el ala derecha; para ello, el ejército francés se dividió excesivamente y quedaron demasiado alejadas unas columnas de otras, de modo que el centro del ejército, con 30.000 hombres, se vio solo ante el ataque aliado, por lo que Macdonald hubo de empezar la retirada, perdiendo 15.000 soldados mientras que las bajas aliadas sólo fueron de 4.000. Con esta batalla, Macdonald dejaba en una mala posición estratégica al Emperador francés.

KESSELSDORF, 15 de diciembre de 1745. Federico II no quería que los ejércitos austriacos y sajones se uniesen (como habían hecho durante la Guerra de Sucesión austriaca), pero la lentitud de los prusianos, comandados por Leopoldo de Anhalt-

Dassau, permitió que acabaran juntándose, por lo que el general tuvo que enfrentarse a un gran ejército aliado en Kesseldorf. La batalla empezó con una carga de la infantería prusiana del ala derecha contra los granaderos sajones; la infantería prusiana sufrió enormemente con el castigo de la artillería sajona, pero al fin alcanzaron las líneas aliadas y pusieron en fuga a los granaderos sajones. El centro del ejército prusiano, también bajo un pesado fuego de artillería, alcanzó las líneas sajonas. La batalla acabó a las dos horas de empezar. Los prusianos habían sufrido 5.000 bajas, mientras que las de los aliados ascendían a 10.000. Esta batalla hizo creer a Federico II que la infantería prusiana podía resistir y vencer a la artillería en ataque frontal, algo que le costaría enormes bajas en los años siguientes.

KULM, 29-30 de agosto de 1813. Se produce en el contexto previo a la batalla de Leipzig. Vandamme, al frente de las tropas francesas, tenía órdenes de interceptar a los ejércitos pruso-rusos, en retirada después de la victoria de Dresde, para lo que contaba con 32.000 hombres. Pero se encontró con una fuerte y organizada retaguardia al mando del general ruso Iván Ostermann-Tolstoy, que contaba con 44.000 hombres. Sobrepasado por las fuerzas aliadas, Vandamme consiguió resistir en una feroz defensa, hasta la llegada de 10.000 prusianos por la retaguardia. Atrapado entre dos fuegos, el general francés no pudo mantener la defensa, pero consiguió retirarse con la mitad de sus hombres. Cayeron muertos o prisioneros 13.000 franceses; los aliados, a su vez, perdieron 11.000 soldados.

KUNERSDORF, 23 de agosto de 1759. Durante la Guerra de los Siete Años, al este del Oder, tuvo lugar esta importante batalla, entre un ejército prusiano, al mando de Federico II, con 51.000 soldados, contra un ejército austro-ruso de 59.000 hombres. La batalla empezó bien para los prusianos, que habían atacado el flanco ruso con éxito. Si hubiera acabado aquí, como quería el hermano del rey, el príncipe Enrique, hubiera sido una victoria prusiana; pero el rey de Prusia quería penetrar más en las líneas austro-rusas para aprovechar su triunfo inicial y así derrotar definitivamente a los aliados. En ese punto, mientras el ataque prusiano se hacía menos intenso, intervino la caballería austriaca, hasta ese momento en reserva. La intervención de la fuerte caballería austriaca causó el desastre en las líneas prusianas. Mientras que los aliados sufrieron, entre muertos y heridos, 15.000 bajas, los prusianos, entre muertos y heridos, tuvieron 19.000, a lo que hay que añadir la pérdida de todos los cañones y la dispersión en una huida caótica de

26.000 hombres. Sólo 3.000 soldados, con el rey, consiguieron cruzar el Oder de nuevo.

LAON, 9-10 de marzo de 1814. En plena campaña de Francia, Napoleón intentó, con 47.000 soldados, realizar una maniobra para flanquear a los 85.000 hombres del mariscal Blucher. El Emperador envió a 10.000 hombres, al mando de Marmont, a un pesado asalto contra el ala izquierda aliada, pero la falta de velocidad del mariscal francés lo impidió, cayendo en un ataque aliado. Las tropas de Francia hubieran quedado completamente diezmadas sin la intervención de los veteranos, cuya defensa salvó la situación. Napoleón se retiró el 10 de marzo dejando 6.000 muertos en el campo de batalla, mientras que los aliados sólo perdieron 4.000 hombres.

LEIPZIG, 16-19 de octubre de 1813. Es conocida como la batalla de las naciones, dado que en ella se enfrentaron la mayor parte de las naciones europeas con o contra Napoleón. Las principales fuerzas aliadas eran las austriacas, prusianas, suecas y rusas, divididas en tres ejércitos, el de Bohemia —con 150.000 hombres—, al mando del general austriaco Schwarzenberg; el del Norte —con 66.000 hombres — al mando del príncipe heredero de Suecia, y el de Silesia —con 55.000 hombres —, comandado por el prusiano Blücher. Unos 300.000 hombres que se enfrentarían a los 185.000 con los que contaba Napoleón en Leipzig. El Emperador francés estaba concentrado en esta ciudad sajona debido a las recientes derrotas de sus subordinados y a la defección de ciertos aliados, como Baviera y Sajonia, cuando los tres ejércitos aliados convergieron sobre él para aprovechar su clara superioridad numérica.

La batalla empezó el día 16 en el pueblo de Wachau, donde rusos y prusianos atacaron a la concentración de fuerzas que estaba montando Napoleón contra ellos; los diferentes pueblos pasaban de unas manos a otras según los ataques y los contraataques. Napoleón decidió pasar al contraataque firme, por lo que mandó a su caballería y luego a su Guardia Imperial, su única reserva, para vencer a las tropas pruso-rusas, reforzadas por parte de su propia reserva. Pero cuando parecía que los franceses podían conseguirlo, un ataque de los austriacos por la retaguardia en el frente sur frenó cualquier posibilidad de ataque francés. Los tres ejércitos aliados consiguieron tomar contacto entre ellos, empujando poco a poco a los franceses hacia la ciudad de Leipzig. El día 19 Napoleón comprendió que debía retirarse mientras su ejército aún mantuviera cierta unidad; por desgracia para los

franceses, la prematura destrucción del puente sobre el Elster perjudicó esta retirada, aumentando sus bajas, hasta ahora claramente menores que las aliadas, y obligándoles, además, a abandonar un gran número de cañones, que no se pueden trasladar. Los franceses perdieron 60.000 hombres, mientras que las bajas aliadas llegaron a la escalofriante cifra de 185.000. Pero fue la peor derrota de Napoleón, que tuvo que retirarse de Alemania para preparar la campaña de Francia. La batalla de las naciones fue la batalla con más hombres enfrentados, y con más bajas, hasta que se produjeron las de los grandes conflictos mundiales del siglo **XX**.

LEUTHEN, 5 de diciembre de 1757. Esta batalla decidió quién se quedaba con Silesia durante la Guerra de los Siete Años. Después de varias victorias, los austriacos estaban a una batalla de conseguirlo, pero Federico II el Grande no podía permitirlo, por lo que reunió un homogéneo ejército de 40.000 hombres para enfrentarse al multinacional ejército del príncipe Carlos, con 60.000 hombres. La batalla empezó con los austriacos ganando al ala derecha prusiana, aunque la intervención rápida de la caballería de reserva prusiana cambió la situación; los austriacos tuvieron que darse la vuelta para cruzar el Oder, pero los puentes estaban destruidos, por lo que 21.000 hombres cayeron muertos o prisioneros de los prusianos, mientras que éstos sólo sufrieron 1.200 bajas. Una decisiva victoria de Prusia que conseguía retener Sajonia en sus manos.

LIEGNITZ, 5 de abril de 1241. Un ejército polaco aristocrático, de unos 20.000 hombres, se enfrentó a un ejército mongol que le superaba en, al menos, cinco a uno. El ejército polaco luchó con valor infligiendo grandes daños a los asiáticos, pero éstos finalmente los desbordaron, derrotándolos. Con ello se abrió la puerta de Silesia para los mongoles, que saquearon todo el territorio, aunque no fueron capaces de capturar las fortificaciones. Con esta batalla, los antes ignorados mongoles pasaron a ser una preocupación para la Europa occidental.

LIGNY, 16 de junio de 1815. Fue la última victoria de Napoleón durante la campaña de los cien días. El ejército de Napoleón contaba con 77.000 hombres que se enfrentaron a los 84.000 prusianos de Blücher, soldados bisoños en su mayoría. El centro prusiano se hundió, pese a una feroz resistencia inicial, por lo que tuvieron que retirarse al mando de Gneisenau, dado que Blücher había caído herido. Entre los franceses, el mariscal Ney, al mando de 33.000 hombres, tenía la misión de hacerse con un nudo de carreteras y luego atacar el flanco derecho de los prusianos; consiguió sólo la primera parte de su cometido y no pudo, por ciertas

deserciones, afirmar la victoria de Napoleón. Incluso sus 33.000 hombres llegaron demasiado tarde a la batalla de Waterloo el 18 de junio. Las bajas en Ligny fueron de 20.000 para los prusianos y de 11.000 para los franceses.

LOBOSITZ, 1 de octubre de 1756. Fue la primera batalla de la Guerra de los Siete Años, en la que se enfrentaron el ejército prusiano de Federico II —con 29.000 hombres— contra el austriaco al mando del mariscal von Browne —con 34.000. Los austriacos se aprestaron a una batalla defensiva, rechazando por dos veces a la caballería prusiana, aunque finalmente el general prusiano Bevern, al mando del ala izquierda, consiguió flanquear al ala derecha de los austriacos, por lo que éstos se retiraron. Ambos bandos perdieron unos 3.000 hombres.

MOLOJAROSLAWETZ, 24 de octubre de 1812. Una pequeña batalla cuyas consecuencias serán de inmensa importancia para la *Grande Armée* en Rusia. En su retirada de Moscú, la vanguardia del ejército francés, con 15.000 hombres bajo el mando del príncipe Eugenio, se encuentra con 20.000 rusos, mandados por Doctorov. El pueblo de Molojaroslwetz era esencial, a causa de su puente sobre el Loucha, para los planes de retirada de Napoleón por una ruta meridional. Durante la batalla, el puente cambia de manos al menos siete veces, auque al final Eugenio consigue controlar la ciudad a costa de 5.000 bajas, frente a las 6.000 rusas, pero, al no contar con hombres suficientes no puede hacer una cabeza de puente en la otra orilla. A su llegada, Napoleón quiso hacer un reconocimiento al otro lado del río, pero casi cae en una emboscada de los cosacos, por lo que decide volver hacia atrás y tomar la misma ruta por la que habían llegado a Moscú, mucho más al norte. Las consecuencias de esta decisión serán catastróficas para el ejército napoleónico.

MARENGO, 14 de junio de 1800. Esta batalla empezó como una casi segura derrota del primer cónsul de Francia ante las tropas austriacas del general Melas, durante la campaña de Italia. Napoleón, que contaba originalmente con 50.000 hombres, toma la decisión arriesgada de dividir su ejército mandando a al general Desaix a Novi para poder interceptar al general austriaco, que se estaba retirando. Es en ese momento cuando Melas, con la mayor parte de su ejército, se decide a atacar al cónsul con su mermado ejército de 24.000 soldados en Marengo. Al principio Napoleón cree que es una treta del austriaco, pero al ver cómo su ejército retrocede ante el empuje austriaco comprende que se enfrenta al cuerpo principal de Melas. A mediodía, éste cree la victoria segura, y se retira, para curarse de

ciertas heridas, dejando el mando a Kaïm, lo que priva a los austriacos de una verdadera autoridad y permite a los franceses reagruparse en una retirada ordenada, ayudados por Desaix, que al oír los cañonazos de la batalla se había dado la vuelta. El contraataque francés culminó en una inesperada victoria. Los austriacos perdieron 9.500 hombres, mientras que las bajas francesas ascendieron a 6.000. Tras esta victoria, Francia consiguió que lo esencial de la Italia del norte pasara a su esfera de influencia.

MAXEN, 20 de noviembre de 1759. Durante la Guerra de los Siete Años, un ejército prusiano de 14.000 hombres, comandado por Finck, fue enviado por Federico II a cortar las líneas de comunicación de los austriacos con Bohemia. Federico esperaba que Daun, el general austriaco, se retirara viendo sus líneas amenazadas, pero en lugar de ello aprovechó el aislamiento de Finck para atacarlo en Maxen con un ejército de 40.000 hombres. Finck, pese a que intentó resistir, tuvo que rendirse con todo el ejército prusiano a su mando. Daun no supo aprovechar la oportunidad para atacar a su vez a Federico.

MINCIO, 8 de febrero de 1814. Esta batalla se produjo en Italia tras la traición de Murat, rey de Nápoles, y la amenaza que esto significaba para los intereses franceses en Italia. La razón por la que se planteó fue expulsar a los austriacos al otro lado del río Adile, eliminando así una amenaza de doble frente en Italia. El general francés encargado de ello era el príncipe Eugenio, mientras que el general austriaco era Bellegarde. La batalla fue rápida y en ella los austriacos perdieron 7.000 hombres, entre muertos y prisioneros, mientras que los franceses perdieron 3.000.

MERGENTHEIM/MARIENTHAL, 2 de mayo de 1645. Gran derrota francesa durante la Guerra de los Treinta Años. Los ejércitos franceses estaban invadiendo Alemania central al mando de un confiado Turenne que dispersó sus tropas en el área de Mergentheim, lo que permitió a los ejércitos imperiales y bávaros, comandados por Mercy y Wreth, atacar por sorpresa a los franceses. En poco tiempo, un confiado ejército de 10.000 hombres quedó reducido a una columna de caballería con apenas 1.500 hombres.

MOLLWITZ, 10 de abril de 1741, durante la Guerra de Sucesión austriaca. Un ejército austriaco de 19.000 soldados, conducido por el mariscal Neipperg, se enfrentó a un ejército prusiano de 22.000, comandados por el mismo rey de

Prusia, Federico II, y por el mariscal de campo Schwerin. Los austriacos pretendían expulsar a los prusianos de Silesia. La superioridad numérica prusiana, sobre todo en la infantería, consiguió que finalmente Neipperg abandonará el campo de batalla, pese a que las bajas de ambos ejércitos eran parecidas, unos 4.500 muertos en cada bando. Los austriacos, al perder esta batalla, tuvieron que ceder Silesia a Prusia.

MONTEREAU, 18 de febrero de 1814. Tras una extenuante marcha de más de 100 km, Napoleón consiguió alcanzar al ejército del mariscal de campo Schwarzenberg, que se dirigía directamente a París. Pese al cansancio de las tropas francesas, el defender su propio país les dio ánimos. Tras un feroz bombardeo de artillería, seguido por un asalto en toda regla, los franceses liberaron la ciudad de Montereau y los austriacos se retiraron. Schwarzenberg perdió 8.000 hombres contra los 2.500 que perdió Napoleón.

MONTMIRAIL, 11 de febrero de 1814. Una arriesgada batalla en plena campaña de Francia, en la que el emperador Napoleón se enfrentó, con un pequeño ejército de 10.000 hombres, a un ejército ruso-prusiano de 18.000, cuyos comandantes eran el general ruso Sacken y el prusiano Yorck. Pero las tropas de Napoleón eran de veteranos de la vieja Guardia Imperial, y además el Emperador esperaba recibir refuerzos de inmediato, a lo que hay que añadir que el cuerpo prusiano estaba alejado del ruso, por lo que no podrían acudir a ayudar a los rusos antes de la llegada de los refuerzos franceses. Con esto Napoleón se lanzó contra los rusos infligiéndoles 4.000 bajas, mientras que él sólo perdía 2.000 hombres. La llegada a paso ligero del mariscal Mortiers con los refuerzos provocó la retirada de las tropas de Sacken, y de Yorck, que llegaba en ayuda del ruso.

MORMANT, 17 de febrero de 1814. Tras la victoria de Montmirail, una parte del ejército francés asaltó la ciudad de Mormant, ocupada por 4.300 hombres al mando del conde de Pahlen. El combate fue corto y sólo 1.800 hombres de la caballería aliada consiguieron huir tras la victoria francesa.

NARWA, 20 de noviembre de 1700. Un ejército sueco de 10.500 hombres comandados por el rey Carlos XII se enfrentó a un ejército ruso de 37.000, dirigidos por el mariscal de campo Carlos Eugenio de Croy, durante la gran Guerra del Norte. El ejército sueco, en realidad de 8.000 soldados pero ayudado por la guarnición de Narwa que contaba con otros 2.500, se enfrentó a un ejército ruso

muy superior que asediaba la ciudad sueca de Narwa, en la actual Estonia. En medio de la niebla del amanecer, las tropas suecas rompieron las líneas rusas provocando el pánico entre los soldados del Zar. Las pérdidas suecas sólo fueron de 650 hombres, mientras que los rusos sufrieron al menos 15.000 bajas.

NEERWINDEN (O BATALLA DE LANDEN), 29 de julio de 1693. En plena Guerra de la Liga de los Augsburgo, tiene lugar esta batalla en la ciudad belga de Neerwinden entre un ejército francés de 75.000 hombres, al mando del duque de Luxemburgo, y un ejército aliado de 50.000 hombres, comandado por el rey Guillermo III. El rey británico plantea una batalla defensiva, al estar en una buena posición estratégica, mientras que el comandante francés ataca en primer lugar el centro de las líneas aliadas, forzándoles a desguarnecer sus flancos; una vez llevado a cabo su plan, el duque de Luxemburgo ordena a sus tropas flanquear al ejército del rey Guillermo, al que derrota. Los aliados perdieron 18.000 hombres en esta batalla mientras que los franceses perdieron 9.000.

RIVOLI, 14 de enero de 1797. Esta batalla se produjo cuando el general austriaco Alvintzy, con 28.000 soldados, quiso levantar el sitio de Mantua, donde tropas francesas cercaban un ejército austriaco de 30.000 hombres al mando del general Wurmser; para ello se decidió plantear pequeños ataques al ejército de Bonaparte. Napoleón tenía únicamente 10.000 hombres y comprendió que estos ataques eran sólo fintas, por lo que esperó refuerzos, dejando que los austriacos atacaran el contingente del general Joubert, concentrado en una meseta. El 14 de enero, Napoleón contaba con 17.000 hombres, por lo que se unió a Joubert, al que Alvintzy creía ya derrotado. Los austriacos tenían una clara superioridad numérica, pero fueron sorprendidos por los franceses, que de todas formas tenían que esforzarse por no ser flanqueados. El ejército de Napoleón fue capaz de rechazar todos los ataques austriacos, y al final los derrotó con una victoriosa carga. El general Alvintzy perdió 17.000 hombres mientras que las bajas francesas sólo fueron 5.000.

ROSSBACH, 5 de noviembre de 1757. Durante la Guerra de los Siete Años un ejército aliado de franceses y austriacos, con 42.000 hombres, comandado por Charles de Rohan y el duque de Sajonia-Hildburghausen, se encontró con un ejército prusiano con la mitad de hombres directamente a las órdenes del rey Federico II y de Von Seydlitz. Los aliados se dirigían a Leipzig y fueron interceptados en el camino, cerca del pueblo de Rossbach. Federico II fingió una

retirada y sus enemigos cayeron en la trampa, lanzándose al ataque. El rey de Prusia mandó a su caballería contra la infantería aliada, a la que desbandó, y luego hizo una carga con la infantería que teóricamente estaba en retirada. Los aliados perdieron 7.500 hombres, entre muertos y prisioneros, en la escasa hora que duró el combate. Los prusianos sólo perdieron 550. A causa de esta derrota, los aliados tuvieron que retirarse de vuelta a Baviera.

SMOLENSKO, 17 de agosto de 1812. Después de varios intentos infructuosos, como el de la batalla de Vilna, en Smolensko se produce la primera batalla real de la campaña de Rusia entre los ejércitos de Napoleón y los rusos de Barclay de Tolly. El ejército imperial francés que se lanzó a la conquista de Smolensko contaba con 50.000 hombres mientras que las tropas rusas que la defendían estaban formadas por 60.000. Enseguida los franceses ocuparon los suburbios de la ciudad, donde se produjo un feroz combate, pero los rusos, antes de verse sitiados, evacuaron la ciudad de noche, dejándola pasto de las llamas. Los rusos perdieron 14.000 soldados mientras que los franceses perdieron 10.000.

TORGAU, 3 de noviembre de 1760. Durante la Guerra de los Siete Años, un ejército prusiano de 50.000 hombres, comandado por Federico II se enfrentó en Torgau a un ejército austriaco, cuyo comandante era el general Daun y que contaba con 54.000 soldados. Tras un muy duro enfrentamiento, los austriacos dejaron el campo de batalla perdiendo 15.500 hombres mientras que los prusianos se hacían con la victoria a costa de más de 16.500 bajas.

TUTTLINGEN, 18 al 25 de noviembre de 1643. Aniquilación de los ejércitos unidos de Francia y Weimar de Guébriant, que muere el 18 mismo en el asedio de Rottweil, dejando al mando al general Rantzau, que verá cómo el 25, delante de Tuttlingen, son derrotados sus ejércitos por los imperiales. El ejército aliado sufrirá 2.000 bajas y serán hechos prisioneros 7.000 soldados, entre los que se encontrará el mismo Rantzau. El resto del ejército se dispersará por Alemania.

ULM, 20 de octubre de 1805. Más que una batalla se puede hablar de una victoria de movimiento. Napoleón rodeó la ciudad de Ulm con el ejército austriaco del general Mack en su interior. Casi sin combates y sin la posibilidad de llegada de refuerzos rusos, Mack tuvo que rendirse a Napoleón con sus 30.000 hombres, dejando el camino libre al Emperador, con apenas bajas, para ir hacia la batalla de Austerlitz.

Valmy, 20 de septiembre de 1792. Victoria de los ejércitos revolucionarios franceses contra los prusianos, comandados por el duque de Brunswick. La importancia de esta «cañonada», en la que se intercambiaron más de 20.000 cañonazos y que hizo más ruido que daño —300 muertos franceses y 184 prusianos —, radica en que significó la primera resistencia con éxito de los ejércitos revolucionarios franceses frente a los ejércitos invasores. Después de la cañonada, las tropas invasoras empezaron a retirarse fuera de las fronteras francesas.

Wagram, 5-6 de julio de 1809**.** Después del fracaso anterior para cruzar el Danubio y atacar a las tropas austriacas del archiduque Carlos en Aspern en el mes de mayo, Napoleón vuelve a cruzar el Danubio. Las tropas imperiales francesas contaban con 154.000 hombres mientras que las austriacas llegaban a 158.000. Entre los días 4 y 5 Napoleón cruzó el Danubio, dejando la isla de Lobau como apoyo de artillería, y se acercó al pueblo de Wagram donde, por la mañana, se produjeron los primeros combates, conducidos por un Napoleón ansioso que no esperó a sus refuerzos del otro lado del río. Ambos comandantes concentraron ese día sus ataques sobre el ala izquierda del enemigo, pero al caer la noche la batalla seguía en tablas. Al día siguiente, Carlos atacó primero a los franceses, siguiendo el mismo plan de atacar el ala izquierda, pero la indecisión de los austriacos, sumada a la fuerte concentración de artillería francesa, terminó acabando con el ataque de Carlos. En el otro ala, el ataque de Davout contra el ala izquierda de los austriacos progresaba con mucha dificultad, pero al rechazarlos en su ataque anterior, Napoleón desvió el fuego de su artillería hacía el centro de la línea austriaca, lanzando un ataque que decide el combate. El papel de la artillería en esta batalla fue fundamental, pese a lo cual el Emperador perdió 35.000 hombres, mientras que las bajas de los austriacos se elevaron a 45.000 entre muertos, heridos y prisioneros. Pese a las pérdidas, el archiduque Carlos pudo retirarse en orden.

Waterloo, 18 de junio de 1815. A 20 km al sur de Bruselas tiene lugar la última batalla de Napoleón. En ella se enfrentaron un ejército francés, con 72.000 hombres al mando del Emperador, y un ejército aliado de 68.000 ingleses y holandeses a los que habrá que añadir más tarde 53.000 prusianos. El ejército aliado estaba comandado por el duque de Wellington.

Tras la victoria sobre los prusianos en Ligny, el Emperador francés se decide a atacar a Wellington, que se estaba retirando hacia Bruselas. Napoleón empezó el ataque bien entrada la mañana, concentrando sus esfuerzos en el flanco derecho

inglés, como una diversión para despistar a los ingleses con la intención de que Wellington mandase allí sus reservas y luego atacar el centro; los contraataques ingleses en este ala son infructuosos, pero la llegada de los prusianos hace que Napoleón tenga que desviar parte de sus fuerzas para contenerlos. Además, Ney creyó que los ingleses se retiraban y cargó hasta doce veces contra las tropas inglesas, pero éstas lo rechazaron y terminaron destruyendo la caballería francesa. La presión prusiana se acrecentaba por lo que Napoleón mandó la vieja guardia imperial para restablecer la situación; además, no pudo aprovechar un error del príncipe de Orange, que dejó una brecha en las líneas aliadas, por carecer de caballería. Finalmente, la llegada de todo el contingente prusiano acaba con el ejército francés. Sólo gracias a la cohesión de la guardia imperial francesa, el Emperador y una pequeña fracción del ejército pudieron retirarse en cierto orden. Napoleón perdió 33.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y además perdió definitivamente el imperio. Los aliados tuvieron 22.000 bajas.

EUROPA, 1789
Sacro imperio romano germánico
1- Provincias Unidas
2- Confederación Helvética
3- Rª de Toscana
4- Estados papales
5- Rª de Córcega
6- Rªde Venecia
7- Rª de las Dos Sicilias
8- Rª de Génova
Rº=Reino
Rª= República
DINAMARCA
Rº de SUECIA
IMPERIO RUSO
Rº UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA
Hannover
Rº de PRUSIA
Rº de POLONIA
Sajonia
Baviera
AUSTRIA - HUNGRÍA
Rº de FRANCIA
Aviñon
Rº de PORTUGAL
Rº de ESPAÑA
IMPERIO OTOMANO
Rº de PERSIA

EUROPA, 1806
Imperio francés
Confederación del Rin
1- Rº de Holanda
2- Rº de Etruria
3- Estados papales
4- Rº de Italia
Rº= Reino
Rº de NORUEGA
Rº de SUECIA
IMPERIO
RUSO
REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA
IRLANDA
Rº de DINAMARCA
Rº de PRUSIA
Rº de SAJONIA
IMPERIO AUSTRIACO
SUIZA
1
2
3
4
4
Rº de PORTUGAL
Rº de ESPAÑA
Rº de CERDEÑA
Rº de NAPOLES
IMPERIO
OTOMANO
Rº de SICILIA

EUROPA, 1812
Imperio francés
Reinos de la familia de Napoleón
Estados aliados de Francia
1- Reino de Westfalia
Rº=Reino
DUCADO de FINLANDIA
DINAMARCA
Rº de SUECIA
IMPERIO RUSO
REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA
Rº de PRUSIA
GRAN DUCADO de VARSOVIA
CONFEDERACIÓN del RIN
SUIZA
IMPERIO de AUSTRIA
Rº de ITALIA
Rº de PORTUGAL
Rº de ESPAÑA
IMPERIO OTOMANO
Rº de NÁPOLES
Rº de CERDEÑA
Rº de SICILIA
Rº de PERSIA

EUROPA, 1815
Confederación germánica
Corona imperial rusa
1- Reino de Dinamarca
2- Reino de Holanda
3- Confederación Helvética
4- Reino de Cerdeña
5- Reino de las Dos Sicilias
6- Estados papales
7- Reino de la Toscana
Rº= Reino
CORONA SUECA
Finlandia
Rº de NORUEGA
Rº de SUECIA
IMPERIO RUSO
REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA
Rº de PRUSIA
Polonia
Rº de FRANCIA
IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO
Rº de PORTUGAL
Rº de ESPAÑA
IMPERIO OTOMANO
1
2
3
4
5
6
7

Notas

1 [2ª edición: de luz y verdad].

2 [2ª edición, en nota al pie: ahora rey; (se refiere al posterior rey Federico Guillermo IV, 1795-1861)].

3 [2ª edición: nota al pie: ahora princesa de Prusia].

4. [2ª edición: será de aplicación].

5 Que éste no es el caso de muchos escritores militares, especialmente aquellos que quieren tratar la guerra misma desde un punto de vista científico, lo demuestran muchos ejemplos, en los cuales los razonamientos en pro y en contra se entrelazan* de tal modo que no quedan, como en los dos leones, ni las colas.

* [En la 2ª edición: la nota al pie termina aquí].

6 [2ª edición: de mis actos].

7 [2ª edición: capacidad de combate].

8 [En la 2ª edición falta: de repente].

9 [2ª edición: la victoria sobre una resistencia interior].

10 [2ª edición: más profundas].

11 [2ª edición: bélicas].

12 [2ª edición: con cuánta frecuencia la capacidad personal].

13 [2ª edición: debidas a la guerra].

14 [2ª edición: del concepto que han intentado algunos escritores, porque no las consideramos presentes en la práctica].

15 [2ª edición: confusos].

16 [2ª edición: *comunicaciones*].

17 [2ª edición: no se puede evitar].

18 [2ª edición: se pone en oposición al espíritu!].

19 [2ª edición: ninguna teoría, ningún general, debe ocuparse].

20 [2ª edición: principal dificultad].

21 [2ª edición: pasan al ánimo].

22 [2ª edición: y en consecuencia ser también objeto de consideración para la táctica].

23 [2ª edición: cultivada].

24 [2ª edición: medidas].

25 [2ª edición: la guerra].

26 [2ª edición: el dirigente].

27 [En la 2ª edición falta: estadista ni].

28 [2ª edición, completada con: gran].

29 [En la 2ª edición falta: y análisis].

30 [2ª edición: bélico].

31 [2ª edición: después de éste].

32 [2ª edición: si el Gobierno hubiera considerado debidamente los últimos éxitos posibles de su continuada resistencia y]

33 [2ª edición: levantar el sitio de Mantua para ir con fuerzas reunidas contra las columnas enemigas que se acercaban por separado y batirlas].

34 [2ª edición: habría caído muy pronto].

35 [2ª edición: conoce].

36 1 pie equivale a 30,48 cm. A lo largo del libro, se han respetado las medidas de longitud tal y como aparecen en el original. *(N. del T.)*

37 [2ª edición: hay tropas, cuyas hordas...].

38 [2ª edición: se opone a la obediencia].

39 Tempelhoff y Montalembert son los primeros que se nos ocurren; aquél en un pasaje de su primera parte, página 148; éste en su correspondencia con motivo del plan de operación ruso para 1759.

40 Tempelhoff, el veterano de Federico el Grande.

41 [2ª edición: asimismo].

42 [2ª edición: cuán fuerte].

43 [2ª edición: talegos de dinero].

44 [2ª edición: hechos pedazos].

45 [2ª edición: compensación].

46 [2ª edición: indemnización].

47 [2ª edición: equilibradas].

48 [2ª edición: causa].

49 [2ª edición: en que la Tierra describe sus giros].

50 [2ª edición: maniobra envolvente].

51 Lloyd, Bülow*.

* [En la 2ª edición no figura como nota, sino dentro del texto].

52 [2ª edición: con más rapidez].

53 [2ª edición: teatro bélico, ejército, campaña].

54. [2ª edición: factores].

55 [2ª edición: esta nitidez conceptual].

56 [2ª edición: menos adecuada].

57 [2ª edición: posee en cambio].

58 [Falta en la 2ª edición].

59 [2ª edición: cada arma].

60 [2ª edición: mantenerse siempre próximo al enemigo].

61 [2ª edición: poner límites].

62 [2ª edición: bien de la batalla].

63 [2ª edición: completado con: terreno].

64 1 milla terrestre equivale a 1.609 metros.

65 [2ª edición: una esfera de actuación mayor].

66 [2ª edición: subsistencia].

67 [2ª edición: se contrae].

68 [2ª edición: más pronto en la réplica].

69 [2ª edición: y requieren dos consideraciones principales].

70 [2ª edición: 10.000].

71 [2ª edición: la necesidad].

72 [2ª edición: prontitud para la réplica].

73 Todas estas cifras están tomadas de Chambray.

74 [2ª edición: ejército francés desde Moscú].

75 [2ª edición: descontando].

76 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

77 [2ª edición: prontitud para la réplica].

78 [2ª edición: completada con: por milla cuadrada].

79 El resto de la frase falta en la 2ª edición].

80 [2ª edición: suministrar alimentos].

81 [2ª edición: presión de los suministros].

82 [2ª edición: de ambos].

83 [2ª edición: 480].

84 [2ª edición: en el futuro].

85 [2ª edición: siquiera sobre las empresas].

86 [La 2ª edición: cierra aquí la frase, falta el resto de la misma].

87 [2ª edición: una mayor fragilidad de sus líneas de comunicación].

88 [2ª edición: despejadas].

89 [...para el ataque depende mucho de las circunstancias geográficas].

90 [2ª edición: sobre todo los ataques].

91 [2ª edición: por el tiempo].

92 [2ª edición: Cada una de esas clases de terreno actúa a su modo en relación con la accesibilidad, visión de conjunto y cobertura].

93 [2ª edición: La consecuencia es que las guerras nacionales, alzamientos populares, etc., que suelen potenciar mucho el espíritu bélico del individuo, pueden afirmar su superioridad donde haya una gran individualización de las fuerzas favorecida por un terreno muy accidentado, el único en el que podrá producirse a la larga, porque normalmente una fuerza así carece de todas las propiedades que son imprescindibles al unirse tropas moderadamente numerosas].

94 [2ª edición: misterios].

95 [2ª edición: más probable].

96 Quien haya sacado su estrategia del señor Von Bülow no entenderá que hayamos dejado fuera aquí nada más y nada menos que toda la estrategia (de Bülow). Pero no es culpa nuestra que el señor Von Bülow hable de cosas meramente accesorias. Un dependiente de comercio también podría asombrarse de haber recorrido el índice de la aritmética entera sin encontrar ni la regla de tres ni la regla de cinco. Pero las opiniones del señor Von Bülow no son reglas tan prácticas, la comparación se hacía por otros motivos.*

* [Falta en la 2ª edición].

97 [2ª edición: un mero soportar].

98 [2ª edición: podrá sin duda sorprenderlo].

99 [2ª edición: completada: de sí mismo].

100 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

101 [2ª edición: no sea decididamente mala].

102 [2ª edición: por medidas del Gobierno].

103 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

104 [2ª edición: hasta el final del párrafo: las innumerables noticias cotidianas que llegan al ejército por todas partes en su propio país, a consecuencia de su buen entendimiento con sus habitantes, son las que dan al defensor a este respecto una decidida superioridad sobre el agresor].

105 [2ª edición: completada con: y favorables].

106 [2ª edición: *tendencia* a la conservación].

107 [2ª edición: de todo lo vivo].

108 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

109 [2ª edición: reacción].

110 [2ª edición: por otros].

111 [2ª edición: sostener].

112 [2ª edición: en el caso de Polonia].

113 [2ª edición: en su mantenimiento].

114 [2ª edición: tolerar].

115 [2ª edición: de dirección de la guerra].

116 [2ª edición: de dirección de la guerra].

117 [2ª edición: las que producen el].

118 [2ª edición: en la misma proporción].

119 [2ª edición: impongamos].

120 [Para las últimas dos frases, la 2ª edición dice: Pero desde luego este éxito es un éxito meramente negativo, que no puede dar directamente las energías para un contragolpe, aunque sí puede incrementarlas *indirectamente,* porque el tiempo que el defensor gana es un perjuicio para el atacante].

121 [En la 2ª edición: falta el inciso entre comas].

122 [2ª edición: tienen realmente lugar].

123 [2ª edición: en la que el defensor].

124 [2ª edición: todo el párrafo: Este principio ha sido en muchas campañas el principio rector y *auténtico* —es decir, no formulado— de los acontecimientos. Es fácil convencerse de esto si se mira de frente a los acontecimientos y no se deja uno llevar por las artificiosas razones del historiador].

125 [2ª edición: sin combates].

126 [2ª edición: lucha sangrienta].

127 [2ª edición: que un flojo ataque pueda ser detenido por la más débil resistencia].

128 [2ª edición: resto de la frase: con demostraciones estratégicas el golpe que nos amenaza; todas estas cosas no son la verdadera causa del frecuente éxito que el defensor alcanza sin lucha, sino la débil voluntad con la que el atacante avanza dubitativo el pie].

129 [2ª edición: con cuánta frecuencia la Historia bélica contiene falsas descripciones y, por tanto, cuánto tiene la crítica que preocuparse de...].

130 [Para las últimas dos frases del párrafo anterior, la 2ª edición: dice: Si la crítica no penetra enseguida en la verdadera infraestructura de la verdad, se esforzará en buscar multitud de motivos y contramotivos que no podrán arrojar ningún resultado convincente, porque todos flotan en el aire].

131 [2ª edición: para esta frase: Nadie motivará su timidez con la confesión de que teme que las fuerzas no le alcancen hasta el final, o ganarse nuevos enemigos, o que no quiere que sus aliados se hagan demasiado fuertes, etc.]

132 [2ª edición: Tales cosas se ocultan].

133 2ª edición: Federico el Grande, que era el más ofensivo...].

134 [2ª edición: ...en agosto y septiembre de 1813, cuando la relación de fuerzas se volvió en contra suya y estaba casi rodeado, revolverse de acá para allá en vez de lanzarse sin consideraciones y con todas sus fuerzas sobre uno de sus adversarios? Y en octubre de ese mismo año, cuando la preponderancia enemiga amenazaba con asfixiarlo, ¿no lo vimos en Leipzig?].

135 [2ª edición: ofensiva].

136 [2ª edición: mantenerse].

137 [2ª edición: sobre la que].

138 [2ª edición: puede envolver].

139 [2ª edición: completado con: para el adversario].

140 [2ª edición: completada con: concéntrica].

141 [2ª edición: forma excéntrica más homogénea].

142 [2ª edición: aniquilan la resistencia de muros y murallas].

143 [2ª edición: fragmentarse por medio de la ocupación de muchas plazas fuertes].

144 [2ª edición: dominarlo en cierto modo].

145 [2ª edición: son grandes y excelentes...].

146 [2ª edición: sino también todos los lugares con mucha población, estuvieran fortificados y fueran defendidos con perseverancia por sus valerosos habitantes, apoyados por la población vecina,].

147 [2ª edición: ofensivo].

148 [2ª edición: una correría enemiga].

149 [2ª edición: muchas].

150 [2ª edición: vencidos].

151 [2ª edición: con bravura y espíritu emprendedor].

152 [2ª edición: una parte].

153 [Falta en la 2ª edición].

154 [2ª edición: Si aun así consideramos relativamente infrecuente este uso de las fortalezas en la Historia bélica,]

155 [2ª edición: no].

156 [2ª edición: refutación].

157 [2ª edición: el atacante no pueda penetrar sin que...].

158 [2ª edición: fuerza].

159 [2ª edición: a este objeto].

160 [2ª edición: Consideramos inadmisible despejar esta duda de una vez para siempre apelando a razones generales, y creemos que en cada caso particular las especiales circunstancias deciden y tienen que motivar la construcción de fortalezas].

161 Philippsburg era modelo de una fortaleza mal situada. Es como un necio que apoya la nariz contra una pared.

162 [Esta frase falta en la 2ª edición].

163 [2ª edición: Casi no hay ninguna posición en el mundo ante la que no se pueda pasar de largo; la...].

164 [2ª edición: o cortar al adversario].

165 [2ª edición: tratará en vano de].

166 [2ª edición: el empleo más adecuado].

167 [2ª edición: de los medios auxiliares tácticos].

168 [2ª edición: invertidos].

169 [2ª edición: forma de proceder].

170 [2ª edición: la finalidad].

171 [2ª edición: difícilmente atacable].

172[2ª edición: era la finalidad de las *líneas atrincheradas,* concretamente].

173 [2ª edición: el criterio].

174 [2ª edición: ventajas].

175 [2ª edición: sólo tiene una pequeña].

176 [2ª edición: en sí mismo es insignificante].

177 [2ª edición: el defensor].

178 [2ª edición: proteger esta fuerza mediante una posición inatacable contra la fuerza superior que se le opone].

179 [2ª edición: Sólo en el primer caso se podrá asegurar a la larga la manutención, en el segundo y el tercero tan sólo por un tiempo más o menos limitado].

180 1ª edición: (¡): defensor].

181 [1ª edición: (¡): atacante].

182 [2ª edición: sostenida].

183 [2ª edición: detenerse, extenderse…].

184 [2ª edición: la finalidad].

185 [O por carencia falta en la 2ª edición].

186 [2ª edición: una relación favorable].

187 [La 2ª edición: termina aquí la frase].

188 [2ª edición: de la montaña].

189 2ª edición: eficacia y fuerza, y han mantenido...].

190 [2ª edición: cantidad de puntos para instalarse].

191 [2ª edición: ilusión, porque los flancos de los mismos no están completamente protegidos].

192 [2ª edición: paralizante].

193 [2ª edición: paraliza la mejor parte de la resistencia].

194 [2ª edición: que no tienen una influencia decisivamente favorable en].

195 [2ª edición: cada débil sección].

196 [2ª edición: no necesitará enredarse en la red de innumerables y empinadas cortadas de la montaña].

197 [2ª edición: completada con: 1. La montaña como campo de batalla].

198 [2ª edición: que ha de ser evitada a toda costa].

199 [2ª edición: tan débil cadena sería inútil].

200 [2ª edición: paralicen].

201 [2ª edición: importante].

202 [2ª edición: avanzó].

203 [2ª edición: pueden por sí solos echar a perder un ejército].

204 [2ª edición: las correrías].

205 [2ª edición: a taponar cada acceso].

206 [2ª edición: las ventajas que].

207 [2ª edición: excluyen una vez más del mismo al poder principal].

208 [2ª edición: habituados a].

209 [La 2ª edición: concluye aquí la frase].

210 [2ª edición: Dado que las montañas atraviesan a menudo la superficie terrestre como tiras o cinturones y provocan la división entre las aguas que fluyen en distintas direcciones, y en consecuencia la divisoria de sistemas hídricos enteros, y dado que esta forma del conjunto se repite en sus partes, en tanto que del cuerpo principal se separan ramas y forman la divisoria de sistemas hídricos menores, la idea de una defensa de montaña tendrá que apoyarse en primer término en la idea de la forma principal de un obstáculo más largo que ancho, similar a una barrera, y desarrollarse a partir de ella. Aunque entre los geólogos aún reina gran diferencia de opiniones acerca del origen de las montañas y la ley que rige su conformación, en cada caso el curso del agua muestra su relación del modo más claro y abarcable].

211 [En la 2ª edición: falta el resto de la frase].

212 [2ª edición: hasta el dorso principal].

213 [2ª edición: parten varias, la accesibilidad termina por entero].

214 [Esta frase falta en la 2ª edición].

215 [2ª edición: fuertes].

216 [2ª edición: un error].

217 [3ª edición: alturas].

218 [2ª edición: adecuado].

219 [2ª edición: desagradables].

220 [2ª edición: los ríos y grandes ríos].

221 [2ª edición: el defensor].

222 [2ª edición: el invasor].

223 En la segunda edición falta la frase desde el punto y coma].

224 [2ª edición: peculiaridad].

225 [2ª edición: todo el cálculo del tiempo].

226 [2ª edición: si puede esperar].

227 [2ª edición: medidas].

228 [2ª edición: una vigorosa persecución].

229 [1ª edición: sostenemos].

230 [2ª edición: en la misma orilla del río].

231 [2ª edición: el adversario].

232 [2ª edición: fuerzas armadas].

233 [2ª edición: el defensor tiene que haber].

234 [Aquí termina la frase en la 2ª edición].

235 [2ª edición: en el caso de su defensa].

236 [Falta en la 2ª edición].

237 [2ª edición: que todo peligro desaparece].

238 [2ª edición: en sentido estricto].

239 [2ª edición: los aliados].

240 [2ª edición: sin ocupar].

241 [El inciso falta en la 2ª edición].

242 [2ª edición: en los países cultivados].

243 [2ª edición: muy largo].

244 [2ª edición: en la medida de lo posible].

245 [2ª edición: una tarea peligrosa].

246 [2ª edición: desventajoso].

247 [2ª edición: sesenta].

248 [2ª edición: ...de la claridad con la que la dirección bélica de Bonaparte arrasó tal convicción, ha seguido en los libros su dura ideología...].

249 [2ª edición: las más esenciales].

250 [2ª edición: a sus erróneas disposiciones...].

251 [La 2ª edición: prosigue con una nueva frase: En Dresde pudieron reunir 220.000 hombres contra 130.000 de Bonaparte, una relación de fuerzas que les era muy favorable (en Leipzig era de 258:157)].

252 [2ª edición: Normalmente, al plantear la intención de mover al enemigo a la retirada amenazando sus líneas, se piensa más en una mera demostración que en la verdadera ejecución de la misma].

253 [2ª edición: el vencido].

254 [2ª edición: 130.000].

255 [2ª edición: dado el rodeo].

256 [La 2ª edición: parte aquí el párrafo].

257 [2ª edición: Rusia, con sus enormes dimensiones, es espléndida para esta forma de hacer la guerra].

258 [2ª edición: favorecen. Si éstas son del tipo que lo aconseja tendrá que desprenderse...

259 [2ª edición: porque el atacante consigue la ventaja de las líneas interiores, está más concentrado que el defensor y en consecuencia puede ser superior en algunos puntos].

260 [2ª edición: adversario, y no dejarse batir separadamente por él].

261 [2ª edición: porque ante la división de las fuerzas del defensor desaparecen algunas desventajas de la debilidad del atacante].

262 [2ª edición: desocupadas].

263 2ª edición: afirmar Lituania, a retaguardia del poder principal francés, cuyas arrolladoras masas pronto lo habrían aniquilado].

264 [2ª edición: decisión].

265 [2ª edición: población].

266 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

267 [retóricas].

268 [2ª edición: el ansia de la lucha aumenta].

269 [2ª edición: concentrarse en un cuerpo compacto].

270 [2ª edición: más robusta].

271 [2ª edición: y escasa resistencia].

272 [2ª edición: desfavorable].

273 [2ª edición: Pero aunque la fuerza armada y la superficie no representen por sí solas *todo* el poder del Estado enemigo, sí son en la mayoría de los casos de una importancia predominante].

274 [2ª edición: De esto se desprende que la conservación de la fuerza armada propia y el debilitamiento o aniquilación de la enemiga preceden en importancia a la posesión del país, es decir, es a lo que *primero* debe aspirar el general. La posesión del país sólo se impone como *fin* cuando aquel medio (el debilitamiento o aniquilación de la fuerza enemiga) aún no la ha producido].

275 [2ª edición: para el ataque o la defensa de aquellas].

276 [2ª edición: más vigoroso].

277 [2ª edición: completada con: o país].

278 [2ª edición: si pasaba de largo ante él por la orilla derecha del Saale].

279 [2ª edición: incompetente].

280 [La frase falta en la 2ª edición].

281 [2ª edición: del que retrocede].

282 [2ª edición: *experta economía*].

283 [2ª edición: débil dirección de la guerra].

284 [2ª edición: la frase que se ha hecho proverbial].

285 [2ª edición: esta frase].

286 [2ª edición: la laxitud e inactividad].

287 [En la 2ª edición: falta el resto de la frase].

288 [2ª edición: Incluso un general sin espíritu emprendedor ni energía].

289 [2ª edición: la superioridad de los austriacos durante la ausencia del rey tenía que cesar pronto al aproximarse éste, así que la batalla hubiera podido ser evitada situándose *detrás* de Breslau hasta su llegada].

290 [2ª edición: contempla el impedir esta intención como una tarea principal].

291 [2ª edición: sin atacarle].

292 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

293 [2ª edición: ...asumir un papel autónomo hasta que pudiera llegar el ejército; pero...].

294 [2ª edición: sin éxito].

295 [2ª edición: ...siempre las mejores decisiones y medidas de sus subordinados...].

296 [2ª edición: ...a esa manutención regulada de las tropas...].

297 [2ª edición: para las próximas dos frases: El aseguramiento de las del defensor será por tanto especialmente importante, porque su interrupción podría forzarle a la retirada y al abandono de otros objetos].

298 [2ª edición: más por extenso].

299 [2ª edición: actividad].

300 [2ª edición: auténtico virtuosismo del general].

301 [2ª edición: imperantes].

302 [2ª edición: sí acostumbra, aquí como en todas partes, *al ejercicio del juicio*].

303 [2ª edición: reconozca su insuficiencia].

304 [2ª edición: no tiene inclinación y poder].

305 [2ª edición: un].

306 [2ª edición: creyó apaciguar a los ejércitos de Blücher...].

307 [En la 2ª edición faltan estas «líneas»].

308 [2ª edición: [desde: La diferencia...]. Entre ambos existe la diferencia de que la defensa no puede imaginarse sin un contragolpe ofensivo, mientras en el ataque el golpe o acto es un concepto completo en sí mismo, y sólo está vinculado al tiempo y el espacio. Pero son éstos (el tiempo y el espacio) los que mezclan con el ataque elementos de la defensa].

309 [Esta frase falta en la 2ª edición].

310 Aquí sigue en el manuscrito el siguiente pasaje:

«Desarrollo de este objeto conforme al Libro Tercero, en el artículo sobre el punto culminante de la victoria».

Bajo este título se encuentra, en un sobre rotulado: *distintos tratados y materiales,* un artículo que parece ser una elaboración del capítulo tan sólo esbozado aquí, y que está publicado al final del Libro Séptimo. (*Nota de la editora.*)

311 [2ª edición: la conservación de las propias fuerzas armadas;].

312 [2ª edición: Victorias sin éxitos].

313 * [2ª edición: circunstancias].

314 [Esta frase falta en la segunda edición].

315 [2ª edición: sin embargo en conjunto el riesgo para unos defensores valerosos y circunspectos en una posición buena y fuerte es escaso porque, como la Historia muestra en muchos ejemplos, ni los más decididos generales se atrevieron a atacar tales posiciones (Torres Vedras)].

316 [2ª edición: choques, aunque una parte los acepte sin duda a pie firme, pero no en una posición bien preparada].

317 [En la 2ª edición falta el resto de la frase].

318 [2ª edición: así deben la audacia y la confianza animar al atacante, porque estas cualidades tienen la mayor afinidad con las tareas opuestas].

319 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

320 [2ª edición: provincias, ciudades importantes o puntos vitales (como puentes, pasos de montaña y similares), o incluso con otro cuerpo, mediante la toma de posiciones fuertes que resulten especialmente incómodas para el adversario, etc.).

321 [2ª edición: La guarnición ha de ser considerada...].

322 [2ª edición: toda salida favorable].

323 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

324 [La frase falta en la 2ª edición].

325 [2ª edición: prontitud en la réplica].

326 [2ª edición: prontitud en la réplica].

327 [2ª edición: 1644].

328 [2ª edición: Federico el Grande].

329 [2ª edición: en caso de no salir bien la empresa].

330 [2ª edición: que se ataca].

331 [Falta en la 2ª edición].

332 [2ª edición: Forma parte de la naturaleza del asunto, y la Historia aporta muchos ejemplos dignos de elogio, que si una región se ve repentinamente amenazada por una sección enemiga se movilicen y pongan en marcha todos los medios extraordinarios imaginables].

333 [La frase falta en la 2ª edición].

334. Véanse los capítulos cuarto y quinto.

335 [El resto de la frase falta en la 2ª edición].

336 [2ª edición: no han combatido, inútiles para el servicio en campaña y reclutas].

337 [La frase termina aquí en la 2ª edición].

338 [1ª edición: (¡): del mismo].

339 [La frase falta en la 2ª edición].

340 [2ª edición: ministros, etc.].

341 [2ª edición: dejarán de hacerlo para evitar su ruina].

342 [La 2ª edición: prosigue: el otro se lanza a la perdición por irreflexivo].

343 [2ª edición: para ponerse así en condiciones de hacer valer las ventajas obtenidas a la hora de concluir la paz].

344 [Añadido de la redacción para completar].

345 [2ª edición: Apuntes para el Libro Octavo].

346 [2ª edición: una cosa torpe e incómoda].

347 Capítulo primero del Libro Primero.

349 Capítulos cuarto y quinto del Libro Séptimo (Del punto culminante de la victoria).

350 Si Federico el Grande hubiera ganado la batalla de Colonia, y con ello apresado en Praga al ejército principal austriaco con sus dos comandantes en jefe, habría sido un golpe tan terrible como para pensar en ir sobre Viena, sacudir los cimientos de la monarquía austriaca y ganar así directamente la paz. Este éxito, inaudito en aquellos tiempos, muy parecido a los éxitos de las últimas guerras, pero que habría sido mucho más fantástico y brillante debido al pequeño David y el gran Goliat, se hubiera producido con mucha probabilidad después de ganar esa batalla, lo

que no contradice la afirmación hecha arriba, porque ésta sólo habla de lo que el rey perseguía originariamente con su ofensiva; en cambio, el embolsamiento y apresamiento del ejército principal enemigo era un acontecimiento que estaba fuera de todo cálculo, y en el que el rey no había pensado, por lo menos no antes de que los austriacos dieran pie a ello con su torpe disposición junto a Praga.

351 [2ª edición: la guerra].

352 [2ª edición: del progreso de la Humanidad].

353 [2ª edición: progreso en esa dirección].

354. [2ª edición: cualquier otra acción].

355 [2ª edición: fuerzas armadas].

356 [2ª edición: que no se derivan de la relación de fuerzas y, sin embargo, podría parecer que es precisamente ésta la que tendría que decidir sobre la elección de la forma de guerra, es decir, sobre el ataque o la defensa].

357 [2ª edición: liquidar el asunto con rapidez].

358 [En la 2ª edición la frase termina aquí].

359 [2ª edición: *bajo*].

360 [2ª edición: y en la *negociación*].

361 [2ª edición: a veces algo contrario a su intención].

362 [2ª edición: Esto ha ocurrido con infinita frecuencia, y pone de manifiesto que la política no puede carecer de cierta comprensión de la guerra].

363 [2ª edición: serían los mejores ministros; o que una profunda comprensión de la guerra tenga que ser la principal cualidad de un ministro que guía la política].

364 [2ª edición: para que tome parte de sus deliberaciones y acuerdos en los momentos más importantes. Por eso también es importante que el gabinete se encuentre próximo al escenario bélico].

365 [2ª edición: habría sido imposible hacer valer tal conocimiento].

366 [2ª edición: *faux frais*].

367 [En la 2ª edición falta esta frase].

368 [Las dos frases siguientes faltan en la 2ª edición].

369 [2ª edición: los franceses, luego contra los].

370 [2ª edición: (¡también más adelante en el texto!): someter].

371 [2ª edición: en el año 1813 en Alemania].

372 [2ª edición: de un plan de guerra].

373 [2ª edición: equivocada].

374 [2ª edición: como general].

375 [Esta frase falta en la 2ª edición].

376 [2ª edición: habría seguido el movimiento de retroceso del ejército principal, al mando de Barclay].

377 [2ª edición: intención].

378 [2ª edición: batió al ejército principal ruso].

379 [2ª edición: pudo abrirse camino, aunque con grandes pérdidas].

380 [2ª edición: tendencia].

381 [Este párrafo falta en la 2ª edición].

382 [2ª edición: ventajas uniformes].

383 [2ª edición: Alsacia; en una época en la que había que conseguirlo todo con dinero en efectivo, y en la que las finanzas se encontraban ya en mal estado, esto no era ninguna nimiedad].

384 [2ª edición: Está claro que, además de ahorrar molestos gastos, la intención del ministro Thugut al abandonar los Países Bajos era otra:].

385 [2ª edición: con los éxitos].

386 [En la 2ª edición la frase termina aquí].

387 [Falta en la 2ª edición].

388 [2ª edición: *infundado y falso*].

389 [En la 2ª edición sigue una nota del editor diciendo que este capítulo fue probablemente escrito en 1828, y que «en todo caso» las proporciones numéricas se habían modificado].

390 [2ª edición: centro de gravedad].

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: Vom Kriege

© Traducción: Carlos Fortea, 2005
© Estudio preliminar: Gabriel Cardona, 2005
© La Esfera de los Libros, S.L., 2005
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

© Ilustración de cubierta: Album
Diseño de cubierta: Compañía
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014
ISBN: 978-84-9060-226-3 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.